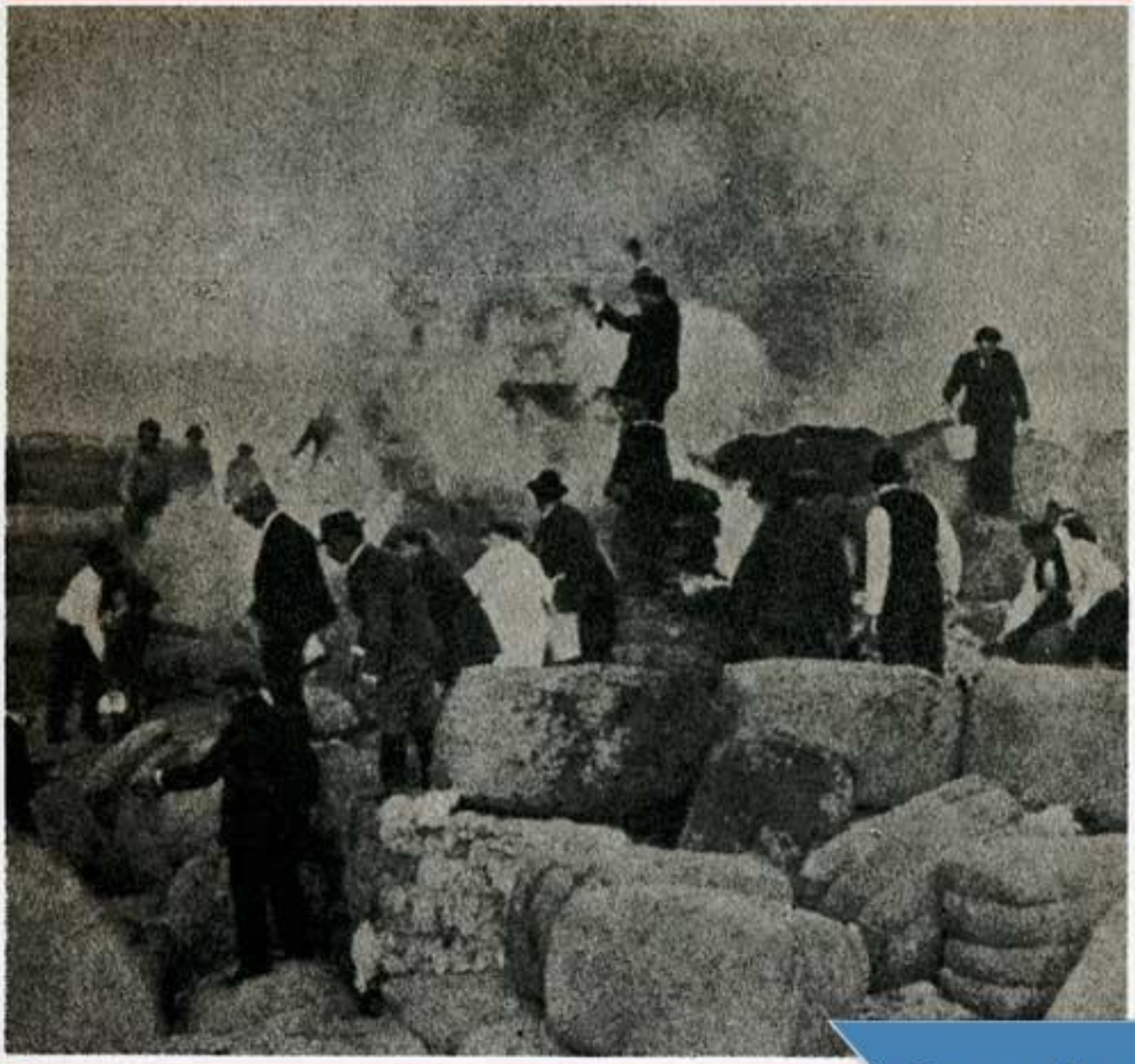
BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Osvaldo Bayer

LA PATAGONIA REBELDE



Lectulandia

En *La Patagonia rebelde*, Osvaldo Bayer sintetiza el tema que había desarrollado en los cuatro volúmenes de *Los vengadores de la Patagonia trágica*, los tres primeros de los cuales se publicaron en Argentina en 1972-74 y el último en la República Federal de Alemania en 1978. Una minuciosa búsqueda documental permite a Bayer develar la trama de uno de los sucesos peor conocidos de la historia argentina hasta la aparición de su obra: el movimiento reivindicativo, de inspiración anarcosindicalista, que conmovió la región patagónica en 1920-21 y la represión militar que le puso fin. El autor reconstruye con precisión el marco político-social de los acontecimientos, el movimiento huelguístico y sus peculiaridades, los motivos por los cuales a la inicial actitud contemporizadora de los poderes públicos siguió la dura respuesta que causó alrededor de un millar y medio de víctimas entre los trabajadores del lejano sur argentino.

Lectulandia

Osvaldo Bayer

La Patagonia rebelde

Biblioteca argentina de historia y política - 01

ePub r1.0
Titivillus 08.07.17

Osvaldo Bayer, 1980
Retoque de cubierta: SalvorHardin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota preliminar

Osvaldo Bayer ha sintetizado en *La Patagonia rebelde* la temática desarrollada por él mismo en los cuatro volúmenes de *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Los tres primeros de éstos vieron la luz en Buenos Aires en 1972-74; el cuarto, publicado originalmente en la República Federal de Alemania, fue conocido por el público argentino con varios años de retraso. En esta versión, el autor ha puesto gran cuidado en recoger lo más importante de sus investigaciones sobre el tema.

En 1928 apareció en Buenos Aires *La Patagonia trágica*, un libro que en su momento alcanzó considerable notoriedad y en el que su autor, José María Borrero, describía diversos pormenores de la eliminación de la población aborigen de las regiones australes y ponía de relieve las duras condiciones a las que se veían sometidos los trabajadores de las estancias del sur. La segunda parte de la obra, que debía estar consagrada a los trágicos acontecimientos de 1921, jamás fue publicada, a pesar de hallarse anunciada en el libro de Borrero. Así, el tema de las huelgas de 1920-21 en la Patagonia y su violenta represión permaneció durante largos años como una de las zonas más oscuras de la historia argentina.

Las investigaciones de Bayer vinieron a colmar este hueco, con un rigor histórico que se echaba de menos en la obra de Borrero. Difícilmente, pues, el lector interesado en aproximarse a uno de los episodios más significativos de la historia social argentina de este siglo podría hallar una herramienta más útil que *La Patagonia rebelde*

.

Prólogo: El ángel exterminador

«Kurt Wilckens, temple diamantino, noble compañero y hermano…».

(Severino Di Giovanni,
Los anunciadores de la tempestad).

Ya a esa hora —las 5.30 de la mañana— del 27 de enero de 1923, Buenos Aires presentía que la jornada iba a ser calurosa. El hombre rubio tomó el tranvía en Entre Ríos y Constitución y sacó boleto obrero. Viajaría hasta la estación Portones de Palermo, en Plaza Italia. Llevaba un paquete en la mano, que bien podría ser el envoltorio del almuerzo o algunas herramientas de trabajo. Parecía tranquilo. A las pocas cuadras de ascender se puso a leer el *Deutsche La Plata Zeitung* que llevaba bajo el brazo.

Bajó en Plaza Italia y se dirigió por calle Santa Fe hacia el oeste, en dirección a la estación Pacífico. Pasó ésta y al llegar a la calle Fitz Roy se detuvo en la esquina, justo frente a una farmacia.

Son las 7.15, el sol ya pica fuerte. Hay mucho movimiento de gente, de carros, autos y vehículos de transporte. Al frente están los cuarteles del 1 y 2 de Infantería. Pero el hombre rubio no mira para ese lado: sus ojos no se apartan de la puerta de la casa de Fitz Roy 2461.

¿Podrá ser hoy? Pareciera que no. Nadie sale de esa vivienda. Los minutos pasan. ¿Habrá salido más temprano? ¿Tendrá alguna sospecha?

No, ahí está. De esa casa sale un militar. Son las 7.55. Pero otra vez lo mismo: lleva una niñita de la mano. El hombre rubio hace un imperceptible gesto de contrariedad. Aunque ahora el militar se detiene y conversa con la niña. Ésta le dice que se siente mal. El militar la alza rápidamente en brazos y la entra nuevamente en la casa.

Apenas pasan unos segundos y ahora sí, el militar sale solo. Va vestido con uniforme de diario y sable al cinto. Se encamina hacia la calle Santa Fe por la misma vereda en la que está el hombre rubio. En su paso enérgico se nota su carácter firme. Y ahora va al encuentro de su muerte en una mañana hermosa, tal vez un poco calurosa.

Es el famoso teniente coronel Varela. Más conocido por el «comandante Varela». El hombre más aborrecido y odiado por los obreros. Lo llaman el «fusilador de la Patagonia», el «sanguinario»; lo acusan de haber ejecutado en el sur a 1500 peones indefensos. Les hacía cavar las tumbas, luego los obligaba a desnudarse y los fusilaba. A los dirigentes obreros los mandaba apalear y sablear antes de dar la orden de pegarles cuatro tiros.

¿Es así el comandante Varela, tal cual dice la leyenda? Es así, a los ojos del hombre rubio que lo está esperando.

Ese hombre rubio no es pariente de ninguno de los fusilados, ni siquiera conoce la Patagonia ni ha recibido cinco centavos para matarlo. Se llama Kurt Gustav Wilckens. Es un anarquista alemán de tendencia tolstoiana, enemigo de la violencia. Pero que cree que ante la violencia de arriba, en casos extremos, la única respuesta debe ser la violencia. Y cumplirá con lo que cree un acto individual justiciero.

Cuando lo ve venir, Wilckens no vacila. Va a su encuentro y se mete en el zaguán de la casa que lleva el número 2493 de Fitz Roy. Allí lo espera. Ya se oyen los pasos

del militar. El anarquista sale del zaguán para enfrentarlo. Pero no todo será tan fácil. En ese mismo momento cruza la calle una niña y se coloca sólo a tres pasos delante de Varela, caminando en su misma dirección.[1]

Wilckens ya no tiene tiempo: la aparición de la niña echa por tierra sus planes. Pero se decide. Toma a la chica de un brazo, la quita de en medio, mientras le grita:

—¡Corre, viene un auto!

La chica no entiende, se asusta, vacila. Varela observa la extraña escena y detiene su paso. Wilckens en vez de arrojar la bomba avanza hacia él como cubriendo con sus espaldas a la nena, que ahora sí saldrá corriendo. Wilckens queda frente a Varela y arroja la bomba al piso, entre él y el militar. Es un explosivo de percusión, o de mano, de gran poder. Las esquirlas le dan de lleno en las piernas al sorprendido Varela. Pero también a Wilckens, quien al sentir el dolor punzante vuelve al zaguán y sube instintivamente tres o cuatro escalones. Es como para rehacerse porque la explosión ha sido tremenda y lo ha dejado aturdido. Todo dura apenas tres segundos. Wilckens baja de inmediato. Es en ese momento en que el anarquista comprende que está perdido, que no podrá huir, tiene rota una pierna (el peroné, astillado, se le mete dolorosamente entre los músculos, y el pie de la otra ha sido inmovilizado por una esquirla que le ha destrozado el empeine).

Al salir del zaguán se encuentra con Varela, quien tiene las dos piernas quebradas y que, mientras intenta mantenerse de pie aferrándose a un árbol con el brazo izquierdo, con la mano derecha trata de desenvainar el sable. Ahora los dos heridos están otra vez frente a frente. Wilckens se aproxima arrastrando los pies y saca un revólver Colt. Varela pega un bramido que más es un estertor como para asustar a ese desconocido de ojos profundamente azules que lo va a fusilar. El comandante se va cayendo pero no es de ésos que se entregan o piden misericordia. Sigue tironeando del sable que no quiere salir de la vaina. Ya sólo faltan veinte centímetros. Varela está todavía seguro de que lo va a poder desenvainar, cuando recibe en el pecho el primer balazo. No le quedan fuerzas y empieza a resbalar despacito por el tronco y tiene todavía tiempo y voz para rajarle una puteada al que lo está fusilando. El segundo balazo le rompe la yugular. Wilckens descarga el tambor entero. Todos los impactos son mortales. Varela ha quedado como enroscado en el árbol.

La explosión y los tiros han provocado el desmayo de mujeres y la huida de hombres y espantada de caballos.

El teniente coronel Varela ha muerto. Ejecutado. Su atacante está mal herido. Hace un supremo esfuerzo para llegar a la calle Santa Fe. La gente ya empieza a asomarse y a arremolinarse. Presintiendo lo peor, la esposa de Varela ha salido a la calle y la pobre ha visto a su marido muerto, así despenado en forma tan dramática.

Mientras tanto, algunos vecinos se lanzan sobre el caído y lo empiezan a levantar para llevarlo a la farmacia de la esquina. Otros siguen de cerca a ese extraño extranjero con aspecto de marinero nórdico. Le tienen recelo porque lleva todavía el arma en la mano derecha. Pero ya se aproximan a toda carrera dos vigilantes: Adolfo

González Díaz y Nicanor Serrano. Cuando están a pocos pasos de Wilckens desenfundan sus armas, pero no tienen necesidad de hacer nada porque él les está ofreciendo, de culata, su propio revólver. Le quitan el arma y le oyen decir en mal castellano:

—He vengado a mis hermanos.[2]

Por toda respuesta, el agente Serrano —el «negro» Serrano, como lo conocen en la comisaría 31.ª— le rompe la boca de una trompada y le aplica un preciso rodillazo en los testículos. A Wilckens se le ha caído el sombrero, uno de esos típicos sombrerones alemanes de ala ancha, con la copa partida y el moño de la cinta detrás. Así se lo llevan, con la cabeza descubierta y haciendo extraños equilibrios con las piernas heridas, como un tero con las patas quebradas.

Se iniciaban así las venganzas por la represión obrera más sangrienta del siglo veinte, salvo el periodo de la dictadura de Videla. El primer capítulo se había desarrollado allá, dos años atrás, bien al sur, en la Patagonia, entre el frío y el eterno viento austral, con las huelgas rurales más extendidas de toda la tierra sudamericana.

I. El *far south* argentino

«En general, la impresión que causa al argentino, es la de que el territorio de Santa Cruz no pertenece a nuestra Patria».

(Teniente coronel Varela.
Informe al Ministerio de Guerra
sobre la campaña contra los huelguistas.
Febrero de 1922).

¿Qué había sucedido en la Patagonia? O, mejor dicho, ¿qué era la Patagonia en 1920?

Simplificando, podemos decir que era una tierra argentina trabajada por peones chilenos y explotada por un grupo de latifundistas y comerciantes.[3] Es decir, por un lado, aquellos que han nacido para obedecer y, por el otro, los que se han hecho ricos porque son fuertes por naturaleza. Y allá, fuerte quiere decir casi siempre inescrupuloso. Pero es que tiene que ser así: la Patagonia es tierra para hombres fuertes. En esas latitudes la bondad es signo de debilidad. Y a los débiles los devora el viento, el alcohol y los otros hombres. Esos blancos que han ido a conquistar la Patagonia, así, con todos sus defectos, son pioneros. Allá llegaron, allá organizaron, allá se plantaron y allá comenzaron a cosechar la riqueza con el cucharón de la abundancia. El que se queda y aguanta y además no es flojo de sentimientos, se enriquece. Sin ayuda de nadie. ¡Guay de los que quieran quitarles lo que es suyo, lo que conquistaron luchando contra la naturaleza, la distancia, la soledad!

Para esa conquista cuentan con las ovejas, las caballadas y los chilotes. Los chilotes son esa gente oscura, sin nombre; rotosos que nacieron para agachar el lomo, para no tener nunca un peso. Trabajan para poder comprar alcohol y algún regalito para sus mujeres. Ésa es toda su aspiración en la vida. Son la antítesis de los que han venido a la Patagonia a jugarse el todo por el todo con un fin: enriquecerse, «progresar».

Ésa es la diferencia: unos han mamado la resignación o indiferencia desde chicos. Los otros son dominados por una única pasión, también natural en aquellos medios inhóspitos: la ambición.

Entre los ambiciosos hay realmente vidas novelescas… y fortunas novelescas. Nos bastaría con hablar de una. Por ejemplo, la de Mauricio Braun.

En 1874 desembarcaba en Punta Arenas una familia judía: un matrimonio y cuatro hijos. El padre, Elías Braun; la madre, Sofía Hamburger. Venían huyendo de la Rusia de los zares, donde la irracionalidad era aprovechada para mantener el privilegio; y el pueblo, embrutecido por la esclavitud, en vez de luchar contra sus esclavizadores buscaba los «culpables» de su triste destino. De ahí los brutales pogroms contra las minorías judías. Azuzados por el Pope y por los decaídos nobles rusos disfrazados de nacionalistas, el populacho se lanzaba en medio de su borrachera moral y física contra la raza maldita, contra los que mataron a Jesús, y así se hacían las orgías de sangre. Así como quien sale a cazar ratas, salían los rusos a cazar judíos. Se rodeaba el barrio o la aldea y sin necesidad de armas, sólo con palos, se cobraban en vida todas las injusticias y las esclavitudes sufridas. Cada judío que deshacían a palos era como un orgasmo de placer. El amo los explotaba, sí, pero de cuando en cuando les daba la libertad de matar a un judío. Y luego de matar al judío les daba la libertad de violar a la mujer del judío, que en esas noches de terror debía entregarse junto al cadáver de su marido, si quería salvar su vida y la de sus hijos.

Ésa es la espantosa imagen que traen Elías y Sofía Braun cuando llegan a la tierra austral americana. Don Elías es positivo. Sabe que para vencer todos los prejuicios y

todos los peligros sólo hay una solución: tener dinero, ser poderoso. Entonces sí que será respetado, a pesar de su raza. Con esa falta de sentimentalismo y el positivismo que le han dado la experiencia y el sufrimiento, Elías Braun pone manos a la obra. Comienza con un almacén de artículos generales en Punta Arenas. Pero si Elías es hombre perspicaz para los negocios, su hijo Mauricio lo supera con creces. Ya de adolescente comienza en el comercio. Todo se mira hacia el futuro. El pasado no vale, hay que borrarlo. Por eso, la familia Braun, a pesar de su origen, será católica desde el momento en que pisa el territorio de un país católico.

En 1920, en la época en que se van a iniciar las huelgas de Santa Cruz, Mauricio Braun, hijo de aquel Elías Braun, poseía en sociedad con su hermana Sara Braun la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego que llegó a disponer de 1 376 160 hectáreas, cifra astronómica que difícilmente haya sido superada en el mundo. El dato está asentado en el artículo «Mauricio Braun, estanciero» escrito por el ingeniero Emilio J. Ferro, presidente de la Federación de Sociedades Rurales de la Patagonia, y aparecido en el número homenaje a Mauricio Braun de Argentina Austral, editada por el grupo de sociedades Braun Menéndez-Menéndez Behety. Allí se señala también que la Sociedad Explotadora tenía 1 250 000 lanares que producían 5000 millones de kilos de lana, 700 000 kilos de cuero y 2 500 000 kilos de carne.

Pero vayamos a las propiedades patagónicas de Mauricio Braun, citando siempre la fuente señalada, es decir, el número laudatorio de *Argentina Austral*:

> «Coy-Aike». Cerca del río Coyle, en Santa Cruz, es una estancia totalmente de su propiedad, de 100 000 hectáreas. En Chubut organizó las estancias «Quichaura», de 117 500 hectáreas; «Pepita», de 77 000 hectáreas; «Laurita», de 57 500; y «Laura», de 10 000. Con la familia Anchorena compró la estancia «8 de Julio», de 90 000 ha. En condominio con Ernesto von Heinz y Rodolfo Stubenrauch pobló «Tapi Aike», de 50 000 ha. En 1916 compró a Rufino Martínez los campos de «San Elías»[4], al sur de Santa Cruz 20 000 ha . Fueron suyas asimismo las estancias «Tres brazos», «Cancha rayada», «La Porteña», «Montenegro» y «Gallegos Chico», además de la «Dinamarquero». Poseyó el 25 por ciento del capital de las estancias «Laurita», «Glencross» y «Victorina». En la «The San Julián Sheep Farming» poseía el 20 por ciento. En la Explotadora de Aysen tenía el 30 por ciento. También tuvo participación en la Sociedad Ganadera Argentina de Monte León y La Carlota, con un 30 por ciento. Con Santiago Frank pobló «La Federica», en lago San Martín. Con Segard y Cía. intervino en la estancia «Huemules». En sociedad con Pablo Lenzner pobló «El Líbrum», entre Río Gallegos y Lago Argentino. Con Juan Scott pobló «Los Machos», en San Julián, y con Erasmo Jones, «La Vidalita». Con don Guillermo Bain pobló «La Josefina», en Cabo Blanco, de 60 000 ha. Con Donato Bain pobló «Colhuel Kaike», cerca de Las Heras, de 40 000 ha. En Lago Buenos Aires pobló con Angus Macpherson, 58 000 ha que formaban la estancia «San Mauricio» (llamada así en su honor). Participó en la Sociedad Hobbs y Cía. que fundó la estancia «Lago Posadas», hallándose a su frente Luchas Bridges. […] Colaboró con Hobbs y Cía. en la población «El Ghio» estancia que fue de 90 000 ha […] Adquirió en 1915 «María Inés» al oeste de Río Gallegos, con Rodolfo Suárez, de 56 250 ha en sociedad con Capagli y Cía.

Pero Mauricio Braun no sólo poseía toda esa tierra sino mucho más. A principios de este siglo ya era propietario de la Compañía Minera Cutter Cove, de explotación del cobre; del Banco de Chile y Argentina, con sucursales en las poblaciones portuarias santacruceñas: Río Gallegos, Santa Cruz y San Julián, y la casa matriz en Punta Arenas. De allí pasa a la propiedad de los frigoríficos de la Sociedad South

American Export Syndicate Ltd., con planta en Río Seco, Punta Arenas y luego en Puerto Deseado y Río Grande, en la Argentina, y las de Puerto Sara, Puerto Borries y Puerto Natales, en Chile. Funda, además, la compañía de seguros «La Austral», y participa de la compañía telefónica de Magallanes, la empresa telefónica de San Julián, la compañía de electricidad de Punta Arenas y la usina eléctrica de Puerto Santa Cruz. Aparte poseía la curtiduría «La Magallanes», fábrica de calzados y la «Sociedad Explotadora de Lavaderos de Oro».

No sólo la familia Braun era todopoderosa en el sur chileno y argentino. Había otros dos personajes que habían amasado oro en barras en pocos años. Uno, un asturiano, José Menéndez —acusado por José María Borrero en su libro *La Patagonia trágica* de diezmar a los habitantes autóctonos de nuestro lejano sur—; el otro, don José Nogueira, portugués. Estos dos, Menéndez y Nogueira, en pocos años pasaron de humildes bolicheros a terratenientes y a poderosísimos hombres de empresa.

Elías Braun, aquel judío ruso que había desembarcado en Punta Arenas, no sólo era rápido para los negocios. Como en las monarquías, Braun, Menéndez y Nogueira se unieron pero no como sociedades anónimas solamente sino también como familias. No hubo complejos raciales entre ellos. Así, Sara Braun —hija mayor de Elías Braun— se casó con el portugués Nogueira, y Mauricio Braun se casó con Josefina Menéndez Behety, hija del asturiano José Menéndez, formando la familia Braun Menéndez. Al poco tiempo falleció Nogueira y Sara Braun quedó dueña de una tremenda fortuna que pasó a administrar su hermano Mauricio Braun.

El poder en la Patagonia estaba dado por la ecuación: tierra más producción de lana más comercialización más dominio del transporte. Así lo vieron Menéndez, Nogueira y Braun cuando buscaron regir los caminos del mar. Cómo lo lograron lo explica muy bien el capitán de fragata de la marina de guerra argentina, Pedro Florido —exgobernador de Tierra del Fuego— en su trabajo titulado: *Don Mauricio Braun, armador*. Dice en algunos de sus párrafos:

> Cuando por primera vez la planta de aquel niño Mauricio Braun se posaba en la playa de Punta Arenas, comenzaba desde ese instante su futura trayectoria de armador consustanciado en todas sus tareas y actividades, con el progreso de la Patagonia chilena y argentina. A un año después de su llegada, arribaba también en otro barco, un joven español con su señora que también como aquel niño quedarían para siempre incorporados a la historia y al progreso de aquella región y además emparentados con Mauricio que por entonces nada sospechaba. Aquel matrimonio ejemplar eran don José Menéndez y su esposa doña María Behety, que resolvieron afincarse en el villorrio, en busca de mejores horizontes, de los que la pujante Buenos Aires les brindaba. Completando el triángulo esbozado, se encuentra ya hace años por la zona un renombrado lusitano, que hacía las veces de armador y de baqueano, pues conoce cual la palma de su mano, el sinfín de senos, bahías, escotaduras y canales que conforman el archipiélago fueguino, vedado al nauta si es profano. Nos referimos a don José Nogueira, propietario y armador de varias goletas de 100 a 400 toneladas dedicadas a la pesca, a tareas foqueras o a comerciar con los indios de la región, pero será quien tendrá el privilegio de ser el primero que introdujera en las estancias patagónicas la oveja malvinera. Cuando Mauricio Braun cumple 15 años de edad se incorpora a las oficinas de Nogueira, en donde por sus aptitudes y por ser conocedor de varios idiomas, se destaca y progresa rápidamente escalando posiciones y ganándose el aprecio de sus jefes. Nuestro joven, con el correr de los años, se enamora y se casa con Josefina Menéndez Behety, hija de don José Menéndez, y como la hermana de Mauricio se casó con

Nogueira, aquél pasó a ser en el futuro, yerno y cuñado de sus jefes y más tarde asociado de ambos; primero con Nogueira y después con don José.
Con don José Menéndez será competidor, asociándose con él recién en 1908 pues don José desde su arribo a Punta Arenas, se dedica a las actividades navieras y uno de sus primeros actos en tal sentido fue adquirirle al capitán Luisito Piedrabuena su negocio de artículos navales. De este modo, don José Menéndez, don José Nogueira y a poco don Mauricio Braun, se anticipan en los hechos y son así cabales intérpretes del gran filósofo del mar que fuera Ratzel, cuando en 1904 éste dijera: «si quieres dominar sobre la tierra, sírvete del mar», Mauricio Braun se incorpora a la firma de Nogueira y a poco se hace socio de él.
En 1884 se constituye la firma de Mauricio Braun y Scott, bajo cuyo dominio pasa la goleta «Ripling Wave», la cual es destinada a aprovisionar a las estancias fueguinas y marginales del estrecho y, de regreso, conducir los fardos de lana obtenidos durante la zafra o esquila…
Pero entretanto Mauricio Braun no descansa —*prosigue el alto jefe de la Marina de Guerra Argentina en su laudatorio artículo*— y su fuerte personalidad e iniciativa de armador adquiere relevancia y prestigio, pese a que por entonces Punta Arenas, punto obligado de las rutas entre los océanos Atlántico y Pacifico es una localidad en donde las actividades navieras constituyen su principal fuente de progreso, riqueza y movimiento comercial. En 1892 se constituye la Sociedad Mauricio Braun y Blanchard Comercial y Naviera, aportando el primero el 80 por ciento del capital […] pero ahora es dura la competencia entre las varias firmas armadoras siendo la más fuerte la de su suegro don José Menéndez, que poseía una considerable flotilla de embarcaciones lo que impone una revisión de los sistemas empleados hasta entonces con la propulsión […] El tecnicismo y la lucha de intereses se imponen sobre el romanticismo […] pues el progreso y las razones económicas no entienden de sentimentalismos. La nueva sociedad incorpora a su patrimonio pequeños vapores de carga y pasajeros que atienden las líneas de cabotaje fueguino y patagónico; Punta Arenas, Ushuaia, Río Grande y otros puertos de Santa Cruz son visitados regularmente por los vaporcitos «Lovart», «Magallanes», «Keek-Row», «Patagonia», «Porvenir», «Araucanía», «Cordillera», etc. El ejemplo de don José Menéndez incorporando y matriculando en Punta Arenas al «Amadeo», primer buque a vapor de 350 toneladas de registro bruto fue el campanazo que incentivó a la firma Braun y Blanchard a seguir las aguas del suegro de Mauricio y continuar la competencia…
La firma Braun y Blanchard también desarrolló funciones como agencia marítima de líneas inglesas de ultramar y a tal efecto cuentan con una flotilla de remolcadores: «Antonio», «Díaz», «Laurita», «Armando», «Carlos», etc. y a fin de brindarle adecuado sostén logístico a todas estas naves, la sociedad cuenta con un varadero de dimensiones y características apropiadas.
Pero aún no está dicha la última palabra. Mientras su poderoso adversario y suegro aumenta el tonelaje de sus buques y extiende sus líneas más allá de Buenos Aires y Valparaíso, Braun funda, en 1904, la Sociedad Ballenera de Magallanes […] Instala en la isla Decepción la factoría y su estación principal de apoyo, y desde allí operan, en demanda de la ballena azul y de otros cetáceos de menor tamaño, un buque madre: el «Gobernador Borries» y varios balleneros todos bautizados con nombres de distinguidos almirantes chilenos: «Montt», «Uribe», «Valenzuela», y otros.
La rivalidad entre las compañías navieras de Braun y la de don José Menéndez fue proverbial y de esa competencia resultó un extraordinario servicio de líneas regulares de vapores que servían por igual a Chile y la Argentina […] El suegro y adversario de Mauricio no mezclaba negocios con matrimonio y si aquel robusto avilés demostraba un carácter y una personalidad desbordante, su yerno, que lo enfrentaba en el mar, no le iba en zaga. Y así vemos que, en 1907, Braun y Blanchard ya no se conforman con el cabotaje fueguino y el de los territorios más australes chilenos y argentinos sino que prolongan sus servicios por toda la costa de Chile, arrendando los buques noruegos «Alm» y «Westford». Al año siguiente refuerzan esa línea con los vapores «Chiloé» y «Magallanes», barcos construidos en el Reino Unido para carga y pasajeros. Más adelante se incorporan otros, todos denominados con los nombres de las provincias de Chile: «Valdivia», «Llanquihue», «Santiago», «Tarapacá» y «Valparaíso».

Por supuesto, para toda industria naval hace falta un astillero de reparaciones. Y Braun lo instaló en Punta Arenas.

Pero, al fin tenía que venir la unión entre yerno y suegro. El historiador Juan Hilarión Lenzi, también en un artículo en homenaje a Mauricio Braun dice a este respecto:

Las empresas comerciales y navieras que operaban bajo la dominación de Braun y Blanchard —que tuvo el

carácter de *holding*— y las que actuaban bajo la denominación de José Menéndez, competían entre si, tanto en su sede magallánica cuanto en la región patagónica. El suegro pugnaba en el mundo de los negocios con el yerno. Ni don José ni don Mauricio se daban cuartel. El parentesco y la relación personal no interferían en los planes mercantiles; no era lógico insistir en esa contraposición de medios encaminados a un fin idéntico. En esto coincidieron al fin los dos colosos, que se avinieron a formar una sociedad con lo cual extenderían el campo de acción dando más vigor a ésta. El 10 de junio de 1908, don José Menéndez y don Mauricio Braun resolvieron la fusión, constituyendo la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. El capital inicial fue de 180 000 libras esterlinas. Las sucursales de Braun y Blanchard (Río Gallegos, Sama Cruz, San Julián, Puerto Madryn, Trelew y Ñorquinco) y las que en Río Gallegos, Santa Cruz y Comodoro Rivadavia poseía el señor Menéndez, se integraron.

Además de las casas de ramos generales en esas localidades, la sociedad se agranda con la incorporación de buques de mayor porte. Así, en 1914, se incorporan el «Asturiano» y el «Argentino» y luego vendrán el «Atlántico», el «Americano» y el «José Menéndez».

Pero el poder de Mauricio Braun era apenas la décima parte comparado con el que ejercía ese duro y ávido asturiano, su suegro, José Menéndez, una figura que se manejó como un verdadero zar patagónico hasta su muerte. Una figura a quien todavía le falta el verdadero biógrafo que descubra un ser hecho de egoísmo, brutalidad, inescrupulosidad e insaciables ansias de riquezas o la figura de un hombre que apostaba al progreso sin importarle lo que iba aplastando a su paso.

En 1918 fallece don José Menéndez y lega una importante parte de su fortuna al rey Alfonso XIII de España, hecho que trajo las consiguientes protestas de socialistas y anarquistas argentinos. Las riendas de «La Anónima» las tomará entonces Mauricio Braun.

Hemos tomado referencias de publicaciones de las mismas empresas de los Menéndez Behety, y de los Braun Menéndez y no de sus detractores. No interesa tanto aquí el origen de esas fabulosas riquezas (el escritor Borrero habla de la matanza de indios y otros métodos; viejos pobladores las atribuyen al contrabando y a la exigencia de sumas fabulosas para rescatar a náufragos de las Islas de los Estados y de todo lo largo de la peligrosa ruta marítima sur del Atlántico al Pacífico, a desalojos de tierras, a factorías, a casas de lenocinio, etc.) sino el factor de poder que encerraba ese potencial económico. Era evidente que quienes habían formado en tan poco tiempo esa inmensa riqueza y los otros latifundistas no iban a permitir que de la noche a la mañana un grupo de locos con una bandera roja al frente empezara a hablar de reivindicaciones sociales y a ocupar estancias.

A la luz del ejemplo de los Braun Menéndez se puede ver quiénes eran los dueños de las riquezas de la Patagonia argentina y de la zona austral chilena y el factor de poder que inexorablemente representaban, porque… ante tanta riqueza, ¿a quiénes iban a responder los pobres empleados nacionales enviados a esas tierras, o los comisarios, los jueces de paz, los gobernadores, etcétera?

Sigamos viendo en manos de quiénes estaba el resto del territorio de Santa Cruz. Por la concesión de tierras fiscales hechas al señor Adolfo Grünbein (1893) se repartieron 2 517 274 hectáreas que beneficiaron a los señores Halliday, Scott, Rudd,

Wood, Waldron, Grienshield, Hamilton, Saunders, Reynard, Jamieson, MacGeorge, MacClain, Felton, Johnson, Woodman, Redman, Smith, Douglas y Ness, todos ellos británicos; Eberhard, Kark, Osenbrüg, Bitsch, Curtze, Wahlen, Wagner, Curt Mayer y Tweedie, alemanes; Bousquet, Guillaume, Sabatier y Roux, franceses; Montes, Rivera, Rodolfo Suárez, Fernández, Noya y Barreiro, españoles; Clark, norteamericano; Urbina, chileno, y Riquez, uruguayo. Es decir, ningún argentino.

Por la concesión Grünbein salieron del dominio del Estado nada menos que 2 517 274 hectáreas. Se le vendieron a Grünbein 400 leguas kilométricas a 1000 pesos oro sellado la legua. De ellas, 125 leguas fueron traspasadas al Banco de Amberes.

El gobierno oligárquico de fines de siglo condenaba así a la Patagonia al régimen latifundista, al régimen medieval de fuentes primitivas de explotación. Condenaba a la Patagonia a la oveja, la forma de producción más dañina y negativa. Pero lo que el régimen oligárquico implantó fue luego ratificado o por lo menos tolerado por los gobiernos radicales, peronistas y por todas las dictaduras militares. En la Patagonia se glorifica hoy con monumentos, discursos de banquete y poesías de horteras a gobernadores militares que hicieron un par de obras públicas pero que respetaron integralmente al latifundismo; obras públicas que, a la postre, vinieron a beneficiar en su mayoría a los dueños de la tierra. Nadie pensó en planes de promoción de corrientes inmigratorias subsidiadas largamente por el Estado con construcción de puertos, industrias, sistemas de regadío. Y, fundamentalmente, nadie pensó en promover la afincación del habitante autóctono y no su total exterminio. Antes bien, el único acento que se puso fue el militar. Con buques de guerra y cuarteles se quiso afirmar una nacionalidad que sólo logran los pueblos con su vida consuetudinaria y su compromiso diario con la tierra y el paisaje.

Pero eso sería comenzar a hablar del tiempo perdido. La realidad fue otra y es otra.

Lo que sí suena a ridículo es la tesis de los que hoy todavía sostienen que la represión de las huelgas de los peones patagónicos de 1921-1922 se hizo en defensa del patrimonio nacional contra quienes, enarbolando la bandera roja, querían «internacionalizar la Patagonia». Sin necesidad de bandera roja, la Patagonia ya estaba internacionalizada, no sólo por el latifundismo extranjero, sino también porque toda su riqueza se llevaba en bruto al exterior.

Es decir que la intervención del ejército argentino no iba a ser para defender lo nacional sino para resguardar un estatus, un régimen injusto, los privilegios de sociedades anónimas extranjeras, de un latifundismo que todavía hoy ahoga y hace aún más desierto el extremo sur argentino.

Y será allá, en esos desolados parajes, donde se producirá la chispa entre los dos polos de la rudimentaria organización social: entre los siervos de la gleba y los terratenientes medievales.

II. Los blancos y los rojos

«Unos pocos estancieros eran dueños de toda la Patagonia, pagaban con vales o en moneda chilena…».

(Coronel Pedro Viñas Ibarra, quien, con el grado de capitán, fue jefe de una de las columnas represoras de las huelgas patagónicas).

La matanza de obreros de la Patagonia ocurrirá bajo el gobierno de Hipólito Yrigoyen, el primer presidente argentino surgido por voto universal,[5] secreto y obligatorio, en 1916. Representante de un movimiento de profundas raíces populares, caudillo querido por las masas pequeñoburguesas y proletarias (con excepción de los trabajadores concientizados que respondían a las corrientes anarquistas y socialistas), Hipólito Yrigoyen y su Unión Cívica Radical habían logrado arrancar por la vía constitucional el gobierno a la oligarquía terrateniente y comerciante, aunque no el poder. Su tímido reformismo logró sí democratizar, aumentar la participación de las masas, intentar una política exterior más independiente, llevar más justicia en la distribución. Pero esa misma timidez, esa propensión al diálogo y al compromiso, fueron insuficientes para enfrentar las crisis por las que atravesó su gobierno. Cuando los trabajadores industriales de Buenos Aires se levantaron, él dejó que la oligarquía reprimiera a través del ejército y los comandos de «niños bien». Se originó así la «Semana Trágica» de enero de 1919. Cuando el trabajador rural patagónico exigió con firmeza una serie de reivindicaciones y ese movimiento amenazó con salir de su cauce meramente sindical —de acuerdo a las informaciones que iban llegando a Buenos Aires— dejó que el ejército defendiera el orden latifundista a sangre y fuego.

Yrigoyen, por ironía del destino, se convierte así en involuntario verdugo de movimientos populares, pero no por casualidad. Lo que no ocurrió bajo el régimen oligárquico de antes de 1916 —durante el cual la represión no llegó a alcanzar las características de matanza colectiva— sucedió bajo el gobierno populista de Yrigoyen.

1920. El lejano territorio patagónico está en crisis. Desde el fin de la gran guerra mundial la inquietud ha surgido fundamentalmente por la caída del precio de la lana. El mercado británico de ese producto está abarrotado. Dos millones y medio de fardos de Australia y Nueva Zelandia llegados a Londres no han podido venderse. La lana patagónica ni siquiera ha tenido esa suerte: no ha llegado ni a salir de los puertos argentinos. La agencia Havas, desde Londres, informa que «*los grandes stocks de lanas sudamericanas de cruza inferior son ofrecidos a bajos precios a las potencias centrales*». Los buenos tiempos de la guerra, cuando el dinero fluía a manos llenas, han terminado para la Patagonia. Destino de toda región condenada a la explotación de un solo producto: cuando el precio de la lana sube, significa prosperidad; cuando desciende, como ocurrió a partir de 1919, desocupación, miseria, represión, baja de salarios, crisis, desaliento del comercio regional y de los pequeños productores, y alarma en los latifundistas. Éstos habían lanzado su pedido de auxilio a Yrigoyen, aunque el presidente les resultara muy poco simpático. En efecto, el presidente radical había osado proceder por dos veces consecutivas contra los «sagrados intereses» de los verdaderos dueños de la Patagonia. Había reimplantado las aduanas en el lejano sur para controlar importaciones y exportaciones y había ordenado remensurar los campos. Esto último significó que la extensión de muchas estancias se redujera considerablemente, ya que se habían posesionado de mucha más tierra de la

que les correspondía.

Estas dos medidas ponían coto a una serie de prerrogativas y derechos adquiridos *per se*. Pero, por otro lado, creaban un clima de autodefensa de los grandes propietarios que los llevará a unirse y a resistir todo lo que tuviera olor a fisco y a funcionario gubernamental.

Fue precisamente el nuevo juez letrado del territorio patagónico de Santa Cruz y Tierra del Fuego, doctor Ismael P. Viñas —de extracción radical, amigo de Yrigoyen — quien rompió con la tradición de que todos los funcionarios y jueces patagónicos respondieran directamente a los intereses de los estancieros o fueran meros agentes de éstos. El juez Viñas iniciará, ante los sorprendidos ojos de los representantes de las sociedades anónimas, juicio por defraudación al fisco contra uno de los más poderosos establecimientos ganaderos: «The Monte Dinero Sheep Farming Company». También, el decidido juez Viñas iniciará juicio contra «The San Julián Sheep Farming Company» por posesión indebida de los bienes de Donald Munro, fallecido a principios de siglo y cuyos campos, al no existir herederos debían pasar al dominio del Consejo Nacional de Educación.

Las dos medidas judiciales resultaban totalmente insólitas para las grandes sociedades latifundistas y sus agentes. En este aspecto se notaba que algo había cambiado en el país. Que el gobierno de Yrigoyen estaba decidido a defender los derechos del Estado frente a los avances de la capa social dueña de las fuentes del poder socioeconómico. Pero ese radicalismo mostrará a cada paso sus limitaciones. Mientras apoya al juez Viñas, permite algo incomprensible: que al frente del gobierno de Santa Cruz quede un ultraconservador, Edelmiro Correa Falcón, quien —aunque cueste creerlo— era, al mismo tiempo, secretario de la Sociedad Rural de Santa Cruz, la federación de los dueños de la tierra. El presidente Yrigoyen hubiera podido designar de inmediato a otro funcionario en el cargo de gobernador, ya que Santa Cruz era territorio nacional y no una provincia, es decir, dependía del gobierno central y no poseía autonomía.

Yrigoyen no reemplaza a Correa Falcón, como si temiera ofuscar demasiado a los poderosos. El gobernador ultraconservador sigue teniendo así las riendas y los resortes burocráticos y policiales que empleará contra el juez radical.

Veremos cómo en este conflicto el juez será apoyado por la escasa clase media de Santa Cruz —pequeños comerciantes, empleados, artesanos— y por los trabajadores con sus sindicatos. Esta primitiva especie de «alianza de clases» del lejano territorio formará una especie de frente antioligárquico para intentar romper el régimen medieval a que estaba sometido. No obstante esto, cuando se llegue al momento de las definiciones, esa «alianza de clases» se quebrará, la clase media se pasará íntegramente al frente de la clase terrateniente y los obreros quedarán solos y sucumbirán a la despiadada represión.

Pero estudiemos primero cuáles eran las fuerzas que se movían en Buenos Aires y tironeaban de la levita —cada cual para su lado— al primer presidente elegido

popularmente.

El pedido de ayuda de los latifundistas patagónicos a Yrigoyen por la crisis de la lana llegó en un momento en que el primer mandatario estaba rodeado por una serie de tremendos problemas que lo acosaban pero que no le hacían perder la calma. Era constantemente atacado en el plano internacional, en el plano nacional, económico, social y político.

En lo internacional, en ese noviembre de 1920, Yrigoyen se acababa de ganar una vez más la crítica de los países aliados. El canciller Pueyrredón se había retirado de Ginebra de la reunión constitutiva de la Sociedad de las Naciones, luego de ser el único país que votara en contra de las enmiendas que perjudicaban a la vencida Alemania. La Argentina de Yrigoyen seguía fiel a su política neutralista para demostrar su búsqueda de línea independiente, de país soberano.

Ese verano de fines del 20 es bien caliente en todo sentido. El dólar alcanza su máxima cotización de todos los tiempos en nuestro país: 100 dólares, 298,85 pesos argentinos, lo que escandaliza a engolados editorialistas de diarios tradicionales, defensores impertérritos del estatus oligárquico. Le echan la culpa al gobierno popular. No explican que la caída del marco alemán perjudica también a la libra esterlina y endurece al dólar, que la dependencia argentina comienza a alejarse de la esfera británica para ir lentamente a encallar en el verdadero ganador de la Primera Guerra Mundial: Estados Unidos.

En lo interno, el pan ha pegado otro salto más: está a 60 centavos el kilo, lo que hace recordar de paso a los mismos editorialistas que antes del advenimiento del gobierno popular el esencial alimento apenas si costaba 30 centavos.

Los conflictos obreros van en aumento. Es casi general la huelga de la peonada agrícola, principalmente en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Chaco y Entre Ríos. Los estancieros, los chacareros, los grandes y pequeños propietarios no recurren para su defensa a Yrigoyen. No le tienen confianza. Lo mismo ocurre con los empresarios argentinos, extranjeros y los representantes de todas las poderosas firmas de capital foráneo. Saben que tienen un buen aliado, un único pero firme amigo protector: el ejército argentino. ¿Quién hubiera podido salvar al país en enero de 1919 de las hordas anarquistas y bolcheviques si no hubiera sido por las tropas del ejército que derrotaron a sangre y fuego a los obreros de los establecimientos Vasena? ¿Acaso Yrigoyen intentó algo? ¿Acaso se vio alguna boina blanca por la calle para reprimir a los obreros alzados?[6] Fueron figuras salidas del Colegio Militar de la Nación quienes actuaron y actuarían en forma señera en la lucha de clases desatada en las tres primeras décadas del siglo veinte: el primer cadete de ese Colegio Militar, el después coronel Ramón Falcón, será quien preparará a la policía y desbaratará todas las grandes concentraciones obreras hasta 1909, año en el que caerá victima de la bomba que le arrojará el anarquista Simón Radowitzky. Será el general Dellepiane, el héroe de la batalla de los talleres Vasena, donde se juntaban en carretilla cadáveres proletarios. Será el teniente general José Félix Uriburu, en

1930, quien dará el golpe de gracia al anarquismo subversivo con hombres como el coronel Pilotto y el mayor Rosasco.[7] Y será, más tarde, el general Justo con su severísima represión y continuo jaque, quien terminará con los sueños y veleidades de la revolución proletaria.

Pero, después de la Semana Trágica o Semana roja de enero de 1919, las clases altas y la clase media alta, es decir, todos aquellos que tienen algo que perder en caso de un alzamiento obrero, si bien saben que cuentan con el ejército como gran aliado, no por ello dejan de preparar sus autodefensas. Y el genio de esto será el doctor Manuel Carlés, de gran talento organizativo, presidente de la Liga Patriótica Argentina, quien sabrá preparar en todo el territorio una organización paramilitar, un verdadero ejército de guardias blancas. Son las llamadas «brigadas», formadas por los patrones, los empleados ejecutivos, los capataces, oficiales retirados del ejército, marina de guerra y policía, y los denominados «obreros buenos». En resumen, por la «gente de bien». Tienen buenas armas y patrullan los pueblos y los campos. Si algún propietario tiene algún problema con sus peones, allá se reúne la brigada y marcha en su apoyo. Es gente decidida a todo, a defender lo suyo. Carlés, además, ha formado las «brigadas femeninas», dirigidas por jóvenes católicas de familias de muy buena posición e integradas por mujeres que trabajan en fábricas y el servicio doméstico.

Manuel Carlés hace giras por todo el país alertando contra los obreros organizados y contra el yrigoyenismo, a pesar de haber sido hasta hace poco funcionario de ese gobierno. El 5 de diciembre de 1920, dirá Carlés en su florido lenguaje:

> Éste es el único país de la tierra en que la autoridad tolera la sedición en la calle contra la nacionalidad, que disimula el desacato y que, saturada de insultos del sectarismo, oye como oír llover las mayores atrocidades contra el derecho del trabajo y la moral del honor de la Patria.[8]

La Liga Patriótica se movía con total independencia: ordenaba armarse, reprimir huelgas, auxiliar a patrones en peligro, etc., todo en forma pública, a través de los diarios. Baste sólo un ejemplo: este comunicado de la brigada de la Liga Patriótica de Marcos Juárez, Córdoba, del 5 de diciembre de 1921, a raíz de la huelga de peones:

> La brigada ha movilizado hoy sus elementos preparándose para la defensa de los intereses colectivos porque anoche la aparición de agitadores anarquistas que recorrieron desde temprano las chacras ha perturbado el trabajo de las cosechas. Estos forajidos han amenazado a los trabajadores y cuando han observado alguna resistencia han querido hacer uso de sus armas; enseguida quisieron llegar hasta el local de la comisaría dispuestos a libertar a varios agitadores que se hallaban detenidos. Este estado de cosas determinó la grave medida de movilizar la brigada y, divididos en varios sectores de defensa, nos hallamos dispuestos a repeler la agresión. La policía de esta villa es escasa pero por fortuna nosotros formamos un conjunto numeroso y decidido que está dispuesto a garantizar la libertad de trabajo aunque sea por medio de las armas. Hoy hemos llamado al cabecilla del movimiento subversivo —naturalmente extranjero— y le hemos dado el plazo de dos horas para alejarse de la región. Si no lo hiciera pondremos en práctica las instrucciones de la junta central para estos casos. El doctor Carlés se ha dirigido a la brigada aprobando lo actuado y ofreciéndoles los elementos para la realización de sus nobles propósitos.

Queda claro que la Liga se mueve con absoluta libertad: expulsan obreros, cargan armas, allanan sindicatos, disuelven manifestaciones. Es un contrasindicato, un sindicato de patrones. Con la única diferencia de que el gobierno y la policía no les permite a los obreros la portación de armas pero a los liguistas sí.

Pero no es para menos. Nadie se puede tomar a mal —desde el punto de vista de los que tienen algo— que cada uno se defienda como pueda. El miedo lo justifica todo. Las noticias de las matanzas de nobles, de propietarios, de terratenientes en Rusia a manos de los revolucionarios han quitado el sueño a los dueños y a los señores. No es hora de vacilaciones ni de espíritu cristiano. Cada clase a defender lo suyo. Así, en todo el mundo y en nuestro país en especial, con un movimiento sindical muy importante y un anarquismo arraigado en amplios sectores de la clase obrera. Pero el gobierno parecería no enterarse de esta sorda lucha de clases que se ha instaurado en calles y campos. Por eso caen sobre Yrigoyen las protestas de los obreros que lo acusan de permitir cuerpos armados fuera de la ley y de los patrones que le reprochan su falta de energía para reprimir huelgas y actos terroristas.

Veamos ahora qué fuerzas se iban a enfrentar en el lejano territorio de Santa Cruz. Por un lado, la Sociedad Obrera de Río Gallegos (adherida a la Federación Obrera Regional Argentina, FORA) que nucleaba a obreros de playa (estibadores), cocineros, mozos y empleados de hotel, y trabajadores rurales. Frente a ellos, los patrones de la ciudad nucleados en la Liga del Comercio y la industria de Río Gallegos; la Sociedad Rural de Santa Cruz, reunión de todos los estancieros, y la Liga Patriótica Argentina que, como queda dicho, reunía a los propietarios, empleados de confianza, etc., y era un organismo de autodefensa dirigido contra la izquierda proletaria.

Comencemos por los obreros.

Sus organizaciones centrales en Buenos Aires se hallaban totalmente divididas. Existían dos FORA. La FORA del V Congreso (anarquistas ortodoxos)[9] la FORA del IX Congreso, en la que predominaban los sindicalistas, socialistas y los adictos de la revolución bolchevique de octubre en Rusia.[10]. Esta última central era partidaria del diálogo con el gobierno radical, y principalmente uno de sus dirigentes, el secretario general de la Federación Obrera Marítima, Francisco J. García, tenía entrada libre al despacho de Hipólito Yrigoyen. Los anarquistas de la FORA del V Congreso llamaban «camaleones» a los del IX y éstos, a su vez, los calificaban de sectarios.

Pero no sólo en sus organizaciones estaba dividida la clase trabajadora, sino también en su ideología. El socialismo, en su clásica división de social-demócratas y de partidarios de la dictadura del proletariado; es decir, Partido Socialista y Partido Socialista Internacional, que poco después pasaría a llamarse Partido Comunista. Los anarquistas, por su parte, asumían tres diferentes posiciones: anarquistas ortodoxos (ala moderada, con su vocero La Protesta, y ala izquierdista, con *El Libertario*, *La Obra* y, posteriormente, *La Antorcha*), y los anarquistas partidarios de la revolución rusa, con el grupo de Bandera Roja, de Julio R. Barcos, García Thomas, etc. Eran los llamados «anarcobolcheviques».

Todas estas divisiones que eran centro de grandes polémicas en Buenos Aires no habían llegado al seno de la Federación Obrera de Santa Cruz, con asiento en Río Gallegos. Los dirigentes no estaban preocupados por las diferencias de las ideologías sino solamente en afirmarse frente al poder de los patrones, del gobierno y de la policía. Allí los había unido, sin lugar a duda, el peligro. Podemos sostener que en el fondo todos eran de extracción anarquista aunque todavía estaban deslumbrados por el triunfo de la revolución rusa.

La Federación Obrera de Río Gallegos tuvo corta vida. Fue fundada en 1910 y acabó sus días en las tumbas masivas de sus afiliados en el verano de 1921-1922. El verdadero iniciador de la organización obrera fue el español José Mata, de Asturias, calificado por la policía como «*sujeto anarquista militante*». Mata era herrero. Había nacido en Oviedo, en 1879. Tenía varios hijos cuyos nombres lo dicen todo: Progreso, Elíseo, Alegría, Libertario, Bienvenida. El primer movimiento obrero en los campos santacruceños se realizó en una estancia inglesa: «Mata grande» de Guillermo Patterson, en noviembre de 1914. Los dirigentes de esta primera huelga fueron el español Fernando Solano Palacios y el austríaco Mateo Giubetich. Exigían que los obreros rurales no pagaran más la comida, que el patrón no cobrara los peines y cortantes que se destruían durante la esquila y que el pago del medico fuera voluntario, es decir, que ese pago no fuera obligación de los peones. Además, exigían para los carreros 85 pesos mensuales y la comida y no 90 y pagar 30 centavos por comida como se usaba hasta ese entonces. Los esquiladores debían recibir la comida gratis.

La huelga se extiende a las estancias inglesas «Los Manantiales», de Kemp y «Florida Negra», de Hobbs. Interviene la policía en defensa de los estancieros británicos y detiene a los dos propiciadores del movimiento. El juez les aplicará la ley de Defensa Social, es decir, la ley antianarquista y prisión y embargo de sus bienes por 1000 pesos, en pago por los perjuicios sufridos por los estancieros. Pero allí no terminará el problema sino que se extenderá a todas las estancias de los alrededores de San Julián. El movimiento estaba dirigido ahora por el secretario interino de la Sociedad Obrera de San Julián, Juan de Dios Figueroa, un carpintero chileno de 48 años de edad. La esquila se para en esa zona y los patrones responden trayendo desde Buenos Aires, por barco, esquiladores rompehuelgas. Cuando éstos desembarcaron se produjo una lucha en la playa. Los rompehuelgas fueron apoyados por la policía. Este primer conflicto terminará con la total derrota de los huelguistas y una verdadera cacería de anarquistas en toda la zona. Así se llega a la detención de 68 personas, cantidad inusitada para San Julián. Casi todos eran extranjeros: cuarenta españoles, veinte chilenos, un inglés, un italiano, un ruso, cuatro argentinos y un francés.

A principios de 1915, y como coletazo de la primera huelga rural, pararán sus tareas los obreros de la «The New Patagonia Meat Preserving and Cold Storage Co. Ltd.», es decir, del Frigorífico «Swift» de Río Gallegos. Nuevamente con ayuda de la represión policial es vencido el movimiento y son encarcelados los dos dirigentes

Serafín Pita (uruguayo) y José Mandrioli (italiano).

Los sucesivos movimientos serán ahogados también por la represión policial. Pero la organización obrera, antes que debilitarse, se iba fortaleciendo con estos fracasos. Digna de mencionarse es la huelga del 20 de abril de 1917, que fue la primera tentativa de paro general en la ciudad de Río Gallegos. La hicieron los obreros para que se aboliera el castigo corporal a que se sometía a los peoncitos menores de edad por parte de los capataces. Es decir, un paro por una reivindicación solidaria, lo que habla del espíritu altruista que movía a esos proletarios de zonas tan lejanas.

En abril de 1918 se declara la huelga general en Puerto Deseado, donde las reivindicaciones de los empleados de comercio de «La Anónima» (de Braun Menéndez) y de otras empresas son apoyadas por los obreros ferroviarios de la línea Deseado-Las Heras, único ramal férreo de Santa Cruz.

Entre las organizaciones obreras de raíz anarquista de la Patagonia argentina y chilena hubo siempre contactos y solidaridad, a pesar de las grandes distancias y los pocos medios de comunicación. Tal es así que varios dirigentes sindicales actuaron en las dos zonas; es el caso del libertario Eduardo Puente, que intervino en el movimiento obrero de abril de 1918 en Puerto Deseado y luego, en diciembre de ese año, en la huelga y manifestaciones obreras de Punta Arenas, la ciudad más austral de Chile. La Federación Obrera de Magallanes (Chile) declaró la huelga general por «*el alto costo de la vida y el monopolio y el trust de una familia de la cual todos dependemos*» (la Braun-Menéndez). La concentración popular fue atacada por los carabineros y hubo muertos y heridos. La soldadesca saqueó el local obrero, destrozando sus muebles y archivos y llevando detenidos a sus tres principales dirigentes: Puente, Olea y Cofre. Pero la conmoción popular fue tan grande que las autoridades buscaron un arreglo. Se accedió a todas las mejoras que habían pedido los obreros y a la libertad de Olea y Cofre. A Puente, en cambio, se lo expulsó del país. Este sindicalista llegará a Río Gallegos justamente en momentos en que reinaba gran agitación entre los obreros de esa ciudad santacruceña. La Federación Obrera jugaba su carta máxima en los años de su existencia. No luchaba por más salarios sino por la libertad de un hombre: Apolinario Barrera.

Los hechos se habían sucedido de esta manera: Simón Radowitzky, el joven anarquista que mató en 1909 al jefe de Policía, coronel Falcón, y que había sido condenado a prisión perpetua en Tierra del Fuego, la «Siberia argentina», había logrado huir del penal de la isla. Contó con la ayuda del administrador del diario anarquista *La Protesta*, Apolinario Barrera, quien se había trasladado expresamente para ello desde Buenos Aires. Luego de una legendaria huida, ambos habían sido capturados por los chilenos, llevados a Punta Arenas, al crucero «Zenteno», donde fueron dejados doce días en cubierta a la intemperie, sujetos con grillos a una barra de hierro. De allí, en un transporte de la armada argentina, fueron llevados a Río Gallegos, donde se lo bajó a Apolinario Barrera, mientras a Radowitzky lo devolvían

al sombrío penal de Ushuaia.

El gobernador, a su vez, ordenó la detención de Puente, quien será llevado a Ushuaia. La Federación Obrera convocará a asamblea general para el 14 de enero de 1919 a fin de declarar el paro general y obtener la libertad de Apolinario Barrera y Eduardo Puente. Pero la asamblea no podrá terminar ya que la policía, al mando del comisario Ritchie, rodeará el local, irrumpirá en él deteniendo a toda la mesa directiva (nueve españoles y un ruso) y lo clausurará. Un grupo de trabajadores que se había hecho cargo de la comisión resolvió entonces declarar la huelga general.

El 17 de enero sucede lo inesperado, lo que jamás habían visto las calles de Río Gallegos: una manifestación de mujeres proletarias. Reclaman la libertad de los hombres que están en la cárcel. Según la versión policial, una manifestación femenina que venía por las calles Zapiola e Independencia desacató a la autoridad en momentos en que la policía las invitó a disolverse. Señala que las mujeres profirieron toda clase de insultos contra los representantes del orden, apedrearon al comisario Alfredo Maffei y golpearon en la espalda al gendarme Ramón Reyes.

Pero ahí no para la cosa sino que ahora viene lo más grave. El sargento Jesús Sánchez procedió a la detención de la organizadora de la marcha, la española Pilar Martínez (cocinera, viuda, de 31 años de edad). Pero la mujer —¡flor de gallega brava!— según el parte policial «*le asestó un fuerte puntapié en los testículos produciéndole una contusión dolorosa que lo dejó inutilizado para el servicio durante dos días*». Continúa el parte policial —firmado por el capitán Ritchie— de esta acción tan innoble llevada a cabo por una representante del sexo débil, diciendo que la agresión fue presenciada por el subcomisario Luis Lugones y los vecinos Antonio Adrover, Pedro Rubione y Augusto Guilard, quienes se prestan de inmediato como testigos contra la mujer.

El parte del médico policial, doctor Ladvocat, no tiene desperdicio: «el sargento Jesús Sánchez acusa un fuerte dolor en el testículo izquierdo que es exacerbado por la más ligera presión. Pero sanará sin dejar consecuencia alguna para el ofendido».

¡Menos mal! No fuera que el uniformado perdiera su virilidad, tan bien demostrada pegándole a las mujeres.

Todo el episodio terminará con la disolución oficial de la Federación Obrera y el pasajero triunfo del gobernador quien, pocos días después, tendrá que concurrir a ayudar al gobernador chileno de Magallanes, coronel Contreras Sotomayor, por las huelgas de los obreros del Frigorífico «Borries» en Puerto Natales. Esos trabajadores son apoyados por el sindicato de Campos y Frigoríficos de Última Esperanza, cuyos dirigentes eran los anarquistas Terán, Espinosa, Saldivia y Viveros. Los obreros ocuparon la ciudad que quedó a cargo de un consejo obrero.

Pese a la situación interna que tenía en Río Gallegos, y a la rebelión popular en Punta Arenas que podía desbordar la frontera, el gobernador de Santa Cruz envía todas las tropas de que dispone hacia Puerto Natales, en Chile, y allí repone el mayor Bravo en el cargo de subdelegado del gobierno chileno.

Terminaba así este primer ciclo de las inquietudes obreras en el extremo sur del continente. La Federación Obrera de Río Gallegos finalizaba también su primera etapa, con la clausura definitiva de su local por el juez Sola y la prisión de sus dirigentes (que recuperarán su libertad sólo cinco meses después). Y será Antonio Soto quien encamine la nueva Sociedad Obrera de Río Gallegos en su segundo ciclo, hasta su derrota total en manos del teniente coronel Varela.

III. La aurora de los rotos

«La cotización del hombre no alcanza para sus explotadores a la cotización del mulo, del carnero y del caballo».

(Sociedad Obrera de Río Gallegos, Manifiesto de noviembre de 1920).

Las huelgas de Punta Arenas, Puerto Natales, Puerto Deseado y Río Gallegos tuvieron una tremenda significación en la vida de esa zona austral. Habían puesto de manifiesto a los patrones que en cualquier momento una huelga revolucionaria podía hacer peligrar el régimen de la propiedad, que se habían acabado los tiempos donde unos mandaban y los otros solamente obedecían. Y que, para defenderse de ese peligro, debían unirse y, por sobre todo, requerir la ayuda del gobierno nacional en fuerzas armadas y en refuerzos policiales. A los obreros esos episodios les habían demostrado que un movimiento sin organización estaba condenado al fracaso. Lo que se reprochaban en esa oportunidad los hombres de la Sociedad Obrera de Río Gallegos era el no haber actuado en conjunto con sus organizaciones hermanas del lado chileno, las de Puerto Natales y Punta Arenas.

Para comprender los antecedentes de la tragedia que se avecinaba hay que explicar bien la actuación de dos hombres: el juez letrado, doctor Viñas, y el periodista José María Borrero. El primero representa al Partido Radical con todo su afán de mejorar, de transformar, y el segundo, con su atractiva personalidad, es un vocero de esa capa social santacruceña que está entre los terratenientes y los obreros. Capa social integrada casi en su totalidad por la colectividad española: pequeños hacendados, pequeños comerciantes, bolicheros, dueños de hotelitos y casas de comida, empleados, artesanos independientes, etc. Esa pequeña burguesía veía amenazada su existencia por los grandes consorcios —como «La Anónima» de los Braun Menéndez— verdaderos monopolios en la zona en la venta de ramos generales, comestibles, ropas, etc., que disponían de los medios de transporte y del capital necesario para quebrar toda posibilidad de competencia.

Esa clase media patagónica de escasos medios dependía de su clientela, que eran los trabajadores. De manera que, en cierto sentido, apoyaba sus movimientos reivindicativos porque eso significaba más poder de compra, mas ventas.

Todo ese grupo social medio contará con un semanario: *La Verdad*, cuyo director y propietario era el doctor José María Borrero. Los terratenientes tendrán de su parte al bisemanario *La Unión*.

Casi al mismo tiempo llegan a Río Gallegos —por distintos caminos— dos personajes dispares: el ya mencionado juez letrado Ismael Viñas, nombrado por Yrigoyen para ese cargo por un período de tres años, y el español Antonio Soto, quien arriba al lejano sur en calidad de tramoyista de una compañía de zarzuelas española: ponía los decorados, las alfombras, acomodaba las sillas para el espectáculo, barría y hasta hacía algún papel menor cuando era necesario. Este hombre se quedará en Río Gallegos y a las pocas semanas llegará a ser secretario de la Sociedad Obrera, a la que dará un rumbo francamente revolucionario.

La chispa que prenderá la mecha de los acontecimientos estará dada por la ya mencionada investigación del juez Viñas contra dos sociedades latifundistas de capital inglés: «The Monte Dinero Sheep Farming Company» y «The San Julián Sheep Farming Company».

El gobernador interino y secretario de la Sociedad Rural, Correa Falcón, enfrenta al juez con todo el poder de que dispone: la policía, los resortes administrativos y el periódico *La Unión*. Al juez Viñas lo defenderá José María Borrero desde *La Verdad*, y dos abogados, Juan Carlos Beherán y Salvador Corminas, lo secundarán en esa actitud inédita de discutir el poder a los dueños de la tierra. Este grupo de hombres tomará contacto con la Sociedad Obrera de Río Gallegos y tendrá frecuentes reuniones con Antonio Soto y otros dirigentes sindicales. Tal es así que algunos manifiestos obreros se deben a la pluma del abogado Borrero.

Se iniciará así un largo conflicto de poderes entre el juez y el gobernador. El juez Viñas acelera el procedimiento judicial y ordena el remate de los bienes de «The Monte Dinero». El gobernador responde ordenando la detención del rematador y al grupo de amigos del juez, entre ellos a José María Borrero, Corminas y Beherán. Lo mismo ocurrirá cuando el juez Viñas ordene el remate de los bienes de la otra estancia inglesa «The San Julián»; allí el gobernador Correa Falcón impedirá la subasta con la fuerza pública.

Todo este conflicto llegará a la Presidencia de la Nación. El gobierno nacional sabía que de apoyar al juez Viñas, por más radical que este último fuera, iba a enfrentarse con el capital inglés en un momento en el que Yrigoyen no quería más problemas de los que ya tenía. Los hechos eran seguidos atentamente por la legación británica.

El problema de la depresión del mercado lanero estaba latente. No había llegado el momento para Yrigoyen de meterse a resolver la cuestión del latifundio patagónico. Momento que, por otra parte, no buscó nunca.

El juez Viñas será desautorizado. Así, salía derrotado en su intento de meterse con el capital británico. El vencedor se llamará Correa Falcón, el gobernador interino, y todos los intereses que él representaba. Pero la guerra acababa de comenzar y el juez sólo había perdido dos batallas.

A la lucha intestina entre los representantes del Poder Judicial y los del Poder Ejecutivo, a la que asistían preocupados los estancieros y comerciantes santacruceños, se agregaba un ambiente latente de rebelión entre los obreros tanto de las pequeñas ciudades como de las zonas rurales. Preocupado, el gobernador Correa Falcón comunica al ministro del Interior, ya en abril de 1920 que «*algunos elementos de ideas avanzadas procedentes de la Capital Federal y otros puntos del país habían iniciado una campaña tendiente a subvertir el orden público en este territorio*». A esa comunicación agrega un ejemplar del folleto anarquista titulado Justicia Social, que había sido profusamente distribuido entre los peones de campo.

No se equivocaba Correa Falcón, quien tenía un olfato especial para prever los disturbios obreros. En junio de ese año, en el establecimiento de campo «La Oriental», en el linde con Chubut, se produce un movimiento francamente subversivo. Dos rusos anarquistas —Anastasio Plichuk y Arsento Casachuk— y un

español —Domingo Barón— sublevan a la peonada y proceden a la ocupación de esa estancia. Pero Correa Falcón, con ayuda de la policía chubutense, actúa con celeridad y ejemplar energía. Copa el movimiento y lo derrota. Los dos rusos y el español —con el sambenito de haber infringido el artículo 25 de la ley de Seguridad Social 7029— con unos buenos garrotazos en sus lomos y cabezotas revolucionarias son metidos en la bodega de un transporte naval y llevados a Buenos Aires, donde el presidente Yrigoyen les firmará la expulsión del país, aplicándoles la ley de residencia 4144.

Correa Falcón sabe que allí mismo, en Río Gallegos, está uno de los hombres más peligrosos: Antonio Soto, el nuevo secretario general elegido por la Asamblea de la Sociedad Obrera.

Antonio Soto era gallego, nacido en El Ferrol, provincia de La Corana, el 11 de octubre de 1897, hijo de Antonio Soto y Concepción Canalejo. Llegó a Buenos Aires cuando tenía 13 años. Huérfano de padre comenzó para el adolescente, junto con su hermano Francisco, una vida de miserias y privaciones en aquella Argentina del centenario. Antonio pudo concurrir muy poco a la escuela primaría. Hizo de los más diversos oficios —tal como otros chicos y adolescentes de aquel tiempo— en la escuela de las privaciones, la explotación y el castigo. Desde muchacho fue atraído por las ideas anarquistas y el anarcosindicalismo. En 1919 —a los 22 años de edad— se embarcó con la compañía teatral Serrano-Mendoza, que hacía el recorrido de los puertos patagónicos argentinos y continuaba su periplo por Punta Arenas, Puerto Natales, Puerto Montt, etc., ida y vuelta, llevando el arte dramático a los aislados villorrios australes.

Pero en enero de 1920 se desata una verdadera rebelión popular en la ciudad de Trelew, en Chubut. Todo comienza con una huelga de empleados de comercio a la que se adhiere casi toda la población, en contra del gobernador, la policía y los grandes comerciantes. La cosa adquiere características de gran escándalo por las mutuas recriminaciones, y, como en todo pueblo chico, salen a relucir problemas personales.

En ese momento aparece el peón de la compañía teatral Serrano-Mendoza, Antonio Soto, arengando a la gente y apoyando a los trabajadores en huelga. Esa actitud le valió su detención y expulsión del territorio chubutense. Era el primer antecedente.

Poco después llegará a Río Gallegos. El clima obrero que reina en la capital santacruceña lo atrae. Antes y después de las funciones teatrales concurre al local de la Sociedad Obrera. Allí escuchará al asesor, doctor José María Borrero, quien habla como los dioses y deja siempre estupefacto al auditorio. Borrero lo incita a quedarse e integrar el sindicato; él se ha dado cuenta de que Soto es hombre de lucha, que tiene preparación ideológica y que sabe expresarse bien en las asambleas. Y, cuando la compañía teatral parte, Soto se queda.

El futuro dirigente de las huelgas rurales se inscribe como estibador en el puerto, o, mejor dicho, como «trabajador de playa». Hasta que el domingo 24 de mayo de

1920 es elegido secretario general de la Sociedad Obrera de Gallegos.

Ése era Antonio Soto. Para más datos —según la identificación policial— medía 1.84 de altura, tenía ojos azules claros, cabello castaño tirando a rubio, y era bizco del ojo derecho.

En julio de ese año, Soto tendrá su bautismo de fuego como dirigente gremial. La Sociedad Obrera de Río Gallegos, en connivencia con todos los sindicatos de las otras ciudades santacruceñas, declara la huelga del personal de hoteles de todo el territorio y del personal de playa de los puertos. Piden mejoras salariales. La cosa no es fácil. Principalmente en Río Gallegos. En el sector playa se pierde la huelga. En cambio, el gremio de mozos, peones y cocineros de hoteles, sigue adelante. Hasta que claudican los patrones, que aceptan las condiciones, con la excepción de los propietarios del «Español» y del «Grand Hotel», que trabajan con personal «carnero». Entonces Soto, ayudado por un connacional, penetra en el hotel y trata de hacer desistir de sus tareas a los remisos, empleando los puños.

Ante la denuncia del dueño del hotel, la policía detendrá a Soto y a su compañero. La Sociedad Obrera entrevista entonces al juez Viñas para solicitarle que ordene la libertad de los dos detenidos. Ha llegado el gran momento del juez para poner en jaque al gobernador. Viñas ordena la inmediata libertad de los dos obreros a pesar de que la policía les había iniciado expediente por asalto al hotel, agresión y daño intencional. Ya veremos qué derivaciones iba a tener ese problema.

El 24 de agosto, el jefe de policía, Diego Ritchie, eleva un informe al gobernador Correa Falcón. Le dice que

> esta policía ha descubierto que la Federación Obrera local, en combinación con sus similares de Buenos Aires, de los puertos de la costa y Punta Arenas (Chile) prepara una huelga general para el mes entrante, movimiento que posiblemente asumiría el carácter de revolucionario. —Añade que— en uno o más puertos del territorio se están fabricando bombas de dinamita.

El comisario Ritchie —quien sostiene que la huelga alcanzará a los peones de campo— solicita ametralladoras.

Dos semanas después —el 7 de septiembre de 1920— la preocupación del jefe de policía aumenta y vuelve a informar al gobernador:

> la situación del territorio ante la amenaza de las manos obreras y ácratas la conceptúo grave, pues no hay duda alguna que se prepara una huelga general que forzosamente se tornará en un movimiento de sedición dado el estado de intranquilidad que reina en el campo obrero y los numerosos anarquistas y reincidentes existentes en el territorio cuyas filas van engrosando con los elementos peligrosos expulsados de Punta Arenas con motivo de la huelga revolucionaria ocurrida allí.

El jefe de policía pide urgentes refuerzos y da estos interesantes datos:

> la policía del territorio se compone de 230 hombres de tropa, inclusive la fronteriza, destacado en 46 comisarías, subcomisarías y destacamentos sobre una extensión de 282 000 kilómetros cuadrados poblados con importantísimos establecimientos de campo y 4 grandes frigoríficos *—el «Swift» de Río Gallegos, el «Swift» de San Julián, el «Armour» de Puerto Santa Cruz, y el Frigorífico de Puerto Deseado perteneciente*

*a una sociedad de estancieros de la zon*a—. La capital, Gallegos, tiene alrededor de 4000 habitantes sin contar los pueblos importantes como Puerto Santa Cruz, San Julián, Deseado y Las Heras; es fácil pues darse cuenta de lo difícil, o mejor dicho, imposible que sería dominar un movimiento como el que se prepara, con policía mal paga y escasa de elementos.

Además, pide el envío de

tropas de línea desde Buenos Aires o de un buque de guerra estación con fuerzas de desembarco —y asegura—: esta policía mantiene severa vigilancia sobre los cabecillas del movimiento.

El 15 de septiembre de 1920, el gobernador Correa Falcón se dirige al ministro del Interior para denunciar que el juez letrado Viñas «*favorecía a los obreros*» y que había participado en una «*extorsión*» contra comerciantes de Río Gallegos. El episodio se desarrollará así: levantada la huelga de camareros, mozos de patio y cocineros de hoteles que había tenido lugar en julio, la Sociedad Obrera de Río Gallegos decidió declarar el boicot a los hoteles que no habían aceptado las exigencias sindicales. El boicot estaba bien organizado: los choferes de taxis no llevaban pasajeros a esos hoteles, al personal que entraba a trabajar en ellos se les hablaba de que abandonaran sus tareas o bien se los conminaba a dejarlas y a los huéspedes se los detenía en la calle y de buenas maneras se les explicaba el conflicto. Además, por esos días se inundaron de volantes las calles de la pequeña ciudad.

Como dijimos, esos dos hoteles eran el «Grand Hotel» y el «Español». En este último caso, el propietario —Serafín Zapico— viendo que o se rendía o tenía que cerrar el hotel, fue a verlo al juez Viñas para pedirle consejo. Viñas quedó en arreglarle el asunto y al otro día le comunicó que fuera a la Sociedad Obrera, que Soto y los otros gremialistas lo iban a recibir. El atribulado comerciante fue hasta allí y Soto le señaló que la única forma de arreglar era pagándoles a los cuatro obreros huelguistas del hotel todos los sueldos caídos por el paro, retomarlos y aceptar las condiciones exigidas. Zapico fue a verlo a Viñas y éste también le dijo que era la única manera de arreglar el conflicto. De manera que Zapico bajó la testuz y pagó.

Pero peor le irá al dueño del «Grand Hotel», Manuel Albarellos; desesperado por el cerrado «bloqueo» en que lo mantenía la Sociedad Obrera recurrió también al juez Viñas. Éste le aconsejó que la única manera de solucionar el conflicto era yendo al local de la Sociedad Obrera y hablando con Antonio Soto. Según posterior declaración de Albarellos a la policía, cuando entró allí, los miembros del sindicato lo rodearon, lo insultaron, lo amenazaron y le señalaron que sólo se podría llegar a un compromiso si pagaba una multa de 3700 pesos.

El desesperado hotelero —3700 pesos de aquel tiempo era una suma muy importante— recurrió entonces nuevamente al juez Viñas quien le respondió que no se desesperara, que él le iba a arreglar el asunto. En efecto, Viñas —luego de entrevistarse con los dirigentes obreros— le dijo al hotelero que le había conseguido «una rebajita» y que en vez de 3700 pesos tendría que «ponerse» con 2500. Para

cumplir con la última etapa de su calvario, el recalcitrante patrón, acostumbrado a tratar como sirvientes a sus trabajadores, tendrá que hocicar e ir hasta el local sindical. Frente a la algarabía de los obreros, en asamblea se hará la ceremonia y el hotelero especializado en atender a gente acaudalada tendrá que entregarle a Soto la suma de 2500 pesos, que serán contados religiosamente. Luego Soto le dice que se puede retirar, que le van a levantar el «bloqueo».

Sin duda, para esos proletarios, acostumbrados a vivir el lado flaco de la vida, esos triunfos debían gustar a gloria.

El gobernador Correa Falcón pondrá todo esto en conocimiento del gobierno nacional, remitiéndole un informe detallado al ministro del Interior, doctor Ramón Gómez, conocido popularmente como el «tuerto Gómez». La reacción del ministro será típicamente radical: mandará archivar la denuncia. Es decir, la mejor manera de resolver los problemas era no resolverlos. Y, al mismo tiempo, no se dejaba mal parado al juez, que era correligionario político. Ya se había dado la razón al gobernador en el caso de las estancias inglesas. Ahora cabía dársela al juez, aunque fuera con el silencio. Además, norma del gobierno radical era dejar hacer a los obreros mientras la cosa no pasara a mayores.

Con Antonio Soto como secretario, la Sociedad Obrera de Río Gallegos recibirá un gran impulso. Se adquirirá una imprenta, se editará el periódico *1.º de Mayo* y saldrán delegados hacia el interior, hacia las estancias, a explicar qué es la organización obrera y qué es la lucha por las reivindicaciones sociales. Estos delegados manejarán los nombres de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Malatesta. Todos tenían una base ideológica anarquista y no dejaban de poner como ejemplo la revolución rusa de octubre.

Es realmente curioso —¿y por qué no emocionante?— constatar el hecho de que en aquella lejana Río Gallegos de apenas 4000 habitantes, aislada por las distancias de todas las grandes urbes, a miles de kilómetros de aquella caldera de rebeliones que era la Europa de los años veinte— flameaba la roja bandera en un localcito donde se agrupaba la esperanza de los desposeídos. Es increíble cómo esos hombres, sin dirigentes avezados, casi todos sin sentido organizativo, quisieran o pusieran voluntad para no perder el paso apresurado que había impuesto la revolución rusa al proletariado.

Y todo es tan curioso como el episodio que ahora se aproxima y que será un factor desencadenante. En septiembre de 1920, la Sociedad Obrera de Río Gallegos solicita permiso a la policía para llevar a cabo un homenaje a Francisco Ferrer, el pedagogo catalán padre de la educación racionalista, fusilado once años antes en los fosos del castillo de Montjuich. Un acto que avergonzó a la humanidad y que fue inspirado por la parte más conservadora de la Iglesia Católica que influyó en Alfonso XII para así terminar con un hombre que enseñaba con la razón a destruir mitos y, por sobre todo, a oponerse al oscurantismo religioso y a la irracionalidad del

militarismo.

El acto está programado para el 1.º de octubre. Días antes la Sociedad Obrera distribuye volantes por la ciudad y entre las peonadas de las estancias. Reproducimos el texto de esos volantes porque dice más que cualquier interpretación posterior de los hechos:

SOCIEDAD OBRERA DE RÍO GALLEGOS
1909 - 13 de octubre - 1920

AL PUEBLO

Once años hace que el mundo entero sintióse conmovido en este día.

Once años que el más cobarde, el más alevoso atentado contra la Libertad de Pensamiento fue llevado a cabo en el mil veces maldito Castillo de Montjuich (Barcelona).

Francisco Ferrer, el fundador de la Escuela Moderna, el que enseñaba a la infancia el camino de la luz, fue cobardemente fusilado por esos tartufos que en nombre de Cristo cometen toda clase de infamias.

Pero Francisco Ferrer vivirá eternamente en nuestros corazones y estaremos dispuestos siempre a escupirles en la cara el crimen que cometieron.

¡Gloria a los mártires de la Libertad Humana!
¡Gloria a Francisco Ferrer!

Trabajadores del campo: tenéis el deber de concurrir todos al pueblo el 1.º de octubre y así rendiréis un justo homenaje al mártir de la Libertad

FRANCISCO FERRER
cobardemente fusilado el 13 de octubre de 1909.

El 28 de septiembre, el jefe de policía Diego Ritchie niega el permiso para el acto. Los obreros no se achican y sin pensarlo mucho declaran una huelga general de 48 horas.[12] Y no eran sólo palabras. Leamos lo que dice Amador V. González de ese paro:

> El día 30 de septiembre amaneció la ciudad en estado de sitio. A pesar de no haber motivos para adoptar tales medidas ni haberse decretado la ley marcial, no se permitía el estacionamiento de peatones en las calles ni puertas, un derroche de fuerza armada hacía gala de sus máuseres por la población, y algunos autos cargados de guardiacárceles armados de carabinas ponían la alarma en los pacíficos espíritus del vecindario de norte a sur, como si de un sitio de guerra se tratase. El día 1 se colocaron centinelas armados en el local de la Sociedad Obrera y a medida que cualquier transeúnte quería pasar por la calle en que la Sociedad estaba situada, se le obligaba a hacer alto y cambiar de dirección. Se clausuró la secretaría de la Sociedad Obrera, el domicilio particular del secretario y del tesorero; ¿en virtud de qué ley? La Sociedad Obrera dispuso como medida previa la suspensión de los actos a realizar y dio a la huelga general carácter de permanente hasta tanto las autoridades competentes no reconocieran el error en que incurría la jefatura de policía al oponerse con medidas extremas a una conmemoración pacífica y de orden.[13]

El enfrentamiento se hacía a cara de perro. La gobernación y la policía con la fuerza, los proletarios con la huelga, con ese poderoso medio que es la desobediencia civil.

A la ofensiva de Correa Falcón, los obreros le salen al paso recurriendo a sus amigos Borrero y Viñas. Concurren al estudio de abogado que el primero tiene con el doctor Juan Carlos Beherán y allí se redacta un recurso de amparo contra la prohibición del acto.

En la presentación ante la justicia hacen gala de un argumento bastante original. Dicen que

> reclaman por la prohibición de una manifestación programada para hoy —1.º de octubre de 1920— en conmemoración del aniversario del fusilamiento de Francisco Ferrer a quien los creyentes de la religión del trabajo consideran como mártir de la libertad y como símbolo de las ideas, con el mismo derecho que los creyentes de la religión católica rinden homenaje a San Francisco de Asís o a la doncella de Orleáns, en la actualidad Santa Juana de Arco por haber sido recientemente beatificada, con el mismo derecho con que los creyentes de la religión mahometana rinden homenaje a Mahoma, con el mismo derecho con que los creyentes de la religión del patriotismo rinden también su tributo de admiración a los héroes de las reconquistas, independencias y emancipaciones.

El recurso es presentado a las tres de la tarde ante el juez Viñas, quien de inmediato da traslado de las actuaciones al comisario Ritchie para que informe los motivos de la prohibición. Y le comunica que «*ha habilitado el juzgado en horas inhábiles*», como haciéndole saber que la respuesta debe ser inmediata.

Los argumentos de cuartel que usa el comisario Ritchie para fundamentar la prohibición son de una incongruencia demoledora:

> al prohibir el *meeting* a celebrarse hoy esta jefatura ha entendido que el homenaje a la memoria de una persona conceptuada mártir de sus ideas avanzadas —vulgo anarquista—, puesto que universalmente Francisco Ferrer es clasificado como un exaltado en la causa disolvente de la organización social contemporánea, de tal manera que el homenaje proyectado lleva el sello de la impracticabilidad inherente a esta clase de manifestaciones reprimidas por la ley de orden social. Por otra parte, señor juez, se trata en el fondo de una protesta contra un fusilamiento realizado por una nación extranjera que legal o ilegal no nos corresponde juzgar por razones elementales de cortesía internacional; juzgamiento en que no puede complicarse la autoridad constituida, siquiera sea otorgando un permiso para que se discutan actos inapelables de la justicia española. Además, en ese acto no van involucrados intereses respetables como serían sin duda el mejoramiento de la clase trabajadora. La filiación del *meeting* es netamente política y ajena a nuestro medio ambiente.

Viñas no se acobarda: además de revocar la decisión del comisario se mete con las ideas demostrando un espíritu racional y de respeto al pensamiento de los demás. Dice:

> desde hace tiempo, la ley de seguridad social ha sido materia de discusiones judiciales y en muchos casos se ha fallado por la falta de conocimientos de nuestra historia pública y social decidiendo pronunciamientos a todas luces infundados. El volante repartido por los obreros sólo hace presente que se conmemorará el fusilamiento de la persona indicada señalándose solamente que éste fue el fundador de la escuela moderna y nada más. En ese volante no se hace indicación a tendencia política alguna que encierre la concepción ácrata o anarquista, por cierto reciente en la historia de las ideas y más reciente aún por sus consecuencias en la historia de los hechos. No sólo en el vulgo el concepto científico del ácrata o anarquista, sus teorías y la naturaleza de sus atentados es todavía harto vago y discrepante sino también en los mismos sociólogos y jurisconsultos. Cuando éstas fundamentales dudas se presentan a la justicia ésta se halla en el deber de impedir la restricción de la libertad amplia de reunión concedida por la carta fundamental.

Al leer este fallo, hay que hacerle justicia a Viñas. Era evidente que tenía una sensibilidad especial. Era realmente insólito y arriesgado firmar un fallo así en defensa de un acto obrero y, más insólito todavía, de homenaje a Ferrer, en aquellas regiones cuyos resortes manejaban los poderosos y un año apenas después de la Semana Trágica, cuando la caza libre del obrero revolucionario fue deber para todo argentino bien nacido.

La parte dispositiva ordena revocar la prohibición del acto y comunicárselo al

gobernador.

La comunicación se hace el día 2 de octubre. Entonces Correa Falcón, ni corto ni perezoso, redacta su resolución: «*acúsese recibo de la resolución judicial y habiendo transcurrido la fecha para lo cual se solicitaba permiso para efectuar una manifestación pública*, *archívese*».

Pero si bien ha pasado la oportunidad de los actos por Ferrer, la algarabía de los obreros por la resolución del juez no tiene límites. Se sienten defendidos y encuentran que sus ideas han triunfado por sobre los funcionarios gubernamentales a quienes sindican como meros lacayos de los intereses comerciales y latifundistas. La Sociedad Obrera levanta el paro. La ofensiva la iban a tomar ahora los comerciantes y propietarios con su Liga del Comercio y la Industria. Allí estará Ibón Noya, estanciero y propietario del «Garaje Buick» de venta de repuestos para automóviles. Comenzarán su contraofensiva también con boicots. Y lo primero que hacen es boicotear —no publicando avisos— a un periódico llamado *La Gaceta del Sur* por haber publicado una nota de elogio al paro obrero.

La Sociedad Obrera responde a este golpe con un mazazo más doloroso: boicot contra tres comercios de la ciudad. Se «volantea» la población aconsejando no comprar en tres almacenes de la zona. Con esta medida se trata de dividir el frente patronal, ya que algunos comerciantes redoblaban sus ganancias mientras que a los tres comercios boicoteados no se acercaba nadie.

Correa Falcón hizo citar por la policía a Soto a la comisaría para solucionar el entredicho con la Liga del Comercio y la Industria. Pero el anarco-peninsular le hace saber al comisario Ritchie que la comisaría no es el lugar ideal para resolver problemas de trabajo.

Correa Falcón se da cuenta de que las palabras ya no ayudan y se larga con todo. En la noche del 19 de octubre hay asamblea en la Sociedad Obrera. Entonces decide. Primera medida: guardia de agentes en la puerta del local obrero para que no salga nadie. Segunda medida: el propio jefe de policía dirige el allanamiento con los guardiacárceles. Los hace poner a los obreros mirando a la pared y con los brazos en alto y —una vez palpados de armas— los hace salir a paso vivo a formar fila delante del local, ante la vista de la población. Luego, con la escolta de bayoneta calada y en hilera, los lleva a la cárcel local donde los mete con los presos comunes para que se vayan ablandando.

Al mismo tiempo, se cubre la espalda. Telegrafía al ministro del Interior lo siguiente:

> Un grupo de sujetos agitadores del elemento obrero celebraba asamblea sin permiso establecido por disposiciones vigentes. Invitados a disolverse por la policía, ésta fue desacatada por el núcleo que desde hace un tiempo se ha caracterizado por la forma agresiva y extorsionista de su propaganda. Policía detuvo a diez sujetos a quienes se les procesa por infracciones leyes defensa y seguridad social habiéndose secuestrado banderas rojas, gallardetes y gran número de panfletos declarando boicot a casas de comercio. La Municipalidad y la Liga del Comercio y la Industria adoptaron medidas para apoyar acción policial y para que la población no sufra carestía en caso de huelga. Opinión pública aplaude medidas tomadas.

> Primeras diligencias demostraron responsabilidad sujetos detenidos y espero de usía se sirva comunicarme si deben ser remitidos a disposición del Poder Ejecutivo por tratarse de extranjeros en su totalidad.

El plan del gobernador era perfecto: había dejado presos solamente a los sindicalistas extranjeros y, así, en el barullo de la cosa, le proponía la salida al ministro del Interior, meterlos en un buque de guerra, mandarlos a todos a Buenos Aires y allí aplicarles la 4144 y expulsarlos del país. Y muerto el perro se acabó la rabia. A grandes problemas, grandes soluciones.

Este plan hubiera sido muy fácil de desarrollar con un gobierno conservador. Pero ahora estaba Hipólito Yrigoyen y toda esa libertad en disponer de la vida de los demás, aunque fueran extranjeros pobres, estaba ya un poco regateada.

Entre los presos caídos en el local obrero se encontraba un pez gordo, el doctor José María Borrero. Para Correa Falcón había tres principales culpables de todo lo que estaba sucediendo en la tranquila ciudad patagónica: el juez Viñas, el tempestuoso Borrero y el «gallego» Soto.

Los detenidos eran todos españoles, lo que es tomado hábilmente por los amigos de Borrero como un ataque a la colonia hispana. En ese sentido se dirigen al cónsul español y al gobierno nacional.

La Sociedad Obrera —con el local clausurado y con la mayoría de sus dirigentes presos— declara el paro general, que es acatado de inmediato.

El juez Viñas ordena a Correa Falcón que ponga de inmediato en libertad a todos los detenidos. Pero éste no cumple con la orden judicial.

El gobernador espera impaciente la respuesta del ministro del Interior. Tiene los buques de guerra al alcance de su mano para meter allí a los detenidos. La respuesta del gobierno nacional es realmente decepcionante para Correa Falcón: «*Si de las diligencias del sumario no resulta mérito para poner los detenidos a disposición del juez letrado debe VS. disponer su libertad manteniendo sobre ellos discreta vigilancia para prevenir alteración orden público*». Es decir que Correa Falcón debía entregar los presos a su enemigo Viñas o dejarlos taxativamente en libertad. Él va a elegir otro camino. Va a chicanear bastante antes de darse por vencido. Total, le quedaban pocas semanas de gobernador, ya que le habían anunciado la próxima llegada del nuevo mandatario del territorio, capitán Ángel Yza. Para salirse con la suya se va a basar en el telegrama recibido que dice textualmente «*que si de las diligencias del sumario no resulta mérito…*», es decir, al sumario hay que hacerlo y puede llevar varios días. Santa Cruz está muy lejos y entre telegrama y telegrama los presos se pasan unos buenos días a la sombra.

La situación se agrava. El paro se va extendiendo al campo como una mancha de aceite. La Sociedad Obrera envía a las estancias este manifiesto:

> Compañeros del campo. Salud. La policía de ésta ha detenido a un grupo de obreros a quienes se niega a poner en libertad a pesar de haberlo ordenado el juez letrado. Tal arbitrariedad nos ha obligado a decretar y continuar el paro general, por cuya razón os invitamos a dejar el trabajo y venir a esta capital como acto de solidaridad y hasta que nuestros compañeros recobren la libertad. Os saluda, la comisión.

La huelga se pone brava para el gobierno de Santa Cruz. La policía se mueve mucho y actúa con energía. Grupo de obreros que ve por la calle lo disuelve y al que se resiste, palo. A todo chileno sospechoso se lo corre más allá de la ciudad. Al tenerse noticias de que hay un grupo de paisanos reunidos en el hotel «Castilla»[14] se lo allana y se los identifica, no mezquinándose el garrote. Además, a todos los boliches que prestan refugio o permiten reuniones de chilenos venidos del campo, se los allana y se cita o «demora» a sus propietarios en la comisaría. Se produce así la solidaridad de los comerciantes minoristas con los obreros, evidentemente para ponerse en contra de los grandes almacenes de los Menéndez Behety y otras sociedades anónimas.

Correa Falcón tiene 27 detenidos. Pero sabe que no puede tirar mucho el lazo y, tácticamente, deja en libertad a unos cuantos, pero manteniendo siempre a aquéllos cuya libertad había sido ordenada por Viñas.

La libertad parcial del grupo es celebrada por la Sociedad Obrera como un triunfo. De ahí el manifiesto que, a pesar de la policía, corre de mano en mano entre la peonada y los pobretes:

> A los obreros:
> Compañeros: nuestro triunfo se avecina a pasos agigantados. Ya han sido puestos en libertad quince de los compañeros presos.
> Quedan aún doce, de ellos ocho son los que el señor gobernador interino y secretario de la Sociedad Rural, alzándose contra las leyes, se niega a poner en libertad, desobedeciendo hasta las órdenes terminantes e imperativas del Poder Ejecutivo Nacional. Pero ya llegará su hora y la justicia triunfará por sobre el capricho.
> La huelga continúa lo mismo que el boicot, ni una ni otro cesarán mientras no estén en libertad todos nuestros compañeros.
> Se pretende hacer de nuestra justa actitud una cuestión de nacionalidades.
> Compañeros, rechacen semejante absurdo porque los obreros no ven un enemigo en aquel que no sea un connacional, sino una víctima del capital que todo lo corrompe y lo avasalla. Los hombres, sean donde sean nacidos, somos todos iguales y por eso no puede haber entre nosotros diferencia de nacionalidades.
> Adelante, pues, hasta conseguir nuestro justiciero triunfo. Permanezcamos unidos que esto nos hará vencer las dificultades que nuestros enemigos nos crean.
>
> La comisión de huelga.

Pero Correa Falcón prosigue con sus golpes tácticos. El próximo será lanzado contra la imprenta «El Antártico», donde los obreros imprimen sus volantes. La policía simula un acto provocativo —dirán que desde la imprenta descargaron armas contra una patrulla policial— para allanar el local, se detiene a los presentes y se destruye todo el material propagandístico.

Súbditos españoles denunciarán ante el Ministerio del Interior, mediante telegramas, que «*la policía atropella al pueblo en las veredas dándoles rebencazos*». La misma denuncia será respaldada por el diario El Orden de Deseado, señalando que «*la policía cometió desmanes y atropellos con los obreros a los que apaleó provocando estos actos irritación pública*».

Luego de muchas idas y venidas, el gobierno nacional dará la razón al juez Viñas y le dará la orden a Correa Falcón de liberar a todos los presos sindicales. El 29 de

octubre salen todos, menos dos.

La Sociedad Obrera celebra el hecho pero ordena continuar el paro general.

> Quedan presos todavía los compañeros Muñoz y Traba —dice en un volante— ambos alevosamente apaleados y heridos por la policía y en la cárcel han permanecido encerrados en inmundos calabozos con el fin de ocultar sus verdugos el brutal e incalificable atropello. Pues bien, mientras estos compañeros continúen detenidos la huelga seguirá sin desmayos. Por tanto, compañeros, os rogamos que procuremos hacer cesar las faenas del campo haciendo llegar estas resoluciones hasta las estancias. El triunfo es nuestro porque a nosotros nos acompaña la razón, fuerza que se impone pese a quien pese. Nuestros enemigos caerán por el solo peso de sus crímenes como cae la fruta podrida del árbol que la crió y sustentó.

La acción será todo un éxito: él 1.º de noviembre quedarán libres todos los detenidos.

El último acto de este agitado preámbulo a la espartaqueada que iniciará la Sociedad Obrera será el atentado que sufrirá el secretario general, Antonio Soto. Ocurrirá el 3 de noviembre de 1920. Soto marchaba en dirección a la Barraca Amberense para hablar con el delegado obrero de allí, cuando de un zaguán, de improviso, salió una figura emponchada que rápidamente le tiró una puñalada al corazón. La punta del cuchillo le atravesó la ropa y fue a dar en el reloj que Soto llevaba en el bolsillo izquierdo de su abrigo. Soto cayó al suelo del golpe e hizo ademán de sacar un arma. El atacante huyó a toda carrera. Soto resultó con algunos rasguños en el pecho, pero salvó la vida.

Los que enviaron al asesino pensaron bien. Sabían que eliminado Soto el movimiento obrero santacruceño quedaba como descabezado.

La Sociedad Obrera había ganado en cuanto a la libertad de los presos. Pero ahora venía la lucha por las reivindicaciones. Los trabajadores, en la huelga, habían demostrado disciplina, espíritu de sacrificio y una evidente conciencia gremial. Había que aprovechar todo esto y la circunstancia de que muchos trabajadores del campo se encontraban en la ciudad.

Dos son los pedidos de mejoras que presenta la organización obrera: pliego de condiciones para los peones de campo y mejoras monetarias para los empleados de comercio. En eso Antonio Soto demuestra su gran talento de organización. Despacha emisarios al campo, mantiene reuniones a toda hora, arenga a los recién llegados, dirige asambleas diarias y hace reuniones de activistas preparándolos rudimentariamente en el abecé sindical.

Al no aceptarse las reivindicaciones presentadas, se declara la huelga en la ciudad y en el campo.

En ese noviembre de 1920, el gobernador Correa Falcón verá que todo se le está yendo de las manos. La huelga del campo se extiende por todo el territorio santacruceño. En la ciudad de Gallegos no se trabaja, los puertos están paralizados. Entre los estancieros hay un creciente malestar. La paralización de las tareas rurales trae el peligro de la pérdida de la parición ovejuna. Pero no hay forma de solucionar

el problema. Más palo les pega Correa Falcón, más se soliviantan los trabajadores. «En los primeros días de la huelga —informa *La Unión— había más de doscientas personas desconocidas en el pueblo que vagaban desorientadas por las calles mirando azoradamente a todo el mundo sin saber lo que pasa. En la actualidad hay más de quinientas*». Son los peones rurales que han bajado ante el llamado de la Sociedad Obrera.

Entre los patrones, hijos de patrones y altos empleados, se constituye una guardia ciudadana que como primera medida presta servicios en la cárcel local «*por el orden y el afianzamiento de los valores morales*», como sostendrá el periódico mencionado.

Pero ni la Liga Patriótica ni la Sociedad Rural ni la Liga del Comercio y la Industria ni la guardia ciudadana ni el propio gobernador Correa Falcón pueden solucionar la huelga. Por eso, buscan a los dirigentes sindicales para arreglar la cosa.

El 6 de noviembre los tres estancieros que representan a los hacendados, Ibón Noya, Miguel Grigera y Rodolfo Suárez, informan a la población que no han llegado a un arreglo con la comisión obrera de la Federación. Y hacen público el siguiente manifiesto:

> Al pueblo de Río Gallegos y a los obreros del campo:
> No obstante las difíciles circunstancias por que se atraviesa como lógica consecuencia de la paralización de los mercados de carnes y lana en el mundo, los que suscriben, hacendados de la zona sud del río Santa Cruz, en asamblea resuelven:
>
> 1. Tratar directamente con el personal de sus respectivas estancias.
> 2. Establecer como sueldo mínimo para sus obreros cien pesos mensuales moneda nacional argentina, y comida.
> 3. Los sueldos que superen a esta suma serán convenidos entre patrones y obreros de común acuerdo y según el puesto que cada uno desempeñe.
> 4. Tratar de mejorar paulatinamente las condiciones de comida e higiene en los locales que ellos ocupen.

Ya el primer punto es totalmente inaceptable para los trabajadores. Los patrones han decidido desconocer a la organización obrera. La situación se pone más tensa aún. Soto no conoce el campo y por eso debe confiar en gente que no es muy trigo limpio pero que tiene una decisión a toda prueba. En efecto, los hombres que fueron líderes del movimiento rural, en esta primera huelga, muy poco tenían de dirigentes gremiales: el «68» y «El Toscano». El primero, expresidiario de Ushuaia, donde llevaba el 68 como número de penado. De allí su apelativo. El segundo también había tenido mucho que ver con la justicia y era un aventurero increíble. Los dos: italianos. El «68» se llamaba José Aicardi. Era consumado jinete, igual que “El Toscano”, y más bien parecían gauchazos que gringos italianos.

«El Toscano» se llamaba Alfredo Fonte, de 33 años de edad, y había venido al país a los tres años; de profesión era carrero. Dos argentinos los secundaban: Bartolo Díaz (conocido por «el paisano Díaz»), y Florentino Cuello (llamado el «gaucho Cuello»). Los dos eran más bien tipos de avería, levantiscos; allí donde había pelea,

allí estaban. Los dos tenían gran mérito: eran los que más chilotes han afiliado para el sindicato. Les cobraban doce pesos por un año y los «federaban» dándoles la papeleta por la cual constaba que ya eran federados. Eran tipos muy populares en todas las estancias y conocían el territorio como la palma de la mano.

El gaucho Cuello era entrerriano, del Diamante, donde había nacido en 1884. Allí en su tierra, en 1912, tajeó a uno —parece que las lesiones fueron muy graves— lo que le valió cinco años de cárcel en Río Gallegos. En 1917 recuperó la libertad y allí se quedó. Cuando se inició la huelga estaba trabajando en la estancia «Tapi-Aike».

A estos cuatro cabecillas se debe en gran parte el paro total del trabajo en las estancias del sur de Santa Cruz. El que mandaba allí indudablemente era ese personaje misterioso que fue el «68». Junto a ellos estaba un chileno, Lorenzo Cárdenas, hombre bravo, de gran decisión y sangre fría. Completaban el grupo dirigente el alemán anarquista Franz Lorenz; Francisco Aguilera, paraguayo; Federico Villard Peyré, anarquista francés, delegado del personal de la estancia «La Anita» de los Menéndez Behety: los norteamericanos Carlos Hantke (también se hacía llamar Charles Manning), Charles Middleton (fácilmente identificable porque llevaba dientes de oro) y Frank Cross; el ruso anarquista Juan Vlasko: los escoceses Alex McLeod y Jack Gunn; un negro portugués de apellido Cantrill; el carretero oriental, Ángel Rodríguez, alias «Palomilla», de buena estampa; John Johnston, norteamericano; José Graña, español; etcétera.

Ésta será la columna general que irá tomando estancia por estancia, llevándose de rehenes a propietarios, administradores y capataces y engrosando sus filas con las peonadas.

Todo estaba paralizado desde el río Santa Cruz al sur.

El diario *La Unión* comenta el clima de tensión que reina, señalando el 18 de noviembre:

> Con el paro de los trabajos en todas las estancias y con la actitud de los estancieros ante la Federación queda planteado un nuevo y trascendental problema. De su pronta solución depende la salvación de los intereses económicos del territorio y en especial, los de las poblaciones; ¿qué sería de Río Gallegos si no pudiera faenar el frigorífico? ¿Qué harían los estancieros con el exceso de cerca de medio millón de animales que no podrían vender? Puerto Natales, en Chile, tampoco faenará. Ya los establecimientos ganaderos han sufrido grandes pérdidas por el abandono que hicieron los peones en épocas de parición.

Serán los ganaderos quienes darán un paso adelante para encontrar una solución al conflicto. El 17 de noviembre hacen una nueva proposición a los obreros. Esta vez incluirán esta cláusula:

Reconocer la entidad Sociedad Obrera de Río Gallegos como la única de los obreros, facultándola únicamente para que por conducto de sus representantes visite una vez por mes nuestros establecimientos entrevistándose en esas oportunidades con el dueño o administrador a efecto de tomar razón de las quejas que tuvieran del personal, y asimismo para que se comuniquen con sus asociados.

Al día siguiente, gran expectativa en el pueblo. No cabe un alfiler en el local de la Sociedad Obrera. Se analizará punto por punto el ofrecimiento de los ganaderos para, a la postre, rechazarlo de plano. El convenio debe ser claro, las cláusulas no tienen que dejar lugar a duda, no se pueden aprobar puntos que sólo contienen generalidades. Y de allí saldrá la contrapropuesta obrera, que firmará Antonio Soto, concebida en los siguientes puntos:

CONVENIO DE CAPITAL Y TRABAJO

que para mutua ayuda y sostenimiento, y para dignificación de todos, celebran los estancieros de la zona sur del río Santa Cruz y los obreros del campo representados por la Sociedad Obrera de Oficios Varios de Río Gallegos, conforme a las cláusulas y condiciones siguientes:

PRIMERA: Los estancieros se obligan a mejorar a la mayor brevedad posible dentro de los términos prudenciales, que las circunstancias locales y regionales impongan, las condiciones de comodidad e higiene de sus trabajadores, consistentes en lo siguiente:

a) En cada pieza de cuatro metros por cuatro no dormirán más hombres que tres, debiendo hacerlo en cama o catres, con colchón, aboliendo los camarotes. Las piezas serán bien ventiladas y desinfectadas cada ocho días. En cada pieza habrá un lavatorio y agua abundante donde se puedan higienizar los trabajadores después de la tarea.

b) La luz será por cuenta del patrón, debiendo entregarse a cada trabajador un paquete de velas mensualmente. En cada sala de reunión debe haber una estufa, una lámpara y bancos por cuenta del patrón;

c) el sábado a la tarde será única y exclusivamente para lavarse la ropa los peones, y en caso de excepción será otro día de la semana;

d) la comida se compondrá de tres platos cada una contando la sopa; postre y café, té o mate;

e) el colchón y cama serán por cuenta del patrón y la ropa por cuenta del obrero;

f) en caso de fuerte ventarrón o lluvia no se trabajará a la intemperie exceptuando casos de urgencia reconocida por ambas partes;

g) cada puesto o estancia debe tener un botiquín de auxilio con instrucciones en castellano;

h) el patrón queda obligado a devolver al punto de donde lo trajo al trabajador que despida o no necesite.

SEGUNDA: Los estancieros se obligan a pagar a sus obreros un sueldo mínimo de cien pesos moneda nacional y comida, no rebajando ninguno de los sueldos que en la actualidad excedan de esa suma y dejando a su libre arbitrio el aumento en la proporción que consideren conveniente y siempre en relación a la capacidad y mérito del trabajador. Asimismo se obligan a poner un ayudante de cocinero que tenga que trabajar para un número de personas comprendido entre 10 y 20; dos ayudantes entre 20 y 40 y además un panadero, si excedieran en este número. Los peones mensuales que tengan que conducir un arreo fuera del establecimiento cobrarán sobre el sueldo mensual 12 pesos por día con caballos de la estancia, y los arreadores no mensuales, 20 pesos por día utilizando caballos propios. Los campañistas mensuales cobrarán 20 pesos por cada potro que amansen, y los no mensuales, 30 pesos.

TERCERA: Los estancieros se obligan a poner en cada puesto un ovejero o más, según la importancia de aquél, estableciendo una inspección bisemanal para que atienda a las necesidades del o de los ocupantes prefiriéndose en lo sucesivo para dichos cargos a los que tengan familia a los cuales se les dará ciertas ventajas en relación al número de hijos, creyendo en esta forma fomentar el aumento de la población y el engrandecimiento del país.

CUARTA: Los estancieros se obligan a reconocer y de hecho reconocen a la Sociedad Obrera de Río Gallegos como una entidad representativa de los obreras, y aceptan la designación en cada una de las estancias de un delegado que servirá de intermediario en las relaciones de patrones con la Sociedad Obrera, y que estará autorizado para resolver con carácter provisorio las cuestiones de urgencia que afecten tanto a los derechos y deberes del obrero como del patrón.

QUINTA: Los estancieros procurarán en lo posible que todos sus obreros sean federados, pero no se comprometen a obligarlos ni a tomarlos solamente federados.

SEXTA: La Sociedad se obliga a su vez a levantar el paro actual del campo volviendo los trabajadores a sus respectivas faenas inmediatamente después de firmarse este convenio.

SÉPTIMA: La Sociedad Obrera se compromete aprobar con la urgencia del caso los reglamentos e instrucciones a que sus afederados deberán sujetarse tendientes a la mejor armonía del capital y trabajo, bases fundamentales de la sociedad actual, inculcando por medio de folletos, conferencias y conversaciones en el espíritu de sus asociados las ideas de orden, laboriosidad, respetos mutuos que nadie debe olvidar.

OCTAVA: Este convenio regirá desde el 1.º de noviembre reintegrándose al trabajo todo el personal abonando los haberes de los días de paro y sin que haya represalias por ninguna de ambas partes.

Ante la respuesta obrera, los hacendados responden que «en vista del desacuerdo producido y habiendo extremado nuestras facultades, damos por terminada la misión que se nos confió».

Nuevamente quedaban rotas las negociaciones.

Si analizamos el petitorio obrero vamos a obtener varias conclusiones acerca de la verdadera situación del obrero rural en la Patagonia.

El sistema de los «camarotes»[15] no sólo se encontraba en la Patagonia sino en muchos lugares del país. Eran «costumbres» en la vida de campo. Los galpones en que vivían los peones —especialmente en estancias chicas— servían también para guardar los trastos viejos o como depósitos de maquinas. El menú consistente sólo en carne de capón —con los consiguientes perjuicios para la salud del trabajador— se sigue sosteniendo aún hoy en casi todas las estancias patagónicas. Las habitaciones para los peones, en muchos casos, siguen siendo las mismas que hace medio siglo. Pero lo que más ha conspirado contra el progreso de la Patagonia —y eso sí es un reproche que se puede hacer sin cometer errores— es la falta de humanidad en el trato hacia el hombre. Y la falta de mentalidad en cuenta a que la principal riqueza de la tierra es, precisamente, el hombre. Tanto en aquel entonces como hoy, sólo se toma a peones u ovejeros solteros. El estanciero no quiere familias —salvo el caso del «matrimonio», como lo llaman, en donde ella limpia la casa de los patrones y él es cocinero— y en general todo el personal sigue siendo soltero. El hombre vive entonces de lunes a sábado en la estancia y el domingo se va al pueblo vecino para gastarse todo lo que tiene en el boliche, alcoholizándose, o en el lupanar. Fue una economía mal entendida la del estanciero. El hombre de campo se hizo trashumante, nada lo ataba al lugar, se iba donde más le pagaban o donde mejor se sentía.

Por eso, la cláusula tercera del pliego de condiciones es verdaderamente sabía cuando pide que para puesteros se prefiera a los que tengan familia, «*a los cuales se les dará ciertas ventajas en relación al número de hijos, creyendo en esta forma fomentar el aumento de la población y el engrandecimiento del país*». Lástima; nada de esto se cumplió y todo se ahogó en sangre y en la razón de los fusiles.

En general el petitorio obrero no era exagerado, y ya veremos que los mismos estancieros lo reconocieron al aceptarlo en gran parte. Sobre los móviles puramente reformistas del petitorio habla la cláusula séptima donde la Sociedad Obrera se «*compromete a dictar las instrucciones a que sus federados deberán sujetarse, tendientes a la mejor armonía del capital y el trabajo…*».

Aquí se ve claramente la mano de Borrero y tal vez la de Viñas. Decimos esto porque mientras estuvo Borrero de asesor de la Sociedad Obrera siempre quísose demostrar que no se trataba de extremistas; y de Viñas, por eso de «la armonía del capital y el trabajo» deja a las claras una mentalidad yrigoyenista, repetida luego en el peronismo.

Por supuesto, esa armonía quedará destrozada a tiros y crucificada en los postes de los interminables alambrados patagónicos.

Pero más que el convenio, el manifiesto obrero denominado *Al mundo civilizado*, con que se acompañó el pliego de condiciones, demostrará que la Sociedad Obrera buscaba con afán un camino reivindicativo, sí, pero absolutamente exento de todo matiz revolucionario. Dice así:

> Al mundo civilizado
> El paro general del campo ha sido decretado; éste será total, absoluto: desde la fecha no se realizara ninguna de las faenas, incluyendo las de acarreo y transporte, relacionada con los trabajos de explotación de ganadería, única fuente de recursos en el territorio.
> Ignoranse todavía cuáles puedan ser las consecuencias de este paro y las proporciones que pueda alcanzar, más aún si se tiene en cuenta que los trabajadores del pueblo están firmemente dispuestos a secundar con todas sus energías la actitud de sus compañeros del campo, solidarizándose con ellos en justa reciprocidad y apoyándolos en sus más que justas y legítimas aspiraciones.
> Por ello, y en previsión de ulteriores acontecimientos, así como de futuras eventualidades, la Sociedad Obrera de Río Gallegos quiere descargar a sus componentes de toda responsabilidad, haciendo recaer ésta sobre los estancieros de la zona Sur del río Santa Cruz quienes, con la excepción honrosa de los señores Clark Hermanos y Benjamín Gómez, están demostrando, o la más supina ignorancia, o la maldad más refinada, junto con absoluta carencia de sentimientos de humanidad y altruismo y de ideas de justicia y equidad al pretender seguir tratando a sus obreros asalariados en la forma brutal en que hasta hoy lo hicieron, confundiéndolos con los hombres de la gleba y de la esclavitud, y conviniéndolos en nuevo producto de mercados repugnantes, en los que la cotización del mulo, del carnero y del caballo, ya que hoy por hoy los estancieros consideran que un hombre se sustituye por otro sin costo alguno y en cambio cualquiera de los irracionales mencionados se sustituye por otro que cuesta una determinada suma a pagar, lo cual es para ellos más doloroso que sentir la pérdida de un semejante o acompañar a una familia en su desgracia.
> Es vergonzoso tener que hacer tales manifestaciones en pleno siglo XX, pero como ellas son verdades al alcance de cualquiera que visite las estancias del territorio, aún las más próximas al pueblo de Río Gallegos, es de todo punto necesario hacerlas como las hacemos para todo el que se considere hombre civilizado, dejando que el oprobio y la vergüenza de ellas caigan sobre sus causantes.
> Y para que no se diga que en estas afirmaciones hay exageración alguna, hagamos la historia de lo ocurrido.
> Iniciadas gestiones de arreglo entre trabajadores y estancieros, aquéllos pasaron un pliego de condiciones con fecha 1.º de noviembre, al que los estancieros, tras muchas vueltas, revueltos y circunloquios, contestaron diez y seis días después.
> Consecuentes los obreros con sus deseos de armonizar intereses, consultando la conveniencia de todos, estudiaron la propuesta de los estancieros, rebajaron sus pretensiones y, en definitiva, redactaron el convenio de trabajo y capital que a continuación se transcribe. (Aquí transcribían el pliego firmado por Antonio Soto).

El manifiesto termina diciendo que la cláusula octava es

> humana de toda humanidad, santa y sublime, que al exigir que por ninguna de ambas partes se ejerciten represalias no hace sino poner en práctica el más grande de los preceptos, el de amarse los unos a los otros, olvidando rencores, abandonando odios, dejando de lado las malas intenciones.

Por último hace un llamamiento:

> TRABAJADORES:
> Hoy más que nunca debemos demostrar nuestra inquebrantable voluntad de dignificarnos y ser en la moderna sociedad considerados como los más eficientes factores del progreso y de la civilización, uniendo para ello todas nuestras fuerzas, no dando un paso atrás y defendiendo con tesón nuestros derechos desconocidos y vulnerados; cuando veamos un compañero tímido o vacilante, no lo precipitemos con

> reproches ni amenazas, antes al contrario, procuremos robustecerlo, ayudarlo, levantarle el espíritu y ofrecerle los brazos fraternales y afectuosos de sus compañeros de desgracia.
> Hoy más que nunca debemos demostrar nuestra cultura y educación, de las que tantas y tan definitivas pruebas se han venido dando, dejando de un lado las violencias, no ejercitando coacciones, no usando ni abusando de la fuerza: quede ésta como último síntoma de falta de conciencia y de derechos para los patrones, los que, como es público y notorio y en la actualidad sucede, en cuanto son objeto de alguna justa petición por parte de los obreros, creen divisar un alucinante espectro y recurren de inmediato a las bayonetas, fusiles y uniformes; no han de estar muy seguros de la justicia de su causa cuando a tales procedimientos apelan.
> Opongámosle a la fuerza de sus armas la fuerza de nuestros razonamientos, la limpieza de nuestros procederes, la honradez de nuestras acciones, y el triunfo será nuestro. La comisión.

Este manifiesto obrero lo dice todo de por si. Les habla a los obreros del «amaos los unos a los otros» y deja la fuerza de las «bayonetas, fusiles y uniformes» a los patrones, que, por supuesto, la usarán, y ¡cómo! Cuando al subcomisario Micheri se le tuerza el sable de tanto darle a los chilotes, que le hablen nomás del «amaos los unos a los otros» y cuando Varela se plante bien y empiece a meterle plomo a toda esa informe masa de rotos, sáquenle a relucir el «opongámosle la fuerza de nuestros razonamientos».

A medida que pasan los días, el clima en todo el sur de Santa Cruz se pone cada vez más pesado. La huelga sigue firme, los estancieros están preocupados. El 24 de noviembre van todos al puerto a recibir a «*los acaudalados estancieros y fuertes comerciantes*» —así los llamará La Unión— Mauricio Braun y Alejandro Menendez Behety, quienes están de paso en el vapor «Argentino» hacia Punta Arenas, donde irán a inaugurar el monumento a Magallanes donado por don José Menéndez.

Traen buenas noticias: vendrán obreros contratados en Buenos Aires para reemplazar a los díscolos.

La Unión informa pomposamente la constitución de la Asociación de Libre Trabajo, una especie de sindicato de obreros buenos y obedientes. Dice así:

> Entre un núcleo numeroso de obreros de la localidad ha surgido la iniciativa de constituir una Asociación de Libre Trabajo, de manera que el obrero, hoy tiranizado por el absurdo sectarismo mantenido con bandas de combate e instrumento de insidias, pueda en cualquier momento en posesión de su libre albedrío acomodar su conducta a la altura de sus circunstancias e intereses.

Antonio Soto no las tiene todas consigo con esta ofensiva patronal. Pero hay alguien que le cuida las espaldas; es ese extraño individuo apodado el «68» que entiende muy bien el idioma de los tiros.

Por eso, cuando los primeros trabajadores «libres» traídos desde Buenos Aires marchan hacia la estancia de los Douglas para reemplazar a los huelguistas —van en dos tractores con custodia policial—, al llegar al lugar Bajada de Clark, en el camino a Punta Arenas, son sorprendidos por una cerrada descarga al aire de fusilería hecha por gente de a caballo que aparece y desaparece, como montonera organizada en guerrilla. El susto es tan grande que de inmediato los tractores con los rompehuelgas y la escolta policial están de vuelta en Gallegos. Correa Falcón ordena de inmediato

que salga el comisario Ritchie con cuatro automóviles y quince agentes. Pero irán a gastar nafta nomás, porque de los gauchos alzados no encuentran ni rastro.

A Soto le divierte la cosa pero en su fuero interno sabe que es como vender un poco el alma al diablo: tener como amigos a malandras como el «68» y «El Toscano» no es ni muy recomendable ni muy anarquista ni muy sindicalista. Los dos son tipos lavados en todas las aguas, que de ingenuos no tienen nada, que saben que el único evangelio que entienden los poderosos y la policía es la violencia, que se ríen de los líricos que creen en la «soberana voluntad de las asambleas» y del respeto a la opinión de los demás. Ellos copan el mando de la partida e imponen el método que luego será aplicado también en la segunda huelga: ir nucleando a los peones, organizados en partida, asaltar las estancias tomando como rehenes a los patrones, administradores y a los adictos a la patronal y marchar de un lado a otro desorientando a la policía.

El hecho de Bajada de Clark tiene un efecto desmoralizador entre los estancieros. El 2 de diciembre presentan a los obreros una contrapropuesta en la que aceptan sin reticencias el segundo pliego del sindicato, salvo una diferencia sobre el nombramiento de delegados en las estancias. Este discutido artículo estaba concebido en estos términos en la nueva propuesta patronal:

> Los estancieros se obligan de hecho a reconocer a la Sociedad Obrera de Río Gallegos como la única entidad representativa de los obreros y aceptan la designación en cada una de sus estancias principales de un delegado que servirá de intermediario en las relaciones de patrones con la Sociedad Obrera y que estará autorizado por ésta para resolver con carácter provisorio las cuestiones de urgencia que afecten tanto a los deberes y derechos del obrero como del patrón. Estos delegados se designarán por los obreros de cada estancia de común acuerdo con cada patrón tomando en cuenta su antigüedad y conducta; en todo caso con recurso del patrón de interponer su rechazo ante la Sociedad Obrera y también con la reserva de su parte de que tal cargo no significa o autorice su estabilidad dentro del personal.

Este proyecto patronal será aprobado en principio por los delegados de campo a referéndum de la comisión del sindicato. Es aquí donde se dividirán los trabajadores. Porque Antonio Soto y la comisión rechazan la propuesta patronal.

Amador González, el obrero gráfico que publicaba el periódico *La Gaceta del Sur* y desde el cual apoyaba a Soto y a la Sociedad Obrera, toma aquí partido por el levantamiento del paro. Con él están Ildefonso Martínez y Bernabé Ruiz, dos hombres importantísimos para el movimiento obrero patagónico porque son precisamente los representantes de la FORA (IX Congreso), una de las dos centrales obreras de Buenos Aires, que como vimos apoyaba en general la idea sindicalista. Los dos delegados, Martínez y Ruiz, mantienen además el contacto con la Federación Obrera Marítima, importante por ser la que se comunica con todos los puertos del litoral marítimo patagónico. Estos últimos inician una furibunda campaña contra Soto porque se opone al arreglo.

Es que, mientras tanto, se está por producir algo importante en el aspecto político: el nuevo gobernador de Santa Cruz, capitán Yza —nombrado por Yrigoyen y

ratificado por el Congreso Nacional— ha anunciado en Buenos Aires el reemplazo de todos los funcionarios que actúan con Correa Falcón, entre ellos el jefe de policía Ritchie, a quien sustituirá por Oscar Schweitzer.

Este anuncio es recibido como un triunfo por el juez Viñas y por Borrero y constituye una derrota total para Correa Falcón. Todo esto favorece anímicamente la continuación del paro.

Antonio Soto se juega la gran carta y convoca a asamblea general de obreros. El choque entre las dos tendencias —la «sindicalista» y la anarquista— se lleva a cabo en esa asamblea del 4 de diciembre. La mayoría apoyará la moción de Soto de continuar la huelga. Pero Soto sabe muy bien que sólo podrá hacerlo si cuenta con una comisión directiva donde todos sus miembros sean partidarios de la lucha. En la misma asamblea se elige la nueva comisión, que en su casi totalidad estará integrada por españoles de ideas libertarias. Soto es confirmado en el cargo de secretario general.

A partir de ese momento la organización obrera tendrá otro enemigo: los «sindicalistas» y el periódico *La Gaceta del Sur* que, como queda dicho, querían aceptar definitivamente la propuesta de los estancieros.

Los ataques contra Soto serán durísimos en ese periódico. Por ejemplo, en el artículo «¿Gremialismo? ¡Antigremialismo!»:

> En Río Gallegos, los trabajadores cuya idiosincrasia es la de rendir homenaje al absurdo, tienen creado desde los primeros momentos un malo, malísimo precedente que, nutrido por sentimientos personales, lleva a los trabajadores a un destrozamiento tal, que no reparan la aberración de grosero autoritarismo que una inepta comisión directiva ha impuesto, la veneración a demagogos descarados hasta a las personas cuya sutilidad los declaraba superiores a los neófitos trabajadores que integraban la desacertada como descabellada comisión directiva y entre los que por la obtusidad mental y desconocimiento práctico de las luchas gremiales sobresale el secretario Antonio Soto, el que aunque demuestre la mejor voluntad, siempre ha representado un amenazante peligro para la Sociedad Obrera. Más que nada ha contribuido al presente desquiciamiento societario, los sateloides que apócrifamente le labraron el pedestal en el que para vergüenza de la causa erigiéndose en el todo y terminaron por adorar al hombre en el que creyeron ver al Mesías.

Más adelante critican la «*ilógica frecuencia de las huelgas y lo absurdo de los boicots*».

Nótese que los «sindicalistas» no sólo atacaban a Soto sino también a las huelgas y a los boicots de la Sociedad Obrera, y lo hacían en medio de un paro general, de una lucha de vida o muerte del futuro sindical.

Cuando sale este número de *La Gaceta del Sur* el texto es enviado inmediatamente por Correa Falcón al ministro del Interior. Aprovecha para atacar, además, al juez Viñas, señalándolo como el *único causante* de lo que ocurría por haber defendido a Soto y a la organización obrera.

Pero a pesar de todas las contras, el paro sigue con más intensidad que nunca. El «68» y «El Toscano» continúan levantando gente en las estancias y cortando alambrados. Los estancieros empiezan a tener miedo e inician el éxodo hacia Río

Gallegos.

¿Qué posición debían tomar los hacendados patagónicos? Estaban desorientados. Si al principio no les interesaba arreglar con los obreros porque la lana no era negocio y, por lo mismo, se dejó que salieran a la huelga para no pagarles, ahora lo que estaba en juego era la existencia misma de las estancias, hasta el mismo sistema de la propiedad. Pasaban los días y los huelguistas eran imparables. Evidentemente, Correa Falcón era impotente con su poca policía para darles el gran escarmiento a los subversivos. Había que buscar otros medios; por ejemplo, presionar al gobierno.

Comienzan los ganaderos —con Alejandro Menéndez Behety a la cabeza— a dirigir mensajes desesperados a Yrigoyen. Los diarios de la capital ya hablan de depredaciones y comienzan a utilizar la palabra «bandoleros» para referirse a los peones en huelga. Pero la huelga avanza. Primero será Puerto Santa Cruz, luego San Julián, donde se produce un hecho insólito para aquellas latitudes: le hacen saltar la casa con una bomba al presidente de la Liga Patriótica Argentina, al «caracterizado vecino» Juan J. Albornoz. Pero donde tendrá caracteres inusitados será en Puerto Deseado, donde la huelga producirá el primer hecho sangriento y el primer enfrentamiento a tiro limpio.

IV. Final feliz: buen preámbulo para la muerte

«El que no está con la Patria, es enemigo de la PATRIA».

(Sociedad Rural de Río Gallegos, 27 de mayo de 1921).

«¡Proletarios de todos los países, uníos! En un fuerte block. En un fuerte abrazo de hermanos de explotación marcharemos por el camino que conduce a la emancipación de esclavos del capital».

(Sociedad Obrera de Oficios Varios de Río Gallegos. 18 de mayo de 1921).

El movimiento de Puerto Deseado tuvo características especiales. No se trató exclusivamente de un enfrentamiento entre obreros contra patrones sino que el conflicto surgió de la rivalidad manifiesta de la mayoría del pueblo contra el llamado «Círculo Argentino», organización de notables de extrema derecha que contaba con total apoyo de la policía y sacaba y ponía muñecos en esa aldea patagónica. Es sorprendente: aquí se da en forma pura la lucha de la izquierda contra la derecha. La izquierda estaba formada por los pequeños comerciantes y artesanos extranjeros y toda la parte obrera —incluido el gremio ferroviario de la línea Deseado-Pico Truncado—, mientras que en la derecha había profesionales, estancieros, gerentes y altos empleados de las empresas de Braun y Menéndez y de Argensud. Todo comenzó cuando los extranjeros se dirigieron al ministro del Interior solicitando que a Deseado se le concediera el régimen municipal. Con este régimen, los extranjeros tenían derecho a votar y, como eran mayoría, la intendencia iba a ser de ellos. Es decir, el poder iba a ser perdido por el cerrado núcleo de notables del Círculo Argentino. Éstos, ni cortos ni perezosos, ven que, por una simple maniobra legal, van a perder su poder verdaderamente oligárquico sobre la población. Por eso enviarán este insólito telegrama a Yrigoyen: «*El Círculo Argentino de Deseado se opone a la concesión del régimen municipal que así caería en manos de extranjeros que constituyen la mayoría de la población. Ninguna nación del mundo permite que sus situaciones de gobierno se encuentren fuera del dominio nacional*». El malestar entre las dos partes de la población se va acrecentando; hay un odio manifiesto contra los poderosos y contra la policía. El 2 de diciembre se declara en huelga el personal de «La Anónima» de los Braun y Menéndez, y los ferroviarios. La policía responde metiendo en el calabozo al secretario general de la Sociedad Obrera. Una semana después la huelga se extiende. Los gremios obreros mantienen un estrecho contacto —a pesar de las dificultades de comunicación— con Antonio Soto, el dirigente de Río Gallegos. El 9 de diciembre paran los mozos, los cocineros y los peones de los hoteles, bares y confiterías. A los empleados de comercio «carneros» se les declara el boicot. Hay incidentes en todos lados: trompadas en el bar y confitería «Colón» y en la Sociedad Española que es el centro de los huelguistas y de la comisión promunicipio. Todo está paralizado. La policía recorre en parejas las calles, mientras en los hoteles, los propios dueños deben atender a los pasajeros. Todos esos días, Deseado parece estar en pie de guerra. La comisión mediadora, integrada por los gerentes de banco y los médicos, fracasa en sus conversaciones con la comisión de huelga. Correa Falcón ordena desde Gallegos acabar con la indisciplina. La policía no se hace esperar. Los meten del cogote al calabozo a los agitadores San Emeterio y Christiansen. Pero los huelguistas no se amilanan: declaran el paro general a partir de las ocho de la mañana del 10 de diciembre, el cual se cumple totalmente. Nadie sale a la calle. Los huelguistas no tienen imprenta para hacer sus volantes, pero los confeccionan con lápiz y papel *cansón*.

Los patrioteros del Círculo Argentino se dan cuenta de que la mano viene pesada.

Más, cuando los números hablan a las claras. En Deseado, sobre 1570 habitantes hay solamente ochenta argentinos mayores de 18 años.

Toda esta situación explotará el 17 de diciembre. Ese día, los gremios en huelga y la comisión promunicipalización de Deseado se han dado cita en el local de la Sociedad Española. Pero la policía no permite la entrada a nadie. Entonces se corre la voz: ¡A reunirse en el cementerio! La cita de honor es a las 17.30. Ahí se forma una columna de más de trescientos hombres que comienza a marchar hacia el centro de la población.

La noticia de que los huelguistas avanzan llena de terror a los miembros del Círculo Argentino, que se refugian en la comisaría llevando todas las armas de que disponen. El comisario pide refuerzos a la prefectura.

De lo que ocurrió después, las versiones son muy encontradas. Mientras los huelguistas dirán que la columna marchaba en orden, la policía informará que propinaban «insultos a las casas de comercio, a los gerentes de las compañías y a los componentes de la guardia blanca y rompieron los vidrios de la "Compañía Argentina del Sur"». Además, agregará la policía —en su infantil versión— que dos componentes de la columna gritaban: «*Mueran los argentinos amantes del orden, abajo los miembros del Círculo Argentino*».

La columna siguió avanzando, no atreviéndose a detenerla los dos o tres milicos que la seguían. Así llegaron todos hasta el frente de la comisaria. Parapetados en ella estaba —además de la mayoría de los efectivos policiales y los marineros de la prefectura—, la «flor y nata» del Círculo Argentino, todos hombres que no se iban a dejar asustar ni por extranjeros ni anarquistas gritones. Y ahí nomás, cuando los tuvieron bien cerca, les hicieron a mansalva una descarga cerrada de fusilería. Evidentemente, era el lenguaje que entendían. No quedó nadie, salvo el cadáver de un joven de 21 años, el agitador ferroviario Domingo Faustino Olmedo. Tenía un balazo en el corazón. Los hombres del Círculo Argentino habían apuntado bien. Buena puntería. Además, en la calle habían quedado unos cuantos heridos. El comisario Alberto Martín dirá que comprobó que los heridos tenían todos balazos de *Winchester*, armas de los «*ciudadanos que habían cooperado con la policía*».

Ahora sí que había llegado el momento de darles con todo a los huelguistas, antes de que se rehicieran. Se hizo una amplia redada y así fueron cayendo uno a uno los agitadores.

La policía no entrega el cadáver del joven Olmedo; lo hacen velar en la propia comisaría y luego se lo mandan a la madre.

El gobernador Correa Falcón está satisfecho. La lección ha sido ejemplificadora.

A los treinta detenidos los meten en el mismo calabozo, y allí, nada de trato de niñas.

Pese a los cabecillas presos y el escarmiento a balazos, la huelga continua. Deseado parece muerto. Y siguen apareciendo —a falta de imprenta— los afiches de papel *cansón* y lápiz o tinta roja:

> Federación Obrera Departamental —Puerto Deseado— AL PUEBLO TRABAJADOR ¡COMPAÑEROS! Treinta camaradas nuestros están presos por la tiranía capitalista. No obstante todavía quedamos muchos trabajando por la causa con mayor entusiasmo contra más tiranía. ¡VIVA LA HUELGA! - El comité de huelga.

Sobre los sucesos de Deseado, el gobernador Correa Falcón telegrafiará al Ministerio del Interior «la verdad de los hechos»:

> Viernes 17 a las 18, grupo 250 sujetos atacaron comisaria policía Deseado con propósito libertar dos detenidos por infracciones leyes sociales. Policía secundada por miembros Círculo Argentino repelió ataque matando uno de los asaltantes e hiriendo a tres más. Felizmente no se produjeron bajas entre los defensores del orden. Actitud policía ha sido correcta.

Ése será el método que Correa Falcón empleará en los últimos días de su gobierno y que ocasionará la sangrienta refriega de «El Cerrito». Él sabe que el «68» y «El Toscano» están actuando en la zona de Lago Argentino. Hacia allá enviará al comisario Pedro Micheri, hombre sin escrúpulos, prototipo del representante de las policías «bravas». Le da la orden de actuar con mano dura y someter a la peonada levantisca. El plan se completaba con la insistencia a través de los estancieros y representantes en Buenos Aires de pedir el urgente envío de tropas. Mientras en Gallegos se planeaba la creación de la Asociación de Libre Trabajo, para traer trabajadores de Buenos Aires.

La situación, al comenzar 1921, el más trágico de los años vividos por la Patagonia, era la siguiente: el paro en Gallegos y Puerto Deseado era total. Los comercios abrían sus puertas atendidos por sus dueños y personal superior. La Sociedad Obrera, además del paro, había declarado el boicot en Gallegos a tres comercios. La medida no sólo era la prohibición de comprar o utilizar los servicios de los boicoteados sino también que nadie debía servirlos: el peluquero no debía atenderlos, el lechero no podía venderles leche, el carnicero no podía abastecerlos.

En San Julián y en Puerto Santa Cruz el clima era de violencia y había paros parciales todos los días. En Deseado, a pesar de la represión el paro era total. El 30 de diciembre llegan las primeras tropas destacadas por Yrigoyen: del «Ona» desembarcan en Deseado sesenta marineros a las órdenes del teniente de fragata Jorge Godoy.

La huelga rural era total al sur del río Santa Cruz. El «68», «El Toscano» y su gente se hallaban en la zona de Lago Argentino; acampaban principalmente cerca de los denominados «hoteles» —eran más bien boliches— de Pantín, en Río Mitre y Calafate, y en el hotel «El Cerrito» —éste sí, un poco más grande— de Clark y Teyseyre. De allí partían grupos que se llegaban hasta las estancias donde tomaban caballadas, cortaban alambrados y levantaban a las peonadas.

Mientras tanto, el flamante gobernador Yza —nombrado hacía ya varios meses— seguía en Buenos Aires desde donde producía decretos reemplazando a toda la plana mayor de Correa Falcón por radicales netos.

El 27 de diciembre, el diario *La Prensa*, con toda razón le sacude un editorial

diciendo: «*A pesar de la acefalía, a pesar de la gravedad de la situación todavía hay gobernadores que se encuentran paseando por la Plaza de Mayo*».

El que aprovechará la oportunidad mientras Yza seguía paseando con sus correligionarios por la Plaza de Mayo será Edelmiro Correa Falcón.

El comisario Micheri marcha al Lago Argentino a hacer un reconocimiento de la situación. Lleva un decreto de Correa Falcón por el cual se le quita la concesión de «hotel y despacho de bebidas» al gallego Pantín que es hombre que simpatiza con los huelguistas y les fía toda clase de mercancías. Hay que empezar por allí. Quitándoles las bases de sustentación a los chilotes, y con unos cuantos rebencazos y sablazos, se acaba el problema. Con Micheri viajan dos muchachos de Buenos Aires —nacionalistas de los buenos— que se salen de la vaina por enfrentarse con el chilotaje y enseñarle lo que somos los argentinos. Se llaman Ernesto Bozzano y Jorge Pérez Millán Temperley, este último de la sociedad porteña, muchacho un tanto exaltado que, ya veremos, se convertirá más tarde en uno de los principales protagonistas en esta secuencia de sangre.

El comisario Pedro José Micheri —correntino de 34 años— va a cumplir su misión teniendo piedra libre para todo. El 24 de diciembre llega a Lago Argentino donde se entera de que en la localidad de Charles Fuhr se va a festejar la Nochebuena y la Navidad con carreras de cuadreras y juegos de naipes. Allá se dirige de inmediato a impedir los juegos de azar. Pero cuando llega, luego de unos cuantos gritos y de palpar de armas a todo el mundo, entra en conversaciones. En el sumario que cuatro meses después se llevará a cabo, el oficial de policía Martín Gray, que acompañaba al comisario Micheri, confesará que luego de la llegada de la autoridad, se apostó en una cuadrera y «*se jugó a los naipes todo el día 25 atendiendo los agentes de policía las mesas de juego con dos coimeros que puso el comisario Micheri*». Al oficial de policía Balbarrey, Micheri le manda un mensaje señalándole que si en Paso Charles Fuhr pedían permiso para carreras que se lo concediese siempre que la coima no bajara de mil pesos.

De allí se va a la estancia de Gerónimo Stipicich, a quien le asegura que viene a protegerlo de los desmanes de los huelguistas. Buena es la propina que recibe Micheri por esa seguridad: de allí se viene con 16 cueros de zorro colorado.

El sargento Sosa informa a Micheri que en el negocio de Pantín, en Calafate, hay 16 huelguistas armados. Allá va Micheri con su gente. Enfrenta a los huelguistas y les dice, a lo macho, que «*tienen 24 horas para ir a trabajar o desalojar el Lago Argentino o de lo contrario los voy a cagar a palos y a bañar en sangre y los voy hacer pasar la cordillera*»[16]. Los huelguistas lo oyen mansitos y le piden cuatro días de plazo porque tienen un delegado en Río Gallegos que arreglará el final de la huelga. Micheri les da ese plazo siempre que no carneen ajeno.

Pero eso si, al encargado del hotel Pantín que fiaba a los huelguistas lo lleva detenido y clausura el negocio. Su intención es cerrar todos los boliches que fian a los

huelguistas. Es así como clausura el de Severino Camporro —un gallego anarquista que además de fiarles a los peones los incitaba a continuar con la huelga hasta el último hombre— y al del español Sixto González, a quien manda al calabozo por «*propagandista e instigador*». El oficial Alberto Baldi declarará después que Micheri le aplicó a González «*un fustazo en la cabeza*».

Tipo bravo este Micheri. Con diez comisarios como él se acababa con todas las huelgas. Es así como prosigue su campaña contra los bolicheros. Manda a un agente hasta el hotel de Río Mitre con la misión de advertirle al encargado —el yugoslavo Nicolás Batistich— que desaloje de inmediato la fonda «*por haber dado refugio a los huelguistas*». Batistich le envía una carta a Micheri que hace llevar por el paisano Deza. Cuando este último llega para entregar el mensaje, el sargento Sosa le dice a Micheri que tenga cuidado, porque el paisano es espía de los huelguistas. Micheri saca el sable y le deja a Deza el lomo endurecido a planazos, lo detiene y lo hace marchar al frente de la comisión para que los huelguistas «*lo maten de un tiro*».

El comisario Micheri se dirige a caballo con quince agentes armados con *máuser* hasta la estancia «La Anita» de los Menéndez Behety para defender la esquila. Al llegar a Cerro Comisión divisa una tienda. Es del español García Braña, donde se expenden alimentos y bebidas para las peonadas. Una especie de boliche ambulante. Micheri desde afuera le grita que salga. El bolichero es de ésos a quienes les gusta hablar y dar razones, defenderse con palabras. Pero Micheri lo corta y le dice:

«—Ya sé que sos doctor, decí todo lo que tengas que decir».

Y ahí nomás saca el sable y lo sacude firme y sin cortesías sobre las galaicas espaldas del bolichero. Mientras esto ocurría el oficial Nova se introduce en la tienda y saca dos botellas de *whisky* para los muchachos.[17]

Otro apeadero menos para los huelguistas.

De allí, se dirige a lo de su amigo, el estanciero Gerónimo Stipicich, quien le ha pedido que le haga el favor de desalojar de su campo «Cerro Buenos Aires» a cinco carreteros chilenos que llevan leña y que desde hace unos días se han asentado allí. Para Micheri no hay excusas.

Llega hasta los pacíficos carreteros, la arremete a planazos con su gente, les hace atar las carretas y marchar hasta la comisaría, donde les hace descargar toda la leña que llevan (va a venir bien para el invierno); ademas, les cobra multa «*por derecho de pastoreo*». Y les dice que se larguen de allí.

Los chilenitos se van con el cuero bien caliente a planazos, y las carretas y los bolsillos vacíos. Es difícil que vuelvan por la región.

El comisario Micheri seguirá con su epopéyico periplo por la zona de Lago Argentino. Le ha quedado la espina con Batistich, el bolichero de Río Mitre. Quiere inspeccionar para ver si ha cumplido con su intimación de desalojo. Cuando están a la vista del boliche nota que hay un grupo de personas en la entrada que entran rápidamente y cierran las puertas. Micheri va acompañado del oficial Garay, el sargento Sosa, y los gendarmes Bozzano, Cardozo y Pérez Millán. Llegan e intiman

que se abran las puertas. Pero son duros los de adentro. No abren. Segunda intimación. Micheri está en santa cólera. Pero desde adentro, como única respuesta, lo tirotean por la ventana. Gran desparramo. Los policías, con Micheri a la cabeza, van a parar como a cinco cuadras, lo que aprovechan los ocupantes del boliche para huir al monte cercano. Micheri —en el sumario que se le hará meses después— declarará que cuando fue disparado el tiro desde adentro «*se le huyó la caballada*».

De allí sigue directamente hacia la estancia «La Anita». En el camino detiene a varios sospechosos. Micheri no era muy refinado en sus métodos para hacer declarar a la gente. Él se sirve primordialmente del sable y para que el planazo acaricie mejor lo agarra con las dos manos. A uno de los sospechosos le pegará con tanto entusiasmo que se le doblará la hoja del sable. Pero no se inmuta, manda a un gendarme a que se lo enderece y continúa luego con su faena. Para mejor del caso, uno de los sospechosos es uno de los españoles que se había encerrado en el boliche de Río Mitre y luego había huido al monte. Se llama Pablo Baquero. A Micheri le gusta hacer las cosas personalmente y a Baquero le dispensa un trato especial. Luego de decirle: «*gallego hijo de una gran puta, ¿te tenía alguno agarrado del culo que no salías cuando yo lo ordené?*». Y allí nomás lo apalea concienzudamente.

Como todos los detenidos son huelguistas de la estancia de Stipicich, el comisario —ya con el brazo cansado— los reúne y les dice: «los voy a dejar en libertad pero si el señor Stipicich les manda, tienen que hacer hasta de perro para él y trabajar de balde».

Micheri llega después a «La Anita», vigila la esquila y —a pedido del administrador, señor Shaw— deja una guardia bien armada. Cuando se dispone a partir —estamos a 2 de enero— llega la noticia de que el «68» y «El Toscano» han asaltado la estancia «El Campamento», también de los Menéndez. Según la denuncia policial, los huelguistas, capitaneados por un «*italiano piamontés*» (el «68»), se llevaron mercaderías por 3000 pesos, las armas y el dinero, destruyeron el automóvil y partieron con todos los peones y los caballos, tomando como rehén al administrador.

El comisario Micheri sabe que por «El Cerrito» andan merodeando los huelguistas. Prepara entonces dos coches. En el primero irán el chofer José Alonso y él, en el asiento delantero, y el oficial Balbarrey y el cabo Montaña en el asiento de atrás. En el segundo —auto prestado por el estanciero Stipicich—, van el chofer de éste, Rodolfo Senecovich, el sargento Sosa, el cabo Bozzano y el gendarme Pérez Millán Temperley. Parten a las ocho de la mañana y van bien armados con carabinas *máuser*.

Cuando van llegando a «El Cerrito» divisan que mucha gente que se encontraba por los alrededores, se esconde. Micheri sonríe y ordena al chofer Alonso que siga. Él confía en su sable y en los cuatro gritos que les va a pegar al chilotaje. Pero se equivoca. En «El Cerrito» están acampando el «68» y «El Toscano», que no se acobardan ante ningún uniforme. Los dos ordenan dar el alto a los automóviles

policiales.

Las versiones que vendrán después del sangriento suceso serán muy distintas. Reconstruyendo los hechos con el testimonio de los oficiales Balbarrey y Montaña y también del policía Martín Garay que, si bien no fue de la partida reunió datos posteriores, el comisario Micheri cuando vio que lo estaban esperando en «El Cerrito» imprimió más velocidad a su automóvil para pasar hacia Río Gallegos e hizo señas al coche que lo seguía.

Al llegar a unos doscientos metros antes del hotel oyen que les gritan el alto. Micheri, a lo guapo, se para en el automóvil y sacando su revólver comienza a hacer disparos a izquierda y derecha. Pero la gente del «68» no se achica y le contesta con una descarga cerrada. Por todos lados le caen balas al comisario y a sus acompañantes, mas logran pasar. Pero, cuando ya se habían alejado doscientos metros del hotel, un certero balazo de *winchester* rompió una cubierta trasera. Micheri cree llegado su último momento y ordena continuar en llanta. El vehículo prosigue penosamente haciendo zig-zags. Ante esta situación, cuatro huelguistas se suben al automóvil del estanciero Helmich y persiguen a Micheri. Pero estos paisanos serán muy buenos para el caballo pero no para los motores. Salen con tanta fuerza que a los pocos metros vuelcan espectacularmente, poniéndose el coche de sombrero. Aunque salen maltrechos, no se amilanan. Corren hasta el auto de Valentín Teyseyre y persiguen a Micheri. A pocos kilómetros de allí, al coche de la policía se le destroza completamente la rueda trasera y entonces los cuatro huyen a pie, campo traviesa. Micheri va mal herido, tiene un balazo en el hombro y otro en el costado izquierdo del pecho.

Mientras tanto, el otro coche policial que venía doscientos metros atrás del de Micheri, cuando quiere detenerse para dar la vuelta y huir, es atacado a balazos. El «68» da la orden de que le metan balas sin asco. El chofer Senecovich se confunde y sólo intenta seguir adelante, mientras llueven las balas.

El coche va dando tumbos hasta que enfila —ya sin dominio— hacia el hotel y choca contra un poste. Uno sólo de los cuatro integrantes sale por sus propios medios del automóvil. Es Pérez Millán Temperley, herido en una pierna. El chofer Senecovich hace esfuerzos para pararse sin lograrlo; ha recibido balazos en la cadera. En el asiento delantero, al lado del chofer, está el sargento Sosa ya cadáver. Y en el trasero, el cabo Bozzano, que poco después expira. Dos muertos y el chofer Senecovich herido grave. Los huelguistas lo llevan adentro del hotel y lo acuestan en un catre, lo mismo que a Pérez Millán.

Mientras tanto, los cuatro policías del primer coche han sido alcanzados por sus perseguidores. Micheri y los suyos se rinden, son hechos prisioneros y llevados a la presencia del «68».

Cuando llegan, los huelguistas rodean a Micheri y le dicen:

«—*¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ¿Dónde está el guapo? ¿Dónde está el apaleador?*»—.

El chileno Lorenzo Cárdenas quiere fusilarlos de inmediato. Dice que para que la huelga triunfe hay que empezar a hacer la gran limpieza. Pero las opiniones están divididas. El «gaucho» Cuello, que comanda el grupo de los argentinos, no quiere muchos problemas e intercede ante el «68» para que no se liquide a los policías: los vamos a llevar a todos como rehenes, y después se verá qué se hace.

Al «68» no le conviene entrar en discusiones con Florentino Cuello ni con el otro cabecilla de los argentinos, el «paisano» Bartolo Díaz. Y accede.

Luego, se desaloja el comedor del hotel donde solamente permanece el «68». A la presencia de éste son llevados el estanciero alemán Helmich y el conde de Liniers, también latifundistas de esa zona que han llegado al hotel a hacer compras y allí han sido tomados como rehenes. Estos estancieros, al ver todos los sucesos que se desarrollaban creen llegados sus últimos momentos y piden ser recibidos por el jefe de los huelguistas. Allí los llevan y tanto Liniers como Helmich le señalan al expenado de Ushuaia que están dispuestos a firmar voluntariamente el nuevo convenio de trabajo, el pliego de los obreros. El «68» no acepta este ofrecimiento. Les contesta que si firmaban allí, las autoridades de Río Gallegos iban a decir que lo hacían forzadamente, porque estaban prisioneros.

El otro cabecilla de los argentinos, el «paisano» Bartolo Díaz —gaucho ladino que siempre busca cuidarse las espaldas— intercede para que el «68» deje en libertad a los dos estancieros. El jefe accederá con la condición de que los hacendados escriban una carta a la Federación Obrera de Río Gallegos en la cual informan que ellos aceptan voluntariamente el pliego.

Ha llegado el momento de partir. El «68» y «El Toscano» han ordenado levantar campamento. Están en esos preparativos cuando se oye un ruido de motor. Es el comisario Ritchie, jefe de policía interino de Correa Falcón que se aproxima. Llega desde Río Gallegos para reforzar a Micheri.

Vienen dos coches. En el primero, facilitado por la Sociedad Anónima de los Menéndez y Braun, viaja el chofer Caldelas, el comisario Ritchie, el sargento Peralta y el agente Campos. Al segundo auto se le desinfla una llanta unos kilómetros antes de «El Cerrito» y se detiene, mientras Ritchie sigue adelante en el primer coche. Pero, unos cuatrocientos metros antes del hotel donde están el «68» y su gente, el automóvil policial se queda sin combustible. Ritchie le ordena entonces al agente Campos que saque una «lata» y llene el tanque con combustible.

La gente del «68» que ha observado que se ha detenido un coche y que del mismo ha bajado un policía, se lanza a caballo hasta el lugar para detenerlos. Cuando Ritchie ve que se le viene la montonera encima ordena bajar y cubrirse con unas piedras que hay a la vera del camino. Cuando lo conminan a que se rinda, aquél los para a balazos. Es buen tirador, hombre tranquilo y que sabe que toda esa chilenada no vale nada. Pero los peones se bajan de los caballos, toman posiciones en las piedras y responden el fuego. Cuando Ritchie se da cuenta de que lo van a rodear, ordena a Campos que siga poniendo gasolina en el tanque mientras ellos lo cubren. En ese

momento se aproxima a cara descubierta el obrero de Gallegos, Zacarías Gracián, con ganas de cazar a los policías. Ritchie lo recibe bien y lo sirve de un balazo que le destroza la cara. Gracián cae y Ritchie y los suyos aprovechan la confusión de los obreros para subirse al auto. Pero la peonada a puro Winchester lo baña a balazos. Ritchie recibe uno en la mano derecha y al sargento Pereyra le hacen bailar el brazo con un balazo en la muñeca. El comisario sabe que la cosa es a vida o muerte y pone en marcha el coche, da vuelta y huye, dejando a Campos con la lata en la mano y a pie.[18] Allí mismo, lo ultiman los hombres del «68».

Cuando Ritchie pasa por el lugar donde está el otro auto les dice a sus ocupantes que huyan con ellos. Así llegarán a la estancia de Pablo Lenzner y se refugiarán allí a la espera de refuerzos.

Mientras tanto, los huelguistas de «El Cerrito» paran apresuradamente la partida. Saben que ahora caerá toda la policía de Gallegos.

En medio de los preparativos se oyen voces de disputa. El agente Pérez Millán dice que no puede montar por la herida que tiene. Y en cuanto al chofer Senecovich pide a gritos que lo curen. Lorenzo Cárdenas quiere liquidarlos a los dos por su cuenta. A Pérez Millán lo salva Armando Camporro, un huelguista que lo toma del brazo y lo ayuda a subir al caballo.[19] Pero en el catre queda Senecovich, quien es acusado por Cárdenas de ser un policía que delataba a los huelguistas a Micheri en la estancia de su patrón Stipicich.[20] ¿Qué hacer con ese hombre que no puede subir a caballo, que ni siquiera puede moverse ya? Lorenzo Cárdenas encuentra enseguida la solución: lo despena de un tiro para cobrarse la muerte de su amigo Zacarías Gracián.

El hecho causa indignación en muchos de los peones. A Cárdenas le reprochan lo que acaba de hacer. Pero es hombre de acción y no le importan las amenazas. Él es de los que creen que en un movimiento como ése no sirven las contemplaciones. Y tal vez los hechos posteriores le darán la razón. Porque los del otro lado, los que están defendiendo el orden y la propiedad, actuarán tal como lo hizo el asesino Lorenzo Cárdenas.

Los huelguistas parten, son doscientos hombres, cabalgan nueve leguas y acampan en un cañadón. Pasan la noche al descampado, cubriéndose con sus quillangos. Con ellos van los rehenes: dos heridos, el comisario Micheri, con dos balas adentro, y el agente Pérez Millán Temperley.

Los hechos de «El Cerrito» caen como una bomba en Río Gallegos. Más cuando llegan el comisario Ritchie con una herida en la mano, el sargento Peralta —a quien le tendrán que amputar el brazo derecho— y el chofer Caldelas, con la cara atravesada por una herida ocasionada por una astilla del parabrisas. La gente se aterroriza. Ritchie, el hombre fuerte, acostumbrado a hacerse obedecer como ovejas por los rotos, venía herido, derrotado, con su gente completamente descalabrada e informando que Micheri estaba prisionero. Hasta con el correntino Micheri se atrevían ya esos anarquistas amotinados.[21]

Esos hechos han venido a completar el desasosiego de la población de Río

Gallegos que el lunes 3 había sido espectadora de un cuadro dantesco. A la una de esa madrugada, los pobladores fueron despertados por el disparo de armas de fuego. Las detonaciones servían para llamar la atención: habla un incendio. Se quemaba por los cuatro costados el depósito de la barraca «La Amberense» del belga Kreglinger, repleto de tanques de gasolina y aceite. Los huelguistas eligieron bien el lugar. Toda la noche se sucederán las explosiones. El terror juega como un hilo de hielo en las espaldas de los que creen en la propiedad: en cambio, para el pobrerío, ese chisporroteo de fuegos artificiales es todo un espectáculo. No son pocos los que piensan que ha llegado el momento de irse de allí, porque Santa Cruz se parece ya a la Rusia de 1917.

Río Gallegos reaccionará con fuerza ante la amenaza. «*Todos unidos ante el peligro*», exhorta el periódico patronal. Y en el Club Social «*un grupo de argentinos*» resuelve proporcionar su apoyo total a Correa Falcón y seguir sus directivas para la defensa. En esa reunión hay 37 ciudadanos, toda gente de bien dispuesta a defender los colores patrios y, de paso, sus propiedades. Pero no sólo son los argentinos los que se preparan. La colonia británica celebra asamblea y también ofrece sus servicios al gobernador.

La situación es caótica. Ya no llegan vapores. Se informa que con el amarre del «Asturiano» la costa quedará incomunicada. Pero no importa; todos están dispuestos a defender lo suyo.

Correa Falcón, a pesar de que sabe que le quedan pocos días como gobernador, se juega el todo por el todo y se prepara para derrotar a los huelguistas. Saca a luz un manifiesto que es pegado en todos los frentes de Río Gallegos. Se dirige a los «ciudadanos» y señala que

> la situación creada por los desmanes de elementos disolventes hace necesaria la unión de los hombres respetuosos de las leyes y de las libertades que acuerda la Constitución Nacional. No se trata en este caso de un movimiento obrero, hay algo más grave, una subversión del orden y de todos los principios de equidad y justicia.

Exhorta a los «*ciudadanos honrados*» a organizarse porque «*el honor, la vida y los bienes de los pobladores no pueden quedar a merced de desalmados mentecatos*». Finaliza diciendo: «*Velemos, pues, por el respeto a nuestra Constitución y a nuestras leyes y mantengamos alta la sagrada enseña de la patria*».

En un cable al ministro del Interior comunica que

> los elementos del orden de Río Gallegos han respondido inmediatamente poniéndose a disposición de la gobernación incondicionalmente. El mayor número de esas personas está compuesto por argentinos y británicos.

Pero no sólo los británicos de la Patagonia reaccionan sino también la Legación Británica en Buenos Aires. Su representante, Ronald Mac Leay, hace saber al gobierno argentino su preocupación por la situación de los súbditos ingleses. La

comunicación británica es severa y no se anda con rodeos:

> Las cosas han llegado a una situación tan critica que los súbditos británicos, tanto en el campo como en el pueblo, requieren con urgencia protección ya que sería sumamente peligrosa toda nueva demora en adoptar las medidas necesarias para conceder esa protección. Ruego a V. E. por consiguiente quiera dispensar al asunto la más sería atención y autorizarme a telegrafiar al representante consular británico en Río Gallegos que puede asegurar a sus compatriotas que el gobierno argentino adoptará medidas inmediatas y adecuadas para proteger las vidas y propiedades británicas.

La cosa está pasando de castaño oscuro. Yrigoyen sabe que los intereses británicos son muy grandes y que no se andarán con chicas. Allí enfrente están las Malvinas y siempre hay buques de guerra preparados.

El 8 de enero, el Ministerio de Guerra comunica que Marina envía cincuenta marineros a Río Gallegos y que «*este ministerio tiene un escuadrón para ese destino si los sucesos a desarrollarse hicieran necesario tomar dicha medida*».

Cuando el momento es más difícil llega a Gallegos el «Aristóbulo del Valle» con 25 marineros al mando del alférez de navío Alfredo Malerba. Son pocos hombres, pero Malerba vale por cien. No bien desembarcado conferencia con Correa Falcón y decide pacificar la ciudad con mano de hierro.

Al día siguiente, llega en el «Querandí» el capitán Narciso Laprida con cincuenta soldados del 10 de Caballería.

El diario *La Unión*, los estancieros, comerciantes y funcionarios saludan con entusiasmo la llegada de los militares.

> Aunque escaso el número —*dice el periódico*— se tiene plena confianza en su eficacia porque es la acción de la fuerza armada de la nación. Rebelarse contra ella es ir contra la Patria que la representa y simboliza y los que tal hicieren se expondrían a ser considerados como enemigos de la nación y tratados con el rigor de las leyes militares. De ahí que el pueblo, argentinos y extranjeros, amantes del orden, no pudieran contener una exclamación de aplauso cuando desfilaron por nuestras calles portadores de feliz mensaje y augurios de paz y garantías.

Cuando Correa Falcón nota que Malerba es hombre partidario del orden a cualquier precio lo nombra «*jefe de las fuerzas de policía y guardiacárcel*».

El marino no se hace rogar. Moviliza a sus marineros y a toda la policía, cierra la ciudad, y en un par de horas del domingo 16 de enero barre con todo lo que tenga olor a huelguista. No tiene reparos en meter detrás de las rejas tanto a los peces grandes como a los peces chicos. Así, el primero que cae es el asesor de la Sociedad Obrera y director del periódico *La Verdad*, José María Borrero. Después se llevan a todos los amigos de Antonio Soto, a quien no pueden apresar.[22]

Dos horas después de que Borrero está entre rejas, se comete un hecho bochornoso. Malerba y el comisario Ritchie con fuerzas de marinería y policía se encaminan a la imprenta donde se edita *La Verdad*. Pero el local está cerrado. Entonces, el comisario Ritchie se dirige a la casa de un tipógrafo —frente al periódico— para pedirle las llaves. Ahí nomás, al negarse el obrero a entregárselas, le encaja un fustazo y ordena tirar abajo la puerta del taller.

Al día siguiente, el alférez Malerba en una visita que hace a la cárcel donde se encuentran todos los detenidos, al pasar frente a Borrero le señala que su imprenta había sido destruida por desconocidos.

El procedimiento no sería muy democrático pero sí sumamente efectivo. Cuando Borrero salga de la cárcel encontrará la imprenta devastada, la minerva destrozada y 36 cajas de tipografía empasteladas. En el juicio que se originará, el alférez Malerba declarará que cumplió órdenes del Ministerio de Marina.

De esta forma, Correa Falcón y Malerba logran descabezar el movimiento huelguístico en la ciudad. Salvo Antonio Soto, los demás están entre rejas. Y a Antonio Soto le han cortado las comunicaciones. Porque, a pesar de que las salidas estaban bien custodiadas por la policía, los mensajeros de los huelguistas rurales sabían entrar a la ciudad dando un rodeo por el lado del río. Pero ahora, Malerba cierra esa ruta con marineros.

Además, ha decretado un verdadero toque de queda en la ciudad. Así lo establece un decreto:

> Prohibir las reuniones públicas invitando a la población a abstenerse de portar armas y de circular por la vía pública después de las 21 horas recomendándoles, asimismo, la obediencia inmediata a las órdenes que recibieren de los centinelas o patrullas.

A Yrigoyen y a su ministro Gómez le está llegando el agua al cuello con este problema de la huelga rural. Nuevamente es la Legación Británica la que protesta. El diplomático Mac Leay comunica a la cancillería argentina que la estancia del súbdito inglés Juan Cormack fue asaltada «por huelguistas armados y montados; los caballos y depósitos requisados y las máquinas de esquilar destruidas». E insta a que el gobierno argentino tome medidas protectoras.

Chile también ve con gran preocupación la huelga agraria del lado argentino. El siguiente es un documento irrefutable que destroza toda la teoría de los que quieren demostrar que las huelgas rurales patagónicas fueron fomentadas por las fuerzas armadas chilenas o por el gobierno trasandino. Es una nota que envía el ministro Noel, jefe de la Legación Argentina en Santiago de Chile, a la cancillería de Buenos Aires, el 12 de enero de 1921:

> Confidencial y reservada. Señor ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires: El ministro de Relaciones Exteriores de Chile me dice tener noticias muy alarmantes sobre los desmanes bandoleros del extremo sur que están en posesión de los establecimientos rurales en la frontera chileno-argentina a 250 kilómetros de Punta Arenas, cuya población pide protección. El gobierno de Chile ruega a V. E. quiera transmitir a esta Legación las noticias que sobre este asunto ha tenido V. E. y al mismo tiempo pregunta si el gobierno argentino cuenta con fuerzas de cierta importancia en esas regiones y si se estaría dispuesto a impartir orden telegráfica a las policías del sur dando instrucciones para que poniéndose de acuerdo con la policía chilena actúen conjuntamente contra los bandoleros. Este gobierno ruega a usted una contestación lo más urgente posible. (Fdo.) Noel, ministro argentino.

Estas notas se sucederán y demostrarán el temor del gobierno chileno a que se extienda el conflicto a la Patagonia chilena y al Aysén. Temor impulsado en las altas

esferas por los grandes terratenientes, los mismos nombres que del lado argentino.

El escuadrón del 10 de Caballería que comanda el capitán Laprida sale el 2 de enero desde Río Gallegos acompañado por el comisario Ritchie y una veintena de policías. Van en camiones porque no han logrado reunir caballos. Así llegan hasta la estancia «La Vanguardia» de Robert Mac Donald, a 175 kilómetros de Gallegos, a la espera de caballada.

Allí quedará Laprida, sin atreverse a salir de su reducto. Sabe que ni el «68» ni «El Toscano» son gente de ablandar con unos cuantos tiros, y que andan muy cerquita de allí.

Laprida, Malerba y Correa Falcón telegrafían a Buenos Aires informando que las fuerzas son insuficientes.

¿Qué ocurría, mientras tanto, con los huelguistas de la ciudad? La situación era insostenible para los que seguían el paro dentro de Río Gallegos. La represión, el encarcelamiento, la prohibición de reunirse, la destrucción del periódico de Borrero en el que encontraban eco los comunicados obreros, llevará a que poco a poco los patrones vayan triunfando y se reinicien los trabajos. Así lo comprende Antonio Soto, quien viendo que ya no se podía hacer más nada en la ciudad y que la FORA sindicalista no respondía a sus desesperados llamados, ordenó el levantamiento del paro para salvar a la Sociedad Obrera. En ese sentido dará un extenso comunicado en el que analizará todo el movimiento y explicará por qué habían sido vencidos los obreros de la ciudad. Ese comunicado termina diciendo:

> Los hombres de conciencia nos juzgarán tarde o temprano, los poderes públicos nos harán justicia porque la verdad y la justicia han de hacer luz y triunfarán; si nos amordazáis otros hablarán porque la unión de los trabajadores no hay fuerza que la destruya, porque su causa es bella y justa.

No se podía hacer otra cosa; ya la Federación Obrera Marítima en Buenos Aires había hecho arreglos por su cuenta. Los buques comenzaron a llegar a Río Gallegos. El «Presidente Mitre» fue el primero y lo hizo con 326 personas de tercera clase. *La Unión*, el diario de los estancieros, informaba con tono de triunfo que en ese barco había llegado «*todo el personal contratado para las faenas del frigorífico*». Con la llegada del «Mitre» se rompía un período de setenta días para los puertos santacruceños. «*Un paréntesis de setenta días igual al tiempo que hace cuatro siglos empleó Colón para descubrir América*», dirá el periódico citado.

La aparición del buque en Gallegos tuvo un gran efecto psicológico en la población, principalmente en comerciantes y hacendados.

En el «Presidente Mitre» llegaron también dos delegados de la FORA sindicalista de Buenos Aires: Santiago Lázaro y Francisco Somoza, dos hombres que desde ese instante iban a iniciar una guerra a muerte contra Antonio Soto y los miembros de la Sociedad Obrera de Río Gallegos.

Además del «Mitre» llegarán a la costa patagónica el «Presidente Quintana» y el «Asturiano».

Antonio Soto decide viajar a Buenos Aires para aclarar las cosas en el congreso sindicalista. Para eso saldrá de su refugio en lo de la «Máxima lista» (véase nota 22) y será escondido a bordo del vapor «Asturiano» por los obreros de máquinas. Al llegar a Puerto Deseado el subprefecto se entera de su presencia y decide bajarlo con un grupo de marineros. Pero toda la tripulación se declara en huelga y el policía marítimo, burlado, tiene que hocicar. Al desembarcar en Buenos Aires un pesquisa trata de detener a Soto pero trescientos estibadores y obreros del puerto lo impiden. [23] *La organización obrera*, órgano de la FORA sindicalista en su numero del 29 de enero, consigna su llegada. Soto participará del congreso nacional como delegado de los afiliados a la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Pero más que al congreso nacional, Soto viene a agitar el ambiente sindical de Buenos Aires para ayudar a sus compañeros del campo que están en lo más bravo de la primera huelga. El congreso obrero, con representaciones de todo el país, se realizó en La Plata desde el 29 de enero hasta el 5 de febrero de 1921. Es allí donde Soto les faltará el respeto a los jefes del gremialismo nacional. Reprobará la conducta de la Federación Obrera Marítima que ha permitido que se embarquen en los buques del sur trabajadores libres para reemplazar a los huelguistas. Todo el congreso escucha estupefacto la profunda crítica que hace el delegado patagónico para con la falta de solidaridad del consejo federal y la orfandad en que se tuvo que mover el movimiento obrero del sur durante el difícil año de 1920.

Esta intervención de Soto no le fue perdonada nunca. Pecado capital criticar a la burocracia que estaba al frente de la central obrera más poderosa. Y esa burocracia le saldrá al paso de inmediato. El órgano nacional *La organización obrera* del 12 de febrero de 1921, al dar la crónica del congreso dice:

> Los conflictos obreros en la costa sur: alrededor de este asunto se plantea incidentalmente por el delegado de Santa Cruz una cuestión que insume al congreso como dos horas de tiempo. Hizo algunas censuras inmotivadas a los marítimos y al consejo federal [de la FORA sindicalista] que dio lugar a replicas vehementes de Alegría [dirigente marítimo], Cisneros y otros, así como a una información del consejo federal. Aprobóse finalmente la gestión del consejo federal por 99 votos contra tres y luego se acordó por 111 votos que toda cuestión incidental se pasara a la comisión de asuntos varios.

Como vemos, no sólo la Cámara de Diputados pasaba a los asuntos peligrosos «a comisión» sino también los propios congresos obreros.

Pero el paro en el campo seguirá hasta «sus ultimas consecuencias». Allí, el «68» y «El Toscano» se estaban moviendo con gran habilidad. Iban de un lado al otro, sin presentar batalla pero cuando había que pelear, peleaban. Y lo van a demostrar frente a la partida policial del comisario Francisco Nicolia Jameson, episodio tragicómico. [24]

Los huelguistas —como ya dijimos— luego de los hechos de «El Cerrito» acamparon en un cañadón situado a nueve leguas de ese lugar. De allí se dirigen a la estancia «El Tero» de don Juan Clark. Ahora son alrededor de 450 peones rurales.

Siempre en su táctica de no instalarse en ningún lado y desorientar a la policía, prosiguen su marcha y acampan en un pedrero, en un lugar que hoy es conocido como el «Cañadón de los Huelguistas». Allí permanecen varios días a la espera del «68», quien parte sólo hacia Río Gallegos para conferenciar con Soto. Es una verdadera patriada la que hace el expenado de Ushuaia porque, pese a que la capital santacruceña está muy vigilada, entra a la misma y de ella sale con treinta hombres, con quienes en el camino de regreso al campamento asalta las estancias que encuentra a su paso, toma rehenes, apresa a cinco gendarmes de policía, requisa armas y caballos y llega finalmente con 150 hombres, formándose así un núcleo de 600 huelguistas en el cañadón. De inmediato, levantan campamento y marchan hacia Lago Argentino, donde ocupan la estancia «La Anita». Allí toman a cuatro gendarmes y a treinta esquiladores.

El comisario Nicolía Jameson ignora esto y recibe órdenes de Correa Falcón de reforzar la guardia que protege a «La Anita». El policía, secundado por el oficial Novas, sale con quince hombres bien armados en un auto y un camión. Se sienten más protegidos porque saben que Laprida está en la estancia «La Vanguardia» con cincuenta soldados y creen que a los hombres del «68» no se les va a ver ni el pelo. Al llegar a Calafate, el comisario hace apear a todos sus hombres en el boliche de Echeverría y se hace obsequiar generosamente con unas cuantas botellas. De manera que, ya bien curados, se ponen en marcha hacia «La Anita». Al llegar al río Centinela notan que se les vienen encima tres automóviles y que cerca de sesenta jinetes se les aproximan por los costados del camino. El comisario ordena parar y tomar posición en tierra.

Cuando los autos se aproximan, el gendarme Artaza, completamente borracho y haciendo equilibrio en sus dos piernas, comienza a tirar tiros a diestra y siniestra. Ante tal recepción, los huelguistas se paran y comienzan a tirar contra el grupo policial. El subcomisario Nicolía Jameson y los suyos huyen como pueden, suben al automóvil y al camión, dan media vuelta y disparan a toda velocidad, dejándolo sólo a Artaza que no puede correr por su borrachera, y abandonando a los gendarmes Giménez y Páez. Éstos, al ver que van a quedar a merced de los huelguistas, gritan por su vida y el oficial Nova, que va en el camión, tiene que desenfundar su revólver y amenazar al chofer para que pare y recoja a estos dos últimos. Artaza queda solo y sigue disparando tiros y es muerto por la gente del «68».

El oficial Nova declarará luego ante sus superiores que Nicolía Jameson iba en completa y desordenada fuga; que al ver venirse a los huelguistas gritó «*¡suba toda la gente y disparen!*». Que el gendarme Artaza ya había salido ebrio de la comisaría «donde la bebida abundaba y era comprada en “La Anónima” por el subcomisario Jameson».

El auto dejó bien atrás al camión. Llegado éste al boliche de Echeverría, Nova encuentra «*al subcomisario Jameson y al oficial Garay en completo estado de ebriedad abrazándose y despidiéndose*». Allí Jameson compra tres botellas de

bebidas con las que se pone ebrio el subcomisario y la mayor parte de la tropa, haciéndose fuertes en el boliche a la espera de los huelguistas. Pero éstos no continuarán su persecución porque caían ya bajo la esfera que custodiaba el capitán Laprida con su caballería. Dicen los policías declarantes que cuando partieron del boliche de Echeverría hacia la comisaría, el subcomisario iba gritando «*¡viva la Patria!*», «*¡abajo la bandera roja y arriba el pabellón nacional!*» y luego ordenó «*dar un viva por cada uno de los agentes que estaban en el combate*».

Cuando llegan a la comisaría, se encuentran con el subcomisario Douglas, que había regresado de su comisión, ordenando el subcomisario Jameson un viva para él y para toda la tropa. Luego le ordenó al oficial Nova que fuera hasta la estancia de Dickie a buscar tres botellas de *whisky* «*para repartir a la tropa que tan valientemente se había portado en río Centinela*». Y entonces ocurre un episodio que dice a las claras de la brutalidad y la absoluta falta de respeto por el ser humano con que se movía esa gente. En la comisaría había dos detenidos, unos jinetes sospechados de huelguistas. Allí nomás Nicolía Jameson los hace salir, ordena a la milicada que los desnudaran y en presencia de toda la tropa les hace pegar varios sablazos de plano, ordenando que los dejaran desnudos toda la noche. Esto fue impedido por el capitán Laprida que llegó al lugar media hora después. Pero no iban a acabar allí las hazañas del subcomisario Nicolía Jameson en ese día. En la comisaría no se sienten seguros y temen un ataque del «68» y «El Toscano». Por eso se dirigen hasta la estancia de Lenzner, donde se encuentra el grueso de las tropas de caballería. Allí, el capitán Laprida entrega a la policía a un huelguista de nacionalidad alemana que habían detenido en esa zona. Nicolía Jameson ordena de inmediato que el alemán sea llevado hasta un palenque donde había un pozo con agua. Le esposa primero las manos, lo hace meter en el pozo y luego, con las esposas que lleva el oficial Nova, lo esposa al palenque. Un suplicio verdaderamente chino: pasarse una noche en la Patagonia con los pies en el agua, a la intemperie. (Luego de la investigación que se llevará a cabo dos meses después, Nicolía Jameson será exonerado por «*inconducta y debilidad moral*», el 23 de marzo de 1921).

Pero, por supuesto, el «combate» del río Centinela será aprovechado por la prensa para mesarse los cabellos por las tropelías de los huelguistas. *La Unión* de Río Gallegos llamará «*asesinato inaudito y alevoso*» y «*crimen repugnante*» a la muerte del gendarme Artaza.

A Correa Falcón ya le quedan muy pocos días en el poder. Por fin, luego de seis meses de indecisión el nuevo gobernador Yza se embarca para Gallegos. El diario de los estancieros le prepara la bienvenida; le tienen desconfianza por radical, pero confianza porque es militar. En un artículo central dice:

> Es menester el patrimonio de un espíritu disciplinado, como vemos en el capitán Yza, forjado en las puras fuentes del patriotismo y robustecido a través de la vida militar, en el seno de sus instituciones legendarias, en ese contacto diario con los símbolos de la nacionalidad, que crea sentimientos más vehementes y más

> austeros en la apreciación de sus valores para sentirse estimulado en la prosecución de esa obra que reclama, más que las medidas consagradas y la técnica gubernamental, el ejercicio de virtudes de aquilatado civismo y la deliberación amplia y serena de espíritus altivos.

El anuncio del embarco del nuevo gobernador se da en momentos en que Correa Falcón y Malerba prosiguen con la represión. En Gallegos han caducado todas las garantías. La Sociedad Rural, por su parte, muestra gran actividad constituyendo su autodefensa: en asambleas resuelve fusionarse con las entidades similares de San Julián y Puerto Santa Cruz. La comisión unificadora estará integrada por 16 miembros (ocho de Gallegos, cuatro de Puerto Santa Cruz y cuatro de San Julián) y será presidida por Ibón Noya. Al gobernador Correa Falcón lo ratifican como secretario gerente. Pero lo más importante de esta asamblea es la aprobación de 100 000 pesos para gastos y para «*la campaña del mantenimiento del orden*». Para reunir ese fondo todo estanciero debía abonar a la Sociedad Rural dos centavos por año por cada animal de esquila. Un documento que deja a las claras la concomitancia entre la policía, el ejército y la «Guardia Blanca», organismo de autodefensa de los estancieros, es el informe que presenta ante el ministro del Interior el ingeniero Cobos, delegado en Buenos Aires de la Sociedad rural santacruceña:

> […] al organizar la Guardia Blanca, ésta tomó a su cargo la provisión de carne de la comisaría local, auto, nafta, grasa y reparaciones y debo hacer presente que desde tiempo atrás cada una de las cinco casas de comercio principales les pasa gratuitamente mercaderías por valor de cincuenta pesos mensuales, aprovisionamiento que se venía haciendo desde hace años y que se continúa haciendo. La Guardia Blanca tuvo que costear el viaje en auto de cuatro agentes de «Tamel Aike» que se requirieron para reforzar la comisaría de San Julián. Resuelto durante la huelga el envío de once soldados de línea a San Julián, las casas de comercio y los estancieros costearon su viaje y la vuelta de los mismos a Río Gallegos, y durante el corto tiempo que prestaron servicios hubo que hacerles cuchetas, comprarles monturas, aprovisionarlos y mantenerlos. Entre comerciantes y estancieros hemos pagado por el sostenimiento y viajes de venida y vuelta de esa tropa la suma de 8165 pesos a los cuales hay que sumar los 4000 pesos aportados por la Guardia Blanca.

Pocas esperanzas le cabían a los obreros. ¿A quién iba a defender la policía o el ejército si dependía para la comida y los transportes de los estancieros?

Yrigoyen es lento pero no sordo ni ciego. El gobierno nacional ordena al 10 de Caballería que marche a pacificar el sur. Lo comanda Héctor Benigno Varela, teniente coronel.

Varela va a la Casa Rosada a entrevistar al presidente y a pedirle instrucciones de cómo debe proceder y cuál es la misión que tiene que llevar a cabo. En tórrido día de enero, Varela y su joven ayudante, el teniente primero Anaya, en uniforme de gala, entran en el despacho presidencial. Allí hay una fresca penumbra. Tienen delante a ese hombre enorme, que los dobla en estatura, de gestos apenas perceptibles y que comienza a hablar despaciosamente, sin prisa alguna. Anaya lo mira deslumbrado. Varela escucha con silencio religioso. El presidente habla sobre generalidades; el jefe militar espera con interés creciente el momento en el que el mandatario le dé las

«instrucciones secretas», la orden exacta que no debe trascender de esos tres hombres ni de ese misterioso despacho. Pero el presidente no se da prisa. Habla del partido, de las luchas de otros años y de la República en general.

De pronto, la entrevista ha terminado. El presidente se ha puesto de pie. Un poco sorprendido, Varela insinúa un educado y obediente: «Señor presidente, quisiera saber qué es lo que debo hacer en Santa Cruz».

Hipólito Yrigoyen, con voz plena de calidez, con un matiz de confianza y de emoción —como si hablara a un hermano o a un hijo— le responde: «*Vaya, teniente coronel. Vea bien lo que ocurre y cumpla con su deber*».

Eso es todo. Varela queda desconcertado. Pero el gigante le está extendiendo la mano. No hay nada más que hablar.

«—Pasen por el despacho del doctor Gómez que les va a dar instrucciones».

Pero Anaya nos hablará así de las instrucciones de Gómez: «El doctor Gómez, ya en su despacho, no agregó una palabra más, limitándose de hacer entrega de unos despachos telegráficos recién recibidos y a desearnos feliz viaje».[25]

Varela no es hombre de detenerse a pensar si lo quieren meter en un juego extraño o no. Él piensa en la tropa, en los planes, en los preparativos, en el apoyo logístico. Ordena, actúa. El 10 de Caballería tiembla. Varela es un militar de alma. Le gusta la acción, la disciplina, el cumplimiento del deber, que todos sus soldados sean verdaderamente machos. Es un gran admirador de la organización militar alemana y desde hace años estudia ese idioma con dedicación.

El 10 de Caballería no existe en el momento en que le ordenan ir al Sur. La clase 1899 ha sido licenciada en diciembre y la clase nueva está en período de reclutamiento. Habrá que ir, entonces, a la caza del hombre. Los exconscriptos son buscados uno por uno en sus domicilios y llevados al cuartel. Es de imaginarse la «alegría» de esos muchachos quienes, habiendo terminado el servicio, eran reincorporados para ser llevados a la Patagonia a sofocar una huelga obrera. Anaya califica de «ardua tarea» este reclutamiento forzoso. Así, se logra reunir apenas 150 hombres, reforzándose el regimiento con veinte soldados más del 2 de Caballería.

El embarque se realiza en la noche del 28 de enero de 1921 en el transporte «Guardia Nacional».

Los huelguistas continúan acampando en «La Anita». Por allí pasan en automóvil los estancieros Gerónimo y José Stipicich con su cuñado Duimo Martinovich y un hijo del primero, de doce años. Los huelguistas los toman prisioneros. El «68» le propone a Stipicich que vaya a Gallegos a hacer firmar el pliego de condiciones de mejoras a los obreros rurales por los demás estancieros. Hasta que regrese, su hermano y su hijo quedarán de rehenes.

Con el Jesús en la boca, sale Stipicich en auto hacia Gallegos, acompañado por otro estanciero que estaba de rehén, Guillermo Payne. Al mismo tiempo, sale «El Toscano» rumbo a la zona del Coyle para seguir levantando estancias y traer armas y alimento.

Stipicich, al llegar a Gallegos, lo primero que hace es enviarle un telegrama al gerente general de los Menéndez Behety, en Puerto Santa Cruz. Reproducimos este telegrama porque da bien el clima de cómo estaban las cosas:

> Señor Menotti Bianchi: llegué en este momento del Lago. El 21 había salido con mi hermano e hijo y más personas. A la llegada a la estancia «La Anita» me esperaron más de quinientos huelguistas los que tomaron «La Anita» en su poder. A mí me detuvieron seis horas y mi hermano e hijo quedaron con demás gente. Conseguí permiso para bajar y arreglar asunto. Usted verá en qué compromiso me encuentro. Aconsejo que es mejor arreglar porque asunto está grave, no me han matado porque no quisieron: Me dijeron que llegue a tiempo porque empezaban a quemar «La Anita» y todas las estancias mías. Pedí plazo de cuatro días y lo conseguí. Las fuerzas nada pueden. Tienen en su poder más de quince policías y también al comisario Micheri que está herido. En ese grupo hay mucha gente que no tiene culpabilidad. Hay que hacer lo posible para evitar choques. Como estoy en peligro ruégole resolver y avisarme porque tengo que salir mañana. De mi parte estoy dispuesto a arreglar. Firmado Jerónimo Stipicich.

En Río Gallegos, Stipicich se reunirá con Mauricio Braun, Alejandro Menéndez Behety, José Montes, Ibón Noya, Ernesto von Heinz, y otros hacendados. Los estancieros proponen que los obreros designen una comisión para discutir y que, de no ponerse de acuerdo, se designe un arbitro neutral. El 26 de enero, Stipicich parte de regreso.

Los huelguistas aceptan la proposición de los estancieros y designan a un delegado para que se entreviste en Gallegos con los hacendados.

El 29 de enero de 1921 llega, por fin, después de tantos meses de haber sido nombrado, el nuevo gobernador de Santa Cruz al puerto de Río Gallegos. Las primeras medidas de Yza decepcionan a los de la línea dura. Cesantea a los amigos de Correa Falcón y repone a aquellos que no tienen fama de apaleadores. Por otra resolución levanta la medida del toque de queda en la ciudad.

El mismo día se reúne con los miembros de la Sociedad Rural para buscar una salida al conflicto del campo. Ha regresado ya Stipicich, acompañado del delegado obrero. Al día siguiente, domingo, se hace la asamblea de todos los hacendados, con la presencia del gobernador. Allí, los estancieros aprueban un nuevo pliego de condiciones y eligen por unanimidad como arbitro del conflicto al gobernador Yza.

En esa nueva propuesta, los hacendados aceptaban casi por completo el pedido de los obreros. El artículo sobre los delegados de estancia quedaba redactado así:

> Los patrones se obligan y de hecho reconocen a las sociedades obreras legalmente constituidas: entiéndase que deberán gozar de personería jurídica. Los obreros podrán o no pertenecer a esas asociaciones pues sólo se tendrá en cuenta la buena conducta e idoneidad de cada uno.

El proyecto estaba firmado nada menos que por Mauricio Braun y por Alejandro Menéndez Behety y todos los poderosos latifundistas del sur de Santa Cruz. La lectura del pliego presentado por los estancieros dice de por sí el triunfo de la lucha de los obreros del campo. En ningún lugar del país se había logrado un convenio así.

El gobernador, de inmediato, habla con el delegado obrero y le propone que viaje

con dos representantes del gobierno, quienes se pondrán en contacto con los huelguistas para iniciar las conversaciones oficiales.

En tanto, el transporte «Guardia Nacional» recibe ordenes de bajar a la tropa de Varela en Puerto Santa Cruz y no en Río Gallegos. Yza sigue tomando medidas que en nada favorecen a los hacendados: ordena la libertad de todos los obreros presos y de los vecinos implicados en la huelga, entre ellos el discutido José María Borrero quien, desde el momento en que sale, a pesar de encontrar su imprenta destrozada, comienza a atacar con más bríos aún a Correa Falcón y a los hombres de la Sociedad Rural.

La comisión gubernamental que ha salido en busca de los huelguistas, con el nuevo pliego de los hacendados, no los encuentra en Lago Argentino. Este hecho precipita otra solución, la dada por Varela y que luego será tan discutida. Los huelguistas también habían preparado su nuevo pliego para presentar en la mesa de discusiones. En síntesis, éstas eran las nuevas exigencias:

1. Reconocimiento total del pliego de condiciones presentado por los obreros.
2. Que los obreros no son responsables ni moral ni materialmente de ninguno de los hechos ocasionados durante la huelga.
3. Que se desmienta por completo el nombre de bandoleros que se le ha dado a los obreros.
4. La destitución total de las autoridades que han luchado injustamente contra nosotros.
5. El señor gobernador titular tiene que garantizarnos que no se va a tomar represalia de ninguna clase contra ninguno de los obreros complicados en la actual huelga, de lo contrario no habrá arreglo posible.

Pero el desencuentro deja nulas las posibilidades de arreglo directo. Varela y su tropa llegan el 2 de febrero de 1921 a Puerto Santa Cruz.

> La elección de este lugar de desembarco —*escribirá años después el entonces teniente primero Anaya*— obedeció al propósito de que en caso de propagarse el movimiento insurreccional hacia el Norte como se preveía, estar en condiciones de operar más directamente interceptándolos en su marcha. Recibidas las tropas por las autoridades locales y ante la expectativa popular fácil le resultó al jefe del regimiento darse cuenta del desconcierto reinante, así como de la falta de coordinación entre las reparticiones que tenían a su cargo la tarea de servir a las necesidades de aquéllas, observación que lo decidió a continuar el viaje acompañado del ayudante y de un oficial de órdenes a Río Gallegos, asiento de la gobernación.

En su viaje a Gallegos, Varela no encuentra a Yza y, según Anaya, conferencia con Correa Falcón, quien, aparentemente le da informes exagerados de crímenes y destrucciones cometidos por los huelguistas. Anaya agrega que Varela para comprobar esas denuncias comienza «*con un reconocimiento personal de los establecimientos próximos a la zona que se dicen devastadas y ultrajados sus habitantes*». *«Quienes los han abandonado* —agrega— *son los primeros que corren a proporcionar informaciones que difieren en mucho a las recogidas en fuente oficial*».

Lo escrito por Anaya es de gran valor y hay que tenerlo en cuenta porque después, cuando tenga que explicar los fusilamientos, caerá en evidentes

contradicciones, ya que si se exageró en la primera huelga lo que hicieron los huelguistas, ¿quién asegura que esas fuentes no exageraron con respecto al segundo movimiento?

Luego, Varela se entrevista con Yza, quien había recibido «*instrucciones del Poder Ejecutivo*».

> Las instrucciones de que fue portador el gobernador Yza —dice Anaya— poco o nada agregaban a las conocidas. Se advertían, en cambio, los deseos de agotar los medios para evitar derramamiento de sangre y encontrar por vía de un entendimiento pacífico entre patronos y obreros solución al conflicto que estaba perjudicando a la economía del territorio. Urgía al comercio en general y al gobernador en particular la necesidad de que no se malograra la zafra del año por una parte y por otra la seguridad de ser intérprete del pensamiento del señor presidente de la Nación, cuya política obrerista era ya bien conocida.

Los estancieros, que habían soñado que el ejército iba a arreglar el problema a tablazo limpio, se dan cuenta de que han caído en la trampa radical. Por eso, el 10 de febrero reaccionan con un furibundo telegrama al ministro del Interior.

> Después de los hechos vandálicos producidos por los revoltosos, los pobladores del territorio se ven obligados a reiterar a V. E. el pedido de las garantías que acuerda la Constitución Nacional. Los estancieros habían autorizado a la Sociedad Rural, cuya presidencia invisto, para confiar al gobernador Yza el arbitraje que creíamos conducente a un arreglo satisfactorio con el buen elemento obrero, pero, ante el fracaso de estas gestiones y la repetición incesante de hechos delictuosos, hemos dadas por terminadas estas gestiones solicitando al señor gobernador Yza se sirva hacer cumplir estrictamente las leyes de la Nación. Ha causado enorme y natural desagrado en los pobladores la inconsulta medida del señor gobernador Yza disponiendo la libertad de los sujetos autores principales e instigadores de los sucesos que son del dominio público porque es sabido que la revuelta de la campaña tiene sus directores en la capital. (Fdo.) Ibón Noya.

Los estancieros se habían dado cuenta de que Yza, como buen radical, se iba a entender antes con radicales que con ellos. Y así es; Yza escuchará principalmente la palabra del juez letrado, doctor Viñas. Además, el gobernador —que quería arreglar la huelga rural a todo trance— se dio cuenta de que al único que obedecían los obreros era al juez. Y será a través de éste que Yza entrará en contacto con dos dirigentes de la huelga —amigos de Viñas— quienes serán, finalmente, los que aceptan la solución. Se trata de dos de los pocos argentinos que están con los peones alzados: el «gaucho» Cuello y el «paisano» Bartolo Díaz.

Estos dos entran en la componenda. El arreglo hablado será así: no se tomará ningún preso, se le dará a cada trabajador un salvoconducto para que pueda trabajar, Yza será el arbitro, y aceptará como principio el pliego de los obreros. Como contrapartida, para no «dejar pagando» al ejército y al gobernador ante los estancieros, se hará aparecer todo como una rendición incondicional de los trabajadores con la entrega a Varela de los rehenes, armas y caballada.

El «gaucho» Cuello y el «paisano» Díaz llevan la propuesta al «68» y a «El Toscano», quienes rechazan airados la solución diciendo que ellos no entregarán las armas. Entonces se va a asamblea. Hablan el «68» y el español Graña en contra de la proposición. A favor del arreglo, Cuello, Bartolo Díaz, el paraguayo Jara y Lara, otro argentino. La votación es ganada por estos últimos. Los chilotes votan por entregarse:

son 427 votos por volver al trabajo contra doscientos que quieren seguir resistiendo. Cuando Florentino Cuello y Bartolo Díaz se dirigen a entregar los rehenes heridos a Varela (el subcomisario Micheri y el gendarme Pérez Millán) el «68» y «El Toscano», con doscientos de su gente, se alzan con la mayoría del armamento. Posteriormente, Florentino Cuello entregará en la estancia «El Tero», ante el gobernador Yza, a los demás rehenes, el armamento que le han dejado —muy poco, por cierto— y 1193 yeguarizos. Allí, se procederá a identificar y a dar un pasaporte a cada uno de los huelguistas que se ha entregado. Florentino Cuello recibirá el número 1 y se le permitirá partir, al igual que al «paisano» Díaz y a otros delegados de estancia. Para encubrir esta actitud, Yza enviará un telegrama al ministro del Interior señalando: «*los cabecillas detenidos, una vez desarmados, fueron puestos en libertad por un oficial de policía cuyo procesamiento he ordenado*». En realidad, Yza cumplía con su palabra en el arreglo previo dando libertad a todos los que se entregaban.

Había sido todo un final feliz: los huelguistas habían quedado libres e Yza laudaría en resumidas cuentas por el pliego de condiciones de ellos. Pero nadie sospechaba que ese final feliz era sólo un preámbulo para la muerte.

V. La larga marcha hacia la muerte

«Lo mismo se hizo con los indios durante aquella carnicería que se dio en llamar la conquista del desierto».

(De «La matanza obrera en Santa Cruz», *La Protesta*, 6 de enero de 1922).

«[…] el paria sin familia, sin hogar, sin religión y sin Patria, surge asesino y devastador, como antes el indio, para incendiar campos, para asaltar estancias…».

(De la revista *El Soldado Argentino*, editada por el Estado Mayor del Ejército, N.º 13, año II, 2 de enero de 1922, en un artículo contra los huelguistas patagónicos).

La primera huelga no había sido nada más que un prolegómeno de la masacre que vendría después. Es una especie de prólogo rosado, comparado con la truculencia que adquirirán los episodios de nueve meses más tarde. Dejémosle el calificativo al propio general Anaya (que también actuó en la represión de la segunda huelga con el grado de capitán):

> Acabamos de oír la narración, lo más objetiva posible, de los sucesos que conmovieron al lejano sur allá en el año 1921 y que, como de alguna manera he de diferenciarlos de los que voy a narrar, permítaseme titularlos campaña militar pacífica de la Patagonia en contraposición con lo que llamaré campaña militar sangrienta.[26]

Las estancias comienzan a trabajar, la atrasada esquila se hace a toda velocidad. Pero todo eso es una imagen falsa de lo que realmente ocurre: lisa y llanamente ha sido un triunfo de los obreros. Así lo considera la Sociedad Obrera, así lo considera la Sociedad Rural, así lo considera la Liga del Comercio y la Industria.

Han sido asesinados dos agentes de policía, han sido tomados como rehenes estancieros, comisarios, administradores, han sido cortados alambrados, carneados animales, se han destruido instalaciones.

Pero, a pesar de todo eso, el gobernador y el comandante Varela han llegado, han pactado con ellos y les han legalizado la libertad con un pasaporte o papeleta que es una especie de salvoconducto para trabajar en cualquier estancia y para moverse por los caminos territoriales. Además, no hay que engañarse: las armas no han sido entregadas, se las han llevado el «68», «El Toscano» y el grupo que los ha seguido. Aparte de un par de viejos rifles y revólveres oxidados, Varela no ha traído otra cosa. Tal es el panorama desde el punto de vista de los estancieros y de los cariacontecidos comerciantes.

Así se lo dirán a Varela en la cara, cuando éste regresa a Río Gallegos. Lo relata el secretario de la Sociedad Rural, Edelmiro Correa Falcón en su folleto *Los Sucesos de Santa Cruz, 1919 a 1921*:

> Terminada la misión pacificadora del 10 de Caballería, se encontraron accidentalmente reunidas algunas personas con el teniente coronel Varela en Río Gallegos y mientras se bebía una taza de té, uno de los contertulios expresó que representaba un peligroso precedente el hecho de no haberse secuestrado el considerable número de armas que se sabía en poder de los revoltosos, a quienes, sin discriminación, se les había otorgado una especie de bill de indemnidad. Opinión que refutó el teniente coronel, agregando que su misión se había cumplido satisfaciendo las instrucciones personales del señor presidente de la Nación, aseveración que se confirmó después con el testimonio de personas que oyeron esas instrucciones. En el curso de la misma conversación, otro de los presentes dijo que las noticias llegadas al campo le autorizaban a afirmar, que a breve plazo, se produciría un levantamiento general en el territorio. El teniente coronel no dio crédito a esta afirmación sosteniendo su convicción de que la pacificación tenía carácter definitivo.

Pero no sólo los poderosos de Santa Cruz critican a Varela. En su propio regimiento, la censura al proceder pacifista del comandante toma estado público. El capitán Anaya enumera esas críticas:

> El regimiento, que había permanecido entretanto inmóvil en Santa Cruz en la mayor ignorancia de cuanto

había acontecido, no se sintió satisfecho con el resultado pacífico obtenido, acicateado por los estancieros que habiendo huido de sus establecimientos habrían querido ver una represión brutal e indiscriminada. Los establecimientos comerciales de la costa tampoco vieron con buenos ojos la solución dada que habrían esperado ver ahogada en sangre y emprendieron una campaña de difamación en contra del jefe y del gobernador a quienes recriminaban que por ignorancia, desconocimiento y comodidad habían pactado a ojos cerrados con los insurrectos. No fueron tampoco ajenos a esta prédica algunos oficiales a los que la solución arribada, si no militar, humanitaria, no podía satisfacer como que habían soñado con glorias y laureles.

Ya antes de partir de regreso para Buenos Aires, Varela vacila; las presiones que soporta parecen ser grandes. Don Enrique Noya —hermano de Ibón Noya, presidente de la Sociedad Rural— nos ha relatado lo siguiente:

Cuando terminó la primera huelga, mi hermano Ibón le dijo en Río Gallegos al teniente coronel Varela: «Usted se va y esto comienza de nuevo» y Varela le contestó: «Si se levantan de nuevo volveré y fusilaré por docenas».

La Unión de Río Gallegos ataca sin piedad a la solución arribada por Varela y el gobernador Yza.

El arreglo del conflicto —*dirá el 17de marzo de 1921*— se ha reducido exclusivamente al aspecto económico con el triunfo más rotundo de la imposición obrera, tramitado por vía de la misma autoridad, quien sin mayor discernimiento sobre los hechos, con absoluta falta de ecuanimidad, ha dado un fallo salomónico sometiendo indirectamente al capital a su aceptación tácita.[27] Los autores de los crímenes, robo, incendios, etc., y sus cómplices no han sido molestados, ni aun para declaraciones relacionadas con los hechos.

Los patrones insistían con la línea dura, glorificando a Correa Falcón y a los apaleadores Ritchie y Nicolía Jameson. Veían en eso la única solución para el problema. No podían comprender la línea contemporizadora del radicalismo yrigoyenista que venía por mano del gobernador Yza y del teniente coronel Varela.

Vemos que, indudablemente, las cosas no se habían arreglado. En esa despoblada tierra seguían existiendo tres grupos antagónicos. Los patrones, con Correa Falcón como figura visible, los administradores de los latifundios ingleses y, por sobre ellos, la palabra rectora de Mauricio Braun y de Alejandro Menéndez Behety, que eran los más inteligentes, los más poderosos en cuanto a sus influencias en Buenos Aires, y los hombres que cautelosamente iban preparando la solución definitiva de la crisis. El segundo grupo era el formado en torno a Borrero y al juez letrado doctor Viñas, quienes nucleaban en torno suyo a todos los miembros de la Unión Cívica Radical. Es en ese grupo donde el nuevo gobernador Yza trata de afirmarse. El tercer factor de discordancia en esa sociedad es, evidentemente, el movimiento obrero que había salido retemplado con su triunfo.

Yza, a través de su papel de mediador entre patrones y obreros, solicita a la Sociedad Obrera que levante los boicots que habían sido aplicados a varias casas de comercio. Pero Antonio Soto no acepta así nomás el pedido del gobernador. Sí, se levantarán los boicots siempre que los patrones cumplan estas tres condiciones:

1. Admisión de todo el personal despedido por huelguista, previo pago de sus haberes hasta la terminación del conflicto.
2. Expulsión del personal no federado.
3. Pago por parte de la patronal de todos los gastos originados en el lanzamiento de los manifiestos de la Sociedad Obrera.

En una palabra, Soto exige rendición incondicional. Cuando los patrones conocen las exigencias se produce una indignación real. El diario *La Unión*, escandalizado, no puede menos que atacar por ello, nuevamente, al gobernador:

> La pasividad del gobierno ante estos medios de extorsión que viene así autorizando la subversión a la ley, equivale a la delegación de sus facultades en la autoridad obrera, que constituye ya un nuevo poder al margen del poder constitucional. Elementos exóticos, resabios de la inmigración, pretenden aquilatadas doctrinas de las que fueron sumisos esclavos, tomando el lugar de sus opresores. Una horda de desorbitados, inadaptables para la lucha honrada de la vida, nos ofrecen el triste espectáculo de dominadores bajo el antifaz de las reivindicaciones y abocándonos para ello a un problema de nacionalidad, agraviando al elemento nativo y suplantando el principio de la ley por el imperativo de bastardas aspiraciones. Elementos extraños constituidos en sociedades gremiales sin otra aspiración que la subversión del orden y el alzamiento contra la ley, porque en la revuelta, en el desequilibrio de la sociedad, hallan fáciles y abundantes medios de subsistencia, proclaman sus teorías demoledoras como índice de pretendidas reivindicaciones. Para ello es necesario destruir ante todo el espíritu nacional que pudiera ser una fuerza antagónica a sus aspiraciones. La guerra al hijo del país, al criollo que con más derecho que nadie vive en nuestra sociedad desde que está en su propia casa, es hoy en día declarada sin reticencias porque justamente se rebela al ejercicio de esas utopías.

Como vemos, este verdadero galimatías patriotero es una muestra del léxico de los argumentos con que la Liga Patriótica Argentina de Carlés machacaba día tras día en todas las regiones del país. Es decir, el obrero argentino no era víctima de los capitalistas o latifundistas argentinos o extranjeros, sino de los obreros extranjeros que «traían ideas extrañas al sentir nacional».

Sindicalismo, libertad, igualdad, socialismo, universalidad, eran ideas extranjerizantes; en cambio, lo auténticamente argentino era aquel trabajador que no se dejaba seducir por cantos de sirena, que era sobrio porque se conformaba con poco, obediente y respetuoso con sus superiores, con un profundo amor a la Patria, demostrado los 25 de Mayo y los 9 de Julio al ponerse las mejores pilchas, al participar en las fiestas lugareñas, al llevar bien alto el azul y blanco de la bandera en cañas tacuara y al decir no a los españoles, italianos o rusos que le querían escamotear los colores patrios por el «trapo rojo».

Ese argumento de las «ideas extranjerizantes» con que se combatió al socialismo y a las ideas libertarias tuvo un éxito innegable. Penetró en la masa obrera argentina. No sólo esos argumentos fueron repetidos sin excepción por todos los gobiernos desde 1930 —tanto de los surgidos de los golpes militares como de las elecciones— sino que los hemos oído en la propia CGT, en boca de dirigentes obreros peronistas como José Espejo, Augusto Vandor, José Alonso, José Rucci, Lorenzo Miguel, etcétera.

Es decir, a las ideas filosóficas, sociales y políticas que no eran patrimonio de ningún país sino fruto de la historia y del pensamiento humano mundial, se le tapaba la boca con una sola palabra: ¡Argentina!

Lo cierto es que ese argumento prendió, y rindió, y sigue dando pingües dividendos a la burguesía argentina.

Pero lo que resulta más curioso es que, en aquel Río Gallegos de 1921, todos —sin excepción— los que integraban la Liga Patriótica Argentina eran extranjeros y el mismo que había escrito ese galimatías que acabamos de transcribir era el propio director del diario *La Unión*, Rodríguez Algarra, español de pura cepa, vinculado a los intereses de los Braun y de los Menéndez Behety.

Pero al secretario de la Sociedad Obrera no le importaban mucho los argumentos patrióticos y preparaba un nuevo golpe contra la estantería de los asustados partidarios del capitalismo: la huelga en el frigorífico «Swíft» de Río Gallegos.

Si en la Patagonia había un lugar que merecía un movimiento de reivindicación social ése era, precisamente, el frigorífico «Swift» de Río Gallegos. Y tal vez no por el jornal ni por las condiciones de trabajo —igual que en otros lugares del país— sino por la forma medieval del contrato de conchabo. Hemos tenido en nuestras manos un pliego por el cual la «Swift» contrataba en Buenos Aires a los trabajadores.[28] Su lectura ilustrará al lector sin que haya necesidad de comentarios. El documento que se obligaba a firmar en Buenos Aires a los obreros de la carne que eran trasladados a Río Gallegos se titulaba pomposamente *Contrato de locación de servicios* y dice así:

> Entre Compañía Swift de La Plata, Río Gallegos, San Julián (en lo sucesivo del presente documento denominado «La Compañía») por intermedio de sus agentes en esta ciudad, Compañía Swift de La Plata, Sociedad Anónima, calle 25 de Mayo 195, por una parte y Manuel Pérez (en lo sucesivo del presente documento denominado «El Contratante») por la otra se ha convenido lo siguiente:
> El contratante entra al servicio de la referida Compañía en sus fábricas de Río Gallegos o San Julián en calidad de peón por lo cual percibirá un sueldo de pesos 0,65 moneda nacional curso legal por hora, manutención a razón de cincuenta pesos por mes por su cuenta, comprometiéndose a hacer todo el trabajo en cualquier capacidad que le fuese requerido.
> La Compañía anticipará al contratante el pasaje de ida de tercera clase desde Buenos Aires hasta Río Gallegos o San Julián, descontándose el valor de dicho pasaje del sueldo que perciba por el primer mes. La Compañía se compromete a pagar al contratante a razón de cuatro horas por día desde el día que sale de Buenos Aires hasta el día en que empiece la matanza y desde el día en que termine la matanza hasta el día que llegue a Buenos Aires en viaje de regreso, exceptuando domingos y feriados legales, como asimismo demoras ocasionadas por causas ajenas a la voluntad de la Compañía.
> Si el contratante permaneciese en el empleo hasta la conclusión de los trabajos, o sea mientras que la Compañía lo necesitara de sus servicios en cualquier capacidad le abonará el pasaje de ida y vuelta de Buenos Aires a Río Gallegos o San Julián. Si el contratante abandonara el empleo o fuera despedido por mal cumplimiento o ineptitud en el desempeño de sus deberes antes de concluir los trabajos, según el criterio exclusivo del gerente de la Compañía en Río Gallegos o San Julián, perderá el valor del mencionado pasaje, tanto de ida como de vuelta. En la calidad de garantía para el debido cumplimiento del contrato, la compañía descontará treinta pesos m/n mensuales y dicha suma será abonada al contratante a la terminación del contrato, pero si el contratante no cumpliera estrictamente con las obligaciones aquí estipuladas o si contribuyera de cualquier manera que fuera, ya sea directa o indirectamente a disturbios u obstaculizaciones del trabajo, perderá la cantidad así retenida. El contratante se compromete a trabajar por el sueldo arriba fijado todas las horas necesarias durante el día que le sean requeridas por la Compañía. Asimismo, en el caso de que le sea requerido cumplimentar trabajo durante medio día de los domingos tendrá que hacerlo. La Compañía se compromete a dar al contratante ocho horas de trabajo como mínimo por día, desde la

> fecha que empiece la faena hasta que se termine. Si el vapor, que lleva el personal a Río Gallegos o San Julián, no saliese o demorase por causas ajenas a la Compañía, como huelgas, incendios y casos de fuerza mayor, el contrato quedará en suspenso o anulado a juicio de la Compañía.
> Cualquier reclamo que se suscite contra la Compañía hasta que el contratante deje su fábrica en viaje de vuelta a Buenos Aires deberá ser presentado para su liquidación al Superintendente de la Compañía en Río Gallegos, de lo contrario, el reclamo no recibirá atención alguna.
> Conformes firmamos el presente contrato en la Ciudad de Buenos Aires a 9 de enero de 1921 siendo entendido que en el caso de surgir alguna diferencia entre las partes respecto a lo aquí estipulado, el contratante acepta desde ya la jurisdicción de las autoridades, judiciales u otras, de Buenos Aires y se compromete a acatar en un todo las resoluciones de las mismas.

Hasta aquí el «contrato». Si se analiza esta condena a la esclavitud programada por la empresa norteamericana vemos que aquel obrero que se comporte bien —de acuerdo a la empresa— podrá sacar unos pesitos —muy miserables por cierto— dejando la salud en el infernal trabajo de los frigoríficos de entonces. Pero aquel que proteste o «*interviniere directa o indirectamente en disturbios u obstaculizaciones de trabajo*» perderá todo lo ganado.

No exagera Borrero cuando en *La Patagonia trágica* calcula que a un trabajador de la «Swift» que ha cumplido hasta jornadas de 15 horas y media (trabajo absolutamente insalubre, por supuesto) le quedan, en un mes entero de servicios —332 horas— nada más que 28,50 pesos. Ni hablar de lo que le sucedía, además, al obrero que protestaba: lo echaban y lo dejaban abandonado allí, en Gallegos o en San Julián y después, que se fuera a quejar: el contrato estaba firmado.

Pero allí, en Gallegos, había precisamente alguien que no le tenía miedo a la «Swift»: Antonio Soto, secretario general de la Sociedad Obrera.

En cuanto dos o tres peones del frigorífico «se animan» a verlo para presentar sus miserias, Soto activa la cosa y el 25 de marzo de 1921 se produce un hecho que no esperaba ninguno de los directivos de la poderosa empresa norteamericana: paro general en el frigorífico de Gallegos.

Era lo único que faltaba: luego de la conmoción de la huelga rural, ahora venía el próximo paso justamente cuando la temporada de la faena estaba en pleno apogeo.

Pero los hombres de la Sociedad Rural y de la «Swift» no son de los se chupan el dedo. Desde el periódico *La Unión* proclaman la línea dura, echan el fardo de todo a Soto y su gente de la Sociedad Obrera y no a las miserables condiciones de trabajo. Dice *La Unión* que los obreros,

> al presentar al frigorífico un pliego de condiciones que falsea los fundamentos del contrato, tal como la de negarse a cargar el barco y otras que de por sí equivalen a una prematura represalia como, por ejemplo, la que se paguen los días que se pierden en las gestiones de arreglo, evidencia equivocadamente que en la confección de este pliego han intervenido elementos discordantes falseando los propósitos de los verdaderos trabajadores.

Esta vez se les dará a los patrones. La Sociedad Obrera será vencida. A la semana, los obreros del frigorífico entrarán mansitos a trabajar. Es que en esta oportunidad, el gobernador Yza ha dado órdenes al jefe de policía, capitán Schweizer, para que proceda a arreglar el conflicto de cualquier manera. Los hombres de la Sociedad

Rural, encabezados por Ibón Noya, van a verlo y le dicen que el problema es fácil de arreglar si se saca del medio a Soto y compañía. El capitán Schweizer arenga a los huelguistas y les dice que todo se va a arreglar si los obreros prescinden de la Sociedad Obrera y si ellos mismos eligen su propia comisión. Además, les ofrece la intermediación de la Sociedad Rural ante las autoridades del frigorífico.

Los obreros venidos de Buenos Aires estaban amansados. Sin dinero, sin lugar donde dormir —a pesar de los esfuerzos de Soto— sabiendo que allí no iban a conseguir trabajo y que tampoco podrían regresar a Buenos Aires, aceptaron casi sin pensar. Y se llegó al arreglo: «*Los obreros decidieron* —así dice con euforia *La Unión*— *volver al trabajo en las condiciones en que lo habían abandonado sin modificaciones en pro ni en contra*». Y relata que «*fracasaron los que habían presentado el pliego que motivó el paro*».

El presidente de la Sociedad Rural, Ibón Noya, elogia públicamente la actitud del jefe de policía, y así se produce el primer acercamiento de los patrones con el gobierno radical de Yza.

Mientras tanto, Soto no había podido atender bien el asunto del frígorifico porque empezaba a soportar la ofensiva más peligrosa contra la organización obrera: el frente interno se le dividía. Desde el triunfo de la primera huelga hasta la tragedia que ya se avecinaba, Soto tuvo que luchar sin cuartel contra los dirigentes gremiales enviados desde Buenos Aires por la FORA sindicalista y contra el grupito que fue separándose de la Sociedad Obrera para formar sindicatos autónomos.

Los poderosos saludan alborozados esta división del movimiento obrero de Gallegos y lo promueven y *La Unión*, a principios de abril de 1921, indica exultante en una nota que titula nada menos que de «Síntomas reaccionarios»:

> Entre algunos gremios de trabajadores de Río Gallegos se ha insinuado ya la idea de constituirse en agrupaciones independientes de manera de poder ejercer así la deliberación espontánea que más concuerde con sus propios intereses, en la lucha sindicalista en que están empeñados.

El primero en abrirse de la Sociedad Obrera es el gremio gráfico, con Amador González a la cabeza, de quien ya hemos hablado. Para recaudar fondos organizan un festival, que es anunciado por el diario de la Sociedad Rural, el cual informa que ha sido

> una fiesta simpática que ha merecido unánime apoyo a juzgar por la concurrencia y cuya finalidad altamente humanitaria es trasunto reflejo del ideal societario que dicho gremio persigue por medio de una autonomía honrosa y una libertad exenta de tiranías sistematizadas en agrupaciones generales, como actualmente acontece. Tal actitud manifiesta íntegramente en la declaración de principios formulada, habla con sobrada elocuencia acerca del criterio que ha de regir a la nueva institución bajo cuyas bases se han obtenido ya algunas mejoras que abonan un principio de ecuanimidad y concordia entre operarios y patrones.

Es decir, los obreros buenos. Con la formación de un sindicato «libre» se había metido la primera cuña contra los anarquistas de la Sociedad Obrera. Y la esperanza

de los patrones es grande; ellos ven en los sindicatos libres una especie de jaque mate para los revoltosos: «*Seguramente* —dice *La Unión*— *la actitud de los gráficos no ha de tardar en ser imitada por muchos otros gremios cuando se valoren sin apasionamientos sus positivos resultados*».

Los poderosos no perdían el tiempo. Con una persistencia digna de elogio martillarán día tras día —a través de la prensa local y capitalina— sobre el gobierno provincial y sobre el mismo presidente de la Nación. En cambio, del otro lado de la trinchera, Antonio Soto se iba quedando solo, acompañado por un grupo de gallegos que hablaba mucho pero no concretaba, de extraños extranjeros de apellidos con olor a revolucionarios y con chilotes silenciosos, sonrientes pero a los cuales se les podía barrer con un soplido. El frente obrero, luego de la primera huelga, se había dividido en tres sectores: el de los «trabajadores libres», en realidad muy escasos, es decir las pocas mujeres que trabajaban en algunos comercios y los horteras de siempre, confidentes de los «altos empleados» de las empresas; luego estaban los enviados por la FORA sindicalista, eran los hombres afectos al gobierno yrigoyenista y que hacían muy buenas migas con el capitán Yza; y, por último, el proletariado propiamente dicho, «federado», masa sin ninguna preparación sindical con dirigentes que apenas sabían leer y escribir y con una confusión ideológica total pero basados, sin ninguna duda, en un anarquismo *sui generis*, con mucho de Bakunin y Proudhon, con una dosis incontrastable de rebeldía personal, de protesta contra el maltrato y de ansia levantisca que a veces se da sólo en ciertas circunstancias, pero que aquí, en ese 1921 patagónico, brota con una fuerza irresistible, tan irresistible que le hará temblar el piso hasta el propio Hipólito Yrigoyen, que tendrá que llamar pocos meses más tarde al ejército, otra vez en su ayuda.

Es así como Antonio Soto comienza a movilizarse. Esta vez no se quedará en Río Gallegos. Sale para Santa Cruz, San Julián y Deseado y para Lago Argentino. Se hace hombre de a caballo y viaja también en un automóvil alquilado constantemente por la Sociedad Obrera. Organiza todas las estancias, con el nombramiento de delegados, y hace la gran campaña para «federar» a todos los peones. En Puerto Santa Cruz, la asamblea obrera elegirá a Ramón Outerelo, gallego, mozo de hotel. En San Julián, a Albino Argüello, argentino, afiliado al Partido Socialista. En Deseado es más difícil; ahí están los ferroviarios, con Portales a la cabeza, que responden a la FORA sindicalista.

Pero si Soto organiza, la Sociedad Rural tiene un hombre insustituible, Edelmiro A. Correa Falcón, que también viajará y dejará constituidas todas las filiales en los puertos de la costa, y llevará una premisa: no cumplir con el convenio. Decir definitivamente que no a la prepotencia de los federados. El consejo es prepararse para septiembre. Septiembre también es la palabra clave que lleva Soto en sus giras. Continuar la lucha, y si no cumplen los patrones, en septiembre, cuando comience la actividad lanera, paralizar el territorio en toda su extensión.

Correa Falcón aconseja armarse, organizar la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo, esta última para obtener «obreros libres». Soto —por su parte— aconseja discutir en asambleas todos los temas políticos y sindicales para ir creando la conciencia obrera. Pero su racionalismo lo pierde: habla siempre de que a las armas y a la brutalidad de patrones y policías hay que oponer la razón, las ideas. Ésa es su única falla. Ya le van a dar, ya va a poder comprobar eso, cuando los *mauser* comiencen a escupir fuego y el plomo comience a reventar cabezas y pulmones.

En mayo de 1921 Soto recibirá otra sensible derrota. Los telegrafistas del correo de Río Gallegos se declaran en huelga. Soto, de inmediato, les da la solidaridad de la Sociedad Obrera. Pero el movimiento no es total y pese a que dieciséis huelguistas mantienen su actitud por varios días, son derrotados en una asamblea y la comisión es reemplazada por otra que rompe con la central obrera de Gallegos. Esta derrota —dirá el semanario *La Unión*— «obligará a la Federación Postal a reflexionar sobre las malas consecuencias que en este caso le acarreó su relación con la Federación Obrera local». El trabajo para Soto y sus hombres iba a ser muy difícil, muy espinoso.

Por esos meses llega a Gallegos el general C. J. Martínez, enviado por el ejército para inspeccionar los lugares donde se iban a instalar los próximos cuarteles para regimientos de caballería. El citado general hará toda una gira por el territorio y será acompañado nada menos que por Correa Falcón y agasajado a cuerpo de rey en todas las estancias que recorren. Su informe posterior incidirá mucho en la acción que tomará el ejército en el verano siguiente.

Mientras tanto, el juez Viñas resuelve pasar una temporada en Buenos Aires. Con Viñas los obreros pierden un gran aliado. El único que les queda es el doctor José María Borrero quien, desde las páginas de su periódico *La Verdad*, sigue apoyándolos y combatiendo a los grandes latifundistas.

Cuando llega el frío y la actividad se paraliza, Antonio Soto se dedica a perfeccionar el sistema del boicot. Como dijimos, pese al esfuerzo de Yza, el boicot contra los comercios de Varela y Fernández, de Elbourne y Slater, e Ibón Noya no fue levantado. La medida se cumple con toda fuerza. Ningún obrero debe comprar nada de esas casas. Nadie tiene que abastecerlos, ningún estibador debe levantar o transportar cargas para ellos. Además, si los patrones quieren arreglar, deben ser ellos mismos quienes den el primer paso, es decir, concurrir a la sede obrera y solicitar la solución del conflicto.

Esto del boicot es un método contundente porque deja al desnudo las contradicciones que existen en el frente de los comerciantes. Que haya boicot no favorece tanto a los obreros como a los otros comercios no boicoteados. Eso lo sabe Soto y por eso continúa a fondo con el método. Se produce una división en la Liga del Comercio y la Industria entre boicoteados y no boicoteados. Las discusiones siguen a las crisis y cada uno trata de arreglarse por su cuenta. Los primeros en hacer el camino a Canosa

son Elbourne y Slater, representante de los grandes latifundios ingleses y de varios productos de importación. Solicitan hablar con Soto y aceptan reincorporar a los cesantes, pagarles hasta el último centavo de los días no trabajados; se desprenden del personal «crumiro» no federado y, sobre el último punto, se comienza a negociar el pago de la propaganda obrera en pro del boicot. A los patrones les parece que eso es más vergonzoso que la rendición incondicional. Finalmente se llega a un arreglo: a proposición de Antonio Soto, el monto de lo gastado en propaganda tiene que ser pagado por Elbourne y Slater a una familia indigente de Río Gallegos. Y los ingleses, colorados de rabia, se ven obligados a hacerlo.

Cuando Antonio Soto, en asamblea, anuncia la firma del convenio los gallegos se muestran eufóricos y los chilotes dan alaridos de alegría.

En la Sociedad Rural, principalmente, esto causa una indignación sin límites. Su vocero no oficial, *La Unión*, dirá en tono de mal disimulado resentimiento que la Liga del Comercio y la Industria es «*una institución parasitaria*». Tiene un tono de desesperación y, precisamente este artículo es testimonio de la fuerza con que se movía Antonio Soto. Así dice *La Unión*:

> Hay evidentemente poco espíritu de conciliación entre nuestro comercio; no existe ni la solidaridad expresa de las cláusulas de la Liga ni la intención de hacer obra en común, en beneficio propio. Que cada cual obre para sí y se arregle como pueda. Ése es el criterio reinante. Mientras tanto se va cada día cediendo terreno a la imposición del sindicalismo avanzado. Las exigencias más descabelladas son accedidas sin la mayor resistencia, porque se ha encontrado la manera fácil y quizá lucrativa de resarcirse de mayores erogaciones; basta sólo con aumentar el precio de la mercadería.

Los efectos del bloqueo contra Varela y Fernández parecerían haber sido muy efectivos, porque esa firma, públicamente, acepta las mismas imposiciones que Elbourne y Slater, o sea, todos los puntos exigidos menos el último: pagar a la Federación Obrera los gastos de propaganda dirigidos contra los propios Varela y Fernández; en lugar de ello, los empresarios boicoteados proponen entregar 300 pesos a una familia menesterosa.

Pero la asamblea obrera dirigida por Soto dice no, absolutamente no. Si ésa fue una salida para Elbourne y Slater no lo será para Varela y Fernández, y la guerra sigue a muerte.

«¿Qué pasa en los territorios del sur?» se pregunta *La Prensa* de Buenos Aires en un editorial de ese año. Y nos da una versión un tanto apocalíptica:

> Mientras las informaciones que salen de la casa de gobierno se empeñan en convencer que en los territorios del sur solamente se cometen algunos delitos ordinarios y sin mayor importancia atribuyendo al alarmismo de corresponsales las denuncias sobre asaltos, asesinatos, robos e incendios, testimonios que proceden de los mismos pobladores de esa región o de viajeros que acaban de recorrerla en sus zonas más pobladas insisten en aseverar la exactitud de los actos de bandolerismo perpetrados y hasta anticipan que las noticias recibidas en la metrópoli están lejos de reflejar la realidad en toda su crudeza.

Pero todo esto quedará desmentido por las declaraciones que hará el propio jefe de las fuerzas nacionales, teniente coronel Varela, al llegar al puerto de Buenos Aires,

de regreso de su expedición. El mismo diario *La Prensa* las publicará. Dice la información:

> Procedente de Río Gallegos llegó ayer el teniente coronel Varela quien se anticipó al regreso de las tropas a su mando en vista de haber terminado su misión. Dicho jefe, con quien conversamos a su llegada, nos dijo que a los pocos días de desembarcar en Santa Cruz, las tropas del ejército nacional e internarse hacia la cordillera quedaron terminados todos los desórdenes y asaltos a las estancias y comercios. Agrega que se internó setenta leguas hacia la cordillera en busca de los obreros en huelga, entregándose éstos en número de 400, sin resistencia de ninguna clase no obstante que habían algunos armados. El teniente coronel Varela niega que esas personas fueran gente alzada y que hayan cometido desmanes en el comercio y contra los pobladores, asegurando que sólo eran obreros en huelga. Agrega que si bien es cierto que tomaron al comercio de la región diversos artículos que necesitaban, entregaron en cambio vales por el valor de lo que llevaban, los que —dice— serán pagados por la Sociedad de Resistencia a la que pertenecen.

Finaliza diciendo Varela que

> en cuanto a que estuvieran armados lo estaban en una mínima parte, cerca de cien hombres con *winchester* y escopetas, armas que entregaron a las fuerzas bajo su mando. Ahora esas personas están en libertad en virtud de habérseles considerado en esa situación.

Estas declaraciones son fundamentales para interpretar los hechos. Luego, cuando se produzca la masacre, veremos cómo Varela, ante hechos iguales, cambia sus declaraciones.

Las afirmaciones del teniente coronel Varela provocan la reacción de los empresarios y hacendados de Santa Cruz. El periódico *La Unión* señalará:

> Nos ha sorprendido la noticia que nos trae el servicio telegráfico acerca de las declaraciones del coronel Varela con motivo de los sucesos del territorio. Posiblemente el coronel haya sido sorprendido en su buena fe en cuanto la enunciación de propósitos de los huelguistas levantados en armas. Pero lo que el señor Varela no puede negar porque son hechos incontrovertibles es que se han sucedido innumerables asaltos, robos de todo género y asesinatos de lo más repugnantes. No concebimos cómo un militar que debiera de ser insospechado por su misma convicción y su alta graduación, pueda incurrir en equívocos tan enormes como que las pruebas más evidentes de los hechos debió hallarlas sobre el mismo terreno que ha recorrido.

A fines de abril, el grupo de «El Toscano» (el «68» y mucha de su gente han pasado la frontera y nunca más se sabrá de ellos) asalta el establecimiento de Carlos Henstock, en Paso del Medio, y poco después la estancia «Las Horquetas» de Luciano Carreras. Esto causa gran indignación entre los estancieros que se apresuran a juzgarlo como una lógica consecuencia de la mano demasiado débil con que actuaron el teniente coronel Varela y el gobernador Yza. Pero también causa gran indignación en la Sociedad Obrera, que repudia a «El Toscano» y señala que nada tiene que ver con sus acciones de pillaje. Soto tendrá que actuar con mano de hierro si no quiere que lo pasen al cuarto.

Al comenzar el invierno de 1921, la organización obrera de Gallegos estaba integrada por la Federación Obrera con los gremios de Mar y Playa (estibadores y marineros); Gastrónomos; Empleados de Comercio; Trabajadores del Campo, y la

Sociedad Obrera de Oficios Varios. La Federación se había convertido —luego de los viajes de Soto por el interior del territorio— en Federación Departamental. Además, había hecho público su plan de convocar a un congreso sindical patagónico, invitando también a la Federación Obrera Magallánica, de Chile, con organizaciones en Puerto Natales y en Punta Arenas. Para Soto, un fanático del internacionalismo proletario, no valían fronteras ni banderas de países, no había nacionalidades sino solamente regiones.

Para Somoza y Lázaro, los dos enviados de la FORA sindicalista, estas iniciativas de Soto no convenían a los planes de la central obrera de Buenos Aires, que estaba, precisamente en ese momento, elaborando planes de unidad para absorber a la FORA anarquista. Además, la poderosa FORA sindicalista estaba manteniendo un diálogo productivo con Yrigoyen a través del secretario general Francisco Javier García de la Federación Obrera Marítima.

Lázaro y Somoza, desde su llegada a Río Gallegos, tratan de enjabonarle el piso a Soto. No se pueden poner de acuerdo con él. Soto insiste en la guerra total contra los patrones. Los de Buenos Aires quieren suavizar a toda costa, tienen muchas cosas que solucionar como para verse envueltos en un movimiento tan lejano y tan peligroso como el patagónico.

Además del apoyo a los obreros gráficos que acaban de independizarse de la Federación Obrera de Gallegos, los delegados de la FORA sindicalista promueven la formación del Sindicato de *Chauffeurs*, Mecánicos y Anexos, con lo que la Federación Obrera sufre una nueva división.

Este desmembramiento es saludado por el diario de la Sociedad Rural. Dice *La Unión*, satisfecho de que Antonio Soto haya sufrido una nueva derrota:

> El gremio de *chauffeurs*, mecánicos y anexos, recientemente organizado y sindicato autónomo, ha publicado un volante haciendo conocer los motivos de su separación de la Federación Obrera y al mismo tiempo su declaración de principios. Las razones que ellos exponen no necesitan comentario por ser bien conocidas por el público. En este documento se analizan, con cierta altura, los medios racionales de acción que debe emplear el obrero. Al explicar las causas que motivaron su actitud, hacen una exposición de hechos, correcta y moderadamente, sin agravios ni insultos parciales contra nadie pero evidencia lo que todos venimos sosteniendo de que el obrero está siendo víctima de los que, sin serlo, se encaraman sobre las organizaciones con el único y preconcebido fin de explotarlo en la forma más solapada y extorsiva. Por lo brutales y extorsivos, resultan peores que los que regían en tiempos de la esclavitud legalizada; mas afortunadamente parece que la experiencia les va enseñando a defenderse.

Con la sola publicación de la opinión de los patrones podemos colegir quiénes eran los nuevos dirigentes y que, equivocado o no, Antonio Soto estaba llevando una lucha insobornable contra los poderosos que se valían de su mejor arma: el divisionismo obrero. De esa lucha se tuvo conocimiento en Buenos Aires. Transcribiremos lo que pensaron los de la FORA anarquista de esa ciudad acerca de este nuevo sindicato apoyado por la FORA sindicalista. Dicen así:

> En Río Gallegos, en invierno de 1921, se constituyó el sindicato de *Chauffeurs*, Mecánicos y Anexos

compuesto por nueve individuos, a saber: Rogelio Lorenzo (a) «El Tuerto», dueño del prostíbulo «La Chocolatería»; José Moreno, dueño del prostíbulo que lleva su mismo nombre; Roberto del Pozo, defraudador de fondos de la Federación Obrera de Natales (Chile); Ildefonso Martínez, Bernabé Ruiz y Antonio Freyres, los tres canfinfleros más conocidos y eternamente vagos; Leopoldo Tronsch, hábil instrumento de Ibón Noya, presidente de la Liga Patriótica. Y para que nada faltara estaba también entre ese grupo de pícaros, el carnero de todas las huelgas, José Veloso. Inmediatamente de constituida esa agrupación vergonzante empezaron a circular los manifiestos insidiosos contra la Federación local, uno tras otro, insistentemente; se decían cosas verdaderamente infames del organismo proletario auténtico.

Antonio Soto fue capeando todas las tormentas. Ahora estaba solo. Se había ido el juez Vinas, Borrero se había ido recostando del lado de los radicales —si bien de vez en cuando salía en defensa de los hombres de la Federación Obrera—, el gobernador Yza no quería líos mayores y se entendía con los de la FORA sindicalista; y para los comerciantes y hacendados, ni qué hablar: Soto era el engendro de todos los males.

El 18 de abril de 1921, Antonio Soto llama a una asamblea obrera y ofrece públicamente su renuncia. Aquí se juega el todo por el todo.

La asamblea tiene varios temas en el orden del día. Comienza con la lectura de una carta de la Federación Obrera de Puerto Deseado donde se señala que «a pesar de los buenos oficios del gobernador Yza durante su estada en la ciudad tendientes a resolver el conflicto obrero-patronal no se había podido llegar a un arreglo debido a la intransigencia de los patrones». En esa carta, los dirigentes de Deseado piden a los de Gallegos «el envío de pan, carne y otros artículos de primera necesidad» que ellos no pueden adquirir «debido a los precios elevados a que actualmente son vendidos».

A pesar de la situación de indigencia de casi todos los participantes de la asamblea —en extraordinario número de trescientos según el informe policial— se resuelve hacer una colecta entre los presentes para hacerles llegar la recaudación a los compañeros de Deseado y se faculta a la «comisión directiva para que de los fondos de la Federación contribuya con una suma de dinero con el mismo destino».

Luego se pasa a tratar el asunto del boicot contra Varela y Fernández y se aprueba «que debía hacerse más vigoroso hasta tanto esa casa aceptara las propuestas de la Federación». Por último, la asamblea trata la renuncia de Antonio Soto al cargo de secretario general. La misma, según Aguilar, empleado policial de investigaciones (enviado desde Buenos Aires para hacer el triste papel de informante de las asambleas), «*fue rechazada por unanimidad*». El triunfo de Soto en esta prueba había sido total, ni un brazo se había levantado en su contra.

El 10 de mayo se realizará en el «biógrafo» «Select» de Río Gallegos otra importante asamblea para aquel clima de guerra. Es interesante dar los detalles de esta reunión porque es un fiel testimonio de cómo aquellos improvisados dirigentes gremiales resolvían sus problemas en un ambiente completamente hostil. En primer término se tratará la solicitud del exoficial de guardiacárceles Tomás Villalustre, que gestiona «afederarse». Por mayoría de votos no se hace lugar a la petición, acordándose «enviar una nota a la empresa Elbourne y Slater haciéndoles recordar lo prescrito en el pliego de condiciones por cuanto el nombrado Villalustre trabaja en la

casa de los expresados como auxiliar contador».

El segundo punto de esa asamblea es «el auxilio peculiar solicitado por los obreros en huelga del mercado de frutos de Buenos Aires». Los obreros, por unanimidad, votan un socorro de cien pesos moneda nacional. En este sentido siempre tendrán la mano abierta. Pero cuando ellos sean los perseguidos, la generosidad de sus compañeros de Buenos Aires tardará en llegar.

Con respecto al boicot a Varela y Fernández se resolvió «*sostener el bloqueo a la casa de los nombrados señores hasta ver el derrumbe completo de los mismos*». Es decir, ya no querían ninguna transacción. En cambio, a Ibón Noya le daban alguna posibilidad: «*sostener el boicot hasta que dicho señor Noya se apersone al local de la Sociedad Obrera y celebre un arreglo convencional*».

La asamblea estaba en lo mejor, con el cine «Select» lleno de obreros, cuando le avisan a Antonio Soto que los adictos de la FORA sindicalista, Rogelio Lorenzo y su gremio de *chauffeurs*, habían ocupado la sede de la Sociedad Obrera. Furibundo, el gallego Soto deja la asamblea, que aún está sesionando, y se encamina él sólo hasta el local obrero de donde saca a los nueve reunidos a puñetazos y puntapiés, cerrando el local tras sí. Este episodio fue durante semanas la comidilla del pueblo y agrandó aún más la figura de Soto ante los trabajadores de Gallegos. Pero Rogelio Lorenzo y su gente no iban a olvidar los golpes recibidos.

Constituido el Sindicato de Mecánicos, *Chauffeurs* y Anexos, comenzó una campaña diaria de volantes contra la Sociedad Obrera y la persona de Antonio Soto.

Pero éste toma el toro por las astas y convoca a todos los choferes y mecánicos del pueblo a una asamblea para que ellos mismos dictaminen con quién quieren estar. Se realiza el 18 de mayo y es otro triunfo para la Sociedad Obrera de Río Gallegos que dirige Antonio Soto. Se demuestra que el otro sindicato apenas puede reunir nueve personas.

Un hecho vendría a demostrar el cada vez más insalvable encono entre trabajadores y patrones: el traslado de los cadáveres de los policías muertos en «El Cerrito».

Tres autos y un camión se dirigen a mediados de junio hacia ese lugar. Allí desenterrarán los cuerpos y los trasladarán a Gallegos. El velatorio se hace en la casa de gobierno, en el salón principal, donde se han instalado hachones con grandes cirios. Un crucifijo preside la escena.

La Sociedad Rural trata de que el acto sea una muestra de duelo popular en toda la provincia. En ese sentido le responden los funcionarios, comerciantes, industriales, hacendados y altos empleados de las empresas privadas.

La Iglesia presta amplio apoyo al silencioso espectáculo y el cura párroco, en todo momento, está al frente de las ceremonias. *La Unión* describe que el sacerdote marchaba «*flanqueado por los ciriales del ritual*».

> Los cuatro ataúdes —*prosigue*— fueron llevados a pulso. La banda lisa de la policía batía con acento lúgubre la marcha regular yendo a la cabeza de la comitiva el jefe de policía Schweizer, el comisario de

> órdenes y numerosas personas de significación de nuestra sociedad. Cerraban la marcha considerable número de automóviles particulares tripulados por sus dueños y acompañantes. Las casas de comercio centrales cerraron las puertas de sus locales al paso del cortejo en señal de duelo y estacionado en las esquinas y en las aceras del recorrido se notaba la presencia de mucho público congregado espontáneamente mientras interrumpía el recogimiento que promovía la solemnidad de este desfile las vibraciones de las campanas de la iglesia con melancólica intermitencia. Simultáneamente en todos los pueblos de la costa los comercios cerraron sus puertas.

El gobernador Yza no estará presente en el acto porque ya ha partido a Buenos Aires, donde llegará el 21 de junio. Desde ese momento comenzará el interinato del secretario de la gobernación, el mayor del ejército Cefaly Pandolfi, a quien le tocará hacer frente a todas las circunstancias que terminarán con la declaración de la segunda huelga y la represión. Yza demorará varios meses en volver. Esta ausencia será interpretada más adelante de muy diferentes maneras.

La Sociedad Obrera no se cruzó de brazos ante el despliegue propagandístico constituido por el entierro de los policías. En asamblea, por indicación de Antonio Soto, se resuelve exhumar los restos del compañero caído en «El Cerrito», Zacarías Gración, y trasladar su cadáver a Río Gallegos.

Hermógenes Pisabarro será el encargado de hacer el cajón para el finado y la empresa de carros de Constantino García —que donará lo que le hubiera correspondido cobrar— será la encargada del transporte del féretro. El paso del cortejo por las calles de Gallegos fue un acontecimiento pocas veces visto. Si en el entierro de los policías hubo automóviles, aquí no los hubo, pero sí pueblo. Las campanas de la iglesia no tañeron, pero se entonó el himno anarquista «Hijos del pueblo». No estuvieron ni el cura ni las autoridades, pero sí la comisión de la Sociedad Obrera en pleno, con el joven Antonio Soto a cabeza descubierta.

Fue una demostración de la unidad de los trabajadores en torno a la Sociedad Obrera. Fue una lección para el gobierno, para los patrones y hasta los radicales comprendieron que si de alguna manera no se paraba esta situación, en septiembre —la fecha fatídica que se esperaba con miedo— los obreros iban a barrer con todo.

Había un nuevo diario en Gallegos: *El Nacional*, dirigido por Arturo Brisighelli, un exempleado policial, que había salido para apoyar al gobernador radical y para contestar a las cada vez más abiertas críticas del diario *La Unión*, periódico éste que pasaría a ser dirigido pocos días después por el propio Correa Falcón. Por su parte, José María Borrero dejaba de editar *La Verdad*, con la que tanto había apoyado a los obreros. En lugar de ese periódico, comenzó a editar en esos días *El Español*, dedicado a la colectividad española.

En ese julio de 1921 iban a ocurrir varios episodios que llevarían ya al rompimiento definitivo entre patrones y obreros. Pese a los veinte grados bajo cero, los ánimos se iban exaltando cada vez más. No se cumplían, por parte de los patrones, las condiciones del pliego obtenido en enero.

La Sociedad Obrera acusaba abiertamente al secretario gerente de la Sociedad Rural, Correa Falcón, de haber aconsejado a los hacendados en la última gira que

había hecho por el territorio, que se negaran al cumplimiento del laudo Yza. Las protestas y denuncias de los delegados obreros en las estancias se amontonaban en el local de la Sociedad Obrera que se veía impotente ante la ofensiva patronal. Lo único que podían hacer era esperar la época de esquila. Por otra parte, las protestas ante la gobernación no tenían ningún efecto porque el funcionario interino, Cefaly Pandolfi, siempre respondía que era mejor esperar el regreso del gobernador.

Los sucesos detonantes de aquel mes de julio fueron cuatro. Al contador Eloy del Val, de la «Sociedad Anónima Mercantil de la Patagonia» en Puerto Deseado, le descargaron diez balazos por la ventana de su casa; motivo: haber despedido a obreros. Aunque salió ileso, el bochinche fue grande y la protesta patronal llegó hasta Buenos Aires, pidiendo garantías. Al doctor Alejandro Sicardi, presidente de la Liga Patriótica de Santa Cruz, miembros de la Sociedad Obrera lo desarmaron en plena calle, como veremos más adelante. En siete estancias, entran partidas de peones y se llevan las caballadas, como preparando ya una nueva huelga. Por último, el hecho de más trascendencia y que logra concitar la indignación general: el episodio de la noche del 9 de Julio, en ocasión del banquete ofrecido con motivo de la fiesta patria.

Ese día, Río Gallegos «chorrea» nacionalismo. Los actos ocupan toda la jornada. A las 13.30 comienza la marcha desde la gobernación hasta la iglesia por la calle Roca hasta Maipú. Todos los altos funcionarios gubernamentales, judiciales y policiales están presentes. En la plaza está formado el piquete de guardiacárceles y la banda de música. En la iglesia aguardan las familias más representativas, los miembros de la Sociedad Española y de la Sociedad Cosmopolita, la Escuela de María Auxiliadora y las escuelas nacionales. El oficio divino lo hará el reverendo padre Crema. Terminada la piadosa ceremonia todos se dirigen a la estatua del general San Martín y allí, luego de entonar el himno nacional, el joven abogado radical, doctor Bartolomé Pérez, pronuncia el infaltable discurso patrio. Y aquí se nota ya que los radicales se están recostando del lado donde más calienta el sol: Pérez le sacude una indirecta a los obreros:

> Señores —dirá— en fiestas como éstas cada pecho argentino debe aspirar hondamente las mirras de cariños patrios, contemplar la pureza del pasado y mirar fijamente el porvenir, alzar la vista de la tierra al cielo, donde tremolando airosa se pliega nuestra bandera como si ella supiese que será eternamente inconfundible de todo ruin estandarte nacido al calor de utópicas ideas que no la podrán sustituir mientras haya un argentino o un sólo eco que vibre intensamente el espíritu de la nacionalidad y la raza.

Luego del acto en el que todos volvieron a lavarse en las aguas del Jordán del patriotismo declamatorio, la gente de bien participó de una recepción en el Club Social, donde luego de aguantar una nueva tirada patriotera de boca del prefecto Milcíades Virasoro Gauna gozaron de «*un exquisito clericot*» según dirá el cronista de *La Unión*. Mientras tanto, los pobretes y el rotaje asistían en la calle Zapiola, frente a la plaza, a carreras de sortijas.

Pero el exquisito clericot se les iba a quedar atravesado en la garganta. El acto culminante de la jornada patria era el gran banquete a servirse en el hotel «Español».

Banquete «de cien comensales entre los que figuraban los elementos de mayor significación de nuestra sociedad alternándose con éstos numerosos marinos de la Armada Nacional de los buques surtos en este puerto, conjunto de animación que predisponía al éxito de un amable ágape», dirá *La Unión*.

Pero todo ese acto de gente de pro, donde se codeaban los altos funcionarios con los empresarios, estancieros, abogados, marinos, comisarios, no iba a poder ser por culpa de un gallego.

Cuando estaba todo listo para servir el antipasto y los comensales ya tenían sus servilletas puestas, uno de los camareros le avisa al cocinero Antonio Paris que entre los presentes se halla Manuel Fernández, dueño de la firma Varela Fernández, boicoteada por orden de Antonio Soto, secretario de la Sociedad Obrera. Entonces el cocinero Antonio Paris, que es un gallegazo con la cabezota más dura que un adoquín, llama a todos los camareros y les prohíbe en nombre de la solidaridad obrera que sirvan la mesa —adornada por manos femeninas con banderitas argentinas— donde se sientan los representantes de lo más granado de la sociedad de Río Gallegos. Los desesperados ruegos del dueño del hotel al cocinero encontraron, en el gallego Paris, la más absoluta de las intransigencias. Él, cuando decía no, era no, definitivamente: o se va el empresario Fernández, o no se sirve el banquete.

Idas y venidas, y siempre no. Hasta que el despavorido dueño del hotel tiene que comunicárselo a los cariacontecidos comensales.

Hay indignación, real indignación. Todos, en forma unánime, lo toman como una ofensa a la Patria. Como la ofensa de un gallego roñoso para con los símbolos más sagrados del patriotismo. Evidentemente, se trata de una actitud antiargentina, porque allí, en la mesa, están los colores patrios, están los uniformes de la patria vestidos por los marinos y, por sobre todo, está el significado de esa reunión que no es otra cosa que rendirte culto a la argentinidad.

Y entonces, bastan unas palabras del funcionario de la Asistencia Pública, señor Nava, para romper el agravio. Es tan ocurrente, se toma todo con tanta solfa que los comensales rompen a reír nerviosamente a carcajadas y todos los invitados —fíjense qué unanimidad— se sirven con sus propias manos, ante las caras de perros de los camareros del gallego Paris, que se han dado el gusto de su vida.

Los comensales se comportan como caballeros, sirviéndose los unos a los otros, muy orondos; esos hombres grandes y representativos se tratan entre sí como señoritas y se mueven grácilmente para demostrar a esos miserables anarquistas que por sobre todos los inconvenientes está la razón de ser de ese homenaje: la Patria. Y la Patria une más que nunca en ese día a todos los poderosos.

Pero la cosa no quedará así. El agravio es demasiado grande. Ha sido por sobre todo un agravio a la Argentina. Los comensales lo han tomado como una cuestión de honor. Y allí, precisamente allí, comenzará la gran acción solidaria para exterminar el cáncer que corroía a Santa Cruz.

«Frente a frente» titulará su editorial el diario de la Sociedad Rural al comentar el

episodio:

> El sábado por la noche ocurrió un incidente que no es sino la repetición de los que en este último tiempo se han sucedido en esta ciudad. Los empleados de un hotel se negaron a última hora a servir un banquete a pretexto de que se sentaba a la mesa una persona boicoteada. Debió bastarles a los oponentes el hecho de tratarse de una reunión de carácter patriótico a la que asistían autoridades, para deponer su pequeña pero molesta arma de resistencia proletaria. No lo hicieron sin embargo y la consigna de la Federación —que los obreros se negarán sin duda a confesar si un tribunal de justicia les pidiera cuentas de su actitud como ya lo han hecho en otras ocasiones—; esa consigna decimos, tuvo más fuerza que la significación cordial del acto y que la majestad del acto que se celebraba. Los obreros locales proceden, de esta suerte, en calidad de potencia opuesta al orden establecido, e irreverentes con los símbolos que lo representan. Y sin embargo, es al amparo de esos símbolos y de la generosa libertad que ellos proclaman como han podido tener amplio campo de acción las reivindicaciones obreras. Pero han hecho mal en herir el sentimiento patriótico. Con ello han empezado a recordarnos que el que no está con la patria es enemigo de la patria, y que es medida de elemental prudencia arrancar la carcoma y cauterizar la herida, para evitar el peligro de una infección total. La agresión obliga a la defensa y la defensa no tiene medida, cuando repele una agresión injusta.

La cosa no queda en indignados comentarios. De una vez por todas se organiza definitivamente en Río Gallegos la Liga Patriótica Argentina, que, como ya habíamos visto, había tratado de institucionalizarse como entidad en la pasada huelga. Al dar cuenta de la constitución definitiva de la Liga Patriótica en Río Gallegos, *La Unión* vuelve a calificar la actitud del gallego Paris y los camareros del hotel «Español» como «*arbitrariedad ostensible e irrespetuosa de la Sociedad Obrera local*».

Luego, con argumentos irrebatibles para patriotas, dicho en un estilo indignado pero claro y enérgico:

> Este hecho significa lisa y llanamente el más temerario desafío contra todo cuanto significa orden legal y culto de la Patria que es el culto de las propias instituciones y a cuyo amparo grupos obreros más o menos auténticos intentan con abuso incalificable dar rienda suelta a sus odios y rencores de clase. La necesidad de contener tamañas arbitrariedades han señalado la urgencia de organizar una fuerza defensiva, y ha sido necesario el episodio del sábado para que la indiferencia por estas graves cuestiones de orden social sea eficazmente sacudida.

El domingo por la tarde —informa *La Unión*— tras un

> breve cambio de ideas y como la realización de un anhelo común, quedaron conciliadas todas las voluntades con la formación de una brigada local de la Liga Patriótica Argentina, institución benemérita a la que ha dado vida la necesidad urgente que venga a llenar en el país y a la que ha dado nervio su infatigable presidente, el doctor Manuel Carlés, sano ejemplo de consagración a tan alta y desinteresada obra.

Y finaliza diciendo el vocero de los hacendados:

> La brigada local de la Liga Patriótica recibirá la adhesión espontánea de todos los argentinos y extranjeros que desean prestar cooperación eficaz a la obra patriótica y civilizadora de la institución.

¡Buena la habían hecho Paris y sus gallegos! Ahora tendrían que aguantarse a esta comandita de poderosos que en nombre de la Patria y el patriotismo comenzaría a dar garrotazos. Y en la comisión directiva de la Liga Patriótica de Río Gallegos figuran hasta radicales. La necesidad los acababa de unir. La primera comisión la presidirá

Ibón Noya; será vice el gran garroteador Diego Ritchie; secretario, Arturo Brisighelli, hombre que andaba bien con el gobernador y el radicalismo; luego, estarán Santiago Stoppani (director de la cárcel), Max Loewenthal, Manuel Fernández (el boicoteado), el doctor Bartolomé Pérez (fundador del yrigoyenismo en Santa Cruz), Edelmiro Correa Falcón, Nicolás Feller y Luis Klappenbach.

Gente decidida a todo. La Liga Patriótica demostró que no era moco de pavo. Los patrones se unen cada vez más estrechamente «esperando septiembre». Soto, por su parte, se decide a limpiar de la organización obrera a los divisionistas apoyados por la FORA sindicalista. Para definir las cosas de una buena vez por todas se llama a asamblea, que se realizará en el «salón biógrafo» «Select», el 19 de julio, y concurrirán a la misma «más de 230 obreros», según la apreciación policial. El propio Soto será quien pedirá la palabra para solicitar la expulsión de Rogelio Lorenzo, «*por ser indigno de pertenecer a la Federación*». Se arma el gran alboroto y Lorenzo es expulsado por gran mayoría, en medio de un disturbio durante el cual el nombrado es sacado a empujones del recinto. Rogelio Lorenzo y su grupo cuenta desde ese momento con absoluta impunidad policial y apoyo de los radicales y un *statu quo* bastante amable con los funcionarios de los Braun, Menéndez Behety y de la Sociedad Rural.

Mientras tanto, el gobernador interino Cefaly Pandolfi no decide nada. Él cumple al pie de la letra la orden que le ha dejado Yza: negociar, negociar, no tomar ninguna decisión que pueda agravar el estado de cosas; impedir de cualquier manera que se llegue a una nueva huelga obrera. Conversará largamente con Soto para que levante el boicot, pero éste se mantiene firme. El asunto se pone feo. Hasta los peluqueros no atienden a Manuel Fernández —un hispano tragaobreros, ávido y de gran energía— que tiene que hacerse cortar el pelo por el gerente de su empresa.

En este mes de julio, Puerto Santa Cruz está que arde. La situación está peor que en Gallegos. En aquel puerto el dirigente máximo es Manuel Outerelo, gallego anarquista, para más datos. Allí se siguen al pie de la letra las órdenes de la Federación Obrera.

Pero Outerelo y los obreros organizados tienen enfrente nada menos que al doctor Miguel Sicardi, un abogado solterón de 40 años, presidente de la Asociación Pro-Patria y el representante más conspicuo de los estancieros y comerciantes de Puerto Santa Cruz. Sicardi no era hombre de sacarle el cuerpo a las responsabilidades. Para él más importante que cualquier otra cosa era eliminar de cuajo todo el movimiento obrero de esa localidad.

El 12 de junio de 1921 la enemistad entre el doctor Sicardi y la Sociedad Obrera estalla en un serio encontronazo. Ese día, a las 14, los obreros organizan una manifestación. La columna avanza por la calle principal al grito de «¡muera la Liga Patriótica!». Frente al hotel «Londres» les sale al encuentro el propio doctor Sicardi para desparramarlos a tiros. Pero un obrero ruso del frigorífico, Miguel Gesenko, se le abalanza, le tuerce el brazo y le hace largar el arma. Sicardi se presentará a la

comisaría para declarar que los obreros iban gritando por la calle «¡mueran los argentinos!» y que él tuvo que intervenir en defensa del honor nacional enfrentándolos con «¡viva la Patria!». A raíz de la acritud de Sicardi, la Federación Obrera de Puerto Santa Cruz le declarará el boicot «*negándose los repartidores de todas las casas de comercio a llevar provisiones que de dicha casa se solicitaban*», informa indignado el diario La Unión y agrega en tono heroico «*el propio gerente de la Sociedad Anónima, don Carlos Borgialli* (a quien los obreros calificarán solemnemente de alcahuete) *manejará él mismo el camión para llevar alimentos a la familia del doctor Sicardi*». Pero ahí lo estará esperando un piquete de estibadores, albañiles y chilenos y no lo dejarán descargar.

Ante esta nueva posición «*fue necesario adoptar una actitud más radical*», informa *La Unión*. Y es así. Ahora tendrán que ir a llorar a otro lado: quedan todos cesantes.

> Habiéndose negado a llevar víveres a la familia del doctor Sicardi fueron despedidos todos los repartidores de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, de la Sociedad Anónima Mercantil, de la casa Sapunar y Cía., de Watson, Godomiz y Cía., de la Compañía Argentina del Sud, de Jordán Domic, etcétera.

Vamos a ver ahora cómo se arreglan todos esos obreros, en pleno invierno patagónico, cómo van a alimentar a sus familias cuando llegue el fin de mes.

La situación es brava. Outerelo viaja a Gallegos a pedir instrucciones; y a Antonio Soto no le tiembla la mano: paro general de todos los gremios en Santa Cruz. Y le dice: «*nos vamos a morir de hambre todos, pero ellos también*»[29].

A todo esto, el gobernador interino sigue esperando nerviosamente: ordena a la policía no actuar, a esperar, a esperar. Es la teoría yrigoyenista: la mitad de los problemas se arreglan solos, la otra mitad no los arregla nadie. Claro que mientras se arreglan pueden ocurrir las grandes tragedias, como la Semana Trágica, o la de los obrajes del norte santafecino, en las jornadas de muerte de «La Forestal».

Los patrones se las aguantan como pueden. Abren los comercios de mañana, los atienden ellos y su personal jerárquico y de tarde van al puerto donde ellos mismos descargan las mercaderías. Confían en que don Joaquín de Anchorena y Manuel Carlés les envíen desde Buenos Aires «obreros libres». Y pronto va a llegar la primera remesa en el vapor «Camarones».

A fines de julio de ese 1921, Correa Falcón viajará a Buenos Aires para cumplir una misión que le encomienda la Sociedad Rural de Santa Cruz. Va a unificar el criterio de los hacendados que residen allá con la opinión de los Menéndez Behety, los Braun y los directivos de las sociedades anónimas. Hay un acuerdo general de apoyar al general Martínez y de censurar abiertamente la misión cumplida por el teniente coronel Varela.

Como vimos, el general Martínez había realizado una gira por Santa Cruz para

elegir lugares donde afincar los futuros cuarteles y había sido acompañado por Correa Falcón. A su regreso a Buenos Aires, Martínez hace declaraciones alabando el sacrificio de los hacendados y censurando el estado de subversión en que se encuentra la clase trabajadora, y, al mismo tiempo, llamando la atención sobre el número de chilenos que residían en nuestro territorio.

El clima se estaba preparando para septiembre. Desde las grandes sociedades anónimas y desde las organizaciones patronales de Santa Cruz se bombardeaba la casa de gobierno con pedidos de tropas para el sur. El diputado Albarracín presenta un proyecto para la creación de tres regimientos de caballería con carácter definitivo en la Patagonia. Pide que se voten 1 millón 200 mil pesos para contratar a mil voluntarios, un millón de pesos para cuarteles desmontables. El 18 de julio, el presidente de la Sociedad Rural de San Julián, ingeniero Cobos, presenta su memorial al ministro del Interior; ese memorial tuvo una insospechada difusión. En él pide el establecimiento urgente y permanente de tropas de línea en los puertos y localidades principales a los efectos de «*garantir*» la vida, intereses y libertad de trabajo seriamente amenazados por las convulsiones obreras de carácter anarquista. En esos días ha estado el propio Correa Falcón en casa de gobierno y ya se va a ver que el platillo de la balanza se va a ir inclinando hacia los estancieros. Por de pronto, el doctor Isidoro Ruiz Moreno, asesor letrado del Ministerio del Interior, se expide señalando que acerca del pedido de tropas regulares hecho por Cobos sería positivo «enviar un regimiento» mientras el Congreso considere el proyecto del Poder Ejecutivo enviado el 26 de enero de ese año, sobre creación de gendarmería para los territorios.

La suerte de Santa Cruz se decidirá en el mes de agosto, en Buenos Aires. Los poderosos se han movido mucho y bien. Han tocado todos los resortes: el gobierno, el ejército, la Sociedad Rural Argentina, la Liga Patriótica, la Asociación del Trabajo. Tres son las misiones que actúan de manera independiente pero en forma coordinada. Alejandro Menéndez Behety y Mauricio Braun, en la capital; Edelmiro Correa Falcón, que inviste la representación conjunta de los estancieros y de la Liga Patriótica y Asociación del Trabajo de Río Gallegos; y la misión Cobos, que, con un grupo de hacendados, viene por la Sociedad Rural de San Julián y Puerto Santa Cruz y por la Asociación Pro-Patria.

Mientras *La Nación* y *La Razón* hablan ya de situación catastrófica en Santa Cruz, llueven telegramas y memoriales a la presidencia, al ministro del Interior y a la Cámara de Diputados.

En tanto, en el sur se hace sentir ya la miseria. No hay trabajo y muchos peones son dejados cesantes. Sólo donde existen delegados se puede parar un poco a los patrones. En «La Anita» van a la huelga los propios peones estables por falta de cumplimiento del pliego de condiciones. *La Unión* pega el grito de alerta diciendo que en esa estancia «reina completa anarquía entre los obreros que cometen toda clase de actos condenables obrando a su antojó». Ibón Noya se dirige al presidente de

la Cámara de Diputados pidiendo que interceda para que se envíen tropas con la máxima urgencia. Dice que el estado de cosas ha llegado hasta tal punto que «*si el auxilio que los poderes nacionales se proponen enviar a este territorio llega después de septiembre, acaso sería tarde para evitar los hechos lamentables del último año*». Y no deja de puntualizar que «*lo que aquí ocurrió y puede volver a ocurrir es el resultado de un estado de descomposición social ocasionado principalmente por fermentos inmigratorios no deseables*». (Escribe esto a pesar de que el mismo Ibón Noya es español, casado con una chilena).

No se piensa nada más que en la represión; la gran esperanza es que el ejército venga a poner las cosas en su lugar. Mientras tanto, el kilo de harina en el sur ha subido a 1,20 pesos; y eso no es nada, las casas mayoristas no entregan mercadería de primera necesidad, y si lo hacen, es a precios exorbitantes. Pareciera que todo se hubiera trastocado, que hubiera alguien que mueve los hilos para que todo reviente y sea la gran trampa preparada para que caigan los obreros. Y éstos caerán como chorlitos. Pero ¿qué otro camino les quedaba?

En un reportaje de *La Nación* alguien que se titula «*un poblador de Santa Cruz*», que no es otro que Correa Falcón que está en Buenos Aires, augura un negro futuro para Santa Cruz. Si no se interviene con fuerzas militares «*sólo quedarán ruinas y desolación*».

En Puerto Santa Cruz sigue el paro total desde hace semanas. Los obreros ya no tienen qué llevar a sus casas pero reciben el aporte solidario de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. La Liga Comercial e Industrial de ese puerto abre un registro para «trabajadores libres» pero luego se queja de que nadie se anota y le echan la culpa a la policía —al comisario Baylon— de que no procede contra los huelguistas. La Sociedad Rural de Gallegos crea la Bolsa de Trabajo, la de San Julián la imita. La Liga Patriótica de Gallegos saca un aviso notable en *La Unión* que dice en grandes letras:

> TRABAJO LIBRE: los obreros que deseen adherirse al trabajo libre pueden inscribirse todos los días hábiles desde las 11.30 a las 13.30 en el local de la Liga Patriótica.

En San Julián se celebra la asamblea de la Liga Patriótica. Hay fervor y se declara que sus miembros «*concurrirán al mantenimiento del orden cualquiera fueran los sacrificios*». *La Razón* insiste en que el gobierno radical ha abandonado completamente la Patagonia a manos de la subversión obrera. *La Prensa* habla de «*vandalismo en el sur*», dando la impresión de que el saqueo y el asesinato es allí pan de todos los días.

Es que lo que está pasando en Buenos Aires es muy importante: cuarenta hacendados del sur se mueven tocando todas las puertas y visitando todos los diarios. El 16 realizan asamblea y eligen a Mauricio Braun, Carlos Menéndez Behety, Piedra Buena, Volkhauser, Pedemonte y D’Hunval para que entrevisten al propio presidente

Yrigoyen. Esta vez los hacendados de allá, los que viven y sufren en Santa Cruz, no los que pertenecen a las sociedades anónimas, están contentos. Es que ahora Mauricio Braun y los Menéndez Behety dan la cara abiertamente, son ellos mismos los que mueven sus múltiples resortes y no sus «palos blancos».

Dos días después se hace en la Bolsa de Comercio la primera reunión para unificar a todos los empresarios patagónicos. Se designa a Mauricio Braun, Alejandro Menéndez Behety, Cobos, Watson, Piedra Buena, Berrando, López y Amaya para que redacten la carta orgánica. A este nuevo conglomerado patronal se le da gran importancia, porque será un «uno para todos, todos para uno» entre Tierra del Fuego, Santa Cruz y Chubut. Una unificación de fuerzas ante cualquier peligro. Esta vez no los van a agarrar solos y divididos. El hachazo va a ser preciso y tajante. Es que es el único camino, una barrida en forma para que el ambiente quede puro por lo menos por cincuenta años.

Y es *La Nación* la que tipifica en un editorial a un nuevo tipo de huelguista, «EL HUELGUISTA MALO»: así, precisamente, titula su editorial. El huelguista malo es, justamente, el obrero que hace huelga en Santa Cruz. El sesudo editorialista hace todo un estudio sociológico que es, evidentemente, un hallazgo.

Es que el editorialista en un análisis completo lleva —a través de la historia— al lector desde el malón del siglo pasado, al bandolero o gaucho malo o alzado y de ahí a esta sorprendente figura que aparece con la bandera roja en el sur: el huelguista malo. Nos dice así:

> Las noticias telegráficas que nos llegan de Santa Cruz, más graves que otras análogas referentes a Misiones, parecen señalar la aparición de un nuevo peligro: el huelguista malo. ¿Vendrá a sustituir al bandolero?
> Las noticias hablan de depredaciones —acota— que efectúan los peones que no quieren someterse al trabajo regular en la campaña, de grupos de individuos que se han instalado en conocidos establecimientos exigiendo que se les aloje y mantenga sin trabajar durante el invierno y de otras bandas que penetran en otras estancias cortando alambradas y cometiendo actos gravados por la ley con penas de cárcel. Y conjuntamente se concentran grupos de sujetos de malos antecedentes, perfectamente armados, y que los robos y el bandolerismo cunden en el territorio.
> He aquí pues —continua— el tipo de bandolero casi extinguido que reaparece bajo una nueva forma: el huelguista malo.

El 27 de agosto, por fin buenas noticias. Correa Falcón se ha entrevistado con Manuel Carlés y con don Joaquín de Anchorena, con el objeto de gestionar el envío a Santa Cruz del personal partidario del «trabajo libre», para «*proveer a las actividades de ese territorio y desalojar a los malos elementos para detener el avance de las teorías disolventes*», como dirá *La Nación* del día siguiente. Carlés y Anchorena le dan absolutas seguridades a Correa Falcón de que tanto la Sociedad Rural como la Liga Patriótica cuentan con personal obrero suficiente para hacer frente a las necesidades de la región.

Ese mismo día, el nacionalista señor de Anchorena tiene tiempo todavía de redactar un furibundo comunicado contra el proyecto del diputado radical Guido que

solicitaba una moratoria para el pago de los pequeños arrendatarios.

El 29 de agosto, el «trabajo libre» obtiene su primer triunfo en la Patagonia. A bordo del «Asturiano» llegan veinte contratados a Puerto Santa Cruz para ver si pueden mover algo en ese pueblo paralizado. La gran esperanza se llama Asociación del Trabajo Libre, es decir, la oposición a todo lo que huela a sindicato. Tanta es la fe de la clase empresaria, capitalista y latifundista argentina que en Buenos Aires se anuncia pomposamente la integración de una comisión para levantar en el puerto de Buenos Aires un «*Monumento al Trabajo Libre*», «*un monumento que perpetúe la implantación del trabajo libre en la República y conmemore la primera víctima de aquél, él obrero José Elías*». (Según la FORA, este Elías —muerto en un tiroteo en el puerto— era un guardaespaldas de Joaquín de Anchorena, que agredió a una comisión de huelga).

La clase alta argentina estaba equivocada; ésos no eran los métodos para meterse en el bolsillo a la clase trabajadora. Era mucho más fácil favorecer a una nueva clase, a los «dirigentes sindícales buenos» dentro del sindicalismo. Yrigoyen, en ese sentido, se manejaba mucho mejor conversando y favoreciendo a gremialistas que eran capaces de mantener el sindicalismo hasta cierta altura, es decir, no pasarse de la discusión de tal o cual porcentaje de aumento o tal o cual mejora de tipo social. Fue un método muy práctico, imitado luego por todos los gobiernos que siguieron a la revolución de 1943 y que llevó a la desaparición del clásico gremialismo combativo y agresivo de los primeros tiempos de la FORA anarquista.

Eran épocas muy bravas y cada clase se defendía con sus armas. Yrigoyen en el medio, tratando de alisar asperezas y sobrevivir a esa marea de pasiones que se había lanzado sobre el mundo con el triunfo de la revolución roja de octubre.

Ahí estaba, por ejemplo, la justicia, con jueces conservadores que aplicaban las leyes represivas —leyes que Yrigoyen no se atrevía todavía a eliminar— con máxima dureza cuando de obreros se trataba. Los adalides del trabajo libre pusieron como ejemplo un fallo del juez de crimen Ramos Mejía —dictado en septiembre de 1921— en el que aplicaba la ley 7029 de Defensa Social a dos obreros españoles que insultaron llamándolas «carneras» e imitando el balido de las ovejas a dos empleadas de Gath y Chaves que fueron al trabajo a pesar de un paro declarado. El juez los condenará a dos años de prisión a cumplir íntegramente porque a pesar de que sólo fueron insultos o befa en sí se trataba de «*un intento de limitar la libertad de trabajo*».

La situación en Río Gallegos se complicará por un hecho completamente ajeno al clima que se estaba viviendo. El 6 de septiembre encalla en Punta Loyola, cuando se dirigía al fondeadero del frigorífico «Swift», el vapor norteamericano «Beacon Grange». El barco se pierde. El salvataje de la carga se da a la empresa Mauricio Braun-Blanchard, con sede en Punta Arenas. Pero, como en esa ciudad chilena la Federación Magallánica está en huelga, Mauricio Braun hará reclutar trabajadores en

las costas, al margen de la organización obrera. Entonces, los sindicatos chilenos piden ayuda a los obreros de Río Gallegos. Y Antonio Soto declara el boicot al salvataje de la carga de ese buque. Mauricio Braun trae a los trabajadores reclutados en el vapor «Lovart» y los desembarca en Río Gallegos. Allí los están esperando los hombres de la Sociedad Obrera. El primer encuentro es persuasivo. Se les explica que no deben hacer ese trabajo porque Mauricio Braun debe entenderse primero con la Federación Obrera Magallánica.

La Sociedad Obrera edita volantes que son distribuidos en todos los puertos de Santa Cruz. Se produce así la primera acción unida entre las centrales obreras de Punta Arenas y Río Gallegos. La primera y última acción conjunta entre obreros de uno y otro país. Estos volantes son repartidos el 20 de septiembre. A las 20 de ese día, los trabajadores reclutados por Braun son acompañados hasta el «Lovart» por un fuerte contingente policial. Son embarcados pero a las 21 se les comunica que por un inconveniente el barco no podrá partir hasta la mañana siguiente. Los «trabajadores libres» se dirigen a Río Gallegos por la calle Buenos Aires. No caminan mucho porque alrededor de quince obreros federados los rodean haciendo disparos al aire. Los agredidos huyen hacia donde pueden. Y aquí se produce un hecho inesperado. La policía interviene con una inusitada energía, como en los tiempos de Correa Falcón y Ritchie. El local de la Federación Obrera es allanado y son apresados todos los que estaban adentro. El gobernador interino Cefaly Pandolfi envía un cable a Yza, que sigue siempre en Buenos Aires: «*Obreros federados dispararon tiros de revólver contra trabajadores libres. Policía tomó presos a varios, entre ellos a dos rusos*».

Como se ve, en aquellos tiempos, la palabra ruso hacía doblemente peligroso el suceso.

No sólo ese telegrama recibirá Yza del asustado Cefaly Pandolfi; en otro cable le dice que en Puerto Santa Cruz un obrero «libre» recién llegado de Buenos Aires ha sido herido de dos balazos y que su estado es grave. Y en otro telegrama le señala que «*en Lago Argentino se reúne mucha gente. Esto es sintomático por no haber motivo aparente para ello*».

El propio Yza, el 26 de septiembre, se dirige por nota al ministro del Interior pidiéndole «el más pronto envío del crucero acorazado “Almirante Brown” a Santa Cruz donde su presencia es de urgente necesidad como lo demuestran los telegramas recibidos desde Río Gallegos». De los tres telegramas, el más importante era el último que anunciaba «*la presencia de gente extraña en Lago Argentino*».

Allí estaba nada menos que Antonio Soto, de a caballo.

Entre los obreros de Río Gallegos se habían producido novedades notables. Soto había comprendido que todos los ataques se dirigían contra él: no sólo los estancieros, los comerciantes, la policía y las autoridades lo designaban como el culpable de todo y sostenían que terminado él la discordia iba a acabar, sino que también los delegados de la FORA sindicalista lo hacían blanco de sus ataques. Por eso

deja su cargo de secretario general y propone para sustituirlo a un hombre que había ganado gran popularidad entre los obreros de Gallegos por la proeza cumplida: Antonio Paris, el cocinero del hotel «Español», autor del desaguisado del banquete oficial del 9 de Julio.

Soto, en ese septiembre de 1921, comprende que la lucha del verano va a ser muy dura y que hay que preparar muy bien la huelga para poder triunfar de una vez por todas sobre los patrones y hacer cumplir con el pliego de condiciones pactado. Comprende que esa lucha se desarrollará en el campo porque en la ciudad va a ser imposible actuar con libertad. Por eso está dispuesto a salir ya mismo a recorrer el inmenso territorio, estancia por estancia, para esclarecer a las peonadas. Y se resuelve a cumplir este papel con más decisión aún cuando la FORA sindicalista, con Rogelio Lorenzo y José Veloso a la cabeza, inunda los puertos y las estancias con volantes en los que se invita a los peones de la zona de Lago Argentino —donde están las posesiones más importantes de los Menéndez Behety— a desafiliarse de la Federación Obrera y organizar un sindicato por su cuenta.

Pero la Sociedad Obrera de Río Gallegos, con la firma de su nuevo secretario, Antonio B. Paris, responde el 16 de septiembre con el manifiesto número1, en un lenguaje claro, sin ninguna clase de tapujos:

> A LOS TRABAJADORES DEL PUEBLO Y CAMPO EN GENERAL Ha llegado a nuestras manos un manifiesto que dice publicado por la Comisión de Trabajadores del Lago Argentino, citando a asamblea para el 2 de octubre en las inmediaciones del Puerto Irma a fin de constituir la Federación Obrera Local de Lago Argentino.
> Si desconociéramos el mar de fondo que desde hace varios meses muchos aventureros pretenden incitar en nuestras filas, creeríamos ingenuamente que el indicado manifiesto ha sido obra de trabajadores. Ya hemos sabido desenmascararlos y ante el conjunto de compañeros del pueblo y muchos del campo, están bien clasificados: ellos son canfinfleros, jugadores de oficio y falsos sindicalistas pagados por los contrarios a la emancipación del proletariado.
> ¿No veis compañeros cómo la burguesía capitalista convertida en sociedades de socorros, en sociedades rurales, en sociedades de latifundistas, en trusts, en ligas patrióticas y patronales procura por todos los medios someter al trabajador al yugo siempre esclavizante? ¿Y que nosotros, los trabajadores, por cuestión de forma ya sea sociedad de oficios varios o federación local vayamos a desunirnos y romper, por lo tanto, el lazo de solidaridad que moral y materialmente estamos obligados a sustentar? No compañeros: rechazad con energía la intromisión de influencia de esa cáfila de desocupados (rufianes) que pretenden daros orientaciones que nunca han practicado y proseguir como hasta ayer, en la lucha franca y fuerte, que es así como conseguiremos nuestras justas reivindicaciones, al igual que aquellos bravos compañeros de allende los mares que supieron imponerse al infame zarismo. ¡¡¡VIVA LA FEDERACIÓN OBRERA!!!

Antonio Soto comprendió que no sólo con volantes había que ganar la partida. Era necesario no sólo preparar la huelga en el campo sino también derrotar en sucesivas asambleas, a los divisionistas. El movimiento tenía que ser simultáneo en todo el territorio y eso era muy complejo. Había muy pocos dirigentes y las comunicaciones eran muy malas. Los poderosos tenían todo: el telégrafo, la policía, los medios de movilidad: autos y camiones, los diarios de la costa. No era como el año pasado en el que los obreros contaban con la amistad del juez Vinas, de José María Borrero con su periódico *La Verdad* y de tres o cuatro abogados.

Ahora, nadie. Hasta Borrero, el verdadero propulsor de la primera huelga, se había llamado extrañamente a sosiego y andaba arrastrándole el ala a los radicales. Los obreros habían comprado una minerva y unas cajas de tipos y habían dado a luz con mucho sacrificio el primer diario sindical de la Patagonia, *1.º de Mayo*, y con él y los volantes se comunicaban con los más alejados parajes del territorio.

No había que perder más tiempo. Lo único que podía llevarlos al triunfo era la acción. Ya comenzaba la primavera y había que preparar a la gente.

El 15 de septiembre

> el compañero Antonio Soto como secretario, José Grana, como tesorero, Domingo Oyola, como apuntador y Efraín Fuentes, como vocal, salen acreditados por la presente en comisión al campo teniendo amplios poderes otorgados por el consejo y por cinco compañeros de campo que lo integran y firman para constancia.

Así dice la credencial que lleva Antonio Soto. Ese día, él y sus compañeros parten rumbo a las estancias de la cordillera en una interminable gira, en auto y a caballo.[30] Será la última vez, en esa década en que Soto vería Río Gallegos.

Como testimonio del comienzo de esta gira hemos encontrado las primeras hojas del diario de viaje de Domingo Oyola —que iba en el auto con Soto— y que había sido telegrafista en el correo, cesanteado luego del fracaso de la huelga de principios de ese año.

De este trozo de diario de viaje podemos entrever la ingenuidad y el idealismo de estos hombres que, sin saberlo, habían iniciado el camino de su derrota definitiva:

> Son las 0.30; todo está lisio para marchar. Los autos bien provistos de nafta, las maletas con periódicos y folletos de propaganda. Alguien se aproxima y nos dice: salgan pronto por la policía handa (sic) cruzando las calles en todas direcciones y bien podría interrumpirles la partida. Con apretón de manos agradecemos y nos despedimos. Los compañeros del otro auto que hasta ese momento habían permanecido en silencio a la espera del camarada *chauffeurs* se uvican (sic) en el coche e invitan a este último a emprender la marcha. Puestos los dos autos en movimiento, cruzamos las calles velozmente y nos internamos en el campo en dirección de Güer Ayke. Observo y noto en mis compañeros que ahora se muestran tranquilos y seguros de sí mismos. Uno dice: ya estamos libres. Que nos sigan si quieren…
>
> ¡Hay tal firmeza en los hombres de lucha! Que en los momentos decisivos, todos obran como por un solo impulso, animados de una voluntad férrea, dejando los pequeños detalles para abocarse como un solo hombre a la obra que se quiere realizar. Son las tres. Hemos pasado hábilmente Güer Ayke sin ser notados por los policías que allí hay destacados. Detenemos nuestro Ford para esperar a los otros cuatro compañeros que ya no se divisan y notamos que nos hacen señales por medio de luces. Al aproximarnos a ellos vemos que el auto ha quedado en medio de un arroyo. Aquí nos tienen —dicen— se nos paró el motor y ahora no arranca más. Es necesario sacar un poco el barro delante de las ruedas y luego empujar con fuerza. Estamos a tres leguas de Güer Ayke así que podemos trabajar tranquilamente. Dicho esto dos compañeros toman las palas y empiezan la tarea. Otros buscan alguna madera que sirva de palanca para empujar mejor. La Luna empieza a esconderse detrás de las montañas. El frío se hace más denso, en la orilla del arroyo el agua está escarchada. Los compañeros trabajan afanosamente para sacar la baturé sin tener en cuenta la temperatura. El agua cubre las rodillas. Cuesta sacar los pieses que se pegan en el barro fangoso. En medio de esta tarea (poco cómoda por cierto) los compañeros sonríen ante la perspectiva de sacar el auto del arroyo. Es que hasta el sacrificio es satisfacción cuando se está convencido.

Hasta ahí las páginas que se han salvado del diario de viaje de un huelguista patagónico. Ésa era la ida; la vuelta será bien amarga.

Tenemos manuscrita por Antonio Soto la ruta de los dos automóviles. Nos imaginamos los dos escuálidos forcitos en medio del desierto llevando a esos ocho enloquecidos en las ideas de justicia social y redención humana. ¿Qué se les había dado a esos tres gallegos, un polaco, un argentino y tres chilenos, por largarse a esas soledades para enseñar a esas peonadas analfabetas y castigadas por Dios, el evangelio de Bakunin? Éstos eran algo más locos que los de Arlt, eran personajes que ni siquiera imaginó Máximo Gorki: un extramoyista de teatro, un estibador, un mecánico, un extelegrafista, tres peones ovejeros, un exelectricista, y un camarero de hotel, a la conquista de la justicia social y la redención humana en las despobladas extensiones patagónicas. Lástima que no hayan podido quedar grabados esos diálogos entre los ocho mensajeros de la pólvora y la calentura mental. Si Jesús les hubiera salido al encuentro en medio del desierto les hubiera dicho, moviendo la cabeza pesaroso: hermanos míos vosotros estáis exagerando las enseñanzas del Evangelio.

Ésta fue la ruta hasta el 5 de octubre: Barranca Blanca, El Tero, Mac Cormack, Tapi Ayke, Fuentes del Coyle, Cancha Carrera, Primavera, San José, Laurita, Rospentek, Punta Alta, Glenncross, Rincón de los Morros, Douglas, Bella Vista, Buitreras, Paso del Medio, Clark y otros dos nombres que el paso del tiempo ha borrado del documento. Pero además de esto, Soto se da tiempo de presidir una asamblea el 25 de septiembre en Rancho Farías, cerca de Puerto Irene, donde acuden entre 120 y 130 peones. Allí se trataron la unificación y los planes para evitar que se forme la Federación de Lago Argentino, que querían los divisionistas. Esa asamblea es un triunfo total para Antonio Soto.

A la asamblea que habían citado para el 2 de octubre los divisionistas en Lago Argentino, no concurrió nadie, pese a la gran propaganda realizada. Este fracaso exacerba los ánimos. Los de la FORA sindicalista entran en un descarado juego con el gobierno radical de Río Gallegos y en connivencia con la policía. Y veremos cómo la central de Buenos Aires se lava las manos y abandona a su suerte a los hombres de la Federación Obrera, cuando éstos declaren la huelga general en el territorio y sean masacrados poco después por el Ejército.

Luego de haber triunfado contra los de la FORA sindicalista, se le presenta a Antonio Soto otro problema: «El Toscano» que había reaparecido en la zona cordillerana. Este novelesco personaje, al no rendirse a Varela en la estancia «El Tero», estuvo viviendo en puestos abandonados y «guanaqueando». En la zona de Calafate formó su banda, para la cual eligió a cinco personajes, uno más increíble que el otro. Verdaderos bandoleros: Ernesto Francisco Martín Reith, un alemán de 26 años, alto, rubio, con cara de querubín y larga melena, que apareció por el sur no se sabe cómo, siempre junto a su compañero Federico Heerssen Dietrich, también alemán de 26 años, pelambre rojiza y ojos de lince; Frank Cross, norteamericano, de 27 años, exboxeador, que hacía cuatro años que estaba en la Argentina, usaba botas cortas y arrastraba los talones al caminar, al estilo *cowboy*, y acostumbraba llevar canana y tres revólveres; Zacarías Caro, argentino de 32 años, un pícaro de siete

suelas que había pasado seis años y medio a la sombra en el presidio de Ushuaia, y que tenía un superolfato para la policía; y el sexto miembro de la banda era el chileno Santiago Díaz, de 22 años, gran baqueano de la cordillera y rápido como liebre para desaparecer.

«El Toscano» llamará a su banda «El Consejo Rojo» (él se autotitulará jefe o presidente del mismo) y como distintivo los seis llevarán brazalete rojo «como símbolo del socialismo». Al empezar la primavera, «El Toscano» declara por su cuenta la huelga del campo e inicia las «acciones».

A principios de octubre «El Toscano» se entrevista con Soto. La opinión de aquél es levantar ya mismo las estancias y proceder contra las comisarías limpiando de policías toda la zona cordillerana. Crear así condiciones para el triunfo de los huelguistas. Había que actuar ya mismo y, por sorpresa, los peones ocuparían las estancias y tomarían como rehenes a los estancieros y administradores. Soto no está de acuerdo. Señala que sólo se pararía el trabajo en aquellas estancias que no hubieran cumplido con el pliego de condiciones impuesto en la primera huelga. Que debían esperar que actuaran primero los estancieros para luego obrar en consecuencia. Que declarar una huelga general era hacerle el juego a la Sociedad Rural. Desaprueba de plano el asalto a estancias que ya había realizado «El Toscano», ya que todo debía aprobarse en asamblea y se debían acatar las resoluciones de la Federación Obrera de Río Gallegos y no largarse por su cuenta.

El rompimiento con «El Toscano» fue definitivo. Desde ese momento, Soto, al hablar en las estancias, advertirá que tan peligroso es el método de los divisionistas como el de «El Toscano» y que todos debían acatar solamente lo que resolviera la Federación.

En la madrugada del 1 de octubre, en Buenos Aires, los diputados radicales se retiraban satisfechos del edificio del Congreso. Habían logrado la supresión de la pena de muerte. Nunca más nadie debía morir ajusticiado en tierra argentina. Sólo un hombre había podido llevar adelante algo tan importante: el presidente Yrigoyen. Los hombres debían ser castigados por su delito, sí, pero nadie tenía derecho a quitar la vida a nadie. Sólo Dios.

(Ironías del destino: cinco semanas después en Santa Cruz, fueron fusilados tantos obreros como no había ocurrido jamás bajo ningún gobierno conservador).

Mientras tanto, la situación en Río Gallegos se iba agravando. Por primera vez, la policía se movilizaba rápidamente y parecía haber terminado con su neutralidad, comenzada en el gobierno de Yza. Luego del allanamiento del local de la Federación con motivo del asunto del «Beacon Grange», se lleva a quince detenidos. La Federación quiere hacer un recurso de *hábeas corpus* pero esta vez no consigue abogado que le patrocine la causa. Veamos cómo el periódico de la Federación describe el hecho:

El 20 de septiembre la autoridad policial sin previo aviso y sin orden de allanamiento asalta el local y con el

> ¡alto! y ¡arriba las manos! seguido de culatazos, toma presos a los compañeros que en él estaban, empezando una correría por todas las casas particulares con la misma táctica. Las horas y los días pasan y los motivos de allanamiento policial y detenciones no se dicen, son secretos sumarios que el pueblo ignorante (sin la ayuda de aves negras y letrados) no debe saber. ¿Qué hace el representante de la justicia nacional? Ni siquiera la letra de la ley que invocan sirve para nada. Ella dice corregir y aquí se castiga; se oye un tiroteo por la playa y se allana un local obrero que está a varias cuadras de distancia.

Además denuncia:

> Quince o más compañeros pasaron dos días unos, tres y cuatro días otros por averiguación. El *hábeas corpus* se usará como nombre de algún animal antediluviano porque el código macanea en lo que a él se refiere. Los jurisconsultos y letrados ríogalleguinos no lo reconocen. ¡Quedan todavía en la cárcel cinco compañeros. Fernando Ulacia, Manuel Rivas, Jacobo Droisef, Nicofor Borinck y Francisco Saules! ¡Qué sangre de pato tenemos todos los que toleramos estas tiranías!

Pero la policía no iba a parar ahí. Está dispuesta a detener a todos aquellos que se opongan a los «trabajadores libres», que van llegando a los puertos santacruceños. Por cada chileno, español o polaco que abandona el trabajo, la Liga Patriótica manda un correntino, un catamarqueño o un santiagueño.

El 8 de octubre se produce un hecho oscuro: la captura de «El Toscano» y su gente por la policía, en Lago Argentino. Así lo dice la información oficial, pero la realidad es otra. Son obreros rurales federados quienes sitúan a «El Toscano» en río Rico, próximo a la frontera chilena. Avisan al comisario Vera y entre los policías y los peones lo capturan cuando estaba comiendo un asado. Este proceder de los peones federados será luego criticado en la Federación Obrera de Gallegos y por los anarquistas de Buenos Aires, quienes en el folleto «Santa Cruz» señalan que con actos como ése de ofrecimiento y ayuda de los obreros a la policía «no podemos estar de acuerdo».

En el hecho anterior se demuestra la falta de conciencia de ciertos actos de la peonada. Los peones habían oído decir a Soto en la asamblea que nadie debía plegarse a «El Toscano» porque con sus asaltos y depredaciones les hacía el juego a los patrones y con su actitud dañaba al movimiento de los trabajadores del campo. Entonces éstos, cuando lo tuvieron a tiro, lo entregaron a la policía.

La realidad era que a los patrones si bien les venían bien las noticias de las depredaciones de «El Toscano» no les hacían ninguna gracia, y por eso se alegraron mucho de verlo entre rejas al famoso bandolero de un solo alias y numerosísimos apellidos: Alfredo Willrey, o Godofredo Fontes, o José Villar, o Max Miligan, o Juan Trini, o Hilario Rolis, o José Ventura, o Antonio Mora o José Rosendo (su verdadero nombre era Alfredo Fonte). Se decretaba así el fin del único «Consejo Rojo» patagónico.

La mano viene muy pesada. Evidentemente, la policía ha recibido órdenes de actuar con toda energía con los obreros. Soto sigue con su tarea de hormiga de realizar asambleas informativas en todas las estancias y de federar a los peones. Se entrevista en esos días con Ramón Outerelo, el dirigente obrero de Puerto Santa Cruz.

Éste le comunica que la Sociedad Obrera de ese lugar ha tomado una decisión para los trabajadores del campo: un nuevo pliego de condiciones que modifica el laudo Yza y que, entre otras cosas, elimina a los contratistas de la esquila, que traían sus propios peones y abarataban la mano de obra. El pliego había sido presentado a la Sociedad Rural de Puerto Santa Cruz dándosele un plazo hasta el 30 de octubre para su aceptación. Soto ve un gran inconveniente en ello y sostiene que hay que atenerse solamente al cumplimiento del laudo Yza porque prevé que los patrones van a negarse y entonces la organización obrera ya no va a poder dar un paso atrás y tendrá que decretar la huelga general, cosa que Soto no ve muy clara. Outerelo le señala que ya no es posible llamar a otra asamblea. Lo entusiasma a Soto señalándole que en su recorrida por el campo y por Paso Ibáñez ha encontrado total solidaridad en los obreros. El tiempo urge y los dos dirigentes se ponen de acuerdo: Río Gallegos luchará por el cumplimiento del laudo Yza haciendo paros parciales en las estancias que no lo cumplan y estará a la expectativa de lo que ocurra en Puerto Santa Cruz para dar su inmediata solidaridad. En caso de ir a la huelga general, Outerelo asumirá la tarea de coordinar la parte sur con la norte. Soto le señala al «coronel» —así lo llaman todos a Outerelo— que él tiene que asumir la conducción de todo un posible movimiento en el territorio, ya que por la posición geográfica él debe ser el nexo con Albino Argüelles —dirigente de San Julián— y un nuevo hombre que ha surgido en Puerto Deseado: José Font, conocido como «Facón Grande», gauchazo de Entre Ríos, hombre callado y cumplidor, carrero de oficio, ésos que de un chillido hacen obedecer a ocho caballos percherones.

En caso de llegarse al caso extremo de paro general en todo el territorio, Soto nota que van surgir inconvenientes tanto en Santa Cruz como en San Julián y Deseado. Estos tres puertos responden a la FORA sindicalista de Buenos Aires. En Deseado, los ferroviarios que son los más capaces, responden a Portales; en San Julián y en Puerto Santa Cruz, los obreros de playa responden a la Marítima, que no quiere problemas y se sigue llevando muy bien con Yrigoyen. No hay que engañarse: en Puerto Santa Cruz los únicos que se van a movilizar son algunos anarquistas; en San Julián, Argüelles es socialista, y los socialistas están por la conversación, no por la lucha, y en Puerto Deseado, después de los palos dados en el ultimo año, la cosa ha quedado bastante calma. En una palabra: salvo Río Gallegos, que es plenamente de la Federación Obrera, sólo se puede contar en todo el territorio con los hombres de campo. Va a ser una huelga de las peonadas, aisladas de la costa, aisladas de toda comunicación con Buenos Aires.

A principios de octubre se ha efectivizado el pago en numerosas estancias. Donde no se cumple el pliego, se para. La Asociación Pro Patria de Puerto de Santa Cruz se dirige una vez más al presidente de la Nación. Señala que el paro impide el baño para la hacienda lanar, la esquila y el acarreo.

Pero ya no es necesario protestar más. Se inicia sorpresivamente un amplio

operativo policial en Puerto Deseado, Puerto San Julián, Puerto Santa Cruz y Río Gallegos. Todo aquel que haya tenido alguna vez algo que ver con sindicalismo, al calabozo. En Río Gallegos se allana y se clausura el local de la Federación Obrera y la policía logra el más deseado de los pescados: el gallego Antonio Paris, secretario general, el hombre más odiado por la Liga Patriótica, aquel que se dio el gusto de no servir el banquete del 9 de Julio. Lo llevan esposado y a garrotazo limpio. En la comisaría todo el que es argentino se saca el gusto. Esa noche, en la Liga Patriótica y en el Club de Progreso se comenta a carcajada limpia la detención del gallego, los palos que se rompieron en su cabeza y el tratamiento especial que le dieron en la comisaría donde el sargento Echazú tuvo algunas ocurrencias para hacerle ver al anarquista que éste es un país donde hay que marchar derecho. Después de que a los contertulios se les recompone el rostro de tanta carcajada, deciden con gesto adusto y serio ir a felicitar a la policía por su comportamiento en la emergencia. Y el diario *La Unión* alabará a las fuerzas policiales señalando que «*han realizado una parcial depuración de los malos elementos que hasta ahora se encontraban entronizados bajo una cortina de aparente legalismo*».

En Puerto Santa Cruz, San Julián y Deseado las redadas han tenido gran éxito. Se puede decir que han caído todos los dirigentes de alguna significación. Soto recibe la información en la estancia «Bella Vista». Le dicen a Soto que Paris y sus otros compañeros han sido metidos en un transporte de la armada y deportados con destino desconocido. Le muestran además el manifiesto con el paro general en todo el territorio declarado por los pocos compañeros que quedan en libertad. Allí mismo Soto redactará dos manifiestos. En uno de ellos reafirma la declaración de huelga general y expresa:

> Compañeros: no debéis trabajar hasta que los deportados vuelvan a nuestro seno, y sean puestos en libertad los que están en la cárcel. ¡Que nada tengan que reprocharnos los sindicatos hermanos tildándonos de cobardes! Compañeros: abandonad las tareas hoy a las 14 horas, si aún no lo habéis hecho y venid a hacer obra solidaria engrosando nuestras filas que cumpliréis así con vuestro deber de trabajadores conscientes.

En el segundo se expresa:

> Al pueblo de Río Gallegos y a los trabajadores de todo el país. ¡Salud! Cuando creíamos más segura la paz y el trabajo, después de los luctuosos sucesos del movimiento pasado, se alza la reacción bárbara, característica de esa cueva de arribistas degenerados, de ese club de proxenetas llamado Liga Patriótica, con su estandarte Trabajo Libre.

Y termina diciendo:

> ¡Trabajadores del campo! Recojamos el guante con gesto digno de hombres y neguémosnos a producir para esos zánganos de la bandera. La arbitraria deportación de nuestros compañeros pide nuestros esfuerzos y hasta nuestro sacrificio, ante tal atropello. El paro general ha sido decretado y debe ser absoluto en todas las faenas del campo y del pueblo. ¡Trabajadores, conciencia!

La noticia de la huelga se expande como una reacción en cadena. Será Antonio

Soto quien dé la orden de plantar el trabajo, sublevarse y tomar las estancias. Él se encuentra —como dijimos— en la estancia «Bella Vista», de la sociedad Sara Braun, administradas por Mauricio Braun. Todo un símbolo que sea justamente de allí de donde haya partido la gran huelga. Allí se enarbolan las banderas roja y negra. Y comienza la larga marcha hacia la muerte. De a caballo.

Mientras tanto, en Buenos Aires, la cosa se había estado cocinando muy bien. La presión sobre el gobierno por parte de la Sociedad Rural, de las delegaciones de estancieros, del representante inglés en la Argentina, los puntos de vista del general Martínez sobre la necesidad de terminar con el movimiento obrero en la Patagonia, hacen que lentamente Yrigoyen ponga en funcionamiento los engranajes burocráticos a fin de que partan las fuerzas para reprimir la huelga.

Pero en algo Yrigoyen no les dará la razón a los estancieros: insistirá en enviar al tan criticado teniente coronel Varela. El hombre que en el primer movimiento ha contemporizado con los obreros. ¿Por qué lo hace Yrigoyen? ¿Por qué manda a un militar correligionario radical a una tarea tan ingrata? Ingrata por las instrucciones que se le darán. Y aquí hemos llegado al quid de la cuestión. El tema que se discutió y se seguirá discutiendo. El teniente coronel Varela establecerá al llegar al territorio de Santa Cruz la pena de fusilamiento. Lo pondrá en un bando público, cuando hacía apenas unas pocas semanas que el Parlamento había sancionado la eliminación de la pena de muerte. ¿Con qué autorización hace eso Varela? ¿Por orden de Yrigoyen? ¿Cómo puede ser que en un Estado democrático, sin haberse declarado el estado de guerra ni el de conmoción interna, con las cámaras del Congreso sesionando —en sesiones extraordinarias— un teniente coronel establezca por su cuenta y riesgo la ley marcial? Varela era un oficial serio, no un loquito, y un hombre cumplidor de su deber. Nos resistimos a creer que haya actuado por su sola cuenta sin tener el respaldo presidencial. Tal vez lo único que puede admitirse en favor de Yrigoyen es que a Varela se le haya ido la mano, se haya extralimitado o haya actuado en el campo de los hechos, presionado por los poderosos intereses en danza. Por lo pronto, la marina llevará las mismas instrucciones que Varela, es decir, actuar en pie de combate. Sin embargo no actuará con la fiereza de aquél.

En el extensísimo informe que Varela hará a sus superiores hay una referencia muy breve sobre las instrucciones. Dice así textualmente: «*El regimiento a mi mando, de acuerdo con la orden verbal recibida del Ministerio de Guerra ampliada por el Ministerio del Interior se embarcó… etcétera*».

Es decir, que las instrucciones vienen por la vía política: el ministro de Guerra es Julio Moreno y el ministro del Interior es el «tuerto» Gómez.

Por su parte, el general Anaya —en aquel tiempo capitán— señalará sobre el particular:

> En las postrimerías del mes de octubre, el jefe del Regimiento 10 de Caballería que era el mismo que lo había sido en la campaña anterior, el teniente coronel Varela fue llamado al despacho ministerial para advertirlo de la posibilidad de que, con la unidad a su mando, debiera concurrir otra vez a la Patagonia para

> ir a poner orden, el orden tan discutido en su anterior intervención. Impartida a los pocos días la orden y concretada la misión con la misma ambigüedad con que lo había sido en la circunstancia anterior ahora sólo por el propio ministro del Interior, es decir: «vaya, vea lo que está ocurriendo y proceda en consecuencia», el regimiento se dio a la vela el día 4 de noviembre […]

Antes de partir, el teniente coronel Varela solicita una audiencia con el presidente Yrigoyen. Pero el primer mandatario está muy ocupado y urge la partida. Se nos ocurre que Varela ya había recibido las instrucciones pero quería tener el aval presidencial porque la patriada iba a ser muy grande y de mucha responsabilidad. Pero esta vez, las puertas del despacho presidencial quedarán sugestivamente cerradas para el teniente coronel.

El senador nacional radical Bartolomé Pérez nos ha señalado que las instrucciones dadas a Varela de implantar la ley marcial y proceder con todo rigor partieron del propio primer mandatario y fueron dadas a Varela por el ministro de Guerra, doctor Julio Moreno: «*hay que liquidar la situación de cualquier manera*», fue la consigna. Para ello hay que comprender la situación interna dificilísima por la que atravesaba el gobierno radical: con el partido dividido y próximas las elecciones en la provincia de Buenos Aires, donde los conservadores ya previamente se adjudicaban el triunfo; con comicios en Córdoba, Tucumán, Mendoza y nada menos que a pocos meses de los comicios presidenciales, con las inevitables luchas internas; además de ello con el orden subvertido en Salta y San Juan, etcétera.

Es decir, Yrigoyen no se podía permitir de ninguna manera una larga acción huelguística o, directamente, la subversión en los territorios patagónicos. No quedaba otro remedio que actuar —o dejar actuar— de la misma manera que en la Semana Trágica. Había que —«lamentablemente»— empezar a meter bala. Había llegado la definición para el gobierno de la clase media. Y se definía contra los obreros.

Otros dirigentes radicales nos han manifestado, por el contrario, que Varela actuó así por orden directa del ejército, más precisamente, del comandante de la segunda división, general Dellepiane, el mismo que había sofocado a sangre y fuego la huelga de Vasena.

Ya volveremos sobre este tema de la responsabilidad de los fusilamientos. Veremos cómo cada uno va tratando de «sacarse de encima el mochuelo» y cómo poco a poco y ante la historia, el único responsable irá siendo, al correr el tiempo, el comandante Varela.

Vayamos a las operaciones. Las tropas ya estaban en marcha. Los poderosos de la Patagonia se habían salido con la suya. Se movieron con tanta inteligencia que lograron que todos los ojos del país estuvieran puestos en el sur.

Es increíble cómo prendió en forma tan rápida el clima que con mano maestra lograron formar los estancieros en torno a los hombres de la Sociedad Obrera (bandoleros, forajidos, asesinos, eran los calificativos más suaves). Pero más increíble es que precisamente los protagonistas de la represión (Varela, Anaya y Viñas Ibarra) reconozcan que era falso el clima formado por los poderosos, que era

falso lo que se decía en torno a los crímenes de los obreros. Oigámoslo a Anaya cuando en la conferencia dicha en el Círculo Militar sostiene:

> Cundió la alarma de la población y su inquietud traspuso los límites de lo razonable. Arreciaron los pedidos de garantías al gobierno nacional y la prensa seria e interesada en la metrópoli se encargó de sumar su voz respondiendo más que al patriotismo de los intereses amenazados, a los de sus favorecedores. Sus activos corresponsales locales destacados de ex profeso, hicieron su buena parte. Para verificarlo basta remitirse a los titulares de los diarios de aquella época que tengo a la vista. Empezaron a correr noticias de todo calibre que iban del secuestro de mujeres y el saqueo de estancias hasta crímenes alevosos, avaladas por el testimonio de personas influyentes que gravitaban en la Bolsa y en el mismo gobierno.

Esto lo dice el general Anaya que, por la parte que le cupo en la represión, fue calificado como «el chacal» en la prensa obrera. El informe Varela es de lo más contradictorio con respecto a sus declaraciones en la primera huelga. Mientras en ese movimiento se trataba de obreros que luchaban por sus derechos sin hacer depredaciones sino que sacaban algunos víveres que avalaban con vales firmados, en la segunda eran sanguinarios agentes extranjeros que querían apoderarse de la patria argentina y sustituir la bandera azul y blanca por la roja. En cuanto a Viñas Ibarra, declara que los peones eran explotados por los patrones, les da la razón en sus reclamos, pero participa en la sangrienta represión y luego la justifica.

Cuando parte el «Almirante Brown» y se prepara Varela con sus soldados en Campo de Mayo, ya Soto y los suyos han ganado mucho tiempo.

Al 31 de octubre, Soto había levantado las peonadas de las estancias «Buitreras», «Alquinta». «Rincón de los Morros», «Glencross», además de «La Esperanza» y «Bella Vista».

Una larga columna de trescientos obreros rurales se aproxima al Turbio y a Punta Alta, por ese lado, mientras que el movimiento se extiende como una mancha de aceite. Los otros delegados de la Sociedad Obrera han levantado el personal de todas las estancias desde Lago Argentino hasta Punta Alta.

Es decir, en menos de siete días esos hombres han sublevado toda la extensísima región del sudeste del territorio santacruceño. Esta primera parte será absolutamente pacífica. Se entra a las estancias, se habla con los peones, se requisan las armas, se llevan los alimentos necesarios que son documentados por vales que firma Soto y, cuando en los establecimientos se encuentran propietarios o administradores, éstos son llevados como rehenes. Además, en lo posible, no dejan ningún caballo; todos son arreados, para evitar las persecuciones. No se ataca ningún destacamento policial. Por ejemplo, en el Turbio acampan a pocos metros del destacamento sin que haya incidente alguno. Soto quiere demostrar que se trata de un movimiento huelguístico y no subversivo. Sabe que si se mete con la policía enseguida se va a armar el gran alboroto y los van a acusar de atentar contra el pabellón nacional. Hasta el diario de la Sociedad Rural informa en un tono que luego cambiará drásticamente: «*Quieren marchar a Gallegos. Lo único que buscan es obtener la libertad de los presos. También aseguran las informaciones que los sublevados no tratan de hacer daño*

alguno». Así es. El movimiento busca sólo la libertad de los presos. Los peones se levantan no por promesas demagógicas sino por una cuestión de solidaridad. Y este detalle no lo podemos dejar de lado. No se puede hablar de demagogia ni calificar de demagogos a los dirigentes obreros que habían proclamado la huelga. Jamás, en la Argentina, se hizo, por solidaridad, una huelga tan extendida. Salvo la Sociedad Obrera de Puerto Santa Cruz que acompañó el pliego de condiciones, el estandarte de todos los demás huelguistas fue la libertad de los presos.

Las primeras noticias concretas de la huelga provienen de Punta Arenas adonde van llegando empleados de las estancias inglesas y algunos administradores. Chile inmediatamente moviliza el batallón Magallanes y cierra la frontera con la Argentina. Una compañía al mando del teniente Villablanca y una sección de ametralladores va a Puerto Natales. Son también movilizados los carabineros. Un escuadrón marcha a la frontera y una compañía de infantería custodia el límite en Tierra del Fuego, ya que la orden de huelga es cumplida también en Río Grande, en las posesiones de los Menéndez Behety.

Es que Chile tiene un gobierno conservador y allí tanto los Braun como los Menéndez y los Montes han tenido una inmediata respuesta para la defensa de sus intereses, cosa que no ha sido tan rápida como era de desear con el gobierno de Yrigoyen, pero ya vienen las tropas argentinas y no van a dejar ni la menor raíz de brote obrerista en el suelo patagónico.

Al 5 de noviembre todo el sur de Santa cruz está paralizado. No hay estancia que trabaje. Los obreros dominan los caminos. Varias son las columnas de sesenta, cien, doscientos hombres, que marchan con la bandera roja por las desoladas regiones santacruceñas. Soto se encuentra en Punta Alta con Graña, Sambucetti y Mongilnitzky, los hombres que habían partido con él desde Río Gallegos. Allí se resuelve que mientras Soto continúe dirigiendo el movimiento en el campo, los tres restantes deben intentar entrar en Gallegos para reemplazar a los dirigentes presos y tener un punto de apoyo en la ciudad. Éste es el pensamiento de Soto, quien siempre sostuvo que si quedaban aislados de la costa iban a perder la huelga. Y allí se largan, en automóvil, a la difícil misión de entrar en la capital. Sambucetti será el encargado de asumir la secretaría general de la Federación y tratar de entrevistar al gobernador interino para solicitarle la libertad de los presos, a fin de levantar la huelga rural.

Los hombres que tienen esa misión se dividen en dos grupos, pero ninguno de los dos llegará a destino.

Cuando el auto que conduce a Sambucetti, Fernández y Mongilnitzky trata de pasar el puente Buitreras —era el 1.º de noviembre de 1921— una comisión policial les cierra el paso. Tienen armas largas y aparecen por todos los costados. Sambucetti les explica que van a hablar con el gobernador. Pero no hay contemplaciones. Los amarran por la espalda de las muñecas a los tobillos y los tiran a la caja de un camión como si fueran bolsas de papas. En el camino los garrotean bien. ¡Ahora van a ver cómo los va a recibir el gobernador! Pero claro, cuando llegan a Gallegos no tienen

un aspecto muy presentable que digamos, entonces, en lugar de llevarlos a entrevistar al gobernador, los meten en el calabozo donde los visitan seguido uno por uno los policías que se sacan bien el gusto. Una sola es la pregunta: ¿dónde está Antonio Soto?

El botín logrado por la policía es bueno: además de los tres dirigentes huelguistas, dos *winchester* y abundante correspondencia y volantes referidos a la huelga. Pero lo más apetecible de todo es un carnet rojo escrito en idioma ruso, en caracteres cirílicos, que llevaba consigo Mongilnitzky. Es pasado de mano en mano. Todos los influyentes de Río Gallegos vienen a mirarlo, con ojos entre horrorizados y maravillados: ahí está la prueba de todo. La gran confabulación. Nadie entiende nada, pero al estar escrito en ruso y en esos rasgos, evidentemente sólo puede hablar de revolución, muerte, sangre, anarquismo, maximalismo y en fin, antiargentinismo. Ese carnet será prueba suficiente para comprobar que la huelga patagónica ha sido inspirada en Moscú, nada más ni nada menos. Servirá para que los diarios y los militares argentinos hablen de la gran conspiración extranjerizante contra la soberanía nacional. Además del carnet encuentran unas cartas sospechosísimas, todas escritas en ruso. Evidentemente, aunque nadie se tomó el trabajo de hacerlas traducir, ahí estaba la prueba de la infamia. De traducirse la decepción hubiera sido grande: el carnet era de una biblioteca, la «León Tolstoi», y daba derecho a leer libros de librepensadores, racionalistas y el fundamento de las ideas libertarias —Bakunin, Kropotkin, Proudhon— del marxismo (Marx y Engels) y de literatos como Máximo Gorki, Panait Istrati, etc. Las cartas son de familiares, con algunos datos de lo que pasaba en Puerto Santa Cruz.

La policía de Gallegos no se siente segura con tamaños presos; primero, porque éstos no se han acobardado, a pesar de las diversas sesiones previas de ablandamiento —no muy científicas, por cierto— y, segundo, porque tienen miedo a la reacción de los obreros de Gallegos. Por eso los fletan al transporte naval «Vicente Fidel López», que está en el puerto. Esto les salvará la vida a los tres porque apenas unos días después desembarcaba allí el teniente coronel Varela, que no quería cuestiones raras, y menos carnets escritos en ruso.

El otro grupo de dirigentes que se aproxima a Gallegos decide tomar por «Las Horquetas», donde hacen noche. Alguien avisa al comisario Douglas de la llegada de los dirigentes Graña, Oyola y Álvarez. El comisario rodea con una partida policial el humilde comercio y hace salir a todos con las manos en alto. Buena presa: Oyola y Graña son tal vez los dos hombres de más valor con que contaba Soto. Con la captura de estos dirigentes se puede decir que Antonio Soto se queda solo. Lo acompañarán buenos laderos, pero en general sin ninguna experiencia sindical ni organizativa.

El movimiento sigue extendiéndose. De Puerto Santa Cruz ha podido salir Ramón Outerelo y llegar a Paso Ibánez. Se ha salvado por un pelo. Toda la plana mayor de la Sociedad de Oficios Varios ha sido apresada en el operativo saneamiento de la policía

y de la Liga Patriótica.

El local sindical de Santa Cruz es «visitado» y a culatazo limpio se termina con las pertenencias sindicales. La bibliotequita con libros de Ghiraldo y de los autores rusos de siempre, va a parar verdaderamente a la mierda. Y la máquina de escribir, comprada pesito sobre pesito por los jornaleros de Puerto Santa Cruz, será utilizada para levantar, en la comisaría, los propios informes subversivos de esos gringos anarquistas. Años después, será un gusto para los comisarios de turno explicar a los visitantes que esa máquina pertenecía a los «bandoleros del 21».

La gente de Outerelo en vez de alejarse de los puertos, como hace Soto, avanza hacia ellos. En partidas de a diez o quince recorren las estancias, entran, levantan las peonadas, toman los víveres y las armas y forman las grandes columnas que convergen hacia Puerto Santa Cruz.

Los estancieros huyen con sus familias. El campo queda desolado. Sólo una estancia se defiende. Son los alemanes Schroeder de la estancia «Bremen», «El Cifre». Gente de orden. Han hecho de su establecimiento un verdadero vergel. Cuando reciben las noticias de que la peonada se ha alzado y toma como rehenes a todos los dueños de las estancias, se niegan a abandonar su propiedad. Allí se queda toda la familia, con mujeres y niños. Hacen guardia día y noche. Los huelguistas andan cerca. El hijo mayor de los Schroeder acaba de venir de Alemania donde luchó como voluntario durante la gran guerra. Ha estado cuatro años en las trincheras. Hombre a quien no le tiembla el pulso. Sabe que siempre hay que pegar en la cabeza.

En la mañana del 5 de noviembre se da el grito de alarma. Ahí vienen. Es una partida de diez hombres con la clásica bandera roja al frente. Llegan con una caballada adelante, como para que los proteja de algún ataque. Son ocho chilotes y un argentino al mando del gallego Martínez, hombre sencillo, de trabajo, que en las asambleas habla en voz casi imperceptible contra los curas y el Estado.

Los chilotes vienen gritando «¡viva la huelga!» y pegan alaridos a lo indio, tal vez para darse coraje. Porque a estos patrones les tienen un poco de miedo. Son estancieros que pagan bien y a término; pero también son de pocas palabras y no dan confianza a la peonada. Hacen constantes ejercicios de tiro y cuidan las armas con el mismo cariño con que se acaricia a un perro preferido.

Mientras la señora Schroeder se refugia con los niños en la pieza más protegida, los hombres toman posiciones estratégicas. Por ejemplo, el hijo mayor se sube al molino. Sabe que desde allí domina todo el camino. Además calcula que los chilotes sólo tienen armas cortas, mientras él tiene un flamante *mauser*.

Los huelguistas entran como si no corrieran peligro. Los Schroeder los dejan venir. Cuando los tienen cerca, les dan una andanada, seca, sin pedir permiso. A la cabeza, el jefe de ellos, el español Martínez, recibe un balazo de *mauser* en la cara. Lo mismo que el entrerriano que le sigue. Buena puntería. Tanto Martínez como el argentino pegan una voltereta rígida por la grupa del caballo y quedan crucificados en el suelo.

Los demás emprenden la retirada. Ésa es la oportunidad para ejercitar la puntería. Les hacen varios heridos y matan dos caballos.

A más de 500 metros de las casas, los chilotes se paran, buscan refugio detrás de unas piedras y empiezan a tirar contra las casas con sus revólveres de poco alcance. Esas balas no llegarán jamás. En cambio, los europeos se manejan con absoluta tranquilidad. Entre tiro y tiro pasan cuidadosamente la bayeta a los humeantes caños para que no se recalienten. Luego apuntan y cuando ven aparecer detrás de las piedras alguna cabecita negra, aprietan el gatillo. Los chilotes no se pueden ni asomar. No parece un combate sino sólo un ejercicio de caza mayor. Además, estos alemanes son gente prevenida. Saben que los chilotes son capaces de quedarse varios días esperando que a los Schroeder se les acaben las balas. Pero no hay peligro. Tienen varios cajones. Por otra parte, no tiran una sola bala de más. Al final, los chilotes huirán sin elegancia alguna, llevándose a sus heridos.

Los Schroeder comprenden que es la única oportunidad que les queda. Cargan a toda la familia en el auto y se dirigen a Puerto Coyle. De allí telegrafían a la policía señalando que han matado a dos huelguistas y herido a «varios otros». Piden apoyo para volver a la estancia y continuar la lucha porque presumen que los huelguistas van a volver. De inmediato parten de Gallegos el comisario Wells, el oficial Guadarrama, el sargento Echazú y varios gendarmes. En Puerto Coyle, se le agregan a la comisión policial los hombres de la familia Schroeder.

Los huelguistas, cuando se enteran de que en la estancia «Bremen» han caído los compañeros Martínez y Caranta, destacan una partida de diez peones para tomar la estancia. Llegan a las 5 de la madrugada y toman a un gendarme que estaba de guardia. Pero ya la policía que está en las casas los ha advertido y así se origina un intenso tiroteo. Los huelguistas no logran avanzar y se les empiezan a agotar las balas. El chileno Roberto Triviño Cárcamo lomará entonces la iniciativa y avanza con su caballo a la carrera y lo siguen, en forma totalmente desordenada, sus restantes compañeros. Pero don Enrique Schroeder de un solo balazo le voltea el caballo. Cae Triviño y, los demás, creyéndolo muerto, huyen a todo lo que le dan las patas de sus pingos. Triviño se levanta y empieza a correr. Una partida policial lo encontrará a unos cuantos kilómetros de allí, escondido entre unas matas y lo traerá a lonjazo limpio hasta las casas, donde lo atarán a un molino, lugar en el que lo tendrán hasta que llegue el teniente coronel Varela.

Mientras el crucero «Almirante Brown» iba a Puerto Santa Cruz donde peligraba el frigorífico «Armour», Varela navegaba directamente hacia Río Gallegos. Había embarcado el 4 de noviembre en Buenos Aires con el 10 de Caballería y arribó a Punta Loyola —distante unos doce kilómetros de Río Gallegos— el 9 de ese mes.

Veamos el informe de Varela acerca de sus primeras impresiones:

> El trabajo estaba totalmente paralizado. Los dueños de establecimientos, administradores, mayordomos y capataces, salvo algunos que habían conseguido huir abandonando todo en poder de los revoltosos, los

demás se encontraban prisioneros desde hacía algún tiempo y la suerte que habían corrido era desconocida, hasta el extremo de asegurarse que muchos habían sido asesinados, incendiándose las estancias y cometiendo toda clase de depredaciones. En general, puede decirse que la situación de los habitantes de este pueblo era de una excitación nerviosa tan grande que más pudiera llamarse desesperante, las autoridades no habían tomado medida alguna y la policía se había limitado a comentar los hechos. Con las comunicaciones cortadas sólo se tenían noticias de que el personal de algunas comisarías había huido abandonando las armas y munición, que sirvieron para armar a los revoltosos, como pudo comprobarse después del cometimiento de éstos. Parte del personal de policía había sido hecho prisionero sin ofrecer la menor resistencia

Anaya es más categórico:

De los destacamentos policiales dispersos en el interior no se tenían noticias desde hacía varios días presumiendo la gobernación que todos habían corrido igual suerte. Los distintos chasques que se habían destacado convenientemente aleccionados no habían regresado ninguno y se tenía la sospecha que habían sido capturados o, en el mejor de los casos, permanecían escondidos a la espera de poder salvar el cerco. Todos los establecimientos, temerosos de las represalias o por propia conveniencia, habían paralizado sus tareas rurales. Los administradores y capataces que no habían sido llevados ya a la fuerza habían huido a los pueblos de la costa aumentando la alarma con sus informes, y otros, lo más timoratos, que no fueron pocos, habían aprovechado cualquier medio para ausentarse más al norte. La policía de los pueblos de la costa compartiendo su temor con la prefectura no habían tomado otras providencias que garantizarse su propia seguridad ante el convencimiento de que se trataba de un movimiento insurreccional de vastas proporciones que tendía a derrocar a las autoridades legítimas e implantar por lo menos en el territorio y como primera medida un régimen social-anárquico, trasplante de otras latitudes. Amplificando esa inquietud no faltaban quienes afirmaban saberlos vinculados a planes internacionales. La sospecha de que se habían constituido grupos o núcleos diversos que actuaban por zonas la confirmaba la acción simultánea llevada a cabo en el ámbito del territorio con preferencia en aquellos lugares alejados que agrupaban establecimientos de importancia y que serían perfectamente a las necesidades logísticas de la población. Las noticias e informes que facilitaron las autoridades navales poco o nada agregaban a este cuadro de la situación. Sin órdenes precisas para comprometerse su radio de acción era la vigilancia del movimiento portuario y tráfico marítimo, desde luego totalmente paralizado. Apenas se había logrado captar algún despacho inalámbrico de Punta Arenas que lejos de aliviar la situación aumentaba la alarma. La presencia del «Almirante Brown» se debía a la amenaza de la posible destrucción del frigorífico «Armour», inactivo como consecuencia del miedo reinante que en nada atenuaba el clima desolador que imperaba en el territorio.

Con respecto a lo que señala Varela de que el trabajo estaba totalmente paralizado, no hay ninguna duda de que era cierto. Desde las afueras de Gallegos hasta la cordillera, desde el paralelo 52 (límite sur con Chile) hasta el río Santa Cruz, el movimiento se iba extendiendo, llegando ya hasta San Julián y teniendo los primeros coletazos en Bahía Laura y Puerto Deseado, donde comenzaba a moverse «Facón Grande». Es cierto también que las comunicaciones habían sido cortadas y que a casi todos los patrones y administradores cuando se los encontraba se los tomaba como rehenes, pero gozaban de cierta libertad en los campamentos huelguistas hasta el extremo de permitírseles enviar cartas a familiares. Lo que es absolutamente falso es que se haya asesinado a algún estanciero o alto empleado o peón que se haya negado a unirse a los huelguistas. No hay ninguna denuncia, informe o parte que así lo establezca. Ni la Sociedad Rural ni el diario *La Unión* pudieron jamás decir el nombre de algún asesinado. El caso del estanciero Flekker es un hecho más bien de índole policial. Lo que se refiere a la violación de mujeres es más difícil de demostrar. No existe ninguna denuncia hasta el momento en que llegan

las tropas. Pero siempre, en estos casos, se sostiene que las interesadas no radicaban las denuncias por pudor. Pero tampoco hay testimonios de terceros. Más tarde —al final de la huelga— ocurrirá un caso en que no habrá denuncia pero sí testimonios y los dos autores serán fusilados. En las protestas presentadas por los representantes de Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, España y Alemania, en ninguna se hace ni la más velada denuncia de violaciones de mujeres. Con respecto a depredaciones podemos decir que sí, es innegable, las hubo, pero en mucho menor proporción que en la primera huelga, cuando los jefes eran «El Toscano» y el «68».

Por supuesto que todas las denuncias vienen de la policía y de la parte patronal. Los huelguistas, al quedar aislados de las ciudades, perdieron su medio de comunicación escrita y no podían defenderse de ninguna acusación, mientras los diarios de la costa publicaban cualquier declaración que servía para tratarlos de bandoleros, asesinos y ladrones y, en algunos casos, el propio diario *La Unión* tuvo que hacer lamentables rectificaciones.

Pero volvamos a Varela al desembarcar en Gallegos.

> Considerando que todo el orden se hallaba subvertido —*señala en su informe*—, que no existía la garantía individual del domicilio, de la vida y de las haciendas que nuestra Constitución garante; que hombres levantados en armas contra la Patria amenazaban la estabilidad de las autoridades y abiertamente contra el gobierno nacional, destruyendo, incendiando, requisando caballos, víveres y toda clase de elementos, aprecio la situación como gravísima.

¿Qué había pasado con Varela? ¿Por qué la segunda huelga es subversiva y se trata de un levantamiento «contra la Patria» y «contra el gobierno nacional» y la primera, según sus propias palabras, fue sólo un movimiento obrero en busca de reivindicaciones? Cuando, precisamente la primera huelga había comenzado con la muerte de cinco policías y la segunda, hasta ese momento, era absolutamente pacífica, sin derramamiento de sangre. Al contrario, las únicas bajas eran los dos obreros muertos en la estancia «Bremen».

¿Por qué había cambiado de parecer Varela? ¿O es que lo que habían cambiado eran las órdenes de Yrigoyen?

Precisamente esa dualidad de pareceres es lo que va a confundir a los huelguistas que estaban seguros de que el ejército iba a proceder exactamente de la misma manera que la vez anterior, de componedor pacífico. Esa creencia será la carta ganadora que empleará Varela. Sorprenderlos de entrada, madrugarlos. Darles con todo desde un principio, agarrarlos del cogote y hacerles besar el suelo.

Desde el comienzo, Varela tomó su misión como un caso de guerra. Tenía que vencer, derrotar y aniquilar al enemigo. Pero ¿cómo derrotar a una fuerza casi diez veces superior? ¿Cómo hacer con sus doscientos soldaditos que no conocían el terreno, que no estaban acostumbrados al viento y al clima patagónico? En todo esto hay una clave: si Varela se lanza a derrotar a fuerzas diez veces superiores es porque sabe que el enemigo no está organizado militarmente ni tiene armas suficientes y que, por sobre todo, no quiere guerra. Todo esto lo sostenemos a pesar de que tanto Varela

como Anaya hablan de los huelguistas como de «*fuerzas militarizadas, perfectamente armadas y mejor municionadas*». Esto de las armas es absolutamente y totalmente falso. Lo veremos patentizado en cada uno de los partes de guerra de Varela y de sus oficiales de campaña cuando dan el número de prisioneros y el de armas tomadas en las rendiciones masivas. Allí, por encima de todas las especulaciones, debe estar la verdad y las cifras son evidentes: casi siempre los prisioneros doblan o triplican el número de armas tomadas, y las armas son siempre de muy poca calidad, viejos *winchester* o muy pocos *Savage*, armas si bien nuevas, de ninguna manera comparables con el alcance de las que poseía el 10 de Caballería. Pese a que historiadores y políticos en estos últimos años quieren demostrar que las huelgas patagónicas fueron armadas y preparadas por el gobierno chileno, Varela no encontró ningún arma de los carabineros o del ejército trasandino. Hubo, sí, una que otra arma —hemos podido contabilizar dos— que parecen haber pertenecido a los carabineros chilenos. Pero, en un movimiento multitudinario se encuentran muchas cosas, por ejemplo, tres carabineros desertores (pero que habían desertado mucho antes de la huelga) que en su calidad de peones se adhieren a las columnas huelguistas. Por otra parte, no fue ésta la única vez en que algunos carabineros fronterizos vendieron sus armas en algún boliche del lado argentino por unas botellas de buena caña paraguaya o ginebra holandesa En aquella época el de los policías que vendían sus armas era un caso bastante habitual no sólo en Chile sino también en nuestro extenso territorio. Los archivos están llenos de estos casos, siempre aislados.

Varela sabe con quién va a combatir. Ya los conoce de la primera huelga. Son chilotes, con alguno que otro español, ruso o alemán, que son tipos que no viven la realidad, gente que por lo general cree en la humanidad y se pierde en disquisiciones tolstoianas o bakuninistas, pero siempre individuales, sin conocimiento del manejo de armas, del movimiento de tropas, y de lo que es fundamental para triunfar en un combate: saber manejar masas, ordenar y que se obedezca, hacer de cada soldado un autómata, que si tiene que tirarle al propio padre le tire. Y para eso, el militar.

Si Varela, cuando llega, manda columnas de oficiales y soldados, las que sólo pueden ser calificadas como patrullas por el exiguo número de hombres con el que contaban, es porque sabía bien que los huelguistas no querían combatir. Fue más bien una operación punitiva o de limpieza, pero no puede calificarse como acción de guerra porque no la hubo en ningún momento, salvo el episodio aislado de «Facón Grande», que también puede discutirse. Porque si Varela mandó esos puñaditos de soldados en esas inmensas regiones y creyó que iba a haber acciones de guerra contra 2 mil hombres «perfectamente pertrechados y municionados» y, como dicen algunos escritores actuales, «perfectamente adiestrados y mandados por oficiales del ejército chileno»,[31] entonces Varela era un suicida, un irresponsable. Y no lo fue. Sabía a quién tenía adelante y por eso mandó a sus fuerzas tan divididas. Y la verdad es que fue un paseo. O, más bien, un «safari».

Vamos a seguir ahora a las tropas de Varela hasta que se encuentran con las

columnas huelguistas. Dice el jefe militar en su informe:

> Resuelvo proceder con toda rapidez desprendiendo tres comisiones:
> Comisión teniente coronel Varela con teniente 1° Schweizer y doce soldados en dirección Cifre - Paso Ibáñez - Santa Cruz.
> Comisión capitán Viñas Ibarra con subteniente Frugoni, 50 de tropa y un enfermero. Dirección Tapi-Aike - Fuentes de Coyle - Primavera - Punta Alta - Cancha Carrera - Cordillera de los Baguales.
> Comisión capitán Campos con 30 de tropa y un enfermero. Dirección Cifre - Laguna Benito - Sur del río Santa Cruz.
> Estas comisiones se pusieron en marcha, la primera el 11 de noviembre a las 6, y las otras el 12 del mismo mes a las 7.
> Informe diario guerra: Teniente coronal Varela - teniente 1° Schweizer. Puestas en marcha las comisiones y después de llegar el suscripto al Cifre, constando las noticias de los hechos cometidos por los revoltosos, el asalto de éstos al establecimiento, el pequeño tiroteo habido entre éstos y la policía; resolví, de acuerdo con las noticias adquiridas en el lugar (que en la zona que operaba el capitán Viñas Ibarra se hallaban grupos dispuestos a resistirse al ejército) trasladarme a Río Gallegos para de allí dirigirme hacia el sud hacia Punta Alta pasando por los establecimientos que según noticias debían ser asaltados.

Pero Varela calla una cosa muy importante: en la estancia «El Cifre» de los Schroeder tiene lugar el primer fusilamiento sin juicio previo de la campaña: el chileno Luis Triviño Cárcamo, que había sido tomado prisionero y estaba atado al molino de viento de la estancia. El comisario Isidro Guadarrama nos ha relatado personalmente que cuando llegó Varela a la estancia de los Schroeder se le informó que Triviño Cárcamo era uno de los atacantes y un huelguista incorregible. Que todas las noches se acercaban a la estancia grupos de peones alzados que trataban de rescatar a su compañero pero eran rechazados por la policía que estaba en los galpones. Que, entonces, los huelguistas optaban por disparar sus armas contra esos galpones. En esas circunstancias, es decir, cuando empezaban a sonar los tiros, Triviño Cárcamo, atado al molino, se reía de la policía gritando: «*¡viva la huelga!*». Todo esto fue relatado a Varela quien luego de escuchar el informe policial, dijo escuetamente: «*éste ya no se va a reír más, fusílenlo inmediatamente*» y dio órdenes al sargento Echazú de que lo hicieran. Echazú y los agentes dispararon sus armas desde corta distancia y el chilote recibió los impactos entre tranquilo y sorprendido. Lo enterraron al día siguiente a 150 metros de las casas, junto a sus compañeros, el español Martínez y el argentino Caranta. De todo esto son testigos los miembros de la familia Schroeder, que siguen poblando estas estancias y trabajando personalmente como hace cincuenta años. Había sido el primer fusilamiento de la campaña.

Desde la estancia de los Schroeder, Varela regresa a Río Gallegos desde donde hace partir una nueva columna a órdenes del teniente 1.º Anello, con 31 hombres de tropa, hacia las estancias «Bella Vista» y «Esperanza Douglas». Esa columna saldrá en la madrugada del 14 de noviembre. Varela permanece todo el día 15 en Río Gallegos y a las 5 de la mañana del 16 marcha con 13 hombres en la siguiente dirección (copiamos textualmente este comunicado porque estos párrafos de Varela son fundamentales para demostrar que el gobierno chileno colaboró en la persecución de los huelguistas y no fomentó el caos, como algunos sostienen):

> Dirección Río Gallegos, Estancia «Bella Vista», «Esperanza Douglas», «Punta Alta», «Rospensteek», cruzando la frontera por este punto para volver a pasarla, entrando a nuestro territorio por Cancha Carrera para llegar a «Fuentes de Coyle», a fin de tomar contacto con el escuadrón del capitán Viñas Ibarra que debía encontrarse más o menos en esta región.

Es decir, Varela entra con su tropa en territorio chileno y sale por otro camino, para lo cual obtiene el inmediato permiso de las autoridades chilenas. Este hecho será criticado por algunos diarios de Punta Arenas, o más bien, un tanto ridiculizado, por cuanto sostienen que antes de venir a poner orden en suelo chileno, los militares argentinos deberían poner orden en su propio terreno. *La Unión* de Río Gallegos responderá poco después indignado, señalando que Varela lo hizo por razones de caminos y para acortar distancias y no con otros fines.

Continuamos con Varela:

> Al llegar a Punta Alta a las 21 del 16 de noviembre, tuve noticias vagas de que el escuadrón del capitán Viñas Ibarra había tenido un encuentro con los revoltosos sin poder precisarse lugar ni resultado.

En efecto, Punta Alta había tenido lugar el primer «combate» entre el ejército argentino y los huelguistas. En este «combate», como en todos los otros a excepción del de Tehuelches, los únicos muertos serán siempre obreros. Las dos versiones serán totalmente contradictorias. Primero daremos el informe oficial del capitán Viñas Ibarra, acerca de su acción previa al «combate» de Punta Alta. Dice que el 14 de noviembre, a las 3 de la madrugada (la tropa va en camiones) con quince soldados emprende la marcha hacia la estancia «Fuentes del Coyle»

> en donde encuentro al comisario Douglas con la policía de la región concentrada en ese punto. Comunicado la orden que traigo y puesto bajo mis órdenes, me informa que tiene noticias que en estancia «Laguna Salada» de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, distante unas siete leguas y cercana al límite con Chile, se encuentra un grupo de revoltosos saqueándola. Entramos a la región de la cordillera, pedreros y quebradas cubiertos de monte es el aspecto del terreno, que a cada instante se presta para emboscadas maravillosas, si el enemigo supiera emplear la configuración del terreno.

Estas últimas palabras del capitán Viñas Ibarra ponen de manifiesto una cosa: que si los huelguistas hubieran querido enfrentar al ejército habrían tenido todas las ventajas de parte de ellos. Pero lo que ocurrió fue que en ningún momento a los obreros se les cruzó esa idea por la cabeza.

> Dos kilómetros antes de llegar a Laguna Salada —expresa Viñas Ibarra— hago alto y divido a mis hombres en dos grupos: uno con seis soldados al mando del subteniente Frugoni Miranda se presentaría a la población por el frente y en tiradores desplegados con intervalos ralos, tratando de llamar la atención, para darme tiempo a que con el resto de la tropa (es decir nueve soldados) me posesionara de las alturas que dominan por detrás de la estancia a fin de que no escapara ningún revoltoso. Conseguido el objetivo que me proponía, los revoltosos que en número de 80 con sus caballos ensillados no nos habían visto por el monte que rodea a la estancia y por el saqueo a que se habían entregado tratan de hacer frente a la voz de entregarse.

Como puede verse, el número es muy desigual. Son ochenta contra quince. Es

más, son apenas seis soldados los que van de frente. Es decir que los «revoltosos», que son ochenta, ven venir una partida de apenas seis hombres. Por otra parte, los huelguistas no han puesto centinelas, señal de que no están en pie de guerra ni que esperan ataques «del enemigo». Sin embargo, de acuerdo al relato de Viñas Ibarra

> algunos pretenden disparar a caballo, pero viéndose cercados por la línea de tiradores regresan a su lugar no sin intentar hacer algunos disparos sin consecuencias. Ordeno que formen y como se arremolinan y trataran de escaparse nuevamente, ordeno a mi tropa una descarga al aire para intimidarlos; la que surtió efecto, entregándose todos incondicionalmente.

Evidentemente estos «bandoleros» perfectamente «armados y municionados» y comandados por «oficiales chilenos», como luego tratará de describirlos toda una literatura preparada al efecto, pocas ganas de luchar tenían. Lo cierto es que creían que la solución para todos sus males las traía el ejército argentino, pero la decepción va a ser más terrible. Sigamos a Viñas Ibarra y pongamos atención en el «armamento» capturado:

Resultado: «ochenta prisioneros, todos chilenos, sin antecedentes en la Argentina, la mayor parte procedente de las salitreras del norte, algunos *winchester*, varios revólveres, muchos cuchillos largos, 350 caballos robados, fuera de los montados que cada uno tenía ensillados.

Obsérvese: en el informe oficial al Ministerio de Guerra, Viñas Ibarra dice «algunos *winchester*» (¿cuántos: uno, cinco, diez?), «varios revólveres» (¿cuántos? ¿y son armas acaso para enfrentar a una fuerza militar?), «muchos cuchillos largos» (evidentemente, un arma poco propicia para los recios «combates» que tendrá que librar el ejército contra los «bandoleros chilenos»).

Ésta es la acción de «Laguna Salada», la estancia de los Braun. Ahora vendrá el combate de Punta Alta, punto inicial de la matanza.

El parte que dará el capitán Viñas Ibarra es verdaderamente insólito y típico de todos los partes de este oficial, tratando siempre de demostrar que se estaba ante una invasión chilena y no ante una huelga. Luego de tomar otros cincuenta prisioneros, «todos chilenos», y doscientos caballos (no menciona haber capturado arma alguna) en la frontera con Chile, dice que a medianoche del 15 de noviembre

> cerca de las 24 horas recibo noticias del territorio chileno por un poblador que había llegado allí al tener conocimiento de nuestra actuación y las garantías que prestábamos, que en las inmediaciones de la cordillera Chica, parte sud del territorio, tenían los revoltosos campamento establecido y atrincherado y capataces prisioneros.

Luego explica el operativo para el cual cuenta con cincuenta soldados. El escuadrón a caballo parte a las 4.30 del día 16. Iba precedido por una punta compuesta por un suboficial y cuatro soldados.

> A las 18.30 —*dice Viñas Ibarra*— siento un tiroteo en dirección a la punta, ordeno alto al escuadrón y me adelanto. Efectivamente, de un monte de cuyo frente y en todo su ancho como obstáculo natural existía una laguna, se veía un grupo de gente en línea de tiradores, como el fuego arreciara y me hubieran herido dos

caballos, ordeno a la punta replegarse a fin de cubrirse en un monte cercano, ordenando contestar el fuego. De regreso al escuadrón ordeno al sargento Agüero con cuatro soldados refuerce la punta, trate de llamar la atención de los revoltosos atrayendo toda la atención, para lo cual desplegará con los ocho hombres una línea de tiradores ralas, manteniéndose en el mismo lugar sin avanzar a fin de dejarme obrar. Subteniente Frugoni Miranda con sargento Sánchez y quince de tropa, tratarán protegidos por el monte de posesionarse de los lindes de éste por el ala derecha, contestarán al fuego del adversario en la misma forma que éste lo haga, obligándolo a desalojar el monte y salir a la pampa que tiene hacia el ala derecha. Con el resto de la tropa, a cubierto detrás de una hondonada con bosque, observo el resultado del ataque ya emprendido. Los revoltosos han arreciado el fuego contra el frente y flanco presentando una línea de tiradores de no menos de cien hombres, en buena posición y atrincherados. La dirección del fuego enemigo es buena y no surte efecto por el buen aprovechamiento que del terreno hace la tropa. Empieza el tiroteo la tropa del subteniente y se generaliza el combate. Otros dos caballos son heridos por balas perdidas. Como la noche se acerca y era necesario concluir, dilucidar la situación, ataco con el resto por el ala derecha, tratando de envolver al enemigo.

Y ahora viene un párrafo digno de estudio:

Fue en esas circunstancias, ya entrada la noche y apenas a 100 metros del enemigo, cuando éste al darse cuenta de encontrarse rodeado que avanzó decidido al grito de «¡abajo la Argentina!» y «¡viva Chile!». Todo el recuerdo de la Patria se agolpa de pronto en los pechos de los soldados, que lejos de los hogares y al sentir el ultraje que se hace a la Nación, contesta como si se le hubiera ordenado con un «¡viva la Patria!», que resuena y anima los corazones de todos como presagio de la victoria. Ordeno una descarga cerrada y ya cercanos y a pocos pasos, prontos a trabarnos en lucha de arma blanca, aparece el teniente Frugoni a retaguardia y los revoltosos viéndose perdidos, se entregan a discreción.
Resultado: cinco muertos y cuatro heridos por parte de los revoltosos —75 prisioneros, 24 prisioneros rescatados entre propietarios, administradores y capataces—, 250 caballos, muchos *winchester*, revólveres, escopetas, munición, víveres de todas clases, consiguiendo eludir la persecución unos cincuenta hombres bien armados y montados, por la oscuridad de la noche y la configuración del terreno. Entre éstos deben haber huido muchos heridos. Por nuestra parte, sólo tuvimos cuatro caballos heridos. Durante la noche, acampados en el mismo campamento de los revoltosos, hicimos quince prisioneros más, que fueron encontrándose entre el monte y algunos por los disparos que hacían contra la tropa desde sus escondites con toda premeditación y alevosía. Toda la noche fue de constante vigilancia y toma de prisioneros siendo imposible ponderar el espíritu de la tropa, que después de las constantes fatigas, soportaba con la entereza de un veterano esta campada llena de peligros. El gobierno como el pueblo argentino y sobre todo el ejército le debe su eterno reconocimiento. Hago constar que entre todos los prisioneros tomados, sólo encontramos un argentino, reincidente en Ushuaia, siendo el resto chilenos, entre los que se encontraron muchos carabineros, que según ellos, eran desertores, pero que más tarde pude comprobar no ser cierto esta afirmación.

Analizando este comunicado del capitán Viñas Ibarra encontramos muchos puntos oscuros y graves contradicciones con documentos firmados posteriormente por él y entregados a la justicia.

Según lo que calcula Viñas Ibarra había 134 huelguistas (cinco muertos, cuatro heridos, 75 prisioneros y cincuenta fugitivos) contra cuarenta del ejército. Los huelguistas los sorprenden haciéndoles fuego a los soldados en línea de tiradores, es decir, que podían hacer puntería y contando todavía a su favor como obstáculo natural una laguna que no pueden cruzar las tropas. Luego, la línea de los tiradores es «de no menos de cien hombres» en buena posición y atrincherados. La dirección del fuego «del enemigo es buena». A pesar de todo eso nada más que dos caballos son heridos —según Viñas Ibarra— al principio y otros dos «por balas perdidas», es decir que ni siquiera se sabe si estos dos últimos fueron alcanzados por los huelguistas o

por balas propias. Pese a los cien tiradores que vomitan fuego, el ejército los rodea y luego al grito de «¡abajo la Argentina y viva Chile». Son rodeados y se inicia la lucha cuerpo a cuerpo que finaliza con el resultado conocido. De todo esto los soldados salen completamente indemnes, ni siquiera en la lucha de arma blanca los hombres de campo —que son avezados para el cuchillo— logran inferirles ni un rasguño. Y, ademas, a pesar de que «muchos de los prisioneros» son carabineros chilenos. Sobre este hecho de que son carabineros —cosa que de ser cierta conformaba un hecho gravísimo que tendría que haber originado un reclamo del gobierno argentino— no se habla más en todos los partes subsiguientes de Viñas Ibarra ni en los del teniente coronel Varela ni en el informe resumen que éste elevará al Ministerio de Guerra. Lo mismo que de los gritos a favor de Chile y contra la Argentina. Evidentemente, a todas luces se traja de «un adorno» que le ha hecho el capitán Viñas Ibarra. Porque en ningún comunicado de la Sociedad Obrera jamás hay alguna referencia a favor de Chile y sí, en cambio, en el periódico, referencias de burla tanto a los que creen en la bandera argentina como a los que creen en la bandera chilena.

Pero donde resulta más débil el parte de Viñas Ibarra es en el de las armas capturadas. Habla de por lo menos cien tiradores que atacan a las tropas, pero luego dice que fueron capturados «muchos *winchester*, revólveres, escopetas», sin especificar el número en ningún momento. Veamos lo que dicen ahora los de la otra parte. Es el relato de un peón chileno que se salvó en Punta Alta, relato que fue luego publicado profusamente por el órgano de la Federación Obrera Magallánica, *El Trabajo*, de Punta Arenas, y por las publicaciones obreras de Buenos Aires.

Dice así:

> Era el 11 o 12 de noviembre. En las soledades patagónicas muy pocas veces sabemos en qué día se vive. Un grupo de compañeros me encuentra recorriendo mi sección (4 leguas de campo) en las primeras horas de la mañana. Me informan de lo que ocurre y de la resolución de hacer paro general y me invitan a plegarme. Como tengo corazón y sentimientos de hombre, no tuvieron que esperar mi respuesta afirmativa. Al atardecer nos incorporamos a un grupo de setenta compañeros acampados en el bajo de una serranía, a orillas de un pequeño chorrillo. Las protestas por las injustas prisiones y la resolución de no volver al trabajo hasta que no los libertasen, eran generales. En los tres días siguientes se continuó recorriendo estancias y puestos, distribuidos en varias comisiones e invitando a los compañeros que aún seguían en el trabajo, los más por ignorancia de los sucesos, y arreando las caballadas que se encontraban. Al cuarto día quedó suspendida la labor. Acampados a la espera de una comisión que había retardado su regreso, fuimos sorprendidos, casi todos a pie y lejos de la caballada, por una fuerza del 10 de Caballería compuesta de unos treinta conscriptos, al mando de la hiena capitán Viñas Ibarra y varios policías. Un compañero para informarse si eran los compañeros de la comisión, según la seña convenida, hizo un disparo al aire. Bastó esto para justificar nuestro bandolerismo y los asesinatos que en seguida y días siguientes cometieron. Apresuraron su llegada las tropas y sin decir agua va, abrieron un nutrido fuego sobre nuestro campamento. No sé cuántos cayeron en esos momentos de terrible confusión. Por más que hubiéramos podido resistir a revólver y boleadoras (no teníamos más que tres *winchester*) dado nuestro número muy superior al de ellos, y presentar una resistencia que se justificaba por la bárbara actitud de las tropas, no lo intentamos porque no entraba en nuestros propósitos: se había acordado rehuir todo encuentro con las tropas para evitar la efusión de sangre y porque no era contra ellas que iba dirigida nuestra lucha: se quería hacer simples correrías que molestasen a los estancieros impidiéndoles hacer los trabajos de la época, marcación y esquila, a fin de amedrentarlos por las pérdidas que ello les ocasionaría y consiguiesen la libertad de los compañeros presos. Pero estábamos muy equivocados en nuestros cálculos, los estancieros habían decretado nuestro exterminio y tenía que llevarse a cabo a todo trance. La consigna de masacrarnos había de cumplirse irremisiblemente

con razón o sin ella. No es de extrañar hoy, pues, que los jefes y aún la tropa, conscriptos, ¡obreros e hijos de obreros!, se despojaran de todo sentido humano y se ensañaran ferozmente con hombres indefensos y rendidos y que no habíamos hecho la menor demostración de resistencia. Cuando les pareció que ya habíamos caído bastantes, y convencidos de que estaban a salvo de todo peligro, cargaron a sable. Soy incapaz de pintar el horrible cuadro. Puedes representártelo dándole los tintes más macabros, y aún así resultará muy pálido. Te aseguro que pueden haber quedado satisfechísimos del prólogo de su valiente obra; ésta y el epílogo no desmerecen nada la brillantez de aquél. El programa de ahogar en sangre las rebeldías y derechos obreros, amasado en Buenos Aires, con ligamentos de muchos miles de esterlinas, entre los Menéndez Behety, Braun, Montes y demás latifundistas patagónicos, y el gobernador del territorio y el coronel Varela, empieza a cumplirse a las mil maravillas. No pueden mostrarse disconformes los cotizantes de la masacre.

Los que quedaron vivos y en pie fueron hechos prisioneros. Los caídos, aún con vida, fueron ultimados a tiros y sablazos, según los gustos de los verdugos. Yo, herido de bala en el codo derecho y costado igual del pecho, al ver la obra de aquellas hienas enfurecidas, tuve la feliz idea de simularme cadáver, pues no valían clamores ni súplicas, tal era la ferocidad de aquellas panteras con figuras de hombres. Entre el montón de cadáveres pasé el resto del día, hasta que hecha la noche y notando tranquilidad en el campamento, empecé a arrastrarme con todo sigilo y logré llegar sin ser sentido hasta una rebolada de matas; descansé algo de las fatigas y di una pequeña tregua a los tremendos dolores que me producían las heridas, aumentados por el dificultoso arrastre. Sacando fuerzas de flaquezas y sufriendo, me parecía, aún más, tanto que me recriminaba no haberme hecho ultimar, seguí arrastrándome hasta que llegué a un terreno más abajo, una pequeña hondonada, donde me incorporé a medidas, para seguir agazapado. No sé si la fiebre o el terror me infundieron la seguridad de que de todos lados me veían, y así, aterrorizado, debilitado y casi exánime seguí huyendo sin saber hacia dónde, buscando los parajes más sombríos y quebrados. Cuando la luz del nuevo día comenzó a disipar la débil oscuridad reinante, me trajo a la mente, casi extraviada, la necesidad de buscar un buen escondite. Por suerte, me encontraba al pie de unos pedreros, y a unos ochenta metros de altura hallé unas grandes piedras con muchos huecos que deben haber sido o son buenas cuevas de leones. Me instalé en una de ellas y como mejor pude, con pedazos de camisa, me vendé las heridas del codo, enormemente inflamado y roto; la camisilla, el jersey y el chaleco servían de vendaje a la herida del pecho, que no me hacia sufrir tanto como aquélla. (Quien me asiste, un caritativo compañero algo entendido en estas cosas, teme que quizá no podré valerme como antes de mi brazo. La herida del pecho ya está curada. ¡Somos como los perros que con sólo lamerse se curan las heridas!).

Terminada la cura me dispuse a descansar a dormir. ¡Vano empeño! ¡Por primera vez en mi vida renegué de haber nacido en tierra argentina! El dolor de las heridas, la sed que me devoraba y el recuerdo y la visión de la horrible carnicería presenciada y sufrida, me impedían lograr mi intento. Mi cabeza era un escenario dantesco en que se agitaban mil espantosos fantasmas. Así estaba, cuando el ruido de una descarga vino a ahuyentar mi estupor. A ésta siguió otra y otra. Hasta muchos días después que llegaron a ésta dos compañeros de infortunio no pude saber las causas de aquellas descargas. Esos compañeros me han relatado lo que yo no pude ver el día de mi caída y días siguientes. He aquí sus datos, y de otros desgraciados como nosotros, que han conseguido salvar de la masacre en distintas partes, datos ciertos, ciertísimos y hasta jurados, porque más de uno se ha resistido a creerlos, yo no.

Cedo la palabra por un momento a un compañero que como yo, está herido en una pierna. Después de haberlos sometido —me dice— los pocos que quedaban con vida fueron puestos en hilera; preguntados por Viñas Ibarra quién era el cabecilla, nadie respondió; en efecto, no era un grupo de hombres capitaneados, sino unos cuantos compañeros que nos habíamos guarecido en ese pequeño bosquecito, a fin de resguardarnos del viento y el frío. Como no contestara ninguno, se adelantó el comisario Douglas, célebre personaje, individuo criminal que tomó parte en muchas masacres de obreros y también en ese crimen ocurrido en el Consejo de Educación, en Buenos Aires; este sujeto sindica como cabecilla al compañero Pintos, pues este compañero había obstaculizado siempre las jugadas con su prédica constante y de ahí que el comisario Douglas, que como todo policía tiene como medio de vida la coima, aprovechara la oportunidad.

Bastó una sola insinuación para que Viñas Ibarra dijera: dos pasos al frente… ap… fuego…

El compañero Pintos cayó de rodillas y como no muriera al momento, Douglas sacó su pistola y le dio el tiro que llaman de gracia. Avanzaron unos pasos más en la hilera y Douglas vuelve a conocer a otro. Esta vez era el compañero Lagos: retirado a dos pasos de la fila, Douglas le disparó dos tiros, uno que fue a herirlo en un costado y otro en el frontal. Este compañero cayó y como las heridas no eran de muerte, al volver en sí, notó que las tropas se habían retirado unos metros. Un grupo de conscriptos que estaba más cercano, juntaban y amontonaban leña. Comprendiendo el compañero Lagos que lo que se quería hacer era

quemar los cadáveres, esperó a que se alejaran unos metros más en busca de la leña y arrastrándose por entre sus compañeros yacentes, pudo internarse en el bosque y que felizmente a esa idea hoy puede contarse entre nosotros aunque en estado bastante grave. Otros compañeros que se encontraban agazapados en el bosque cuentan que un momento después llegó un camión del que sacaron palas y picos. Unos pocos compañeros que quedaban, que no habían sido pasados por las armas, pero que se les había sometido a un estado de tortura, fueron obligados a cavar una gran fosa, en la que habían de enterrarse las treinta y siete víctimas ultimadas que allí se veían. Tal vez debido a que ya se hacía de noche, el camión fue cargado con nuestros compañeros rumbo a la cárcel de Río Gallegos quedando unos cuarenta conscriptos en el lugar, encargados de finalizar la tarea.

Hasta aquí el relato del peón cuyo nombre no fue dado a conocer para que no lo identificara la policía, tanto de un lado como del otro de la cordillera. Es evidente que las dos versiones no concuerdan absolutamente en nada, aunque la del peón trae el nombre de dos víctimas que hemos podido ratificar como ciertas. También es cierto que los grupos de huelguistas disparaban un tiro al aire cuando se acercaba otro grupo, para reconocerse y orientarse. Es posible que ese tiro es el que le haya servido como pretexto a Viñas Ibarra para iniciar el baleamiento indiscriminado. La falta de víctimas en el ejército a pesar de su reducido número que hubiera podido ser rodeado fácilmente por una fuerza tres veces superior, hace más verosímil el relato del peón. Lo mismo, en la falta de mención concreta de las armas tomadas por el ejército, mientras que la versión obrera da un número preciso: tres *winchester*.

Pero sigamos con los testimonios. El capitán Viñas Ibarra caerá en evidentes contradicciones entre su informe al Ministerio de Guerra y su informe a la justicia de Gallegos.

Todos los partes de Varela y sus oficiales se caracterizan por su ambigüedad: nunca coincidirán el número de obreros «combatientes» con el número de prisioneros más el número de muertos en combate.

Repetimos que en Punta Alta Viñas Ibarra afirma que fue atacado por cien tiradores y luego del combate que tomó a 75 prisioneros y otros cincuenta lograron huir, además de cinco muertos y cuatro heridos, lo que hace un total de 134 hombres. Si bien especificará más adelante en su informe al Ministerio de Guerra que dejó algunos de esos prisioneros para comenzar el trabajo en las estancias, remite sólo «35 prisioneros» a Río Gallegos. Pero resulta que esos 35 prisioneros, según una nota enviada por el teniente coronel Varela al gobernador interino Cefaly Pandolfi, no sólo son de Punta Alta sino también de Laguna Salada, lugar donde Viñas Ibarra tomó los primeros prisioneros. Es decir, que no se sabe a ciencia cierta, por la disparidad de las cifras, el destino que dio a muchos prisioneros. Habíamos visto que Viñas Ibarra en su informe de campaña al Ministerio de Guerra señala que «entre todos los prisioneros tomados sólo encontramos un argentino reincidente, de Ushuaia, siendo el resto chilenos, entre los que se encontraban muchos carabineros, que según ellos, eran desertores, pero que más tarde pude comprobar no ser cierta esta afirmación». Esto está en flagrante contradicción con la lista de prisioneros enviada a Río Gallegos, donde de los 35 hay dos argentinos, 27 chilenos, un francés, un uruguayo, un ruso, un austríaco, tres españoles y un italiano. Además, en esa lista se agrega el

nombre de las estancias donde trabajaban como peones o en caso de ser esquilador se le agrega «ambulante». En esas listas de prisioneros de Punta Alta y Laguna Salada no figura ningún «carabinero» o «carabinero desertor». (Lo que sí es inapelable en esas listas es la referencia que de los 35 prisioneros, 33 son solteros y sólo dos casados, una prueba de la exigencia de los estancieros: no tomaban ningún peón que tuviera mujer e hijos, factor que llevó indudablemente a la despoblación de nuestro territorio patagónico).

Para finalizar con el «combate» de Punta Alta traeremos otros testimonios. El subteniente Jonas, en sus memorias, escribe que en ese lugar hubo treinta fusilados a los cuales previamente se les ató las manos con alambre.

En Puerto Natales tuvimos oportunidad de conversar con Virginio González, un anciano esquilador de 72 años, quien nos manifestó haber estado en Punta Alta en noviembre de 1921. En efecto, en la lista de prisioneros firmada por el teniente coronel Varela figura en séptimo término «*Virginio González, chileno, de 22 años, soltero, peón ambulante*».

Nos relató el anciano Virginio González que él pertenecía al grupo que dirigía nominalmente el argentino Pintos pero cuyo verdadero consejero era un alemán de nombre Otto, que apenas sabía hablar castellano, que combatió en la Primera Guerra Mundial y que había llegado apenas hacía un año a la Argentina. El alemán Otto, dos o tres españoles, y un ruso, eran los únicos que sabían algo de ideas sociales y explicaban a los chilenos las ideas anarquistas. Nos relató Virginio González que ellos supieron de la llegada de las tropas por dos compañeros que vinieron a avisarles. Que en ese momento Pintos era el único dirigente que se hallaba allí porque el alemán Otto y los otros habían salido en comisión para levantar otras estancias. Que Pintos les dijo a todos que se quedaran tranquilos porque era el ejército y no la policía. Muchos se sentaron y otros salieron al encuentro de las tropas. Uno de ellos amodo de darse a conocer o de saludo hizo un disparo al aire, método muy usado en la Patagonia de aquellos tiempos para hacer rumbear a los que se aproximan. En ese momento las tropas se desparramaron y empezaron a hacer fuego contra todos los que se habían adelantado y contra todo aquel que se moviera.

> Estuvieron tirando como enloquecidos. Nosotros —*continúa González*— nos dimos cuenta que tenían miedo y que no iban a parar hasta que gastaran todas las balas o se dieran cuenta que nosotros estábamos indefensos, porque los pocos *winchester* que teníamos se los habían llevado las comisiones que iban a levantar las estancias de las cercanías. El único que tenía un *mauser* era el alemán Otto, a quien se lo habían dado porque había estado en la guerra. El ataque del ejército causó muchas víctimas. Nosotros estuvimos tirados pegados al suelo hasta que los sargentos y el capitán Viñas nos ordenaron a los gritos que nos entregáramos con los brazos en alto. De allí nos llevaron a un corral. Al levantarnos vimos que había muchos compañeros que quedaron tirados en el suelo, tal vez muertos o heridos. Nos metieron a todos en un corral y allí iban trayendo a la carrera a sablazo limpio a los que iban agarrando individualmente. Los corrían con los caballos como quien arrea animales. Luego nos hicieron formar en fila y gritar nuestro nombre y nacionalidad. A los chilenos nos separaron aparte. Cuando le tocó el turno al compañero Pintos, el comisario Douglas gritó: «éste, mi capitán, es el cabecilla». Lo separaron y se lo llevaron. Nunca más supimos de él. Luego, en la cárcel me enteré de que el comisario Douglas lo había rematado de un tiro. A todos nos llevaron hasta la estancia «Fuentes de Coyle» donde nos metieron de nuevo en un corral y nos

hacían pasar por un brete, uno por uno, de un lado y del otro se ponían soldados y policías y nos repartían sablazos.

«Pero peor que los chilenos la pasó un obrero ruso de nombre Simón (en las listas oficiales figura Simón Mesor, ruso, de 48 años, casado, peón de la estancia "Esperanza Douglas"). *A ése lo hacían pasar tres o cuatro veces y la última lo tenía que hacer gateando en cuatro patas, y recibía unas tremendas palizas entre la algarabía y gritos de los soldados*».

Este relato coincide en casi todos sus puntos con el oído al comisario Isidro Guadarrama, cuyo testimonio lo reputamos valiosísimo por los datos fidedignos. Aunque es hombre que defiende la intervención del ejército y la justifica plenamente, no por eso deja de testimoniar todos los detalles. Sobre la acción de Punta Alta nos declaró que a los sobrevivientes se les dio una lección ejemplar. Nos relató el episodio de los bretes y que los chilotes debían pasar por en medio de los soldados que encaramados en los travesaños les daban con todas ganas. «*Más de un chilote perdió alguna oreja, había que verlos bien blanditos después de la buena sobada*».

También el relato del comisario Guadarrama coincide con el del esquilador Virginio González respecto al trato en la cárcel de Río Gallegos. Cuando llegaron a la cárcel de la capital los chilotes prisioneros recibían todas las noches, sin excepción, unas palizas de ésas que no se empardan, a manos de los guardiacárceles. Señala González que eran castigados con porras con cabezas de plomo, es decir, las mismas con que contaban los guardiacárceles del presidio de Ushuaia en esa época.

El diario *La Unión* de Río Gallegos informa en su edición del 19 de noviembre de 1921, y de acuerdo a un despacho del corresponsal en Punta Arenas, que en «*ese lugar se produjo la muerte de cien huelguistas*», número que luego rebajará a diez muertos. Por su parte, *La Unión* de Punta Arenas, diario también afecto a los intereses de los Menéndez, informa que en «el encuentro de Punta Alta se produjeron cinco huelguistas muertos, dos heridos y 140 prisioneros».

Sobre la identificación de los cadáveres, el comisario Samuel Douglas Price (sindicado como el asesino del huelguista Pintos) señala en su declaración que no pudieron reconocerlos porque se temió un ataque de otros grupos de huelguistas. Por los datos que da el comisario Douglas el encuentro se produjo en el lugar denominado Corrales Viejos de Punta Alta. Douglas habla de cinco muertos, diez heridos y 38 prisioneros, es decir, se contradice con Viñas y con Varela que hablan de 35 prisioneros. Douglas señala que de ellos treinta son chilenos mientras que las listas de los militares argentinos hablan de 27 chilenos. Quiere decir que aquí tenemos un déficit de tres chilenos que no se sabe dónde fueron a parar. Pero ya veremos que en esto que acaba de comenzar tres chilotes más o menos no cuentan. Además, Viñas Ibarra comete otra contradicción: habla de 45 prisioneros de Punta Alta remitidos a Río Gallegos, pero sólo llegan 35. En efecto, dice textualmente en su informe al Ministerio de Guerra: «Día 20: sale una comisión a Gallegos llevando 45 prisioneros tomados en el combate de Punta Alta», es decir, a Viñas Ibarra se le pierden diez

chilenos en el camino.

El diario *La Unión* de Punta Arenas señala sobre los muertos en Punta Alta

> que ha sido debidamente identificado el cadáver de Juan Nasif que ha sido conducido a esta capital pero no ha sido posible efectuar la identificación de cuatro cadáveres restantes de Punta Alta debido a que las autoridades que debían llenar este requisito legal notaron la presencia de grupos aislados de huelguistas en las cercanías y tuvieron que abandonar su tarea por temor de ser copados.[32]

Pero tal vez lo que más luz puede dar sobre los hechos de Punta Alta —por coincidir en detalle con anteriores relatos— es la carta que publica *El Trabajo* de Punta Arenas del 20 de diciembre de 1921, es decir, cinco semanas después y cuando ya se había consumado la matanza de la estancia «La Anita». Debido a este relato llegamos a conocer los nombres de otros obreros muertos por las tropas de Viñas Ibarra. Transcribimos:

> El 14 a las 5 p. m. de improviso fuimos sorprendidos por las tropas sin que nosotros hiciéramos ademán alguno en espera de lo que seríamos objeto de algunas interrogaciones pero muy luego sufrimos una gran decepción porque en vez de interrogaciones tuvimos un nutrido fuego de fusilería que infundió el más grande pánico entre nosotros. Al vernos agredidos en forma tan salvaje, el compañero Saldivia levantó una bandera en señal de que nosotros no queríamos ni pretendíamos hacer resistencia alguna y ver si así cesaban de tirar y no causar tantas víctimas pero todo fue inútil porque los «aguerridos soldados» dirigieron las bocas de sus fusiles al compañero Saldivia el que cayó después pesadamente al suelo sin vida. Cuando estos valientes vieron que los obreros continuaban en su actitud primitiva, es decir, con los brazos cruzados esperando pacientemente la muerte, se acercaron y haciéndonos formar de rodillas en el barro y agua allí existentes se procedió a allanamiento de todo cuanto llevábamos bajo pena de ser fusilados inmediatamente el que así no lo hiciera.
>
> Después que se quedaban con el dinero o prendas de valor nos hacían quemar cuanto documento importante poseíamos y hasta nuestras libretas donde comprobábamos haber hecho nuestro servicio militar. Y no nos quedaba otro temperamento que adoptar si queríamos quedar con vida. Una vez despojados no quedando ni con un pañuelo de narices, se empieza el interrogatorio con los gritos de asesinos y cuanto ultraje se les venía a la mente; preguntándonos quién era el cabecilla del movimiento cuando en realidad en este caso no había más cabecillas que ellos que asesinaban a mansalva a obreros pacíficos e inocentes de todo delito procediéndose a sacar de entre las filas a uno de nuestros compañeros para que contestara a la pregunta, pero como este camarada contestara que no sabía nada puesto que hacía un solo día que se encontraba allí fue suficiente para que el sanguinario Douglas le descerrajara un tiro en la cabeza matándolo instantáneamente. Después de consumado este crimen continuó exigiendo que le dijeran si entre los presentes estaba Pinto y como nadie contestara se acerca al grupo y por la filiación saca de entre él al mencionado compañero corriendo la misma suerte que el anterior con un pequeño cambio, que después de muerto vociferaba como un energúmeno diciéndonos: «éste era un cabecilla que los inducía a estas cosas». Al compañero Benjamín Borquez le obligó adelante de más de setenta detenidos en el sitio mencionado que sacara cuanta cosa tenía exigiéndole revólver en mano quemara todo menos un cheque que llevaba y del cual se apoderó el comisario. En resumen, todos los masacrados caídos en Punta Alta son: Félix E. Pinto, Juan Álvarez, Oscar Mancilla, Miguel Saldivia y varios otros que no recuerdo porque de los que estábamos en ese punto faltan treinta.

La denuncia de robo de las pertenencias de los peones por los soldados se repetirá en todas las regiones del territorio donde hubo fusilamientos y será corroborada por el subteniente Jonas en su denuncia pública. Lo más apetecido por los soldados de Buenos Aires eran los quillangos con que se cubrían los peones para dormir al campo raso. El único botín de guerra de las tropas eran las pertenencias de las peonadas. Un enemigo muy pobre, una guerrita muy miserable.

En fin, ¿cuántos son los muertos de Punta Alta? ¿son 37, como dice la publicación de la FORA?, ¿cinco, como dice Viñas Ibarra?, ¿treinta, como afirma el subteniente Jonas?, ¿treinta como dice el diario *El Trabajo* de Punta Arenas?, ¿cinco en Punta Alta y diez en «Fuentes de Coyle» como afirma la información oficial chilena? Nuestra investigación ha logrado sólo rescatar el nombre de seis obreros muertos: Félix E. Pinto, Juan Álvarez, Oscar Manuel Mancilla, Miguel Saldivia, Juan Nasif y Julio Nicasio Freyer (este nombre lo traerá el diario *La Unión* de Punta Arenas diciendo que era uno de los heridos en Punta Alta y que había logrado pasar la frontera, falleciendo en Punta Arenas).

Seis nombres, no muchos, pero tampoco demasiado pocos para una masa anónima. En los fusilamientos que se aproximan tendremos menos suerte.

Pero nos falta el relato más patético de lo acontecido en Laguna Salada y Punta Alta. Es el de un soldado de las tropas de Varela. Ese relato es como la simbiosis de las dos versiones: contiene lo de la versión oficial de que las tropas fueron atacadas primero por los obreros y sigue luego con la otra parte la que no dicen los informes oficiales de Varela. Es un relato ingenuo, sin ningún floripondio pero que deja bien al desnudo la crueldad y la miseria moral.

Este valioso testimonio se debe al trabajo infatigable del Centro Permanente de Historia de la ciudad de González Chávez y lo reproduciremos hasta las acciones de Laguna Salada y Punta Alta, para continuarlo después en el orden cronológico de los hechos. Dice así, textualmente, el acta levantada por los historiadores de González Chávez:

> Don Ramón Octavio Vallejos, nacido en la ciudad de Necochea el 2 de noviembre de 1900, es un antiguo vecino de Adolfo González Chávez, ya que llegó a ésta con su señor padre en el año 1909. Nos aprieta cálida y afectuosamente sus manos callosas de hombre hecho a las más diversas tareas del campo argentino. Su piel es morena y su cabello negro es cubierto en parte con un sombrero marrón de anchas alas. Tiene nariz aguileña, labios finos, nos mira con sus ojos vivamente escrutadores, pero apenas entra en conversación, su expresión es franca y la charla se hace amena. Ágil el andar, este criollo maduro, viste en el momento de nuestra visita saco marrón, pantalones grises y camisa verde oliva con corbatín negro al cuello. A nuestro requerimiento, con respecto a su actuación directa en los hechos que dieron en llamarse la Huelga de la Patagonia Trágica, nos relata textualmente: Hice el servicio militar en el 10 de Caballería de Campo de Mayo, en el año 1921, integrando el tercer escuadrón.[33] Recuerdo que ese año el clima político social del país fue sacudido por numerosas huelgas y graves enfrenamientos ya que no pasaba día sin que hubiese rumores de acuartelamiento. Al llegar el mes de noviembre nos dieron de baja a la gran mayoría. Ya vistiendo de civil, cuando festejábamos el término de la milicia, llega de improviso una orden de tomar nuevamente las armas e implementos de campaña. Hubo gran descontento, el que nos privamos de hacer llegar a nuestros superiores. El 2 de noviembre, para peor día de mi cumpleaños, embarcamos en el puerto de Buenos Aires el primer y tercer escuadrón. Lo hicimos sobre el buque «Guardia Nacional» con todos los elementos de campaña, armas y aperos, menos los caballos, los que nos fueron provistos al llegar a Río Gallegos, por los ricos de las estancias. Los oficiales que acuerdo como superiores eran el jefe Héctor Benigno Varela, el capitán Campos, el capitán Barras y Viñas y el subteniente Frugoni Miranda. Los suboficiales que más estuvieron en mi escuadrón fueron los cabos Sosa y Esperín.[34] El viaje en barco duró siete días, llegando a Río Gallegos a boca de noche del 9 de noviembre. La segunda noche nos dieron franco, fuimos casi todos al prostíbulo, ahí se armó una gran pelea con la policía, como entre los soldados era una ofensa para el escuadrón dejarse llevar preso por milicos optamos por llevarnos nosotros detenidos hasta el galpón que hacía las veces de cuartel a un sargento al que le sacamos las jinetas.
> Las mujeres del prostíbulo que estaban en buenas relaciones con los obreros rurales huelguistas nos

pusieron al tanto de la situación, ya que de parte de nuestros superiores muy poco o nada sabíamos de los motivos de nuestro traslado a aquellos lugares. También por ellas nos enteramos que casi todas las estancias pertenecían a compañías inglesas y que los patrones de dichas estancias eran precisamente quienes habían solicitado la venida de las tropas, pues estaban en desacuerdo con un arreglo que había efectuado el oficial superior Héctor Benigno Varela en otra expedición anterior por aquellos lugares.

A los pocos días nos trasladaron a una estancia cuyo nombre no recuerdo en donde nos proveyeron de caballos. Ahí nos dieron una arenga en la que nuestros superiores nos inculcaron que los obreros huelguistas eran bandoleros, que saqueaban las estancias, circunstancia por la que estaban catalogados simplemente de delincuentes y había que presentarles batalla sin cuartel en cualquier lugar en que se les encontrara. El primer entrevero lo tuvimos sobre un camino que subía un cerro de escasa altura. Los obreros nos sorprendieron desde arriba con fuego cerrado de armas cortas. Se contestó de inmediato, pero como nosotros estábamos en la parte de abajo del cerro al borde de una ladera muy rocosa nos era muy difícil hacer puntería. Esta acción duró muy pocos minutos ya que se rindieron enseguida. Con las manos en alto los llevamos a una estancia. El dueño de la estancia le entregó a nuestro jefe una lista con los nombres de los obreros, sindicados como jefes de la huelga; sé que esa noche hubo fusilamientos, porque sonaron muchos tiros, pero ni a mí ni a los demás soldados no nos tocó en esa oportunidad efectuar esa tarea. Es posible que la efectuaron los oficiales y los suboficiales: tampoco sé quiénes eran los obreros fusilados.

Salimos de esa estancia al día siguiente, creo que estábamos todavía en el mes de noviembre. Con las fechas me es imposible ubicarme a tanto tiempo de los hechos. Avanzamos varias leguas encontrándonos con un corral de palo a pique que estaba ocupado por obreros; nos recibieron con una lluvia de balas. Sabedores del poco alcance de las armas empleadas por los huelguistas, nuestros superiores nos hicieron retirar unos metros y luego empezamos a repeler el ataque. La mejor calidad y alcance de nuestras armas se hicieron sentir de inmediato ya que apareció una bandera blanca de rendición en el corral. Tomamos a todos, unos doscientos obreros. La orden era: al que se moviera, un tiro.

Los llevamos todos a la estancia de un inglés. Aquello parecía más bien un arreo. Se sentía un solo quejido por los palos y rebencazos que les propinábamos. Los rebenques que usábamos eran de tres argollas. En la estancia se hizo una clasificación de los más peligrosos de acuerdo a una lista que le dio el inglés a nuestro jefe. Los pusimos en cepos, que creo estarían hechos ya que nosotros esos artefactos no los llevábamos ni los fabricábamos, pero en las estancias siempre los había. No sé precisar el destino que corrieron estos infelices, pero les puedo asegurar que muchos fueron fusilados sin contemplaciones de ninguna clase. No recuerdo tampoco que se les hiciera sumario antes de fusilarlos, porque por lo general, las ejecuciones se efectuaban casi en seguida de tomarlos prisioneros.

En nuestro viaje de investigación de diciembre de 1972 visité la estancia Punta Alta, cuyo presidente de directorio es el señor Ernesto van Peborg. Él mismo nos atendió diciendo que ya había leído mi primera investigación acerca de los sucesos y le había interesado saber que justo allí, en su estancia, se había desarrollado el primer «combate» entre los huelguistas y una avanzada del 10 de Caballería comandados por el capitán Viñas Ibarra. El parte de éste es muy detallado así que —sobre la base de un mapa aerofotométrico— pudimos dar con el lugar aproximado, ayudados también por los datos del administrador de la estancia, señor Man, además de las constancias de los documentos de la época cuyas referencias llevábamos. El lugar de las tumbas donde se hallan los restos de Pintos y sus compañeros queda cerca de Punta del Monte (tal cual nos había marcado antes en un croquis hecho a mano el comisario Guadarrama, director de Tierras de la provincia) y donde antes habrá un corral de palo a pique. El sitio, desde el camino a Turbio, no es de fácil acceso, lo que hace necesario movilizarse con un vehículo alto.

Acerca de los fusilamientos en Punta Alta y otras referencias de la columna huelguista dirigida por Pintos recogimos tres valiosos testimonios.

El de Ángel Vargas (chileno, nacido en Valparaíso en 1905, actualmente

domiciliado en Río Gallegos, de profesión camionero) que estuvo durante el «combate» de Punta Alta. En efecto, confrontando la lista de huelguistas detenidos entregados en Río Gallegos el 21 de noviembre de 1921 bajo la firma de H. B. Varela, teniente coronel, aparece, bajo el número 15, el nombrado Ángel Vargas, chileno, 16 años de edad, soltero, domicilio ambulante.

Visitamos a Vargas en diciembre de 1972 en su domicilio de la calle Santiago del Estero, de Río Gallegos. Nos atiende pero nos señala que pese al tiempo transcurrido no quiere hablar de algunas cosas sufridas, primero porque es chileno y en segundo lugar porque todavía hay mucha gente que vive y que estuvo muy comprometida en el «*tremendo crimen que fue la represión de la segunda huelga rural*». Solamente iba a relatar su experiencia personal, en hechos, sin comentarios.

Ángel Vargas arribó en noviembre de 1921 en compañía del yugoslavo Antonio Peric Zlatar, de 18 años, «como pasajero» a la estancia «Esperanza Douglas» (ahora «Sofía») en busca de trabajo. A la mañana siguiente llegó a la estancia, encabezando un grupo, el dirigente Antonio Soto, quien hizo reunir a toda la peonada en el comedor. Lo hicieron cerca de sesenta hombres de la estancia y alrededores. Entonces Soto les hizo una arenga señalándoles que habían caído prisioneros en el puente Buitreras los dirigentes Sambucetti, Mogilnitzky y Severino Fernández y en «Las Horquetas», Graña, Oyola y Restituto Álvarez. Agregó Soto que también estaban presos en Río Gallegos «El Toscano», Ulacia y otros, y que para obtener la libertad de los presos se había resuelto declarar la huelga general. La consigna era «*Libertad o Huelga*». Luego dio instrucciones para organizar el movimiento: había que reunirse en grupos, juntar toda la gente de las estancias y llevarse la caballada.

> Me acuerdo bien de algo que dijo Soto —*continúa Vargas*— y con lo cual todavía hoy no estoy de acuerdo. Señaló que los compañeros del campo debían ir voluntariamente a la huelga y que si no se adherían, los delegados de estancias tenían que obligarlos a ir por la fuerza. Además dijo que si durante la huelga los obreros necesitaban alimentos o ropas para su subsistencia debían apropiarse de ello en los almacenes de las estancias y que por eso la Federación Obrera respondía.

Vargas hace un paréntesis y nos explica:

> Eso para mí estuvo mal, era tomar cosas que no eran nuestras. —*Luego prosigue*—: Soto —que era un hombre joven muy alto y que hablaba muy bien— nos dijo también que en las estancias que recorriéramos debíamos tomar como rehenes a los administradores, capataces, contadores y patrones. Si había mujeres en las estancias entonces había que dejar a un peón o dos para que les picara leña y carneara para que tuvieran carne. El compañero Pintos se hizo cargo de la columna. Él designaba las comisiones que iban a recorrer las estancias y a alzar la gente. Yo, recién llegado de Chile, no entendía nada de la huelga pero me plegué a la columna porque no había otra posibilidad. Después sí que me iba a arrepentir de no haberme escapado. Pintos tomó rumbo a Punta Alta, cerca de lo que hoy es Río Turbio. En el camino, en una pampita encontramos unos carritos con turcos mercachifles. Eran dos, uno se llamaba Emilio Amado. Iban barbudos. Allí, el delegado de nuestro grupo que era Ramón Lagos les hizo desatar los caballos de los carros y obligó a los turcos a acompañarnos. Uno de ellos iba a ser muerto después por las tropas del Ejército. Fue así como llegamos a Punta Alta, al lugar llamado Corrales Viejos, donde hicimos el campamento. De allí partían las comisiones para las estancias de los alrededores y luego volvían. Una tarde en que estábamos haciendo panes al rescoldo dieron la voz de alarma al grito de «¡vienen los carabineros!». Nos confundimos, porque era el ejército. Los soldados venían en descubierto, de a pie separados en 30 o 40 metros. Nos empezaron a

tirar y nosotros teníamos apenas cuatro Winchester. Me acuerdo que yo corrí hasta donde había árboles y los balazos que nos tiraban cortaban las ramas. Yo me defendía dando tremendos saltos. Un tiro me rajó la bota y me hizo una huellita en el pie. Todos nos fuimos entregando, manos arriba y así nos llevaron hasta el corral. Allí iban trayendo a los otros. Vi al comisario Douglas que tenía revólver y espadín. Los dos turcos se habían escondido entre arboles y de allí los trajo Douglas y les gritó: «¡Ah, hijos de dos matreros». Y mató a uno.[35] El otro turco empezó a gritar que no lo matara. Douglas le tiró un tiro y le rompió la clavícula y como el turco seguía gritando y pidiendo por su vida, el comisario le reconoció como un turco vendedor de Gallegos y entonces le preguntó:
«—¿Cómo estás aquí? ¿Quién te trajo?».
El turco fue derecho a Lagos y lo señaló.
El comisario Douglas le tiró a Lagos sin pestañear. Lagos cayó y gritó: «¡Ay, mi madre!». Se quedó seco. Pero la bala sólo le había rozado el cuero cabelludo.
Mientras tanto un oficial ordenó juntar leña para quemar a los muertos. Como Lagos entonces se movió, el comisario Douglas le tiró otro tiro que no llegó a herirlo (según me contó luego Lagos, la bala quedó como enrollada en el pañuelo de seda que llevaba al cuello y no pasó la pechera de la camisa). Douglas lo hizo parar de nuevo y le dijo: «en seguida te voy a arreglar». Pero ya no le tiró más.
A todos los prisioneros nos quitaron los documentos y los quemaron y a muchos le tuzaron el pelo. Teníamos que estar todos parados sin movernos con los centinelas que nos miraban; si nos movíamos nos tiraban un tiro. Durante toda la noche así. Quedamos acalambrados hasta que nos llevaron a «Fuentes de Coyle».
Allí nos pusieron frente al galpón de esquila. Fue entonces cuando vino el baile. Teníamos que pasar frente a un apuntador, que era un civil, al que había que decirle nombre, nacionalidad y estancia donde trabajaba. Cumplido eso nos decía el civil: «siga para adentro». Allí, en doble hilera estaban soldados, Guardia Blanca y policía, con sable, fusta y rebenque. Había que cruzar la cancha y entrar en los bretes. Yo vi cómo le pegaban al que iba delante mío, un hombre de edad, que se cayó y aprovecharon a darle. Yo traté de pasar a la carrera y salté sobre el viejo y no me olvido cómo un soldado cambió el sable de mano y me tiró de filo a la cara que pude cubrir con el antebrazo porque llevaba el atadito de ropa sobre el hombro pero no pude impedir que otro soldado me diera un tremendo planazo en la cara. Tan duro fue el golpe que a los tres días me salió la tira del cuero. Salí medio ciego de dolor y de rabia.
Luego nos tuvieron 50 horas sin comer ni beber formados en fila. Es cuando empezaron a elegir gente y pasaron cosas muy raras de las que no quiero hablar para no comprometerme.

Le preguntamos por la suerte de Pintos. Nos dice que

lo fusilaron cuando ellos estaban encerrados en el corral de Punta Alta. Primero le preguntaron al chileno Oscar Mansilla, que se portó muy bien porque respondió que no lo conocía. Entonces le pegaron un balazo en la espalda. Lo dejaron sufriendo hasta que el mismo Mansilla pidió que lo mataran. A Pintos lo reconoció el comisario Douglas y lo fusilaron. Alcanzó a decir «yo soy ar…». Para mí, en lo poco que lo conocí era un buen hombre. De los cien que eran aproximadamente en Punta Alta, fueron enviados alrededor de treinta a Río Gallegos.

(La lista de Varela remitiendo a los presos de Punta Alta consigna 35 nombres).

Antes de terminar nos habla de Julio Freyer, quien fue herido en Punta Alta, logró huir a Puerto Natales y de allí a Punta Arenas, donde falleció a consecuencia de una gangrena que se le produjo en la herida sufrida. Dice que Freyer era un muchacho muy alegre y que mientras estuvo en Punta Alta se hizo servir por el segundo administrador de la estancia «Esperanza Douglas», un inglés, a quien lo tenía de valet. Justo en el momento en que fueron atacados por el ejército, Freyer se estaba afeitando y el gringo le tenía el espejo y la toalla.

El segundo testigo de los hechos de Punta Alta que entrevistamos en nuestro viaje fue precisamente Antonio Peric Zlatar, yugoslavo, nacido en 1903, domiciliado en Puerto Santa Cruz y actualmente contratista de esquila. Lo encontramos en la estancia

«Carmen». Cuando llegó Soto, Peric tenía 18 años de edad y se encontraba con Ángel Vargas en la estancia «Esperanza Douglas». Nos repite las instrucciones de Soto que ya hemos transcrito, haciendo hincapié en que dijo que «*los huelguistas podían tomar las cosas de los almacenes de las estancias siempre que las necesitaran*». Pero que él es testigo de que Pintos se opuso a la requisa de mercaderías en las estancias. Da fe que éste era un hombre decente. Acerca del encuentro en Punta Alta nos dibuja el mapa del lugar: un corral alto de señaladas de vacunos, de palo a pique, con un monte de robles al lado y una vega grande al frente. Que la gente no tenía armas largas, apenas si había cuatro *winchester* en el campamento. Que cuando las tropas avanzaron, el centinela del campamento que era precisamente el chico Vargas, de 16 años, hizo un disparo al aire para dar la alarma. Que en un primer momento las tropas hicieron ondear bandera blanca pero que después empezaron a tirar. Él logró esconderse en el robledal desde donde oyó los disparos y se mantuvo allí hasta que las tropas se marcharon con los prisioneros. Allí se encontró con Freyer, quien estaba mal herido en una pierna. Lo ayudó y así cruzaron la frontera por Morro Chico a las dos de la madrugada, porque los carabineros estaban avisados y entregaban a los prófugos al ejército. La herida que tenía Freyer, en la rodilla de la pierna derecha, era grave. Lo dejó en Natales y él continuó a Punta Arenas donde permaneció un tiempo escondido.

Relata que tiempo después pudo conversar con Ravena, un hombre de edad, tuerto, que había estado con ellos en Punta Alta. Le relató que en el pozo de agua fueron puestos nueve cadáveres y que a él lo obligaron luego a taparlos con ramas. De los que Peric conocía fueron fusilados un chileno campañista de la estancia «Marckach Aike», un ruso que no se había metido para nada, un peoncito de la estancia «La Uruguaya»; Pintos; el turco Nasif, que Douglas lo mató al encontrarlo escondido en el tronco de un árbol podrido. En cuanto a Lagos, le tiró dos tiros sin matarlo, pero le quedó la marca en el cuero cabelludo.

El tercer integrante de la columna Pintos que entrevistamos en este viaje es el señor Eulogio Alonso, español, de 75 años de edad, actual propietario de los hoteles «Alonso» y «Covadonga» de Río Gallegos.

> Yo estuve en la columna de Félix Pintos —nos dice el señor Alonso— porque así me lo indicaron en la Federación Obrera cuando se inició el conflicto. Yo trabajaba en aquel tiempo en la estancia «Paso del Medio», de Ibón Noya. Salimos de Gallegos proclamando la huelga de estancia en estancia. No hubo ningún atropello ni contra vidas ni contra bienes, eso te lo puedo asegurar. Cuando se sacaba algo de los almacenes de las estancias siempre se dejaba un recibo firmado. En Punta Alta, en un lugar donde había un corral de marca, de palo a pique, muy cercano a la estancia «Punta del Monte», allí hicimos campamento. También, en las cercanías del corral había una especie de ranchito. En el grupo había dos «turcos»: Nasif, de Río Gallegos, y Amado, de Lago Argentino. El primero sería luego asesinado por las tropas. La columna nuestra iba con rumbo a la estancia «Anita» para concentrarnos todos allí con los otros grupos que iba reuniendo Antonio Soto.
>
> Milagrosamente salvé mi vida por un hecho fortuito. Ese día, el alemán Otto, otro más y yo salimos en comisión para buscar víveres a la cercana estancia «Punta del Monte». Llegamos allí y ya cerca del anochecer íbamos a salir de regreso al campamento cuando se aparece un peón de la estancia «Punta del Monte», que había estado en el campamento, de nombre Bautista y si mal no recuerdo García de apellido.

Venía huyendo y nos dijo que había caído la policía o tropa del ejército sobre el campamento y que había metido bala matando a unos cuantos. Esa tropa llegó por el lado de «Fuentes de Coyle» y había rodeado a los peones en huelga. Algunos pocos se habían salvado huyendo para Chile. Entonces resolvimos desparramarnos. Yo pensé que lo más inteligente era ir para Río Gallegos para informarme bien de lo que estaba ocurriendo. Cubrí la distancia a caballo, pude entrar a la ciudad y mantenerme escondido en la casa de un amigo, Valeriano Fernández. Sabía que me buscaban por haber salido en comisión para proclamar la huelga. Pero, con el tiempo y perdida la huelga, la persecución contra los huelguistas se fue calmando y yo gracias a la intermediación del hotelero Genaro Lafuente y del contratista de esquila Nicolich pude obtener una libreta de trabajo y comenzar a trabajar así nuevamente.
Del grupo original que acampamos en Punta Alta, murieron cinco en el tiroteo y calculo que fusilaron entre 16 y 18.

Varela no fallaba en sus métodos de ahogar la huelga en el menor tiempo posible: bala, látigo, sable, cepo. Y limpió a la Patagonia de un soplido.

Los peones patagónicos serán los que deberán pagar el pato de todo: de la crisis, de las dificultades internas que tiene Yrigoyen en la Capital, del problema de la lana y del encono originado en Río Gallegos ante el juez Viñas y José María Borrero, por un lado, y Correa Falcón y la Sociedad Rural, por el otro. Ni Viñas ni Borrero aparecen en el momento de peligro. El primero está en Buenos Aires conversando con sus correligionarios; Borrero no publica ningún periódico por el momento y está por iniciarse como estanciero por la zona de Puerto Deseado. Mientras tanto, Correa Falcón es el artífice de la victoria, es el hombre que maneja la campaña, el «clima» con que es bombardeado Buenos Aires: incendios, asesinatos, violaciones, robos; todo es desolación en la Patagonia en manos del anarquismo extranjerizante. Mientras tanto, el ejército argentino avanza al mando del comandante Varela, muchachos criollos en caballitos criollos van en busca del extranjero usurpador, del rojo, de la alimaña que quiere convertir nuestra sagrada Patria en un «inmenso potrero» (como dirá Manuel Carlés y repetirá años después el general Anaya).

Varela, mientras tanto, luego de tomar contacto con Viñas Ibarra en «Fuentes de Coyle», regresa a Gallegos:

Día 18 - En Río Gallegos, dado el aspecto que tomaba la situación, las noticias de que el movimiento subversivo se extendía hacia el norte, resolví publicar el siguiente BANDO que fue distribuido en todo el territorio:
BANDO: REPÚBLICA ARGENTINA - GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ
A los señores estancieros y mayordomos de estancias: A los efectos de propiciar el restablecimiento de la tranquilidad en la campaña para que sea posible comenzar el trabajo cuanto antes en los establecimientos, el suscripto cree en su deber significar la conveniencia de que cada uno ocupe su puesto, procurando iniciar las tareas con los elementos que se disponga por el momento, siendo necesario que cada uno contribuya a la defensa de sus intereses, ya sea repeliendo los ataques de que fuera objeto o propendiendo por los medios a su alcance a la normalización del trabajo. Deberán poner en conocimiento de sus empleados, que en lo sucesivo, toda persona que tome parte en cualquier movimiento subversivo, ya sea como instigador o adherente y a los que se encontraran en armas en las manos o hubieran hecho uso de ellas contra las personas, quedarán sujetos a la sanción de la ley que será aplicada con todo rigor.
Las estancias estarán protegidas por las tropas nacionales y todo atentado cometido contra ellas será considerado un ataque contra éste. Se recomienda especialmente averiguar con la mayor exactitud la filiación de las personas que se encuentren de tránsito por las estancias, cerciorándose en todos los casos el motivo de su paso, el objeto del viaje que realizan y los efectos que conducen, siendo un deber de los señores estancieros y administradores contribuir en la forma más eficaz a eliminar la vagancia, para lo cual

deberán prohibir terminantemente el alojamiento en los establecimientos por más de 24 horas a los llamados pasajeros, salvo en los casos que mediaran circunstancias especiales como una causa de enfermedad u otra que autorice lógicamente mayor tiempo de estadía, teniéndose en cuenta que transcurrido el tiempo establecido los pasajeros estarán obligados a ayudar a los trabajos de la estancia.

Antes del 15 de diciembre próximo y a partir de esta fecha cada primero de mes, los señores estancieros deberán remitir una lista nominal del personal que tuvieran trabajando en sus estancias, anotándose periódicamente las modificaciones que se produjeran, así como la especificación de los sueldos que ganan los obreros y las comodidades a que tienen opción y las que les son otorgadas. Queda terminantemente prohibido entenderse en lo sucesivo con representantes o miembros de sociedades obreras, las que no serán consideradas en ningún carácter legal y no deberán permitirse mantener a la vista en las estancias ni en ninguna de sus dependencias, manifiestos o cualquiera otra clase de propaganda de sociedades obreras o resistencia.

Todo obrero empleado de las estancias, deberá estar matriculado en la policía donde deberá muñirse del correspondiente justificativo, en el que se hará constar filiación y antecedentes, requisitos indispensables para ser admitido, sin el cual no serán aceptados, debiendo los señores estancieros y administradores exigir para el ingreso de todo trabajador, la presentación del expresado documento en el que están obligados a anotar fecha de entrada al trabajo, ocupación, sueldo que se les asigna y al dejar el trabajo, fecha de salida y forma en que fueron pagados sus haberes, qué tiempo ha permanecido en el empleo anterior y causa de su cesantía, certificada por el patrón que hubiera tenido.

Aparte de las presentes disposiciones, todos los hacendados del territorio están obligados moralmente a cooperar con sus informaciones a la policía, en defensa de sus propios intereses y los de la sociedad, como ejercicio de sincero patriotismo, por el bien del orden público, por el respeto de la soberanía nacional y el afianzamiento del progreso general del país. Río Gallegos, 22 de noviembre de 1921. Héctor B. Varela. Teniente Coronel - Jefe C. 10.

Éste es un documento que muestra claramente que el ejército argentino tomaba partido por los estancieros declarando enemigos a los obreros: lisa y llanamente decreta la desaparición de los sindicatos en la Patagonia. No viene a pacificar sino a derrotar a los huelguistas, cierra sus organizaciones pero no hace lo mismo con la Sociedad Rural. No pregunta quién tiene razón o por qué hacen huelga, no pregunta si los patrones cumplieron o no el convenio de trabajo que él mismo, el propio Varela, había logrado con su primera expedición. Le otorga poderes omnímodos a los patrones dándoles el derecho de obligar al peón pasajero a que no se quede más de 24 horas en su estancia.

Este documento no deja lugar a dudas, borra todos los derechos obreros conquistados durante luchas de muchos años y los somete al arbitrio del patrón y del policía al obligar al trabajador a matricularse en la comisaria. Varela no podía ignorar —y hasta lo escribe varias veces— que la policía era inmoral, que vivía de sobornos y que, por supuesto, era un agente uniformado del latifundista de la región.

¿Con qué derecho legisla Varela, quién le da poder para imponer un bando si ni el Congreso, ni siquiera el Poder Ejecutivo, han establecido el estado de sitio para ese territorio?

No creemos que Varela haya tomado esas medidas por su cuenta y riesgo; evidentemente traía instrucciones precisas en ese sentido. En ningún momento Yrigoyen desautorizó esas medidas, y menos la que se aproximaba, la instauración de la pena de muerte sin juicio previo.

Mientras tanto, Outerelo y su gente se habían lanzado a la gran patriada: la ocupación

de Paso Ibáñez —hoy Comandante Piedra Buena— población cercana a Puerto Santa Cruz, de unos ochocientos habitantes.

El 16 de noviembre irrumpen a caballo en Paso Ibáñez alrededor de cuatrocientos huelguistas.

Vienen con muchos rehenes —estancieros, administradores y hasta el propio gerente del frigorífico «Armour»— a quienes concentran en el cine de la localidad.

El hecho causa pavor en el cercano Puerto Santa Cruz donde está el crucero «Almirante Brown» resguardando el citado frigorífico. Se preparan de inmediato los hombres de la Guardia Blanca bajo las órdenes del abogado y escribano Sicardi, la policía del comisario Sotuyo y la marinería. Avanzan sobre Paso Ibáñez por el sur del río Santa Cruz y observan con lentes largavistas, a través del río, el movimiento de los huelguistas en la población. Outerelo decide resistir. Coloca a la entrada, en la calle principal y a lo largo de la ribera del río, fardos de lana y como la marinería comienza a hacer fuego de armas largas, ordena formar a los policías prisioneros y a los estancieros con fama de explotadores delante de los fardos.

Esto detiene el ataque. La oportunidad es aprovechada por Outerelo para enviar una comisión obrera y dos rehenes hasta Puerto Santa Cruz y así tratar de llegar a un arreglo satisfactorio.

Elevan bandera blanca. Únicamente piden la libertad de los detenidos, el regreso de los deportados, el reembarco de los obreros «libres» y la firma del pliego de condiciones. Pero el comandante del «Brown» se lava las manos; dice que él no tiene poderes para parlamentar. Les insinúa que pasen todos al sur del río Santa Cruz y se rindan. Pero Outerelo no quiere terminar todo en forma tan barata, aunque la realidad es que carece de armas y municiones para resistir ante cualquier ataque armado. El mismo diario *La Unión* se muestra optimista en ese sentido, ya que anuncia que los huelguistas no tienen armas.

La marina reinicia el fuego graneado sobre los huelguistas de Paso Ibáñez. Es así como matan a un rehén. Por supuesto, esa muerte será achacada a la gente de Outerelo, pero, en un juicio posterior por indemnización llevado a cabo por la esposa del muerto —un administrador de estancia— contra la Marina de Guerra, sale a la luz la verdad. Por expediente del 10 de enero de 1922, Ministerio del Interior, núm. 429, Angelina Crocce de Molina pide una subvención por la muerte de su esposo Pablo Molina, muerto «por tropas de marinería del Guardacostas “Almirante Brown” en la refriega del 21 de noviembre de 1921, en Paso Ibáñez». Se comprueba por declaraciones de los dueños de la estancia presos por los huelguistas que Molina murió «herido por un proyectil de *mauser* disparado por las fuerzas del mar». Los testimonios son interesantes; entre otras cosas dicen que el herido fue atendido de inmediato por el segundo de Outerelo, el cabecilla José Escoubiéres, chileno. Y que durante la ocupación de Paso Ibáñez, los «*huelguistas no estaban ebrios sino en estado normal*».

Varela, desde Río Gallegos, intercambia mensajes con el comandante del

«Almirante Brown», quien le pide que se traslade a Puerto Santa Cruz para dirigir personalmente las operaciones. Varela llegará el 23 de noviembre a Paso Ibáñez. Mientras tanto, en Puerto Santa Cruz el comisario Sotuyo persigue a todo aquel que no es declaradamente partidario de los patrones y para poder encarcelar, sobornar y asesinar inventa un complot, que es anunciado por *La Unión* de Gallegos en forma escalofriante:

> Ha sido descubierta en esta población —Puerto Santa Cruz— una sociedad secreta rusa de tendencia anarquista secuestrándose los estatutos así como cantidades de manifiestos, pólvora, azufre y otros efectos, en cuyos manifiestos se incita a la violencia y a la destrucción. Este elemento fue traído por el frigorífico «Armour» el año pasado habiendo quedado abandonado en esta población cuando la declaración de la huelga pasada. Hoy será constituida la Liga Patriótica de Puerto Santa Cruz —hasta ese momento sólo estaba constituida la Asociación Pro Patria— por cuya organización siéntese el mayor entusiasmo. Los gerentes de las casas de comercio, los empleados y todo el elemento sano de este pueblo presta su ayuda a la policía encontrándose dispuesto en avanzadas de este pueblo por los temores de un posible ataque de los bandoleros, encargándose de la conducción de las tropas y demás servicios urgentes. El subcomisario Sotuyo trata con energía de asegurar el orden y la tranquilidad.

Si Outerelo hubiera aprovechado esos tres días para ocupar Puerto Santa Cruz, lo habría conseguido sin mayores dificultades por el número de la gente. Pero no tiene armas ni municiones, sólo algunos revólveres de poco calibre y algunos *winchester*.

Cuando llega Varela frente a Paso Ibáñez, una delegación de huelguista y de estancieros rehenes le solicita que se traslade a ese lugar para conferenciar y llegar a un arreglo.

Y Varela, con una valentía a toda prueba, acepta. El coronel Schweizer, en aquel tiempo teniente primero y ayudante de Varela, nos ha relatado aquel episodio vivido. Cuando Varela conoce el deseo de los peones de parlamentar se dirige él mismo con la sola compañía del teniente Schweizer y del inspector gerente de «La Anónima», señor Hirsch —éste en representación de comerciantes y hacendados— a Paso Ibáñez. Allí son recibidos por los dirigentes obreros Outerelo, Avendaño, García y un cuarto a quien todos conocían solamente por «el norteamericano». Varela se mete en la boca del lobo; a su paso, la peonada alzada lo mira con expresión torva. Hay ostentación de armas (facones a la cintura, alguno que otro rifle) y han hecho formar a los rehenes —todos hombres— frente a los fardos de lana como para que el comandante vea bien a qué se arriesga si empiezan los tiros. Los obreros llevan a Varela y a sus dos acompañantes a un galponcito de chapa. Es el momento en que Varela se juega. Uno de los sindicalistas —Avendaño— lleva sombrero puesto y Varela le dice a quemarropa: «¿No sabe usted que a un oficial de la Nación no se le habla con sobrero puesto?». Y se produce lo esperado. Avendaño balbucea disculpas y se quita el sombrero. Con eso, Varela se había dado cuenta de que esos hombres no querían guerra sino que esperaban desesperados llegar a un arreglo. Parlamentan: los obreros ofrecen la terminación de la huelga y la devolución de los rehenes siempre que se acepten estas condiciones:

1. Devolución de todos los deportados y libertad de todos los presos por cuestiones sociales que han sido detenidos desde el 25 de octubre del corriente año en toda la costa patagónica.
2. Retiro de toda la costa patagónica y regreso a sus puntos de partida de todos los trabajadores titulados del «trabajo libre» y de aquellos que hayan traicionado en la presente huelga.
3. Reconocimiento, sin discusión, por parte de los comerciantes de que les fue remitida una nota en el mes de julio por la Federación Obrera del Puerto Santa Cruz.
4. Firma de los estancieros de un pliego de condiciones que se halla en poder de los mismos.
5. No tomar represalias contra ningún obrero de los que hayan tomado parte en el actual movimiento.

Cinco puntos para discutir. Outerelo sabe que para negociar hay que pedir cinco para obtener la mitad.

Varela, como toda respuesta, les dice: rendición incondicional. Está ahí, solo, a pocos metros hay medio millar de sublevados y sin embargo Varela, con una expresión en la que exagera su desprecio por esos indecisos dirigentes repite: rendición incondicional. Y les entrega el bando de la muerte: fusilamiento.

Outerelo, Avendaño, García y «el norteamericano» con el papel de la muerte en la mano se retiran para hablar con su gente. Entonces Varela les propone a Schweizer y a Hirsch un ataque por sorpresa ahí mismo. Él lleva un revólver escondido y en cuanto se aparezcan de nuevo los dirigentes podrán eliminarlos. Eliminados los cabecillas, el chilotaje se entregará inmediatamente y podrán ser salvados así los rehenes, se evitará la posible muerte de soldados y la destrucción del pueblo. Hombre de cojones este Varela.

El joven teniente Schweizer le responde que si es una orden él tiene que obedecer. Pero Hirsch le ruega no hacerlo, le dice que tiene familia que lo está esperando en Santa Cruz y que de proceder así, los chilotes lo despedazarían; así, sintiéndose mal, le ruega a Varela una y otra vez que no haga eso. Aquél se dirige a Schweizer y con absoluto desprecio le dice: «Vio teniente primero, no se puede venir con civiles a tratar estas cosas».

Por su parte, el dirigente Avendaño quiere arreglar a toda costa. Outerelo piensa en los compañeros de otras regiones que mantienen el paro y sigue insistiendo en proseguir la huelga y no dejarse atemorizar por el bando. Al final, hay un entendimiento entre los dirigentes: hacer por la noche una asamblea y aceptar lo que la mayoría disponga. Pero, para calmar a Varela, liberarán a los rehenes de inmediato.

Varela no afloja y les dice: «Si no se rinden incondicionalmente a mí no me va a temblar la mano». Y se retira, tieso, como tratando de crecer en su pequeña estatura. Allí, Varela había ganado su guerra.

El bando que Varela entregó a los huelguistas de Paso Ibáñez y que sirvió para marcar toda la conducta de la actuación del ejército argentino en la Patagonia estuvo redactado en los siguientes términos:

> Habiendo estudiado detenidamente las bases de arreglo presentadas por ustedes debo comunicarles que en tales condiciones no puedo aceptarlas porque dada la naturaleza de lo que en ella solicitan, escapan a mis atribuciones por encontrarse fuera de la Ley.
> Si ustedes aceptan someterse incondicionalmente en este momento, haciéndome entrega de los prisioneros, de todas las caballadas que tengan en su poder, presentándoseme con sus armas, les daré toda clase de garantías para ustedes y sus familias, comprometiéndome a hacerles justicia en las reclamaciones que debieran que hacer contra las autoridades, como asimismo arreglar la situación de vida para en adelante de todos los trabajadores en general.
> Si dentro de 24 horas de recibidas por ustedes la presente comunicaron no recibo contestación de que ustedes aceptan el sometimiento incondicional de todos los huelguistas levantados en armas en Territorio de Santa Cruz, procederé:
> 1. A someterlos por la fuerza, ordenando a los oficiales del ejército que mandan las tropas a mis órdenes, que los consideren como enemigos del país en que viven.
> 2. Hacer responsable de la vida de cada una de las personas que en este momento mantienen ustedes por la fuerza en forma de prisioneros, así como también de las desgracias que pudieran ocurrir en la población que ustedes ocupan y las que ocuparán en lo sucesivo.
> 3. Toda persona que se encuentre con armas en la mano y no cuente con una autorización escrita firmada por el suscripto será castigada con toda severidad.
> 4. El que dispare un tiro en contra de las tropas, será fusilado en donde se le encuentre.
> 5. Si para someterlos se hace necesario el empleo de las armas por parte de las tropas, prevéngoles que una vez iniciado el combate no habrá parlamento ni suspensión de hostilidades.
>
> Firmado: VARELA, teniente coronel, jefe C. 10

Éste es el bando que impone el ejército argentino para reprimir una huelga. Durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen. En el punto 5 se estatuye el fusilamiento de prisioneros, es decir, una aberración del derecho, de las leyes y de la Constitución Nacional, que en otros aspectos tanto cuidó Yrigoyen. Pero, evidentemente, cuando las papas queman todos tiran las leyes y la Constitución por la ventana.

Los huelguistas, sin armas casi, como gesto de conciliación envían a todos los rehenes hacia la otra orilla, los que son recibidos por Varela. Es una especie de gesto de sometimiento. Pero Varela no busca la pacificación sino la rendición total. Se ha dado cuenta de que sus «enemigos» no quieren pelea. En efecto, los centenares de peones huyen en camiones, autos y de a caballo y dejan Paso Ibáñez con casi todas las mercaderías de las que se habían apropiado en un primer momento. Avendaño huye hacia Río Chico con el grupo, que buscará entregarse al ejército en la oportunidad más propicia. Outerelo, que sigue porfiando en ganar la huelga, va en busca de los grupos de San Julián, concentrándose en la estancia «Bella Vista», en Cañadón León (Gregores) para intentar algo con la gente de Albino Argüelles.

> Esta retirada en orden —*dirá Varela en su informe*— haciendo caso omiso de mi comunicación y los ofrecimientos que en la misma les hacía si se entregaban, constituía de por sí la aceptación del combate, el desafío a las tropas del ejército en campo abierto.

Es decir, los consideraba en combate; y, para combate, el artículo 5 del bando por

el cual no valía ya el parlamento ni la suspensión de hostilidades; pena de muerte lisa y llana al que no pudiera escaparse. Piedra libre para el ejército.

Varela cruza el río y ocupa Paso Ibáñez.

Mientras tanto, el capitán Anaya había desembarcado en San Julián con nuevas fuerzas traídas de Buenos Aires. Venía con cinco oficiales (incluido él), 18 suboficiales y 45 soldados, que constituían el 4.º escuadrón del Regimiento 10 de Caballería, integrado por una sección de ametralladoras a lomo. (Nótese el alto número de suboficiales que traía comparado con el número de soldados).

Y aquí hay un mensaje clave que nos habla de las instrucciones que Varela dio a sus oficiales. Anaya recibe en alta mar, a bordo del «Guardia Nacional», el siguiente despacho:

> Capitán Anaya: Debe usted marchar dirección Lago Viedma, margen izquierda Río Chico y Río Chalia. Revoltosos se retiran de Paso Ibáñez hacia el oeste. Trate de cortarles retirada hacia este punto. Recomiendo los cabecillas de los grupos, hay que proceder sin consideración, llevan numerosas caballadas.
> Firmado: Varela

«*Hay que proceder sin consideración*», es la orden de Varela a Anaya, «*recomiendo a los cabecillas*». Ya veremos cómo, en los «combates», en apariencia los soldados disparaban balas inteligentes porque, precisamente, morían todos los cabecillas. Anaya aplicará implacablemente las órdenes de su admirado comandante.

Varela, con sus fuerzas, marcha hacia Corpen. La gente de Avendaño, en lugar de huir directamente hacia el norte, hace una rara trayectoria: va primero a Paso Río Chico (son los que ocupan «La Anónima») y allí, a lo largo del río, se aproxima a Corpen. Y a ocho leguas de Paso Río Chico toman contacto Varela y los huelguistas. Y otra vez se produce la misma diferencia de versiones. El parte oficial de Varela decía:

> En la misma mañana continuó la persecución bajo mi dirección. Emprendiéndola hacia Río Chico por Corpen, antes de llegar a ese punto, envío un automóvil en dirección al Paso Río Chico a fin de tomar contacto con el escuadrón del capitán Anaya, que según órdenes que le transmití debía venir de esa dirección; al poco rato regresó el automóvil a darme cuenta que de Paso Río Chico venía hacia Corpen un grupo de revoltosos; más o menos cien individuos conduciendo caballada y camiones cargados de mercaderías, inmediatamente me pongo en marcha en la dirección indicada a fin de salirle al encuentro y someterlos, lo que consigo a unas ocho leguas al oeste de Paso Río Chico. Avistados los camiones se me presentan los revoltosos en línea de tiradores, hago desplegar la tropa avanzando y después de un pequeño tiroteo se entregan siendo las 14 horas tomo unos 65 prisioneros quedando en la refriega seis muertos entre ellos el cabecilla Avendaño. Además dos camiones cargados de mercaderías procedentes de las casas de Paso Ibáñez.

Como vemos, Varela no explica el «tiroteo». Él, que es tan minucioso para otros detalles, no da razones de cómo se produce el encuentro. Él va a autos y camiones. Lo mismo la avanzada de los huelguistas. ¿Cómo se produjo el topetazo? No lo dice. El hecho, como ya veremos, será muy distinto.

Como dijimos, en realidad, Avendaño y toda esa abigarrada multitud de hombres oscuros que lo acompañaba ya ni siquiera tenía voluntad de huir. Él era argentino y

uno de los que más había procurado el arreglo con los estancieros. En la asamblea de Paso Ibáñez había propuesto la entrega de los rehenes para aplacar a Varela. Así le fue.

No sabemos cuántos fusilados hubo en Río Chico ni en Paso Ibáñez. Lo que sí sabemos es que Avendaño no fue fusilado en Río Chico sino que fue llevado hasta Paso Ibáñez. Allí lo metieron en un calabozo de la comisaria. El ultimo testigo que lo vio —don Juvenal Christensen, que fue luego gerente general del «Armour» de Puerto Santa Cruz— nos ha relatado que Avendaño estaba totalmente abatido y solicitaba a todo aquél con quien podía conversar que intercediera por su vida. Lo cierto es que a la mañana siguiente lo sacaron del calabozo y no se supo nada más de él.

El informe de la FORA señala que Avendaño fue atado a un alambrado y le pegaron un tiro en la cabeza.

Otros dos dirigentes fueron fusilados en Paso Ibáñez: Antonio Alonso y Manuel Sánchez. Al primero —según el informe de la Federación Obrera Marítima— lo ataron a un poste completamente desnudo y lo apalearon varias veces para hacerlo declarar. Luego le hicieron cavar su propia fosa y lo fusilaron. Por Manuel Sánchez pidieron quinientos vecinos de Puerto Santa Cruz, Paso Ibáñez y Río Chico, pero el capitán Campos les contestó que sólo podía acceder «si algún otro se ponía en el lugar de Sánchez». Finalmente fue llevado en un auto, con suboficiales del ejército, y con destino desconocido.

Pero tal vez de todos los ajusticiamientos, el más injusto fue el del pescador español José Rogelio Ramírez, padre de cinco hijos. Si bien fue huelguista se limitó a llevar a Outerelo y Descoubiére en un automóvil requisado.

Hay un testimonio revelador (expediente V, núm. 113, año 1922, p. 1.679) del estanciero inglés Guillermo Lewis (52 años de edad con 24 de residencia en el país, dueño de la estancia «Cañadón Toro»). Dice que el 16 de noviembre de 1921 lo tomaron prisionero ocho huelguistas que iban al mando de Descoubiére y que lo trasladaron como rehén a Paso Ibáñez. Pero que a pesar de eso le permitían ir a visitar a su familia que se encontraba en la estancia «Semino». Para hacer esas visitas lo llevaba en auto el español José Rogelio Ramírez. Que cuando los huelguistas decidieron entregar todos los rehenes a Varela y embarcarlos en un cúter, José Rogelio Ramírez fue en busca de la familia de Lewis a la estancia «Semino» y llegó a tiempo para embarcarla junto a Lewis en el cúter «Alfa» con destino a Puerto Santa Cruz. Agrega Lewis que el dirigente chileno Descoubiére, durante la ocupación de Paso Ibáñez, «puso mucho empeño en medidas de orden evitando abusos en casas de familia empezando por prohibir especialmente el alcohol y que hubiera desmanes contra las familias».

Pero volvamos a José Rogelio Ramírez. Él cae prisionero de Varela en Corpen, junto con el argentino Avendaño. De allí lo trasladan a Paso Ibáñez, donde comienza el verdadero baile para él. Todas las noches le dan unas palizas de hacha y tiza para

hacerle declarar crímenes de sus compañeros de huelga. Hasta que al final se cansan, porque el gallego es muy duro y de esos que no delatan. Usan el procedimiento habitual. Lo sacan en auto a dar un paseo y, listo el pollo, un problema menos.

La viuda de Ramírez, una española —Pura Fernández— con cinco hijos pequeños, era mujer de no callarse fácilmente e hizo todo lo posible para recuperar el cadáver de su marido pero no hubo caso. Profundamente dolorida, resolvió marcharse a España.

En septiembre de 1922, el órgano de la Federación Obrera Marítima publicará una foto de la viuda de Ramírez con sus cinco hijos y acusará abiertamente del fusilamiento al teniente coronel Varela y al ejército argentino.

Deshecho el grupo de Avendaño y muerto su cabecilla, la persecución del grupo centro que comanda Outerelo iba a continuar con toda dureza hasta su exterminación total. Sigamos a las tropas de Varela. Outerelo huye hacia Cañadón León (hoy Gobernador Gregores) bordeando la margen derecha del Río Chico.

> Día 1.º de diciembre: restablecido el pasaje del río y habiéndome cerciorado por los rastros dejados que el grupo principal seguía en dirección a «Bella Vista», apresuro la marcha y continúo la persecución en esta dirección. A las 15 horas de este día y a inmediaciones de la estancia después de un corto tiroteo sometí al grupo más importante de los revoltosos y que tuvo en su poder al pueblo de Paso Ibáñez durante once días. Quedaron prisioneros 430 individuos, 4 mil caballos, unas doscientas armas largas, treinta revólveres, gran cantidad de munición, mercaderías por valor de 50 mil pesos. Resultando en la refriega doce individuos muertos, entre ellos el cabecilla Outerelo, uno de los más peligrosos y promotor del movimiento sedicioso.

Hasta ahí el escueto parte de Varela, que tiene dos detalles sugestivos: está escrito a máquina pero tiene dos correcciones hechas de puño y letra de aquél, el número de prisioneros ha sido modificado apresuradamente a 430 y el número de caballos a 4 mil, quedando ilegibles los números originales.

Del análisis de este parte de guerra podemos señalar que, a diferencia de los anteriores, Varela ni se molesta en poner que fue atacado primero por los obreros. Habla directamente de un «*corto tiroteo*» y de la muerte de doce huelguistas. Pero resulta que —según Varela— los huelguistas eran 430; en cambio, las fuerzas militares estaban integradas apenas por él, el subteniente Rafael A. Loza y 31 hombres de tropa, es decir estaban en una proporción de trece a uno. A pesar de ello la «refriega» da doce muertos —luego Loza admitirá que puede haber dos más— para los revoltosos y nada para las tropas.

Tomemos el propio diario de guerra del subteniente Loza a partir del 1.º de diciembre, es decir, el día en el que fueron muertos los dirigentes de la huelga de la zona centro del territorio santacruceño. Dice Loza:

> Se continuó la persecución hasta que siendo las 15 horas se avistó un automóvil internado en la pampa que al notar nuestra presencia intentó huir pero se le dio alcance. Este automóvil llevaba como pasajeros a los espías del grupo. Éstos fueron tomados prisioneros y obligados a conducir la columna al sitio en donde se hallaba el campamento al cual pertenecían. Después de 20 minutos de marcha, a unos cien metros del Cañadón de los Leones, el campamento quedó a la vista y se tomaron las disposiciones para el combate para el caso de resistencia. El fuego fue abierto por parte de los revoltosos desde el cerro más próximo y

contestado por la subdivisión del cabo Díaz. El tiroteo duró a lo sumo cinco minutos, quedando en el terreno doce [*nota del autor: esta cifra está corregida con tinta, modificando una cifra escrita a máquina, que parece ser ocho*] muertos entre los cuales se encontraba el jefe principal del grupo, Ramón Outerelo. Por las informaciones recogidas deben haber muerto dos más que se internaron heridos en los matorrales. Después de la rendición se procedió a darle libertad a los estancieros tomados por los cabecillas y deslindar responsabilidades dentro de la gente que formaba el grupo, estableciéndose dos separaciones, una de los prisioneros peligrosos y otra de prisioneros leves. La primera compuesta por cabecillas e individuos que habían tomado parte en comisiones y dirigido asaltos en casas de comercio y particulares, en la segunda se encontraban los individuos que habían sido arrestados por los primeros.

Se procedió a hacer una requisa general de armas y municiones y un depósito de mercaderías y objetos robados. Se nombró un servicio de centinelas para el cuidado de los presos y un servicio de caballerizos para el cuidado de la caballada ajena, que alcanzaba más o menos a la cantidad de 4 mil animales. La cifra de prisioneros tomados alcanzaba a 430 hombres.

Esta acción había determinado ya el triunfo de la misión Varela. Con la total derrota de Outerelo, el «coordinador» del movimiento huelguístico, quedaban divididos los obreros de Santa Cruz. Restaba Soto, pegado a la cordillera, en el sur, y José Font, «Facón Grande», en el norte. El aguerrido Varela los iba a cazar como a mariposas pero no para coleccionarlos sino para pisarlos contra el suelo, como si fueran arañas o alimañas venenosas.

Fue muy fácil el triunfo de Varela en «Bella Vista». Demasiado fácil como para creer su parte escueto o el parte, más extenso, pero igualmente no muy creíble, del subteniente Loza.

Vamos a ir trayendo ahora otros testimonios sobre los tétricos episodios de la estancia «Bella Vista», en Cañadón León, hoy Gobernador Gregores.

Por ejemplo, el del general Anaya —jefe que envió al subteniente Loza hacia Cañadón León— y cuyo informe se contradice con el de Varela, especialmente en el número de muertos.

Franqueando el río —*dice Anaya*— Varela prosigue la marcha hacia «Bella Vista». Su obstinación para dar alcance a la columna de los huelguistas tiene éxito y al cabo de un par de horas de marcha sorprende a la columna por retaguardia en un alto del camino, sembrando el desconcierto. Este desconcierto adquiere aún más carácter de desastre al darse cuenta que sobre su flanco derecho se aproxima otra tropa aún más inesperada. Es el escuadrón Anaya que al ruido del tiroteo concurre a la acción aún con tiempo de intervenir en la rendición, ayudar a someterlos y participar en la depuración de responsabilidades. En esta otra refriega se toman 480 individuos, 4 mil caballos y 296 fusiles de todo tipo y calibre, abundante munición, 49 revólveres y un espléndido botín integrado por ropa, alimentos, bebidas y todo cuanto les había sido posible cargar en los establecimientos saqueados, hasta instrumentos de música Con su vida pagaron quince o veinte sujetos, entre ellos un tal Outerelo, hombre de acción y de mala reputación que capitaneaba el grupo. Larga y pesada resultó la tarea de depurar responsabilidades que siguió a la rendición incondicional. Pese a que los prisioneros se incriminaban mutuamente sus culpas y que aun en la duda se debió liberar a algún responsable, fueron remitidos convictos y confesos a 87 acusados a disposición de la justicia letrada del territorio.

Como vemos, el número de muertos no coincide ni en los mismos informes militares. Peor todavía. Antes hemos visto el informe oficial de Varela sobre la acción de «Bella Vista». Ese informe fue escrito en febrero de 1922. Pero en el parte diario que enviaba Varela al Ministerio de Guerra, señala que en la refriega hubo solamente ocho muertos. Expresa el jefe militar que

secundado por un oficial —Loza—, treinta soldados y diez particulares (entre ellos *chauffeurs* y baqueanos) realicé una batida de largo alcance a los revoltosos sorprendiendo y sometiendo a 50 leguas de Puerto Santa Cruz a 420 individuos. El ejercito se apoderó de 3 mil caballos, 260 fusiles, treinta revólveres y mercaderías por valor de 50 mil pesos en su mayoría de pertenencia de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. [*Agrega que*] resultaron ocho rebeldes muertos, entre ellos el cabecilla Outerelo.

Aquí la clave de todo será la forma en que se realizará el «combate». El corresponsal de *La Nación* informará que en la acción de Cañadón León —que tuvo lugar en la estancia «Bella Vista» de Tomás Hospitaleche el 1.º de diciembre de 1921 — sólo se disparó un tiro y que se tomaron quinientos prisioneros. Y el corresponsal de ese diario debe estar en lo cierto. No hubo ni tal combate ni tal refriega, como Varela pálidamente quiere hacer aparecer.

El coronel Schweizer —en la campaña ayudante de Varela— sostuvo en diálogo con el autor de este libro que Outerelo murió de la siguiente manera: cuando la columna huelguista se aproximaba a la estancia «Bella Vista», uno de los camiones en el que llevaban cajones con municiones y gran cantidad de vituallas se quedó sin gasolina o tuvo algún desperfecto. Llegados a la estancia, Outerelo y otros tres regresan con combustible o repuestos. Pero antes habían llegado hasta el vehículo las avanzadas de la columna Varela, las que se escondieron preparando la emboscada. Los huelguistas, con Outerelo a la cabeza, se bajaron del auto para aproximarse al camión. Allí se les dio la voz de alto y como Outerelo y su gente trataron de regresar al auto para huir, fueron muertos a tiros por los soldados de Varela. (Otra versión señala que no se les dio el alto sino que fueron baleados en cuanto se aproximaron al camión). Luego, los militares, con banderas blancas, marcharon hacia la estancia «Bella Vista», intimándoles la rendición a los huelguistas, quienes, sin jefe ya y totalmente desorientados, accedieron a entregarse. De inmediato, Varela tomó las armas y separó a los ocho responsables principales (son los que Varela consignara como caídos en la «refriega», cifra que luego corregirá para poner doce; los otros cuatro —Outerelo incluido— son los asesinados en la emboscada). Luego comenzará el jaleo. Aquí sí que se acabó la fiesta para los huelguistas. Empezará lo que el capitán Anaya señala como «depurar responsabilidades». Pero esto lo encararemos más tarde cuando analicemos el número aproximado de fusilamientos ocurridos en la estancia «Bella Vista», tal vez uno de los lugares —luego de «La Anita»— donde se fusiló más concienzudamente.

Los anarquistas le darán al episodio de «Bella Vista» una interpretación diferente; el informe publicado en *La Antorcha* dice así:

> En marcha hacia el interior, los huelguistas acamparon en un lugar bastante quebrado. Ven aproximarse varios autos, uno de ellos con bandera blanca. De uno de éstos baja el compañero Outerelo, un militar y un particular. Outerelo manifiesta a los obreros que está todo arreglado y que no había que ofrecer resistencia a las fuerzas llegadas con él, pues que los estancieros libertados habían conseguido que los policías accediesen al pedido obrero. Pero lo habían engañado villanamente o atemorizado con los fusilamientos. Hubieron compañeros, pocos, que no dieron crédito a la información y se fueron con rumbo desconocido. Fue así como hubo doscientos asesinatos y más de un martirio. Ante las seguridades dadas por Outerelo que había quedado a retaguardia para parlamentar, sabiendo que Varela los alcanzaría muy pronto, se hizo entrega de las armas y la caballada (unos 5 mil caballos).

Es decir que, según los anarquistas, Outerelo habría salido al encuentro de las tropas para negociar y regresado con un emisario militar y otro civil, arreglado las condiciones de entrega con los obreros y, una vez realizada la rendición, habría sido

fusilado por el propio Varela.

De cualquier manera, relacionando estas declaraciones con los partes militares, es posible que los «cuatro espías» en el automóvil capturado por el subteniente Loza hayan sido enviados con banderas blancas y custodia para convencer a los obreros de que se rindieran. O que no haya sido Outerelo uno de los eliminados en la emboscada del camión sino algún otro dirigente obrero. Es decir, la única duda que nos queda es si Outerelo fue muerto en la emboscada o si fue fusilado posteriormente, luego de hacer los arreglos para la rendición.

Pero lo que se demuestra en «Bella Vista» es otra vez que los obreros en ningún momento pensaron en huelga revolucionaria ni en enfrentar a las tropas del ejército, sino que, como la primera vez, esperaban que Varela les diera las soluciones esperadas.

Veamos ahora lo que ocurrió en el deslindamiento de responsabilidades como lo designa el capitán Anaya.

Primero citemos lo que afirman los anarquistas en el informe de *La Antorcha*:

> Comenzóse por seleccionar y apartar a los cabecillas por listas que tenían. Esa noche, diez de ellos permanecieron atados con alambres, desnudos,[36] a un alambrado. Por la mañana fueron fusilados una treintena de cabecillas. Salvo el compañero Camporro[37] para quien Varela tenía reservado otros horrores. Se le hizo arrancar una buena cantidad de mata negra y con ella rodear su poste de alambrado. Después, desnudo, se le amarró al mismo y previo culatazo en la cabeza se dio fuego a la mata amontonada. ¡Honremos su memoria poniendo más entusiasmo, más unión y más firmeza en nuestras luchas!
> Varela para evitar perder el tiempo que costaría abrir fosas —con falta casi absoluta de herramientas— optó por la cremación de los cadáveres. Para ello hizo arrancar gran cantidad de mata negra (única leña en el lugar) por todos los condenados a muerte y después de fusilarlos en pelotones los hacía cubrir con mata, rociar con nafta y prender fuego. Primero se los despojaba de cuanto dinero y objetos de valor tenían y se rompían y quemaban los certificados de caballos, documentos y correspondencias personales. Con las prendas se obsequiaba a soldados, *chauffeurs* y baqueanos. Así sólo quedaron 196 con vida.

Sigamos con los hechos de la estancia «Bella Vista». Veamos lo contradictorio de los despachos periodísticos. El diario La Unión de Río Gallegos decía así:

> Santa Cruz, diciembre 7 - Ampliando mi despacho anterior comunicóle que el comandante Varela al frente de treinta soldados y los señores Helmich, Saller, Dobreé y Raso como voluntarios, sorprendieron al grueso de los revoltosos mientras preparaban su campamento nocturno. El primero de los revoltosos que cayó prisionero fue el cabecilla Outerelo, exsecretario de la Federación Obrera en esta localidad y uno de los principales promotores del movimiento, quien iba acompañado de un sujeto de nacionalidad ruso. El comandante Varela avanzó decididamente y después de un breve tiroteo hizo rendir a quinientos revoltosos, requisándoles 140 armas largas entre las cuales algunos *mauser*, ochenta revólveres, más de cien mil tiros, cinco mil caballos, los automóviles, camiones y las mercaderías robadas.

El diario señala que Outerelo cayó prisionero. ¿Cómo es que luego Varela y Anaya dirán que murió en la «refriega»? Más adelante, señala el diario:

Elogiase calurosamente al comandante Varela, quien ha puesto de manifiesto su entereza, celo, habilidad y valentía, superando las esperanzas de los pobladores que, tranquilizados, aplauden su actuación. Los pobladores han llegado al convencimiento por la reciente actuación del comandante Varela, de que el culpable del actual

movimiento ha sido el gobernador Yza, quien con la tolerancia dispensada a los revoltosos del año anterior entregados por el referido jefe, dejó en plena libertad de acción a los cabecillas del actual movimiento. La opinión condena unánimemente al gobernador Yza, haciéndose indispensable la permanencia del ejército en el territorio para evitar nuevas vergüenzas como las actuales.

Y ahí está precisamente la cosa. El diario de la Sociedad Rural lo dice claramente: Varela ha superado las esperanzas de los pobladores. En efecto, los primeros sorprendidos por la increíble dureza con que Varela deshace todo lo que tenga color a obrero son, precisamente, los estancieros que, de hombre sospechado lo elevan a la categoría de héroe. Al variar la conducta de Varela, los estancieros le echaron la culpa de todo a Yza, quien seguía en Buenos Aires.

En mis conversaciones con don Edelmiro Correa Falcón (las que se prolongaron durante los años 1969 y 1970) éste me manifestó siempre, una y otra vez, que los estancieros jamás hubieran creído que Varela y sus tropas procederían tan radicalmente como lo hicieron en la segunda huelga.

Sobre la matanza de «Bella Vista» hemos logrado valiosos testimonios. Los dos primeros no son, por cierto, de la parte obrera —los dos se muestran hoy todavía partidarios de la represión y la señalan como algo dolorosamente necesario— pero guardan una loable equidistancia. El primero es el del comisario Isidro Guadarrama —un hombre que vivió hora tras hora los acontecimientos con la columna Varela y que, con una prodigiosa memoria recuerda los hechos— que sostiene que en «Bella Vista» hubo, aproximadamente, unos cuarenta peones fusilados, número con el que estaba de acuerdo también el estanciero Augusto Moy, quien fue prisionero del grupo de Outerelo y liberado después por Varela. En «Bella Vista», cuenta Guadarrama, se cometió la única violación de que él haya tenido noticia durante esta huelga. Fueron dos peones chilenos que sometieron a la hija del vasco Victoria, puestero de la estancia. Los dos chilenos cayeron borrachos al casco de la estancia en momentos en que ya se estaban «depurando» responsabilidades. El hijo del puestero hizo la denuncia y de inmediato los chilotes fueron fusilados sin pestañear.[38] El segundo testimonio pertenece a Luis Urbina, hijo de uno de los más ricos latifundistas de la Patagonia chilena y argentina. En 1971, Urbina tenía 75 años de edad y vivía en la estancia «El Tero», de los Clark. Aquél —que fue muy amigo de los oficiales Campos, Correa Morales, Frugoni y Anello— nos manifestó que el número de fusilados en «Bella Vista» y en Cañadón León (acción de Anaya que veremos más adelante) alcanzaba a setenta (unos 55 en «Bella Vista» y el resto en Cañadón León).

Después de los fusilamientos masivos en la estancia «Bella Vista» de Hospitaleche (hoy de Merelles), queda a cargo del capitán Anaya deslindar «las responsabilidades» de huelguistas y pobladores de la zona. Este militar, como tiene que continuar la persecución de la columna obrera de Albino Argüelles, iniciada en San Julián, deja en Cañadón León al teniente primero Aguirre quien, a su vez, dejará más tarde a cargo del destacamento al sargento Celestino Dapozo, del 2 de

Caballería.

Los antiguos pobladores de esa zona recuerdan todavía el nombre del sargento Dapozo, quien durante varias semanas fue el dueño de las vidas de todos los que se hallaran a su paso. Hemos conversado largamente con don Prudencio Moreno —el más antiguo de los vecinos de Gobernador Gregores— quien nos relata sus recuerdos de aquellos terribles días:

> Por esta región no pasó nada hasta que llegaron las columnas de Outerelo y Descoubiére huyendo de Paso Ibáñez —hoy Comandante Piedra Buena—. Aquí llegaron a la estancia «Bella Vista» que en aquel tiempo era de la familia Hospitaleche y que hoy pertenece a los Merelles. Allí se rindieron a Varela sin combatir y se los escarmentó ajusticiándose a muchos. El baqueano Juan Raso, poblador de la estancia «La Julia» y que guió a las tropas nacionales, salvó a muchos pidiéndole a Varela por ellos. Él aseguraba después que el número de fusilados por Varela en «Bella Vista» fue de cincuenta, casi todos los chilenos y unos seis o siete españoles. Elegidos los acusados de sindicalistas por los estancieros, se los fusiló primero, luego fueron ajusticiados muchos a los que se los separaba por la traza: quien tenía cara o presencia sospechosa, ése no contaba el cuento. Todo el tiempo se tuvo a los prisioneros atados a los alambres de los corrales. Luego que se fueron Varela, Anaya y el teniente Aguirre, quedó el sargento Dapozo a cargo del destacamento. Él recibía las denuncias de los estancieros sobre el comportamiento de gente de la zona. Está, por ejemplo, el caso de dos hermanos apodados los «Lerdo»[39] que vivían cerca de la estancia de Augusto Moy. Al hermano mayor lo vino a buscar la tropa de Varela. Cuando la esposa de «Lerdo» preguntó por qué lo llevaban, le contestaron que lo remitían en averiguación a Paso Ibáñez. Pero a Paso Ibáñez nunca llegó. Luego se supo que lo habían fusilado por el lado de Corpen.
>
> En febrero de 1922, el estanciero Augusto Moy denunció al sargento Dapozo que en el perímetro de su estancia se había asentado el otro hermano «Lerdo» al que calificó —junto a quien ya habían fusilado— como «malos vecinos». El día en que el sargento Dapozo fue a buscar al acusado, había llegado a visitarlo a éste un chilenito «verde»[40] montado en un caballito flaco. Estaba desorientado por todo lo que estaba ocurriendo y venía a pedirle consejo a «Lerdo». Tuvo mala suerte. Cuando llegó la tropa no pudo presentar la documentación que había ordenado Varela para todos los trabajadores rurales. La tropa con los dos prisioneros llegó de regreso a Cañadón León poco antes de mediodía. Al atardecer, vimos salir a «Lerdo» y al chilenito cargados con una lata de nafta cada uno y vigilados por soldados. El chilenito iba llorando. Los fusilaron poco después en una loma que daba enfrente al local de «La Anónima», junto a una mata de molle. Después los rociaron con las latas que ellos mismos habían sido obligados a cargar, y prendieron fuego. Quedaron ardiendo varias horas, se veía la fogata desde abajo. En ese lugar el sargento Dapozo hizo siempre los fusilamientos. En otra oportunidad vimos marchar a un chileno que había sido acusado por un tal Medina de haber robado un juego de sogas —apero completo de caballo— en la estancia Molinari. Cuando se levantó el destacamento militar de Dapozo los pobladores fueron a ver de puro curiosos. Había nueve osamentas. Casi todas ellas tenían todavía carne pegada a los huesos, carnes coloreando, como callos tostados, huesos pelados y zapatos patria en los pies. Estaban sobre un planchón de arena que presentaba como una costra formada al parecer por sangre, ceniza y grasa humana derretida

Acerca de la «costra» formada sobre la tierra en el lugar donde fueron quemados cadáveres nos hablaron también los estancieros Pedro Hospitaleche y Ezequiel Merelles, cuando nos señalaron los lugares donde fueron fusilados, quemados y enterrados los huelguistas en la estancia «Bella Vista».

Especial importancia tiene el relato que nos hizo el estanciero Hospitaleche el 14 de diciembre de 1972. Pedro Hospitaleche es hijo de don Tomás Hospitaleche, el estanciero dueño de «El Águila» y «El Cerrito» y administrador de «Bella Vista», y que fue el hombre que prestó incondicional apoyo a las tropas del ejército, guió al capitán Anaya hasta esta última estancia y estuvo presente en los luctuosos sucesos que se desarrollaron en ese lugar. El relato de don Pedro se compone de sus recuerdos

—estaba en la estancia «El Águila» cuando ocurrieron esos sucesos y tenía 12 años de edad— y de las conversaciones mantenidas con su padre.

> El primer contacto de los Hospitaleche con los huelguistas —nos dice el estanciero— lo tuvieron con la partida del «Rubio Pichinanga» que se presentó a la estancia «El Águila» con once peones que apuntaron con un *winchester* a mi madre, ya que mi padre se encontraba con las tropas, mas al sur. Requisaron alimentos y armas y se retiraron. Luego cayó la segunda partida al mando de Armando Camporro que traía como rehén al estanciero Augusto Moy. *Mister* Moy le pidió a Camporro entrar a «El Águila» para poder conversar con mi madre y pedirle le vigilara su estancia, que había quedado abandonada. Camporro se lo permitió y allí pasaron dos o tres horas. En mi casa estuvo todo el tiempo María Concepción Victoria, la hija del vasco Victoria y en ningún momento fue tocada por los huelguistas. La versión que se hizo correr en la estancia «Bella Vista» de que esta muchacha había sido violada por dos peones de nacionalidad chilena fue totalmente falsa. Habrá sido echada a correr por algún interesado en hacer enojar aún más al comandante Varela; lo lamento por esos chilenos que pagaron el pato pero toda la familia Hospitaleche fue testigo que a esa chica, que estaba al cuidado nuestro, no le pasó absolutamente nada.
> Mi padre y Norberto Pedernera acompañaron a las fuerzas de Elbio Carlos Anaya y las llevaron a «Bella Vista» donde ya se encontraba Varela juzgando a los huelguistas que se habían entregado sin disparar ningún tiro. Estaban encerrados en un corral. Los argentinos —había pocos campañistas— estaban aparte, entre ellos «Gorra Blanca», apodo de don Telésforo Teves. A éste lo tuvieron a mal traer pero no lo fusilaron, lo mandaron detenido. En el corral mismo donde estaba la mayoría sentenciaban a los que iban a ser ajusticiados y de allí nomás, subiendo una loma llegaban al «Cañadón de los muertos», tal como se llama hoy, y los fusilaban. En ese lugar previamente les hacían cavar las tumbas. No todos fueron muertos allí. Otros lo fueron unos tres mil metros más allá y no enterrados sino quemados con nafta sobre mata negra. Mi padre sostuvo siempre que fueron fusilados allí cincuenta huelguistas. Él y el baqueano Raso sacaron a mucha gente conocida del corral pidiendo clemencia al comandante Varela. Al «Rubio Pichinanga», a quien agarraron en Sierra Ventana lo trajeron a «Bella Vista» y lo fusilaron sin decir agua va.

El estanciero Hospitaleche también nos ha relatado la muerte del dirigente huelguista conocido por el apodo de «Vivillo».

> Fue en el boliche de «La Osamenta». Una partida militar entró al boliche y allí estaba «Vivillo» que trató de pasar por alguien que estaba de paso. De atropellada, el sargento Dapozo —hombre rápido y hábil— le preguntó: «—¿Vos sos a quien llaman el “Vivillo”?» y el otro, sorprendido respondió que sí. Ahí nomás el sargento Dapozo que llevaba una «guacha» —rebenque de cabo grueso y lonja ancha y corta— le pegó un talerazo en la cara, tan preciso que le vació un ojo. Sin darle tiempo para nada, lo llevaron al huelguista a unos 200 metros del boliche. Ahí le obligaron a cavar su propia fosa con una pala que pidieron al bolichero. Y después, el propio Dapozo lo mató a tiros de revólver.

Tanto en el relato de Pedro Hospitaleche como en el de Prudencio Moreno y en el de Miguel Isla[41] (que estuvo en «Bella Vista» con los huelguistas rendidos a las tropas y que fue salvado por el baqueano Juan Raso, que lo conocía) se confirma el caso de un español que fue llevado ante el pelotón de fusilamiento pero que recibió un solo tiro en el hombro. Fue dejado allí por muerto porque al día siguiente iban a ser quemados con gasolina. Este hombre, mal herido y completamente desnudo, se apareció días después en un puesto de Ugarte. Allí fue atendido por el puestero Montenegro, de «Las Tunas», quien le dio ropas y lo ayudó a huir a las mesetas. Ese sobreviviente trabajó luego muchos años en la estancia de Bricich, en el departamento Río Chico.

Miguel Isla nos ha relatado las últimas horas en «Bella Vista» antes de que los obreros se rindieran. Nos dice que «todos los oradores eran españoles» y que metían

«mucho barullo hablando de derechos obreros y de la igualdad de los hombres». Agrega que los obreros se rindieron sin disparar un solo tiro, creyendo que iba a ser una mera fórmula de entregar las armas y luego irse cada uno por su lado a esquilar sobre la base del convenio de Varela-Yza.

> Además nos daba confianza que con la tropa vinieran don Tomás Hospitaleche, Norberto Pedernera, el baqueano Juan Raso, etc. Jamás se nos cruzó por la mente que iban a fusilar. Pero aun así los españoles no querían saber nada de entregarse sin firmar antes un convenio con Varela. Pero todo fue muy confuso, porque en la última asamblea había como diez oradores al mismo tiempo y no se unificaban criterios. Y ya teníamos la tropa encima. Después vino el llorar: nos trataron muy rudamente. Nos tenían en los corrales sin agua y sin comida, como hacienda para el matadero. A mí me salvó don Juan Raso y certificó que yo era un buen trabajador. Hubo muchos ajusticiados pero exageran los que sostienen que fueron más de cien. Por lo que contaron los soldados y los obreros que llevaron presos para Gallegos y que estuvieron hasta el final en «Bella Vista», los muertos son cincuenta, casi todos chilenos, algunos españoles y tres o cuatro gringos, es decir, polacos o rusos. Me refiero sólo a los fusilados en «Bella Vista», que es aparte de la limpieza que hizo el sargento Dapozo del 2 de Caballería en Cañadón León.

Debemos otra vez conformarnos con números aproximados. «Bella Vista»: según Varela, doce obreros muertos en combate; según Loza, la misma cifra; según el capitán Anaya, de quince a veinte huelguistas; los anarquistas hablan de doscientos fusilados (dan, además, como cifra de sobrevivientes, 196 personas); el comisario Guadarrama, cuarenta; Luis Urbina, 55; Artemio Moreno, cincuenta fusilados; el estanciero Hospitaleche habla, también, de cincuenta fusilados; Miguel Isla, cincuenta fusilados. Como cifra final, daré el parecer de Edelmiro Correa Falcón. Él nos manifestó que de acuerdo a las conversaciones mantenidas con los estancieros de la zona de Cañadón León meses después de los hechos sangrientos, los mismos le dieron que el número aproximado era entre cuarenta y cincuenta, en su mayoría «*chilenos y alguno que otro europeo*».

Antes de historiar la total derrota de Antonio Soto en el sur cordillerano de Santa Cruz, vamos a emprenderla con la magistral página militar que inscribe el capitán Anaya al norte del río Santa Cruz. Y a fuer de reconocer, diremos que aquí la palabra limpiar alcanza su sentido lato. La caballería argentina no supo de renunciamientos y sacrificios. Fue una verdadera caza del hombre, kilómetro tras kilómetro, legua tras legua. Los muchachos uniformados supieron darle por la cabeza a los chilotes ya desparramados y muertos de miedo, a los gallegos anarcos y a esos otros, pálidos europeos, fueran alemanes, polacos o rusos.

En su parte militar refiere que el 3 de diciembre fueron detenidos por una patrulla los dirigentes huelguistas Juan Nayn, chileno, y Juan Olazán (llamado el «Rubio Pichinanga»). Que éste fue muerto «al resistirse» —ya vimos que el estanciero Hospitaleche testimonia que fue fusilado— y con respecto a Juan Nayn fue herido mortalmente al «tratar de huir». El día 4, según el capitán Anaya, fue sorprendido el dirigente huelguista llamado «El Mayor» quien se resistió y tuvo que ser muerto.

Es decir que aquí queda claro que cuando había que explicar la muerte de un dirigente se aplicaba o la ley de fugas o la ley de defensa propia. A «El Mayor» lo

liquidaron de un balazo en los sesos. Éste fue uno de los métodos que aplicó para eliminar a los elementos revoltosos: un pistoletazo en la sien, tarea que la hacían los oficiales o los suboficiales para no andar con tantas vueltas y formar pelotones de fusilamiento con los soldados. El comisario Guadamarra nos relató que uno de los que más pericia y más agallas demostró en voltear chilenos con un tiro en la cabeza fue el subteniente Frugoni Miranda, a quien ya veremos actuar en Lago Argentino, en la masacre de «La Anita».

El 5 de diciembre, según Anaya,

> se prosiguió depurando responsabilidades, clasificando caballos por estancias y restituyéndolos a sus propietarios.

Y aquí hay un párrafo interesante: los caballos que eran de propiedad de los peones huelguistas iban a parar a las tropas:

> Se reservó para el servicio de las tropas una tropilla de doscientos caballos seleccionados de entre aquellos que ostentaban el distintivo de ser propiedad de los revoltosos, lo que era fácil establecer por llevar una visible collera de cuero de capón a manera de collar, y por ser por otra parte los que se encontraban en mejor estado de cuidado y gordura.

Es lo que se llama el botín. El despojo del enemigo vencido. No sólo se los despojaba de los caballos sino también de sus pertenencias; esto lo comprobaremos cuando lleguemos a la parte de las denuncias judiciales. En ningún momento el ejército hizo entrega, por ejemplo, de las pertenencias de los fusilados (o muertos en combate). ¿A dónde fueron a parar?

El capitán Anaya y su columna continuarán la limpieza de huelguistas de toda esa zona central. Los comunicados se repetirán en cuanto a que los huelguistas agredían a las tropas y, al rechazarse el ataque, eran muertos. Los soldados, curiosamente, sólo sufrían «raspones» de balas.

La misión Anaya será enviada ahora a combatir la columna de San Julián que era comandada por el dirigente obrero de extracción socialista, Albino Argüelles, quien había organizado el paro de todas las estancias del centro santacruceño, desde la costa hasta la cordillera. Albino Argüelles era el secretario general de la Sociedad Obrera de Oficios Varios de San Julián.

Argüelles estaba aplicando una táctica de desorientación. Es decir, se movía mucho, con un grupo de varios centenares de obreros rurales, de manera de burlar a las tropas de Anaya. Éste, para dar con ellos, comenzó a aplicar un rígido sistema de interrogatorios con todos aquellos pequeños pobladores y comerciantes de campaña que de alguna manera habían apoyado a los huelguistas. Un caso típico de esos interrogatorios fue el aplicado a un comerciante español de apellido Martense. El método para hacer que diera noticias sobre el campamento obrero fue muy original. Se encargó de ello el sargento Espíndola. Hombre a quien los periódicos obreros de Buenos Aires calificarían después de «*el más sanguinario de los chacales*». El parte

militar oficial firmado por Anaya dirá lo siguiente:

> El sargento Espíndola que desempeñaba las funciones de comandante de la guardia en el vivac dio cuenta de haberse informado, por haber oído hablar dormido al detenido Martense, que éste había escondido una pieza de su automóvil para que no cayera en poder de la policía ni de las tropas y que cumpliría fielmente lo que le había prometido al jefe Albino Argüelles de hacerle llegar todas las noticias que pudieran interesarle.

Evidentemente, el sargento Espíndola era, en el lejano sur, un verdadero pionero de los métodos freudianos de interpretación de los sueños. Esa información tiene como hora las 23.45 del día 15. Cinco horas después, a las 5 del 16 de diciembre, ya al gallego lo habían ablandado. Dice el parte: «*Después de haber hecho confesar a Martense su intervención en el movimiento en el que desempeñaba las funciones de espía, desde su almacén fue enviado en busca de su automóvil, con severa consigna*». Más adelante desarrollaremos cómo se hizo confesar a Martense y su posterior fusilamiento. El escuadrón se dirigió a la estancia «Los Granaderos», de Juan B. Tirachini. Aquí fue donde Anaya escuchó por primera vez un nombre: José Font, alias «Facón Grande», quien estuvo por esa zona hace pocos días tomando contacto con los huelguistas de la zona de Cañadón León y San Julián. La casualidad lo había traído por allí, ya que tenía sus carros y chatas en Cañadón León. Él se encargaba de transportar cueros y lanas. Era el carrero más respetado por todos los estancieros debido a su honestidad y a su generosidad. Jamás se fijaba en los pesos y era mano abierta para con los que venían a pedirle ayuda. Todos los testimonios reunidos son acordes en afirmar que era un buen hombre, recto, humilde, de una palabra. Ninguno de los viejos pobladores de Deseado que lo conocieron dudan al calificarlo de persona decente y querida. Vestía como un paisano, bombachas y alpargatas, ancha faja negra a la cintura con facón cruzado, que nunca usó contra los hombres. El estanciero Iriarte lo había traído de Entre Ríos como domador y luego se independizó; le gustaba vivir libre y hacía trabajos por su cuenta. Era hombre que olvidaba agravios, pero uno no lo pudo olvidar jamás y eso lo perdió. Nos cuenta don León Soto, decano de los periodistas de Puerto Deseado, todo un tomo de historia vivida desde principios de siglo, que José Font había logrado establecerse con unas hectáreas en la zona de Bahía Laura pero que el famoso comisario garroteador Lopresti lo intimó a desalojar. José Font ni se dignó a contestar y siguió con sus labores. El policía lo detuvo, lo estaqueó, lo hizo lonjear salvajemente y le destruyó la población de su campito.

Es difícil que un hombre de ley se olvide de un agravio de esa naturaleza. Pero José Font, hombre caviloso, no urdió venganza ni puñalada trapera alguna. Luego de ser dejado en libertad volvió a su antigua profesión de carrero. Pero algo subyacía en su cerebro. Desde ese momento cambió de ambiente. Era muy difícil verlo en compañía de algún estanciero o de alguien que revistiera autoridad. En cambio, se lo veía siempre pasar sus horas libres en los hoteluchos del chilotaje, en los fogones de la gente sencilla, o en el rancho de algún domador amigo.

Cuando el gran levantamiento de 1921, las peonadas alzadas lo fueron a buscar. Era el único hombre con una autoridad moral ganada por su conducta. Él se negó varias veces, tal vez previendo la tragedia y sabiendo la fuerza de los poderosos. Pero al final se largó. En él bullía la sangre calentada a lonjazos por la policía, instrumento de los que tenían y querían más.

Para dar más luz a esta figura de «Facón Grande» traeré el testimonio logrado por el Centro Permanente de Historia de Adolfo González Chávez. Se trata de las declaraciones del señor Kuno Tschamler, de nacionalidad checoslovaca, que fue durante muchos años —y durante la huelga rural— administrador de la estancia «Santa María», de Mateo Martinovich, situada entre San Julián y Deseado. El señor Tschamler es un hombre que da la razón a la parte patronal, por eso sus declaraciones son más interesantes todavía cuando se refieren a la personalidad de José Font. Dice:

> Tengo que dejar bien aclarado que la mayoría de los peones eran llevados por la fuerza por los sediciosos, motivo por el cual la culpa de dichos peones en aquellos trágicos acontecimientos era muy relativa y los patrones así lo comprendieron. Eso sí, todos los patrones tenían una terrible antipatía a muerte contra los dirigentes. Lo que pasaba era que los delegados y dirigentes obreros rurales querían repartirse los campos para ellos, yo nunca compartí sus ideas, los consideraba simples asaltantes. Con el que yo simpatizaba era con un gaucho apodado «Facón Grande», tenía tropa de carros, era uno de los jefes de la rebelión. Nunca pude explicarme como este gaucho bueno pudo entrar en las componendas de los huelguistas; tenía un corazón de oro, ayudaba a mucha gente necesitada, a mí mismo, en una oportunidad me prestó un caballo.

Luego de describir el fusilamiento de «Facón Grande» —testimonio queya reproduciremos más adelante— sigue el administrador de la estancia «Santa María»:

> Mucha gente lamentó la muerte de este gran criollo que en infinidad de reuniones cosechaba los aplausos de la concurrencia por sus extraordinarias dotes de gran jinete: no había bagual capaz de voltearlo. «Traigan ese sarnoso» decía cuando le hablaban de un animal bellaco y de seguro que lo amansaba.

Volvamos a la estancia «Los Granaderos» de Juan Tirachini. Éste era un estanciero hecho desde abajo; con enormes sacrificios había logrado levantar su establecimiento. Y como hombre venido de abajo que logra después de muchos años de trabajo una situación acomodada, era amigo de respetar a las autoridades y sus leyes. A su establecimiento le había puesto «Los Granaderos» en recuerdo al regimiento donde él mismo había hecho el servicio militar. Y era muy amigo del coronel Martínez, jefe de ese regimiento, a quien le debió la concesión definitiva de su estancia.

Tirachini es tal vez el único poblador que ha hablado mal de «Facón Grande». En su libro de recuerdos titulado *Mi labor de medio siglo en la Patagonia*, Tirachini dice que «Facón Grande» «se las daba de matón». Pero no es el de él un testimonio valedero. Tirachini, además del comisario Lopresti, fue la segunda y última persona con la que Font tuvo problemas. José Font fue a poblar un campo que Tirachini quería vender a una sociedad que presidía un representante de capitales de Buenos Aires de apellido Casterán. Por supuesto, con ayuda de la policía, Font fue detenido y desalojado también de allí.

Sin embargo, «Facón Grande» no guardó rencor al estanciero Tirachini por este hecho. Este último, en su libro, reconoce un noble gesto de Font cuando el estanciero, desesperado, recurrió a su ayuda. A pesar del tono siempre peyorativo que emplea Tirachini, el que lee esas páginas no puede dejar de entrever la nobleza de la actitud de Font, nobleza que fue pagada con cuatro tiros.

Cuando antes de la llegada del capitán Anaya a la estancia «Los Granaderos», en diciembre de 1921, «Facón Grande» pasa en viaje hacia Cañadón León, para en lo de Tirachini para averiguar el paradero de unas lecheras de su propiedad. Sigue su marcha sin aceptar pasar la noche allí, y, al regresar, viene ya comandando la columna obrera que había estado acampando en Boca del Tigre. Es el momento en que Tirachini —cuya estancia no fue asaltada, por orden de «Facón Grande»— le pide por la vida de su amigo, el comisario Albornoz.

Albornoz no es otro que el exjefe de policía nombrado por Correa Falcón, no es otro que el organizador de la Liga Patriótica en San Julián, a quien le han hecho saltar la casa por apaleador de obreros. Uno de los hombres más odiados por los sindicalistas. Y Albornoz está allí, en su estancia, a pocos kilómetros de lo de Tirachini.

El dueño de «Los Granaderos» le pide a su examigo «Facón Grande» que demore en todo lo posible su salida para que le dé oportunidad de avisar a Albornoz que desaparezca de su establecimiento. Font accede al pedido, a pesar del odio que los huelguistas tienen al comisario. Tirachini le envía un chasque a este último, quien pone a salvo a sus dos hijas y busca él mismo refugio en unas cavernas rocosas a 200 metros de la casa, con un arma de precisión y largo alcance y bien pertrechado de proyectiles.

> Serían aproximadamente las cuatro de la tarde —cuenta el estanciero Tirachini— cuando el grupo de huelguistas hizo aparición al filo de la meseta que rodea el establecimiento de Albornoz. Al frente de los mismos se destacaba José Font, acompañado por sus dos lugartenientes; al llegar a una distancia de doscientos metros de la población, mandó hacer alto y se adelantó con sus dos compañeros. La señora de Albornoz estaba aguardándolos y al ser interrogada sobre la presencia de su esposo, respondió que dos días antes había partido con destino a San Julián; fingiendo lamentar la ausencia. Font se volvió con sus compañeros hacia el grupo y abandonó el establecimiento sin causar ninguna molestia ni exigir armas ni caballada. Así cumplía José Font la promesa que me hiciera…

Ya vamos a ver cómo pagará el comisario Albornoz este acto de nobleza. Desde el momento en que llegue Anaya será el principal perseguidor de los huelguistas y quien más duro les dé. No era hombre de sutilezas. Y a Font le pagarán en mala moneda su gauchada.

Tres días después del paso de «Facón Grande» por «Los Granaderos» llegaba Anaya y su tropa. «Facón Grande» no volverá más a esa zona, dejando a Albino Argüelles y a Pastor Aranda encargados de proseguir la huelga.

En su parte de guerra del día 15 de diciembre, Anaya señala que la estancia «Los Granaderos» de propiedad

del señor Tirachini había sido asaltada tres días antes por veinte bandoleros armados quienes le intimaron la entrega de todo el armamento que tuvieran, munición, víveres y caballada la que tuvo que salir al campo a buscar personalmente. No lo condujeron prisionero accediendo a los ruegos de su esposa quien habría tenido que quedar completamente sola.

Todo esto es totalmente distinto a lo que relata el mismo estanciero Tirachini en su libro. Font y su gente no le tocaron absolutamente nada y como queda dicho, él invitó a Font a pasar la noche, invitación que éste no aceptará —a la ida— y, de regreso, mantendrán la conversación sobre Albornoz. Lo único que dice Tirachini es que los huelguistas «encerraron sus tropillas en el corral del galpón de esquila, a 150 metros de nuestra casa».

Proseguimos con el parte de guerra de Anaya:

Requeridas noticias de los alrededores se tuvo conocimiento que el señor Juan J. Albornoz, domiciliado a cuatro leguas, en la estancia «La Aída», en compañía de su esposa, se encontraba bajo la amenaza de un ataque que llevarían a cabo los revoltosos en esos días, lo que era muy posible, teniendo en cuenta que este caballero había desempeñado las funciones de jefe de policía del territorio y contaba por este motivo con muchos enemigos entre el elemento maleante. Que su testimonio podría prestar importantes servicios a las tropas.

Como vemos, los partes del ejército llaman «*maleantes*» a los huelguistas. Por otra parte, Anaya omite decir en su escrito que los huelguistas pasaron por lo de Albornoz sin tocar nada, a pesar de la fama de apaleador que tenía este comisario.

La columna militar proseguirá la marcha hasta encontrar a los obreros; leamos el parte militar (17 de diciembre):

10.15 horas: La patrulla del flanco derecho llama la atención de haber divisado al pie de una quebrada muy a pique la existencia de un campamento donde empezaron a ladrar muchos perros. Al encaminarse en esa dirección la tropa fue recibida a tiros los que en breve se hicieron general en un frente de 500 metros, mientras gran número de individuos con armas en la mano pretendían trepar la barranca que tenían a la espalda. Tomadas las medidas necesarias para responder al fuego, se observó que desde otro grupo de piedras grandes situadas al oeste y como a dos kilómetros del campo descrito partían algunas detonaciones que fueron aumentándose hasta generalizarse en todo ese nuevo frente. En esas circunstancias el cabo primero Landa que marchaba montado como a 50 metros al frente de la sección recibió dos tiros que le mataron el caballo obligándolo a desmontarse para ponerse a salvo, corriendo hasta la posición que acababa de ocupar la sección ametralladoras a la que se ordenó abrir fuego en dirección a las pedreras a fin de intimidarlas y evitar la dispersión que ya comenzaba. La tropa que al mando del teniente Correa Morales y que desde retaguardia había sentido la intensidad del fuego apreciando difícil el momento desatendió la caballada y pretendió rodear por el norte el campamento recibiendo fuego en esas circunstancias de otro grupo de sujetos que se encontraban ocultos detrás de una quebrada.
El tiroteo se prolongó por espacio de una hora el que se ordenó suspender al apercibirse el comandante del escuadrón que se le hacían señales con una bandera blanca desde lo alto de una barranca.
12.30 horas: Se ordenó la persecución de los fugitivos a la sección del teniente Correa Morales mientras con la tropa que se consiguió reunir se procedió a rodear a los dispersos que habían trepado a las pedreras, a desarmarlos y a interrogarlos, clasificándolos por establecimiento conforme a las responsabilidades en que hubieran incurrido. *En esta tarea se trabajó por espacio de 3 horas oyéndose todavía algún disparo aislado que daba la impresión de que eran los que pretendían fugarse*.

Esta última frase da la clave de todo lo que ocurrió. Lo que en tiempos pasados se llamaba una degollina de prisioneros. Sobre el arte de degollar, los argentinos fuimos

maestros. Se degollaba por la garganta, se degollaba por la nuca. Con cuchillo afilado o con cuchillo desafilado. Con cuchillo desafilado se debía refregar bien en la garganta hasta que saltara el chorro. Por la nuca era más entretenido porque, sin morir, al desgraciado le bailoteaba la cabeza sin tendones y movía las patas cómicamente.[42] Esto del degüello fue una cosa auténticamente nuestra, aquí no hubo nada extranjerizante, no hubo ninguna influencia nociva del extranjero.

Pero estamos en 1921 y las costumbres han cambiado. Aquí, en los campos de la estancia «San José» no hay degollina propiamente dicha. Pero sí fusilamiento de prisioneros. Que es algo que encontramos repetidas veces en nuestra historia lejana y cercana.

Pero Anaya en su parte no habla en principio de muertos; lo dirá después. Le interesan más otras cosas:

> 16 horas: Clasificados los prisioneros en los tres campamentos en que habían estado organizados, debidamente asegurados, fueron conducidos hasta ellos a recoger sus equipos y para que hicieran entrega de sus armas, los que las hubieran dejado escondidas. Igual procedimiento se observó con el grupo de cabecillas que fueron sindicados como tales por la mayoría y especialmente por los estancieros y capataces que habían estado en poder de los revoltosos como rehenes.

Es decir, por propia declaración del jefe de las fuerzas militares, los verdaderos jueces para señalar quiénes eran culpables o no, eran los «estancieros y capataces». Ésa fue la conducta general de Varela y sus oficiales: lo seguiremos viendo por sus propias declaraciones y también por la acusación de los sobrevivientes y de los testigos neutrales. En efecto, muchos testimonios señalan que los estancieros no sólo marcaban a los «cabecillas» sino también a todos aquellos peones que habían sido un poco rebeldes o a aquéllos a quienes se les debía jornales. Para algunos fue muy sencillo, había que aprovechar las circunstancias y terminar con todo lo que pudiera traer problemas.

Sigamos con el parte de guerra de Anaya hasta llegar a los cadáveres, que es el último detalle que se tiene en cuenta:

> 17 horas: Se procedió a distribuirles ganado a los prisioneros, ordenándoseles ensillar, lo que efectuaron con una pasmosa lentitud dando una idea de lo difícil que les habría sido sus frecuentes cambios de campamentos por la cantidad de impedimentos que usaban y por el número de extranjeros que conducían y que acusaban no tener práctica de hombres de campo.
> 19 horas: Se pudo recién romper la marcha en dirección a la estancia «San José» donde a pesar de distar 15 kilómetros se tardaron 3 horas en llegar por los frecuentes desarreglos de equipo.
> 22 horas: Se llegó a la estancia «San José» constituyendo el depósito de prisioneros en un corral de ovejas situado a continuación del galpón de esquila y que sólo ofrecía comodidades para el escuadrón. Establecido el servicio convenientemente, la caballada fue encerrada a un potrero contiguo, dándose descanso al resto del personal que había permanecido el resto del día sin comer y excesivamente recargado de trabajo.

El 18 de diciembre se toca diana a las 4.30 de la madrugada:

> 5 horas: Se inició un prolijo registro de prisioneros, su clasificación e identificación por el comandante del escuadrón secundado por el subteniente Sidders. El teniente Correa Morales que acaba de recibirse del

servicio tomó a su cargo la organización del depósito de armas, equipo y vestuario que se le iba recogiendo a los prisioneros por comprobarse que era el resultado de sus robos.

Aquí nos detenemos para hacer hincapié en los numerosos testimonios que iremos desarrollando en el sentido de que los peones fueron despojados de sus quillangos, de sus ponchos y de su dinero, que fueron a parar como botín de soldados y policías que acompañaban a las tropas. A los peones que lograban salvar la vida los largaban peladitos, sólo con la bombacha rotosa, sin rastra ni cinturón, tratando de acomodarse el chambergo lo mejor posible, a falta de poncho.

Y por fin llegamos a los cadáveres:

5.30 horas: Salió a la Tapera de Costerán el sargento Baigorria con diez soldados con la misión de proseguir la recolección de armas iniciada la tarde anterior y dar sepultura a los cadáveres que hubieran quedado en el lugar del encuentro, previa identificación.

Hasta ahora el parte militar no habla ni del número de prisioneros ni del número de muertos. La primera cifra la dará cuando describa lo sucedido al regreso de la partida:

17 horas: Regresó la patrulla del sargento Baigorria conduciendo siete prisioneros, cinco *winchester*, dos cargueros, con provisiones y dando cuenta de haber sepultado dos muertos que eran el paraguayo Jara (a) «Tres Dedos» y el cabecilla Albino Argüelles.

Es decir, los dos dirigentes de la columna.

Pero en el telegrama que envía Anaya a Varela y al Ministerio de Guerra ya aparece un muerto más (lo envía el 20, es decir, dos días después del regreso de la partida de Baigorria. Lo que ocurrió el 19, sorprendentemente, no figura en el libro de partes, siendo el único día que falta desde que inició esta campaña de limpieza). El telegrama dice así:

Día 17: Sorprendí campamento revoltosos en campos de De La Mata Tapera de Custerán resistiéndose. En la refriega que se prolongó por espacio de tres horas resultaron muertos famosos cabecillas Albino Argüelles, paraguayo Jara «Tres Dedos», Ledezma y algunos heridos, tomándosele 2 mil caballos, 140 mulas, víveres, 55 armas largas, 61 revólveres, 129 armas de filo, vestuarios y abundantes equipos y munición. Tomáronse 193 prisioneros, quienes previamente identificados y deslindadas minuciosamente responsabilidades son puestos en libertad mediante la fianza personal de caracterizados estancieros. Los culpables y responsables voy a remitirlos a San Julián de acuerdo con las instrucciones recibidas. Caballada comienzo devolver propietarios hoy.

Aquí ya da tres muertos, pero lo que en ningún momento aclara es cuántos son los prisioneros tomados. Sólo habla de los liberados (193). Dice que «a los culpables y responsables voy a remitirlos a San Julián» pero no dice cuántos son. Además, en este parte queda absolutamente desbaratado lo que siempre sostuvo, es decir, que los huelguistas estaban perfectamente armados y municionados. Tenían 55 armas largas (para un total presumible de trescientas personas), 61 revólveres y ¡129 armas de filo! (llámese cuchillos). Quiere decir que ni siquiera se contabilizaba un cuchillo por

persona.

Dan ganas de sonreír con tristeza después de escuchar conferencias o leer sesudos artículos históricos donde se señala que los chilenos armaron a los huelguistas. Pues bien, si los armaron, lo hicieron bastante mal. Y estamos mencionando fuentes oficiales del ejército argentino. Como se ve, los mitos van cayendo solos en cuanto se descubre la verdad.

Antes de seguir con la acción de limpieza de Anaya, detengámonos en la estancia «San José». Allí, en Tapera de Casterán —cercana a la estancia «María Esther»— fueron muertos, según Anaya, solamente Albino Argüelles, Jara y Ledezma.[43]

Según don Erasmo Campos, jubilado, actualmente residente en Río Gallegos, hombre callado, de una sola pieza, curtido por los vientos patagónicos, nos relató los padecimientos de las peonadas tomadas prisioneras en «San José».

> Todos eran chilenos y españoles, salvo algunos pocos rubios europeos y tres o cuatro argentinos. Los tuvieron a culatazos en los bretes, sin comer. Era una iniquidad ver cómo se trataba a esos hombres, peor que a la hacienda. Todo paisanaje pobre, de a pie y apretujado en los corrales, esperando que los sacrificaran en cualquier momento. Yo calculo que fueron muertos alrededor de cincuenta: los señalados por los patrones como activistas y los que tenían prendas de vestir nuevas.

El comisario Guadarrama, según los datos reunidos por él meses después de terminada la campaña Varela, nos señala que el número aproximado de ejecutados en la estancia «San José» puede oscilar entre 45 y 55.

El exgobernador interino Correa Falcón no quiso abrir juicio sobre el número exacto de fusilados aunque me indicó que «era algo menor que en la estancia de Hospitaleche».

El diario *La Unión* de Río Gallegos dice en su edición del 24 de diciembre de 1921:

> Han funcionado las ametralladoras a consecuencia de lo cual el número de muertos y heridos fue numeroso.

Para ratificar más adelante: «*Fueron muertos veinte bandoleros quedando un considerable número de heridos. Los famosos cabecillas Jara (a) "El paraguayo", y Argüelles han sido muertos*».

Anaya, en ningún momento, habla de heridos, lo que hace más inverosímil que se haya tratado de un combate. ¿Fue un combate sin heridos y solamente con los dirigentes muertos? Y si hubo heridos, ¿qué se hizo de ellos?, ¿fueron asesinados o hacia dónde fueron enviados? No hay, al respecto, ningún parte del ejército ni fueron recibidos en lugar alguno para su atención.

Otra vez la enorme duda: el número de «muertos en combate» o fusilados. Cifras, nada más. Y sólo tres nombres: Argüelles, Jara, Ledezma.

La Federación Obrera Marítima logrará meses después los nombres de catorce de los fusilados en «San José» (entre ellos sólo el de un chileno, de los demás nada, ni

siquiera el nombre). La lista publicada en *La Unión del Marino* del 1.º de mayo de 1922 es la siguiente: Albino Argüelles, argentino; Alfredo Vázquez, argentino; Manuel Alba, argentino; Francisco X., argentino; Zenón Ledesma, argentino; X. Díaz, argentino; Ramón Martense, español; Maximiliano Almeira, español; X. Juaner, español; Estanislao Schuger, polaco; Miguel X., turco; Bautista Oyarzún, chileno; Manuel Jara, paraguayo y Machesky, polaco.

En su parte de guerra, más adelante, Anaya reconocerá la aplicación de la ley de fugas y fíjese el lector cómo algunos nombres coinciden entre los que da Anaya y los que proporciona el diario obrero de la Marítima. Dice Anaya textualmente en su informe al Ministerio de Guerra:

> Que debía dar cuenta que en la noche del 21 de diciembre, siendo aproximadamente las 23 horas, pretendieron fugarse ocho prisioneros de los que habían sido clasificados como rigurosos, aprovechando un descuido del centinela, el que al apercibirse hizo fuego. La guardia de prevención que estaba a cargo del cabo Díaz corrió en su persecución, logrando detener a tres de ellos y resultando muertos los cinco restantes, quienes resultaron ser Alfredo Vázquez, Orencio Alba, Pancho o Francisco Depan, Martense, Bautista Oyarzún, incidencia que ocurrió encontrándose ya presente el informante, que había también acudido al sentir el primer disparo.

Acerca de estos hechos entrevistamos al antiguo poblador Antonio Tiznao, actualmente domiciliado en Jaramillo, quien nos fue presentado por el propietario del hotel «España», señor José García. El señor Tiznao era ovejero en la estancia «San José», de Miguel Iriarte, en diciembre de 1921, en ocasión de la segunda huelga, y fue testigo presencial de los hechos. Era administrador de la estancia el señor Serapio García. Dice Tiznao:

> Una mañana, a eso de las 7, llegó una columna que dependía de Argüelles y nos llevaron a nosotros, el personal, al campamento central de Bajo Tigre y de Bajo Tigre nos sacaron a La Mata dentro de la estancia «San José», llamado Bajo Casterán. Estábamos todos allí, en campamento, cuando cayó el ejército y lo rodeó. Hubo algunos que corrieron hacia las piedras, a cubrirse y tiraron algunos tiros pero no pasó nada porque el grupo se rindió con toda facilidad. Fue cuando separaron en seguida a Argüelles y a Jara. Nosotros estábamos casi todos a pie, por eso fue fácil agarrarnos porque todavía no se había dispuesto traer los caballos. Algunos estaban durmiendo, los otros echados, conversando. Teníamos centinelas pero no nos avisaron porque los tomaron primero que todos. Los centinelas estaban lejos, cerca de la estancia, en un cerro, se habían descuidado y andaban jugando carreritas en unas vegas cercanas y cuando quisieron acordarse estaban ya en la bolsa.
>
> A Argüelles y a Jara los tuvieron poco con vida, ajusticiándolos en el mismo campamento donde los tomaron. Los fusilaron a la vista de todos garroteándolos primero con los sables. En presencia de nosotros, de todos. Murieron valientemente, no pidieron clemencia. Yo sentí porque estábamos cerquita de donde los tenían a los dos. Un teniente del ejército se aproximó y le dijo: «¿Usted es el dichoso paraguayo?». Y Jara le respondió: «Sí, precisamente soy el mismo. Yo sé lo que me va a tocar. Lo único que siento es no haberle dado un poco más al trabajo». Argüelles no dijo nada, el pobre. Antes de fusilarlos el oficial les preguntó si eran solteros o casados. Los dos eran solteros. Cuando los apuntaron, Argüelles cayó desmayado, posiblemente por los golpes recibidos y por la emoción. Argüelles no era hombre de mala idea, un buen criollo. Después les pegaron el tiro de gracia y les tiraron unas matas y trataron de quemarlos pero quedaron muy mal quemados.
>
> Después nos llevaron a la estancia «San José» y nos tuvieron en el corral de caballos. Allí separaron a los que ellos creían eran cabecillas y los fusilaron, fueron siete u ocho, a unos trescientos metros del galpón de esquila, detrás de una enorme piedra. Allí están todavía, se conservan con una cruz las tumbas, los esquiladores todos los años las cuidan. Están enterrados de a dos o de a tres juntos, de acuerdo a cómo los

iban fusilando. Ahí está, por ejemplo, Ratif, un muchacho turco, el ruso Estanislao que era cocinero de Cobos y hay varios muchachos chilenos, argentinos —como don Orencio Alba— y allí fue fusilado Martense, español, un hombre ya de edad, viejito, muy buena persona, tenía boliche y fue poblador también por aquí en lo de Feijóo. Lo fusilaron porque decían que había ayudado a los huelguistas y no fue así. El pobrecito tenía una casita de negocio en el campo y cuando nosotros estábamos en Cerro Mirador, Bajo Tigre, pasó él una vuelta por un trabajito de él y salieron los muchachos, lo atajaron y lo llevaron al campamento. Todo el mundo lo conocía, era un hombre bueno, incapaz de hacer ningún daño y por eso en seguida le dieron la libertad, para que se vaya. Pero luego lo tomó el ejército y no le creyó y lo fusilaron después de tenerlo estaqueado en el corral de caballos varios días y hacerle vejámenes para que hablara. Otro de los fusilados era un argentino, don Orencio Alba, por quien yo pondría las manos en el fuego. Dicen que lo fusilaban por cabecilla, pero vaya a saber por qué. Mire, allí valía la palabra del estanciero, la del pobre no valía nada. Lo mismo los que se salvaban era porque los reclamaba algún patrón, si no se lo fusilaba era llevado a la cárcel. Lo mismo para los hombres desconocidos, los pasajeros. Además, el castigo. Se castigaba al prisionero con lo que tenían en la mano, con el sable o hasta con alambres. Como yo trabajaba en la estancia «San José», el administrador Serapio García me eligió para que fuera con un carrito y seis militares a buscar el pilchaje que había quedado en el campamento, abandonado por los huelguistas. Todo fue cargado en sucesivos viajes y luego la tropa se hizo cargo de todo eso. Cuando se retiraron de la estancia se llevaron lo recogido.

Del que tengo el mejor recuerdo es del señor administrador de la estancia, don Serapio García, quien salvó a muchos. A los peones presos que conocía, se aproximaba al capitán Anaya y decía: «Capitán, este pobre muchacho se ha metido por ignorante» y así por el estilo, salvó a muchos. Era un hombre muy apreciado.

Del que tengo peor recuerdo es del sargento Espíndola, ése era bravísimo con los presos. Y como él había unos cuantos en la tropa. Yo no quiero abrir juicio pero a muchos, en el camino, se los fusiló sólo para quedarse con lo que llevaban. Está el caso por ejemplo de Ángel Paladino, italiano, un caso injusto, totalmente injusto. A él lo traían con otra gente hacia la estancia de Helmich, los traían a caballo, de a dos, de pronto a Paladino lo hicieron bajar del caballo, que se lo pasaron a un compañero, lo hicieron sentarse en una piedra y lo fusilaron. El lugar preciso es en el cuadrito que le llaman El Contreras, saliendo de la estancia de Ruiz como quien viene a Truncado, lo que es hoy la estancia «Los Manantiales» de Zapata. Yo estuve como puestero allí y siempre pasábamos a visitarlo con un compañero. Estaban allí sus huesos y todavía se conservaba una gorrita visera. Los restos estuvieron siempre a la descubierta al lado de la piedra redonda donde lo hicieron sentar. Cuando pasábamos le poníamos unas matitas de calafate para cubrir los huesos.

En «San José» a los que iban a fusilar los llevaban de noche. La primera vez sacaron a tres. Nosotros sentíamos las descargas de los tiros. Luego los demás.

También por esa zona están los restos de Ramón Medina, argentino. Está en lo que se llama la meseta de Maymo, cerca del destacamento policial La Sierra. Este criollo iba huyendo para el norte, con su tropilla. Le vieron la tropilla, lo esperaron y ahí nomás lo bajaron. Era quizá el destino del hombre, allí morir entre sus caballos.

Fueron cosas terribles. Al verano siguiente cayó a la estancia el hermano de don Orencio Alba. Venía rastreando la chata y los treinta caballos de su hermano, lindos caballos que habían desaparecido después del fusilamiento. Se llegó a «San José» para ver dónde se hallaba enterrado su hermano. Los muchachos de allí no nos atrevíamos a indicarle. Al final lo hicimos. Viera usted, cuando llegó al lugar, se cubrió la cara y se puso a llorar. Nunca he visto llorar así a un hombre, un criollo grandote. Es que lo fusilaron mal a don Orencio, muy mal. Yo si me encontraba alguna vez con el capitán Anaya le preguntaría: ¿qué crimen hizo ese hombre para matarlo así? Pero… claro, era el destino del hombre nomás, sí señor, qué le va a hacer.

Éste es el relato de Antonio Tiznao. Típico hombre de trabajo de nuestra Patagonia. Hombre de la tierra, parco, servicial.

En la estancia «San José» encontramos trabajando en la esquila a don Juan Andeado, de 67 años, nacido en Pichileufú, Río Negro.

Yo era muy muchacho y me tocó estar en el grupo de Argüelles y nos trajeron aquí, a esta estancia donde estoy trabajando ahora. Yo lo conocía mucho a don Orencio Alba, un hombre muy trabajador, de unos 40 años de edad. Aquí mismo lo hizo sacar el capitán Anaya y lo fusiló. Nunca se supo por qué aunque dicen que se lo señalaron los estancieros. Don Orencio era de Río Negro, nacido en Chimpay, y su familia creo

era de Médanos, provincia de Buenos Aires. Aquí también está enterrado otro conocido mío, Oyarzún, también fusilado por orden de Anaya, y Martense, un bolichero de Cerro Gorro, que nunca negó nada a ningún paisano pobre. A él lo hicieron fusilar un estanciero y un poblador que les molestaba porque decían que tenía un boliche en las tierras de ellos. A Anaya le hicieron creer que Martense estaba al servicio de los huelguistas. Aquí lo tenían estaqueado al pobre viejo, en el corral de los caballos. Lo hicieron padecer sed y lo castigaron como a una bestia. Y después, encima, lo fusilaron porque no podían justificar lo que habían hecho. Al pobre viejo se le doblaban las piernas cuando le pegaron los tiros, estaba todo estropeado por la estaqueada.

Después de visitar la casa grande y el galpón de esquila de la estancia «San José», nos dirigimos hacia donde están las tumbas de los fusilados en la huelga, a unos 400 metros de allí, en dirección a una enorme roca que domina el panorama. Como de allí obtuvimos un cráneo con el clásico tiro de gracia, decidimos levantar un acta que fue redactada en los siguientes términos:

El catorce de enero de mil novecientos setenta y cuatro, en la municipalidad de Puerto Deseado se presentan los señores Leandro Manzo, director de Cultura de la provincia de Santa Cruz; Norberto Silvio Duran, empleado de la misma dirección; Mario Echeverría, profesor de la escuela salesiana de Río Gallegos; Héctor Alberto Fente, empleado del Consejo Agrario Provincial de Santa Cruz y el historiador Osvaldo Bayer, y dicen: que el día jueves 10 del corriente mes, en campos de la estancia «San José», en la ruta provincial 501, en el área sudoeste del Departamento de Deseado, en un faldeo al este del galpón de esquila, en un cementerio rural identificado por la gente del lugar como «cementerio de los fusilados» en donde hay una cruz arriba con la siguiente inscripción «*1921. A los Caídos por la Livertá*», más abajo como a doscientos metros de la anterior, una fosa común con tres cruces, en este último lugar debajo de unas piedras se halló casi a flor de tierra un cráneo humano que presenta claramente las señales de un tiro de gracia, con orificio de entrada en la sien izquierda con salida en el occipital pareciendo a simple vista el proyectil de grueso calibre. Se toma posesión de la pieza para depositarla en el Museo Provincial Regional de Santa Cruz. Este hallazgo se produjo aproximadamente a las 16 horas de ese día. Firman como constancia los declarantes en carácter testimonial. (Fdo.) Leandro Manzo (L. E. 5.404.448); Norberto Silvio Duran (L. E. 8.247.946); Alberto Fente (L. E. 5.449.074); Osvaldo Bayer (C. I. 2.498.806) y Mario Echeverría (L. E. 7.318.525).

De acuerdo a las indicaciones de don Juan Andreado, el lugar en el cual se hallaba el cráneo —junto con restos de huesos humanos— pertenece a la tumba de Martense. Además, la calavera presenta los dientes gastados como si correspondiera a un hombre de cierta edad, como lo era ese pequeño comerciante español, en contraposición con los demás fusilados que eran jóvenes o relativamente jóvenes.

Debemos señalar que las tumbas de la estancia «San José» —más la de Elizondo en la estancia «Alma Gaucha»— son las únicas que han permanecido señalizadas con cruz durante más de medio siglo. Esto habla de la actitud de los obreros rurales que mantuvieron así el recuerdo de sus compañeros asesinados. Particularmente emocionante es el detalle de la inscripción que lleva una cruz —cercana a la enorme roca que sirvió de paredón— grabada rústicamente: «*1921. A los Caídos por la Livertá*». ¡Qué símbolo! No dice a los caídos por reivindicaciones salariales o sociales, sino por La Libertad, ¡qué filosofía distinta tenía en sus orígenes nuestro movimiento obrero! «Livertá», en las manos de alguien sin mucha educación, grabado por alguien con callos en las manos.

Allá está esa cruz junto a un paredón de roca que muestra las cachaduras de los

rebotes de las balas del ejército argentino. Ese paredón es ya de por sí un lugar histórico, un monumento natural que recordará a esos pobres gauchos baleados por luchar por la «Livertá», pero también servirá para que en ese paisaje nebuloso, de tremenda soledad, no se borre jamás el nombre del general Elbio Carlos Anaya, que dio la orden de quitar la vida a esa gente de la tierra.

De allí nos dirigimos a la estancia «Alma Gaucha», que fue propiedad del ingeniero Puchulú. En ese lugar se conserva todavía la tumba del dirigente huelguista Elizondo, fusilado el 1.º de enero de 1922. Como se ve, para los fusiladores no había feriado, por más primero de año que fuera. Ese fusilamiento está reconocido en un parte militar del subteniente Loza, aunque se lo achaca a la Marina de Guerra.

Para terminar con la campaña de Anaya nos queda solamente la acción de Tres Cerros, grupo que obedecía a las órdenes de Pastor Aranda, un gaucho oriental. Aquí, se llevará las palmas del triunfo el comisario Albornoz, valiente y duro, partidario de acallar de inmediato a todo aquel que osara hablar de huelga.

El día 20 de diciembre, Anaya se encuentra todavía en la estancia «San José» juzgando a los infelices y enviando patrullas de reconocimiento para lograr el rastro de «Facón Grande». A las 17 de ese día el estanciero Doymo Duglesich señala que próxima a la estancia «La Aída» del comisario Albornoz se encontraba una columna de huelguistas, cerca del Cerro Madre e Hija. El escuadrón parte urgentemente, a las 19, con ese rumbo.

Ahora transcribiremos el testimonio del administrador de la estancia «Santa María» de Mateo Martinovich, señor Kuno Tschamler, tomado el 8 de mayo de 1971 por el Centro Permanente de Historia de la ciudad bonaerense de Adolfo González Chávez. Este testimonio es muy valioso y coincide sorprendentemente en sus detalles con los partes militares de Anaya escritos cincuenta años antes. La coincidencia se da precisamente en los datos de movimientos de tropas y acciones ocurridas en el episodio conocido como Tres Cerros.

Pausadamente, don Kuno va desgranando los recuerdos:

> Yo era el encargado de la estancia «Santa María» de don Mateo Martinovich situada entre Puerto Deseado y San Julián. Corría el año 1921, gobernaba don Hipólito Yrigoyen. Los sindicalistas de la Patagonia atontados por dirigentes anarquistas españoles estaban enfervorizados por el resonante triunfo de la huelga del año anterior y pensaban apoderarse de todos los campos. Hasta el Chaco no paramos, era la consigna. Nunca estuve de acuerdo con las exigencias de los huelguistas. Se vivía mejor que en cualquier parte del país. Mi patrón había aceptado y cumplía todas las condiciones pactadas en la huelga de 1920. Se redoblaron las exigencias y se decretó la huelga general. Se formaron pelotones de hasta doscientos huelguistas que hacían prisioneros a los dueños de las estancias. Dejaban en cada estancia una persona a cargo y se llevaban el resto; peones para reforzar sus fuerzas, armas las que hubiere, y a los dueños de rehenes. Era una especie de revolución. Pastor Aranda, sindicalista de origen uruguayo, llegó a la estancia «Santa María» con treinta hombres. Era el domingo 18 de diciembre de 1921. Salí a recibirlo a la tranquera. Me apuntaron con armas largas y me preguntaron por el dueño. Los invité a bajarse. Mientras que 27 jinetes armados hasta los dientes rodearon la estancia, los tres restantes se apearon. Don Mateo Martinovich hizo pasar la delegación huelguista al comedor. Pastor Aranda miraba cautelosamente hacia todos lados y previno severamente sobre cualquier intento de resistencia. Dijo terminantemente: «nos llevaremos todas las armas que tenga, el personal, caballos y víveres. Usted, señor Martinovich, vendrá con nosotros, elija de su personal al que quiera para que quede a cargo de la estancia». Don Mateo hizo hincapié para quedarse

pero le dijeron que dependían del dirigente Soto y la orden era de llevarlo detenido. El patrón por último ante la decidida actitud de los huelguistas optó por dejarme a mí de cuidador de sus bienes y previa requisa total del establecimiento, partieron rumbo al noroeste. No puedo aún explicarme por qué aquella gente actuaba así. Yo les puedo asegurar que con dos años de trabajo me alcanzaba para hacer un viaje a Europa y darme muchos muchos gustos. Fíjese que cuando concurrían los estancieros a los lugares como bares, restaurantes, etc., en donde se reunían los trabajadores, jamás los atendían a los dueños de estancias hasta que no hubiesen terminado el partido de truco, mus u otro juego. Bueno, continúo con los huelguistas: a los dos días de estar sólo cuidando la estancia «Santa María», pasó un automóvil en el que viajaba el teniente primero Correa Morales, el comisario Juan Albornoz y el poblador Basilio Aranda.

Pregunto a don Kuno si tiene algún grado de parentesco este Aranda con Pastor Aranda.

No eran parientes y además pensaban muy opuestamente; mientras que Pastor defendía, hasta el máximo de ir a las armas, su teoría de que las tierras debían ser para los trabajadores, don Basilio era celoso defensor de la propiedad privada.
El teniente primero Correa Morales me preguntó hacia dónde se habían dirigido los huelguistas, le respondí que por la dirección que llevaban era muy probable que hubiesen ido a la estancia «Laguna Chica»; le requerí por el estado general de la huelga, me respondió: «los vamos a limpiar a todos», y partió sin decir hacia dónde con sus acompañantes.
Al otro día llegó a la estancia el capitán Anaya con veinte soldados, entre ellos dos con ametralladoras, dijo saber dónde estaba el grupo sedicioso. En la madrugada llegó nuevamente el poblador don Basilio Aranda esta vez con el señor Albornoz y un sargento de apellido Baigorria. El señor Albornoz que, si mal no recuerdo, era comisario de policía u otro cargo policial, quería saber también en dónde estaba el grupo que comandaba el gremialista Pastor Aranda. No sé por qué medios se enteraron de la posición en que se encontraba el grupo sedicioso y hacia ese lugar se dirigieron al margen de las actuaciones del capitán Anaya. Encontraron un centinela obrero dormido en su puesto y por él mismo supieron que el grupo obrero estaba por ponerse en marcha. Juan Albornoz se tiró un lance, mandó al centinela adelante y por intermedio de éste pidió que se entregaran porque se encontraban completamente rodeados de soldados. El caso es que los rebeldes obreros deliberaron durante casi una hora y aceptaron entregarse siendo ésta una gran victoria para Albornoz. Los llevaron a todos hasta la estancia «Santa María», eran cerca de cuatrocientas personas y como 5 mil caballos. A los huelguistas los hicieron sentar en el corral, previo que fueron desarmados y liberados los rehenes. A los dirigentes los ataron de pies y manos. Uno de los soldados con ametralladora o suboficial, no recuerdo bien, formaba parte de la guardia para evitar que se escaparan y preguntó dirigiéndose a los prisioneros si sabían que era eso señalándoles la ametralladora. «¡Una máquina fotográfica!» contestó un obrero andaluz que después sería fusilado. Los interrogatorios duraron del 25 al 28 de diciembre. Siendo la hora de la cena de uno de esos días oí decir a los jefes de las fuerzas de represión que por lo menos habría que fusilar al diez por ciento de los detenidos para escarmiento de los demás y hacerlos figurar como muertos en combate. El señor Mateo Martinovich se opuso a los fusilamientos y por último a que se fusilara en su establecimiento. Entendía el señor Martinovich que la pena que se imponía a aquellos infelices era excesiva, sugería siempre que se los entregara al juez para una sentencia civil. El capitán Anaya envió al sargento Espíndola con una comisión llevando a ocho obreros dirigentes. La orden era entregarlos en San Julián o si se encontraban con fuerzas de la policía entregarlos a ellas y volver al punto de partida. Después supe que todo fue para engañar al señor Martinovich, los detenidos fueron llevados a una estancia propiedad del señor Albornoz y allí los fusilaron. No recuerdo el nombre de los fusilados, sé que el andaluz del chiste de la máquina fotográfica estaba entre los ejecutados. De los fusilados recuerdo que eran dos argentinos, dos chilenos, dos españoles, un uruguayo y un ruso, los cuerpos los quemaron con querosén que llevaron de ex profeso con ese fin.
A muchos peones que interrogaban y decían no saber o no acordarse de lo que preguntaban, recuerdo que ordenaban darles ¡20 palos para que se acuerden! El sargento Espíndola durmió en mi pieza de la estancia «Santa María»; en conversaciones sostenidas con él le pregunté si había fusilado muchos huelguistas. En sentido figurado me dijo: «me falta uno para los cien». La llegada de las tropas de la Marina de Guerra dio fin a los fusilamientos. Seguramente de haber llegado antes los marinos, se hubieran salvado pero la suerte estaba echada. Estos acontecimientos me afligieron en grado sumo, bajé 15 kilos de peso a causa de la tensión nerviosa. Terminada la huelga resolví irme a Europa, y regresé en 1922.

Sigamos con los sucesos de Tres Cerros. El capitán Anaya andaba esos días de mala suerte. El día anterior se le había muerto un cabo conscripto, uno de los que con más fervor se había lanzado a la caza de anarquistas, tal es así que ya había sido puesto como ejemplo ante la tropa por su conducta sobresaliente en la persecución y castigo de los huelguistas. El parte de Anaya dirá así:

> Día 23, hora 24: Mientras la tropa se encontraba entregada al descanso el vivac es sorprendido con la detonación de un disparo producido por el revólver del soldado Peralta Eusebio, clase 900, quien al incorporarse para acudir a la guardia de prevención a objeto de relevar el servicio, se le cayó éste. El disparo había ido a herir mortalmente en la cabeza al cabo conscripto de la misma clase de Montenegro Domingo; conocida inmediatamente esta novedad el comandante accidental del escuadrón comprobó el fallecimiento instantáneo del cabo primero procediendo a incomunicar preventivamente al soldado Peralta y a los testigos presenciales, mientras se disponía a instruir la correspondiente prevención sumaria.

El exsoldado Saturnino Tapia que vivió en Morón hasta 1969, año en el que falleció, nos relató las cosas en forma muy diferente. Nos dijo que Montenegro era un individuo pendenciero y alcahuetazo y que lo tenía loco al soldado Peralta, un provinciano bastante limitado, por cierto. Montenegro, valido de sus jinetas, lo hacía víctima de bromas de mal gusto y le obligaba a limpiar salivazos y levantar inmundicias con la mano. Hasta que Eusebio Peralta se enfureció y lo remató de un tiro.

Pero el capitán Anaya tendrá absoluta razón cuando les haga sentir el rigor a los huelguistas prisioneros. Porque, en el fondo, ellos eran los culpables. De no haberse producido la huelga no hubiera muerto Montenegro. Razonamiento legítimo. Y así, con gran indignación de militar argentino, Anaya lo dice en su parte:

> Día 25. hora 19: Los huelguistas prisioneros llegaron al vivac de la estancia «Santa María» en circunstancia que se disponía a partir el convoy que conduciría los restos del cabo 1.º Montenegro, el que al retrasarse unos minutos dio oportunidad al comandante del escuadrón de que los prisioneros, formándole calle, presenciaran el imponente espectáculo y oyeran la responsabilidad que les cabía en aquella muerte prematura.

Tenía razón Anaya. Y esa razón se la hizo sentir a todo ese chilotaje rotoso que le formó fila de honor al cuerpo del soldado argentino que, si bien no había caído en el campo de batalla, había rendido su vida por la Patria y su bandera. Resultaba para los argentinos un placer sólo comparado al derecho de pernada.[44]

Y otra vez las cifras oficiales desmienten aquello de que los «*huelguistas estaban bien armados y mejor municionados*» o de que «*fueron armados por el ejército chileno*». El parte de Tres Cerros de Anaya dice:

> 24 horas - día 25 de diciembre: Redactóse el parte dando cuenta de las operaciones realizadas: prisioneros, 223; caballos tomados, 540; armas largas secuestradas, 47; revólveres y pistolas, 53; abundante munición y algún equipo.

Es decir, que en esta «revolución armada» había un arma larga por cada cinco

revolucionarios y las armas cortas se encontraban en la misma proporción. Todo esto en una región donde no era secreto para nadie que todos, absolutamente todos, iban armados en tiempos pacíficos.

En Tres Cerros terminaba esta campaña ejemplar de limpieza realizada por el capitán de Caballería, Elbio Carlos Anaya. A pesar de los «combates» empeñados sólo había perdido al cabo primero Montenegro, muerto por el soldado Peralta en un «descuido».

En el telegrama enviado al Ministerio de Guerra, Anaya nos dice que con cuatro oficiales, 63 hombres de tropa y una sección de ametralladoras, tomó el siguiente número de prisioneros: en «El Cerrito», de Hospitaleche, once; en «Bella Vista» (Hospitaleche), nueve; en «Osamenta», siete; en «La Alianza», cinco; en Tapera de Casterán, 250; en Vaga de Zaino, cinco; en Tres Cerros, 204; en estancia Martinovich, 27.

Habla de los prisioneros pero no especifica claramente el número de muertos.

Los días 26,27 y 28, Anaya dice: «*estos días fueron absorbidos en el registro de prisioneros, en individualizarlos, clasificarlos de conformidad con las responsabilidades en que hubieran incurrido*».

Pero mientras Anaya cortaba a sablazo limpio las esperanzas de los huelguistas en el centro norte de Santa Cruz, en el sur, pegado a la cordillera, Viñas Ibarra, el otro capitán de las fuerzas de Varela, terminaba de una manera ejemplarizadora con toda tentativa de levantar cabeza al peonaje de Santa Cruz. Esa acción va a tener un fuerte olor a muerto y una aureola sangrienta de tragedia. Y para que no hubiera duda de quién tenía razón, del lado de quién iba a estar Dios, esa acción cruel, desgarrada, tal vez sumamente cobarde, pero necesaria como holocausto a la Patria, tendría lugar en la mejor estancia de los Menéndez Behety, los descendientes de aquel asturiano José Menéndez, acusado de masacrar indios, pero que había levantado templos como sacrificios de humildad al Señor.

Allí, en la estancia «La Anita», frente al paisaje más maravilloso del mundo, se les iba a derrotar de una vez por todas a los ácratas extranjeros y a los culorrotos chilenos.

El «ahora van a ver» del comandante Varela se iba a cumplir con toda dureza, sin temblores de voz, a lo macho, dicho con vozarrón militar y cumplido con guapeza criolla, sin mezquinarle a la responsabilidad. Porque pegarle un tiro en la cabeza a un chileno mugriento no es labor de señoritas, hay que ensuciarse, hay que chapalear sangre caliente —aunque esta sangre de los chilotes ni siquiera era caliente de tanta hambre que por siglos vienen sufriendo—, hay que sentir verdaderamente el peso de los testículos y saber decir en el momento justo «chileno rotoso» o «ruso de mierda». Que nadie se llame a engaño ni sonría con ironía. Al comandante Varela le tocaba hacer eso y lo hacía, ponía la cara. Mientras otros que estaban bien lejos no eran capaces de hacerlo pero les gustaba leer en los periódicos las noticias y les causaba

una cosquillita de placer saber que alguien había sido capaz de terminar con los alzados y que las inmensas fortunas quedaban aseguradas para generaciones enteras de descendientes.

Pero ya es algo bíblico aquello de que unos se tienen que sacrificar para que otros gocen. Y ese puñado de soldaditos argentinos sí que podemos decir que se sacrificaron. Ahora veremos, en los partes, el relato de los días y las noches de marcha forzada en una naturaleza inhóspita, persiguiendo obreros huelguistas.

Después de Punta Alta, Laguna Salada y «Fuentes de Coyle», donde los huelguistas habían sentido bien en carne propia la energía del capitán Viñas Ibarra, las fuerzas que comandaba este oficial se dedicaron a la limpieza de todas las estancias en la zona de la denominada Cordillera Chica. Pero tanto Viñas Ibarra como Varela sabían muy bien que la zona sur no estaría definitivamente pacificada hasta que no se capturara a Antonio Soto. Éste se había enterado de la total derrota sufrida por Outerelo y de que el movimiento estaba dividido ahora en dos. Tenía clara conciencia, además, de que de ninguna manera había que presentar combate a las fuerzas. ¿Por qué? Porque no se contaba con suficientes armas, porque todas esas peonadas no tenían el más mínimo sentido de lo que era un combate. Podrían, como máximo, preparar alguna emboscada pero eso generaría luego una terrible reacción del gobierno argentino y del ejército. Podrían derrotar, tal vez, a las fuerzas de Varela pero ¿y después? Sin ningún contacto con Buenos Aires ni con Punta Arenas, ni siquiera ya con Gallegos, ¿qué se podía esperar?

A pesar de todo, Soto confiaba en llegar a algún arreglo con el ejército, aunque las últimas noticias recibidas de Paso Ibáñez, la muerte de Outerelo y Avendaño, lo disuadieron de intentar una entrevista con Varela para alcanzar lo que se había logrado el año anterior en la estancia «El Tero».

Hasta principios de diciembre, Antonio Soto dominaba toda la zona del Lago Argentino y del Lago Viedma y la navegación de estos dos. Su contingente llegó a ser el más numeroso de todos los huelguistas: alcanzó a tener más de seiscientos obreros. A Soto se le había juntado mucha gente que había huido de Paso Ibáñez, Río Chico y de la estancia «Bella Vista». De Río Chico había llegado un muchacho muy inteligente, Pablo Schulz, chileno de origen alemán, que provenía de Punta Arenas, donde sus padres tenían un hotel en la calle Borries. Contaba 25 años de edad en aquel entonces y era hombre entregado a los ideales anarquistas. Nos cuenta don Erasmo Campos —a quien ya mencionamos por su testimonio— que Pablo Schulz era un muchacho que leía constantemente y que para él las resoluciones de las asambleas eran sagradas. Ese espíritu de disciplina será lo que lo llevará a la muerte.

Soto organizará bastante bien a toda esa abigarrada multitud. Tomó como base la estancia «La Aníta» de los Menéndez, donde estableció su cuartel general y luego organizó partidas que contaban entre doce y veinte huelguistas, los cuales aparecían sorpresivamente en las estancias, allí tomaban rehenes, y se llevaban exclusivamente

armas, alimentos y caballada. En todos lados, las partidas dejaban vales firmados por Antonio Soto por el valor de las mercancías «incautadas», que serían pagadas por la Sociedad Obrera una vez terminado el conflicto. Otro rasgo de la influencia de Antonio Soto sobre los huelguistas fue la prohibición de consumir alcohol, cosa muy difícil de desterrar de la peonada chilena y especialmente en el tren de alzamiento en el que estaban. En su valioso testimonio, el actual administrador de la estancia «El Tero», Walter Knoll, que fue rehén de los obreros dirigidos por Soto, nos ha manifestado que al llegar a «La Anita» lo primero que hizo éste fue mandar a destruir todas las botellas de alcohol que había en el almacén.

Soto trató de imponer una rígida moral. El señor Jerónimo Berberena, con comercio de almacén en Charles Fuhr, en las cercanías de Lago Argentino, y luego agente de la «Sociedad Anónima» de los Menéndez en esa zona, nos ha relatado una anécdota de la llegada de Antonio Soto y su gente a su comercio.

Era una partida de cerca de veinte hombres. De entre ellos surgía claramente la figura de Soto por ser rubio, de piel blanca y de gran estatura. Los demás eran chilotes cetrinos y pequeños y algunos argentinos. De entre éstos había algunos con una apariencia que metía miedo, verdaderos gauchazos de mirada torva y cara patibularia. El señor Berberena, al ver llegar la partida lo primero que hizo fue encerrar con llave en una habitación a las mujeres de la familia. Mientras Berberena atendía a Soto, que venía a solicitar sal, azúcar y otras menudencias, dos de los gauchazos se deslizaron por atrás de la casa, evidentemente en busca de mujeres. Berberena, sumamente nervioso, al notar que podía ocurrir algo irreparable frente a tanta gente, le pidió a Soto que interviniera de inmediato. Éste, lleno de ira, se dirigió hacia los fondos y los trajo a los alzados y en pocas palabras les recriminó su conducta.

Berberena, todavía hoy, no se explica cómo Soto, que era español, podía dominar así a gente díscola que, en general, no aceptaba ser mandada por nadie, y menos por extranjeros.

Los hechos le darán la razón a Soto con respecto a que ellos no podían enfrentar al ejército. En la primera escaramuza, no buscada por los huelguistas sino provocada por una verdadera encrucijada, fueron derrotados totalmente por los soldados. Dejemos hablar al diario *La Unión* de Gallegos, que nos dará la versión militar del hecho. Dice así en su edición del 3 de diciembre de 1921:

> Según informaciones de nuestro corresponsal especial en Lago Argentino, ha tenido lugar un encuentro entre las tropas que manda el capitán Viñas Ibarra y los bandoleros cerca de la comisaría de El Perro, en el campo de la estancia «Bon Accord», del señor William Dickie, el 29 de noviembre.
> Un camión que utilizaba como patrulla la tropa del 10 de Caballería, llevaba diez soldados para este servicio, destacándose a un kilómetro la vanguardia del grueso de las tropas para explorar el terreno, y mientras efectuaban su marcha vieron al llegar a la orilla de El Perro un grupo de más de veinte jinetes, todos armados con carabinas y *winchester* que llevaban un buen número de cargueros.
> Dado el aviso correspondiente, al tiempo que se unía el grueso de las tropas a la avanzada y daba la voz de alto a los revoltosos, éstos echaron pie a tierra y atrincherándose en las piedras grandes que se hallaban dispersas por esos lugares, abrieron el fuego contra las fuerzas nacionales, mientras que otros disparaban

sus armas de a caballo. En vista de este inesperado ataque, el jefe militar dispuso a sus hombres en línea de tiradores con la rapidez que el caso requería y contestó el fuego, en cuyo momento un grupo bastante numeroso, saliendo de una hondonada donde se hallaba oculto, abrió un fuego muy intenso contra los militares, generalizándose el combate durante el cual fue posible apreciar muchos revoltosos que hacían también fuego de a caballo y otra parte de éstos, igualmente numerosa, trataba de rodear a las tropas, empleando una táctica elementalmente práctica.

Transcurridos los primeros momentos del tiroteo cayó herido el soldado Alfredo Pereyra, quien continuó combatiendo hasta que la pérdida de sangre le impidió seguir en su puesto pues tenía dos heridas de bala en el brazo izquierdo.

Los bandoleros que están bien montados, después de dos horas que duró el tiroteo, abandonaron el campo dejando en él cinco muertos y una crecida porción de heridos, cuyo número no ha sido posible fijar debido a que en su mayoría han logrado huir mientras se desarrollaba la pelea acusando su existencia grandes manchas de sangre que se notaban en cantidad por doquier.

Éste fue el encuentro de El Perro que incidió tremendamente en la moral de los hombres de Antonio Soto. La versión oficialista nos habla de un enfrentamiento y de un combate. Pero el investigador comienza a sospechar cuando las bajas son todas de un mismo lado. El relato del comisario Guadarrama (que, como ya hemos dicho, intervino como protagonista en muchos hechos de la campaña de Varela y que si bien no lo hizo en otros, fue sumariamente o estuvo a cargo de la custodia de prisioneros y, además, escuchó el relato original de los hechos, tanto por parte de los chilotes apresados como de los oficiales, suboficiales y soldados) señala que el combate de El Perro fue nada más que un encuentro circunstancial, totalmente casual y que ocurrió así: Antonio Soto y su gente venían de Charles Fuhr donde habían «retirado» mercancías diversas, principalmente cigarrillos y tabaco. Venían con los caballos cargueros repletos. Cuando llegaron al cruce de caminos con el que va a Calafate tuvieron la mala suerte de toparse con un camión del ejército en el que iban soldados al mando del sargento Sánchez, que era avanzada de la columna Viñas Ibarra. El sargento Sánchez les dio la orden de alto. Antonio Soto se apercibió de inmediato de su situación y ordenó dispersarse y huir, sabiendo que si desmontaban e intentaban resistir iban a ser baleados sin misericordia, tal como aconteció. Soto era consciente de que los *winchester* y armas cortas nada podían hacer contra los mauser de larga distancia y precisión del ejército, además de que ellos iban a tener la incomodidad de tener que hacer fuego montados a caballo. Y así, trataron de huir.

Con toda calma, los soldados, desde el camión, van haciendo puntería y voltean muñecos. Los chilotes que caen del caballo se arrastran hasta las piedras, donde son exterminados por más que levanten los brazos. Alguno que otro se resiste y hiere al soldado Pereyra, pero todos son asesinados. Hasta es una verdadera diversión, un tiro al blanco de lujo, hacer moco a tiros a chilotes que tratan de hacerse chiquitos detrás de las piedras que, en algunos casos, no son sino cascotes. Es como matar comadrejas que tratan de hundirse en la tierra.

Los caballos cargueros son abandonados. El ejército dirá que los obreros han tenido cinco muertos. El comisario Guadarrama nos relatará que en el viaje de inspección posterior —del cual ya hablaremos— que hizo con el teniente Anello comprobaron la existencia de veinte cadáveres que habían quedado al descubierto

semanas después porque para sepultarlos no se les hicieron fosas sino que se los puso contra una elevación y de allí se les tiró tierra encima, que al poco tiempo el viento y el agua se encargaron de levantar, quedando al descubierto la hedionda carne semivestida de los pobres desgraciados.[45]

En su parte oficial sobre el «combate» de El Perro, Viñas Ibarra coincide con la versión dada por el diario de la Sociedad Rural. Pero comencemos un poco antes, en el momento en que Viñas Ibarra limpió de huelguistas la cordillera chica y los escarmentó en «Fuentes de Coyle». En cada estancia a la que llega Viñas Ibarra comienza el trabajo. Se acabó la joda. La paliza recibida les hace agachar el lomo a los chilenos, por medio siglo o tal vez más. Tienen la marca indeleble del ejército argentino.

No hay escapatoria. Bien lo dice Viñas Ibarra en el parte enviado al Ministerio de Guerra con fecha 17 de noviembre:

> Comisión a mis órdenes con 10 de tropa, dirección hacia el límite con Chile, por Cancha Carrera. Al llegar a este punto tengo contacto con oficiales chilenos del Batallón Magallanes y Carabineros que se encuentran con cien hombres y cuatro ametralladoras sobre el límite nuestro y me ofrecen su cooperación, agradezco y quedamos de acuerdo en que ellos cerrarían los pasos que la cordillera presenta desde el límite sur hasta el Lago Argentino - Lago Viedma. Debiendo entregarnos mutuamente los individuos peligrosos como así avisar cualquier movimiento sedicioso de que se tenga noticias; no dejarían pasar la frontera a nadie sin justificativo que llevara mi firma.

Y en este sentido, sobre la actitud de las fuerzas militares chilenas escribe el diario de la Sociedad Rural, *La Unión* de Gallegos: «*Ha partido esta madrugada* —diciembre 12— *el comandante Varela en dirección a Lago Viedma, habiendo manifestado su seguridad de que los cabecillas serán capturados por cuanto es difícil que les sea posible trasponer la frontera chilena dada la estricta vigilancia que mantienen en dicha línea los carabineros de aquel país quienes no permitirán el paso a los revoltosos*». Es decir, son declaraciones de Varela en caliente, cuando ya culmina la campaña. Luego, cuando de alguna manera habrá que justificar los fusilamientos se comenzará a poner en duda el comportamiento de las fuerzas militares chilenas.

Es tanta la educación que ha injertado el capitán Viñas Ibarra en las peonadas vencidas que, orgulloso, puede escribir en su parte de guerra del 21 de noviembre:

> La mayor parte de las estancias de esta región continúan su trabajo, me cercioro de ello y pregunto a los obreros si tienen quejas o algún reclamo que hacer, contestando que mientras esté el ejército pueden trabajar con tranquilidad, pues es la única forma como los cabecillas de las federaciones obreras no los molestan ni les sacan el dinero para sociedades o ayudas que no reciben.

Es decir que ahora el verdadero delegado de los obreros es el propio capitán Viñas Ibarra. Es así como el ejército argentino se convierte en proveedor de mano de obra barata —más tarde reseñaremos los salarios que se pagarán— de los estancieros. Lo dice el propio Viñas Ibarra en su parte:

> 23 de noviembre: Encontrándose ya tranquilizada esta inmensa zona, me solicitan peones; distribuyo de los prisioneros que tengo y después de entregarles los caballos que a cada uno pertenecen les doy por separado el pasaporte para estancias «Paile Aike», «Esperanza Douglas», «San Elías» y otras del centro y este del territorio.

Pero ahora iba a venir la parte verdaderamente importante de la expedición punitiva de Viñas Ibarra. Antes de recibir las órdenes del comandante Varela anota en su diario de guerra el mismo día 23: «*llegan oficiales chilenos felicitándome por la actuación del escuadrón y haciendo nuevamente protesta de cooperación. Agradezco y quedamos de acuerdo como la vez anterior del cierre de los pasos de la cordillera*». El 24 recibe gasolina y la orden de Varela de operar hacia Lago Argentino. Ese día se pone en marcha en camiones, con 39 hombres de tropa. El 25 recibe un nuevo mensaje de Varela, ratificándole que debe dirigirse al Lago Argentino y que en su apoyo se dirige el capitán Campos. Varela termina su mensaje a Viñas Ibarra con una frase muy sugestiva: «*Le recomiendo proceda usted con toda energía*».

El 29 de noviembre, a las 13.30, tiene lugar el encuentro de El Perro que ya hemos descrito y cuyos resultados Viñas Ibarra califica así:

> El enemigo dejó en el campo cinco muertos, algunas armas, mucha munición de dum-dum, algunos caballos, muchos cargueros con mercaderías y víveres; por nuestra parte tuvimos un soldado herido (Alfredo Pereyra quien al caer herido tiene fuerza para gritar «¡viva el 10 de Caballería!» entregando su munición al soldado vecino) y mucha pérdida de prendas y efectos del Estado. Este combate sobre el Río Perro a la entrada del Lago Argentino demostró el temple de nuestros soldados: 16 días de continua campaña, sin descanso real ni de día ni de noche, en continuo sobresalto, con el arma lista en todo momento, combatiendo a menudo, en terreno desconocido, cuyos habitantes en su mayor parte eran chilenos, con un clima diametralmente opuesto; podría con toda justicia y sin egoísmo considerarse una proeza que nuestra Nación no puede olvidar teniendo que reconocer a este puñado de soldados que licenciados fueron vueltos nuevamente a las filas, el valor y la abnegación de que es capaz el soldado argentino, cuando llega a exigírsele todo en bien de la Patria.

Ante esos soldados de la Patria se abrirá un paisaje maravilloso: el Lago Argentino. Un paraíso de bellezas. Un escenario para prodigiosos relatos.

Pero lo que tendremos que relatar será algo muy triste. Una historia bastarda de la crueldad inútil. Ante tanta belleza de la naturaleza resaltará más el egoísmo del hombre, la estrechez mental. Aquí, frente a ese lago de increíbles colores, murieron muchos una muerte pequeña, absurda. Por ser chilotes, por ser huelguistas pobres y rotosos, por haber querido vivir un día de libertad, por haberse robado unas ropitas, por haber prendido fuego a algún galpón como en un rito de su pasado indígena. O por ser rusos, o por ser anarquistas y creer en utopías nunca realizables. Muerte. Muerte en un lago llamado Argentino, para que nadie tenga dudas.

El 2 de diciembre, Viñas Ibarra con veinte hombres cruza el río Santa Cruz en bote. 30 kilómetros más allá del lago sorprende a un grupo de diez huelguistas cerca del río Leona y los somete. Esto basta para que el grupo de obreros que se encuentra en La Leona se desanime totalmente. Sin dirigentes —Antonio Soto está en «La Anita»—, sin víveres y, por sobre todo, creyendo todavía que la solución de la huelga

la proporcionará el ejército, resuelven en asamblea enviar dos delegados a Viñas Ibarra para llegar a un arreglo, lo que le vendría muy bien al militar argentino porque tiene una epidemia de paperas en la tropa. Pero no se asusta; él, como su comandante Varela, los corre con la vaina. Cuando los delegados obreros le señalan que ofrecen entregarse siempre que el gobierno nacional ponga en libertad a todos los detenidos por cuestiones sociales (Viñas Ibarra en su parte oficial dice que además pedían «que se los deje en libertad para el trabajo conservando sus armas») el capitán argentino les contesta «que si dentro de las 24 horas no se entregan incondicionalmente con todos sus caballos, sus armas y prisioneros, vadearé el río y los someteré por la fuerza».

La posición firme surte efecto. Antonio Soto ha hecho un último esfuerzo. Ha cruzado el lago en una embarcación y ha hablado esa noche en la asamblea. En ella se han dado dos posibilidades: o resistir o entregarse. En este grupo de La Leona hay solamente chilenos, toda peonada que no tiene la más mínima noción de sindicalismo ni de lucha. Antonio Soto les señala que hay una tercera posibilidad: pasar con los vaporcitos a Puerto Irma o Centinela y unirse con el grupo de «La Anita». La moción de Antonio Soto es aprobada pero de los 180 hombres que participan, sólo ochenta lo seguirán. El resto, unos cien, resuelve comunicarle a Viñas Ibarra que se entregarán incondicionalmenie desembarcando en Puerto Irma el 6 de diciembre y que la caballada la pasarán por Charles Fuhr.

Y así ocurre. Allí estaban al amanecer del día 6 todos esperando, el vaporcito y las chatas, a que Viñas Ibarra ordenara el desembarco. Los primeros en desembarcar serán los estancieros y administradores rehenes. Luego, la peonada. Entrega absolutamente todo lo que tiene: treinta *winchester*, mucha munición, bastantes víveres y los barcos intactos, según el parte oficial de Viñas Ibarra. Los rehenes, que son ochenta en total, son saludados uno por uno por este último.

Y ahí mismo, a poco de desembarcar, fusila sin más trámite a un chileno mal entrazado; esto fue presenciado por el señor Berberena, comerciante de la zona y durante largos años juez de paz.

Pocas horas después, Viñas Ibarra recibirá una ayuda decisiva: llega el capitán Campos con 33 hombres y munición como para acabar concienzudamente con Antonio Soto. Esto lo anima a salir enseguida y no darle tregua al anarquista que con su gente se hallaba en «La Anita». Viñas Ibarra es informado de todo por un individuo llamado Amador Álvarez, que sonsacaba datos a los huelguistas para llevárselos a los militares. Este individuo fue quien relató que el chilenaje quería terminar con el eterno andar de estancia en estancia.

Esa noche del 6 al 7 será tal vez la más terrible en la vida de Antonio Soto. Sabe que tiene al ejército encima. Sabe que la gente está cansada: hace sesenta días que andan deambulando por la enorme planicie patagónica, y sabe también que no puede ofrecerle otra solución que seguir huyendo.

La presencia de las patrullas militares que aparecen y desaparecen ha

desmoralizado totalmente a los huelguistas. Ellos tienen un concepto erróneo, que viene de la huelga pasada: los malos son los policías, el ejército es otra cosa, es el único que puede arreglar el asunto y controlar a los estancieros. Ni en las sucesivas asambleas en las que Antonio Soto explicaba que no podía tenerse ninguna confianza en los militares argentinos ni en los de ninguna parte del mundo; ni los relatos traídos por Pablo Schulz sobre el fusilamiento de compañeros lograban convencer del todo a la abigarrada multitud de peones.

Era precisamente el rubio Pablo Schulz otro a quien Soto no lograba convencer a pesar de las largas conversaciones en los fogones. Schulz creía en la acción directa, como buen anarquista, y sostenía que el único camino era enfrentar a las tropas. «Al primer disparo van a huir como ratas», decía. Antonio Soto estaba en contra. Aunque había demostrado su valor repetidas veces no era lo suficientemente fanático como para creer en el éxito de un enfrentamiento con el ejército: no tenían suficientes armas, las que poseían eran de poco alcance —*winchester* y *savage*— comparadas con los *mauser* de Viñas Ibarra: las peonadas no poseían ningún sentido de organización militar y, además, no tenían ningún deseo de pelear contra el ejército. Para ellos los verdaderos enemigos eran los milicos de las comisarías que los garroteaban y les sacaban los pocos pesos. Pero contra el ejército, no; no querían meterse. Aquí precisamente Antonio Soto se dará cuenta de su gravísimo error: propiciar una huelga —absolutamente anarquista en su forma: auténtica, repentina, imprevista, irreflexiva— sin tener una masa que por lo menos entendiera las nociones básicas de lo que significaba la libertad del hombre y que no tuviera en claro cuál era su enemigo. Y eso se iba a demostrar en esa noche del 6 al 7 de diciembre, más dramática tal vez que la jornada sangrienta que iba a sucederse. Más triste porque aquí se iban a romper sentimientos que habían prevalecido durante esa aventura increíble: aquí iban a desaparecer palabras como solidaridad, nobleza, valentía.

Soto sabe que el ejército ya está encima; acaba de tener la experiencia del grupo de río Leona. No hay que perder el tiempo. Por eso llama a asamblea. Y aquí está la otra gran falla para la acción. Mientras el enemigo se mueve bajo las órdenes de uno solo, de un capitán que grita y de soldados que obedecen como autómatas, aquí aplicándose el método anarquista, cada uno es dueño de sí mismo y cada uno tiene derecho de opinar.

Esa noche en Lago Argentino, mientras las tropas preparan sus armas y Viñas Ibarra y Campos estudian los mapas, los huelguistas discuten horas enteras: los «gallegos»[46] hablan largamente contra la explotación capitalista, contra los curas, contra los políticos, contra el Estado en general; los chilenos se divierten oyendo gritar tanto a los gallegos oradores que se ponen rojos a medida que va aumentando el calibre de sus calificativos contra los poderosos. La asamblea se va prolongando indefinidamente, todas son palabras al aire. Hasta que ya casi al amanecer, cuando los fogones se van apagando y la luz alerta que con ella viene el peligro, comienza la

cosa en serio. Se acaba la chacota y comienza la realidad. Juan Farina, chileno nada zonzo, dice que la cosa no da para más, que ellos no han hecho la huelga para enfrentarse al ejército ni para apoderarse de la tierra, lo único que quieren es que se los trate bien y que se les pague lo que corresponda. No tienen interés en seguir trotando de estancia en estancia; plantea que hay que parlamentar con los militares y no ofuscarlos porque la cosa va a ser peor. La peonada lo apoya. Después hablará Pablo Schulz. No es buen orador, pero sus palabras golpean como martillazos: la única forma de triunfar es pelear, no podemos volver a la esclavitud después de demostrar que fuimos capaces de levantarnos contra los poderosos, no podemos negociar con los que han asesinado a compañeros nuestros en Punta Alta y Paso Ibáñez, esta huelga se hizo para libertar a los compañeros presos en Río Gallegos y no podemos abandonarlos ahora, sólo nos queda una posibilidad: combatir, hay que preparar las armas, organizarnos y encargar al compañero Otto que organice la defensa, debemos atrincheramos aquí mismo, en «La Anita», detrás de fardos de lana, y resistir hasta el último hombre.

Esta dramática asamblea nos fue relatada por Walter Knoll, rehén de los huelguistas y actual administrador de la estancia «El Tero»; por Antonio Fernández, huelguista que salvó milagrosamente su vida y que fue actor de todas las dramáticas horas de «La Anita», y por Alberto Francisco Lada,[47] cuyo minucioso testimonio sobre los fusilamientos en Lago Argentino es un aporte decisivo para el esclarecimiento de la tragedia allí desarrollada.

Pablo Schulz había nombrado comandante de los huelguistas al alemán Otto, un personaje increíble que sólo puede darse en circunstancias como éstas. Son seres que parecen creados para situaciones límites y que son atraídos por la suerte como por un imán y colocados allí, sobre el escenario, para que actúen. Ademas, pasan a la historia sin dejar siquiera el nombre. Pareciera que el destino es el que con ironía nos pone el detalle dramático, para hacer más teatral la realidad, para que ésta supere cualquier imaginación, cualquier ilusión. Y del alemán Otto, nombrado en partes judiciales así, no hemos podido recoger su apellido.[48]

Ni el testigo Walter Knoll —que hablaba en alemán con él— se acuerda de su apellido; «nunca se lo pregunté», nos responde. Todos lo llamaban Otto. Era un hombre delgado y alto, de un rubio casi rojizo, cerca de cuarenta años, muy sufrido, frente amplia por la calva incipiente; vestía ropas más bien de marinero; por el dialecto parecía de la zona del Rin. Después de la guerra, donde había combatido cuatro años en las trincheras del frente francés, se largó a recorrer el mundo, solo. Cuando llegó a la Patagonia iba trabajando de estancia en estancia, caminando, no tenía caballo, era un típico *Landstreicher*[49] alemán.

A pesar de las falsas acusaciones de historiadores, conferencistas, «estrategas» actuales que señalan que los huelguistas eran conducidos por instructores del ejército chileno, la absoluta realidad es que el único «instructor» con que contaron los peones rebelados fue el alemán Otto, quien durante los cuatro años de guerra europea, sólo

había conseguido el grado de soldado raso.

Los huelguistas obtienen el primer *mauser* cuando toman prisionero al agente de policía Pucheta. Y como ninguno de ellos lo sabía manejar, el arma fue entregada al alemán Otto quien, en los descansos, más para responder a la curiosidad de los huelguistas que por otra cosa, les mostraba cómo se cargaba, cómo se manejaba el cerrojo, cómo se apuntaba y para qué servía la mira. Además, hacía demostraciones de cómo corrían los soldados alemanes para conquistar una trinchera, etc. Ésta fue la «instrucción militar» que recibieron los obreros.

La dramática arenga de Pablo Schulz encuentra el más absoluto silencio de parte de los huelguistas. Nadie quiere pelear, nadie quiere enfrentar al ejército al que creen invencible, compacto, al que —según ellos— no conviene ni siquiera provocar.

Antonio Soto cree llegado su momento, luego del fracaso de Pablo Schulz: cree en su propio poder de convencimiento y en esa autoridad moral que ha sabido ejercer en su momento. Les dice que en el ejército no se puede tener ninguna confianza, ha fusilado compañeros en Punta Alta y en Paso Ibáñez y ha castigado brutalmente a todos los que se han entregado. No le haremos el juego —dice— no nos rendiremos, debemos triunfar, para ello hemos hecho la huelga, para conseguir la libertad de los presos y volver dignamente a nuestros lugares de trabajo. Pero todo eso no se conseguirá sin nuestro sacrificio. Debemos continuar con nuestro juego de no dejarnos ver. Debemos seguir haciendo rehenes entre los patrones y sus agentes. Cuando vemos que llega el ejército debemos partir nosotros. Dividirnos en partidas y desaparecer para aparecer de nuevo. Debemos escondemos en los bosques y en la cordillera. Hasta que el gobierno, los militares y los estancieros se den cuenta de que tienen que pactar con nosotros, llegar a un arreglo porque si no la Patagonia se va a convertir en una tierra absolutamente desolada. Pablo Schulz lo interrumpe. No puede ser. Él tiene la sangre caliente, dice que ha llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Pone el ejemplo de los compañeros de la revolución rusa. Que allí tal vez era la última vez que estaban reunidos y que había que pensar por sobre todo en los compañeros presos y fusilados. Había que hacerlo por ellos, para libertar a los primeros y para vengar a los caídos. Que eso de seguir huyendo no tenía justificación, que así se irían desmembrando, que ya casi no tenían víveres, que la región ya no daba para más, salvo para seguir carneando ovejas, que no iban a encontrar mejor lugar que «La Anita» para atrincherarse y resistir. Allí podían estar un mes, dos, un año, que el ejército no se atrevería a entrar. Y entonces sí, demostrándoles lo que ellos valían, entonces sí que ganarían el respeto de todos.

Sin saberlo, Schulz, con su ataque a Antonio Soto le estaba haciendo el juego al chileno Farina, quien tomará la palabra y dirá que no tiene ningún sentido seguir huyendo: cada vez están más encerrados y cada vez van a tener más fuerzas en contra. El gobierno es poderoso y si ven que no puede reducirlos con un regimiento, mandará dos, que no hay armas ni municiones suficientes. Si seguimos haciendo lo que hasta ahora irritaremos más al ejército, lo mejor es entrar en conversaciones con

ellos y llegar a un arreglo, como en la huelga pasada.

Soto toma la palabra y hace esfuerzos tremendos para convencer al chilotaje que evidentemente no quiere más enfrentamientos. Soto juega su última carta: propone que se envíen dos hombres con bandera blanca hasta donde estén las tropas y que pidan condiciones ante el jefe militar pero sobre la base de la libertad de los compañeros de Río Gallegos y el cumplimiento de las cláusulas del convenio del pasado año. Con esto, él quiere ganar tiempo para convencer uno por uno a los huelguistas de que es mejor seguir la huelga. Si el ejército acepta, primero habrá que viajar a Gallegos para cerciorarse de que efectivamente se da libertad a los hombres de la Sociedad Obrera.

Pero el gallego Soto es un iluso, ha perdido ecuanimidad. No sabe que enfrente suyo están nada menos que los capitanes Viñas Ibarra y Campos, dignos hijos del comandante Varela. ¡Le van a dar libertad a los presos! ¡Por favor! Aquí se está entre machos y no entre señoritas, aquí no hay conversaciones ni parloteos ni convenios. Aquí se es o no se es. Nada de aflojadas.

La asamblea entra en la proposición de Soto y se nombran dos delegados, dos chilenos bastante duros que no se dejan ablandar así nomás, que marcharán hacia el campamento de Viñas Ibarra para conversar sobre las bases antedichas.

Y así es. No hay nada que reprocharles ni a Viñas Ibarra ni a Campos. No les tienen miedo ni a bultos ni a sombras que se menean. En ese terreno totalmente desconocido y con una peste de paperas encima parten al amanecer hacia «La Anita» a liquidar definitivamente el asunto. Mientras los gallegos siguen desgañitándose y los chilenos mirándolos como sonámbulos, el ejército avanza. El parte de Viñas Ibarra es preciso y no deja lugar a dudas, aquí no hay floreos dialécticos, aquí está la realidad que avanza con cargadores llenos de plomo que no perdonan ni piden permiso:

> Día 7: Salgo en dirección a estancia «La Anita» con toda la tropa, distante unas once leguas, en donde se encuentran reconcentrados los grupos de la región del lago dispuestos a resistir. Al llegar a estancia «Quién Sabe» desprendo al subteniente Frugoni Miranda con 25 de tropa en dirección a «La Anita». Esta comisión cortará por las sierras siguiendo por el Calafate, Quebrada del Cerro Comisión, Quebrada del Cerro Centinela para posesionarse de las sierras que dominan por detrás la estancia «La Anita» esperando en posición a mi ataque de frente, para cooperar al mismo o para operar sobre la retaguardia enemiga en caso de fuga o retirada.

Al llegar a Cerro Comisión, Viñas Ibarra se encuentra con una sorpresa: llegan dos chilenos delegados de los huelguistas. Nos relata el exsoldado Moran —testigo del encuentro— los detalles del hecho. Dos chilotes bastante ensoberbecidos piden una entrevista con el jefe de tropa, de igual a igual, para conversar sobre las condiciones de un arreglo. Viñas Ibarra tiembla de indignación al ver que extranjeros, dos chilenos rotosos y malolientes, tenían el tupé de venir a hablar de las condiciones. Condiciones de qué, si ellos eran bandoleros alzados, extranjeros que lo único que tenían que hacer en territorio argentino era trabajar y nada más. ¿Condiciones de qué?

La santa indignación, auténtica indignación de argentino, no tiene límites. Ahí nomás los hace bajar de los caballos, los hace atar de muñecas atrás y a lazazo limpio los obliga a indicar dónde está el vado del río. Y una vez que muestran el lugar, los hace fusilar sin más ni más, para que le vayan a pedir condiciones a Jesucristo.

Hay que tener sangre para eso y Viñas Ibarra la tiene. Es que no se podía aguantar una cosa así: que chilenos le vinieran a pedir en forma retobada condiciones nada menos que a un oficial del ejército argentino en operaciones.[50]

Pero a pesar de la furia, Viñas Ibarra no pierde la sangre fría y envía a un suboficial y dos soldados con bandera blanca a «La Anita», con una estratagema que dará resultados: sólo les ofrecerá la rendición incondicional, pero les asegurará que todos serán respetados y que se los tratará bien.

El suboficial llega a «La Anita» y conversa con Antonio Soto, Juan Farina y Pablo Schulz. La cosa es rendición incondicional pero se va a respetar a todo el mundo, van a poder trabajar tranquilos y el propio comandante Varela se va a interesar por la libertad de los presos de Gallegos. (Alberto Lada recuerda las primeras palabras del suboficial al llegar: «*No venimos con la intención de perjudicar a nadie*»).

Los dirigentes piden plazo de una hora y reúnen la asamblea. Farina está por la aceptación. Schulz más que nunca, por resistir. Soto pronunciará el discurso de su vida. En tono más que dramático, a los gritos, llama la atención a todos. Está más gallego que nunca al hablar:

> Os fusilarán a todos, nadie va a quedar con vida, huyamos compañeros, sigamos la huelga indefinidamente hasta que triunfemos. No confiéis en los militares, es la traílla más miserable, traidora y cobarde que habita la tierra. Son cobardes por excelencia, son resentidos porque están obligados a vestir uniforme y a obedecer toda su vida. No saben lo que es el trabajo, odian a todo aquel que goza la libertad de pensamiento. No os rindáis, compañeros, os espera la aurora de la redención social, de la libertad de todos. Luchemos por ella, vayamos a los bosques, no os entreguéis.

Se golpea los puños, se pega en el pecho, grita, hasta se le caen las lágrimas al gallego cuando la gente no le responde nada. Ahí está Antonio Soto, alto, con una gorra revolucionaria, hablando de lo que es la libertad. Trata de levantar con sus palabras un ánimo definitivamente muerto y conforme ya con su suerte, Soto no quiere darse por vencido, es ésa su última asamblea, allí, frente a ese paisaje maravilloso.

> Sois obreros, sois trabajadores, a seguir con la huelga, a triunfar definitivamente para conformar una nueva sociedad donde no haya pobres ni ricos, donde no haya armas, donde no haya uniformes ni uniformados, donde haya alegría, respeto por el ser humano, donde nadie tenga que arrodillarse ante ninguna sotana ni ante ningún mandón.

Schulz señala que ahí mismo, frente a las narices del suboficial, debían comenzar a construirse las trincheras con fardos de lana. Dice que todavía hay tiempo, que la única salvación está en la lucha. Pero la suerte está echada. El suboficial con toda

afabilidad les dice que ya no queda tiempo y que las tropas van a avanzar y considerar como operación de guerra la no contestación.

La asamblea vota y por gran mayoría se acepta la moción de Farina de rendirse en forma incondicional. Schulz dice que está absolutamente en contra pero que acatará la decisión de la mayoría (esa enfermiza herencia germánica de la disciplina lo perderá). Soto, en cambio se va a rebelar contra la decisión. Dice que él no piensa caer en poder de los soldados y que no va a dar su vida en forma tan miserable. Hace un último llamado a todos de que lo sigan. Schulz le recrimina díciéndole que todos tienen que respetar a la mayoría y seguir la misma suerte. Soto se despide diciendo: «*yo no soy carne para tirar a los perros, si es para pelear me quedo, pero los compañeros no quieren pelear*» (testimonio de Fernández y Lada). Es decir, Soto, en último caso, prefiere la propuesta que había hecho Schulz pero nunca la rendición.

Lo siguen apenas doce.[51] Montan a caballo en las primeras penumbras del atardecer. Se van como fantasmas. Se dirigen hacia la cordillera. No saben qué destino les aguarda pero muestran una última rebeldía: no aguantar la humillación. Tendrán difícil camino. Son todos hombres de a caballo, menos Antonio Soto. Y se largan. Una y otra vez, Soto lo trata de convencer a Pablo Schulz de que huya con él, pero el hombre rubio se niega. Es una especie de capricho; sabe que lo van a fusilar pero pareciera con eso demostrar a la mayoría de la asamblea que ella se ha equivocado al no aceptar su moción.

Los jinetes enfilan hacia la cordillera; van sólo con lo puesto pero, eso sí, llevan buenas armas, *winchester*, revólveres y munición. No va a ser cosa fácil atraparlos. Son gente fiera que se la va a jugar. Los guía el «guatón» Luna. José Luna es un chilenazo barrigón, que conoce toda la cordillera, hombre que se ha criado desde chico montando a caballo. Detrás del «guatón» Luna van Florentino Macayo, Antonio Soto, José Ramos, Ángel Perdomo, Pedro Marín, Galindo Villalón, José Cárdenas, Rosas, Mena, Cuadrado, el «gallego» Martínez y Miguel Zurutusa.

Así tal cual, con nombres y apelativos, lo dirá el parte oficial del gobierno de Santa Cruz pidiendo a los carabineros chilenos que los persigan, los sitúen y los entreguen.

La decisión de la asamblea de «La Anita» daba por tierra con el movimiento huelguístico. Desaparecido Soto, la Sociedad Obrera dejaba de existir. Sólo quedaría «Facón Grande» en el norte.

Pero antes, el ejército iba a hacer ejemplar escarmiento con los rendidos de «La Anita». Cuando al suboficial que había llegado a parlamentar se le comunica que se aceptan las condiciones de rendirse a las fuerzas de Viñas Ibarra, ordena a los huelguistas que esperen a las tropas formados de a uno poniendo todas sus pertenencias delante a dos metros de distancia, sean armas, quillangos o monturas. Los estancieros, administradores, mayordomos y capataces rehenes deberán aguardar en el galpón de esquila, donde se encontraban. Uno de los soldados monta y va a avisar a Viñas Ibarra, que avanza. Cuando llega a «La Anita» el espectáculo que se le

ofrece no podía ser mejor para un militar victorioso: ahí estaban los famosos huelguistas rojos de la Patagonia, los temibles bandoleros, todos formados en fila como gesto de total sumisión ante las armas argentinas.

Lo primero que hace es pasearse ante la larga fila y amedrentarlos con los siguientes gritos:

«*¡Dónde está Antonio Soto! ¡Dónde está Antonio Soto, carajo!*».

Indudablemente, Soto no se equivocaba en pensar lo que le esperaba. Iba a ser castigado, manoseado y, por último, fusilado delante de todos para que supieran qué es lo que se hace en la Argentina con un extranjero subversivo y antipatriota. Lo hubieran dejado boqueando ahí, ante la mirada lasciva de vencedores y vencidos, muriéndose como una comadreja herida o un perro apaleado. El escarmiento necesario.

Pero ni Viñas Ibarra ni el capitán Campos, ni el comandante Varela encontrarán jamás a Antonio Soto. Peor para los que quedan, ellos pagarán el pato. Por zonzos. Porque aquí no se trata de hacer tonterías y luego pedir perdón. Aquí, en «La Anita», se les van a acabar las ganas a todos los peones de hacer nuevamente huelga, por los siglos de los siglos. Aquí se va a limpiar de tal manera la cosa que desde ese momento los trabajadores de las estancias tendrán que agachar el lomo y pensar en trabajar, nada más. Se acabó el pendón rojo, el sindicato, los petitorios, las cancioncitas que hablan de revolución social. Aquí estaba el ejército argentino para sanear definitivamente esa región. Así como los grandes latifundistas habían saneado, años atrás, de indios, todos los campos de pastoreo.

Lo de Antonio Soto causa un gran disgusto a Viñas Ibarra, quien libera a los estancieros y sus empleados y les pide que le señalen los principales cabecillas del grupo.

El agente de policía Pucheta fue el que más insistió en señalar a Pablo Schulz y al alemán Otto. Dijo a Viñas Ibarra que éste era quien con su *mauser* instruía a los chilenos dándoles lecciones de tiro. Cuando a Schulz y a Otto los llevaron a 200 metros de allí para fusilarlos, Otto, en su media lengua, le gritó a Viñas Ibarra:

«*No se mata así a la gente. Ni en la guerra europea, donde estuve cuatro años, jamás se fusiló a los prisioneros desarmados*»[52].

El mismo argumento sería empleado semanas después en el Parlamento por un diputado para censurar la conducta del teniente coronel Varela.

Esa noche fueron fusilados siete huelguistas, de entrada, para que nadie se llamara a engaño. Luego comienza Viñas Ibarra a deslindar responsabilidades. Hay verdadero terror en el chilotaje que es apretujado en los galpones. A cada huelguista se le reparte una vela que debe mantener encendida toda la noche. Evidentemente se trata de un recurso para mantener iluminado el lugar.

Mientras tanto, se va dando libertad a los rehenes. Es en ese momento cuando a un chileno de apellido Mansilla se le ocurre algo que le va a salvar la vida. Con un grupo de otros ocho chilenos pide hablar con Viñas Ibarra y le dice que sabe dónde se

halla escondido Antonio Soto, y que si le permite, él y sus compañeros se lo van a traer. El capitán les cree porque ha notado tanto miedo en los prisioneros que no considera posible que tan luego a él lo puedan engañar. Y los deja tomar el caballo y partir. Por supuesto, al paisano Mansilla y a sus amigos no se los vio más; se los tragó la tierra.

Este hecho me fue confirmado por el relato de Walter Knoll, de Fernández y de Lada. Y todavía hoy, en los fogones de la peonada chilena de las estancias santacruceñas, se oye la anécdota del paisano Mansilla y su audacia es festejada siempre a las carcajadas. Tal vez sea ésta la única revancha por la muerte de tantos de los suyos que encuentra esta sencilla gente a través de los años.

Viñas Ibarra y Campos no descansarán esa noche en separar buenos y malos, justos y pecadores. La selección es estricta. Participan de ella los estancieros. Helmich, el inglés Bond y Willy Rintelmann, administrador de «El Rincón» de Liniers, son los más activos, así como también «Cabeza de Cobre», apelativo que tiene el administrador de «La Anita», el hombre de más confianza de Menéndez Behety.[53]

Nos relata el actual administrador de la estancia «El Tero», señor Walter Knoll, testigo presencial de todos estos hechos, que esa noche fue terrible. Iban sacando de a uno a los chilenos y se los llevaba «a dar un paseo» (expresión que también usó Edelmiro Correa Falcón cuando nos contó lo sucedido en «La Anita»). Él (Knoll) tuvo grandísimas dificultades por cuanto Viñas Ibarra era muy estricto y de nada valían las palabras. Sólo permitía que saliera un peón en libertad cuando era reclamado por su patrón y siempre que éste diera las mejores referencias. Es decir que el supremo juez era el estanciero. El estanciero Clark, dueño de «El Tero», no había llegado a «La Anita» esa madrugada y Walter Knoll fue sindicado por policías como «delegado obrero». En realidad era cierto, pero Knoll no había elegido ese cargo. El propio estanciero Clark, luego de la primera huelga y para cumplir con lo solicitado por la Sociedad Obrera, le pidió a él, hombre de su confianza, que se presentara como delegado. Los peones de la estancia no tuvieron nada en contra, porque el alemán Knoll les atendía los problemas y trataba de solucionárselos ante el patrón. En la estancia «El Tero» existía un sistema un tanto paternalista y no había mayores problemas. Pero cuando llegó Antonio Soto a la estancia, en la segunda huelga, Knoll se negó a adherirse a la medida de fuerza y fue llevado en calidad de rehén.

Viñas Ibarra no aceptó las explicaciones de Knoll y ordenó que dos suboficiales lo llevaran a «dar un paseo»:

> Nos llevaban dos suboficiales —nos relata— y nos obligaron a llevar dos palas a mí y a un peón chileno; nos dijeron: no se aflijan, no los vamos a fusilar van a tener que enterrar a unos que ya fusilamos. Pero, por las instrucciones que había dado el capitán Viñas Ibarra, me di cuenta que estaba perdido. Ya había mucha claridad. Yo pensaba durante el camino, haber venido de tan lejos para morir aquí en esta forma sin haber cometido ningún crimen, ni siquiera haber participado de la huelga. Cuando caminamos unos cuatrocientos metros nos indicaron que empezáramos a cavar, que hiciéramos rápido así después nos podíamos ir para

nuestras estancias. Mi desazón era total pero no podía intentar nada. El sargento y el cabo estaban decididos a todo. Aunque cavábamos despacio no podíamos demorar mucho porque temíamos irritarlos y que nos balearan allí mismo. Era algo indescriptible, sabíamos que íbamos a morir pero todavía queríamos demorar algunos minutos más hasta que se produjo el milagro. Vino un soldado a caballo y habló con el sargento. Me miraron y éste me dijo; «te salvaste, alemán, llegó tu patrón». Así era, había llegado el señor Clark quien se había interesado inmediatamente por mí. Me llevaron a su presencia y nunca voy a olvidarme, me abrazó y se le caían las lágrimas y ante el capitán Viñas Ibarra dijo las mejores palabras sobre mi persona. La casualidad me salvó la vida. El patrón eligió luego entre los prisioneros a varios peones que conocía y regresamos esa misma mañana a «El Tero», dejando ese lugar trágico lo más pronto posible. Sé que los fusilamientos siguieron sin interrupción y al final se baleó en grupo al resto de chilenos que no fueron reclamados por los patrones.

Estancieros que conocieron a Knoll nos relataron que en este hombre, a partir de que fue salvado por Clark, se produjo un fenómeno psíquico: durante toda su vida mostró una incorruptible fidelidad a su patrón quedándose para siempre en «El Tero», a pesar de los ofrecimientos que recibió de otros establecimientos y del llamado de su familia de Alemania. No salió durante toda su vida de ese lugar, salvo esporádicos viajes a Río Gallegos o a Punta Arenas. En la estancia «El Tero», a pesar de sus 75 años de edad, era el *factotum*. Sintió profundamente la muerte de su patrón —acaecida muchos años después— pero no abandonó la estancia.

Yo estuve siempre contra la huelga —nos dice al finalizar el relato— creo que hacerla fue una cosa de locos en aquellas circunstancias pero por más culpables que hubieran sido los huelguistas no había por qué fusilarlos de esa manera, fue un crimen, un crimen horrible matar así a la gente desarmada sin preguntárseles siquiera cómo se llamaban. No comprendo cómo el ejército argentino pudo hacer una cosa así.

Y repite una y otra vez las palabras del alemán Otto antes de ser fusilado: «*Ni en la guerra europea se mataba a los prisioneros desarmados*».

Antonio Fernández, español de 77 años que vive en las chacras cercanas a Río Gallegos, nos hizo un relato muy parecido. Nos agregó que entre los prisioneros no requeridos por los estancieros se hizo una selección muy apresurada. Al chilote que tenía alguna prenda nueva se lo acusaba de robo y sin más vuelta se lo despachaba para que arreglara cuentas con San Pedro. Por supuesto, esa ropa nueva tenía que dejarla antes de ir a lavar sus culpas con plomo argentino. Tanto ellos como los otros, los chilotes demasiado rotosos, tomados ya como escoria, morralla. Para qué podía servir esa gente de mal aspecto, mal entrazados, de mirada torva; evidentemente, no era necesario dejarles la vida y menos para que jodieran en tierra argentina. Ésos tal vez fueron los que más sufrieron porque se los dejó para lo último, como quien hace un barrido para juntar todo el descarte después de una selección. O no sufrieron, porque acaso se puede admitir que a una cochambre humana así ni siquiera Dios le haya dado capacidad de sufrimiento. Parecían budas mugrientos esperando pacientemente su muerte o un latigazo, o unos cuantos palos por el lomo. Tal vez para ellos todo fuera lo mismo.

Edelmiro Correa Falcón calculaba que allí hubo aproximadamente 120 fusilamientos. El comisario Isidro Guadarrama nos dice que en total habrán sido entre

140 y 150, pero toma la cifra de Correa Falcón como muy seria. Este último nos manifestó que fue el capitán Campos quien con su sangre fría logró que a ningún soldado se le aflojaran las piernas y el comisario Guadarrama tuvo palabras de sincera objetividad al recordar cómo el subteniente Frugoni Miranda demostró su presencia de ánimo manejando el revólver para despachar chilenos. «*Les daba en la cabeza* —nos dice— *con una tranquilidad realmente pasmosa*».

Vayamos a las declaraciones del soldado de caballería Octavio Ramón Vallejos, del escuadrón de Viñas Ibarra, tomadas por el Centro Permanente de Historia de González Chávez, con respecto a la noche del 7 de diciembre de 1921, en la estancia «La Anita» de los Menéndez Behety:

> Esa noche se fusilaron varios de los obreros calificados de dirigentes. A mí me tocó tirar en éste y otros pelotones de fusilamiento. Por lo general a los obreros los poníamos en fila codo a codo frente a una zanja, algunos caían dentro, otros quedaban arriba en el borde o colgando mitad dentro y mitad fuera. Nunca los enterrábamos.

Y ahora el soldado Vallejos pasa a relatar el fusilamiento de un adolescente, uno de los hechos donde más hincapié hicieron los anarquistas posteriormente y que se corrobora ahora por las declaraciones del soldado de Viñas Ibarra:

> En camino a esta estancia u otra, no sé precisarlo, encontramos un chico de unos quince años, quien dijo que buscaba trabajo. El capitán lo dejó pero resulta que lo volvimos a encontrar dos o tres veces más. Se descubrió que era estafeta de los obreros. Fue fusilado con otros dos. Me llamó la atención la guapeza de este niño pues cuando se vio ante el pelotón le gritó «¡asesino!» al jefe, luego cayó, uno de los balazos le había roto la lengua. La verdad que cuando uno es soldado no teme a la muerte, ni se sienten mayores sentimientos ya que se nos prepara y se nos predispone para matar, pero la muerte de este pequeño me produjo una honda aflicción que me cuidé de manifestarle a mis superiores. Estando en la estancia «La Anita» se nos escapó uno de los dirigentes, un gallego tuerto de apellido Soto. En una ocasión, después de un fusilamiento, el cabo Sosa estando conmigo, escupió a los muertos. Le pregunté con rabia: «¿porqué escupís a los muertos?», no me contestó ni tampoco hizo valer su condición de superior para hacerme castigar.

Si los huelguistas se permitían ser valientes no menos valentía iban a demostrar los de uniforme. No era aquí cuestión de aflojar. La muerte de Pablo Schulz y del alemán Otto son una demostración de cómo el ser humano puede enfrentar el destino con serenidad y estoicismo. Nos relató Walter Knoll que en el momento en que se lo llevaban Otto le gritó con un dejo de nostalgia: «*Grüsse an die alte Heimat*!» («*recuerdos para la vieja Patria*»), como quien se da cuenta de que ya no podrá volver a ver su paisaje, el paisaje que lo vio niño. Contamos también con el relato del propio soldado asistente del capitán Viñas Ibarra, cuya declaración fue tomada por el Centro Permanente de Historia de González Chávez: se trata de don Juan Faure (L. E. 1.325.301), uno de los afiliados más antiguos del Sindicato de Trabajadores Rurales y Estibadores de Adolfo González Chávez, que hizo el servicio militar en el 10 de Caballería. Dice así:

> Estuve en el encuentro de la estancia «La Anita» donde realicé el primer fusilamiento de dirigentes que tuve

que efectuar con otros cinco soldados. Los detenidos, que estaban concentrados después de la rendición, sentados en el suelo eran clasificados por los estancieros de la zona, permitiéndoseles retirarse en libertad a los que éstos reconocían como peones de buena conducta de sus establecimientos y fusilándose a los que poseían antecedentes o eran inculpados de cabecillas o de hechos delictivos. El fusilamiento que me tocó efectuar se ejecutó en «La Anita» en un grupo de siete prisioneros. Dos de ellos de origen alemán, pidieron permiso al subteniente para abrazarse antes de morir pues dijeron ser viejos compañeros de aventuras y que con la muerte no pagarían todo lo que habían hecho juntos. El disparo que le efectué a este alemán lo hirió en el costado del pecho, por lo que abriéndose la camisa y señalándose el corazón dijo: «pegúeme otro tiro pronto así me matan enseguida». Pero el subteniente [Frugoni Miranda: Faure lo menciona en otro aspecto de su aclaración] le dijo: «hacelo sufrir un rato para que pague lo que hizo». Al dispararle por segunda vez, cayó muerto. Detrás de la fila de los soldados que efectuaron la ejecución había otros apuntándolos con carabinas con orden de hacer fuego sobre el que se negara a tirar sobre los condenados. Los cadáveres se les dio órdenes de sepultarlos en una fosa pero por no cavarla los soldados desobedecieron la orden y los quemaron empapándolos con querosene, motivo por el cual fueron arrestados por sus superiores. Con respecto a los cadáveres de los fusilados, los soldados antes de quemarlos o enterrarlos, les registraban los bolsillos apropiándose así de cierta cantidad de dinero en moneda chilena.

Extraño. A todos aquellos argentinos acostumbrados a tener fe en sus instituciones les debe costar creer que las tropas hayan cometido todo esto. Robar a los cadáveres de obreros fusilados por huelguistas. Sacarle los pesitos ganados arreando ovejas, todo el día montados a caballo con callos en el culo, aguantándose el frío y la nieve, sin mujer, sin cariños, sin hijos, sin libros, sin escuelas. Siempre con esa sonrisa sometida, torpe, huidiza, del peón chileno. Gente de piel con el color de los que no se lavan nunca. Gente sin nombre, de la mirada vidriosa, aguantadores, como si la carne de capón se les hubiera reencarnado en esos rostros sin vida, en esos cuerpos sin belleza, en esas ropas puestas solamente para tapar la vergüenza, pero no para defenderse del frío. Chilenos. O ni siquiera eso. Chilotes, nada más que chilotes.

Y a ésos, en el momento en que estaban boqueando después del fusilamiento, como cuzcos refregándose contra el suelo, ahí nomás les metían la mano en el bolsillo. Un acto impúdico, obsceno.

Otro valiosísimo testimonio de los fusilamientos ordenados por el capitán Pedro Viñas Ibarra en la estancia «La Anita» lo ha proporcionado el exsoldado del 10 de Caballería Juan Radrizzani, que vive en la calle Sebastián Costa, de Tres Arroyos.

Juan Radrizzani nos informa que nació en Tres Arroyos el 6 de abril de 1900 y que junto a unos cuantos muchachos de la zona fue incorporado al 10 de Caballería en Campo de Mayo en marzo de 1921.

Le preguntamos si recuerda el nombre de sus compañeros de esa zona y nos responde:

Sí señor, por ejemplo Ceriani, de Tres Arroyos —ya fallecido—, Ulises Coman, que vive todavía y al cual usted puede ir a ver; Ramón Errea, también de Tres Arroyos, que se halla muy enfermo actualmente; Francisco Pardiñas, que vive actualmente en BarroW, jubilado de la Intendencia; Juan Napolitano, de la localidad de Aparicio, y Juan Saur, de Coronel Suárez.

Nos relata que era de oficio herrador y que en noviembre fueron embarcados en el «Guardia Nacional» rumbo al sur, desembarcando en Río Gallegos el 10 o el 11 de

noviembre. Que a él, gracias a Dios, lo dejaron en Río Gallegos durante casi toda la campaña, cuidando efectos del regimiento pero que tuvo la mala suerte de que lo llevaron en comisión hacia la estancia «La Anita», cerca del Lago Argentino, transportando en un camión setenta cajones de gasolina. Cuando el camión llegó a esa estancia, los huelguistas se habían rendido y se estaba ajusticiando a los dirigentes.

> Cuando nos dimos cuenta de ello, los que recién habíamos llegado nos escondimos detrás del galpón de esquila para no tener que cumplir con esa terrible misión. Pero el «ruso» Saur se asomó para ver lo que pasaba y lo vio un suboficial. Y nos ordenó prepararnos para formar un pelotón para fusilar. Fue una cosa muy desgraciada. Yo tenía mucho miedo. Cuando ordenaron apuntar, a mí el *mauser* me oscilaba veinte centímetros, tanto me temblaban los brazos. Hubo que tirar y yo recuerdo que le pegué a un chileno en la ingle, el pobre hombre se dobló…

La emoción del señor Radrizzani llega a tal punto que luego de una larga pausa hace un gesto con la mano, como si quisiera expresar la fatalidad de tal acto que él no había buscado.

Y repite: «Mire usted, si el "ruso" Saur no se hubiera asomado, nosotros no hubiéramos tenido que fusilar…».

Luego, más calmo, nos dice que unas horas más tarde llegó el teniente coronel Varela, quien les hizo

> una arenga para levantarnos el ánimo y explicar por qué se tenía que proceder de esa manera. A los candidatos para fusilar los tenían encerrados en un galpón, severamente custodiados. Los pelotones iban comandados por dos cabos. El que organizaba todo era el subteniente Juan C. Frugoni Miranda. A los que nos tocó fusilar nosotros tuvimos que cavarles las tumbas después pero a gatas quedaron tapados. Recuerdo que a la noche ninguno de nosotros pudo dormir y lo pasamos contando cuentos, sin hacer referencia de lo que habíamos tenido que hacer. Sólo un soldado nos relató algo con mucha admiración, la actitud de un alemán anarquista que antes de morir pidió al pelotón que ya que lo iban a matar que por lo menos apuntaran bien.
> De los condenados a muerte en el galpón uno trató de escapar llegando a salir y disparando a descubierta. Allí fue bajado de un tiro por el sargento Julio Moran, que le dio con increíble puntería.
> Nosotros salimos al día siguiente, a las 10 de la mañana de regreso con el camión. Hasta ese momento habían sido ajusticiados 33 huelguistas.

Hasta aquí el testimonio del exsoldado Radrizzani. Notamos que este relato le causa un tremendo desasosiego. Son los callejones sin salida que a veces tiene reservada la vida a quienes jamás piensan en que pueden ser protagonistas de tales dramas.

Pero todos los hombres no son iguales. Dejamos a Radrizzani y vamos a visitar a otro exsoldado del 10 de Caballería, que también vive en Tres Arroyos: Ulises D. Comán. Es un día muy frío. El señor Comán nos atiende en la calle.

> Sí, hice la conscripción en el 10 de Caballería, junto a Radrizzani, pero de la campaña patagónica no me acuerdo absolutamente de nada. Sólo recuerdo que fuimos en barco y que también volvimos en barco.

Ahí se planta. Le preguntamos si él estaba bajo las órdenes del capitán Viñas

Ibarra. «Sí, y del sargento Esperguín, dos magníficas personas de las cuales tengo el mejor concepto». Ante nuevas preguntas guarda silencio y repite que no se acuerda de la represión. Le preguntamos si estuvo en Punta Alta y si allí hubo fusilamientos. El exsoldado Comán nos contesta: «*Allí se puso el tiro de gracia en los heridos*». La misma pregunta le hacemos respecto de la estancia «La Anita»:

> Mire —*nos responde*— ahí se despacharon a muchos por no tener documentación. Pero yo no estuve en los pelotones… a mí me mandaron como encargado de buscar la carne y por eso no me enteré de nada. Y lo poco que sabía me lo he olvidado. Ahora eso sí, del tiempo que pasamos en Campo de Mayo me acuerdo bien.

El exsoldado Emilio Gamondi, de Olavarría, en un reportaje radial de LU 32 radio Olavarría, señaló que «*la actuación del ejército fue correcta, imprescindible frente a un estado de subversión*» y admitió que hubo fusilamientos.

Tres soldados, tres reacciones. Uno, recuerda con dolor la tragedia. El segundo no habla, y sólo lo hace para disculpar lo actuado («se puso el tiro de gracia en los heridos» y «*se despacharon a muchos por no tener documentación*»). El tercero —Emilio Gamondi— está orgulloso y todavía —52 años después— llama «*mis superiores*» a los oficiales que le ordenaron actuar.

A Radrizzani le tembló el pulso. ¿A los otros dos? Parece que no, pero es natural y muy humano, por otra parte. Si no, no existirían fusiladores ni fusilados, torturadores y torturados, verdugos y víctimas, brigadas que rompen cabezas de estudiantes, que lanzan gases lacrimógenos y vomitivos en medio de las ciudades y monstruos que disparan cincuenta tiros contra sus victimas atadas.

Pero veamos el comunicado oficial de Viñas Ibarra sobre lo acontecido en «La Anita». Reconocerá solamente la muerte de «unos siete» huelguistas —que son, evidentemente, los fusilados en la noche del 7 al 8— y, como siempre, la adjudicará a la resistencia de éstos. Al resistirse fueron muertos, léxico repetido y aburrido de partes militares y policiales que los argentinos hemos leído hasta el hartazgo en nuestros diarios. Dice Viñas Ibarra:

> El tiempo lluvioso nos favorece para que el enemigo no nos pueda divisar y en esta forma me es posible acercarme hasta tres kilómetros de la estancia en cuyo lugar ordeno el despliegue de tiradores tratando de formar un círculo, cuya ala izquierda coloco bajo mis órdenes. En esta forma ordeno el avance a las 20.30, a unos 500 metros veo un grupo numerosísimo formado que aprecio en 500 o 600 hombres haciéndome seña de entrega. En el momento en que avanzaba, siento un rápido y nutrido tiroteo a retaguardia de los revoltosos. Ordeno rodear la estancia y me certifico que la tropa del subteniente Frugoni Miranda había entablado combate con otro grupo numeroso que no habiéndose querido rendir escapaba por quebradas en dirección a Chile. Ordeno la persecución hasta el límite y regreso a hacerme cargo de los revoltosos que se habían entregado.

De acuerdo a los testigos que hemos visto, Frugoni Miranda comandó el pelotón de fusilamiento que liquidó a los siete dirigentes huelguistas. Y veremos ahora cómo en el parte de Viñas Ibarra figura también ese número: siete.

Continúa el parte militar:

> Resultado: 420 revoltosos prisioneros, cien estancieros, administradores, capataces, agentes rescatados, 180 armas largas; 700 cuchillos; 15 mil tiros de armas largas; varios revólveres; 3 mil tiros de éstos; 3 mil caballos, muchas mercaderías y víveres. Mechas *Bicford*, varios cartuchos de dinamita. De resultas del tiroteo contra los que combatieron por fugarse resultaron unos siete muertos y muchos heridos que consiguieron perderse entre la oscuridad de la noche.

Analicemos las cifras y encontraremos bastantes coincidencias con los relatos de los testigos. Viñas Ibarra dice al principio que se entregó un grupo «que aprecio entre 500 y 600». Pero luego hace solamente 420 prisioneros. Hay una diferencia de ochenta o de 180 hombres, según se tomen quinientos o seiscientos. Como vemos, las cifras con respecto a los huelguistas son vagas y aproximadas. Cosa extraña. Es decir que la cifra de huelguistas desaparecidos, en otras palabras, muertos o ejecutados, estaría entre ochenta y 180. Cifras bastante parecidas a las que me fueron proporcionadas por el exgobernador interino Correa Falcón y por el comisario Guadarrama (entre 120 y 140). Por otra parte, mientras el capitán dice que fueron tomadas 180 armas largas, en el comunicado militar nos manifiesta que resultaron «*unos siete muertos*». Esta imprecisión puede resultar sospechosa porque o encontraron siete cadáveres o encontraron menos, o tal vez más, pero nunca «unos siete». Evidentemente esta imprecisión se utilizó por la necesidad de contar con números elásticos, útiles en el caso de que, posteriormente, aparecieran unos muertitos más…

Con respecto a las armas: otra vez la misma situación que desmiente toda la literatura que habla de los bandoleros fuertemente armados y mejor pertrechados por Chile. El mismo parte militar lo dice: en 420 prisioneros (que deben haber sido quinientos o seiscientos) se encontraron 180 armas largas. Si se piensa que en la Patagonia todo el mundo iba armado —como el informe de Varela lo reconoce una y otra vez— no parece ésta una cifra que demuestre una organización militarizada entre los obreros sublevados. Más, cuando Viñas Ibarra dice, luego, «varios revólveres». ¿Por qué esta nueva imprecisión, si luego agrega «3 mil tiros de éstos»? ¿Cómo es que contó los tiros y no los revólveres, que es algo más fácil de contabilizar? Pensemos que el grupo de Antonio Soto era el más disciplinado y el mejor preparado. Pero, por los datos que nos dan los propios militares, más de la mitad de la peonada carecía de armas de fuego.

Ahora veremos cómo Viñas Ibarra trata de justificar los hechos acaecidos en «La Anita» con una historia que hace poner los pelos de punta. Continuemos con su parte militar:

> Debo hacer constar que los revoltosos con todo ensañamiento se habían preparado para resistir, y la oportuna intervención de las tropas salvó a los prisioneros de fatales consecuencias pues habían decretado pasarlos por las armas a las 20 horas, momento en el que aparecieron mis tropas salvando así a cientos de hogares de la miseria y de la ruina.[54] Ya cuando ellos vieron la imposibilidad de resistir es que resolvieron entregarse no sin antes intentar el último medio de deshacerse de nosotros, en la forma más baja y vil, como

es de echar estricnina en todos los víveres y especialmente en la harina y el azúcar. La nota firmada por todos los estancieros que obra en mi poder como así el testimonio de las personas sensatas y de los obreros conscientes de esta monstruosidad servirá para siempre de testigo de estos hechos sin nombre, que constituyen un atentado inicuo a la soberanía argentina hecha en la persona de sus servidores. Fue encontrada, asimismo debajo del piso de muchas dependencias de la estancia, dinamita preparada con mecha Bicford, lo que demuestra las siniestras intenciones que tenían.

El enviado especial del diario porteño *La Razón* —en aquel tiempo llamado el diario de la Liga Patriótica por su posición conservadora y antiobrera y porque, desde el principio, tomó el partido de los estancieros— nos relata la vida de los rehenes en el grupo dirigido por Antonio Soto. La nota de ese periódico, reproducida también por el diario *El Orden* de Puerto Deseado del 12 de enero de 1922 con el título «Los sucesos del sur», lleva como subtítulo: «Lo que ha oído el señor Patroni a los estancieros en un recorrido de más de 300 leguas por la zona del sur del río Santa Cruz y sur de la zona sur». En lo que atañe a los sucesos de «La Anita», dice lo siguiente:

El señor Miguel E. Grigera, administrador general de la Sociedad Ganadera Las Vegas, una de las víctimas, mejor dicho, rehén de los asaltantes con quien hemos tenido oportunidad de conversar en la estancia «Rubén Aike», prisionero que vióse obligado en unión de otros hacendados a recorrer la vasta zona entre Río Gallegos y Lago Argentino conducido por el grueso grupo que capitaneó el jefe de los cabecillas Antonio Soto, nos ha referido que la odisea se prolongó por más de un mes, en cuyo espacio de tiempo los campamentos cambiaban de lugar diariamente; que las marchas se llevaron a cabo alejándose de los caminos generales para lo cual se cortaban a cada paso los alambrados que se encontraban. «En general», nos dice el señor Grigera, «los prisioneros no hemos sido maltratados por los huelguistas, aprovisionándonos, con largueza. Eso sí, se nos vigilaba frecuentemente pero con cierta libertad de acción para movernos dentro de los fogones mientras permanecíamos acompañados». Según la opinión del señor Grigera, el grueso del grupo que operó en la zona tributaria del río Gallegos a las órdenes de Soto estaba compuesto en su mayor parte por trabajadores del campo, quienes a diario se reunían en asamblea para deliberar y tomar resoluciones de acuerdo con las circunstancias. Nos aseguró el señor Grigera que por las referencias que tuvieron sabían que Soto cada vez que informaba a su gente de la marcha de los acontecimientos haciéndoles creer de que todo seguía como por sobre rieles los alentaba a mantenerse con entusiasmo hasta la victoria que, añadía, no tardaría en producirse.

Los reveses sufridos por los otros grupos, especialmente por el que operó en Paso Ibáñez, no tardó en ser comunicado a Soto, pero éste procuró no darle mayor trascendencia con el fin de mantener el entusiasmo y la entereza en los más, pues de otra manera hubiera cundido de inmediato el desaliento. Considera —mejor dicho, asegura— el señor Grigera que los rebeldes han mantenido un servicio de correo tan regular y bien informado que él mismo consiguió utilizarlo para hacer llegar a su señora un papelito haciéndole saber que se encontraba bien e infundiéndole un poco más de entereza para sobrellevar esa situación. Refiere el señor Grigera que las marchas por los campos próximos al Lago Argentino, por las elevadas cumbres en parajes colindantes con Chile resultaron interesantes hasta cierto punto para los mismos prisioneros, especialmente para aquellos que como él no conocían las bellezas que en esas regiones ofrece la naturaleza.

Ya acampados en «La Anita» los prisioneros pudieron notar la ansiedad que dominaba a los rebeldes en presencia del descalabro que no tardaría en producirse. La única esperanza que tenían por lo visto los rebeldes era que pudiera llegar conjuntamente con las tropas el gobernador Yza para entregarse como a fines de enero de 1921, pero con la promesa de que sería aceptado el pliego de condiciones que impondrían: la libertad de los presos, el cumplimiento por parte de los hacendados del pliego que habían suscrito en la campaña anterior y finalmente la no persecución de los que pudieran sindicarse como causantes de los hechos producidos desde que se inició el paro revolucionario. Sin embargo, a estar por lo que nos señaló el señor Grigera, las esperanzas de una solución favorable para los rebeldes se fue perdiendo en forma progresiva en tal forma que al tenerse la certeza que el 10 de Caballería se aproximaba a Lago Argentino, el grupo dirigente resolvió encerrar a los prisioneros en un galpón de «La Anita», circulando entre los rehenes la versión de que los rebeldes tenían el propósito de degollarlos si las fuerzas militares los atacaban. Algo

de eso debe ser verdad si hemos de prestar crédito a lo que nos dijeran en la estancia del señor D'Hunval dos sobrinos de éste, menores de edad también prisioneros a quienes los rebeldes sacaron del galpón donde tenían a los rehenes por considerar que estos chicos no debían correr la misma suerte que los mayores.
No es el caso considerar lo que ocurrió después de la rendición de los sediciosos quienes —según referencias de los patrones liberados— formaron de dos en fondo con las armas en la tierra y los brazos cruzados. No queremos hacernos eco de lo que nos han referido, por tratarse de hechos consumados. En general, regresaron libremente de «La Anita» los peones reclamados por los hacendados, administradores y capataces que figuraban como rehenes. No se conoce con exactitud el número de fusilados en Lago Argentino.

«*No queremos hacernos eco de lo que nos han referido por tratarse de hechos consumados*»: la frase lo dice todo. El periodista ni siquiera quiere repetir lo que le han contado los estancieros. Se refiere a los fusilamientos.

«*No se conoce el número de fusilados en Lago Argentino*», dicen los diarios *La Razón* y *El Orden* de Puerto Deseado. Es decir, dos diarios que favorecieron la causa de los estancieros. Y eso lo dicen a pocos días de los hechos de «La Anita». Si a pocos días ya se escondía el número de fusilados, ¿cómo lo vamos a saber décadas más tarde?

El castigo ejemplar a los huelguistas de «La Anita» se explica porque para Varela éste era el grupo más peligroso y, además, estaba comandado por Antonio Soto. No hubo misericordia ni mucho palabrerío. Como nos dirá Correa Falcón casi cincuenta años después:

Los estancieros fueron los primeros sorprendidos por la dureza con que actuaron Varela y sus oficiales, pero debemos reconocer que tal vez no se equivocaron, se acabó toda la anarquía en el territorio y nunca más volvieron a ocurrir esas cosas.

«La Anita» de los Menéndez Behety quedó allí con su hermoso nombre y la trágica sombra de los fusilados el 7 de diciembre de 1921. Casi todos los muertos fueron chilenos, dos o tres argentinos, dos alemanes y un puñado de españoles. Fueron muertos allí, frente al paraíso, al paisaje más hermoso de la tierra. Muertos por voluntad de Dios y acción de las armas argentinas. Tan muertos que ni sus nombres fueron retenidos en listas de bajas.

Desde el punto de vista jurídico fue fusilamiento de prisioneros desarmados. Aquí no cabe la menor discusión ni otra figura legal. Allí, en «La Anita», están las tumbas masivas, cuyo lugar lo indica al viajero cualquier paisano viejo o maduro.

Ante las acusaciones, jamás hubo un comunicado del ejército o del gobierno de Yrigoyen desmintiendo la masacre. Varela jamás insinuó la posibilidad de que se investigara si hubo o no fusilamiento. El único que año tras año se defendió, siempre con el mismo argumento, fue Viñas Ibarra. Aún en 1970, cincuenta años después, seguía insistiendo:

Los matamos en combate. Lo que pasa es que cuando se armaba tiroteo siempre había un grupo de huelguistas que se rendía, y los otros continuaban tirando. El viento de la Patagonia no nos permitía distinguir las voces. Ni los disparos se oyen. Salvo cuando la bala silba cerquita de la oreja. Nunca podíamos saber qué estaba pasando. Parecía una celada. Entonces los conscriptos tiraban al más visible.

(Declaraciones realizadas el 18 de diciembre de 1970)[55].

Otro de los indicios —aparte de todos los testimonios vivos— de que los muertos en «La Anita» fueron fusilados y no muertos en combate es el propio parte de Viñas Ibarra cuando dice que en el encuentro resultaron muchos heridos, pero que lograron huir. Claro, en los fusilamientos no puede haber «heridos»: hay solamente muertos; en cambio, en un combate —y así lo demuestra la experiencia—, siempre el número de heridos duplica o triplica al número de muertos. Pero aquí, en «La Anita», como en los otros lugares donde hubo fusilamientos, no se registran heridos. Por eso Viñas Ibarra los «hace huir». Es la primera vez en la historia de las guerras en la que todos los heridos se escapan del campo de batalla.

Veamos la versión dada por el diario *La Unión* de los hechos ocurridos en «La Anita». Esta versión sigue más o menos fielmente lo descrito por Viñas Ibarra en su parte militar, aunque con una diferencia sugestiva. Mientras Viñas Ibarra señala que en el «combate» fueron muertos «unos siete» revoltosos, el corresponsal de *La Unión* —que marchaba con las tropas— asegura que los muertos al resistirse fueron 26. Leamos la crónica, que muestra la más absoluta satisfacción por el proceder del ejército:

> La actividad desplegada por las tropas en la campaña represiva contra los revoltosos ha sido coronada por el más lisonjero éxito, logrando reducir a la mayor parte de esos elementos y aplicando con mano firme el correctivo que hacía falta para los dirigentes e iniciadores de esta situación de fuerza que ha originado irreparables perjuicios. Al primer ataque consiguieron quebrar la resistencia que duró breves momentos, en los que después de caer muertos veintiséis bandoleros y un crecido número de heridos, se rindieron entregándose cuatrocientos individuos que han quedado prisioneros.

Como vemos, otra vez se hace referencia a los heridos: «*un crecido número de heridos*».[56] Aquí no se dice que huyeron; tampoco se dice qué se hizo de ellos. El de «La Anita» vuelve a ser un combate curioso: 26 muertos por un lado y, por el otro, ni siquiera un herido o lesionado.

Los estancieros, la Sociedad Rural, están pletóricos de entusiasmo. Ellos que habían despreciado y atacado duramente al comandante Varela, ahora, allí, en las mismas páginas, comenzaban a endiosarlo y a cantarle loas:

> Actitud del comandante Varela: ha causado excelente impresión en la opinión pública la actitud asumida por el comandante Varela en la presente campaña y se critica muy acerbamente la actuación del gobernador Yza quien hasta hace poco hizo declaraciones en los diarios de la Capital Federal según las cuales no podrían repetirse los sucesos del mes de enero pasado, a excepción de hechos aislados de bandolerismo, a los que atribuía poca importancia, con lo cual ha puesto de manifiesto un desconocimiento absoluto del territorio de su mando, a no ser que dichas manifestaciones estuvieran justificadas por la tolerancia dispensada a los elementos subversivos desde su llegada.
> Los estancieros de esta zona y sus familias se hallan aún en este puerto donde piensan quedar hasta tanto se tengan seguridades de garantías en la campaña con carácter permanente, considerándose que éstas sólo pueden conseguirse mediante la permanencia de tropas del ejército.
> Algunos establecimientos han comenzado sus trabajos ya, bajo la vigilancia de los soldados que se encuentran destacados en diversos puntos.

Mientras tanto, Varela llega a Lago Argentino. Arriba el 8 de diciembre de 1921 a las 20, es decir, 24 horas después que Viñas Ibarra ha comenzado la «depuración de responsabilidades» de los prisioneros. El informe de Varela no dice una sola palabra de lo ocurrido en «La Anita». Sólo escribe lo siguiente:

> A las 20 horas de este día [8 de diciembre] llego a la estancia «La Anita» encontrando aquí a los capitanes Viñas Ibarra y Campos que ya habían resuelto la situación después del choque con los revoltosos, dominando los últimos grupos de esta región. Los partes de estas acciones se verán en los informes respectivos.

Se refiere a los informes de Viñas Ibarra y de Campos. El primero ya lo hemos analizado; el segundo se remite directamente al informe de Viñas Ibarra.

Varela sólo agrega las siguientes líneas:

> De acuerdo con la forma como el capitán Viñas venía desarrollando su campaña, el éxito que ella había tenido, la tranquilidad de todas las zonas en las que su escuadrón había actuado, las garantías que prestaba tanto a los estancieros como a los obreros, la satisfacción de todos por la acción de las tropas me dio la convicción de que la región cordillerana desde el límite sud con Chile hasta el Lago Argentino-Lago Viedma podía considerarse vuelta nuevamente a la normalidad desde el momento que en la mayor parte de las estancias se desarrollaban las faenas de marcación y esquila en forma normal y sin ningún entorpecimiento.

Pero ni Varela ni Viñas Ibarra están tranquilos. Se les ha escapado Antonio Soto. Están mal acostumbrados los del 10 de Caballería. Hasta ahora les había ido demasiado bien, ni uno sólo de los cabecillas anarquistas se les había salvado. No podía ser que huyera justo el pájaro más apetecible. Por eso, el propio Viñas Ibarra sale hacia la zona de Cerro Centinela —con veinte soldados— con la esperanza de campearlo o de que los carabineros chilenos lo hubieran capturado.

Pero el «guatón» Luna había guiado bien a su gente: Antonio Soto —a pesar de no ser de a caballo— había aguantado bien las jornadas azarosas para ponerse a salvo con el grupito que lo acompañaba. Cabalgarán de noche y se esconderán de día. En territorio argentino pasarán lejos de las estancias por temor a la policía y a las patrullas del ejército. Saben que si los llegan a prender no les va a quedar ni un hueso sano; ni el alma siquiera les van a dejar. Soto lleva la tragedia encima: había sido totalmente derrotado. La lucha comenzada dos años antes y realizada con tanto sacrificio por todos sus compañeros había finalizado con el más completo de los descalabros, con la impiedad más total por parte de los vencedores. Había sido fácil encarnizarse con el pobrerío. Había sido todo tan cruel y tan exagerado el castigo que ni siquiera cabían las lágrimas de rabia. Todo lo hecho por la Sociedad Obrera de Oficios Varios iba a ser tirado al rincón de los desperdicios. De un puntapié un teniente coronel de la Nación iba a derrumbar los hermosos castillos de arena levantados por las torpes manos de obreros que querían pensar y hacer pensar.

Soto tiene la sensación del aniquilamiento. Lo habían aniquilado. Con un par de *mauser* que escupen balas sin broma y un par de soldaditos predispuestos le habían hecho volar las ideas sesudas de Proudhon y de Bakunin. No hay nada más

pusilánime y efímero que el pensamiento, que el libro, frente a la ametralladora, frente a la atropellada de un regimiento comandado por un oficial de cojones.

En la noche del 9 de diciembre, los fugitivos pasan la frontera por la zona del Cerro Centinela. Lo hacen de a pie, llevando a las cabalgaduras de la brida, bien lejos de los carabineros. Desde «La Anita» han venido bordeando el río Centinela. Ya en territorio chileno bordearán el río Baguales hasta Cerro Guido. De allí se internarán por la derecha hacia el Lago Sarmiento frente a la Sierra del Toro, bordearán el Lago del Toro y el Lago Porteño y por el Cerro Campanillas llegarán al río Prats. En Puerto Consuelo podrán ver el seno de la Última Esperanza, nombre premonitorio para esos hombres de a caballo que vienen sin comer y sin descanso. Allí se separarán y entrarán en la noche del 14 de diciembre a Puerto Natales, donde serán refugiados por compañeros del movimiento obrero chileno. Soto sabe muy bien que si bien ha salvado por el momento el pellejo ahora se iniciará la caza del hombre. Chile no va a querer al gallego Soto, el hombre que había alborotado la paz de los latifundios.

Viñas Ibarra llega a la frontera. Tiene indicios de que Soto ha pasado por la zona de Cerro Centinela, pero en general nadie los ha visto pasar, nadie puede dar un dato concreto. Para Viñas Ibarra es una gran responsabilidad haber dejado escapar al anarquista. A tipos así hay que eliminarlos, nunca se sabe si alguna vez pueden volver y más que Soto ha logrado formarse una aureola.

Pero no hay nada que hacer. Los fugitivos han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra. Viñas Ibarra vuelve con las manos vacías y no puede disimular su cólera. En el parte militar del día 12 de diciembre escribirá:

> Día 12 de diciembre: Comisión a mis órdenes con veinte soldados, me interno por la quebrada del Cerro Centinela, llego al límite con Chile y me entero, bastante sugestivo el hecho, que las tropas chilenas no sólo no habían cerrado los pasos de la cordillera sino que habían ordenado el retiro de las tropas a fin de que los fugitivos pudieran pasar libremente la frontera. Recuérdese que en Cancha Carrera, sin pedirla, los oficiales del batallón Magallanes, capitán Robles, teniente Villafranca y otro cuyo nombre lamento no recordar, me instaron a aceptar la cooperación, prometiéndome cerrar todos los pasos hasta el Lago Argentino y Lago Viedma.

Aquí cabe preguntarse: ¿quiénes tuvieron la culpa de dejar escapar a Antonio Soto? ¿Los guardafronteras chilenos o los argentinos? Viñas Ibarra responsabiliza a los chilenos de no guardar las fronteras. ¿Y por qué no la guardaron los argentinos?

Ya veremos luego en detalle la huida de Antonio Soto, luego de su llegada a Puerto Natales y la persecución a que fue sometido por las autoridades chilenas. Para Viñas Ibarra era una gran responsabilidad ante Varela el haber dejado escapar nada menos que al pez más gordo. Tan luego a una figura calificada con esos epítetos que salen en los diarios y que asustan a los lectores comunes, imaginándose monstruosas mentalidades y personalidades patibularias: «*agitador internacional*», «*peligrosísimo elemento subversivo*», «*típico exponente de ideas disolventes*». Se les escapó por un pelo. No les creyó, no se les entregó. Rabia en Viñas Ibarra, rabia en Varela, rabia en

los conscriptos argentinos. Escapárseles tan luego el gallego Soto, el autor de todo ese hecho históricamente insólito, el autor de que ellos tuvieran que soportar tantas noches sin dormir, tantas leguas a caballo, tanto frío en las noches, cuando hubieran podido estar ahora en Buenos Aires o en sus pueblos bonaerenses, al lado de sus novias o tomando mate con sus amigos. Pero por culpa de este gallego roña, y además anarquista, tenían que correr peligro y hacer todas esas porquerías de andar matando chilenos.

Pero si no se lo había eliminado físicamente había otra forma de eliminarlo: con la prensa a favor se podía decir cualquier cosa. Y allí nació la versión: Antonio Soto, el líder anarquista, había huido cobardemente, luego de haber abandonado a toda su gente. Y, peor aún, se había escapado «con los fondos sindicales». Durante más de una década el nombre de Antonio Soto fue ensuciado y arrastrado por el barro. Hasta que él apareció en las calles de Río Gallegos a arreglar cuentas…

Es grande la limpieza que hace Viñas Ibarra desde el 12 hasta el 20 de diciembre, fecha en la que dará fin a su campaña. Leamos su parte militar:

> Tranquilizada toda la inmensa zona de la frontera desde el límite sur con Chile hasta el Lago Viedma, establezco destacamentos en forma de semicírculo, con el macizo de la Cordillera de los Baguales en el centro: «Rospenteck» - «Fuentes de Coyle» - «Tapi-Aike» - «El Tero» - «Cerro Fortaleza» - «El Perro» - «La Anita». La comunicación de novedades entre los extremos de 140 leguas podía y se efectuó en dos días. Las estancias de toda esta zona inmensa trabajaban animosamente por reconstruir lo perdido y los mismos obreros manifestaban su alegría y la conveniencia del trabajo tranquilo que sólo el ejército nacional había podido garantir. A última hora de este día, recibo la orden de bajar a Río Gallegos entregando el escuadrón al subteniente Frugoni Miranda. Me pongo en marcha el día 21 y de paso por las estancias, era recibido por patrones y obreros, con muestras inequívocas de agradecimiento por la actuación del ejército en los últimos sucesos y la rápida normalización de la tranquilidad y el trabajo, que salvó el territorio de su completa ruina y despoblación.

El sur había quedado absolutamente limpio de banderas rojas. Se había escapado el gallego Soto, sí, pero de la Sociedad Obrera de Río Gallegos no habían quedado ni rastros.[57] Viñas Ibarra había cumplido como el mejor hombre de Varela.

Pero la completa paz del territorio no se había logrado todavía. En la zona del ferrocarril, de Deseado a Colonia Las Heras, estaba «Facón Grande», que, a pesar de haber quedado aislado, ya sin ningún apoyo en el territorio por haber desaparecido las columnas de Soto, Outerelo y Albino Argüelles, seguía levantando peonadas y proclamando la huelga general por tiempo indeterminado.

Allá irá el propio teniente coronel Varela.

> Con la comisión del teniente 1° Schweizer, el día 13 de diciembre emprendo el regreso a San Julián —*expresa el parte de Varela*— visitando antes la región de los lagos Tar y San Martín para seguir desde aquel punto en dirección al Lago Posadas y Colonia Las Heras, desde donde habían llegado noticias poco tranquilizadoras sobre grandes grupos de revoltosos que cometían toda clase de depredaciones, aterrorizando a las poblaciones del norte del territorio por sus actos vandálicos. Estas noticias, confirmadas después, me llevaron a creer, como más tarde pude corroborar, que el movimiento subversivo se extendía hacia el norte con suma rapidez, buscando la cooperación de las federaciones obreras del Chubut, a fin de alarmar a las poblaciones y conseguir el objeto que desde el primer momento se buscaba, el alzamiento de

los obreros de Comodoro Rivadavia y la marcha desde este punto hacia la Capital Federal donde las otras sociedades obreras los esperarían preparadas para asestar el golpe final a nuestras autoridades.

Sobre estas aseveraciones tremendas del teniente coronel Varela no hemos encontrado absolutamente ninguna prueba. La FORA sindicalista ni siquiera había tomado posición con respecto al conflicto, a pesar de que ya estaban llegando a Buenos Aires las noticias de los fusilamientos. Los anarquistas de la FORA del V Congreso habían puesto ya el grito en el cielo y se desesperaban por ayudar a los perseguidos patagónicos pero eran impotentes. ¿Qué podían hacer? Nada más que protestar. Todo aquello estaba muy lejos y, por otra parte, los problemas y los conflictos en Buenos Aires sobraban como para sobrecargar a la gente con hechos que ocurrían en lugares que nadie conocía. Pero hay que admitir que serán las publicaciones anarquistas las primeras en denunciar lo que estaba ocurriendo. Con respecto a la Federación obrera Marítima, que coqueteaba con Yrigoyen, se seguirá lavando las manos y no existe ningún indicio de que en Comodoro Rivadavia hubiera ocurrido algún movimiento en favor de los huelguistas de Santa Cruz. Al contrario, veremos cómo el gobernador del Chubut enviará casi toda la policía con que cuenta hacia Colonia Las Heras, no temiendo ningún levantamiento interno.

Es indudable que «Facón Grande» cuando toma el mando de los huelguistas de la zona norte santacruceña se da cuenta de que el dominio de la red ferroviaria desde Puerto Deseado a Colonia Las Heras puede ser decisivo para el triunfo. Pero en ningún momento lo logra plenamente. El movimiento multitudinario se lo impide. Van de un lado a otro, masivamente. Además, José Font no tiene ni don de mando ni sentido táctico ni estratégico. Él conversa con la gente. Tiene sí, autoridad ilimitada sobre ellos, pero no hace ningún abuso. Siempre conversa y pide consejos. Sin demostrar debilidad en ningún momento, pero temeroso de que los que lo han elegido crean que él quiere sacar algún provecho de su situación.

Y así no camina la cosa. Principalmente cuando enfrente se tiene a un hombre como el teniente coronel Varela, que no sabe de dilaciones y que cuando hay que apretar el gatillo, lo aprieta primero y después pregunta.

Pero continuemos con el parte del teniente coronel Varela: «El grupo que opera en el norte mandado por un tal Font (a) “Facón Grande” compuesto de unos 350 a 400 hombres, bien armados y municionados desempeñaba el papel de avanzada del norte».

Ya veremos cómo, según los partes del mismo Varela, más adelante, la gente de Font no estaba ni bien armada ni bien municionada.

Posesionado del ferrocarril Deseado-Las Heras —prosigue Varela— sobre el límite del Chubut amenazaba continuamente a las poblaciones de ambos extremos conservando en su poder y bajo su completo dominio todas las estaciones de la línea. Era necesario pues obrar con rapidez y audacia a fin de evitar que las continuas comisiones de este grupo consiguieran llegar a Comodoro Rivadavia y levantar en masa a los obreros de este punto.

En ningún momento, ninguna de las columnas de «Facón Grande» intentó llegar a Comodoro Rivadavia; al contrario, se mantuvieron en la zona de las vías férreas sin procurar abrirse paso ni hacia el sur ni hacia el norte. Era evidente que trataban de mantenerse lo más posible en huelga para poder pactar el arreglo final con el ejército.

El teniente coronel Varela va a llegar a la estación Jaramillo. Y aquí comenzará el jaleo. En esta campaña la cosa se va a poner linda. Hasta habrá combate con la gente de «Facón Grande». Y éste hará retroceder al glorioso 10 de Caballería con bandera azul y blanca y todo. Los hace recular a tiro limpio, los caga literalmente a balazos al teniente coronel Varela y a sus uniformados. Y por eso no podía haber perdón para el gauchazo «Facón Grande». Varela no se lo podía perdonar. Que ese civilaco, por más criollo que fuera, hiciera disparar al ejército argentino no podía perdonarse nunca y menos dirigiendo a chilotes. Porque aquí ya era una cuestión de prestigio; porque si hubieran sido argentinos contra argentinos, todavía vaya y pase. Pero aquí eran argentinos contra chilotes, con un destacado entrerriano a la cabeza. José Font, domador, sí, pero con la bandera roja.

Pero comencemos por arriba, por el norte de Santa Cruz, porque la patriada de «Facón Grande» da para muchas páginas.

Una de las columnas de «Facón Grande» se dirigió a Colonia Las Heras, punto terminal del ferrocarril de Puerto Deseado. Allí la Liga Patriótica se había organizado para la defensa, mientras las mujeres y los niños emprendían viaje hacia Comodoro Rivadavia.

En Las Heras quedará el dirigente huelguista Antonio Echeverría a la espera de órdenes de «Facón Grande».

Sobre la fácil caída de Las Heras y la muerte del dirigente Antonio Echeverría tenemos testimonio del exsubteniente Federico S. Jonas, de activa participación en los acontecimientos de Las Heras y Deseado:

> El 15 de diciembre de 1921 —señala— inmediatamente después de los sucesos de Bajo del Tigre, hallándome destacado en San Julián al frente de un cabo y once soldados de la gendarmería, recibí orden de marchar a prestar servicio de seguridad y vigilancia en las estancias de Bahía Laura. A los 3 o 4 días de estar en dicha zona, que encontré perfectamente tranquila (en sus estancias no se suspendió el trabajo) me encontré con el comandante Varela que iba para Deseado acompañado sólo de un oficial y dos particulares. Informado de que la región estaba tranquila me ordenó que sin pérdida de tiempo marchara con mi destacamento a Deseado. Al día siguiente llegué a Deseado y apenas en presencia de Varela, éste me ordenó que dejase allí a siete de mis hombres y que con los cuatro restantes (elegí a los llamados Juan Rodríguez, Alejo Duarte y Ramón Valdivieso, correntinos los tres, y Juan Rugestein, del Azul) más una pequeña partida de voluntarios, siguiese a Las Heras en un tren que me preparó inmediatamente. El 18 a las 8 a. m. emprendimos el viaje marchando en tren lentísimamente de suerte que al anochecer nos encontrábamos en la estación Pico Truncado donde pernoctamos. Al día siguiente seguimos viaje y habiendo encontrado en el trayecto un autocamión que venía en dirección contraria a la nuestra por la huella paralela a la vía y como se viese en él gente armada ordené que se le hiciese una descarga al aire. Los del auto alzaron los brazos en señal de que no hacían resistencia y aproximándose resultó que en él venían dos huelguistas, uno de ellos, Echeverría, que ejercía la jefatura del grupo acampado cerca de Las Heras, y varios vecinos del pueblo quienes se dirigían al campamento de «Facón Grande» con el objeto de convenir con él la forma en que se había de hacer por el pueblo de Las Heras el suministro de víveres a la gente de éste. Como Las Heras había

quedado aislado de la costa, las existencias disminuían rotundamente y los comerciantes buscaban una fórmula que les permitiese soportar la situación. Los del auto no contestaron nuestros disparos y, acercándose al tren manifestaron quiénes eran y de dónde venían. Al saber por los tiros que en el tren iba tropa, la actitud de los vecinos que iban en el auto, había cambiado con respecto a Echeverría quedando éste en calidad de preso y así fue llevado a Las Heras adonde llegamos al otro día temprano. En la estación de Las Heras encontré algunos vecinos de la localidad y por las denuncias de ellos (el doctor O'Connor, Juan Pedmonte, Antonio Capagli, el gerente de la Sociedad Anónima, señor Rodríguez y otros, que firmaron un acta en que se consignaban las acusaciones) y con el concurso del oficial de policía Sureda procedí a detener en seguida a los obreros que había en el pueblo a quienes se sindicaba como cabecillas huelguistas. Ninguno de ellos intentó resistirse limitándose a pedir garantías por sus vidas. Les manifesté que no tenían nada que temer de mí y que mi única misión era entregarlos al comandante Varela en Deseado. A pesar de la animosidad evidente que algunos vecinos de Las Heras demostraban hacia los huelguistas ninguno acusó a éstos de hecho delictuoso concreto fuera de la requisa de víveres y ropas en alguna casa de comercio y del alojamiento forzoso que algunos se hicieron dar en las fondas. Se ha hablado mucho de saqueos y desmanes cometidos en Las Heras pero es todo incierto con excepción del saqueo de almacenes de la odiada Compañía Importadora y Exportadora de la Patagonia a la que le tomaron ropas y efectos por valor de 4 a 5 mil pesos. Esa misma noche metí los presos —doce en total— en un tren de carga y emprendí viaje de regreso a Deseado. Una vez que hube llegado a Deseado hice entrega de los presos al comisario de la localidad, señor Barloa quedando aquéllos a disposición del comandante Varela. Mientras yo quedé en Deseado no hubo ninguna novedad respecto a los presos pero, a los 3 o 4 días fui nuevamente enviado al Lago Buenos Aires y luego supe que mi partida de Deseado coincidió, o mejor dicho, precedió inmediatamente a la muerte violenta de tres de los detenidos en Las Heras: Antonio Echeverría, Maximiliano Pérez y R. Diachenko (ruso). A altas horas de la noche se los sacó de la comisaría y, conducidos a las afueras del pueblo, junto a la orilla del río Deseado, se les dio muerte de un tiro, en la forma acostumbrada.[58] Los otros nueve presos quedaron todavía un par de semanas en Deseado. A mediados de enero fueron embarcados en un vapor que iba a Gallegos. Por más que a mi regreso del Lago Buenos Aires intenté averiguar qué había sido de aquellos nueve infelices nunca pude obtener un dato concreto.

Acerca de la sevicia para con el vencido ya hemos dado sobrados testimonios. Antes de fusilarlos se los dejaba bien calentitos a paliza. Agregaremos uno más, precisamente el del gerente de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia de Las Heras, señor Víctor S. Rodrigo. Como se verá, no precisamente de un testigo que favorece a los obreros, sino, todo lo contrario, un hombre que estuvo en la defensa de su empresa, perteneciente a Braun y Menéndez Behety. Su relato aclara todo lo que sucedió cuando llegaron a Las Heras. Sus memorias fueron publicadas por el diario El Patagónico de Comodoro Rivadavia, bajo el título de «Tiempos difíciles» y se las debemos a la nieta del señor Rodrigo, María de los Angeles Rodrigo, quien las recogió. Señala en ellas que en Pico Truncado, cerca de donde estaba él, cayeron los huelguistas

cometiendo todo tipo de barbaridades: al llegar a «La Anónima» en el mismo salón se desnudaron y se vistieron de pies a cabeza dejando sobre el piso sus ropas viejas, inclusive las interiores; es de imaginar el aspecto repugnante y maloliente que presentaban esas ropas, dado que se cambiaban de vestimenta tan sólo cuando asaltaban a los comercios. A los pocos días se presenta un señor con aspecto de peón. Lo recibí y a mi pregunta me contestó: soy Antonio Echeverría, delegado de «Facón Grande», y vengo al mando de unos 300 hombres que mañana entrarán al pueblo y necesitan ser atendidos. A lo que contesté: «Vea Echeverría, usted formula un pedido que está de más. Conozco el procedimiento de ustedes y negarme sería inútil pues lo tomarían todo por la fuerza». Después me dijo: «Tiene usted razón y reconozco que han procedido mal pero yo no permitiré que mi gente cometa asalto alguno».
Como me resultara un pobre hombre y me diera cuenta que estaban mandados, le dije: «¿Qué fines persiguen ustedes? ¿No se dan cuenta que esto es severamente penado por las leyes?». Y al cabo de un rato

me respondió: «No tenemos miedo, estamos protegidos por las altas autoridades del territorio y sólo obedecemos órdenes».
A la vez, le dije: «Estoy de acuerdo en que formen una federación de trabajadores rurales, pero no en esta forma». Terminó la entrevista en espera de la llegada del grupo que no lo hizo nunca y Echeverría quedó solo, dedicándose a organizar un nuevo grupo, cosa que consiguió.
Con ellos, «La Anónima» fue saqueada, repartiéndose ropas y víveres no solamente entre la gente del grupo sino también entre gente del pueblo. Echeverría firmó las listas de pedidos y debimos entregarles todo atendiéndolo con suma paciencia, como si fueran buenos clientes.
Días más tarde, Echeverría se dirige en automóvil a conferenciar con «Facón Grande» pero en el camino es tomado por tropas de gendarmería y guardia blanca.
Como gerente de «La Anónima» tuve que presentarme ante el teniente y contarle lo sucedido. Fue aquél un espectáculo desastroso, poco humano y denigrante para el que comandaba las tropas. Ordenó hacer formar a los prisioneros en fila sobre el andén de la estación y desenvainar a sus soldados el sable a mí, cosa a la que me negué. Vi caer a Echeverría completamente magullado a sablazos y me retiré indignado.
No paró allí el castigo, esa noche escuché desde mi casa los lamentos de los prisioneros encerrados en el vagón. Sin poder resistir me presenté ante el teniente diciéndole sin rodeos que tal procedimiento no era justo por cuanto se daba al vecindario un espectáculo poco edificante.
A los dos días el tren partió para poner a los prisioneros en manos de Varela, y él los fusiló.

Hasta aquí las declaraciones del gerente de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. Compárese esta declaración con la del subteniente Federico Jonas y se verá la coincidencia de detalles acerca de la suerte de Echeverría.

Acerca de los hechos de Las Heras hemos recogido también el testimonio del señor Enrique Salgot Morell, de 79 años de edad, que cuando expresó su testimonio vivía en Haedo y que durante la segunda huelga fue miembro de la Guardia Blanca en esa localidad. El señor Salgot Morell fue empleado en la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora, luego de allí pasó a «La Mercantil» y luego a tareas de campo como administrador de las estancias de Carlos Helmich y como ganadero independiente. Fue juez de paz de Las Heras, administrador de la Cooperativa de Ganaderos de Las Heras y administrador del Hospital Rural. Nos relata que cuando en el verano de 1921 se anunció que venían las columnas de «Facón Grande» a Las Heras, ellos se formaron en Guardia Blanca para defender a la población.

Pero que, con toda sinceridad, en Las Heras no pasó nada. Llegó un grupito a las órdenes de un trabajador rural de apellido Echeverría. Éste era un hombre de campo muy limitado, pero no era mal gaucho. Yo sé bien que él no fue quien ordenó el saqueo de «La Anónima», fueron propios vecinos de Las Heras que aprovecharon la situación. Pero después todos le echaron la culpa a Echeverría. Nosotros, los de la Guardia Blanca, esperábamos grandes contingentes de huelguistas, pero nunca llegaron. Yo, como era uno de los pocos que sabía manejar vehículos, tuve que trasladar a todas las personas importantes de Las Heras a Comodoro Rivadavia. A mi esposa y a mi hijita de tres meses de edad las llevé a una estancia próxima. Pero en la zona a nadie le ocurrió nada. A Echeverría para prenderlo le hicieron un engaño igual que a «Facón Grande». Lo llevaron para conferenciar con éste —así le dijeron— y luego para ir juntos a verlo al comandante Varela que quería tratar con él. Y ese pobre hombre, crédulo y sin imaginación, aceptó. ¿Si no, cómo se explica que lo entregaron a la primera tropa que vieron? ¿Y él, siendo huelguista, cómo es que iba con estancieros hacia Deseado? A Echeverría lo fusilaron y todos en Las Heras nos enteramos que no fue un fusilamiento común sino que primero lo castigaron los miembros de la tropa. Yo he pensado muchas veces sobre ese episodio y no me explico esa forma de cebarse con un hombre vencido. Bueno, porque si tienen que fusilarlo, fusílenlo pero no previamente lo castigan de esa manera. Yo, si bien pertenecí a la Guardia Blanca, tengo mi conciencia tranquila. Lo ocurrido en Jaramillo con el fusilamiento de «Facón Grande» y su gente, no tiene disculpas. No había motivo para tanta severidad. Lo que sí debo decir es que cuando llegó la Marina de Guerra se acabó la persecución de esa gente y se portaron como caballeros que venían a guardar el orden, no a matar. Así hubiera tenido que ser la acción de represión: como la encaró la marina.

> Mire, yo he estado en reuniones de estancieros posteriores a la represión y en ellas he oído muchas expresiones de censura para tantos fusilamientos y castigos corporales que propinaron las tropas de Varela a esos pobres infelices. He oído expresiones como éstas: «¡Qué asesinos habían resultado estos militares de Buenos Aires!».

Sobre la forma en que fueron aniquiladas las columnas de «Facón Grande» las versiones difieren muchísimo. Mucho costó al autor de esta investigación llegar a una concreta relación de los hechos tal cual acontecieron, comparando fechas, documentos y declaraciones. Pero comencemos primero con el parte oficial del comandante Varela al Ministerio de Guerra:

> Por datos de prisioneros tomados en Jaramillo supe que próximo a la estación Tehuelches se hallaba el campamento principal de los sediciosos, que era el azote de toda esta zona. Regreso a Jaramillo y puesto en marcha inmediatamente a Tehuelches llego a esta última población a las 16 del mismo día (es decir el 20 de diciembre de 1921). En circunstancias en que solicitaba noticias sobre el lugar donde estarían acampados los revoltosos, veo venir en dirección nuestra cinco automóviles y un camión, los que al llegar a unos 800 metros hacen alto, bajan de las máquinas y despliegan en tiradores unos 50 individuos más o menos abriendo en el acto un fuego nutrido sobre las tropas. Inmediatamente ordeno el despliegue en tiradores y contestar el fuego, entablándose el combate en toda la línea.
> Cuarenta minutos duró el tiroteo, al cabo de los cuales éstos se retiraron llevándose todos los muertos y heridos, no pudiendo emprender la persecución por falta absoluta de medios de movilidad, aun de munición que se había agotado ya y la naturaleza del terreno, se perdieron inmediatamente de vista por las profundas y grandes quebradas que presenta el terreno. Por nuestra parte tuvimos dos soldados heridos, Salvi y Fischer, el segundo de los cuales falleció a consecuencias de las heridas recibidas. En el momento de retirarse los sediciosos sólo quedaban diez tiros por soldado.

Pero, quien en realidad se retira del «campo de combate» es el teniente coronel Varela, como más adelante lo reconoce, aunque no en forma directa, cuando describe las negociaciones con los obreros en la estancia «Jaramillo». En efecto, Varela desde Tehuelches retrocede a Jaramillo llevándose los dos soldados heridos. Fischer fallecerá pocas horas después por el balazo que le ha atravesado la garganta. «Cuando se sintió herido de muerte —dice Várela en su parte— este bravo soldado, temple de argentino, tuvo aún fuerzas para gritar: “¡Viva el 10 de Caballería!”».

El periodista de Puerto Deseado, don León Soto, director durante muchos años de *El Orden* de esa ciudad y que fue protagonista de todos los hechos más importantes de esa movida época de la historia patagónica, nos ha relatado que, en realidad, el «combate de Tehuelches» se desarrolló de la siguiente manera: «Facón Grande» no tenía conocimiento de la llegada de Varela a Deseado y su avance desde el sur. Antes bien, creía que Varela iba a marchar primero a Colonia Las Heras.

Dijimos también cómo Varela llega a Jaramillo y se pone en marcha hacia estación Tehuelches. Allí se queda Varela cuando ve venir unos cuantos automóviles y un camión. En el primer auto viajaba «Facón Grande» —un doble *faeton* tomado a un estanciero— y lo seguían sus principales colaboradores. Cuando los ve venir, Varela —inferior en número— los recibe con una descarga cerrada, creyendo que eso bastaría para que los huelguistas se bajaran y levantaran los brazos en señal de rendición. Pero ante su sorpresa, no ocurrió así sino que éstos hicieron pie en tierra y

contestaron el fuego, generalizándose un intenso tiroteo. La primera ráfaga del ejército costó a los huelguistas tres muertos. Cuando Varela vio caer al soldado Fischer y a otro, de apellido Salvi, que había quedado fuera de combate, ordenó la retirada. Es sólo en ese momento cuando «Facón Grande» comprende que ha luchado contra el ejército y no contra la policía. Varela retrocede hasta Jaramillo.

En esa situación interviene el gerente de «La Anónima» de Pico Truncado, Mario Mesa, quien se hallaba de rehén con la gente de «Facón Grande», ofreciéndose a éste como mediador con Varela. «Facón Grande» accede porque comprende que la situación se ha vuelto crítica: ha luchado contra el ejército, cosa que no estaba en sus planes porque precisamente estaba esperando a Varela para llegar a un arreglo. Mesa se dirigirá a Jaramillo acompañado por tres delegados de «Facón Grande» para proponerle la firma de un nuevo convenio rural y la liberación de todos los obreros presos, a cambio de la terminación de la huelga.

Varela conversará largamente con Mesa. Sobre esa conversación nunca se ha sabido nada ya que Mesa nunca quiso hablar sobre el asunto. Lo que sí se sabe es que él regresará a Tehuelches para decirle a «Facón Grande» que Varela acepta los puntos sugeridos pero primero exige la rendición de todos los huelguistas y la entrega de las armas. Mesa ofrece la garantía de su palabra de que serán respetadas todas las vidas humanas.

En la asamblea obrera que a continuación de realizará, «Facón Grande» aconsejará la aceptación de la propuesta de Varela. Y el 22 de diciembre —luego de que Mesa viaje a Jaramillo y mantenga la conferencia con Varela— se organiza la rendición, en la estación Jaramillo.

Veamos el sorprendente parte de Varela al Ministerio de Guerra —y ya vamos a aclarar por qué lo calificamos de sorprendente—:

> A las dos horas del día 21 se presentan al destacamento en estancia «Jaramillo» dos delegados manifestando que solicitaban mi presencia para entregarse incondicionalmente, lo cual se efectúa al día siguiente, con sus armas, municiones, caballadas. Esta entrega del grupo se debió a la pérdida sufrida en el combate del día 20 en cuya refriega habían resultado muertos los cabecillas más temibles y que tenían aterrorizadas las poblaciones; un tal Font (a) «Facón Grande», Leiva y otros cuyos nombres no fue posible constatar por ser desconocidos en la región.

Escribimos «sorprendente» porque Varela señala que «Facón Grande», Leiva y «otros» —ni siquiera señala el número— murieron en el combate de Tehuelches, cuando se conservan hasta documentos gráficos de la entrega de «Facón Grande» dos días después en la estación Jaramillo. Es decir que si «Facón Grande» aparece en fotografías tomadas en Jaramillo junto a miembros del regimiento 10 de Caballería, no puede haber muerto, en Tehuelches, dos días antes.

Pero volvamos a lo que estaba aconteciendo. La actitud de «Facón Grande» de aceptar la mediación de Mesa y luego de acceder a las condiciones que le imponía Varela, pese a haber sido éste derrotado por los huelguistas en Tehuelches, dice una vez más, bien a las claras, que todos los dirigentes obreros que habían participado en

el movimiento buscaron solamente interesar a los poderes nacionales, en este caso representados por Varela, para hacer cumplir las reivindicaciones logradas en la huelga anterior. Sabían su debilidad, conocían plenamente que con la gente y las pocas armas con que contaban no podían hacer ninguna huelga revolucionaria.

Cuando «Facón Grande» confía en la misión de Mesa, un hombre al servicio de los Menéndez y Braun, no sabe que del otro lado está el comandante Varela, un teniente coronel herido en la fibra más íntima de su orgullo de militar argentino. Esos chilotes roñosos, esos anarcos antiargentinos, le habían matado a su soldado preferido y lo habían hecho retroceder, a su regimiento, al glorioso 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón. Un gaucho bandido y toda su gentuza habían hecho recular a las armas de la Patria y encima le habían matado a un soldado. Ya van a ver. Ya les va a dar garantías, ya les va a dar convenios de trabajo, ya les va a dar la libertad de los presos. El comandante Varela es hombre de grandes enojos, de grandes cóleras, más cuando le tocan a sus cachorros. Esos vagos que en vez de ir a trabajar se proclaman dueños y señores de sí mismos le han matado un muchacho con el uniforme argentino. Ya van a ver, mansitos van a venir y les va a hacer besar el polvo de la tierra argentina. Les va a dar bandera roja, revolución rusa, que todos los hombres son iguales y otras pamplinas por el estilo.

Como gesto de buena voluntad los huelguistas dejan sus cosas en el suelo y entregan la caballada. A «Facón Grande» lo aíslan junto al galpón de la estación. Él no tiene un pelo de zonzo y se da cuenta en seguida, porque pese a que pide hablar con Varela éste no lo recibe y lo mantiene custodiado; además, le hace quitar la famosa daga, el facón grande. «Facón Grande» es ahora nada más que José Font, pero con altanería solicita que se cumpla lo pactado. Pero no pasa nada. Los soldados lo tratan mal, hay que sofrenarlos para que no lo maten a patadas y a lonjazos. Él es el autor de la muerte del soldado Fischer y cada uno de los soldados conscriptos se siente vengador y quiere hacerle pagar bien caro lo que ha hecho.

Cuando el domador José Font se da cuenta de que ha caído en la trampa y que esos hombres no van a tener la más mínima misericordia les grita a los soldados que lo custodian que le digan a Varela que él lo desafía a pelear con cuchillo, delante de todos, para ver si es tan valiente como dicen. Como única respuesta Varela lo hace atar de pies y manos para lo cual lo voltean al suelo. Ahí lo dejan mascullando su indignación, con las venas del cuello que se le ensanchan como si fueran a reventar, de pura rabia. Allí está el célebre «Facón Grande», en el suelo, el jefe de los huelguistas de Deseado. Lo vienen a mirar todos los soldados que tienen la misma sangre criolla que él.

Varela es un hombre práctico y rápido. No se anda con pensamientos ni cabildeos. Dos suboficiales y dos soldados lo cargan a la caja de un camión como si fuera una bolsa de papas y se lo llevan. Lo pondrán contra unos bretes, antes le quitarán las ligaduras. Allí estaba parado esperando ser fusilado. Sin facón, sin chambergo y sin la ancha faja negra que usaba a la cintura. Las balas le atravesaron el cuerpo mientras

él trataba de que no se le resbalaran las bombachas.

Sobre la muerte de «Facón Grande», el testimonio del estanciero Pedro Jenkins, residente en Deseado, es a grandes rasgos y en muchos detalles, el mismo que el del periodista León Soto. También el del exadministrador de la estancia «Santa María» de Martinovich, Kuno Tschamler, no se diferencia mucho de la descripción hecha. Tschamler señala que:

> […] se entregó «Facón Grande» y teniendo en cuenta las condiciones de lo tratado quiso darle la mano al jefe adversario Héctor Benigno Varela quien le negó esa deferencia y ordenó que lo ataran de pies y manos. «Facón Grande», enardecido de rabia, dijo que ésa no era la manera de tratar a un hombre, que uno por uno se animaba a pelearlos a todos aún con las manos atadas. Lo fusilaron en Jaramillo. En la primera descarga ni se movió. En la segunda cayó de rodillas.

El subteniente Jonas escribirá en 1924, sobre el combate de Tehuelches:

> El soldado Fischer había sido imprudentemente colocado por su jefe en el centro del camino donde su silueta se destacaba nítidamente formando un blanco demasiado visible. Recibió un balazo en la boca que le produjo la muerte horas después.

Luego de señalar que «Facón Grande» fue fusilado en Jaramillo con «30 o 40 de sus compañeros» hace esta denuncia:

> Al día siguiente [de la entrega de los huelguistas a Varela] en circunstancias que yo me encontraba ya en Deseado en la comisaría fui testigo del reparto que el comisario Barloa y sus subordinados hacían de las ropas y efectos personales de los cabecillas fusilados, «Facón Grande» y Leiva. He visto en el pueblo espectáculos repugnantes como ser la pública ostentación que hacían los soldados del comandante Varela del dinero y pilchas que habían sacado a los rendidos existiendo casos de ellos que tenían las carteras llenas de dinero.

En el testimonio del administrador de estancia Kuno Tschamler se lee luego de la descripción del fusilamiento de «Facón Grande»: «*Al fusilarlo dicen que tenía entre 2 mil y 3 mil pesos de aquel tiempo en el tirador, nadie sabe qué hicieron con ese dinero*».

El subteniente Jonas escribió posteriormente más detalles sobre el fin del grupo de «Facón Grande». Señala que cuando se rindió, «Facón Grande» se aproximó a Varela y le dijo:

> «—¿Tengo el honor de hablar con el comandante Varela? Yo soy el "Facón Grande"», y le alargó la mano.
> Varela no le aceptó la mano, lo miró severamente y ordenó:
> «—A ver, desarmen a este hombre y pónganlo aparte».

Siempre según lo aseverado por el subteniente Jonas, a Antonio Leiva, el segundo de «Facón Grande», como al rendirse no acató de inmediato la orden de desmontarse lo bajaron de un tiro de *mauser* en la cabeza. Quien lo derribó fue «un sargento del ejército de tipo aindiado». Leiva era un chileno manso, de 28 a 30 años de edad, de baja estatura, delgado. Peón de la estancia «La Sofía» de Iglesias. Era un elemento de trabajo pero solía embriagarse con frecuencia. Se dice que cuando lo mataron estaba

ebrio y que por eso no acató la orden de bajarse del caballo.

Insiste Jonas en que los fusilamientos se hicieron todos cerca de Jaramillo y no en Tehuelches ni en Pico Truncado. Dice que hasta fines de diciembre —es decir, durante unos siete días— los cadáveres quedaron sin enterrar como a 500 metros de la estación.

> Hasta algunos días después de la masacre —dice— se podía ver el cadáver de «Facón Grande» sosteniendo con una de sus manos un tarro de pickles que por irrisión alguien puso en ella. La otra mano la tenía cortada. Se decía que algún estanciero o algún amigo se la había llevado para conservarla en formol.

Los cadáveres fueron posteriormente quemados con combustible traído de Comodoro Rivadavia.

El órgano oficial de la Federación Obrera Marítima (FOM) *La Unión del Marino*, en su edición extraordinaria del 1.º de mayo de 1922 trae datos bastante precisos sobre el número de fusilados en Jaramillo. Dice así:

> Estación Jaramillo: a 500 metros de la estación, lado Puerto Deseado, en el campo de Baldomero Cimadevilla, seis fusilados. Lado sur por la vía, uno a flor de tierra, cadáver de Antonio Leiva. En el mismo lugar, al norte de la vía, tres fusilados. A 300 metros del pueblo, lado Puerto Deseado, al sur de la vía, cincuenta fusilados.

Sobre el número de fusilados todas las versiones son distintas. Curiosamente, Varela no trae ningún dato de las armas requisadas al grupo de «Facón Grande» y menciona como muertos en el combate a «Font, Leiva y otros» solamente, cometiendo una sospechosa falta de información en un parte donde tenía la obligación de ser preciso.

Las únicas versiones que se aproximan son la del subteniente Jonas (de treinta a cuarenta fusilados además de Font y Leiva) y la de la Federación Obrera Marítima, que fija el número de cadáveres en sesenta y da los lugares donde se encuentran, tres meses luego de haber ocurrido los hechos.

Además, la Federación Obrera Marítima, en esa edición, trae algunos nombres de los fusilados. Dice la lista:

> José Font, argentino; Guzmán, argentino; Alejo López, argentino; Servando Romero (h), argentino; Balcarce, chileno; Ramón Elizondo, uruguayo; un bolichero, español, más dos griegos y un ruso. —Más adelante menciona a— Antonio Leiva. —Además acusa a— Mario Mesa (italiano) y al estanciero Guillermo Bain (inglés) de haber indicado a Varela quiénes eran los obreros más peligrosos, para su fusilamiento.

Dice el vocero de la Federación Obrera Marítima: «*José Font ha sido uno de los más martirizados, semivivo lo tuvieron durante varias horas enterrado medio cuerpo. Antes se le hizo presenciar los fusilamientos*».

Tiene gran importancia para el cese de los fusilamientos la llegada de efectivos de la Marina de Guerra. Hubo desde un principio desinteligencias de los oficiales de marina con el teniente coronel Varela en cuanto a los métodos drásticos de represión.

Por su parte, el subteniente Jonas, en sus escritos, destaca que los efectivos de la marina cremaron los cadáveres que encontraban o les daban piadosa sepultura y reproduce declaraciones del teniente de navío Dacharry que llegó a Las Heras desde Comodoro Rivadavia (eran efectivos llegados a bordo del «General Belgrano» que iban al mando del capitán Lan). Dice Jonas «en Las Heras escuché al oficial Dacharry en términos enérgicos reprochar la forma como se había procedido a exterminar a los huelguistas».

Dos días después del fusilamiento de «Facón Grande» llega el capitán de fragata Julio Ayala Torales con fuerzas de artillería de costas a defender la línea Deseado-Colonia Las Heras. Tiene una conversación telefónica con el teniente coronel Varela que termina en forma borrascosa. Varela les hace ver a los marinos que ellos llegan «*cuando está todo hecho*». Una vez más, el ejército ha sacado las castañas del fuego. El capitán Ayala Torales no está de acuerdo con los procedimientos del ejército ni con los fusilamientos de los chilotes. El médico que acompañaba a las fuerzas, doctor Ramírez, comprueba el fusilamiento de obreros rurales, uno de ellos «Facón Grande». La orden que el Ministerio de Marina había dado al capitán Ayala Torales era lisa y llanamente «*actuar en pie de guerra*».

En largas conversaciones que ha mantenido el autor de este trabajo con el capitán Ayala Torales en su residencia en Martínez sacó la conclusión de que este antiguo oficial tenía una profunda amargura por aquellos acontecimientos y que los tomaba como algo ineludible presentado por el destino. Y la gran pregunta que se hacía a sí mismo era por qué la gente, el hombre, se desorbita cuando tiene la oportunidad de someter, de castigar a otro. Él tuvo que arengar una y otra vez a sus marineros, a sus infantes de marina, que se salían de la vaina por fusilar chilenos; «el que no ha peleado no puede fusilar», fue la norma de conducta que costó hacérsela aprender a sus subordinados. Según el capitán Ayala Torales, el lugar donde se enterró a «Facón Grande» fue Jaramillo.

La investigación del destino del famoso «Facón Grande» nos llevó varias veces a Tehuelches, a Jaramillo y a Puerto Deseado.

Acerca de su figura tenemos los inestimables testimonios de dos estancieros que lo conocieron. El ya mencionado Victorino Basterra, propietario de la estancia «La Navarra», y el de don José Turcato, dueño de la estancia «San Marcos» en la propia estación de Tehuelches donde José Font y su gente hicieron retroceder al teniente coronel Varela y al 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón.

Recogemos primero el testimonio de don Victorino Basterra:

> Don José Font era entrerriano nacido en el Montiel. Dicen que lo trajo el estanciero Iriarte, pero la realidad es que vino a Santa Cruz en 1904 o 1905 para cuartear las zorras en las salinas de Cabo Blanco, al norte de Puerto Deseado. Como era hombre de trabajo, honrado y ducho en las cosas de campo, se independizó y al tiempo tenía cinco chatas de caballos con las cuales hacía el recorrido de Puerto San Julián a los lagos Posadas y Pueyrredón, viaje largo y peligroso. Era muy habilidoso en la doma y en construir casas con chapas, en eso siempre le venían a pedir consejos. Era, sin duda alguna, el mejor domador de toda la zona.

La gente se reunía cuando sabía que él iba a domar. Yo lo vi domar un caballo que había matado a un indio. Font lo miró y dijo: «me va a bajar si se parte en dos pedazos».

El señor Basterra tiene una rastra que le regaló «Facón Grande» en una oportunidad:

Su rasgo principal era la generosidad. Siempre tenía la mano abierta para los que recurrían a él. A la familia de Lavatelli, por ejemplo, muy conocida en Puerto Deseado, le facilitó mil pesos de aquel tiempo para salvar a un hijo a quien para ello debían trasladar a Buenos Aires. Esa familia quedó agradecida para toda la vida. Y cuando la señora Elvira de Lavatelli se enteró que lo habían fusilado en Jaramillo, me acuerdo que dijo: «era el mejor hijo de todas las madres».

Font no había ido a la escuela y apenas si sabía leer y escribir. Nunca perdió su acento de gaucho entrerriano. El poblador Francisco Gómez le puso el sobrenombre de «Facón Grande» que él no tomó a mal. Le gustaba usar todo grande, tal vez porque él era bajito, llevaba estribos enormes como ruedas y pesadas boleadoras. Tenía un sentido fraternal de la amistad. Lo demostró con su amigo, el chileno Leiva, a quien Varela hizo matar en Jaramillo. El chileno era también domador, hombre de trabajo pero con el vicio del alcohol. Leiva era un perseguido por la justicia, ya que le había disparado dos tiros a un comisario que lo había estafado en una carrera de caballos. Desde ese momento vivió escondido en un campo, al cual «Facón Grande» siempre concurría a llevarle cosas y nunca lo abandonó. Leiva era un hombre bastante enfermo porque tenía en el cuerpo tres balazos del entrerriano Eusebio Martínez después de una pelea. Éste fue llevado preso a Río Gallegos donde cumplió prisión por ese hecho. Cuando salió de la cárcel regresó a buscarlo a Leiva para cobrársela. Fue directamente a la estancia «San José», donde sabía que José Font estaba como administrador en ese tiempo. Creía que encontrándolo a Font, cerca estaría Leiva. Font se había ido a buscar bueyes a la estancia «Buenos Aires» y cuando volvió se encontró con Eusebio Martínez en la estancia. Como éste le inquirió de mala manera sobre el paradero de Leiva, tuvieron un cambio de palabras y así, los dos entrerrianos quedaron frente a frente. Eusebio Martínez, que era enorme, medía como 1.90 de altura, y José Font, bajito. Éste le dijo despaciosamente: «no me hable así porque los dos somos hijos de Urquiza». Martínez sacó un cuchillo y Font que tenía el talero en la mano le asestó un talerazo en el hombro. Martínez, pese a su tamaño, se arrugó y aceptó entrar en razones y a dialogar con Font, acabándose el entredicho con Leiva. Font no era pendenciero ni camorrero pero tenía todavía esa forma de ser del criollo que le da importancia a la pelea para dirimir cuestiones.

Ayudó mucho a los pobladores que recién se iniciaban o a los que estaban pasando malos trances. A los Tirachini, por ejemplo, los ayudó muchas veces pagando víveres para ellos.

También fue protagonista de un hecho muy comentado: un tal Casterán que venía ayudado por las autoridades levantó una casa de chapas en tierra que se le había adjudicado a José Font. Éste, al ver la construcción que se había hecho en su ausencia, la enlazó a su chata tirada por 18 caballos y la tiró abajo. José Font fue detenido y llevado a San Julián.

Desde ese momento, Font cambió y es por eso que los carreros lo eligieron delegado en la segunda huelga, para conseguir que les aumentaran los fletes. Sabían que Font era el único que sabía encarar a la policía. Es entonces cuando se inicia la huelga en Cañadón León de donde parte Font hacia Las Heras para ser fusilado luego en Jaramillo después del combate de Tehuelches.

Hasta aquí las referencias aportadas por el propietario de la estancia «La Navarra», situada entre San Julián y Puerto Deseado.

Tratemos de reconstruir ahora los últimos días de «Facón Grande», a través del relato del estanciero José Turcato, dueño de la estancia «San Marcos», situada justo enfrente de la estación Tehuelches. El señor Turcato estaba casado precisamente con la hija de don Guillermo Bain, estanciero inglés que fue rehén de los hombres de «Facón Grande»; nos recibió en compañía de su esposa y de sus dos hijos, mayores de edad. En primer término nos dice que él se siente solidario con el ejército al venir a terminar con las huelgas rurales y que no quiere comentar lo que se refiere al

fusilamiento de «Facón Grande» y su gente. Solamente acepta relatar los hechos tal cual sucedieron. En 1921, él era un muchacho y la estancia estaba a cargo de su padre. De inmediato nos trae un viejo y abultado libro de biblioteca y nos dice:

> Éste fue un regalo de don José Font, alias «Facón Grande», a mi padre; se trata de una edición de los Códigos de la República Argentina. Era muy conocido de mi padre, por eso, cuando por la huelga llegó aquí con su gente, no lo llevó como rehén. Sólo se llevó algunos caballos. Acampó en terrenos de esta estancia, en el llamado Cañadón del Carro, donde se hallan las tumbas de dos de sus compañeros muertos en el combate de Tehuelches. Todavía me acuerdo cuando se presentó en nuestra estancia a comunicarle a mi padre que estaba dirigiendo la huelga. Mi padre le preguntó por qué hacía eso, ya que tenía su buen pasar con su tropa de carros. «Facón Grande» me miró a mí, que era casi un chico y le contestó a mi padre: «lo hago por éstos».[59] Y luego de quedarse pensativo agregó: «Mire, macho me parió mi madre y lo voy a demostrar; me han elegido y voy a cumplir».
> De allí se fue hasta el campamento, muy cercano de aquí, donde hay un manantial y una hondonada. Desde ese lugar se observa claramente con largavista la estación Tehuelches. Es desde allí que vieron llegar a Varela y sus soldados y Font creyó que era la policía. Por eso ordenó prepararse y salirle al encuentro. Salió directo al camino —hoy ruta 520— y Varela, al ver venir a los huelguistas rompió el fuego parapetándose detrás del boliche que había en aquel tiempo enfrente de la estación. Mientras, «Facón Grande» y su gente tomaban posición en la casa de Vialidad. El ejército tenía armas de más largo alcance. Por eso los huelguistas tuvieron tres heridos y se les incendió un auto, mientras Varela tuvo un soldado herido grave —que luego falleció— y otro soldado herido leve. Desde aquí, desde nuestra estancia, se oyó el tiroteo. Cuando el ejército se retiró, «Facón Grande» se dio cuenta por la gorra del soldado Fischer que no era la policía. Primero ordenó llevar a los heridos hasta el campamento. Eran José Becerra, Armando Ríos y otro que lo llamaban «Oveja Negra». Los dos primeros llegaron muy mal, pedían que les dieran agua de beber, y fallecieron poco después. Están enterrados allí mismo y tenían hasta hace unos años una crucecita hecha con maderas de barriles de yerba. Al «Oreja Negra» lo quisieron trasladar pero falleció en los campos de la estancia de Gamarra.

El lugar donde fusilaron a José Font nos fue señalado por el dueño del hotel «España» de Jaramillo, señor José García, quien llegó en 1922 a esa población, justo un mes después de que habían terminado los hechos. Desde esa época vive allí, junto a su esposa, nacida también en Jaramillo. Saliendo de ese lugar en dirección a Puerto Deseado, el sitio se localiza a la derecha de la ruta, como a mil metros. No es fácil de encontrar a simple vista; hay que ir con una persona del lugar ya que se trata de una manga que se inicia en una depresión y todo el cañadón queda cubierto por la planicie. Es un lugar típicamente patagónico, con sus mogotes, su mata negra. No hay ni una cruz de palo, ni una señal hecha con piedras. Nada. «*Es que nadie quiso hablar de estas cosas durante mucho tiempo*», nos dice el señor García.

> Todos tenían miedo. Los huesos de esos infelices estuvieron mucho tiempo a la intemperie o cubiertos superficialmente. Luego, con los años, alguien que no quiso decir nunca quién fue, les dio sepultura por aquí nomás. Entre el grupo de fusilados estaba Servando Romero, de Deseado, hijo del peluquero Romero. El muchacho tenía 22 años y el padre vino a buscar el cadáver del hijo. Estaba en el montón de muertos y lo reconoció por un pañuelo porque el cuerpo ya estaba irreconocible por los días que habían transcurrido y por la acción de mulitas y zorrinos. Lo recogió y está enterrado en el cementerio de Deseado. Lo mismo que a un muchacho Alonso, a quien fusilaron en el campo de Jaramillo, a unas cinco leguas de aquí, y que pertenecía a una conocida familia de Deseado. A él también vinieron a buscarlo sus familiares y encontró cristiana sepultura.

Estando en Jaramillo fuimos a visitar a don Lorenzo Jaramillo, conocido por

todos como «El Indio» Jaramillo, araucano, a cuya familia alguna vez pertenecieron esos campos. Vive con una hermana en un humildísimo rancho de una habitación. Está enfermo, pero desde la cama nos sonríe y nos hace reverencias con la cabeza. Tiene 81 años de edad y estuvo durante la huelga cerca de Tehuelches. Le preguntamos sobre sus recuerdos y él sonríe con picardía:

> No sé nada, no sé nada, porque cuando llegaron los huelguistas yo me escapé y me fui para la sierra y cuando vino la tropa me fui para el Barbucho. Allí estuve hasta que me enteré que había llegado la marina y que habían acabado de fusilar. Entonces bajé para aquí de nuevo. No, no, a mí no me pudieron agarrar ni los huelguistas ni la tropa.

Y «El Indio» Jaramillo sonríe y vuelve a repetir «no, a mí no me pudieron agarrar».

Le preguntamos si perdió algún amigo en esos sucesos trágicos y nos responde siempre con su sonrisa:

> Sí, a dos buenos amigos, a «Pichinanga», que lo fusilaron en lo de Hospitaleche, en Cañadón León, y a don Antonio Leiva, que lo bajaron de un tiro aquí, en Jaramillo. Del caballo lo bajaron nomás.

Un inestimable testimonio acerca de lo acontecido en Jaramillo es el del estanciero Juan Melchor Michelena, propietario de la estancia «El Rambuyés». El señor Michelena padre fue testigo presencial de todo lo acontecido en Jaramillo desde la llegada de las tropas a ese lugar:

> De la estancia «Jaramillo», Varela trajo a dos dirigentes huelguistas: uno al que llamaban «Ruso Manchado» porque tenía una mancha en el rostro y el otro era de apellido Peñaloza. Los tenían en un vagón de ferrocarril, atados. Cuando Varela volvió de Tehuelches, derrotado en el encuentro con «Facón Grande», los suboficiales y soldados los sacaron a culatazos del vagón al «Ruso Manchado» y a Peñaloza, tirándolos al andén. Allí, un soldado le dio un terrible culatazo en la cara al «Ruso Manchado»,[60] dejándole el rostro destrozado. Luego de castigarlos con los sables los llevaron a un par de centenares de metros de la estación y allí los fusilaron.
> Cuando «Facón Grande» vino a hacer el arreglo con Varela, éste no lo fusiló de inmediato. Lo tuvieron aquí, en la estación, todo el día y aquí le sacaron fotografías. Recién al atardecer lo sacaron en un camioncito y lo fusilaron. En lo que atañe a Antonio Leiva, él llegó mucho más tarde que «Facón Grande», para reunirse con él. Vino con pilchas negras montado en un caballo moro, y cuando llegó lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba «Facón Grande». Fue cuando lo mataron.

Acerca de las horas previas a su muerte, hay dos testimonios. En primer término vamos a reproducir una nota del 21 de enero de 1974 del diario *El Patagónico*, de Comodoro Rivadavia, donde se transcribe una carta del señor Félix Oruezábal, domiciliado en Pellegrini 890 de Comodoro Rivadavia. En la misma señala lo siguiente:

> Recuerdo que en el año 1938 cuando fui trasladado a la línea férrea de Puerto Deseado a Las Heras, el jefe de estación Leoncio Cid me relataba los pormenores ocurridos en aquellos años. Una vez declarada la huelga, y al frente «Facón Grande», se dedicó a reclutar gente de las estancias y caballadas. El presidente Yrigoyen despachó una fuerza con toda celeridad que después de varios días llegó a Puerto Deseado y por ferrocarril instaló su cuartel en Jaramillo. «Facón Grande» al frente de sus fuerzas se fue arrimando hacia la

costa ignorando en absoluto la llegada de tales fuerzas.

Por ello, al hallarse cerca de la estación Tehuelches, la señora Elsa Minucci de Gamarra,[61] que vivía con su familia en aquella población, solicitó el envío de tropas dada la proximidad de los huelguistas, y mediante un tren desde Jaramillo fue un contingente que se parapetó en la casilla de camineros por ser un edificio de piedra.

Los huelguistas sin saberlo se trenzaron en un reñido combate: *winchester* contra *mauser* y viendo la autoridad militar el desigual combate por la cantidad de gente de parte de «Facón Grande», se retiraron hacia el convoy ferroviario no sin tener que lamentar un muerto y un herido. Cuando «Facón Grande» ocupó el terreno o campo de batalla comprobó con estupor abandonada la gorra de un soldado, cuando creía que sería la odiada Guardia Blanca.

A partir de allí quiso a toda costa buscar un arreglo con las autoridades militares llegándose hasta la estación Fitz Roy. Con todos los pertrechos, carros, caballada y hombres. El contacto se hizo mediante el teléfono del ferrocarril y don Leoncio Cid trasmitía a «Facón Grande» todo lo que a su vez desde Jaramillo se le comunicaba. Sostenía don Leoncio Cid que «Facón Grande» decía: «Yo me avengo a cualquier arreglo siempre de igual a igual» y se paseaba a grandes trancos por el andén. Es claro que al final y con promesas no garantizadas se puso en camino en demanda de Jaramillo, donde lo esperaba su destino. Sus acompañantes corrieron igual suerte.

Si hemos traído el testimonio anterior es para compararlo con otro que es incontrastable: el del hijo de aquel jefe de estación Leoncio Cid. Se trata del señor Alberto Cid, nacido en 1907, jubilado de Correos y Telégrafos, en cuyo distrito 24, Río Gallegos, trabajó desde 1929 hasta su jubilación. Luego vivió en Bahía Blanca. El señor Alberto Cid me escribió sus recuerdos, ya que en 1921 su padre —como dijimos— era jefe de la estación Tehuelches. El anterior testimonio era un recuerdo de 1938 del padre; éste que transcribimos ahora es del hijo, del 19 de febrero de 1973. Los dos testimonios vinieron por caminos diferentes y note el lector la similitud casi total de datos. Dice el señor Alberto Cid:

En esa época, 1921, yo vivía en la estación Fitz Roy (km 142 del Ferrocarril del Estado de Puerto Deseado a Las Heras), donde mi padre era el jefe de la misma. Cuando Varela había pasado de ida hacia Tehuelches, mi padre le comentó que cómo iba a ese encuentro con un grupo así a enfrentar a 150 o 200 personas. Varela le respondió: «Esta gente huelguista no ofrece ninguna resistencia al ejército, solamente a la policía y a los guardias blancas, de manera que yo esta misma tarde termino con esto y los disuelvo, para que cada uno se vaya a su lugar y listo». Con este optimismo siguió a Tehuelches, 20 km más adelante de Fitz Roy. En aquella estación estaba la hermana del jefe, que era Tomás Minucci —pues éste había sido tomado prisionero después de tirarle algunos tiros cuando intentó escapar a la llegada de los revoltosos—. Esta muchacha, Elsa Minucci, luego señora de Gamarra, se comunicaba con Fitz Roy por teléfono y telégrafo. Mi padre le avisó del paso de Varela y al arribo de éste ella le avisó que ante la polvareda de los vehículos había sido advertida la llegada de los mismos por los vigías huelguistas que alertaron al campamento por orden de «Facón Grande» que había dicho: «Ahí vienen los milicos y guardias blancas» (por milicos aludía a la policía), y dispuso salirles al encuentro. Con autos y caballos se corrieron y justo hicieron alto en la casilla de camineros del ferrocarril y simultáneamente Varela se detuvo detrás del boliche que estaba frente a la estación y se cubrieron con el cerco de la quinta (unos doscientos metros entre ambos). Ahí se mantuvieron un largo rato durante el cual Guillermo Bain, administrador de la estancia «Josefina», que habían llevado como rehén conduciendo un automóvil aprovechó el momento y corrió hasta el grupo de Varela. Algo inexplicable, pues este escocés era muy corpulento y alto, debía pesar cerca de 110 kilos y no obstante los disparos que le habrían disparado los revoltosos, llegó al otro grupo. Era un día de intenso viento. Luego de un tiempo y como cayera herido el soldado Fischer que había avanzado cuerpo a tierra, otro soldado arrastrándose lo tomó y lo trajo al vehículo y entonces Varela resolvió replegarse. Cuando llegó de regreso a Fitz Roy mi padre le preguntó por el soldado que veía sentado en el asiento trasero del auto, recostado y le respondió muy nervioso: «Me han matado a este muchacho, pero me lo van a pagar bien caro». Ya no era el hombre tranquilo y optimista que había pasado horas antes.

En estas circunstancias, «Facón Grande» al replegarse Varela recorre el terreno y se encuentra con la gorra

del soldado muerto y se queda sorprendido al darse cuenta que el encuentro no había sido con la policía sino con el ejército. Entra así en comunicación con Varela por intermedio de la hermana del jefe de la estación. Con Varela resuelve la entrega de todo el grupo para el día siguiente. De ahí que a poco de llegar yo a Fitz Roy empezó a llegar la columna de «Facón Grande» y éste concurrió a la estación. Los últimos mates de su vida los debió tomar ahí pues yo estaba cebando y tomando con mi padre cuando arribó él y se sentó a charlar al respecto del movimiento. Esto fue alrededor de las 3 o 4 de la tarde. Precisamente mi padre le transmitió la indicación del comandante Varela diciéndole éste que la columna huelguista debía detenerse a cinco kilómetros antes de Jaramillo y avanzar solamente él, «Facón Grande» con los dirigentes del movimiento a lo que él prestó conformidad.

«Facón Grande» fue fusilado en Jaramillo. En la zona, los fusilados ascienden a un número de entre cuarenta y cincuenta.

Los cadáveres en Jaramillo estuvieron amontonados sin tapar varios días. Parece ser que intentaron quemarlos con nafta pero no tuvieron mayor éxito y luego, al retirarse los militares, los vecinos fueron enterrando a los muertos. De la tumba masiva fueron retirados uno o dos cadáveres. Uno de ellos fue Servando Romero cuyo padre, peluquero en Deseado, vino a Jaramillo después de la partida de Varela, se llevó el cuerpo de su hijo y le dio sepultura en el cementerio de Deseado.

Debo también testimoniar lo realizado por las tropas de Varela al regresar del combate de Tehuelches y pasar por Fitz Roy, entraron en el almacén del vasco Azurmendi y del inglés Smuler —que estaba frente a la estación— y ordenaron salir a toda la gente apuntándoles con los *mauser*. A los presentes, toda gente de campo, los despojaron del dinero que poseían y de los objetos de valor, y de las camas del interior se llevaron los quillangos. Actitud muy diferente de la gente de marina, que procuraban evitar toda arbitrariedad.

El señor Alberto Cid califica a «Facón Grande» como un hombre «honesto y simple». Y con respecto a los huelguistas: «No se puede adjudicarles a los huelguistas, que en su mayoría no sabían para qué se agrupaban, el título gratuito o calificativo de bandoleros».

No quisiéramos cansar al lector con más detalles. Pero creemos que todo testimonio es valioso, más en este drama donde se tergiversó tanto la verdad y para cubrir la mentira se puso un férreo manto de silencio. Vemos, pues, la falacia, el embuste y la mentira con que el jefe del 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón, teniente coronel Héctor Benigno Varela, trata de encubrir el asesinato de «Facón Grande». Ya lo vimos: señala que éste murió en el combate de Tehuelches y así lo informa a sus superiores.

Hemos dicho falacia, embuste y mentira (hubiéramos podido decir solamente falta a la verdad y no elegir palabras tan duras pero, cuando de por medio está la vida de un hombre hay que ser realmente objetivos y emplear los términos con que cuenta nuestra lengua y no tener temor), y el propio segundo oficial del teniente coronel Varela, el general Elbio Carlos Anaya, lo confirma. En la entrevista que le hizo la revista Gente, de Buenos Aires, el 19 de julio de 1974, dice textualmente el general Anaya: «*Y Varela mandó fusilar a “Facón Grande” allí mismo*».

El único oficial del ejército argentino —aparte de la reciente confesión del general Anaya— que reconoció los fusilamientos y le puso la firma a ese reconocimiento fue el mayor de caballería Jorge Félix Gómez, que formó parte de la primera intervención del ejército en la Patagonia, en la columna del capitán Laprida. El mayor Gómez —actual propietario de las estancias «Dora Elena», «Tatá-Cuá», «Saladas», «Corrientes»— intervino con el grado de teniente del regimiento 10 de

Caballería Húsares de Pueyrredón, tercer escuadrón. En una primera carta dirigida al doctor Félix Luna, director de *Todo es Historia*, se refiere a mi investigación *Los vengadores de la Patagonia trágica* y señala: «Se ve la buena voluntad del autor y de los que contribuyeron con sus informes. Felicítolos». Y al referirse a los huelguistas muertos señala: «Que a algunos se los ayudó a bien morir, sí. Se trataba de forajidos». Para más adelante agregar:

> ¿Que en Punta Alta aparecieron unos cadáveres? Sí, los zorros fueguinos los destaparon pues estaban mal enterrados debido a que no se contaba con palas y además la tierra era como para querer hacer un pozo en un camino de macadam. De los muertos, muchos habían sido pupilos de las cárceles y merecían morir como le digo: otros, muy pocos, lo fueron por error.

Luego de justificar el procedimiento empleado por el ejército señala:

> Lo lamentable es que al comandante Varela, Santa Cruz no le hubiera dado una piedra siquiera en su homenaje.
> No pretendo defender a los estancieros —prosigue el mayor Gómez— ni la forma en que debieron poblar esas tierras (ya que cuando un estanciero de apellido Dickie me contaba que cuando él empezó a poblar, le pagaban una libra esterlina por cada cabeza de indio que entregaba a Menéndez Behety).

Nos ha gustado esta sinceridad del mayor Gómez, además de su espontaneidad de escribir él mismo. En cambio, otros oficiales intervinientes en la masacre buscaban y buscan explicar los fusilamientos con ridículas interpretaciones de la velocidad del viento (como obsesivamente repetía el coronel Viñas Ibarra en los últimos años de su vida cuando se le preguntaba por los fusilamientos de la estancia «La Anita»).

Pero volvamos a Jaramillo y a «Facón Grande». Otro testimonio fundamental que da por tierra con lo sostenido por Varela en su parte militar es el del señor Pedro A. Cittanti, antiguo vecino de Puerto Deseado, que a la edad de 18 años le tocó ser testigo de todo lo desarrollado en Tehuelches, Jaramillo y Deseado. Concurrimos a la casa del señor Cittanti en compañía del secretario de Cultura de la Municipalidad de Puerto Deseado, señor Ricardo Roberts. Su testimonio es el siguiente:

> En diciembre de 1921, tenía yo 18 años y era empleado de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, denominada «La Anónima». Ellos eran agentes de la Ford. Cuando llegó Varela con el 10 de Caballería se nos ordenó en la empresa que preparáramos varios coches para cargarlos al ferrocarril. Estuvimos trabajando en ello hasta medianoche. A la madrugada salimos con el tren rumbo a Jaramillo llevando los coches y la tropa. En Jaramillo se mandaron los coches abajo. Ahí Varela recibió todas las informaciones sobre los huelguistas de la señorita Minucci —luego señora de Gamarra— que se comportó como una verdadera heroína. A ella los huelguistas la dejaron en la estación Tehuelches y entonces aprovechó e informó de todos los detalles al ejercito sobre la posición de «Facón Grande» en el cañadón de Turcato, donde estaba acampado. La orden que recibimos fue que bordeáramos el cañadón. Pero los huelguistas comenzaron a salir del cañadón en busca de la tropa para enfrentarla. Fue entonces cuando comenzó el tiroteo. Nosotros nos apartamos con los coches. Conmigo estaba Patricio Mendeaga, Nagore, y otros que ahora no recuerdo, con los coches. Una bala rompió uno de los parabrisas y nos dimos un gran susto. Luego cayó el soldado Fischer y otro recibió un balazo en el codo. Varela estaba con 12 soldados y ordenó retroceder a Jaramillo en los autos. Ya allí quedó todo tranquilo porque después se hizo el arreglo entre Varela y «Facón Grande» en el que tuvo participación Mesa, gerente de «La Anónima» en Pico Truncado, que salió como especie de garantía del convenio. Prácticamente Mesa fue quien influyó para que Font y su gente se entregaran. Font llegó a Jaramillo y no lo fusilaron de inmediato. Estuvo allí moviéndose

en la estación, hay fotografías de él en esos momentos en que se ven las casas de Jaramillo tal cual están ahora. Allí lo dejaron, en la estación. Hasta que se dijo: «¡Vamos! ¡Vamos!». Nosotros nos pusimos en marcha y vimos cómo subieron a 18 huelguistas que los llevaban en vehículos detrás de nosotros. Salimos de Jaramillo y en determinado momento, después de algunos minutos, ellos se desviaron. Nosotros paramos y al rato sentimos descargas de fusilería. Allí estaba «Facón Grande» y ese muchacho Romero cuyo padre era peluquero en Deseado. Después de la descarga vimos a dos correr subiendo la lomada, pero a los metros les hicieron una segunda descarga y quedaron allí. El entierro de esa gente no se hizo, quedaron allí, en el campo de Cimadevilla, a unos tres kilómetros de la estación de Jaramillo. Ahora hay alambrados pero antes no los había. Yo confirmé el lugar un año después cuando fui a visitar a Turcato en su estancia con mi padre y un hermano mío. Nos quedamos a almorzar en el hotel de Jaramillo y un mozo del mismo nos indicó perfectamente el lugar. Nos llegamos hasta allí y encontramos la marca de un pozo donde habían sido enterrados, ya tapados. Era una fosa bien amplia de unos diez metros de diámetro. Eso fue un año después, en el verano. En esa fosa hay 18 caídos.

Fue muy desagradable para nosotros, desde el momento en que oímos las descargas y vimos correr a esos dos y luego caer; tratamos de separarnos y no hablar y cuando llegamos a Deseado nos abrimos de la tropa. Lo que afirma el teniente coronel Varela en su parte de guerra que «Facón Grande» fue muerto en el combate de Tehuelches es un disparate.

No fue un disparate sino una forma de encubrir el crimen. «Facón Grande» fue atraído con malas artes. Si el autor de un hecho así no hubiese sido militar —y más que eso, jefe del glorioso regimiento 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón— nadie hubiera tenido empacho de llamarlo traidor. Pero toda acción militar siempre tiene su explicación: aquí, «Facón Grande» había derrotado a Varela, los obreros habían derrotado al ejército. Esto era muy peligroso. De no solucionarse ya el problema y de manera total, a Varela se le hubiera podido dar vuelta la cosa. Por eso actúa así, porque es la única manera de liquidarlo. Lo hace venir. «Facón Grande» —crédulo y zonzo como todo hombre de campo— confía en la palabra del militar. Y a la ingenuidad, en ese mundo de garras e intereses, hay que pagarla. El escarnio, la burla, cuatro tiros y ya está.

Un curioso e interesante testimonio nos hizo el señor Ernesto Venditti, de Puerto Deseado. Nos fue presentado por el intendente de esa ciudad, señor Martínez Lucea. El señor Venditti, que tenía 78 años en agosto de 1973, nació en Lujan, se crió en Avellaneda, hizo el servicio militar en Campo de Mayo («salí en la primera baja por conducta irreprochable»), fue a La Pampa y de allí a Puerto Deseado. Venditti, cuando se declaró la segunda huelga, era delegado de la Federación Obrera (pero del sector opuesto a Soto, es decir, de la gente de Rogelio Lorenzo y de la FORA del IX Congreso, sindicalista). Él nos dice categóricamente:

Los obreros se quisieron hacer los vivos, fue un levantamiento tonto. Estaban equivocados. No era forma ésa de pedir aumentos o mejores condiciones de trabajo: iban a las estancias, se llevaron por ejemplo a don Guillermo Bain de la estancia «Josefina», como rehén y las caballadas. Ésas no son formas para un verdadero sindicalismo como el que representábamos nosotros. Cuando llegaron los primeros delegados de ellos a Las Heras, todos los empleados y obreros ferroviarios dispararon a El Escorial. Yo me quedé y vino uno de los hombres de «Facón Grande» y me dijo: «queremos que usted se adhiera a la causa»; «¿Qué causa? Yo soy federado pero no de los de ustedes», le respondí. «Nosotros buscamos el bien de los obreros». Yo fui terminante: «¿Cuál es el bien de los obreros? Así no lo van a conseguir. Los delegados tienen que apersonarse a donde corresponda y no hacer la huelga como ustedes».

Venditti —que en Lujan había sido secretario del comité radical Hipólito

Yrigoyen— describe a «Facón Grande» como

> un gil, un infeliz, buen tipo, sí, hombre trabajador, pero sin ninguna viveza para ser dirigente sindical. Así fue como lo agarraron fácilmente. Varela le inventó un parlamento y Font cayó sólito en la jaula, lo fusiló y se acabó toda la huelga. Si en vez de parlamentar le larga a Varela la caballada encima, muy diferente hubiera sido la cosa.

Luego nos relata este episodio del cual él mismo fue protagonista:

> José Font estaba acampado en el Cañadón del Carro, en la estancia de Turcato. La señora Elsa Minucci de Gamarra que había quedado en ese momento en la estación Tehuelches, me ha relatado que en ese campamento que quedaba muy cerca de allí, los huelguistas hacían ejercicios militares. Esa valiente mujer nos salvó la vida a nosotros. Así es, mientras «Facón Grande» estaba en su campamento, llegó el gerente del ferrocarril, Manuel Usandivaras, a Las Heras porque ocurría un hecho muy grave: Deseado carecía de agua. En aquel tiempo, el agua para Deseado se traía en «Tanques Patagónicos» desde el kilómetro 20 y el kilómetro 40. En el momento de la huelga, los tanques se encontraban en Las Heras. Había que atreverse con el tren de Las Heras hasta Puerto Deseado pasando por muy cerca del campamento de «Facón Grande» que dominaba la vía férrea. El señor Usandivaras me preguntó si yo quería secundarlo. Le dije que sí y de esta manera un grupo muy reducido partimos hacia Deseado llevando los tanques y corriendo el peligro de que nos detuvieran los huelguistas e hicieran cualquier cosa con nosotros. Recuerdo que en ese grupo íbamos Usandivaras, el foguista Olguín, el señor Pedemonte y el Padre José, cura de Deseado que quiso también ser de la partida y acompañarnos en la difícil misión de burlar a los huelguistas. Fue cuando nos salvó la vida esta heroica muchacha de Tehuelches. Porque allí los huelguistas habían quitado las agujas, de manera que nosotros hubiéramos descarrillado sin remedio si no fuera porque esta mujer se puso en el medio de la vía y nos hizo señas que paráramos. Lo hicimos, nos explicó y luego de algunas maniobras y arreglos pasamos por el desvío y así pudimos llegar sanos y salvos. Esta actuación fue señalada por escrito por el señor Usandivaras. Ésa fue mi actuación durante la huelga. Y como les había dicho, la huelga terminó muy mal porque estuvo mal hecha y mal encarada. Eso sí, tampoco estuvo bien que se fusilara así al paisanaje, que se metió en la huelga como quien va a una fiesta. Hubieran agarrado a los cabecillas y después los desterraban pero en eso de matarlos así, yo no estuve de acuerdo.

Un testimonio más acerca de los acontecimientos de Jaramillo es el de don Faustino Peláez Villa, de Las Heras, que en diciembre de 1921 vivía allí. Él presenció los últimos momentos de «Facón Grande» en la estación de Jaramillo y todavía recuerda cuando a este gaucho y a sus compañeros de desgracia los subieron al camión de «La Anónima» rumbo al lugar donde luego los fusilaron.[62] Señala que ese lugar donde se hallaban los cadáveres estaba luego infectado de piches y peludos. «Salían con el pelo de los difuntos de los agujeros que hacían; yo nunca más en toda mi vida volví a comer piches», nos dice este anciano de 75 años.

> El gerente de «La Anónima», señor Vizcay, se descompuso cuando le dijeron que Varela había fusilado a «Facón Grande». Quienes convencieron a «Facón Grande» que se rindiera, que Varela le iba a hacer respetar el convenio y a libertar a los presos de Gallegos fueron Mesa y Núñez (Sabino Urrutia, de Puerto Deseado nos había dado esos mismos nombres). Antonio Leiva, el segundo de «Facón Grande» llegó cortado, solo, a caballo, con apero nuevo. Antes que llegara «Facón Grande» fusilaron al «Ruso Manchado» y a otro, junto a unos paquetes de hierro donde hoy está la sala de primeros auxilios. A los dos los tenían maneados y, de desesperación, daban vuelta por sobre el cogote.[63] Antes, en el andén, los soldados les habían hecho escarnio.

La operación de limpieza por el norte fue seguida en forma imperturbable por las fuerzas militares. Le tocó en suerte al capitán Anaya dirigir esas acciones para lo cual

destacó patrullas. Fue una acción de represión muy enérgica en la que se aplicaba una vara bastante dudosa: «*Sujeto sospechado de responsabilidad o acusado por los estancieros de haber tenido intervención alguna en el movimiento debía ser conducido al asiento del escuadrón en calidad de detenido hasta tanto justificase debidamente su situación*». Así informa el propio Anaya al Ministerio de Guerra.

El subteniente Loza, de acuerdo a su propio informe, acusa a los marinos de haber sido ellos quienes fusilaron al dirigente huelguista Elizondo. En efecto, estando en la estancia «Alma Gaucha», de Florencio Puchulú, el 1.º de enero de 1922 informa lo siguiente:

> Amaneció lloviendo, llegando en la mañana un camión con marinería al mando del teniente Menéndez, el cual traía unos presos del norte. Como persistía la lluvia, me ocupé en el resto del día en pasar una minuciosa revista del personal de la comparsa de esquila, que ya trabajaba a las órdenes del contratista Arcal, no encontrando novedad de importancia. Unos tenían pasaporte de San Julián y otros del campamento San José, retirándoles algunas prendas que habían recibido de parte de los cabecillas, y una pistola automática, también mal habida. Siendo más o menos las 20 horas se oyó un disparo de carabina a causa de que el cabecilla Elizondo, que trajo el teniente Menéndez de la marinería, quiso arrebatarle la carabina al soldado Pedrosa, que estaba de centinela. El cabecilla Elizondo fue fusilado en el acto por la marinería.

Ese mismo día el subteniente Loza hará una buena cosecha. El parte sobre la muerte de cuatro huelguistas es tan ingenuo que parece increíble haya sido escrito por un oficial del ejército argentino. Dice así:

> A una legua más o menos de la estancia de Ruiz, en una región muy quebrada, avisté un pequeño campamento formado por cuatro hombres que hicieron resistencia hasta que se les terminó la munición, y en la huida fueron muertos comprobándose después que eran «Gorra Colorada», Juan Campos, Juan Wenteleo y el italiano Ángel Paladino; este último confesó que «Gorra Colorada» había estado en el combate de San José y que los demás habían estado en el combate contra las tropas en Tehuelches, y que uno de los más encarnizados había sido él.

Extraño caso el de Paladino que habla después de muerto y tiene tiempo de acusarse a sí mismo como uno «*de los más encarnizados*». Es evidente que estos cuatro huelguistas fueron fusilados no bien fueron tomados prisioneros.

El 10 de enero terminaba Loza su operación de limpieza, finalizando así —se puede decir que definitivamente— la «acción de guerra» en Santa Cruz, que se había desarrollado desde el confín sur con Chile hasta Caleta Olivia.

VI. Los vencedores
(*For he is a jolly good fellow*).

«Los estancieros han deseado vivamente que la revuelta sofocara antes del comienzo de la esquila, con muchos fusilamientos para imponer el terror y hacer luego trabajar a sus peonadas con jornales rebajados». (Informe del capitán de fragata Dalmiro Sáenz al ministro de Marina sobre la segunda huelga.

Reservado 443,
del 14 de enero de 1922).

Ahora, para Varela se había acabado la parte amarga, la lucha, las noches sin dormir. Ahora cabía festejar el triunfo. Comenzaban los homenajes, los agasajos, las alabanzas, la admiración que se había sabido ganar ante los poderosos.

Pero mientras se tendían los manteles, mientras se preparaban los discursos laudatorios, los poderosos lo habían pasado al patio a Varela, lo habían aprovechado aun antes de preparar los festejos al Libertador de la Patagonia. Lo habían utilizado, lo habían jugado. Ahora sí se veía todo bien, ahora quedaba la verdad bien clarita. Todo lo que se escriba sobre si estuvieron bien fusilados o no los huelguistas, toda la defensa que puedan argüir los radicales y los militares, todas las interpretaciones de que si Chile o si no Chile, quedan aniquiladas ante este documento producido por la Sociedad Rural de Río Gallegos, el 10 de diciembre de 1921, y publicado en el diario La Unión de la capital santacruceña. Dice así:

SEÑORES ESTANCIEROS:

La Sociedad Rural ha dispuesto fijar la siguiente escala de sueldos para el personal de las estancias:

Esquiladores, por cada cien animales	12 pesos
Peones, en general, por mes	80 “
Carreteros	90 “
Peones jornaleros, por día	5 “
Ovejeros, por mes	100 “
Cocineros	120 “
Prensadores de fardos (prensa ferrier, cada fardo)	150 “
Arreos - Ovejeros con caballos por día de arro, por día con víveres	12 “
Ovejeros de estancia	5 extra

Estos precios comenzarán a regir desde el 15 del corriente mes.

Río Gallegos, diciembre 10 de 1921.

(Fdo.) Ibón Noya, presidente; Edelmiro A. Correa Falcón, secretario gerente.

Esto, en buen latín, quiere decir que los estancieros, de *motu proprio* aprovechando que Varela había terminado de un planazo con la existencia de todas las organizaciones obreras en territorio de Santa Cruz y se hallaba en plena campaña de persecución y exterminio, habían decidido dictar ellos un nuevo convenio. HABÍAN DECIDIDO REBAJAR LOS SALARIOS BURLÁNDOSE ABIERTAMENTE DEL LAUDO YZA, ES DECIR, DEL CONVENIO APROBADO POR EL GOBERNADOR Y REFRENDADO POR EL DEPARTAMENTO NACIONAL DE TRABAJO. Comparemos los salarios que debían regir por ley:

Peones	120 pesos	(ahora, 80)
Carreteros	130 “	(“ 90)
Ovejeros	140 “	(“ 100)
Cocineros	160 “	(“ 120)
Arreos, por día	25 “	(“ 12)

Es decir, la rebaja lisa y llana de la tercera parte de los sueldos y de la mitad en los salarios diarios de los arreos. Las otras condiciones por las cuales la Sociedad Obrera tanto había luchado, ni siquiera eran mencionadas. La victoria había sido total. Los únicos ganadores de todo el drama patagónico habían sido los estancieros. Se lo ponen en las mismas narices al ejército argentino, y nadie dice esta boca es mía. Toda estancia que comienza a trabajar después de la tarea, en la región, de pacificación por parte del Ejército, aplica lisa y llanamente los nuevos «precios», como llama la Sociedad Rural a los salarios.

¿Entonces, quién tenía razón? ¿El gallego Soto cuando desde la Sociedad Obrera decía claramente que eran los patrones los que habían declarado la guerra y que habían empujado a los trabajadores a la huelga? Ahí estaba con todo desparpajo y sin siquiera esperar que se fuera Varela y sus tropas. No, como se estaba en tiempo de esquila, allí mismo había que aplicar el decretazo vencedor.

Eso sí, los estancieros no mezquinarán homenajes a los militares argentinos. Los agasajos en las ciudades santacruceñas serán emocionantes hasta las lágrimas.

El 1.º de enero de 1922 la Sociedad Rural de Río Gallegos realiza un apoteótico homenaje en el «Hotel Argentino» al teniente coronel Varela. «*El hotel era insuficiente para contener mayor número de personas para festejar la brillante actuación del ejército nacional*:" Había ochenta comensales —dice *La Unión*—

> entre los que se desarrollaba una emotividad de franca alegría en que se rendía culto a los manjares y a los licores. Al destaparse el *champagne,* ofreció la demostración el presidente de la Sociedad Rural, Ibón Noya. «Mi espíritu —dirá— está predispuesto a sentir la dulce emoción de estos momentos en que la gratitud se mezcla a la satisfacción de ver cumplida una misión tan elevada como la que habéis traído al territorio. Basta recorrer con la vista esta amplia sala para tener la certeza del concepto que habéis merecido por vuestra cruzada libertadora y digo libertadora porque desde hace un año las huestes anacrónicas que se cobijaban en los pliegues de la roja enseña, habían conculcado todos los derechos y todas las libertades que nuestros próceres de Mayo forjaron para el bienestar de sus hijos».

Hay emoción en los ganaderos cuando don Ibón Noya dice de la gratitud que le deben todos ellos a Varela:

> Hemos pasado horas de angustia —agrega— y hemos tenido la sensación de que nuestras fuerzas que sólo se habían templado para la lucha en el trabajo cedían ante el ataque insólito de una turba sin principios y sin rumbo. Teniente Coronel Varela: habéis sabido conduciros de tal manera que el orden y la soberanía nacional pueden hoy considerarse definitivamente afianzados. Nuestra gratitud ha de acompañaros donde quiera que el destino os conduzca, y el recuerdo de vuestra actuación en el territorio ha de perdurar en la memoria de sus habitantes como una enseñanza de lo que son capaces los hombres que se inspiran en el cumplimiento del deber y en la grandeza de la Patria.

Varela será breve y conciso. Dirá que a sus tropas las había conducido «una noble inspiración» y que él «sólo reconocía haber cumplido su deber como soldado de la Nación».

Luego, por los estancieros extranjeros, habló Alberto Halmich y cerró los discursos el capitán Vinas Ibarra quien recordó la «bizarría de sus soldados».

Pero el final fue realmente emocionante cuando, todos de pie, militares,

estancieros, comerciantes y policías entonaron las estrofas del Himno Nacional. Y, como si fuera poco, los «*súbditos británicos que se encontraban en considerable número en la reunión entonaron, en honor de Varela, el "For he is a jolly good fellow"*»

Fue el digno broche de oro, escuchar esas voces extranjeras enronquecidas por la emoción y el agradecimiento.[64]

Pero no será solamente la Sociedad Rural de Gallegos la que agasaje al triunfador. En Puerto Santa Cruz la fiesta en honor del militar superará a la de Río Gallegos. Según *La Unión* el banquete alcanzará «proporciones extraordinarias». Se llevará a cabo en el espacioso salón del Club social «que resultó pequeño para los 120 comensales, lo más caracterizado del departamento».

En Puerto Deseado también ofrecerán un banquete a Anaya, pero aquí no concurrirán los estancieros Esteban Martinovich y Pedro Fasioli como protesta por el fusilamiento de obreros del campo. El diario *El Orden* de Deseado calificará de «lamentable» esas ausencias. Días más tarde, las «familias más representativas» de Puerto Deseado organizarán un baile en homenaje al capitán Anaya y sus oficiales. La crónica de *El Orden* nos dirá ampulosamente:

> Los hijos de Marte dedicaron gran culto a Perpsícore durante toda la fiesta en la que estaban también los marinos del «Belgrano». A las 24 se descorchó *champagne* y la señorita Rojas obsequió con un pergamino a Anaya. Se bailó hasta las 5 de la mañana del domingo. El pergamino entregado por la señorita Rojas dirá: «Al capitán don Elbio Carlos Anaya y oficiales y soldados a sus órdenes quienes en la eficaz campaña de represión contra los enemigos del orden social han puesto de relieve una vez más las tradicionales virtudes del soldado argentino. El pueblo de Deseado, agradecido».

Había llegado el momento del descanso para los soldados. Luego de tanta tensión venían las ganas de no hacer nada, venían las ganas del sexo.

Fusilar había sido oficio agotador y por más que salió bastante bien y no costó mucho, resultó —al paso de los días— un recuerdo desagradable. Quien más quien menos se acordaba de la cara de miedo de los chilotes al morir, de la cara de rabia de los gallegos, de las muecas trágicamente irónicas de los anarquistas alemanes, rusos y polacos cuando estaban frente a los pelotones de soldados argentinos.

Pero ya había pasado todo y ahora los soldados estaban en los puertos de la costa esperando los barcos que los llevarían de regreso a Buenos Aires. El teniente coronel Varela les había aflojado un poco la disciplina. Buen tipo ese Varela. Y nada zonzo. En pocos días les quebró el pescuezo a las columnas huelguistas, las copó y les dio la gran paliza. No le tembló la mano en ningún momento ni se ablandó ante la mirada de carneros degollados de los chilotes. No había permitido que a ninguno de sus soldados se le aflojaran las piernas. Los levantaba en peso con cuatro gritos. Eso bastaba para que el que empezaba flojo fuera después el mejor fusilador.

Después que se acabó todo, Varela había tenido gestos verdaderamente paternales con sus soldados. Por ejemplo, al llegar a los puertos, les permitía ir a los prostíbulos para que se sacaran el gusto y lo acumulado entre tanto macho. Desde que habían

salido a cazar chilotes y anarquistas no vieron una sola mujer, ni siquiera una chilena.

Todo este episodio histórico —el más cruel de nuestra historia en los primeros 75 años del siglo pasado—, tan cruel como el degüello de prisioneros en el siglo diecinueve, tiene la característica de una barrabasada, de ésas que siempre terminan por cometer los hombres cuando están mucho tiempo entre ellos, cuando se los deja solos y sienten la necesidad de demostrar que son duros, fuertes, machos. Fueron fusilamientos en seco, en frío. Fusilamientos en silencio. De haber pájaros, se hubieran escuchado sus trinos, entre descarga y descarga. Pero nada, ni el alarido ni el llanto de una mujer. Hasta los chilotes con su cara de asustados se las aguantaban. No hubo súplicas ni perdones. Fue una cosa entre hombres.

Pero ahora era otra cosa, en las ciudades había mujeres y todo cambiaba. Los duros muchachotes de uniforme se ponían blandos y les agarraba la risita cuando veían pasar a una mujer.

Se reunió a los soldados, se les hizo poner en posición de descanso y se les explicó que iban a ir al prostíbulo por tandas. Un suboficial, con términos bien claros para que entendieran todos, dio detalles de cómo se debe hacer uso de una prostituta y no contagiarse una gonorrea o un chancro.

Las cosas se organizaron bien porque previamente se mandó decir a las dueñas de los prostíbulos que a tal hora iba a ir la primera tanda de soldados para que tuvieran listas a las pupilas. En San Julián se avisó a Paulina Rovira, dueña de la casa de tolerancia «La Catalana».

Pero cuando la primera tanda de soldados se acercó al prostíbulo, doña Paulina Rovira salió presurosa a la calle y conversó con el suboficial. Algo pasaba, los muchachos se comenzaron a poner nerviosos. El suboficial les vendrá a explicar: algo insólito, las cinco putas del quilombo se niegan. Y la dueña afirma que no las puede obligar. El suboficial y los conscriptos lo toman como un insulto, una agachada para con los uniformes de la Patria. Además, la verdad es que andan alzados. Conversan entre ellos y se animan. Todos, en patota, tratan de meterse en el lupanar. Pero de ahí salen las cinco pupilas con escobas y palos y los enfrentan al grito de «¡asesinos! ¡porquerías!», «¡con asesinos no nos acostamos!».

La palabra asesinos deja helados a los soldados que aunque hacen gestos de sacar la charrasca, retroceden ante la decisión del mujerío que reparte palos como enloquecido. El alboroto es grande. Los soldados pierden la batalla y se quedan en la vereda de enfrente. Las pupilas desde la puerta de entrada no les mezquinan insultos. Además de «asesinos y porquerías» les dicen «cabrones malparidos» y —según el posterior protocolo policial— «*también otros insultos obscenos propios de mujerzuelas*».

La cosa no da para más. El insulto de asesinos les ha quitado a los curtidos soldados la gana de todo. La picazón en las ingles se ha convertido en un amargo sabor en la boca. Ya no tienen ganas de nada sino de emborracharse, de pura rabia.

Pero esto no quedará así. Interviene el comisario de San Julián y hará arrear a las

desorejadas hasta la comisaría. Las cinco rameras son llevadas por dos agentes, entre las sonrisas burlonas de los hombres y el desprecio de las mujeres honestas del pueblo. También se llevan a los músicos del prostíbulo: Hipólito Arregui, Leopoldo Napolitano y Juan Acatto, que son dejados de inmediato en libertad al llegar a la comisaría porque declaran solícitos que reprochan la actitud de las pupilas. Además, ellos siempre prestan sus servicios gratuitos en las fechas patrias.

A las meretrices las meterán en un calabozo. El comisario tiene aquí una grave responsabilidad. Dentro de todo se ha insultado al uniforme de la patria y se ha tomado partido por los huelguistas. Por eso resuelve ir a pedir consejo al teniente 1.º David S. Aguirre, a cargo de la guarnición militar. Este militar no quiere ningún escándalo, no quiere que la cosa pase a mayores. Total, en resumidas cuentas, se trata solamente de la opinión de cinco putas.

Una paciente investigación nos ha llevado a conocer el nombre de estas cinco mujeres o, mejor dicho, de estas cinco mujerzuelas. Los únicos seres valientes que fueron capaces de calificar de asesinos a los autores de la matanza de obreros más sangrienta de nuestra historia. He aquí sus nombres, tal vez los mencionaremos como un pequeño homenaje o, no digamos homenaje, digamos recuerdo de las cinco mujeres que cerraron sus piernas como gesto de rebelión.

Lo diremos con la filiación policial tal cual aparecieron en los amarillos papeles del archivo: Consuelo García, 29 años, argentina, soltera, profesión: pupila del prostíbulo «La Catalana»; Angela Fortunato, 31 años, argentina, casada, modista, pupila del prostíbulo; Amalia Rodríguez, 26 años, argentina, soltera, pupila del prostíbulo; María Juliache, española, 28 años, soltera, siete años de residencia en el país, pupila del prostíbulo, y Maud Foster, inglesa, 31 años, soltera, con diez años de residencia en el pata, de buena familia, pupila del prostíbulo.

Jamás creció una flor en las tumbas masivas de los fusilados; sólo piedra, mata negra y el eterno viento patagónico. Están tapados por el silencio de todos, por el miedo de todos. Sólo encontramos esta flor, esta reacción de las pupilas del prostíbulo «La Catalana», el 17 de febrero de 1922.

De pronto comenzaba una época distinta en Santa Cruz. Se habían acabado los sofocones, las huelgas, las asambleas, los volantes, las banderas rojas. A fuerza de *mauser* y sangre se había logrado una paz duradera que servirá para más de medio siglo. El poder volvía a los poderosos, a los que lo habían ejercido siempre. Artífice de esta verdadera epopeya militar —basta sumar las leguas que hizo en Santa Cruz el 10 de Caballería para comprobar que fue una real proeza— había sido el teniente coronel Héctor Benigno Varela. El padre lo había bautizado Benigno para diferenciarlo del «maligno» Varela, el montonero.[65] Benigno es sinónimo de benévolo. Pero también de bonancible, benéfico. Y Varela tal vez no habrá sido muy benévolo pero sí benéfico, por lo menos para los poseedores de toda la riqueza.

Para festejar el triunfo de las armas argentinas, el presidente de la Liga Patriótica,

Manuel Carlés, saldrá de Buenos Aires y hará una gira por la Patagonia, donde será aplaudido entusiastamente como un adalid de la libertad. A su regreso a Buenos Aires, Carlés hará ampulosas declaraciones a los periodistas, alabando el espíritu de sacrificio de las tropas del 10 de Caballería y de los estancieros que lograron juntos derrotar a los sin patria. Informa que los obreros han aprendido muy bien la lección que se les ha impartido, tal es así que

> en Puerto Santa Cruz los primeros en anotarse para levantar un monumento al 10 de Caballería en el Cañadón Quemado fueron los propios obreros. En San Julián todos los afiliados de la Sociedad Obrera, se pasaron masivamente a la Liga Patriótica. Y en Río Gallegos se le presentó una delegación de auténticos obreros diciéndole que aceptaban las normas morales y nacionalistas de la Liga Patriótica.

Aunque no todo iba a ser tan gratuito. Por más lejana que estaba en aquel entonces la Patagonia, la cosa iba a ser difícil de tapar. Los muertos eran muchos, el aprovechamiento de las ventajas logradas, demasiado. Las noticias habían llegado a Buenos Aires. Fueron las agrupaciones anarquistas las primeras en poner el grito en el cielo. Lo que al principio parecía una exageración, algo propio de exaltados, luego se fue confirmando. De pronto estaba en la conciencia de todos que algo muy horrendo había ocurrido en la desconocida Patagonia. *La Vanguardia* —el periódico socialista—, cuando se enteró de que uno de sus afiliados, Albino Argüelles, secretario general de la Sociedad Obrera en San Julián, había sido fusilado, tomó las cosas con toda fuerza y comenzó a fustigar día tras día a Yrigoyen y al comandante Varela. La Unión Sindical Argentina (exFORA IX), que había buscado por todos los medios que la segunda huelga no se realizara, no pudo quedarse atrás cuando vio la magnitud de la matanza hecha en Santa Cruz por el 10 de Caballería. Y se unió a la prédica. Luego vinieron los diarios *La Montaña* y *Crítica*.

El teniente coronel Varela comenzaba su lenta y resbaladiza marcha hacia su total ocaso, hacia su muerte, así, tan lastimosa.

A despedir al jefe militar que viaja de regreso a Buenos Aires concurren miembros del gobierno territorial, de la Sociedad Rural, de la Liga del Comercio y la Industria y de la Liga Patriótica. Viaja en el «Asturiano» y allí mismo ya va viendo el clima que le espera. Se entera que su represión ha caído mal en los círculos radicales, en la población en general, y para qué decirlo, en la clase trabajadora.

El puerto de Buenos Aires es un testimonio de que esos rumores son ciertos. No hay nadie. Absolutamente nadie en representación del gobierno o del Ministerio de Guerra. Llega el comandante Varela, el hombre que fue a dar la cara a la Patagonia y no lo espera ni un perro. Solamente está formando un cordón invulnerable detrás de los galpones, la muchachada de la Liga Patriótica. Carlés le ha dicho a Varela que vaya tranquilo, y ha cumplido. Los anarquistas en reuniones y asambleas, al denunciar la masacre del sur, dicen a todo pulmón que a Varela lo van a esperar a la vuelta. Sobre él caen los más duros calificativos: asesino, verdugo a sueldo, ladrón, criminal. Pero allí están los muchachos de Carlés dispuestos a jugarse la vida por ese

militar que ha dado el escarmiento más grande de la historia argentina a obreros alzados.

¡Qué distinta ha sido la llegada a Buenos Aires comparada con la despedida de Gallegos! Allá los poderosos le palmeaban la espalda y lo llamaban ya coronel, lo ascendían de antemano y le predecían un pronto regreso como gobernador militar.

Pero la verdad estaba allí, en el puerto de Buenos Aires. No había nadie representando a su querido presidente, como hubiera correspondido. Porque, discusiones aparte, él le había pacificado la Patagonia con cuatro soldaditos. Tampoco había radicales esperándolo. Los únicos que estaban eran precisamente los hijos de la sociedad, los hijos de las cuarenta familias que odiaban a la chusma radical. Y ésos, precisamente, habían ido a dar la cara para defender a un oficial radical. Varela no es hombre de lamentarse; cuando las circunstancias lo requieren también sabe tragar saliva. Va a ir al Ministerio de Guerra y solicitará una audiencia con el ministro Moreno, luego de pedir las venias correspondientes. Allí, en el Ministerio, lo acosan los periodistas. En la mirada de los cronistas advierte que hay el mismo destello de curiosidad que en mucha gente que se da vuelta para mirarlo (”¡Ése es Varela, el de los fusilamientos en la Patagonia!»). Cuando el ministro no lo recibe y lo hace atender por el jefe de la secretaría, coronel Alfonso, Varela se da cuenta de que está quemado. Que hay una confabulación contra él o que todos lo rehuyen por algo. Varela insiste ante Alfonso que quiere ver personalmente al ministro de Guerra para darle su informe verbal. Después de muchas dilaciones, Alfonso le dice que vuelva al día siguiente.

Allí está Varela, firme al otro día. No se va a mover hasta que lo reciba el ministro. Después de una moderada amansadora, Moreno recibe a Varela y lo escucha en silencio. Varela le habla de la valentía de sus oficiales y sus soldados. Moreno le contesta que le entregue un informe por escrito, que él lo estudiará. El comandante le pide la venia al ministro para solicitar una entrevista con Yrigoyen. Quiere verlo para decirle que ha cumplido con su deber.

Al salir del Ministerio, lo esperan los periodistas. Varela comprende que tiene que hablar, que tiene que empezar a defenderse. Y habla.[66] Declara: «Ante todo hay que mencionar el comportamiento de las tropas a mis órdenes así como del elemento civil que nos acompañó, actuando en forma encomiable y digna del mayor elogio durante todo el tiempo». Y aquí comete el error de sacar un recorte de un diario inglés para dar más fuerza a su aserto. Pertenece al *The Magellan Times*, de Punta Arenas, periódico para estancieros y comerciantes ingleses del sur, que terminaba su crónica diciendo: «*Todo habitante de la Patagonia debe descubrirse ante el regimiento 10 de Caballería argentina y los valientes caballeros que iban con él*».

Varela tomaba para defenderse, precisamente, un periódico de estancieros ingleses, el artículo —en inglés— que traía traducido Varela, describía el «combate» de Tehuelches, y luego de sonoros calificativos elogiosos de la figura del comandante finalizaba diciendo:

> Esta breve descripción del combate no estaría completa, sin mención de los exploradores Roberto Saller y Geraldo Dobrée, los cuales en un auto Ford de dos asientos, siempre iban a la vanguardia para explorar el terreno; del señor Otto Hinsch, genial inspector de la Sociedad Anónima Importadora de la Patagonia; del señor Roberto Oerton, que se plegó a nosotros en Deseado manejando su auto y demostró mucho valor; del señor Raúl Kirchner, fotógrafo de Gallegos, que dejó su aparato fotográfico por el *mauser*, y de los dos muy valientes *chaufferus* Bozzo y Argañaraz que pelearon todo el tiempo al lado de la tropa.

Como se ve, un artículo de un diario inglés, editado en Chile, donde, entre otras cosas, se llama con el curioso epíteto de «genial» a un inspector de la «Sociedad Anónima», no podía ser una presentación muy acertada de Varela como explicación de su campaña, ante una opinión pública que ya empezaba a sospechar que algo muy sucio había ocurrido en el lejano sur.

En los días que siguen, Varela proseguirá sus gestiones buscando el reconocimiento oficial o, por lo menos, un comunicado del gobierno de su amigo Yrigoyen hacia sus oficiales y conscriptos. *La Nación* había anunciado que el presidente Yrigoyen iba a recibir en audiencia a Varela. Pero pasan los días y el jefe militar sigue esperando respuesta a su pedido. Los ataques contra Varela son cada vez más intensos: *Crítica, La Vanguardia, La Montaña, La Internacional*, y las publicaciones anarquistas. Con cada buque que llega de la Patagonia viene alguien que relata hechos que hacen parar los pelos de punta.

Pero en este sentido habrá un verdadero debate periodístico sutil, sin estridencias. *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón* seguirán defendiendo la misión de Varela. Es decir, tres diarios antiyrigoyenistas defienden la misión de un jefe militar yrigoyenista y, por ende, al propio gobierno yrigoyenista que lo envió. Pero el gobierno radical, calla.

El ejército observa atentamente los ataques periodísticos y la falta de reacción del gobierno. Hasta que cae la gota que produce el desborde. *La Protesta*, el órgano del anarquismo ortodoxo publica el siguiente artículo:

> Lleva miras de no terminar esta infamia, esta cruenta guerra declarada al proletariado por todos los organismos de la tiranía: el capital, la prensa y el ejército. En Santa Cruz, la pata herrada de la bestia militarista ha destrozado todo, obreros y sindicatos. Allá no queda para la fecha más que un montón de escombros sobre los cuales reinan soberanas la soldadesca borracha, la liga asesina y los bandoleros dueños de la Patagonia. Sobre las cenizas de lo que fue, agoniza la libertad deshecha bajo las patas de la barbarie en furia.

Esta nota es prolijamente recortada por el Estado Mayor del Ejército, y con la firma del coronel Elías O. Álvarez es enviada al ministro de Guerra. En la nota oficial, el jefe accidental del Estado Mayor le dice al ministro de Guerra:

> De su lectura podrá el claro criterio de V. E. deducir lo atentatorio que es para el personal de la institución armada, quienes en cumplimiento de una orden del ejército están luchando tenazmente y con sacrificio en los territorios del sud en beneficio de los poderes constituidos de la Nación y el orden del país.
> Artículos de esta naturaleza —continúa el jefe militar— se encuentran al margen de la libertad de imprenta que la Constitución de la Nación Argentina concede y al atentar contra la nacionalidad y fomentar el odio entre hermanos se hacen acreedores a ser intervenidos legalmente por las autoridades (Legajo II. 1922, núm. 441, Ministerio del Interior).

Como se ve, el Estado Mayor intenta acallar las denuncias. Pero Yrigoyen no quiere más problemas y vuelve a tomar su famosa posición intermedia. El ministro de Guerra le pasa el expediente al ministro del Interior, y éste a la policía. El jefe de policía, Elpidio González, lo pasa, a su vez, a la sección «correspondiente», y por supuesto, allí muere el legajo. Para estas cosas, los radicales eran campeones.

Pero lo que a los militares los asustó en el primer momento, luego se hizo pan diario. Cada día que pasaba se ponía más y más en claro la masacre santacruceña. Los anarquistas no sólo en sus periódicos sino en sus sindicatos y principalmente por medio de conferencias, comenzaron una tremenda campaña de agitación que empezó a arrastrar poco a poco a los «sindicalistas puros», a los socialistas y hasta a los liberales socializantes. Varela se iba quedando sólo ante el silencio de los radicales; eran ahora únicamente los nacionalistas y algunos grupos católicos de sacristía los que defendían su actuación.

Lo que parecía tan lejano llega con una fuerza tremenda agigantado por el misterio que envuelve la palabra Patagonia, la región desconocida, la región olvidada. La opinión pública empuja. Lo que había nacido como una calenturienta denuncia en páginas anarquistas, ahora había ganado la calle. Los socialistas toman el tema. El 1.º de febrero de 1922 estalla la bomba en el Congreso de la Nación: ese hombre tan inteligente y sagaz que se llama Antonio de Tomaso va a tirar sobre la mesa de deliberaciones un tema que a los radicales les va a costar más de una lágrima y más de un voto.

Con simulado desgano, como si se tratara solamente de pedir una pensión para una viuda de un expedicionario al desierto, el brillante diputado socialista Antonio de Tomaso pide la palabra. La bancada radical está acostumbrada a escuchar a esos socialistas que saben hablar muy bien pero que no pasan de allí, ya que siempre llaman a la moderación. La voz de De Tomaso empieza muy tenue. Apenas si se oye algo más que las de los otros diputados que conversan entre ellos sin prestar atención. Hasta que la voz pega como un puñetazo en los oídos de la bancada mayoritaria:

«*—Señores diputados, ha ocurrido en el territorio de Santa Cruz una tragedia horrible*».

Y mirando fijamente al jefe de la bancada radical, le dice:

> Se ha hecho por todos los interesados y en primer lugar por la prensa grande alrededor de ella una pesada atmósfera de silencio. Nosotros, que tenemos informes precisos de lo que allí ha ocurrido, como los tiene ya una buena parte de la opinión libre, nos haríamos cómplices voluntarios de ese silencio si no denunciáramos a la Cámara esos hechos y no pidiéramos la investigación que exige el decoro del país. Desde hace muchos días, los diarios principales nos han acostumbrado a leer grandes títulos sobre el bandolerismo en la Patagonia. Se ha dado a los habitantes la impresión de que allí había surgido una turba de bandidos sin sentimientos, colocados al margen de toda ley, sin otro propósito que el asesinato y el pillaje, que recorrían la campaña aterrorizando a todo el mundo, quebrantando el orden social y preparando nada menos que un vasto plan de revolución cuya aplicación había de pasar del sur al centro y al litoral de la república. Mucha gente ha creído en la leyenda pero la verdad ha comenzado a hacerse…

Para los radicales éste es un asunto profundamente desagradable. No es gente de

querer matar a nadie y menos a los humildes. Pero siempre les ocurren estas cosas.

De Tomaso sigue explicando por qué se está llegando a la verdad y entre esos motivos anota:

> […] porque los grandes responsables, en previsión de lo que pudiera venir se han visto obligados a hablar, aunque lo hayan hecho entre líneas, velando los sucesos para ocultar su propia responsabilidad o para echarla sobre otros órganos oficiales.

Estas insinuaciones de De Tomaso ponen sumamente nerviosa a la bancada yrigoyenista. Nuevamente surgía el mismo problema de la Semana Trágica. Sangre derramada, lo peor que podía ocurrirle a un gobierno pacificador, como trataba de ser el radicalismo. Pero De Tomaso, antes de desnudar a los culpables, quiere dar una buena información de lo ocurrido:

> El llamado bandolerismo de la Patagonia, señores diputados, ha sido un movimiento gremial y no es ésta una afirmación sectaria, caprichosa o equivocada. La Cámara encontrará la prueba en papeles de carácter oficial. Yo sé que los papeles oficiales no se leen con mucha frecuencia en este país. Sin embargo, a veces se encuentran en ellos datos interesantes. Y en este caso, para evitar que se atribuya a nuestro juicio un carácter interesado, quiero hacer hablar respecto de lo que viene ocurriendo en la Patagonia desde 1920, al propio gobernador del territorio de Santa Cruz, que ha producido, a pedido del Departamento Nacional del Trabajo, un informe en el cual se relatan con gran acopio de datos las principales características de la vida del trabajo en aquella región.

Aquí, De Tomaso traía el propio testimonio del capitán Yza, gobernador radical nombrado por Yrigoyen:

> Se ve por este informe que la masa laboriosa de aquel territorio, que trabaja en las estancias sufriendo las inclemencias de un aislamiento casi absoluto del mundo y aquel clima sin las más elementales comodidades, soportando una de las vidas más duras que puedan imaginarse, está luchando desde 1920 para conseguir de los estancieros —muchos de los cuales son capitalistas que viven en Buenos Aires o en Londres— mejoras de carácter elemental. Algunas de estas mejoras deben merecer atención especial de la cámara porque se refieren a una medida legislativa que los diputados socialistas hemos reclamado varias veces, que la cámara ha aprobado y que ha sido enterrada por el Senado: el pago de salarios en moneda nacional.

La exposición de De Tomaso es larga, se da tiempo, ante la nerviosidad de la bancada radical. El legislador socialista explica detalladamente la primera huelga de Santa Cruz, y agrega:

> En la mayor parte de las estancias era costumbre —conozco el dato porque he hablado con peones y con administradores de algunas estancias llegados en estos días— no pagar en moneda nacional. Se pagaba con algunos vales, con cheques a plazo que no podían canjear en las pulperías y en las casas del puerto de Santa Cruz, sino con un fuerte descuento. Otras, alegando lo difícil de la situación actual desde hace meses pagaban con cheques sobre casas comerciales que no los aceptan aduciendo falta de depósito. Y así es como desde el año 1920 una gran cantidad de los peones no pueden cobrar su salario de ninguna forma. La huelga de noviembre de 1920 terminó sin ninguna represión sangrienta. Concurrió a aquel territorio el 10 de Caballería, y los titulados rebeldes, que eran peones que habían salido al campo para no verse expuestos a los desmanes de la policía local y para poder celebrar cómodamente sus propias asambleas, se entregaron a las tropas. La huelga terminó concediéndose algunas leves mejoras.

Al hablar del pliego de condiciones, informa De Tomaso:

> Este documento lo pueden ver los señores diputados en el Boletín del Departamento del trabajo a que me he referido, acompañado de un laudo del gobernador del territorio que dio la razón a los obreros y de un informe en el cual se relatan las condiciones de vida y trabajo en aquella desolada región. Insiste el señor gobernador en su informe en la grave situación que creaba a los peones de estancias el hecho de abonárseles los salarios con vales, con moneda chilena o con cheques a plazos; señala la importancia que tiene para hombres que viven exclusivamente del salario de que se les pague en moneda nacional sana y de inmediato; hace referencia a la forma cómo viven; califica de pocilgas inmundas los galpones que en la mayoría de las estancias se destinan a habitación de los peones; habla de lo rudo del trabajo; señala el desequilibrio que se ha producido en las finanzas de esos hombres que son en su mayoría solteros, a causa del aumento del precio de todos los artículos de consumo, aumento que no ha sido compensado con otro paralelo en sus salarios, a pesar de que durante una larga época los estancieros de la región hicieron, como todo el mundo lo sabe, por la venta de sus carnes y de sus lanas, un buen negocio. El laudo del gobernador no fue sinceramente aceptado por la mayoría de las estancias, y poco tiempo después, empezaron otra vez las persecuciones y las molestias. La policía local, respecto de lo cual hablaré dentro de un momento por boca de otros, para que no se diga que mi juicio es apasionado, se puso al servicio de los estancieros, molestando a los peones, sobre todo a los que pertenecían a la Federación Obrera. De nuevo comenzaron las deportaciones y las violencias de hecho. La situación creada a muchos peones que no podían cambiar en dinero efectivo los vales recibidos en pago de los salarios, se agravó, y entonces se resolvió realizar un movimiento en todo el territorio a fin de presentar otra vez a los estancieros un nuevo pliego de condiciones y no reanudar el trabajo hasta que se consiguiera, en primer lugar, la libertad de los obreros detenidos, de muchos de los cuales los trabajadores no tenían noticias concretas; un aumento del 10 al 20 por ciento de los jornales, y se pagaran los vales en poder de los obreros, representando salarios de 9 y 10 meses, y que se abonara en lo sucesivo el salario en moneda nacional o con cheques al portador y a la vista contra casas responsables.[67] No se pueden pedir reivindicaciones más sanas, más moderadas ni menos revolucionarias.
> Dadas las características de la región y la imposibilidad de reunir en los pueblos de la costa a los hombres que trabajan diseminados en pequeños grupos en una extensión de leguas y leguas, las peones concibieron, como lo habían hecho en noviembre de 1920, el plan de recorrer estancia por estancia invitando al personal a plegarse a la huelga. Así se formaron grandes grupos decididos —valga la frase— a retirarse al Monte Aventino para esperar que fueran a parlamentar con ellos los que necesitaran de su trabajo.

De Tomaso llega ahora a la segunda intervención de Varela. Ante el silencio de la Cámara, el orador socialista otra vez baja la voz y dice:

> En el primer momento creyeron muchos de ellos que la intervención de la tropa si se producía como en el año 20 podría servir como un factor amigable ya que se trataba de un elemento extraño al lugar que tenía el prestigio de las armas de la Nación y que carecía de interés en el conflicto. En cambio, lo que se ha producido lo sabe todo el mundo. Se ha hecho una masacre, y para ocultarla se ha fraguado la leyenda del combate; se ha intentado dar la impresión de que allí han habido batallas campales, de que un ejército perfectamente equipado y municionado atacaba a las tropas de la Nación. TODO ESTO ES INEXACTO. Desde luego hay un dato que todos los diarios recogen, que nadie se ha atrevido a tergiversar porque habría sido imposible hacerlo: ¡no se han producido bajas en las tropas! Es extraordinario que un ejército de bandoleros bien armados con buenos tiradores, que pelean en batallas campales, no cause una sola baja a las tropas nacionales mientras mueren decenas de ellos.

De Tomaso abunda en datos y testimonios y rechaza las aseveraciones de la prensa «seria» de Buenos Aires:

> He hablado con uno de los administradores de las estancias más grandes de la región, un hombre que fue prisionero durante varios días de un grupo de peones que lo tomó como rehén para negociar después la entrega de los presos obreros tomados por la policía. Y me ha referido esto que demuestra cuál ha debido ser la psicología de ese movimiento y cuales son las costumbres de esos peones que viven en ese clima tan rudo, perdidos en el campo y sin bajar al pueblo durante meses y meses. Al pasar por cada una de las casas

de negocios se dejaban intactas las bebidas alcohólicas, más aún, no se permitía que los administradores o empleados de estancias que iban con ellos tomaran ni siquiera vino. Las resoluciones relativas a los trabajos diarios, medidas de seguridad de los propios prisioneros y todo lo referente al orden en el campamento improvisado, se adoptaban por asamblea, lo que evidencia en esos hombres alguna educación societaria. No se maltrató a ninguna mujer ni siquiera de palabra, en todo el camino, a pesar de que cruzaron a veces algunas de las estancias más odiadas contra cuyos propietarios tenían el agravio inmediato de no cobrar su salario desde hacia nueve meses. Se respetó a los hombres casados para no separarlos de sus mujeres y de sus hijos. No se causó a los prisioneros ningún vejamen de hecho ni de palabra. Si se hubiera tratado de bandoleros es evidente que habría habido muertos, lesiones, molestias de hecho, vejámenes de toda naturaleza contra los administradores y empleados de estancia tomados momentáneamente en calidad de rehenes. Y esta sola circunstancia bastaría para mostrar bien a las claras que no se trataba de una banda de asesinos sino de pobres peones desesperados que creyeron que esa actitud propia, por otra parte, de las costumbres duras de la región, era lo mejor para conseguir entenderse con los hacendados a fin de obtener las pequeñas ventajas que reclamaban.

De Tomaso se ha venido bien preparado y no le ahorrará disgustos a la bancada radical que sigue en absoluto silencio, sin atreverse a interrumpirlo:

He hablado con uno de los peones que se ha salvado de la masacre, noches pasadas. No haré a la Cámara el relato circunstanciado de lo que me dijo porque ha aparecido en el diario oficial de nuestro partido, *La Vanguardia*, pero señalaré lo más interesante. Me contaba ese hombre —un español que trabaja desde hace 14 años en la Patagonia— que al resolver los peones iniciar el movimiento, salieron del puerto de San Julián en pequeños grupos para recorrer las estancias vecinas en dirección al oeste. A medida que avanzaban el grupo se aumentaba. En cierto paraje, a 50 o 60 leguas de la costa, se reunieron para celebrar la primera asamblea y formular el pliego de condiciones cuya copia entregaron a uno de los estancieros, que bajaría al pueblo y lo haría conocer a la Sociedad Rural. Antes de que llegaran a una de las estancias más alejadas, en la cual había un gran núcleo de peones que no cobraban su salario, hacía diez meses —«El Posadas»— los alcanzó un destacamento de caballería mandado por un capitán Anaya, que abrió el fuego contra ellos. Se parlamentó, se entregaron, los hicieron formar en fila y tomando a uno de los dirigentes, secretario de la Federación Obrera de San Julián, llamado Albino Argüelles, lo sablearon en presencia de los demás y momentos después cuando se hubo ordenado la disolución del grupo sonaron los tiros de la tropa. Argüelles había sido fusilado, para emplear el lenguaje de los partes militares «sobre el campo de batalla».

Esos fusilamientos se repitieron en ese lugar por lo menos en seis casos más, con esta circunstancia agravante: durante los días en que los hombres permanecieron en un corral guardados por la tropa, llegaban estancieros de la región y obtenían con su simple pedido, o la entrega de alguno de los peones, manifestando que eran hombres conocidos y honestos o castigos para otros. ¡De ellos dependía la vida o la muerte de los peones!

La tensión sigue en aumento en el recinto. Los conservadores se divierten mirando hacia la bancada radical que parece estar sometida a un baño turco. ¡En qué brete se han metido los radicales justo pocas semanas antes de las elecciones presidenciales!

De Tomaso sigue castigando:

¡SE HA MATADO GENTE AL AZAR, señores diputados! Sin razón, sin motivo, sin consejo previo que no hubiera podido hacerse por otra parte, porque esa zona no estaba sometida a la ley marcial. Porque Santa Cruz no se hallaba en estado de guerra y porque la autoridad militar no tenía más papel, cumpliendo las instrucciones que debieron habérsele dado, que imponer el orden, tomando a los hombres que hubieran cometido algún delito, y entregarlos a las autoridades locales para que, sometidos a juicio, sufrieran más adelante si era el caso, la condena a que se habían hecho acreedores.

Yo no voy a hacer la relación circunstanciada de lo ocurrido en otras regiones del territorio. Lo que quiero dar a la Cámara, para no ser cansador, es una impresión de conjunto de las causas de aquel movimiento, de

su verdadero carácter y de los procedimientos de las tropas, de las cuales son responsables los jefes y oficiales y, por encima de todos, el TENIENTE CORONEL VARELA QUE DURANTE UNOS DÍAS SE CONVIRTIÓ EN EL SUPREMO DICTADOR DE LA REGIÓN.

Yo no tengo, como no tiene ninguno de mis colegas, ningún odio particular contra el ejército, pero queremos que el ejército, que es un organismo de excepción, que no se utilice en los conflictos de carácter social para reprimir en sangre, violenta y cruelmente, las aspiraciones de la multitud. Sostenemos que los hombres que cometen delitos deben ser sometidos a las autoridades civiles; para eso hay un código penal, del cual nadie se escapa cuando cae en sus redes. Es inadmisible que la fuerza militar pueda ser dura y ciegamente empleada para aplastar movimientos determinados por propósitos tan justos y hasta diría tan santos como éstos: las mejorías de las condiciones de vida y de trabajo.

Si en el movimiento gremial de Santa Cruz, por razones de ambiente, ha podido haber alguna derivación inconveniente, no eran las fuerzas militares las llamadas a pronunciarse al respecto sino las autoridades judiciales del territorio.

Pero no son solamente las violencias de las tropas, del ejército, las que sublevan el ánimo sino también las violaciones de la policía local que goza en el territorio de una reputación sombría. No hago en este momento, al emplear este calificativo, literatura folletinesca. La tripulación del «Almirante Brown» presenció en Santa Cruz escenas de brutalidad policial: se mató a un obrero en la costa a palos y sablazos y el comisario tuvo la osadía de pedir al doctor Goya, médico del «Almirante Brown», que certificara la muerte. El doctor Goya manifestó que no podía informar sino lo que resultaba del más elemental examen del cadáver, que la muerte se había producido a sablazos y palos.[68] Uno de los administradores de las estancias más grandes de la localidad, uno de los hombres que estuvo prisionero en Paso Ibáñez, me refirió que al bajar a Santa Cruz presenció esta edificante escena en la calle principal: un grupo de presos obreros que habían trabajado todo el día en labores rudas, limpiando las calles, trotaba por orden del comisario de extremo a extremo y cuando ya jadeantes se detenían, próximos a caer extenuados, por orden del comisario que presenciaba aquella pequeña fiesta, se los apaleaba para obligarlos a que continuaran corriendo.[69]

Tal es a grandes rasgos —dice el parlamentario socialista— lo que ha ocurrido en Santa Cruz, las causas graves de aquella convulsión que ha sido ahogada en sangre por la autoridad militar. Denuncio y asumo como diputado la responsabilidad del cargo, YO DENUNCIO AL TENIENTE CORONEL VARELA POR HABER ABUSADO DE SUS FUNCIONES, POR HABER CUBIERTO DE OPROBIO LAS ARMAS DE LA NACIÓN QUE NO LE PERTENECEN, POR HABER ORDENADO ÉL, PERSONALMENTE O POR INTERMEDIO DE SUS SUBALTERNOS, FUSILAMIENTOS EN MASA SOBRE EL PROPIO CAMPO DE HOMBRES TOMADOS AL AZAR, bajo la simple inculpación de ser cabecillas del movimiento, argentinos en muchos casos. Lo acuso de no haber cumplido con el único deber que le incumbía: restablecer el orden si ésas eran las instrucciones que había recibido, tomando presos a los hombres que encontrara en el campo y entregarlos a las autoridades locales para que fueran sometidos al procedimiento judicial normal y público que correspondía. Acuso a la policía local sobre la cual no tiene influencia el gobernador porque él no la nombra ni la maneja, de haber contribuido con su brutalidad a crear en la masa trabajadora ese estado de ánimo a que me he referido.

Pero De Tomaso quiere ir más allá de la figura casi desconocida del teniente coronel Varela. Quiere alcanzar a Yrigoyen. Por eso finaliza su discurso diciendo:

¿EL SEÑOR TENIENTE CORONEL VARELA HA REALIZADO TODAS ESAS ESCENAS QUE YO CALIFICO DE SALVAJISMO OBEDECIENDO A INSTRUCCIONES DEL MINISTRO? SERÍA INTERESANTE ESTABLECERLO. YO NO QUIERO CREER QUE HAYA UN MINISTRO ARGENTINO Y MUCHO MENOS UN PRESIDENTE QUE AL ENVIAR TROPAS AL SUR PARA RESTABLECER EL ORDEN HAYA DADO LA INSTRUCCIÓN CRUEL E IMPÍA DE FUSILAR SOBRE EL PROPIO CAMPO A LOS OBREROS EN HUELGA.

De Tomaso había acusado lisa y llanamente a Varela de «*haber cubierto de oprobio las armas de la Nación*». El peor agravio que se puede hacer a un militar. Y sabemos que por su código de honor, ningún militar puede dejar sin contestar una acusación de ese calibre. Pero Varela callará.

Lo que pide De Tomaso es una comisión investigadora que estudie las denuncias sobre el propio campo de los hechos. Pero el debate se continuará siete días después. Los radicales están desorientados y dolidos y quieren conversar primero con don Hipólito sobre tan difícil asunto. Aquí hay un solo camino. Alguien tiene que cargar con los muertos y el desprestigio, los radicales no pueden echarse ahora todo el pueblo trabajador en contra. Hay que buscar un chivo emisario.

Varela sabe muy bien esto y por esto ha reiterado su pedido de audiencia a Yrigoyen. Pero encuentra oídos sordos. Hasta que un día antes que continúe el debate sobre la Patagonia en Diputados irrumpe en la Casa Rosada con su traje de gala, saluda a todos como si fuera un hombre de la casa y penetra en el despacho presidencial, pese a los gestos entre tímidos y desesperados de los secretarios que pululan las antesalas.

Yrigoyen lo recibe sin inmutarse: «A usted justo quería verlo, teniente coronel…» Varela le expone todos los ataques que está sufriendo él y sus oficiales y solicita del primer mandatario que el P. E. dé un comunicado respaldando la actuación de las tropas a su mando y ascendiendo por su valentía a todos los oficiales intervinientes. Para él no pide nada. Le solicita que «salga al paso a los diputados socialistas antes de que continúe el debate». Yrigoyen lo ha escuchado en silencio y lo despide con un «vaya usted tranquilo, señor teniente coronel», luego de haber llamado al ministro de Guerra y expresarle lo del decreto que pide Varela.[70]

Pero ya estamos a 8 de febrero y no ha salido ningún decreto. Ni respaldando la actuación del 10 de Caballería ni ascendiendo a nadie. Ni siquiera un comunicado del Ministerio de Guerra.

Ese día, en la Cámara de Diputados, Héctor González Iramáin, socialista, solicita que sobre tablas se vote la creación de una comisión investigadora sobre la actuación de Varela y la masacre en la Patagonia. Pero los radicales ya han planificado su estrategia. Pide la palabra el yrigoyenista bonaerense Valentín Vergara. Con voz dura y ademán agitado solicita que se rechace la moción «*no sólo por el respeto que me merece el ejército y sus oficiales sino también por el estado mismo de cultura y civilización de la República*»[71].

La bancada radical asiente con un muy bien, que es apenas un murmullo serio y nada estridente; los conservadores sonríen divertidos ante la perspectiva de una nueva pelea entre radicales y socialistas.

Vergara no se detiene allí; con indignación en la garganta y golpeando el pupitre repetidamente, le grita a De Tomaso:

«—En el sur ha habido un verdadero alzamiento que puso en peligro la vida y la propiedad de aquellos pacíficos pobladores del sur».

Y para dar fuerza a sus argumentos se refiere nada menos que al informe que había elevado a la Cámara el doctor Manuel Carlés, el presidente de la Liga Patriótica Argentina.

Me remito —dirá el diputado Vergara— al presidente de la Liga Patriótica, doctor Manuel Carlés, quien habla de revolución social, de huelga revolucionaria, de elementos alzados que han conspirado contra la paz y la tranquilidad de los habitantes de aquel territorio y que han cometido excesos y actos vandálicos que son una vergüenza para nuestra propia cultura. Pero esto no es todo, hoy mismo he tenido oportunidad de ver en el diario *La Prensa* una comunicación de un enviado especial de este diario que ratifica en todas sus partes lo que expresa el doctor Carlés. Por eso creo evidente que el ejército ha realizado una misión de seguridad, de orden, si se quiere, una misión social contra los elementos anarquistas que habían levantado el pabellón rojo en aquel territorio.

Como se ve, el legislador radical, para defender la posición del gobierno, tomaba dos testimonios totalmente antirradicales: el de Carlés y el del diario *La Prensa*.

A esta altura, el debate había entrado en una faz dramática. De Tomaso interrumpe a Vergara para leerle el bando con la pena de muerte dictado por Varela, y le dice: «ESO DEMUESTRA PALMARIAMENTE: QUE SE TOMÓ ATRIBUCIONES QUE NI LA CONSTITUCIÓN NI LA LEY LE OTORGABAN». Y agrega, como para que no quede ninguna duda: «LA VERDAD ES QUE HA HABIDO FUSILAMIENTOS, LA VERDAD ES QUE EL JEFE DE LAS TROPAS HA PROCEDIDO CON UNA SEVERIDAD Y UNA CRUELDAD QUE NO ESTABA AUTORIZADO A EMPLEAR».

Vergara se hace el que no ha oído y sigue impertérrito con sus argumentos: «LOS REVOLTOSOS QUE HAN ARRASADO Y ASALTADO EL TERRITORIO SON BANDOLEROS QUE ESTÁN PULULANDO EN AQUELLAS REGIONES, CHILENOS EN SU MAYOR PARTE». Y luego sigue leyendo el informe de Carlés:

¡Los anarquistas se levantaron en Santa Cruz contra la Nación y proclamaron la huelga general, y con sus ideas, buenas o malas, voluntarios o forzados, en parajes estratégicos desarrollaron operaciones de guerra, aprisionaron capataces, trabajadores y gerentes, asaltaron comercios, estancias, destrozaron maquinarias, arrasaron haciendas, sustrajeron automóviles y armas, violaron, fusilaron patrones, cortaron el telégrafo, destruyeron ferrocarriles y libraron batallas contra las fuerzas de línea de la Nación!

Hasta aquí los argumentos del radical Vergara. Como se ve, en ningún momento trató de demostrar que no hubo fusilamientos. Tácitamente los justificó, haciendo una descripción dantesca de los delitos de los obreros. Finalmente, pide que la Cámara rechace la constitución de una comisión investigadora: «Creo que no debemos votar ninguna comisión investigadora. Lo que corresponde es que la Cámara solicite los informes sobre estos sucesos».

En otras palabras, la bancada radical no quiere una comisión investigadora y trata de derivar el problema a un mero pedido de informes al Poder Ejecutivo. Pero aquí el socialista González Iramáin, ni corto ni perezoso, aprovecha bien la oportunidad. Aparentando candor e inocencia, se dirige al presidente de la Cámara —cargo que ocupa el radical Goyeneche— para inquirirle:

—Señor presidente, para no hablar en falso, desearía que la Presidencia tuviera la bondad de informarnos si han llegado a la Cámara las respuestas del Poder Ejecutivo a los pedidos de informes que formuláramos al mismo a solicitud del diputado Mario Bravo con motivo de algunos conflictos obreros, como los de la «semana de enero», por ejemplo. Informes que se solicitaron con el voto de gran parte de los diputados radicales y que se han reiterado posteriormente.

González Iramáin ha puesto el dedo en la llaga. Se refiere nada menos que al pedido de informes sobre la Semana Trágica. El presidente de la Cámara recibe el impacto, carraspea y consulta nerviosamente con el secretario y, luego de un conciliábulo con éste, responde:

—¿El señor diputado se refiere a un pedido de informes del diputado Bravo?
—Sí, señor presidente, de enero de 1919, de hace ya tres años y que fue reiterado varias veces.

insiste González Iramáin, con el mismo tono de aparente ingenuidad.

La bancada radical se ha quedado dura. Estos socialistas son unos leones para el debate parlamentario: con una pregunta candorosa le han roto toda la estrategia para ese debate. Hay murmullos de consulta. Los conservadores siguen con sus rostros rebosantes de gozo. Para ellos es un espectáculo más que divertido.

El presidente Goyeneche se rehace y contesta con tono prescindente:

«—Respecto de ese pedido de informes a que se refiere el señor diputado informa la secretaría que no ha sido contestado».

Éste es el momento, entonces. Medio parado en su banca. González Iramaín apostrofa a Vergara. Si en tres años no se ha contestado un informe sobre la masacre de obreros de enero de 1919, ¿cómo se puede venir a pedir que todo se reduzca a pedir informes al señor Yrigoyen sobre una masacre mucho más grande?

Un argumento incontrastable. Pero los radicales son duchos en estas guerrillas políticas y son capaces de levantar el caballo en medio de la carrera y ponerlo para el lado que disparan los socialistas. Ahora, la táctica será correr para el mismo lado. Habla el yrigoyenista Leónidas Anastasi. Es cuando lo mandan al sacrificio al correligionario comandante Varela.

Señores diputados —comenzará Anastasi— el doctor Carlés habla de una proclama del comandante Varela que desde luego quiero creer que no puede ser auténtica porque no se me ocurre, no se me pasa ni por un instante por la cabeza, la creencia de que un militar argentino pueda estampar esta proclama: «el que dispare un tiro contra las tropas será fusilado donde se lo encuentre». Proclama de esta naturaleza creo que no se encuentran en todo el archivo de documentos acumulados en contra de los alemanes por la ocupación de Bélgica. Confieso sinceramente que para hallar algo parecido he tenido la paciencia de leer el Climet desde 1914 a 1917, publicación dirigida por franceses en pleno periodo bélico donde muchos cargos resultaban agigantados por la indignación que producían los actos de crueldad de que se tenían noticias. No hay indicación en ningún parte alemán que se haya amenazado con esta pena. Demás está decirlo, no existe en las leyes argentinas, no puede existir, y parece realmente sangrienta ironía que en cuanto acabamos de sancionar el Código Penal[72] se amenace con sanciones de esta naturaleza. Otro párrafo de la proclama de Varela dice: «si para someterlos se hace necesario el empleo de las armas por parte de las tropas prevéngoles que, una vez iniciado el combate, no habrá parlamento ni suspensión de hostilidades». ESTO, SEÑOR PRESIDENTE, ES LA GUERRA SIN CUARTEL, Y LA GUERRA SIN CUARTEL HA TERMINADO EN LO QUE LLAMARÍAMOS LAS EDADES BÁRBARAS ARGENTINAS. No hay indicios, creo, durante nuestra vida civilizada, aun en el campo de batalla, dentro de nuestras costumbres, no hay noticias de que se haya amenazado con la guerra sin cuartel. Yo me pongo en el mejor de los supuestos, en el supuesto de que se trate de bandoleros; pero, señor presidente, los bandoleros en ninguna parte están castigados con la pena de muerte mientras no cometan el delito de homicidio, que no se ha cometido en Santa Cruz como podré fácilmente demostrar luego. HOY EN DÍA NINGÚN CÓDIGO DEL MUNDO CASTIGA CON PENA DE MUERTE EL SIMPLE DELITO DE ROBO EN BANDA PORQUE NO HAN EXISTIDO, COMO DIGO, DELITOS QUE MEREZCAN PENA MAYOR.

Son cargos demoledores contra el correligionario Varela. Leónidas Anastasi seguirá desmintiendo a su propio colega Vergara:

> Este memorial ha sido presentado por el señor Manuel Carlés, presidente de una Liga Patriótica que recorre el país de un extremo al otro clamando por el trabajo libre, al que se le puede aplicar el concepto tan justiciero y exacto del cardenal Manning: «el canibalismo libre».
> El memorial de Carlés —continúa Anastasi— demuestra que la Liga Patriótica llama anarquista a todo trabajador que reclama su salario, que exige mejores condiciones de vida y de higiene. El memorial destruye precisamente la leyenda de los bandoleros de la Patagonia porque resulta que por el mismo sabemos que se trataba de una huelga, huelga que compara a las que habían ocurrido repetidamente en la Capital, en Santa Fe, en Entre Ríos, en Córdoba, en Mendoza, en Tucumán, Chaco y Misiones. «Los alzados en armas contra la Nación no murieron como soldados», dice el doctor Carlés. Y yo agregaré una noticia que desearía no se confirmara: se dice que de los dos mil trabajadores de Santa Cruz han muerto una buena cantidad que eran secretarios y militantes de asociaciones obreras, ¿QUE RARA ESPECIE DE BALA ES ÉSTA QUE BUSCA EN EL CAMPO DE BATALLA PRECISAMENTE A LOS SECRETARIOS DE SOCIEDADES OBRERAS, A LOS ORGANIZADORES DEL MOVIMIENTO DE RESISTENCIA A LA PATRONAL?

Los argumentos de Anastasi son concluyentes, hasta mejores, diríamos, que los expuestos por el opositor De Tomaso. Pero aquí está la trampa: Anastasi les da el dulce a los socialistas pero, al final, no aprueba la creación de la comisión investigadora. Dice que hay que calmar los ánimos y confiar en que actúen los tribunales militares y esperar el sano criterio del actual ministro de Guerra. En una palabra: tiene razón pero marche preso.

De Tomaso se da cuenta inmediatamente de la táctica radical y cree ver detrás de ella la mano misteriosa de don Hipólito Yrigoyen, quien, sin estar en el recinto, pareciera que manejara las cosas por entre el resquicio de las cortinas, como lo hace con las demostraciones populares desde la oscuridad de las persianas apenas entreabiertas de la calle Brasil. El diputado socialista pide la palabra y denuncia el doble juego de los radicales:

> Por un lado, el diputado Vergara vota en contra de la comisión investigadora porque cree es palabra sagrada todo lo que afirma el doctor Carlés en su memorial. Según él, ha habido en Santa Cruz un levantamiento de anarquistas y se ha izado el pendón rojo. Y, por otro lado, el diputado Anastasi hace los mismos argumentos que los diputados socialistas. Se asombra, como nosotros, de la enormidad de esas represiones, de las extralimitaciones realmente crueles del jefe militar de la zona; combate a la Liga Patriótica, cree que son inexactas la mayor parte de las afirmaciones que se hacen en el documento que estamos comentando, pero vota igualmente en contra de la investigación. El diputado Vergara aparecerá ante los individuos que creen que la Liga Patriótica es la salvadora y la guardadora del orden, como hombre que merece sus aplausos; Anastasi pasará ante las victimas de los sucesos, ante los obreros que han clamado contra esta masacre de Santa Cruz como hombre que ha levantado su voz de protesta. Pero los dos habrán contribuido con su voto a que se mantenga el silencio oficial sobre estos crímenes.

De Tomaso sabe que ha perdido la partida. La bancada mayoritaria ahogará con sus votos la moción de investigar los hechos. Por eso apela a la conciencia de los diputados:

> Vuelvo a repetir, un hecho que de por sí debería decir algo a los diputados que quieran mirar el asunto como debe mirarlo el legislador: sin ningún preconcepto.

Pero no hay reacción. El silencio en la bancada radical es absoluto.

A De Tomaso sólo le queda el derecho al pataleo y prosigue con sus argumentos demoledores:

> Los secretarios de las sociedades obreras que estaban al frente de esos grupos, designados en los partes militares con el nombre de cabecillas, han desaparecido todos. ¿Por qué? Porque han sido fusilados. Ésa es la mayor prueba, la demostración palmaria de los fusilamientos. Las balas de las tropas han sido especialmente destinadas a esos hombres. ¿Por qué? Porque esos hombres fueron sacados de las filas, elegidos y fusilados en presencia de los grupos, para escarmiento y en presencia de los conscriptos a quienes se les ofrecía este espectáculo cruel y bárbaro.
> En la misma [*La*] *Nación* que ha dado crédito tan ampliamente a la leyenda del bandolerismo, ha aparecido una lista de muertos con una explicación cuyo propósito se comprende fácilmente. Como no se ha podido negar la desaparición de una cantidad de hombres, como no podía dejar de llamar la atención que la mayoría de los muertos fueran los secretarios de las organizaciones obreras, los hombres enérgicos del movimiento, se ha difundido la especie de que esos hombres fueron muertos al querer huir.

Y ahora, De Tomaso recurre a la ironía para hacer reaccionar a los radicales:

> No hay que quedarse en medias tintas, señores diputados. En este asunto no puede haber dobles juegos. El presidente, amigo de los obreros, no manda las tropas al sur, él no ha dado las instrucciones de crueldad que se han traducido en los fusilamientos. Pero los hechos se han producido. ¿QUIÉN HA DADO LAS INSTRUCCIONES AL CORONEL VARELA?

La pregunta suena como un latigazo en el recinto. De Tomaso la deja pendiente medio minuto, un minuto, más. Silencio en la bancada radical. Unos leen, otros miran el techo y por ahí hay quienes agachan la cabeza.

«—*¿Quién ha dado las instrucciones al teniente coronel Varela?*»— inquiere De Tomaso para luego, bajando la voz, exclamar —«*¿o es que el teniente coronel Varela ha procedido por su cuenta?*».

Lo han dejado sólo a Varela. Ni una voz que lo defienda. Nadie que diga: no señor, el comandante Varela actuó de acuerdo a las órdenes del Poder Ejecutivo.

De Tomaso, al ver la debilidad momentánea de la bancada oficialista seguirá castigando:

«—Los diputados del gobierno se dividen. Unos, condenan el bandolerismo y otros critican la bárbara represión militar, Pero ninguno quiere la investigación. ¿En qué quedamos?».

«—Es nuestro modo de ver»— se oye la voz de Leónidas Anastasi.

Y aquí dirá De Tomaso palabras directamente visionarias, premonitorias de un estado de cosas que se irían repitiendo en nuestro país durante las siguientes seis décadas, precisamente por la falta de definición de los políticos, por ese doble juego, por ese eterno buscar la tabla de salvación en los militares, esa gambeta clásica de rehuir a las responsabilidades. De Tomaso habla en 1921 ya de dictadura militar. Dirá textualmente en ese famoso debate:

> Si la comisión investigadora estableciera la verdad de los hechos señalados habríamos conseguido bastante; ¡porque LA CÁMARA OPORTUNAMENTE TOMARÍA LAS MEDIDAS NECESARIAS PARA QUE LA DICTADURA MILITAR TAN PELIGROSA NO PUDIERA REPETIRSE EN EL PAÍS! EN ESTAS

COSAS, TODO ES COMENZAR.
DIJE Y REPITO —PORQUE NOS INTERESA PREVENIR LA REPETICIÓN— QUE NO PODEMOS ACEPTAR QUE SE LE DÉ AL EJERCITO UN EMPLEO ACTIVO EN LA SOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS SOCIALES O QUE SE PRETENDA AHOGAR EN SANGRE CON LA REPRESIÓN CRUEL Y BÁRBARA MOVIMIENTOS QUE, AUNQUE TENGAN ALGÚN EXCESO, SON DETERMINADOS POR PROFUNDAS Y GRAVES CAUSAS SOCIALES, COMO EN SANTA CRUZ.

Estas palabras fueron pronunciadas por De Tomaso más de ocho años antes de la primera dictadura militar argentina del siglo veinte, la de Uriburu.

El legislador seguirá pidiendo, sin inmutarse, la investigación de los hechos, nada más que la investigación:

La Cámara, pues, hará bien por una cantidad de importantes razones, en votar la comisión investigadora, LA CÁMARA FALTARÍA A SU DEBER SI NO LO HICIERA. Sería extraordinario que durante un mes y medio se haya estado produciendo una convulsión tan grave en un territorio que está directamente bajo nuestra custodia y vigilancia, porque no tiene gobierno propio, y que sea éste el único órgano del país que no tenga nada que decir, aunque alguno de los hechos ocurridos trastornan toda la organización constitucional y legal de la República, y colocan fuera de todo régimen civilizado a una parte del territorio nacional.

Con voz aparentemente emocionada, De Tomaso termina:

No hagamos un juego de ocultaciones ni de disimulos. Lo que pasa es que en este caso, las víctimas son pobres diablos, como se dice en el lenguaje de los ricos, son peones, son carreros, son ovejeros. En el fondo, mucha gente reconoce que aquello es una enormidad legal y constitucional, pero les halaga que esa lección dura haya sido dada para que otra vez no se repitan pliegos de condiciones, pedidos de aumentos de sueldos y demandas tan revolucionarias y escandalosas como aquélla de que en una pieza de tres por tres con piso de tierra no se aloje a ocho hombres. Se nos piden las pruebas materiales de nuestras denuncias, pero ¿qué pruebas materiales podemos traer? ¿Los cadáveres? Aseguro a la Cámara que muchos de ellos todavía están insepultos en el campo donde se produjeron los fusilamientos. Todavía llegaría a tiempo la comisión para ver los restos de algunos cadáveres que fueron quemados con nafta derramada sobre ellos por las tropas del ejército.

Advierte el diputado que la «comisión podría oír el testimonio de centenares de peones y otras personas del lugar, en Santa Cruz, en San Julián, en Puerto Deseado». Y marca de nuevo algo que la civilidad argentina —principalmente los políticos— iban a ir abandonando poco a poco:

La Cámara debe aclarar todo eso: tiene el derecho de hacerlo. Y la Cámara prestará, haciéndolo, un servicio a la organización republicana del país, porque nos interesa saber bien el deslinde entre la esfera militar y civil. El ejército es una institución de excepción, que no puede de ninguna manera emplearse en la paz, en la vida civil de todos los días, para hacerle jugar el papel poco glorioso que se le ha hecho jugar en Santa Cruz, yo no sé por orden de quién, si por propia inspiración del coronel Varela, a quien yo acuso, del ministro de la Guerra o del presidente de la República.
¡Si no se vota la comisión investigadora con el pretexto de esperar que el ministro de Guerra haga por su cuenta el sumario militar, se prestaría la aquiescencia para que aquella enorme brutalidad quede sin sanción, ni siquiera moral!

Este patético final no obsta para que los socialistas pierdan la votación. Pero antes de pasarse a votar, hablarán los radicales que se sienten picados por la directa acusación de los socialistas. Primero lo hará el diputado López Anaut que toma un

pretexto verdaderamente desopilante para oponerse al nombramiento de una comisión investigadora. Dice que el diputado socialista no empleó moderación al fundamentar su proyecto. Señala que si De Tomaso «hubiera fundado con mesura su minuta, posiblemente, la Cámara la hubiera votado y de esta manera se hubiera realizado el anhelo de todos de llegar a conocer la verdadera situación del territorio de Santa Cruz».

De Tomaso: «—No podía pintar los hechos con color de rosa…».

López Anaut: «—Podría haber evitado detalles…».

Luego López Anaut continúa:

> Yo la habría votado porque creo que esa comisión habría de traernos una cantidad de datos importantísimos, no tanto en lo que se refiere a los hechos ocurridos, sino en lo que respecta a las medidas a tomarse para el porvenir de los territorios del sur. Me inclino pues por esa causa a votar por el pedido de informes.

Al insistir el socialista González Iramáin en que Yrigoyen no había contestado el pedido de informes sobre la Semana Trágica, de tres años atrás, el radical López Anaut le contesta muy suelto de cuerpo: «*No los habrá considerado necesarios*».

Por último, el diputado radical Albarracín —exoficial de las fuerzas armadas— apostrofa a De Tomaso por haber dudado del ejército. Dice:

> Afirmo serenamente que el ejército, por sus tradiciones y por su educación, es una gran escuela de civismo y de cultura que jamás será suficientemente apreciada; entonces yo también tengo el derecho para dudar y creer que no es posible que el coronel Varela, un hombre lleno de pundonor, un oficial que hace honor al ejército por sus relevantes condiciones, con una brillante foja de servicios, haya cometido esos hechos.

Llega el momento de la votación. Los radicales dirán no a la investigación. Y son la mayoría.

El asunto pasa a comisión. Lo que en buen español significa que dormirá para siempre. Los que están muertos, muertos están. No los resucita nadie.

Para el único que el asunto no está terminado es para el comandante Varela…

Ni decreto de apoyo ni ascenso. Pero don Hipólito Yrigoyen aprieta, pero no ahorca. Su complicada táctica, su interminable y misterioso tejemaneje ha encontrado un resquicio y, en marzo, Varela es nombrado director de la Escuela de Caballería de Campo de Mayo. No es mucho el consuelo pero, por lo menos, no lo han obligado al retiro.

Y así como resuelve el difícil problema militar, así también Yrigoyen solucionará el problema obrero suscitado por la represión patagónica. El compromiso, la famosa solución yrigoyenista a todos los problemas: yo te aflojo de aquí, vos aflojás un poquito de allá y en el medio nos encontramos.

Al principio fue brava la cosa. Con la FORA del V, anarquista, ni qué hablar. Estaban llenando el país con folletos sobre Santa Cruz, con mítines, con actos «relámpago», con amenazas. Con los fusilamientos de la Patagonia estaban envenenando peligrosamente el ambiente, se estaba llegando a un clima como el de

los días previos a la Semana Trágica. Por otra parte, la FORA sindicalista no podía rezagarse con respecto a los anarquistas y quedar en evidencia ante los trabajadores, de manera que también batían el parche, no tan fuerte como los amigos de Bakunin, pero de cualquier manera lo suficiente como para no aparecer como contemplativos ante un hecho tan grave. Por otra parte en cierto sentido los sucesos la tocaban profundamente porque la matanza afectaba a la Federación Obrera Marítima —alma y prez de la FORA sindicalista—, ya que los sindicatos patagónicos eran un poco hijos de ella. La misma Federación Marítima, a pesar de la amistad de su secretario general Francisco Javier García con Hipólito Yrigoyen, atacaba duramente en su vocero *La Voz del Marino* a la acción del comandante Varela. En esto ninguno podía ensuciarse las manos. Aunque claro, alguien tenía que pagar los platos rotos. Porque no querían enfrentarse con Yrigoyen. Entonces, ¿contra quién tenía que ser la cosa? Contra Varela, naturalmente. Todo el barro contra ese militar. Ésa era la diferencia: mientras los anarquistas apuntaban más alto y le lanzaban andanadas al primer mandatario, los sindicalistas puros se conformaban con el ejecutor, con el hombre que había comandado los pelotones de fusilamiento, pero no contra el autor de toda la política represiva.

Además, los hombres de la FORA sindicalista tenían que disimular las propias culpas y contra ellos arreciaban los ataques de la FORA anarquista. Si se había perdido la huelga en esa forma era porque la central obrera había hecho la vista gorda. A Antonio Soto lo habían dejado solo, absolutamente solo.

Por eso había que salvar de la mejor forma posible los restos del desastre. Lo más rápido y lo más silencioso posible. Les convenía a todos, al gobierno, a la FORA sindicalista, al ejército y a la Sociedad Rural. Todos a lavarse las manos. Total, ahí estaba Varela que recibía los pelotazos en la cara como negro en circo.

El problema que había quedado colgando y que actualizaba todos los días la represión patagónica eran los presos. Todos habían sido trasladados a Río Gallegos y allí, en la cárcel, ya no cabía ni un alfiler. Estaba abarrotada, no había comida para las peonadas huelguistas que habían sido cazadas por Varela, Viñas Ibarra, Anaya y Campos en todo el territorio. Ciento ochenta hombres de campo hacinados hacían un conjunto maloliente y de continuas fricciones, a pesar de su mansedumbre, porque no se les mezquinaba garrote. Si bien se los sacaba a trabajar en las calles, y allí el vecindario, apiadado, les daba un plato de sopa o algún pedazo de pan, esa situación no podía mantenerse durante mucho tiempo. Además, los dirigentes de las sociedades de oficios varios que habían sido deportados a Buenos Aires antes del conflicto, se habían constituido en comisión por los presos patagónicos y se habían dirigido a la poderosa FORA sindicalista para que reclamara ante Yrigoyen la libertad de los detenidos. Por otra parte, ya estaba muy próximo el congreso nacional de la FORA sindicalista y sus dirigentes no querían líos.

El gobierno comprendió que había que hacer algo para terminar con la agitación.

El problema patagónico fue malparido y había que suavizar las consecuencias, ponerle vaselina. Yrigoyen lo arreglará con singular maestría. Todos se mostraran conformes: la FORA sindical, la Sociedad Rural, el Juzgado Letrado, el gobierno del territorio. Sólo quedaban en el camino, dejados de la mano de Dios, los muertos —ésos ya no tenían remedio— y el teniente coronel Varela.

Por supuesto los únicos disconformes serían los de siempre: los anarquistas con su FORA (V), sus volantes, diarios, folletos, conferencias y sus propósitos de hacerse justicia por su propia mano mediante su arma: la acción directa.

El eje del arreglo y solución del problema girará en torno al juez letrado del territorio, doctor Ismael P. Viñas. Él será el brazo ejecutor del arreglo. Lo ayudará en la emergencia su amigo, el doctor José María Borrero y el silencio de la Sociedad Rural y de todos los sectores involucrados. Los únicos que podían chillar allá, en la Patagonia, las organizaciones obreras, ya no existían, habían pasado a ser un recuerdo.

Dijimos que cuando Varela comenzó con la represión había tres categorías de huelguistas: los malos, que murieron «en combate»; los sospechosos, que fueron trasladados a Río Gallegos, a su cárcel, luego de penosas travesías, y los buenos, que fueron salvados por sus patrones.

Precisamente, el plan consistía en lograr que el pasado se olvidara lo más pronto posible para lo cual había que terminar con el factor urticante que eran los peones presos en Gallegos.

La entrega de prisioneros a la policía de Gallegos fue hecha por el ejército —en pocos casos por la marina— en listas donde aparecían los cargos. Luego de ello, la policía tomaba declaración a los prisioneros. Las declaraciones las tomaba el comisario Fernando Wells, a órdenes directas del comandante Varela o del oficial del ejército que en ese momento lo reemplazara. Leer los gruesos volúmenes del sumario por sedición es comprobar la total falta de garantías de ese pobrerío encarcelado, es leer toda una burla sangrienta a lo que es la dignidad humana. Todos declaran un mismo argumento. Por ejemplo, los detenidos en Punta Alta recitan la versión oficial que da el capitán Viñas Ibarra: los obreros atacaron al ejército a mansalva y por sorpresa. Las declaraciones de los trabajadores de «La Anita» son aún peores; ellos señalan que «fueron liberados por las tropas».

Nos relata el comisario Guadarrama, que presenció los interrogatorios, que a aquellos peones que se ponían duros se los separaba apenas unos metros de la mesa donde se les tomaba declaración y se les «refrescaba» la memoria midiéndole bien las costillas. Y todo esto es tan cierto que en el expediente judicial del peón Pantaleón Sandoval González éste «pide permiso de refrescarse la memoria para poder declarar». Se le permite, se toma declaraciones a otros y luego vuelve Pantaleón y declara todo bien y perfectamente, como se debe.

Al que delataba a sus compañeros se le daba de inmediato la libertad. Tal el caso de Emilio Calisto, peón, 18 años de edad, quien en rueda de presos «marca» a

Zacarías González y Jacinto Murquin como activistas de la huelga y a Zoilo Guerrero y Fortunado Pena por capitanear comisiones para alzar peonadas.

Una vez firmada la alcahuetería, el muchacho es de inmediato puesto en libertad por el comisario Fernando Wells.

Aunque también había de los otros. El comisario Guadarrama recordaba el caso de un gallego más duro que un ladrillo, quien, a pesar de que se lo puso más de una vez de vuelta y media no quiso comprender que más le valía la docilidad. Pero, evidentemente, era de ésos que siempre quieren patear en contra. No hubo caso, y se le tuvo que tomar la declaración —claro que no todo lo que él quería se puso— pero lo suficiente como para desentonar con todos los demás. Y en efecto, en el expediente Sedición II se registra una declaración no muy grave pero que desentona. Es la del español Jesús Casas, de 35 años, con once de residencia en el país. Dice que

> vino en octubre desde Buenos Aires y que fue caminando por las estancias en busca de trabajo y se unió a un grupo de ochenta trabajadores en huelga, que ese grupo fue atacado por el ejército quien hizo a los huelguistas un fuego granado de 15 minutos. Que ninguno de los huelguistas hizo fuego contra las tropas ni cometieron asaltos a estancias ni llevaron rehenes. Que ninguno de los componentes del grupo iba contra su voluntad y que todos eran iguales.

Es decir, una versión de los hechos completamente distinta a las demás; pero hicieron bien los policías al insertar en el expediente esas frases del exaltado gallego porque así, como la excepción hace la regla, tornaban más verídicas las confesiones de los otros.

Pero, detalles más, detalles menos, el juez letrado Viñas no se iba a detener al análisis de todo ese inmenso mamotreto. El método que iba a utilizar apenas llegado de Buenos Aires iba a ser muy expeditivo: ¡libertad a todo el mundo! A pesas de que el 99% de los huelguistas aparecían calificándose ellos mismos de bandoleros y de asaltantes de estancias. No hay expediente judicial más incongruente. Es que el problema era político y debía dársele una solución política.

El 8 de abril de 1922 comienza el juez Viñas a moverse a toda velocidad. Está todo arreglado: Borrero será el abogado defensor de los obreros. La presentación del abogado defensor será una cosa muy chirle, se habla, sí, de la injusticia pero no se toca en ningún momento el problema de los fusilamientos en masa. Es una especie de pedido de conmiseración. Dice así:

> Larga y penosa sería la tarea de reseñar y descubrir los últimos acontecimientos, origen de la prisión de mis defendidos y mucho más si hubiera de analizarse el desencadenamiento de odios concentrados, la satisfacción de bajas pasiones y el despliegue de malas artes que se han producido para arribar a la conclusión definitiva de que más de cien hombres honestos y laboriosos como son mis defendidos se vean privados de su libertad por espacio de largos y crueles meses, hayan sido sometidos en determinadas ocasiones a toda clase de vejámenes y malos tratamientos y por último se les considere y, en realidad de verdad, sean víctimas propiciatorias de pequeñas y ruines venganzas que están en abierta pugna con los dictados más elementales de la conciencia.

Luego de recordar en líneas generales la primera huelga, dice el defensor:

> El gobernador titular del territorio, capitán Yza, dio término a ella por medio de un laudo arbitral que de antemano se habían comprometido a aceptar patrones y obreros.

Dice que el grupo de «huelguistas» se formó solamente a merced de la actitud de los señores estancieros que expulsaban de sus respectivas estancias a los operarios en huelga obligando a éstos «ante la imposibilidad material de venir al pueblo por carencia de recursos».

Para pedir la libertad de sus detenidos se basa en que no hay cuerpo del delito porque se los acusa de alzarse en armas y «*es raro en extremo que siendo ésa la principal acusación, estas armas no aparezcan por ningún lado ni hayan sido puestas a disposición del Juzgado*».

El 14 de abril, el juez Viñas comienza a tomarles las declaraciones de práctica a los prisioneros. En general, no tendrá muchos problemas. La gente está muy trajinada y no quiere vueltas. Pero también encuentra los duros que se rectifican de sus dichos o que lisa y llanamente levantan la cabeza y piden justicia. El gallego Jesús Casas, por ejemplo, exige que en su declaración figure una denuncia de robo. Y se atreve a acusar nada menos que al ejército argentino. Dice textualmente que cuando lo tomaron preso en Punta Alta las tropas le robaron su capa de piel de guanaco, un poncho nuevo, un reloj con cadena y el recado completo.

El gaucho Pantaleón Sandoval —aquel que pidió «refrescarse la memoria» en el interrogatorio policial— rectifica su declaración anterior diciendo que no es cierto que en Corrales Viejos los obreros hicieran fuego contra las tropas «siendo éstas las que sorprendieron a los que allí se encontraban con descargas de fusilería».

También Juan Álvarez Delgado —chileno de 20 años— quiere decir algo ante el juez. Describirá el asesinato de su amigo Manuel Mansilla en el episodio de Corrales Viejos, Punta Alta. Dice que su compañero Mansilla fue «interrogado por el subcomisario Douglas Price sobre quién era el cabecilla de dicho grupo». Mansilla le contestará que no sabe y, entonces, el comisario Douglas Price «sin otra causa le disparó un tiro de revólver que causó la muerte de Mansilla».

Agrega Álvarez que «pueden aseverar lo ocurrido por haberlo presenciado, Pantaleón Sandoval y Jesús Casas». Sigue diciendo

> que asimismo quiere dejar constancia que al ser detenidos por las tropas del ejército les dieron órdenes que se despojaran de los cintos, haciéndolo el declarante con el suyo en el que llevaba la cantidad de 265 pesos, dos certificados de caballos y diversos papeles, *efectos que no le fueron devueltos como así tampoco el recado*.

Como se ve, aquí hay acusaciones directas y claras firmadas con sus nombres por los perjudicados. No sólo el crimen del paisano Mansilla, en el cual se menciona al asesino con nombre y apellido sino también de robo contra el 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón. No hubiera sido difícil, por ejemplo, hacer la averiguación sobre el robo de los caballos ya que al quedarse con los certificados los ladrones podían vender los animales. Pero el juez Viñas no inicia expediente por ninguna de

las denuncias. A medida que los huelguistas son llamados a declarar ante el juez, se animan cada vez más a protestar por sus derechos:

Eustaquio Gómez, argentino, de 42 años, soltero, peón: denuncia ante el juez «que al ser entregado por el 10 de Caballería, la policía le secuestró el recado, y un cheque contra el Banco por la suma de 13 pesos firmado por el administrador Juan Bustamante de la estancia Stipicich».

Santiago Gallardo, chileno, 24 años, soltero, peón: «en “La Anita”, el ejercito nacional le quitó cuatro certificados de caballos, y una capa de guanaco».

Manuel Balderas, chileno, 18 años, soltero, peón: «al ser detenido en “La Anita” le secuestraron el recado y las pilchas de dormir que llevaba».

Serafín González, español, 30 años, denuncia: «que el oficial Carrillo lo obligó a firmar la declaración bajo amenaza».

Samuel González: «en “La Anita” me robaron el certificado de propiedad de una yegua y un carnet de identidad».

Ramón Luna: «el ejército le robó tres certificados de caballos y una montura».

Cuando llegan hasta aquí las actuaciones, el juez Viñas teniendo en cuenta la presentación del abogado y la resolución del fiscal de que no hay motivo de detención, les da la libertad a todos los que acabamos de ver y a más, hasta un total de 21 huelguistas. Se da la orden a la cárcel y el gauchaje es puesto en la calle. El abogado defensor les aconseja que no sigan con la reclamación sino que aprovechen a dejar la ciudad lo más pronto posible «porque el horno no está para bollos».[73]

¡Pobres diablos! El paisanaje quedaba en libertad, pero sin saber a quién recurrir, sin un peso en el bolsillo, sin caballos, sin papeles. Ya ni les quedaba la Sociedad Obrera que les hubiera podido dar unos pocos pesos. El gobernador Yza ve que a la larga esto le puede crear un problema y pide urgente autorización del gobierno nacional para otorgarles pasajes libres a esta peonada para que volviera por barco a lugares cercanos a sus pagos.

Luego de las primeras libertades, Viñas seguirá día y noche tomando declaraciones. Las preguntas que hace este juez son de rutina y en ningún momento interroga acerca de los fusilamientos, a pesar de que en Buenos Aires es el tema que más agita la prensa de izquierda; y tendrá dificultades: si bien la gente presa lo único que aspira es que la dejen en libertad, no deja de haber algunos retobados que insisten en sus denuncias ante el juez, y las firman. Sigamos con las mismas.

José Torres, chileno de 22 años, domador: «la policía le robó doce caballos de su propiedad al detenerlo».

Florencio Avejer: «los soldados del 2 de Caballería le secuestraron una capa, una lona y dos matras y el recado quedó en la comisaría».

Eduardo Avendaño: «la tropa le robó la montura».

José Loza: «un soldado del 10 de Caballería le quitó 375 pesos, una capa y un certificado de un caballo».

Basilio Listare: «la tropa le robó un recado y una maleta con ropa».

José Ojeda Aquintín: «el oficial Carreño le quitó todos los documentos, entre ellos siete certificados de caballos y cuando quiso reclamarlos el oficial lo golpeó cobardemente».

Clodomiro Barrientos: «al ser detenido por el 10 de Caballería le robaron un quillango de guanaco, dos certificados de caballos, ropas en uso y unos cien pesos en efectivo».

José Miguel Aguilar: «la tropa nacional le robó un cinto de cuero con cinco certificados de caballos, otro por cinco caballos, los papeles personales y veinte pesos moneda nacional».

Herminio Prieto: «los marineros le robaron un recado y un quillango».

Ramón Rodríguez Vila: «la tropa nacional le quitó un recado y ropas de su propiedad».

Olegario Vázquez, chileno: «que al preguntarle el oficial Carrillo qué apodo y número tenía y contestarle que ninguno, éste lo golpeó. Las tropas nacionales le rompieron sus documentos personales».

Francisco Saldivia: «las tropas nacionales le rompieron los certificados, le quitaron tres caballos y el reloj».

José Iglesias: «la tropa del capitán Anaya le robó un quillango y un recado».

Pero quien hace una denuncia gravísima contra el subteniente Frugoni Miranda —aquel que fue acusado de distinguirse por su diestra mano en rematar chilotes con un tiro en la cabeza— es el ovejero Juan Castrejas. Éste, cuando es llamado a declarar, insiste en que se deje constancia que en la estancia «La Anita» lo soltó el ejército y que se fue a trabajar a Laguna Benito donde días después llegó un grupo de soldados del 10 de Caballería Húsares de Pueyrredón mandado por un subteniente quien detuvo al declarante y lo llevó preso a Laguna del Oro donde le exigió 500 pesos para su libertad. Como él le manifestara que se los daría en Río Gallegos, el subteniente aceptó y fue traído a ésta donde se lo puso en libertad por 350 pesos que entregó al subteniente en efectivo en el local que ocupa el regimiento no teniendo testigos para probar el hecho pero tiene «el salvoconducto que le entregó en cambio del dinero, el cual salvoconducto presenta en este acto para que se agregue al sumario, y que no obstante el salvoconducto, fue detenido por la policía local».

En efecto, en la página 2032 del cuerpo VII del expediente Sedición, legajo 257/1922, está agregado el certificado firmado por el subteniente Juan C. Frugoni Miranda, en Laguna del Oro, fecha 5 de enero de 1922; se trata de un «permiso para pasar la frontera».

Pero Castrejas tendrá que masticarse bien su rabia y su impotencia porque si bien Viñas anota lo que él quiere decir, luego de eso quedará como letra muerta e irá a parar todo al archivo, aunque haya elementos suficientes como para iniciar el sumario.

Pero ahora, eso sí, el juez le da la libertad a todos ellos y además ¡oh sorpresa! a los cuatro miembros de la comisión de la Sociedad Obrera: Pedro Mogilnitzky, Luis

Sambucetti, Domingo Oyola y Severino Fernández. ¿Cómo, y los cargos contra ellos? ¿Y los argumentos esgrimidos por el comandante Varela que calificaba a esa gente de bandoleros, incendiarios, asaltantes? Ahora, de un plumazo, el juez reconocía que no había mérito para su detención. Lo que se escribía con la mano se estaba borrando con el codo.

Las libertades son decretadas el 19 de abril. Al día siguiente, Viñas seguirá con su labor. Y tendrá que aguantarse nuevas denuncias:

Zoilo Guerrero, chileno: «los del 10 de Caballería le sacaron un reloj de plata Longines y cinco certificados de caballos».

Eloy Fernández: «en "La Anita" le quitaron certificados de seis caballos y un cheque al portador por 137 pesos de la Sociedad Las Vegas».

Victorio Eugenin: «el 10 de Caballería le secuestró un cheque de la estancia "Camusu Aike" por ciento sesenta pesos, frazadas y papeles de identidad».

Federico Heerssen: «le quitaron tres caballos con sus certificados».

Juan Aguilar, chileno: «se le obligó a firmar por la fuerza su declaración sin habérsela hecho leer. En "La Anita" las fuerzas del 10 de Caballería le robaron un reloj de plata con cadena, un cheque de "Las Horquetas" de Rodolfo Suárez por 145 pesos, dos certificados de caballos y papeles de identidad».

Elías López, argentino: «en la comisaría de Gallegos le robaron un tirador, una cartera con 20 pesos y documentos».

Todos éstos, más otros, en total 22, recuperarán su libertad el 20 de abril. En este grupo salen nada menos que tres miembros del Consejo Rojo, tres hombres de «El Toscano»: los alemanes Raith y Heerssen y el chileno Díaz.

El juez letrado proseguirá luego con los prisioneros tomados en el norte del territorio. También aquí algunos de ellos se atreverán a denunciar robos y vejámenes por parte de los militares.

Oscar Pereyra, uruguayo, de 44 años: al ser detenido por el sargento Dapozo, del ejército, le fueron quitados 400 pesos y unos papeles referidos a su identidad. Además, se lo quiso fusilar, siendo salvado por las mujeres del hotel «Cañadón León». Se le cometieron toda clase de vejámenes que relatará en un escrito que «presentará oportunamente».

Pedro Gutiérrez, español: «la marinería de guerra le sacó dos certificados de caballos y documentos».

Francisco Ragún, argentino, de 25 años: «el sargento Espíndola del 2 de Caballería le sacó un tirador con 823 pesos, dos certificados de caballos y papeles de identificación y un recado».

Agustín Pizzo, italiano: «el 2 de Caballería le quitó un quillango y recado».

Benigno Prieto, español: «la tropa le robó su quillango».

Alberto Collier, argentino, 24 años: «la tropa le robó doce certificados de caballos, el revólver de su uso personal y todos sus papeles y documentos».

Enrique García, español, de 26 años: dice que «firmó su declaración porque lo

castigaban si no lo hacía. Las tropas le quitaron en San Julián una frazada y un quillango».

Adolfo Boloqui: «firmé mi declaración por miedo a las palizas que aplicaba la tropa». Dice que los huelguistas de Tres Cerros se entregaron sin un tiro y que aparte de ellos los llevaron a San Julián ignorando qué suerte corrieron los demás compañeros.

José Ornia, español, de 23 años dice que su declaración es falsa, habiéndosela hecho firmar a la fuerza el capitán Anaya quien lo hizo castigar con una llanta de automóvil. Los soldados del 2 de caballería «le robaron un quillango, un cojinillo, una matra dibujada y todas las correas y pilchas buenas del recado».

Zacarías González: «le robaron el recado que llevaba en el caballo, un poncho impermeable, un cuchillo con cabo y vaina de plata y un cortaplumas».

Luciano Herrrera, uruguayo (ignora su edad): «le robaron al caer prisionero el cinto con los papeles y documentos, un recado completo y un cortaplumas».

Venancio Montiel, chileno: «el oficial de policía Carrillo le sustrajo al declarante un cheque contra el Banco Anglo por valor de 160 pesos firmado por el administrador de "Rincón de los Morros" y que después Carrillo lo comenzó a castigar sin motivo alguno. Que habiendo reclamado posteriormente a Carrillo la devolución del cheque, éste le dijo que lo había perdido».

Santiago Oyarzún, chileno: «le obligaron a hacer firmar una declaración que la había redactado el mismo instructor del sumario. Que no es cierto que en San José los obreros hubieran hecho fuego contra el ejército. Un cabo del 2 de Caballería le robó un tirador con cien pesos y una rastra».

José Tellería, argentino, 24 años, peón de campo: «al ser detenido, un cabo del 2 de Caballería le robó un tirador con 100 pesos y una rastra de plata».

Francisco Rosa Silva, portugués, de 33 años: «le quitaron un quillango, un recado y la ropa».

Aniceto Naves, español, de 30 años, poblador (pequeño hacendado): «la tropa le robó un reloj de plata con cadena, una capa de guanaco, un recado completo y una tropilla de catorce caballos».

José Mancini, italiano, de 45 años, peón: «un oficial de policía le robó cien pesos en efectivo».

Alfonso Vargas, bolichero, chileno, de 31 años: «la tropa le robó un recado completo, un tirador con 411 pesos, seis certificados de caballos y un reloj pulsera de oro, un alfiler de corbata de platino, un anillo de oro de 18 kilates, un quillango y una maleta con ropa y un largavista telescopio».

El 21 de abril liberan a otros quince presos. Así irán saliendo todos.

Hemos querido dejar para el final al paisano José Liano. Es uno de los últimos que se presenta a reclamar. Se ve que le ha costado mucho, pero al final se anima. Pide que le devuelvan sus seis perros ovejeros que los militares le quitaron en «Fuentes de Coyle».

Quien haya conocido la Patagonia, su vida en el campo, sabrá que el peón ovejero sin sus perros es nada —esos cuzcos feos, lanudos, escuálidos, ladradores, saltarines, más rápidos e inteligentes que sus dueños—. Todo su capital, su herramienta, es el perro. Sin los perros el arreo sería inconcebible.

¡Pobre paisano Liano! Todo le robaron (tres caballos con sus certificados, un quillango, una maleta con ropa por 400 pesos, 233 pesos en efectivo, un reloj con cadena y los documentos que llevaba en el cinto y un recado completo), pero eso vaya y pase, es todo su capital de tantos años de trabajo, su ahorro, pero está acostumbrado a estas contingencias. Tampoco los palos sobre el lomo son como para asustarse. Pero los perros, no. Es como cortarle las manos.[74]

¿Y a quién ir a protestar? ¿Quién le podría hacer justicia? Sólo algún nuevo José Hernández podría interpretar a estos Martín Fierro patagónicos, que salían derrotados, apaleados, vejados, cagados, burlados, robados, escarnecidos, sin un cobre, sin sus ropas, solos, hasta sin perros. Humillados y ofendidos. Por gente uniformada venida de Buenos Aires que ni siquiera conocía la Patagonia. Por uniformados cuya única razón había sido el *mauser*, el látigo, los gritos. Que se llenaban la boca con la bandera azul y blanca pero que concurrían a banquetes de estancieros a escuchar cantitos extranjeros.

El juez Viñas mandó al archivo todas estas tremendas acusaciones contra oficiales, suboficiales y soldados del 10 de Caballería. Acusaciones que cincuenta años más tarde se quieren tapar con artículos que hablan de heroísmo y de los lugares comunes de siempre. Tapar la verdad. Ésta es la verdad: el robo, la sevicia, el asesinato de auténticos trabajadores de campo.

La paciencia de Varela está por acabarse. Sus nervios están a punto de reventar. No sale el apoyo del gobierno a la campaña patagónica. Y los ataques arrecian. Todos los días, indefectiblemente todos los días, aparece el nombre del teniente coronel Varela al lado de la palabra asesino. Y ya no sólo en la prensa anarquista, a la que él no toma en cuenta, sino también en diarios dirigidos a todo el público.

Yrigoyen nada, como si oyera llover.

Varela tiene que reaccionar, no puede dejar que todo el mundo lo insulte, lo vilipendie, lo patee moralmente. Lo están acorralando como a fiera sanguinaria. Y entonces escribirá una carta que echará mucha luz sobre los acontecimientos ocurridos.

> Campo de Mayo, marzo 20 de 1922. Señor comandante de la 2.ª división de Ejército. Presente.
> Los sucesos que tuvieron por teatro el territorio de Santa Cruz, donde le tocó actuar al regimiento de mi mando, están sirviendo de propaganda al partido del desorden y por excelencia antimilitarista. Como ella ha tomado una forma inexplicable atentando contra la institución en forma vejatoria desde el momento en que personalmente unas veces y general las demás, por intermedio de sus órganos conocidos La Vanguardia, La Montaña y La Crítica, llevan una campaña premeditada denigrando el nombre de representantes del ejército con el fin alevoso de que el pueblo pueda creer que nuestra institución hoy en día es un instrumento de servilismo al que se arroja para que destroce cuanto se oponga en beneficios de terceros; es que me dirijo a V. S. el comandante de mi división para ponerlo en conocimiento:

Que el Exmo. Señor Presidente de la Nación me ha manifestado su conformidad con el procedimiento empleado por las tropas de mi mando en el movimiento sedicioso de la Patagonia, no permitiendo que se efectuara investigación alguna sobre el proceder de las tropas, prometiendo al señor ministro de Guerra en mi presencia estudiar los informes que le presenté y dar un decreto amplio levantando el prestigio del ejército. Por otra parte, éste en general está de acuerdo, y el Estado Mayor acepta, desde el momento que en su órgano informativo *El Soldado Argentino* dedica elogios al soldado caído en cumplimiento de su deber y a la actuación de las tropas en los sucesos del sur.

Bien señor comandante de la división, como los diarios anteriormente citados han emprendido y amenazan continuar una campana de perfidia, denigrando al militar en la forma más baja, sin que las autoridades intervengan para nada y la institución armada, verdadera fuerza de la Nación, calle, sin pronunciarse en ninguna forma, contemplando pasivamente los insultos dirigidos al ejército, a nuestra institución, al soldado argentino que nada pide y todo da en beneficio de la Patria; y si bien es cierto, que nuestra disciplina exige constancia para salvar los escollos y dificultades de que está sembrada la misión de nosotros los militares y que la abnegación por la Patria debe ser una virtud que demande sacrificios que tenemos la obligación de sufrir, me permito llevar a su conocimiento de V. S. como comandante de la división a que pertenezco que, como jefe de las fuerzas destacadas en el sur, tengo la inquebrantable convicción de que esos diarios de publicidad sirviendo intereses mezquinos, en contra de la Patria, están atentando contra la soberanía nacional y contra el orden y disciplina del ejército, y si éste no se pronuncia en una forma definitiva, estoy dispuesto a cualquier sacrificio para salvar el honor y la dignidad de los oficiales que sirvieron a mis órdenes y el de la propia institución, en la misma forma que salvó en la Patagonia el honor de la Patria.

Dios guarde a V. S.

(Fdo.) Héctor B. Varela Teniente coronel. Jefe.

Esta nota que lleva la letra S. C.1, RESERVADO, Ejército Nacional, 2a División de Ejército, C. 10 Húsares de Pueyrredón, deja traslucir una serie de verdades y realidades para el investigador de los sucesos. En primer término, el presidente Yrigoyen había aprobado el proceder de Varela en la segunda huelga. Esto no lo puede inventar Varela; él no puede afirmar por escrito a su superior militar una cosa de tal importancia sin estar seguro de lo que dice. Él sabía que esta carta iba a ser elevada, por lo menos, hasta el ministro de Guerra o hasta al mismo primer mandatario. Y no podía mentir.

Pero hay otra cosa más interesante aún. El comandante Varela afirma que Yrigoyen estaba de acuerdo con lo actuado «*no permitiendo que se efectuara investigación alguna sobre el proceder de las tropas*». Aquí ya la cosa se pone sospechosa porque ante tan graves cargos que se habían hecho públicos, con pelos y señales, con nombres y lugares de fusilados y fusilamientos, etc., lo que correspondía no era precisamente ordenar que no se hiciera la investigación. Lo correcto, cuando no se tiene cola de paja, era ordenar la investigación o si no, salir a la opinión pública y decir taxativamente que el ejército no fusiló a nadie o que si fusiló tenía el absoluto apoyo del gobierno nacional.

Como se puede ver, la carta de Varela es la de un hombre un tanto desesperado porque hace cargos directos contra el gobierno (él lo llama autoridades) al decir «*sin que las autoridades intervengan para nada» y contra el ejército mismo cuando expresa «y la institución armada, verdadera fuerza de la nación, calle, sin pronunciarse en ninguna forma contemplando pasivamente los insultos…*».

¿Cuál es el sacrificio que ofrece Varela? No lo dice. Es una frase un poco en el aire. Pero nótese que en ningún momento desmiente los argumentos de los periódicos

sino que sólo se queja por esos ataques. No dice: señores yo soy el primero que se ofrece a ser investigado. No tengo miedo en que se sepa la verdad de mi actuación en la Patagonia.

La nota elevada por el teniente coronel Varela es recibida por el general Dellepiane, el «héroe» de la Semana Trágica. Pero éste no hace ningún comentario, se reduce a elevarla al Estado Mayor

> Señor Ministro de Guerra (E. Mayor). De acuerdo con lo que manifiesta el Sr. Jefe del Regimiento 10 de Caballería, remito a la consideración de V. E. la nota del referido jefe, siendo de opinión que el Ministerio debe tomar una medida al respecto. Campo de Mayo, marzo 21 de 1922. (Fdo.) L. Dellepiane. General de División. Comandante 2.ª división de Ejército.

Pero el Estado Mayor sí tomará posición, y lo hará con respecto a la campaña contra el ejército pero no en lo que atañe a la misión de Varela en la Patagonia. El Estado Mayor del Ejercito se dirigirá al ministro de Guerra en estos términos:

> Reservado R-357. Señor Ministro de Guerra:
> Este Estado Mayor ha seguido con especial atención la propaganda activa y continuada que los órganos de prensa que menciona la nota precedente, vienen llevando a cabo contra la institución en general y en particular, contra determinados miembros de la misma que actuaron en los sucesos de la Patagonia. Y, compenetrado del profundo mal que las prédicas diarias producen en gran parte del pueblo, ha pedido a V. E. en enero del corriente año se tomen medidas contra los mencionados periódicos.
> Aun cuando no conoce la resolución recaída en la solicitud que menciona, cree de su deber informar a V. E. que la opinión de este Estado Mayor coincide en un todo con el pedido que formula el Sr. Jefe del Regimiento 10 de Caballería y las razones que en su apoyo aduce el señor comandante de la 2a división de Ejército, pues conceptúa que si bien la Constitución Nacional permite la libertad de imprenta, no lo ha hecho para que se denigren las instituciones que el pueblo creó para bien de sus intereses, ni en perjuicio de los hombres que rigen sus destinos.
> Esta prédica interna y tenaz, de carácter disolvente, que llevan a cabo los órganos de prensa extremista, han creado un peligro real y verdadero dentro de nuestro país y que este Estado Mayor ha llevado a conocimiento de V. E. en varias oportunidades; peligro que al arraigarse paulatinamente ha creado las rebeldías sectarias de una gran masa del pueblo y llegado hasta minar una parte del magisterio nacional encargado de preparar el corazón y la inteligencia de los futuros ciudadanos y soldados de la Patria.
> No escapará al elevado criterio de V. E. que este Estado Mayor conceptúa que sería faltar a la alta misión que se le ha asignado en la preparación del Ejército para la guerra, si no se prestase la debida atención a las causas ya expuestas, desde el momento que todo fallaría, llegado el caso, si el pueblo no respondiera con su esfuerzo máximo al deber supremo de la defensa nacional.
> Es por ello que este Estado Mayor, sin alarmismos de ninguna especie pero convencido de que el mal existe y que va en aumento, cree en su deber llevar a conocimiento de V. E. que esta campaña disolvente representa una amenaza muy seria y un peligro que puede hacer crisis con vastas ramificaciones en el momento de una guerra nacional; en mérito de ello, solicita encarecidamente de V. E. quiera gestionar de los demás órganos del Estado medidas represivas que sean una garantía para el orden interno del país, para la unidad nacional de la República y para el desarrollo de sus grandes destinos. Por último, correspondiendo a la Institución Militar el velar por el honor y consideración de sus subordinados, cuando ellos han dado cumplimiento a órdenes superiores que tendían, como en el presente caso, a salvaguardar los intereses de la Nación, el Estado Mayor del Ejército apoya el pedido del Sr. Jefe del Regimiento 10 de Caballería, en la seguridad de que toda medida que se tome al respecto beneficiará la moral del cuerpo de oficiales y los incitará a cumplir y sacrificarse por el bienestar nacional. Adjunto elevo a V. E. los números 13,14 y 15 de la revista *El Soldado Argentino*, a que hace referencia la nota precedente. Capital Federal, 30 de marzo de 1922.
> (Fdo.) Pascual Quirós. Coronel-Jefe accidental del Estado Mayor del Ejército.

En esta carta hay algo muy importante que descorre el velo de si hubo o no hubo una orden de Yrigoyen a Varela. El Estado Mayor se lo dice directamente al ministro de Guerra: «*… sus subordinados, cuando ellos han dado cumplimiento a órdenes superiores*». Es decir: señores del gobierno, a no hacerse ahora los desmemoriados.

Era una ofensiva del ejército contra esta gran lavada de manos de los políticos. Aquí quedaban en claro dos cosas: que las órdenes fueron dadas y que Yrigoyen en la última entrevista con Varela había aprobado la actuación de éste en la segunda huelga, por lo menos de palabra.

Pero en esto de expedientes ya hemos visto que Yrigoyen era invencible. También aquí saldrá del paso.

Antes de continuar con este expediente vamos a leer un artículo de la revista del Estado Mayor, *El Soldado Argentino,* que sorprende por su posición ultraderechista y el lenguaje desorbitado que empleaba. Es algo que demuestra qué fuerzas se movían dentro del ejército, las cuales eran, evidentemente, soportadas por Yrigoyen. Hay que tener en cuenta que El Soldado Argentino era una revista dirigida a todos los conscriptos y a los institutos militares de formación de oficiales y suboficiales. Es exactamente el idioma de la Liga Patriótica Argentina. El que sigue es uno de los dos artículos que se envían al Ministerio de Guerra, para que el ministro radical vea bien claro cuál es la posición del Estado Mayor. (Además obsérvese que se compara al huelguista con el indio y con el bandolero, y en esto coincide con los anarquistas —pero al revés— que sublimaron al huelguista, comparándolo con los indígenas exterminados por el blanco y con los gauchos alzados y rebeldes contra la civilización del capitalismo).

El artículo de *El Soldado Argentino* (núm. 13, año 2 del 15 de enero de 1922) dice:

> El bandido de los valles, de las rocosas quebradas y de los bosques, el perseguido por la justicia por sus robos y por sus asesinatos, el temido de la sociedad por lo sanguinario, el paria sin familia, sin hogar, sin religión y sin Patria, surge asesino y devastador como antes el indio, para incendiar campos, para asaltar estancias y, en su acción de pillaje, destruir la obra paciente del hombre formada con cuarenta años de labor diaria y continuada. Quien ha incitado a estos bandidos a su acción devastadora? ¿Quién los ha sacado del pequeño robo diario en que vivían para llevarlos a esta acción de terror en tan vasta escala? ¿Quién los ha reunido, municionado y disciplinado a estos seres que ni entre ellos mismos se entienden? No hay más, son los de siempre, los que quieren derrumbar la libertad que ostentamos bien conquistada por nuestros viejos padres; los que quieren hacer llamear la bandera del incendio y destrucción entre los hombres honestos y buenos que habitan nuestras ricas tierras; los que hablan de la igualdad y se imponen con el revólver, los que hablan de libertad y queman, asesinan y toman prisioneros. Ellos, los de siempre, a quienes debemos en estos últimos tiempos nuestros sucesos luctuosos; los que promueven las huelgas sin causas justificadas y dejan miles de hogares sin pan; ellos son también los que una vez más han incitado al salvaje bandido de las quebradas y los bosques y prometiendo un falso e irrealizable paraíso los han lanzado a esa cruzada sanguinaria y ellos son los anarquistas y comunistas importados a nuestro territorio.

Pero sigamos con el expedienteo. Aquí los militares se equivocaban de medio a medio. Iban al juego de Yrigoyen. Correrlo al «Peludo» con expedientes era incitarlo a realizar otra más de sus obras geniales.

El expediente arribará al Ministerio de Guerra, de donde de inmediato se lo sacan de encima con un oportuno pase al Ministerio del Interior. Todo es muy sobrio: «494 RESERVADO. Pase al Ministerio del Interior para su consideración. Guillermo Valotta. Ministerio de Guerra. Secretaría. 4 de abril de 1922».

Y aquí no es cuestión de apresurarse. Pasa todo abril, todo mayo, todo junio y sólo el 5 de julio —¡tres meses después!— habrá contestación del Ministerio del Interior, en burocrático papel *romaní*.

El doctor Isidro Ruiz Moreno, de Territorios Nacionales, resolverá así el problema:

> Exmo. Señor: En estas actuaciones reservadas reunidas por el Ministerio de Guerra con motivo de una comunicación pasada al señor comandante de la 2a División del Ejército, por el señor Jefe del 10 de Caballería, a raíz de publicaciones de varios órganos de prensa de esta capital en las que se dirigen ataques a las instituciones militares y a representantes de los mismos, ésta asesoría letrada considera que deben volver al Ministerio de su procedencia para que, agregándose algunos ejemplares de los diarios *La Vanguardia*, *La Montaña* y *La Crítica*, que se nombran en la comunicación de referencia, y en vista de las mismas, se pueda apreciar si se ha cometido realmente algún delito, y en tal caso cuál sea éste, para que todos los antecedentes sean pasados al Ministerio de Justicia a fin de que éste pueda ordenar al señor Agente Fiscal de turno que proceda a entablar la acusación correspondiente.

Es decir que todo el problema ahora se reducía a que le enviaran unos recortes de diarios. Cuando la cuestión era mucho más de fondo; el pedido de Varela era angustioso. ¡Cómo pedir ahora los recortes cuando todo el país había hablado del tema, cuando lo que cabía no era saber quién tenía razón a través de unos recortecitos sino decir —sin dejar dudas— si Varela había cumplido con su misión tal cual se la ordenaron o no; si Varela merecía el reconocimiento de sus conciudadanos, o no!

Después, el expediente comienza a retroceder. El Ministerio del Interior le entrega una nota a Guerra para que le pase los recortes; Guerra se la manda al Estado Mayor para que le envíe los recortes, y el Estado Mayor a Varela, a la Escuela de Caballería. Varela, por supuesto, no manda nada: nos imaginamos su indignación.

Pero este expediente no tendrá tanta importancia como el que se va a abrir por intermedio de los capitanes Pedro Viñas Ibarra y Elbio Carlos Anaya. Porque si Varela se había resignado, no ocurría lo mismo con sus capitanes. Los calificativos que les endilgan las publicaciones anarquistas no son menos suaves que los que caen sobre su comandante. Como oficiales jóvenes quieren llegar al mismo presidente Yrigoyen con el objetivo de obligarlo a dar una definición. Para ello piden la venia correspondiente a su jefe inmediato, el teniente coronel Varela, quien se la otorga inmediatamente.

Los dos circunspectos capitanes piden audiencia. Van con sus trajes de gala: con un cuello duro y corbatín que les hace poner tieso el cuerpo. Y allí tienen oportunidad de conocer la célebre amansadora yrigoyeniana que no sólo es costumbre del periodo del 28 al 30 sino que ya era institución en la primera presidencia.

Allí están paraditos los dos oficiales. En la antesala va y viene gente en alpargatas, subcomisarios gordos y mujeres de caras pintadas con colores tropicales.

Los capitanes aguantan firme pero evidentemente desentonan en el ambiente de la Rosada. Por ahí tienen que aguantar que dos empleaditos mientras toman café de pocillos cascados, se pregunten señalándolos: «Y estos cosos, ¿qué esperan?». Esperan tres horas hasta que alguno de los tantos funcionarios o secretarios les dice: «No, miren, el presidente hoy no los va a poder recibir».[75]

Así se repite el juego durante quince días consecutivos. Los oficiales disfrazados de gala esperando para que el «Peludo» los reciba en su cueva. Pero el «Peludo» no aparece. A veces creen entrever que desde alguna puerta va a aparecer ese hombre enorme, admirado, misterioso y les va a decir: «a ustedes los estaba esperando». Pero no ocurre nada, todos los días el consabido: «No, miren, el presidente no los va a poder recibir…».

No son dos peticionantes de empleos, son dos oficiales del ejército. Que no piden nada más que se les diga si hicieron bien o no.

Los días transcurren. El asunto de Santa Cruz está pasando de moda. Menos para los anarquistas que siguen martillando.

Llegamos así al 10 de octubre de 1922. Faltan dos días para que Alvear asuma la presidencia y para que Yrigoyen regrese a la calle Brasil. Ya no se puede esperar más. Por eso, los capitanes Anaya y Viñas Ibarra se dirigen al teniente coronel Varela por escrito.

Los términos de la nota trasuntan una apenas disimulada indignación contra el primer mandatario de la Nación. Le dicen así:

> El Palomar, 10 de octubre de 1922.
> Señor Director de la Escuela de Caballería, teniente coronel Héctor Varela.
> Convencidos de la imposibilidad material de salvar decorosamente los obstáculos que, como barrera infranqueable, han entorpecido por espacio de 15 días nuestra peregrinación diaria a la Casa de Gobierno, donde concurrimos con las venias reglamentarias a objeto de formular un reclamo ante S. E. el señor Presidente de la Nación (art. 308, inc. d. tit. V. Cap. IX. R. S. I. C.); es que nos dirigimos a Ud. a fin de dejar constancia de haber cumplido con nuestro deber, a pesar de no haber conseguido la entrevista, lo que implica el incumplimiento de las prescripciones reglamentarias (art 320 R. S. I. C.) y el consiguiente menoscabo de nuestras prerrogativas profesionales.
> Comandantes de los destacamentos que a las dignas órdenes de Ud. tuvimos el honor de ser enviados por el Exmo. Señor Presidente de la Nación al Territorio Nacional de Santa Cruz, en noviembre de 1921, a restaurar el orden y cimentar de nuevo el imperio de la Constitución y de las Leyes, allá en aquella desolada Patagonia, donde todo vestigio de civilización aparecía totalmente subvertido; dio nuestra actuación vasto tema al comentario y particularmente a la procacidad sin vindicta en el Parlamento y sin castigo en la prensa anarquista, cuando debió nuestra abnegación merecer, en cambio, la consideración y el respeto de la gente culta, ya que con la campaña de Santa Cruz se conjuró un peligro que amenazaba la tranquilidad social de la Nación.
> Pero no fue por cierto nuestro propósito llegar hasta el Primer Magistrado para hacer el elogio del cumplimiento de nuestro deber, máxime cuando su reconocimiento tácito estaba significado con la promesa de un Decreto de que fue Ud. portador. Llevábamos el propósito de solicitar del Exmo. Señor Presidente de la Nación, velando más que por nuestros intereses personales por los prestigios de la Institución tan injustamente atacada, en cuanto se refiere a la corrección de procederes ejecutados por las tropas a nuestras órdenes, la inmediata instrucción de un sumario que viniera a definir categóricamente cuál había sido la actuación y desempeño de las tropas nacionales en cumplimiento de la delicada y difícil misión encomendada por la superioridad.
> Y, a cambio de esta petición, nacida de lo más íntimo de nuestras convicciones, hemos querido llevar hasta el Exmo. Señor Presidente de la Nación, nuestras impresiones personales que habría de haberle significado

el conocimiento exacto de las verdaderas causas determinantes de aquel movimiento subversivo, de su origen y hasta de sus responsables. Dios guarde a Ud.
(Fdo.) Elbio Carlos Anaya, capitán; Pedro Viñas Ibarra, capitán.

Como se ve, el lenguaje es duro. Además, aparece por primera vez el deseo de los acusados de que se inicie una investigación. Claro que esto puede ser *pour la galerie*, ya que se pone en la nota a Varela como posibilidad, es decir, si nos hubiera recibido le habríamos pedido un sumario, pero no como pedido expreso para que se iniciara un expediente con esa solicitud. Además, tal vez era para dejar en mala situación al gobierno si se llegara a demostrar palmariamente que Varela había cumplido en forma estricta las órdenes del Poder Ejecutivo.

La nota de los dos oficiales será elevada por el teniente coronel Varela al ministro de Guerra un día después, el 11 de octubre de 1922.

Allí dirá Varela:

A S. E. el señor Ministro de Guerra: elevo a la consideración de V. E. la exposición de los Señores Capitanes D. Pedro Viñas Ibarra y D.

E. Carlos Anaya a fin de que se estimen las causas que han originado el pedido de audiencia solicitada al Exmo. Señor Presidente de la Nación, y el fracaso de poder realizar por las vías legales el propósito de entrevistarse con el Primer Magistrado, que los Reglamentos Militares en vigencia les acuerdan.
Efectivamente, Señor Ministro, como lo expresan los Señores Capitanes, el Exmo. Señor Presidente de la Nación ordenó al señor ministro de Guerra en mi presencia, proyectara un decreto a base de los informes entregados al Ministerio, que levantara el prestigio del Ejército, estimulando al personal de Jefe, Oficiales, Suboficiales y tropa por la abnegación y patriotismo con que se había luchado en el Sur, al restablecer el orden e imperio de la Constitución.

Estos dos documentos ya de por sí son testimonios de dos cosas:

1. Que en la campaña de Santa Cruz había ocurrido algo anormal, algo bastante oscuro.
2. Que Yrigoyen, quien en un primer momento había prometido el decreto a Varela, luego se había distanciado. Porque si no, ¿por qué no recibió a los dos oficiales como tenía obligación de hacerlo, tal como lo marcan las disposiciones militares? Y no sólo no los recibió sino que los hizo ir 15 días seguidos de penitencia. Yrigoyen no era de esos que hacían una cosa gratuitamente. Es evidente que aquí estaba tomando una posición y que deseaba que ésta trascendiera: el presidente de la Nación no ha recibido a los oficiales represores de los obreros patagónicos.

Otra cosa: Varela en su nota-elevación no apoya ese indirecto pedido de investigación hecho por los oficiales, sino que habla solamente del decreto prometido y no cumplido. La diferencia estriba, muy posiblemente, en que los dos capitanes estaban seguros de haber cumplido con fidelidad las instrucciones que le había dado Varela, pero éste, ¿había cumplido al pie de la letra lo que se le había ordenado o

insinuado? ¿O se había excedido?

Este expediente es clave. Porque ahora vamos a ver cómo el general Agustín P. Justo, ministro de Guerra de Alvear, lo dará por terminado de un plumazo. Y aquí nada de demoras.

En primer término, el director general de Personal del Ejército, general Aranzardi, lo elevará al Ministerio de Guerra.

Allí, el ministro Justo —luego de una consulta con el auditor general de Guerra y Marina, Risso Domínguez— hace devolver sin más ni más el expediente al teniente coronel Varela, señalándole que no son admisibles las presentaciones colectivas y añadiendo, para poner un definitivo punto final al asunto: «haciéndose presente que este expediente NO DEBIÓ SER ELEVADO». Y le pone la firma: Agustín P. Justo.

A dejarse de joder con la maldita cuestión de Santa Cruz. Es que ni Alvear ni Justo querían heredar un asunto tan desagradable.

El golpe fue feroz tanto para Varela como para sus dos oficiales. Las autoridades se habían basado en un pequeño pretexto formal —en que las presentaciones deben ser personales y no colectivas— para decirles que se callaran la boca de una buena vez por todas. Y en verdad que lo entendieron. No se habló más del asunto. Hasta el 23 de enero de 1923, apenas tres meses después, cuando la bomba de Wilckens volvió a primera página las imágenes de la masacre patagónica.

VII. Los vengadores

«Los británicos residentes en el territorio de Santa Cruz a la memoria del teniente coronel Varela, ejemplo de honor y disciplina en el cumplimiento de su deber».

(Placa colocada en la tumba del comandante Varela el 22 de septiembre de 1923).

«¡Gringo gaucho! ¡Hermano Wilckens, reciba un abrazo de los gauchos compañeros de La Pampa, que lo consideramos un ejemplo de la justicia del pueblo pobre!».

(*La Pampa Libre*, periódico de General Pico, La Pampa, 15 de febrero de 1923).

El comandante Varela ya está muerto. Diecisiete heridas graves: doce producidas por la bomba y cinco balazos en la parte superior del cuerpo (dos de ellos le han interesado la aorta). Parece que al alemán Wilckens no le ha temblado la mano. Le ha aplicado lo que los anarquistas llaman la justicia proletaria. En un muerto ha resumido los centenares de fusilados en la Patagonia. Ahora la muerte los ha emparejado. Lo mismo que sus víctimas, el comandante ha quedado tirado en el suelo, boqueando.

La noticia corre de boca en boca: lo han matado al comandante Varela. El lugar del atentado sirve de punto de reunión para centenares de curiosos.

En una camilla que traen de la enfermería de los cuarteles es llevado al Regimiento 2 de Infantería. En el casino de oficiales lo ponen sobre una mesa y lo cubren con una sábana.

Profunda amargura reina entre los oficiales de Caballería que van llegando a ver el cadáver de su jefe. De Campo de Mayo llegan el capitán Anaya y los demás oficiales del C. 10.

El clima es tenso. Nadie piensa en el anarquista. Si no se lo justifica, por lo menos se admite que actuó en su ley, en la de los suyos, los de abajo. Para esos jóvenes oficiales hay grandes responsables en todo esto. Y generalizan: los políticos. Hechos así irán preparando un enfrentamiento que se repetirá y agravará décadas después. Los militares dirán con desprecio «*los políticos*» para definir toda una especie argentina, un mal endémico. Los políticos dirán «*los militares*» entre guiñadas de ojos y sonrisas de adulación.

Esos oficiales de caballería que están frente a su jefe muerto necesitan una explicación. Porque conocen muchos detalles e intuyen algo más. Porque el teniente coronel Varela fue usado por los políticos, dio la cara por ellos. Actuó, equivocado o no, cumpliendo órdenes. No era ni un estadista, ni era demasiado inteligente como para darse órdenes propias y actuar por su cuenta. Es posible que haya interpretado mal las órdenes recibidas. Pero los que las dieron no hicieron absolutamente ningún esfuerzo para modificar la «exageración» de Varela. Ni el «tuerto» Gómez, ministro del Interior; ni Julio Moreno, ministro de Guerra, ni el expresidente de la Nación, don Hipólito Yrigoyen.

A Varela lo dejaron hacer a su arbitrio. Y una vez que puso las cosas en orden, lo abandonaron. Lo dejaron solo. «*Se le fue la mano*», comentaban en el más alto nivel. «*Se le fue la mano*», comentaban los dirigentes de comité. «*Se le fue la mano*», comentaban «puntos» y «punteros».

El «Peludo» guardaba silencio. Alvear guardaba silencio. Pero cuando hubo que definirse y ascender a coronel a Varela —como le correspondía por mérito y antigüedad— los pliegos quedaron demorados en el Senado. Está «en comisión», decían ampulosamente senadores y dirigentes políticos. Y ese comandante Varela, de mirada dura y quijada prominente, se la tenía que aguantar después de haber dado la cara y su reputación por los políticos y por todos aquellos intereses que manejaban

las riquezas de la Patagonia.

Pero ahora lo habían asesinado. Ahora ya no molestaba su figura. Ahora había que definirse. ¡Vamos a ver lo que hacen ahora Yrigoyen y Alvear!

Claro las cosas han cambiado: Yrigoyen es ahora opositor de Alvear. Se sentía traicionado por su exembajador en París ungido presidente de la Nación. Había comenzado el periodo de los personalistas y antipersonalistas.

Don Marcelo T. de Alvear llega sorpresivamente a las 11 de la mañana al Regimiento 2 de Infantería. Su gesto es grave; su rostro, de mármol. Saluda en silencio a los jefes y oficiales que rodean el cadáver. Es un momento difícil. Pero los oficiales quedan más conformes, tienen más esperanzas. ¿Se le hará justicia ahora a Varela? ¿Lo ascenderán posmortem? ¿Exaltará el presidente de la Nación los méritos del comandante?

No… ¡se equivocan! No habrá definiciones. Esta tragedia de la Patagonia se resolverá en otro terreno. Entre los dos sectores en disputa. A balazo limpio. Habrá justicia por propia mano, sin esperar definiciones de los altos poderes, porque no las habrá. Ni para un lado ni para el otro.

En ese lugar y en ese momento en que está don Marcelo T. de Alvear se origina un incidente entre los periodistas y un extraño joven, de pelo ensortijado y mirada penetrante, que habla a los gritos. Este joven, que nadie sabe cómo se ha metido en el regimiento, quiere impedir a los periodistas que pasen al lugar donde se halla el cadáver. Grita y amenaza con agujerearlos a tiros a todos los periodistas. ¿Quién es? Es un miembro de la Liga Patriótica Argentina. Se llama Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley. Será el protagonista de otro capítulo de esta sangrienta secuencia.

El decreto de honores del gobierno de Alvear es una cosa muy chirle. Ni ascenso ni demasiados elogios para el comandante Varela. Pero eso sí, causa extrañeza la ostensible y llamativa presencia del expresidente Hipólito Yrigoyen en el velatorio del Círculo Militar. Ha aparecido rodeado por todos sus exministros y allí, en absoluto silencio y con adusto ceño, ha velado a su excorreligionario. Cuando aparece Alvear, Yrigoyen aguardará unos minutos y luego, así como llegó —con todos sus exministros— se irá.

Para los «iniciados» eso significó una demostración cabal del enfrentamiento entre los dos prohombres del radicalismo. En cambio, algunos militares yrigoyenistas interpretarán el hecho como una demostración de desprecio del «Peludo» a Alvear por no haber sido éste capaz de ascender *posmortem* a un militar radical.

Al salir a la calle, Yrigoyen recibe el saludo de sus correligionarios que le alcanzan la mano y lo tocan. Sube a un coche con Elpidio González y ordena en voz alta para que lo oigan: «¡a la Chacarita!». Pero a pesar de su gesto de ir al velatorio, don Hipólito notará la frialdad de los oficiales que en un estado emocional especial se agolpan junto al féretro. Es como si se sintieran traicionados.

Hace dos días que están clavados junto al ataúd, desde que lo sacaron del 2 de Infantería, para entregarlo a sus familiares, que lo velaron en su casa de la calle Fitz

Roy. A las 8 de la mañana del viernes 26 lo retiraron de allí —en medio de un clima de exasperación indescriptible— y lo llevaron a la morgue judicial para la autopsia correspondiente.

De la morgue será conducido al Círculo Militar donde lo aguarda una delegación especial de militares y marinos. El Jockey Club también está presente por intermedio del doctor Joaquín de Anchorena. Y también está la Liga Patriótica Argentina con su delegación encabezada por el infaltable Manuel Carlés —todo vestido de negro, pechera blanca, corbatín volador y sombrero de copa— seguido por el teniente general Pablo Ricchieri, representantes de la Asociación Pro Patria de Señoritas y de la Liga Patriótica de Chile, y del Club Hípico Argentino.

A las 16.30 de ese bochornoso viernes de enero, con casi cuarenta grados de calor, se saca el ataúd del Círculo Militar. Transpiran los militares bajo sus pesados uniformes y los políticos con sus cuellos de brillo y sus conciencias no muy tranquilas. Y los carruajes se van deslizando por la calle Florida ante una verdadera multitud de porteños. ¿Qué piensan todos esos hombres del pueblo que bordean la calle en compacta multitud, todos bajo el rancho pajizo característico del hombre en el verano de aquellos tiempos? Es una abigarrada multitud que se ha dado cita pese a los destructivos rayos del sol, para ver «enterrar» al comandante Varela. ¿Qué es? ¿Curiosidad? ¿Indignación? ¿Qué clase de ironía se dibuja en esas mentes vivas de los porteños de la década del veinte al ver pasar tanto militar con cara compungida, tanto personajón político con una falsa máscara de dolor? Ahí va Varela, ahí lo llevan, con sus doce heridas y sus cinco balazos. El pobrecito viene a ser a la postre el salami del sandwich, entre tanto interés político y tanto interés económico. Por lo menos tendrá un entierro de lujo, con todos los honores.

En la Chacarita despedirá sus restos nada menos que el propio ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, el mismo que le había rechazado con palabras duras la presentación de sus dos oficiales. Sus palabras estarán bien dichas, cargará de epítetos laudatorios al muerto, pero, en el fondo, nada más que palabras. Del esperado ascenso *posmortem*, nada.

También despedirán los restos con oraciones fúnebres el teniente coronel Julio Costa por el Ejército; el capitán de fragata Eleazar Videla, por la Marina de Guerra; el general Ezequiel Pereyra, por el Círculo Militar; el señor Manuel Guisbed Blanck, por la Unión Cívica Radical; el señor Atilio Larco, por el Centro ex Revolucionarios Radicales, quien dirá cosas tremendas como éstas:

> Los hechos de la tradición y de patriotismo que se dibujen con el romance de la justicia, tienen que vindicar con una nueva epopeya las horas del presente que tiemblan de cobardía;

el doctor Manuel Carlés, por la Liga Patriótica y, como cierre de los discursos, el que dice la verdad, el capitán Elbio Carlos Anaya, el segundo de Varela, uno de los que puso la cara y cumplió las órdenes en la Patagonia. El capitán Anaya se desborda en su discurso. Sin nombrarlos acusa a Alvear, a Justo y a Yrigoyen. Y finaliza

diciendo con voz ronca de combatiente, como para que la historia ya no tenga duda en cuanto a los responsables de la matanza de la Patagonia: «*El teniente coronel Varela se limitó siempre a cumplir con lo que se le ordenaba*».

Durante las palabras de Anaya hay un silencio molesto. Pero una vez depositado el ataúd, la multitud se dispersa, un poco más aliviada.

Total, la historia seguirá su marcha. La vida seguirá su marcha. Varela es un caído más. Y está enterrado.

Mientras tanto, Kurt Gustav Wilckens tiene que aguantar las consecuencias previstas por su acto. No bien llega a la comisaría, empieza la tarea de ablandamiento. Responde con cortesía y solicitud a todas las preguntas acerca de su identificación: Kurt Gustav Wilckens, de 36 años de edad, hijo de August Wilckens y de Johanna Harms. Su madre ya falleció pero su padre vive en Alemania, lo mismo que sus cuatro hermanos Otto, Max, Paul y Franz. Ha nacido en Bad Bramstedt, distrito de Seegeberg, provincia de Schleswig-Holstein (Alemania del Norte, lindando con Dinamarca), el 3 de noviembre de 1886. Mide 1,76 m de altura, cuerpo mediano, cabellos rubios, ojos color azul claro, frente ancha. Y lo más importante para la policía: tiene prontuario como delincuente político 44.797 de Orden Social, calificado como anarquista. En esos medios anarquistas actúa también con los apellidos Christensen y Larson. ¿Por qué actúa con esos nombres? Porque Wilckens, a pesar de que hace pocos años que está en la Argentina, ya tiene un proceso de aplicación de la ley de residencia, la temida 4144, de la que se salvó apenas en la última instancia.

Pedido su prontuario, los investigadores del atentado contra el teniente coronel Varela rehacen toda la actuación del anarquista alemán. A los 24 años de edad emigró de Alemania hacia Estados Unidos. En su país natal había trabajado en el rudo oficio de minero, en Silesia. En Estados Unidos llevó la vida que habían adoptado muchos nórdicos y alemanes y que tan bien describe Knut Hansum en su libro *Landstreicher* («Vagabundos»), es decir, recorrer el país con apenas un atado de ropa al hombro, trabajando en las cosechas o en el oficio donde hubiera pedido de brazos. Wilckens había llegado a Estados Unidos con la base política del marxismo, de la lucha de clases. Pero allí, con sus compañeros de aventuras que sustentaban ideas anarquistas, comienza a leer y a interesarse por las concepciones libertarias, principalmente por Tolstoi. Y así, con el correr de los años, se convierte en un pacifista tolstoiano.

Su primer conflicto con los organismos represivos de Estados Unidos lo tendrá cuando dirige una curiosa acción en una fábrica donde se envasaban pescados en escabeche y en conserva. Había dos calidades de mercancía: los mejores productos se envasaban en conservas de lujo e iban a almacenes de la burguesía. Los restos se envasaban para venderlos en los barrios obreros. Wilckens habló con sus compañeros de trabajo en la fábrica y se procedió a la inversa: se envasaban los restos en las latas de lujo y las conservas mejores iban a los almacenes proletarios en el envase barato.

Luego, Wilckens volverá a su antiguo oficio: minero. En 1916 participa de la

huelga general de mineros, en Arizona. Es orador en las asambleas porque habla y escribe bien el inglés. Pero Estados Unidos, en plena guerra, no se puede permitir huelgas y deporta a 1168 mineros de Arizona a Columbus (Nuevo México) a un campo de confinamiento. De allí se escapará pero es capturado y, por su ciudadanía alemana, es condenado por alta traición y llevado al campo de prisioneros alemanes de Fort Douglas. El 4 de diciembre de 1917 logra escapar y se dirige al distrito de Washington (Seattle) poblado de campesinos suecos y alemanes que le prestan refugio. Allí trabaja en las cosechas de las sierras. En 1919 se encamina a Colorado, donde vuelve a trabajar en las minas, pero es apresado por la policía. Se lo somete a proceso y es expulsado de Estados Unidos hacia su país de origen, Alemania, el 27 de marzo de 1920. Llega a Hamburgo el 8 de abril de ese año y va a vivir a su pueblo natal, en Bad Bramstedt. En esos días fallece su madre y él establece contacto con sus compañeros de ideas en Hamburgo.

Pero Wilckens no era hombre para la ciudad. Amaba la naturaleza y odiaba las ciudades. Tolstoi había calado bien hondo en sus ideas; era pacifista y antimilitarista. En Hamburgo, en círculos anarquistas, se entera de que en la Argentina existe un gran movimiento libertario y decide hacer un viaje hacia ese país desconocido. Parte de Amsterdam en el vapor «Brabantia» y lleva su documentación en regla: pasaporte alemán otorgado en Seegeberg y certificado de buena conducta concedido en Bad Bramstedt. Arribará a Buenos Aires el 29 de septiembre de 1920. En busca de nuevos paisajes viaja a Río Negro, donde trabaja en las quintas frutales en Cipolletti. Terminada esa tarea se dirige a Ingeniero White, donde trabaja como estibador y toma contacto con trabajadores rurales y sus organizaciones obreras. Terminadas las cosechas oficia de jardinero en Bahía Blanca. Pero tiene nostalgias por sus compañeros norteamericanos y por las organizaciones obreras de los IWW donde él había agitado tanto y dejado un recuerdo imborrable por su actuación. Regresa en mayo de 1921 a Buenos Aires para embarcarse hacia Estados Unidos. Era consciente de las dificultades que tendría que superar para volver a entrar en ese país que lo había expulsado. En Buenos Aires se irá a vivir a un hotelito alemán de la Avenida Leandro N. Alem que administraba un connacional de apellido Hoff. Mientras prepara su viaje al país del norte concurre al local anarquista de la calle Estados Unidos 1056. Y entonces ocurrirá un hecho que cambiará el curso de su vida.

Mientras espera a sus amigos en la tarde del 12 de mayo de 1921, Kurt Gustav Wilckens va hasta el café «La Brasileña» de Estados Unidos y Bernardo de Irigoyen. Allí, mientras estaba leyendo, se sienta a su mesa alguien que le dice que es un compañero de ideas. De inmediato, Wilckens, con esa candez e ingenuidad que lo caracterizan, lo recibe con toda amabilidad. Conversan. El desconocido quiere que le cuente su vida, cómo está el anarquismo en Alemania, etcétera.

Wilckens en su mal castellano, se esfuerza por responder a las preguntas del nuevo compañero. Le relata su actuación en Estados Unidos y, para ello saca del bolsillo el recorte de un diario norteamericano que publica su foto y lo califica del

«*Rojo más peligroso del oeste*». Luego de largo rato de conversación, el desconocido lo invita a ir a su casa para mostrarle algunos libros. Wilckens acepta. Pero la casa es nada menos que la comisaría 16a. Y el «compañero» no es otro que el agente de investigaciones núm. 838, Mauricio Gutman. El sagaz policía hacía varios días que venía siguiendo a ese extranjero solitario que se metía en el local anarquista. Desde un principio sospechó que se trataba de un pescado gordo. No es un tipo cualquiera, algo tiene este extranjero de mirada inteligente y rostro apacible.

El comisario, de inmediato, lo pasa al calabozo previa humillante requisa del cinturón y los cordones de los zapatos. Como el extranjero no ha cometido ningún delito, la policía le adjudica portación de armas: «al sujeto se le encontró a la cintura un cuchillo de punta aguda».

Tan luego a Wilckens, el pacifista, adjudicarle un cuchillo de punta aguda. Se acompaña todo esto a la Dirección Nacional de Migraciones, además de la declaración del agente de investigaciones Mauricio Gutman y el recorte del diario norteamericano. Mientras se tramita el expediente de expulsión del extranjero por faltar a la ley de migración, el ciudadano alemán Kurt Wilckens es trasladado esposado al Departamento Central de Policía y de allí a la tercera alcaidía. Cuando la policía le pregunta qué hacía en el local anarquista de Estados Unidos 1061, el alemán contesta que había ido en busca de un amigo que le guardaría su equipaje sin cobrarle nada. Pero el recorte del diario norteamericano es mucha prueba contra su actividad e ideología. Aunque, como siempre, el trámite de su expulsión es lento.

Mientras tanto, el juez Jantus rechazará un recurso de *habeas corpus* de Wilckens contra la resolución de expulsión. Pero la Cámara Federal, en una sentencia muy comentada, revoca la resolución del juez, y ordena la inmediata libertad del detenido aplicando al director de Inmigración, Remigio Lupo, una multa de mil pesos por extralimitarse en sus funciones.

Es que Wilckens había probado que era un hombre de trabajo y no un agitador pago, y que pertenecía a la Sociedad Portuaria de Bahía Blanca. Esto será confirmado por el secretario de los portuarios de Buenos Aires, quien informará que Wilckens poseía carnet de estibador.

El 6 de diciembre de 1921, después de cuatro meses de prisión, es dejado en libertad. El diario anarquista *La Protesta* saludará al compañero alemán con una crónica —aparecida el 9 de septiembre— titulada «Sujeto peligroso». Luego de denunciar que el «compañero Wilckens había estado preso cuatro meses», dice:

> Este compañero alemán, que habla varios idiomas, llevaba al ser detenido un diario norteamericano en el bolsillo. Ése fue su delito. La policía, cuya incultura es crónica, no sabía en qué idioma estaba escrito ese periódico ni qué clase de revolucionario era el compañero Wilckens. Y para investigar este hecho lo han tenido entre sus uñas, del depósito central a la tercera alcaidía y de aquélla a ésta, hasta que por fin este nuevo compañero pudo zafárseles. No vamos a cometer la torpeza de indignarnos y salir protestando por este hecho pues ya estamos curados de espanto y sabemos —tenemos la convicción— que la policía no está nada más que para cometer arbitrariedades; y todos los hechos que no son arbitrarios, no son policiales.
> ¡Salud compañero Wilckens! ¡Ya tiene un buen recuerdo de la Argentina!

Todo este episodio cambió los planes de Wilckens. En la cárcel había conocido a un núcleo de anarquistas presos por distintas acusaciones. El historiador Diego Abad de Santillán, que vivió con Wilckens por ese tiempo en una humilde habitación de la calle Sarandí 1461, en el barrio de San Cristóbal, escribió lo siguiente:

> En la prisión, Wilckens conoció a varios camaradas, en especial a los complicados por la bomba de la calle Estados Unidos; de Silveyra[76] hablaba siempre con entusiasmo; al salir del encierro, un camarada le buscó trabajo como lavador de autos; casi todo su salario lo dedicaba a los presos, y muchos días quedó sin comer por no privar de su óbolo a los camaradas encerrados en la Prisión Nacional. Muy lejos estaban Silveyra y los demás de sospechar lo que significaba la solidaridad fraternal de Wilckens: esto lo hacía sin decir una palabra a nadie, y cuando supimos por qué desaparecía a ciertas horas de la pieza en que habitábamos en la calle Sarandí, procuramos que pensara un poco más en sí mismo, demostrándole que el Comité Pro Presos atiende constantemente a los camaradas en la prisión; pero parece que un día de visita los camaradas de dicho comité no habían concurrido a la prisión y eso le hizo pensar que los presos eran desatendidos; él decía que nuestros presos deben ser objeto preferente de atención de los que estamos libres, y daba el ejemplo.
> Luego —agrega Abad de Santillán— vino el periodo de la desocupación; durante meses y meses no conseguía hallar empleo; con lo que ganaba de tanto en tanto, gracias a las changas accidentales, vivía miserablemente; nada pedía y le costaba trabajo aceptar nada; pero jamás se le vio preocupado por su propia suerte.

Luego de ese periodo, Wilckens —como no encontraba trabajo ni siquiera para solventar su subsistencia— se marchó nuevamente a Ingeniero White a trabajar como estibador. Pero al poco tiempo sufrió un accidente bastante serio: lo atropelló una locomotora portuaria, sufrió graves heridas en un brazo y fue internado en un hospital. Un anarquista llamado Siberiano Domínguez (en realidad se llamaba Severiano, pero había cambiado su nombre por el de Siberiano en homenaje a los compañeros rusos presos en Siberia) trajo la noticia a Buenos Aires

> y nosotros —escribirá Abad de Santillán— que sabíamos que Wilckens no diría una palabra de su situación ni reclamaría ayuda alguna, aunque la necesitara de veras, no pudimos descansar hasta hacerle regresar a Buenos Aires; para ello solicitamos la ayuda del Comité Pro Presos y Deportados.

Estamos a comienzos de 1922 y llegan a Buenos Aires las noticias de las matanzas de la Patagonia.

> Wilckens —dirá Abad de Santillán— seguirá con intensa expectativa el movimiento patagónico; apenas conocía el español pero se esforzaba por interpretar las noticias de la expedición de Varela.

En efecto, Wilckens era corresponsal de dos periódicos alemanes: *Alarm* de Hamburgo y *Der Syndikalist*, de Berlín. Y recorriendo las colecciones de los dos hemos encontrado los minuciosos informes que él había enviado. El primero era el órgano oficial de la Federación Libertaria Anarquista y de las Comunidades Libertarias de Trabajadores de Alemania (Anarchistischer Freibund und Freie Arbeitsgemeinschaften) y, el segundo, la publicación de la Unión de Trabajadores Libertarios de Alemania (anarcosindicalistas) (Freie Arbeiter-Union Deutschlands, Anarcho-Syndikalisten).

Los informes sobre el fusilamiento de los trabajadores rurales patagónicos conmocionó a Wilckens, que no podía soportar las injusticias. Él había conocido al trabajador patagónico y al hombre de nuestras llanuras cuando trabajó en Río Negro y en Villa Iris, en el sur bonaerense. Los amaba entrañablemente por su sentido de la amistad, por su hospitalidad, por su humildad y sus pocas palabras.

> Sospechamos que la idea de suprimir a Varela —dirá Santillán— germinó en él desde el momento que supo lo acontecido en la Patagonia; desde marzo de 1922 nos hemos separado y aún está en nuestra memoria el recuerdo del día de despedida; Wilckens acudió al puerto,[77] con su brazo vendado, tal vez con el presentimiento de que jamás nos volveríamos a ver; pero aunque hubiéramos permanecido en nuestra pobre habitación de la calle Sarandí, sus ideas y sus pensamientos respecto de Varela no los hubiera comunicado; y habría hecho todo lo posible por no comprometer a nadie.

Es en ese momento cuando Wilckens deja de concurrir a los locales libertarios. Sigue viviendo en la habitación de la calle Sarandí pero ha logrado despistar a la policía acerca de su domicilio. Nadie del vecindario conoce su verdadero nombre. Tiene que cuidarse mucho porque hay alguien que se ha quedado con la espina en el ojo: el policía Mauricio Gutman, aquel que había logrado casi hacerlo expulsar del país. Gutman consiguió localizar a Wilckens en la Asociación Obrera Lavadores de Autos y Limpiadores de Bronces, de Tacuarí 653. En un informe a la sección Orden Social de la Policía de la Capital, el agente 838 comunica que «durante el reparto de las boletas en la bolsa de trabajo, Wilckens ha cambiado su apellido por el de Larson».

Por ello, Wilckens ha dejado también de trabajar.

> Unas ocho semanas antes del 25 de enero de 1923 —escribe Santillán— una carta de un camarada de Buenos Aires nos pregunta por el paradero de Wilckens: desde hace varios meses no se le veía y se hablaba de que había marchado hacia Estados Unidos o a México; en realidad lo que pasaba es que Wilckens preparaba su represalia por los caídos de Santa Cruz y se había aislado de todos y hecho casi invisible para nuestros compañeros a fin de no comprometerlos cuando sonara la última hora del teniente coronel Varela.

Es evidente que Wilckens para llevar a la práctica su atentado tomó contacto con los grupos expropiadores que actuaban dentro del anarquismo. Él no tenía conocimientos de cómo se fabricaba una bomba ni tampoco de cómo se manejaba un arma ni jamás había portado un revólver o pistola. La idea que lo guiaba por sobre todos los principios libertarios era la del antimilitarismo. Sostenía que todos los militares, sin excepción, eran conscientes de la inutilidad de su profesión pero que cuando se daban cuenta ya era tarde y por eso obraban con odio hacia el hombre común, por puro complejo, al verse traicionados por sus propios padres o profesores que los impulsaron siendo jóvenes a tomar esa carrera. Los que conocieron a Wilckens señalan que cuando veía a un uniformado se detenía a mirarlo con profunda lástima y pena y lo consideraba, en el fondo, la principal víctima de la humanidad, pero una víctima que se convertía, llegado el momento, en el peor verdugo del ser humano, de sus hermanos.[78]

Wilckens tuvo siempre respeto por las dos tendencias del anarquismo, la pacifista y la expropiadora. En ningún momento despreció a los expropiadores ni se escandalizó por sus acciones. Aunque era pacifista, comprendía a los violentos que no podían soportar la violencia de la sociedad. Sabemos por testigos irreprochables que Wilckens mantuvo amistad con Miguel Arcángel Roscigna; seguramente, de él o de su grupo tienen que haber salido la bomba y el arma. Roscigna era el hombre silencioso que movilizaba las «acciones directas». Emilio Uriondo, uno de los pocos sobrevivientes del grupo Roscigna, nos ha relatado que fue Andrés Vázquez Paredes —compañero inseparable de Roscigna— quien le dio el explosivo al matador de Varela. Emilio Uriondo acompañó a Wilckens y a Vázquez Paredes a un lugar cercano a Puente Barracas donde hicieron una experiencia con una bomba. El anarquista alemán desarrolló en esa oportunidad la teoría de que en los atentados contra una persona debía intervenir siempre un solo hombre por ser esto más eficaz y no comprometer a otros. Pero no adelantó nada acerca de lo que iba a hacer.

Respecto a los expropiadores, la actitud de Wilckens venía a ser la misma de Bartolomeo Vanzetti: los trataba de igual a igual, los consideraba compañeros y llegado el caso los ayudaba en todo lo que podía.[79]

Ahora estaba allí, en la comisaría, en lo peor. Allí, indefenso, frente a los que querían saber todo, exigían saber todo. Frente al manoseo de los captores. El imperativo y confianzudo «¿cómo te llamas?», el tuteo repentino que es preanuncio del cachetazo, la trompada, el revés, el puntapié dado con maestría y con fruición.

Todos los bienes que le han encontrado en una prolija revisación son apenas un monedero ordinario con un peso y cincuenta centavos, una receta del hospital alemán, dos agujas con hilo negro, un pañuelo negro, un boleto de tranvía, un reloj de níquel, una llave grande y otra pequeña, un cortaplumas, un diccionario alemán-castellano, un ejemplar del *Deutsche La Plata Zeitung*, una caja de fósforos, un piolín, un pañuelo para cuello y un libro titulado *Das Anarchistische Manifest*.

Desde hace tres horas lo tienen parado en la comisaría. Pese a que los huesos astillados pugnan por abrirse paso entre músculos, tejidos y horadar la piel y pese a que el pie izquierdo es una masa sanguinolenta, no le dan ni una silla ni lo dejan tenerse de la pared. Pero el alemán es duro. Contesta en su mal castellano todos sus datos personales. Cuando lo empiezan a interrogar sobre el atentado parece olvidar repentinamente ese idioma y sólo sabe decir: «*Fui yo solo. Único autor. Yo fabriqué la bomba sin ayuda. Acto individual*».

Eso es todo. Las demás preguntas no las entiende. No logran nada más. Por otra parte, la sangre que ha perdido es mucha: se le producen mareos de debilidad y el dolor le hace perder el conocimiento.

Los diarios, en general, traen palabras de severa condena al atentado anarquista. Sorprende el diario yrigoyenista *La Época*, que hace una verdadera apología del militar muerto. Pero sorprende más que al día siguiente, ese mismo diario radical se

rectifique un poco de su actitud, o trate de poner los puntos sobre las íes. Es posiblemente la respuesta directa al capitán Elbio Carlos Anaya quien, ante el cadáver de su jefe, había dicho taxativamente y con voz bien alta que Varela había cumplido su misión llevando a cabo las instrucciones del Poder Ejecutivo. El diario radical dirá:

> Lamentamos tener que enrostrar una nueva perfidia y esta vez de la peor índole cuando se permite afirmar que el teniente coronel Varela en su segundo viaje al sur llevaba órdenes terminantes del P. E. que, según la manera maliciosa de decir, querría significar que iba con instrucciones semejantes a los hechos que la maldad de cierta prensa le ha atribuido. Falso, absolutamente falso. El teniente coronel Varela recibió del ministro de Guerra las mismas instrucciones que la primera vez y que fueron la regla de la conducta notoria del gobierno que ha terminado por pacificar todas las cuestiones sociales y políticas de la República. De tal manera, pues, que si fuera posible admitir que el teniente coronel Varela hubiera cometido alguno o algunos de los hechos que malévolamente se le imputan, habría faltado temerariamente a las instrucciones de su gobierno.

Es decir, en una palabra: si hubo fusilamientos eso va por cuenta y riesgo de Varela y no del gobierno de Yrigoyen.

Pareciera que toda la responsabilidad de los que algo le debían a Varela, de los beneficiados por su campaña, terminaba con la muerte de éste, con algunos artículos periodísticos y palabras de reprobación por el atentado. Ni la Sociedad Rural de Gallegos, ni la Asociación de Hacendados del Sur, ni las fuerzas vivas patagónicas. Nadie movió un dedo. Hasta el homenaje que le hace la Cámara de Diputados de la Nación —en la primera sesión después de su muerte— estremece por su frialdad. Un solo diputado, el yrigoyenista Felipe Alfonso, de la Capital, dijo apenas cuatro palabras de circunstancias con el consabido calificativo de «*militar pundonoroso*». Y nada más. Ningún otro diputado se adhirió al homenaje, ni el presidente del bloque radical, ni el presidente de ninguna comisión, nada. Dichas las cuatro palabras sobre el militar que acababa de caer en el atentado, la Cámara, en un silencio molesto, pasó a tratar los «temas en carpeta». En el Senado, nada, ni una palabra.

Pero los que no se olvidaron del comandante Varela fueron los ingleses. Expresaron su agradecimiento para con lo que el militar argentino había hecho por ellos. El sábado 22 de septiembre de 1923 una placa de bronce vendrá a adornar el mármol del antiguo panteón militar. Dirá: «*Los británicos residentes en el territorio de Santa Cruz a la memoria del teniente coronel Varela, ejemplo de honor y disciplina en el cumplimiento del deber*». El representante del ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, señor Allan M. McDonald, en nombre de los residentes británicos dijo que «se hacía un honor en representar en este homenaje al ministro de la Gran Bretaña quien le había encomendado interpretase el sentimiento de sus connacionales ante la tumba del pundonoroso militar». Agregó que

> este homenaje no era solamente lo que aparentaba ser en el estrecho límite de aquella ceremonia íntima sino que también alcanzaba hasta el alma de cada uno de aquellos británicos que se hallan labrando su porvenir en las inmensas pampas patagónicas. Debo decirlo con orgullo —terminó— que un pueblo hermano ha sabido apreciar con respeto y admiración el ejemplo del teniente coronel Varela en el cumplimiento del

deber.

Era un nuevo *For he is a jolly good fellow*, esta vez dicho en forma de responso.

A los seis días del atentado, el juez Malbrán dictará prisión preventiva para el detenido Wilckens y ordena el embargo de sus bienes por 50 mil pesos. Para el juez, detrás del atentado hay «asociación criminal de anarquistas libertarios».

A mediados de abril de ese año —tres meses después del atentado— Wilckens ya se puede parar con muletas O las heridas eran muy graves o no se han preocupado mucho por curarlo; la cuestión es que según el último médico que lo revisó antes de trasladarlo a su nuevo destino, la cárcel de encausados de calle Caseros, tendrá que usar dichas muletas mientras viva. Y así es. Porque de vida tiene muy poco ya.

Dado de alta, a Wilckens se lo traslada al pabellón segundo de la cárcel de encausados. Éste se componía de 24 celdas en la planta baja y tres en la alta. Allí, en general, estaban los presos de buena conducta y los no peligrosos. Es imposible que Wilckens huyera, por lo menos nunca se vio fugar a un penado en muletas. Ocupa la primera de las celdas de la planta baja.

Diego Abad de Santillán ha escrito acerca de la prisión de Wilckens:

> Una vez repuesto un poco de las heridas, su mayor tormento fue la carencia de buenas lecturas; la cárcel es para la mayoría de los revolucionarios el periodo de universidad; allí se estudia, allí se medita y allí se recogen nuevas fuerzas para el duro combate de la libertad. Wilckens se preocupaba poco de su suerte, de los resultados del proceso; sólo sufría por la falta de libros; cuando lo trasladaron a la prisión nacional y pudo leer, se puso a confeccionar largas listas de volúmenes que seseaba recibir desde Alemania; aprovechaba todas las ocasiones para enviarme listas de libros, listas que complementaba sin cesar; pedía obras de Bakunin, de Kropotkin, de Tolstoi y sobre Tolstoi, de Mackay, de Stirner, de Dostoiewsky, de Sinclair, de Ramus, de Zola, de Ferrer […] Pero sobre todo —nos escribía siempre— de Tolstoi, de quien era un admirador ferviente cuyos pensamientos podía meditar y comprender en la relativa paz de la prisión. ¡Pobre Wilckens! —continúa Santillán—. Recibió algunos paquetes de volúmenes pero sus anhelos, las obras de Tolstoi, llegaron tarde… La reacción había cumplido su crimen.
>
> Wilckens era un antimilitarista de hondas convicciones y seguía con gran interés la propaganda antimilitarista radical del camarada Pierre Ramus; el discurso de Rocker contra la producción de armas de guerra en la conferencia de obreros alemanes de la industria de los armamentos (1919) también le produjo una gran alegría.
>
> Si Wilckens —dice más adelante Santillán— hubiera corrido la suerte de Radowitzky, después de haber llenado una página de la historia del anarquismo con el ajusticiamiento del teniente coronel Varela, nos habría dado magníficos pensamientos y habría dejado a los lectores del porvenir irradiaciones de su corazón extraordinario y de su amor sin límites a la humanidad oprimida.

Se conoce, de ese tiempo, el texto de varias cartas, dos de ellas enviadas por Wilckens a Abad de Santillán, quien en ese entonces se encontraba en Berlín. Estas cartas fueron publicadas en alemán, en el periódico *Alarm*.

La primera de ellas está fechada en la Prisión Nacional, el 2 de mayo de 1923. Dice así:

> Compañero Santillán: Llegué aquí el último jueves. Relativamente esto es mejor que el hospital de la prisión, donde no se puede leer ni descansar. A mí me va muy bien en todo concepto. Físicamente estoy más fuerte, pues los compañeros me cuidan como una madre; sin embargo, he perdido mucha sangre. La operación, la extracción del hueso, de unos diez centímetros de largo aproximadamente, el cosido de los

músculos y de la piel fue muy doloroso, sin cloroformo y sin inyección, pero según mi opinión, va bien. Fui tratado humanamente por los médicos y por los enfermeros. Ahora ando con muletas, dificultosamente, pero sin dolores. Mi proceso judicial es lento. Yo tengo poco interés en eso, pues no concedo a ningún juez el derecho a juzgarme. Si hubiera tenido mil vidas las hubiera dado alegremente por la causa.
Y ahora, a los libros, pues aquí puedo leer. Ante todo quisiera al viejo Tolstoi, como Ramus lo propaga: *La verdadera vida, ¿Qué es el arte?, Discursos contra la guerra, Confesión, Resurrección, Ana Karenina, Mi religión, León Tolstoi y sus obras*, por Schmitt, *Diario íntimo de 1898*, y otras. *La escuela moderna*, por F. Ferrer, *Fuerza y materia, Luz y Vida*, por Buchner, *Malatesta, la vida de un anarquista*, por Max Nettlau; algo bueno de Leonhard Ragaz (anunciado en el número 23 de *Erkenntnis und Befreiung*); algo hermoso como *Amor*, de Helene Stoecker, todo lo de Kropotkin, menos *La conquista del pan* y *La moral anarquista*; *El único y la propiedad*, de Stirner; todo lo de Mackay; las obras de Bakunin. Barrera enviará dinero para libros. También *Cristo, el cura y el campesino*, por Ramus, y *Germinal*, de Zola.
Con saludos libertarios, Kurt G. Wilckens.

La otra carta fue escrita apenas unos días antes de su muerte. Está fechada en la Prisión Nacional, el 21 de mayo de 1923.

Compañero Santillán:
Recibí ayer su carta del 23 de abril. En mi celda, escribir es poco agradable y algo incómodo.
Yo no me siento acusado, no me presentaré como tal ante los representantes de la justicia, sino como acusador. Yo sólo veo la maldición de las leyes. Los tribunales, como todas las autoridades, no representan al pueblo. No, fueron siempre y lo son hoy todavía sus verdugos. Sólo un imbécil podría esperar justicia de los
representantes del derecho romano. ¿Fueron alguna vez otra cosa que asesinos de la justicia? Si no fuera cosa tan triste deberíamos reír. La justicia es ciega, se le han vendado los ojos. Yo estoy en lucha firme contra ella y no he intentado nunca defenderme. Me maravilla sólo la cobardía de los representantes de la justicia y de los médicos de los tribunales. Representantes típicos de un sistema cobarde y mentiroso. ¡Cuán seguros se sienten aparentemente con sus tropas escondidas, la Liga Patriótica! Pero la valentía del cobarde Carlés está fundada en la ignorancia criminal de sus fanáticos adeptos. La prostitución espiritual y física celebran orgías. Conocerlos basta para despreciarlos.
Sin embargo, no hablemos de venganza. No fue venganza; yo no vi en Varela al insignificante oficial. No, él lo era todo en la Patagonia: gobierno, juez, verdugo y sepulturero. Intenté herir en él al ídolo desnudo de un sistema criminal. Pero la venganza es indigna de un anarquista. El mañana, nuestro mañana, no afirma rencillas, ni crímenes, ni mentiras; afirma vida, amor, ciencia; trabajemos por apresurar ese día.
¿Pero no hallamos un triste estado de cosas en las organizaciones originarias de la lucha de los oprimidos? La ayuda mutua y la solidaridad, ¿no son palabras sin sentido, cobardes mentiras en muchos sindicatos? Todos los que aspiran a la dominación necesitan el medio más rastrero, la calumnia y la mentira. Son necesarios la educación, el respeto a la verdad y la paciencia. No debemos intentar (como hacen con preferencia los enemigos de *La Protesta*) buscar lo malo en una acción o en una palabra que nos parece poco clara. Uno que anda a la pesca de lo malo, es por lo general incapaz de un buen pensamiento. El odio transforma a supuestos revolucionarios en enemigos, tal vez inconscientes, de la revolución. Sólo ama la verdad el que combate la mentira.
La interpretación dada por Ramus al antimilitarismo de Tolstoi es nuestra única esperanza. *Erkenntnis und Befreiung* es una verdadera brújula.
Saludos a todos los enemigos de la esclavitud.
Kurt G. Wilckens.
Espero libros anhelantemente.

Acerca de su vida en la cárcel hemos encontrado algunos testimonios de sus amigos de ideología. Éste, por ejemplo, titulado *Kurt G. Wilckens en la cárcel*, firmado por M. González, señala algunos detalles interesantes:

Wilckens fue gravemente herido por un fragmento de la bomba que arrojara. Esta herida le impedía todo intento de fuga. El revólver que utilizara para ultimar a la fiera de Santa Cruz había ya disparado la última

bala, de ahí que en el acto fuera detenido sin ofrecer resistencia alguna y trasladado, férreamente encadenado, a una comisaría seccional en donde se le tuvo por espacio de tres horas con esposas y de pie sobre la pierna fracturada. Durante este tiempo, la abundante pérdida de sangre llevó al estado de postración física a Kurt; su cuerpo vacilaba pero su espíritu era inquebrantable. Con entereza y sin hesitaciones contestó a cuantas preguntas se le hicieron, y con su característica sonrisa a los insultos y provocaciones que le dirigían «altos» representantes del ejército y hasta el ministro de Guerra. La tortura fue prolongada, pero el estoicismo de Wilckens se sobrepuso al dolor.

Por orden del juez que entendía en la causa, y como medida de previsión, Wilckens fue internado en el hospital de la más rigurosa cárcel argentina (la Penitenciaría Nacional). En una amplia sala, separado de todos, permaneció diez días rigurosamente incomunicado y con centinela a la vista.

Su defensor, el doctor Juan A. Prieto, lo entrevistó en nombre del Comité Pro Presos y Deportados y se hizo cargo de la defensa legal. Wilckens, aunque muy debilitado por las heridas que recibiera, a todos los que lo interrogaban les respondía en el mismo tono: que era un anarquista y enemigo, por consiguiente, de la violencia. Habló con muchos periodistas que lo interrogaban acerca de sus ideas y de su hecho, y con su bondadosa serenidad desarmó a todos sus enemigos y se granjeó las simpatías de cuantos lo rodeaban.

Como «medida de seguridad» la justicia ordenó que fuera retenido en la Penitenciaría mientras durara su convalescencia, y, bajo pretexto de que era necesario tenerlo alejado del resto de los recluidos, se lo mantuvo aislado; los mismos centinelas y guardianes que lo vigilaban tenían órdenes severas de no cambiar con él ni una sola palabra. Sin embargo, él no veía maldad en nadie; para él todos eran hombres buenos y, por encima de las órdenes severas de la dirección de la cárcel, Wilckens, por su grandeza de alma, era admirado por cuantos lo rodeaban.

Cuando el Comité Pro Presos y Deportados consiguió establecer, con el hermano Kurt, relaciones directas, pudo advertir toda la sencillez del héroe. Su alimentación era sencilla y sana: pan de Graham y frutas. Jamás probó la carne ni el alcohol. Esto contribuyó, indudablemente, a acelerar su mejoría y a que su herida pudiera ser curada en poco tiempo.

A los dos meses de estar preso, era conocido y querido por todos los penados no obstante su aislamiento; éstos lo idolatraban y fue ante esta simpatía general que la dirección de la cárcel penitenciaria pidió su traslado a la Cárcel de Encausados, alegando su condición de procesado.

A altas horas de la noche, Wilckens fue trasladado sigilosamente a su nueva prisión y alojado en una de las celdas destinadas a los presos «distinguidos».

En otra nota, publicada en *El Hombre*, de Montevideo, núm. 252, junio de 1923, y titulada «Kurt Wilckens, impresiones de la cárcel», se relata lo siguiente:

Tenemos a la vista la carta de un querido amigo nuestro, recluso como Wilckens en la Prisión Nacional de Buenos Aires. Ella está escrita bajo la impresión que la llegada de Wilckens al penal produjo en el ánimo de nuestro amigo: «La vida de la cárcel nos ha deparado sus novedades. Y que sencillamente, hará dos o tres días que Kurt es huésped de la prisión. Está en las celdas, no sé si como una demostración de interés puesta en su persona o como simple medida de seguridad. Usted calculará la emoción suscitada en mí. Los días transcurrían en medio de una aprensiva pesadez, alejado de las distracciones algo brutales de los demás reclusos. Kurt ha suscitado en su oportunidad el cálido renovarse de una simpatía y de una intimidad, porque su corazón es leal, su expresión es franca, su natural, sereno y bondadoso. Yo hubiese deseado volver a estrechar emocionalmente sus manos y estrechar efusivamente nuestros corazones. Mas la dirección de la cárcel, retornando a sus acostumbradas tareas de impropia severidad, no nos ha permitido tan natural y simple cosa. Él no observa el gesto infatuado de un héroe de circunstancias. Él es anarquista. Lentamente, ayudado por sus muletas Kurt parece fuera indiferente a la misma cárcel. Siempre atestiguan sus ojos su permanente bondad y su rostro expresa idéntica serenidad y resolución. Cuando pasa junto a mi celda, tan concentrado y silencioso, acompañado por un carcelero, me llama siempre por mi nombre. Su voz tiene una inflexión suave, emocionada. He visto su figura, algo encorvada, apoyada en las muletas, pues la herida causada por un casco de la bomba asume gravedad. Sin embargo, así inválido, Kurt sólo atestigua heroicidad. ¡Le sentimos tan hondamente en nuestros corazones! Así debieran sentirla la juventud, los jóvenes anarquistas. De esto, en esta tarea, presumo debieran estar dedicados los anarquistas. Kurt Wilckens debiera concretar la atención de toda una generación proletaria y concretar no sólo las simpatías sino la heroicidad, la honda tragedia de nuestros veinte años agitados en las convulsiones de una juventud que no ha podido ser lo suficientemente expresada en sus deseos e idealismo».

Estamos ya en junio. El fiscal ha pedido 17 años de prisión para Wilckens. Se sabe que el juez de sentencia ha de dar su veredicto dentro de pocos días. El jueves 14 —día de visita— logran ver a Wilckens su abogado, el doctor Prieto, y dos amigos del Comité Pro Presos. Le llevan dos bolsas con fruta. Hay preocupación porque Wilckens ha recibido amenazas de muerte por diversos conductos. Algunos carceleros le han dicho que lo van a tratar de envenenar con la comida y que hay un complot de la Liga Patriótica Argentina para asesinarlo. Aunque Wilckens trata de restar importancia a los rumores, el doctor Prieto entrevista al director de la cárcel para denunciarle el hecho y reclamar seguridades.

Pero el complot para matar al obrero alemán ya está en marcha, y la reclamación del abogado tiene el efecto contrario: antes de frenar las intenciones de los vengadores de Varela, las hace apresurar.

La noche del viernes 15 es para Wilckens otra más. A las 21 hay que estar en el lecho, según el reglamento carcelario. Por última vez recorre con su vista las paredes que lo encierran, a él, un trashumante, un libertario. Allí están todos los muebles: dos caballetes para sostener la tarima sobre la cual se asienta el colchón de paja. Y la repisa donde están sus libros no políticos más queridos: el *Werther* y el *Hermann y Dorotea* de Goethe, y *Hambre* de Knut Hansum, además de un tomo de *Cómo aprender castellano*. Al lado de ellos están los bolsos con las frutas que le han traído los dos gallegos del Comité Pro Presos, fieles compañeros de ideas.

Wilckens se duerme, con ese cansancio infinito que invade a esa hora a los presos y a los pájaros enjaulados. Sólo despertará para morir.

El complot ha calculado bien los detalles. Su brazo ejecutor será Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley, protagonista durante la primera huelga, del combate de El Cerrito, joven de familia aristocrática, miembro de la Liga Patriótica Argentina y pariente político lejano del teniente coronel Varela (su hermana estaba casada con el capitán Alberto Giovaneli, hermano de la viuda de aquél).

Comienza la última noche de Wilckens.

Hace mucho frío en las celdas y en el pasillo. Las celdas de los presos de buena conducta tienen la puerta abierta de noche para utilizar los retretes generales. Por el pasillo se pasea una figura nerviosa en uniforme de guardiacárcel, pero que nada tiene en común con esa gente. Es un joven espigado, de tez pálida, de apariencia casi femenina, de rasgos finos y ojos grandes e inquietos. Es la primera vez que hace guardia en ese pabellón. Se pasea nervioso y observa detenidamente —a través de la puerta entreabierta— el sueño del preso de la primera celda: Kurt Wilckens. Faltan ya veinte minutos para que termine su guardia. Ahora es el momento. Entra sigilosamente en la celda iluminada. Por reglamento, todos los presos duermen con la luz prendida; nunca pueden gozar de oscuridad completa.

Allí durmiendo, está el anarquista extranjero. Una de sus muletas está apoyada contra la pared y la otra al borde de la cama, a su alcance, para poder incorporarse. Pérez Millán Temperley lleva el mauser con ambas manos, con el caño del mismo

empuja brutalmente en la espalda del hombre dormido, que se incorpora como tocado por electricidad y mira al carcelero.

—¿Vos sos Wilckens?

—*Jawohl* —responde en alemán el sorprendido preso.

Y ya el índice de Pérez Millán aprieta el gatillo y sale la bala a quemarropa. En pleno pecho. Entra un poco por encima del corazón y luego de destrozar el pulmón izquierdo sale por la espalda.

Así fue muerto Wilckens, el vengador de los huelguistas de la Patagonia. El disparo le destrozó el pecho. El crimen se cometió con total impunidad. El caño del arma tocó bien el cuerpo, como para no fallar. El balazo —que se fue a incrustar en la pared del fondo de la celda a una altura de sesenta centímetros del suelo— retumbó en celdas y pasillos como un opaco golpe de bombo. Comenzaron a despertarse los presos y a correr los carceleros.

Pérez Millán está sumamente nervioso; hace un gesto como si quisiera cerrar la puerta de la celda para cubrir su delito. El inspector Luis Conti declarará que las primeras palabras de Pérez Millán, al preguntársele qué había sucedido, fueron las siguientes. «*Yo he sido subalterno y pariente del comandante Varela. Acabo de vengar su muerte*».

Su voz suena como si estuviera a punto de estallar en sollozos. Agrega que primero despertó al preso, le preguntó su nombre y sólo entonces le descerrajó el balazo.

Minutos después acude el médico de la cárcel, doctor Maza. El hombre está con vida, dice, pero no podrá resistir más de dos o tres horas. Lo llevan a la enfermería y allí lo dejan, tomándole el pulso de vez en cuando para ver si todavía vive. Pero el anarquista no se entrega a la muerte. Cuando a las 7 de la mañana entra su abogado defensor, doctor Prieto, se le iluminan los ojos.[80] Así aguantará Wilckens todo el día, hasta expirar a las 3.10 de la madrugada del domingo.

La voz se va corriendo por Buenos Aires: balearon a Wilckens en su celda mientras dormía. Aunque los diarios de la mañana no han podido traer la noticia, no hay centro anarquista ni sindicato obrero que no esté ya enterado antes del mediodía de ese sábado.

—Va a haber jaleo por el lado de los obreros —le informan al presidente Alvear.

El primer mandatario, cuando se entera, tiene un gran disgusto y comienza a descargarse con sus acostumbrados gruesos ternos.

¡Bonita complicación! Ahora todo el mundo pensará que a Wilckens lo mandó matar el gobierno. ¿Cómo explicar algo que no tiene explicación? ¿Cómo Pérez Millán pudo entrar de guardiacárcel? ¿Y cómo es que le dieron de custodiar precisamente a Wilckens? Evidentemente, esta vez no se puede explicar todo por medio de la casualidad, porque nadie lo va a creer. Pero hay que hacer algo para salvar la majestad del gobierno, calmar a la opinión pública y buscar un justificativo

ante los obreros. Alvear ordena, por decreto, la inmediata investigación de los hechos.

Que el presidente de la Nación tenga que salir al paso de un hecho así dice bien de la importancia que había alcanzado la figura de Wilckens y el eco que su atentado había tenido en el pueblo. Y ya veremos en qué forma se va a expresar eso. Pero el decreto no calma a los obreros y menos a los anarquistas.

Al contrario, a medida que pasan las horas, la agitación crece en esa fría mañana de junio. A eso de las 10 ya aparecen dos boletines de guerra de *La Protesta* y de *La Antorcha*.

Es que para los anarquistas, Kurt Wilckens es héroe y mártir, cumplidor fiel del destino tradicional de los que se juegan por las reivindicaciones del hombre, los guardadores de la llama viva de la libertad. La mayoría de los anarquistas activos están en un estado emocional tal que cuando se encuentran sólo saben decir huelga general por tiempo indeterminado.

La policía es impotente para requisar los boletines de *La Protesta* que inundan Avellaneda, Nueva Pompeya, Mataderos y llegan hasta los cafés de Avenida de Mayo y la propia calle Florida.

Y entonces se va a producir un movimiento espontáneo en todo el país. Sin esperar órdenes de nadie, los obreros comienzan de *motu proprio* a abandonar los lugares de trabajo. Los primeros serán los obreros panaderos, decisión que de inmediato es ratificada por la organización sindical. Tan espontánea ha sido la decisión del paro, que el mismo boletín de *La Protesta* que daba la noticia del crimen aún no se había acabado de imprimir y tendrá que hacer una llamada a pie de página que informará: «Ya en máquina este boletín nos comunican que la asamblea de obreros panaderos acaba de declarar la huelga general del gremio».

El boletín de *La Protesta* tendrá los siguientes títulos: «Wilckens fue asesinado en la prisión nacional». «Una venganza ruin y cobarde. Hay que iniciar desde ya una huelga general de protesta contra ese alevoso crimen. ¡ANARQUISTAS! ¡TRABAJADORES! ¡Hombres dignos, demostrad vuestro repudio contra esa infame cobardía! ¡Hay que vindicar el nombre sagrado del vengador!».

El idioma es de guerra:

> Desde ya hay que iniciar una huelga general de protesta. El proletariado no puede permanecer impasible ante la consumación de esa infamia sin nombre. Kurt Wilckens fue alevosamente asesinado en la Prisión Nacional. Y esa muerte no puede quedar impune.

Mientras caen los volantes siguen saliendo los trabajadores a la calle. Después de los panaderos, declaran el paro los *chauffeurs*, pintores, aserradores, los «ladrilleros y anexos», los expendedores de combustible, albañiles y metalúrgicos.

Al mediodía, la FORA (V) declaraba el paro general e invitaba a todo el pueblo a lanzarse a la calle:

> ¡Trabajadores! Que nadie se llame a silencio. No lanzarse a la calle en esta emergencia significa solidarizarse con los bárbaros sucesos de la Patagonia y con el repudiable asesinato cometido en la Prisión Nacional. ¡Compañeros, proletarios, hombres conscientes, a la calle!

Hasta que los grandes diarios de la tarde invaden la calle trayendo dos versiones completamente dispares de los hechos. Mientras Crítica ha olido que el sentimiento popular está con Wilckens y por tanto obra en consecuencia titulando sus ediciones de 500 mil ejemplares: «Wilckens fue cobardemente agredido hoy en la prisión nacional» y más abajo «El suceso ha producido honda impresión entre los obreros», el diario de derecha *La Razón*, señala: «Pérez Millán vengó la muerte del comandante Varela».

Una tras otra, en forma unánime, las organizaciones sindicales van proclamando el paro por tiempo indeterminado. La otra central sindical, la mayoritaria, la Unión Sindical Argentina, no puede ser menos y también decreta la huelga general. La muerte de Wilckens ha logrado un milagro increíble: unir a la dividida clase trabajadora argentina.

El correo rechaza todos los telegramas de la FORA en los que comunica a sus filiales regionales la resolución de huelga general por tiempo indeterminado.

La excitación se encuentra en un punto álgido. En el local de Panaderos, cerca de Plaza once, hay un ambiente que no le gusta nada a la policía.

El gobierno nacional hace esfuerzos por aparecer prescindente en el suceso y el propio ministro, doctor Marcó, concurre a inspeccionar la celda donde fue agredido Wilckens, como para dar seguridad a la opinión pública de que se hará justicia y de que la investigación llegará a sus últimas consecuencias.

Esa noche es de tensa espera. Wilckens todavía sigue con vida, aunque nadie tiene esperanzas. Sólo la fortaleza física de ese hombre hace prolongar el desenlace.

En Bartolomé Mitre 3270, donde tiene su sede la FORA y donde se agrupan la Sociedad de obreros Panaderos, la Unión de *Chauffeurs*, los Metalúrgicos Unidos, Albañiles y Anexos, obreros Ladrilleros, obreros Mosaístas y Anexos, Pintores Unidos, Cajoneros y Funebreros, Unión de Picapedreros y Graniteros, Obreros Medioluneros, etc., ha habido un gran movimiento durante toda la noche y la madrugada. Contrasta con la sede de la USA, en Rioja al 800, que también ha declarado el paro pero que ha hecho trascender a sus afiliados que deben permanecer en sus casas y no participar de manifestaciones.

Cuando llega a la FORA la noticia de que esa madrugada murió Wilckens, se prepara una multitudinaria concentración para acompañar los restos del «compañero mártir».

A la sede de la FORA llegan buenas noticias: unánime respaldo del proletariado rosarino al llamado de huelga general; en Avellaneda no circula ningún vehículo por las calles y los comercios de alimentos han cerrado sus puertas, pero la policía no se ha quedado dormida y ha hecho decenas de detenciones y allanamientos en busca de armas y explosivos.

Pero el hecho humano más significativo, tal vez, de todos estos episodios, fue la insólita huelga declarada por todos los detenidos de la Prisión Nacional, quienes al enterarse del asesinato de su compañero de detención Kurt Wilckens paralizaron todas las actividades habituales y se negaron a ingerir alimentos.

Nuevo comunicado de la FORA al conocerse la muerte de Wilckens:

> Wilckens murió con la altivez y la grandeza de alma con que había vivido. La FORA incita a que la sangre del mártir querido sea la savia y el espolón para proseguir sin desmayos la cruzada reivindicadora.

Mientras tanto, la policía no pierde tiempo. El abogado Prieto realiza todos los trámites para obtener el cadáver. Pero en tanto el juez Carlos Martínez le indica que vuelva después del mediodía para llevárselo, el comisario Duffey —por orden del ministro Marcó— hará todo lo posible para hacer desaparecer el cuerpo de Wilckens en forma subrepticia.

A las 11.10 sale un carro celular de la policía del corralón policial de Paseo Colón y Belgrano. Se dirige a la morgue de Viamonte y Junin, lugar al que ya habían llegado dos empleados de investigaciones con un ataúd de pinotea. El subcomisario Dante Buzzo —que dirige esta acción en medio de gran nerviosismo porque espera que los obreros se aparezcan de un momento a otro— ordena poner el cadáver dentro del ataúd, subirlo al celular y partir para la Chacarita, donde arriban cerca del mediodía; allí lo encierran en una fosa ya preparada al efecto, en un lugar desconocido. Días más tarde, un periodista sabueso descubrirá que los restos de Wilckens fueron enterrados en el lugar denominado «para los pobres», en la calle 3, tablón número 4, sepultura 57 arriba.

Durante la tarde, los delegados anarquistas seguirán esperando que el juez les entregue el cuerpo del compañero. El juez Martínez sigue con sus promesas, demorando y confundiendo a los nerviosos dirigentes. Más tarde, el magistrado dirá, para disculparse, que la policía no le solicitó permiso para inhumar el cadáver y que esto se hizo por orden del juez Luna Olmos, que entendía en la causa del crimen de Pérez Millán. Pero la verdad es que esto se ha ordenado desde mucho más arriba, desde la Casa de Gobierno.

Esa tarde del domingo, mientras un grupo de hombres parapetados en el local de Panaderos dispuestos a «luchar hasta el fin» esperan la noticia acerca de la llegada del cadáver de su admirado camarada, hay porteños que están con la atención en otro lado: juega la representación argentina con el equipo de Escocia, que nos visita. Se les tiene mucha fe al equipo argentino que derrote a los maestros del fútbol. Pero ganan los escoceses.

Mientras en las tribunas se oyen rugidos en pro de las pantorrillas argentinas, en el local de los panaderos se oyen roncos gritos de viva. Se acaba de recibir un mensaje de la FORU (Federación Obrera Regional Uruguaya) que dice así; con el característico lenguaje de la época:

> El corazón de Wilckens ha cesado de latir pero un ideal de amor continúa haciendo palpitar los pechos hermanos que sabrán hacer justicia. Han matado a un hermano y el crimen exige reparación inmediata contra la fiera oculta.

Además llega, minuto a minuto, la adhesión de nuevos gremios: los conductores de carros, los cocheros de plaza, los canillitas anuncian que no venderán ningún diario que hable a favor de Pérez Millán; por eso, el único que vocean es *Crítica*.

También paran los Maquinistas Teatrales y Anexos dejando sin espectáculos a Buenos Aires, mientras lanzan el siguiente manifiesto:

> ¡KURT WILCKENS! Que con tu gesto elocuente y viril vengaste, con tu sacrificio, la muerte de más de 1500 hermanos asesinados, como tú, por la mano de un esbirro, que con su caricatura grotesca e instigado por los mercaderes de la Patria salta al escenario social encarnando el prototipo del asesino cobarde e inconsciente, dándole muerte alevosamente, mientras estabas entregado al sueño —quizás— dulce y sagrado de nuestra sociedad futura.

Cuando llega la noticia de que les han birlado el cadáver de Wilckens, algunos españoles e italianos exaltados salen a la calle a quemar tranvías. Los paran —a pesar de la custodia— les rompen las ventanillas, aporrean a los guardas y motorman y se disponen a prenderles fuego cuando cae la policía con todo. Los cercan en el local de Panaderos, clausuran la entrada y no permiten a nadie acercarse a la manzana, que está rodeada. Tampoco puede salir nadie del local. Se llevan a unos cuantos gallegos con la cabeza rota a la comisaría y a los empleados tranviarios rompehuelgas al hospital.

Mientras tanto siguen llegando las noticias del paro: en todos los puertos la huelga es total; igual en Tandil, Mar del Plata, Bahía Blanca e Ingeniero White, en La Plata, en San Juan, en Mendoza, en Tucumán, en Necochea, la Sociedad de Trabajadores del Campo de Balcarce junto a los Picapedreros del Cerrito y del Afirmado, el Sindicato de Oficios Varios de Arteaga (provincia de Buenos Aires), la Federación Obrera Comarcal de Tres Arroyos (acatado por aclamación en Copetonas, Orense, Coronel Dorrego y Oriente), Córdoba, los panaderos y albañiles de Pergamino, los panaderos y repartidores de Chacabuco, los panaderos de Bragado, la Federación Local de San Fernando y Tigre, el Centro Obrero de Quemú-Quemú (La Pampa), los albañiles de Darragueira (Buenos Aires), la Unión de Oficios Varios, Ladrilleros y Panaderos de Santa Rosa (La Pampa), la Federación Obrera Comarcal de Villa María (Córdoba), la Federación Obrera Local de Lomas de Zamora (que fue acatada también en Adrogué y Temperley), los marítimos de Paraná, la Federación Obrera Local de Río Cuarto, en Alejandro (Córdoba), etcétera.

El lunes la ciudad está paralizada. No se ve ni un alma por las calles del centro de Buenos Aires. El asunto se pone feo para Alvear. El presidente de la Asociación del Trabajo, doctor Joaquín de Anchorena, llega a la Casa Rosada para pedir la enérgica intervención del gobierno. El ministro Rafael Herrera Vegas declara que lo que más se hace sentir es la huelga de los obreros del puerto y del personal embarcado. En la ciudad de Santa Fe se origina un recio tiroteo frente a la biblioteca obrera Emilio

Zola, punto de reunión de los anarquistas; del mismo resultan cinco obreros heridos graves y un caballo de la policía muerto. El informe policial incluye el paro total de Rosario y Mar del Plata.

El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, se apersona al jefe de policía, señor Fernández y le ofrece sus 43 brigadas civiles para restaurar el orden.

En un primer momento marchan los tranvías, custodiados, pero ante el asalto a varios vehículos por grupos de obreros, los guardas y conductores se niegan a salir.

Los sindicalistas «puros», socialistas y comunistas salen también a la lucha. La Unión Sindical Argentina (exFORA del IX) dice que Wilckens

> pertenece a todo el proletariado. El valiente camarada Wilckens con el cual hemos contraído una deuda de solidaridad y de inefable gratitud todos los trabajadores de la república, ha sido cobardemente baleado por un sujeto que a su condición repugnante de guardiacárcel une la de instrumento ocasional de la burguesía para asesinar a nuestro camarada. Permanecer impasibles ante el inicuo atentado implicaría solidaridad con él y desvirtuar la simpatía que la heroica actitud del vengador de las masacres de Santa Cruz ha despertado en el ánimo de la clase trabajadora. La cobarde agresión de que fue víctima alcanza a todos los trabajadores.

La FORA acepta la repentina solidaridad de la central sindicalista, pero sospecha. Sospecha tanto que el lunes, en medio del paro total, alerta de esta manera a los trabajadores:

> ¡Trabajadores! Estad atentos a las resoluciones de las reuniones de delegados y del comité de huelga. Hasta que, de común acuerdo con todos los delegados de los gremios adheridos, no se dé oficialmente por terminado el paro, que ningún obrero reanude las tareas. La voz de orden no debe partir de los sectores que fueron a esta lucha arrastrados por los acontecimientos sino de los que supieron desde el primer momento asumir la actitud que exigía la bárbara inmolación del vengador Kurt Wilckens.

Es un tiro por elevación hacia la Unión Sindical Argentina. La FORA programa una gran manifestación obrera para el martes 19 a las 14, en Plaza once, es decir a pocos metros de donde la policía tiene sitiados a los panaderos y a otros obreros. Es indudable que allí se prepara la gran batalla.

Esto lo prevé en seguida la USA, que ordena levantar el paro para ese mismo día a las 18.

Es que los dirigentes de la USA se han planteado que, de seguir así las cosas, se producirá otra Semana Trágica, como en 1919. Al levantar el paro dividen el movimiento y enfrían el empuje de los trabajadores. La FORA sabe que es minoritaria en el movimiento obrero y que ahora, ante la deserción de la USA, sólo queda librada al núcleo de trabajadores anarquistas. A pesar de eso, en una tumultuosa asamblea de delegados, se resuelve mantener el paro a muerte.

La USA saldrá del paso con un comunicado muy combativo, sí, que pegará en carteles por toda la ciudad, pero que será el anuncio del levantamiento definitivo del paro. Se gastan palabras como éstas:

> Los asesinos del heroico camarada Kurt Wilckens tienen en la actitud del proletariado un severo aviso, el aviso de que el proletariado organizado sabrá en cualquier momento repeler la cobardía criminosa de los liberticidas. ¡Trabajadores, a la unidad por la acción!

Y ordenan ir a trabajar.

A la noche del lunes 18, la policía toma una medida inteligente: levanta la clausura del local de panaderos (que es donde actúa la FORA). Con eso trata de eliminar el principal foco de un posible combate en el acto programado por la central anarquista.

Pero se equivoca. Después del mediodía comienzan a llegar miles de obreros a Plaza Once y todos se concentran alrededor de ese local. La policía ha copado prácticamente toda la plaza y sus alrededores. Quitan banderas y detienen a exaltados.

Y es así como comienzan el jaleo. Nunca se va a saber quién lo inició. La policía dirá que fueron los anarquistas.

El hecho es que cuando la policía hace ademán de desalojar el local de la FORA, empieza el tiroteo. El que comanda la defensa, a cara limpia, es un obrero panadero español, Enrique Gombas. Al fuego concentrado de la policía los obreros responden con toda clase de armas cortas. Los anarquistas, sin ningún orden en la defensa, gastan todas sus balas a los cinco minutos. La policía recibe nuevos refuerzos hasta que logra meterse con caballo y todo en el local. Así van limpiando la casa de los fanáticos que se defienden con palos y trozos de hierro. La policía sigue su ataque concentrado y persigue a los obreros que huyen metiéndose en la estación Once por la calle Anchorena.

Cuando la acción ha terminado hay un verdadero tendal. El panadero Enrique Gombas está allí, muerto, con dos balazos en el cráneo y uno en el ojo derecho. Más allá, pisoteado por los caballos policiales el cadáver de otro proletario, Francisco Facio, vendedor de fainá (luego, la versión policial dirá que fue pisoteado por los caballos desbocados de un carro que pasaba casualmente por el lugar).

Las primeras noticias hablan de muchos muertos y heridos. Es que ha sido una verdadera batalla campal y por milagro sus consecuencias no han sido más trágicas. De cualquier manera, las filas obreras han sufrido una dura lección. Además de los dos muertos, hay 17 heridos graves y 163 detenidos, todos éstos con magulladuras o heridas de arma blanca en la cabeza, es decir, sablazos.

El aspecto de los heridos es impresionante. Por ejemplo, el panadero Emilio Tiraboschi, internado en Ramos Mejía con un tremendo hachazo que le ha partido la nariz en dos; o el panadero Ricardo Cabo, con un balazo en el frontal; o el ruso Nikifor Cholowsky, irreconocible por las contusiones y heridas recibidas en el cráneo y en la cara.

Pero la policía no se la sacó de arriba. El agente de escuadrón de seguridad, José Arias, con tres balazos en el abdomen, muere en el hospital Ramos Mejía y otros tres policías reciben heridas.

La FORA había salido valientemente a la lucha pero sin medir los resultados. La USA, en cambio, salía indemne. Había cumplido con la sensibilidad popular al parar por Wilckens pero luego supo sumarse a sosiego. No tenía problemas de presos, no tenía problemas de heridos, no tenía problemas de clausura de locales.

Algunos desesperados continuarán durante la noche atacando a policías y a tranvías. En el puerto queman un tranvía y matan al motorman que se resiste a cumplir las órdenes de paro.

La gente cumple con la vuelta al trabajo tal cual lo ordena la USA. La FORA hace un angustioso llamado para que todos los trabajadores sigan la huelga:

> ¡Compañeros! ¡Proletarios! La sed de sangre de los barbaros parece no haber sido saciada todavía. El despotismo, la más bárbara reacción se ha desencadenado sobre los trabajadores y es así que hoy, a las 14.30, se dio principio a la masacre en los alrededores de Plaza once. ¿Dejarán los proletarios impune esta nueva masacre? El Comité de Huelga de la FORA llama a la dignidad obrera, a la conciencia de los gremios para persistir en la huelga frente a los inauditos atropellos del despotismo policial. Hermanos, volver al trabajo dejando impune esta nueva masacre es solidarizarse con el vandalismo policial.

Claro que la USA no podrá dejar pasar por alto los hechos de Plaza Once Claro ni la muerte de los dos obreros. No podía enfrentarse así con los panaderos, uno de cuyos principales dirigentes había sido muerto a tiros. Para ello toman una medida salomónica. Deciden que, si bien se reanudaba el trabajo ese mismo martes, a las 18, se volvería a parar el día de la inhumación de las víctimas del tiroteo de Plaza Once.

Mientras la FORA prosigue el paro prepara, además, la gran manifestación para el sepelio del panadero Gombas. Pero una inteligente maniobra policial desbarata todos esos planes. Hace desaparecer el cadáver de Gombas; lo entierran en lugar desconocido ya que «no tiene parientes directos».

Y aquí ocurre algo realmente insólito: la USA, luego del acostumbrado comunicado de protesta, levanta el paro ya que la resolución era precisamente «parar el día del sepelio de las víctimas». Como no hay sepelio, no hay paro.

El 20 de junio la FORA denunciará públicamente a la otra central obrera:

> Y ahora que la USA —dirá en un manifiesto— consumó una traición más, abandonando al proletariado en los momentos más graves, nos dirigimos a los obreros de esa entidad en el sentido de que por encima de la voluntad de sus jefes y de los judas que los explotan y engañan, prosigan con nosotros la lucha y vengan fraternalmente a pelear por la justicia y a morir por la Libertad.

La huelga continúa: siguen impertérritos el paro la industria del calzado, los conductores de carros, los pintores unidos, los obreros del puerto de la capital, los ladrilleros, los guincheros, los conductores de carruajes, los tabaqueros, los expendedores de nafta, la federación de Luz y Fuerza, los aceiteros, cocheros de plaza, *chauffeurs*, etcétera.

Pero pese a todo el esfuerzo de algunos sacrificados, comienza el desbande. Por cada obrero huelguista que no concurre al trabajo hay diez desocupados que se presentan para cubrir las vacantes. La FORA no puede sola contra todo el aparato

estatal y contra la otra central obrera mayoritaria, la USA. Y tiene que claudicar para que no le desmantelen todos sus gremios. Finalmente, declara levantado el paro el jueves 21 a las 6 de la mañana.

Hay dos gremios que son más papistas que el papa y siguen por su cuenta el paro. Los «únicos que siguen fieles a la memoria de Wilckens» son los obreros empajadores y los mosaístas que proseguirán la huelga «hasta sus últimas consecuencias». Pero 72 horas después tienen que reconocer que ellos no pueden cambiar al mundo y vuelven al trabajo.

El día 21, los socialistas retiran el tema Wilckens de la primera página de su diario *La Vanguardia*. Para ellos es mucho más importante el tema del presupuesto. Y titulan la primera página de ese día de la siguiente manera «La Cámara celebró ayer una sesión espectaculosa».

La figura de Wilckens entraba ya en el cono de sombra del olvido. Así como los políticos tenían problemas más urgentes que la reivindicación de la figura de Varela, así los obreros eran empujados por disidencias y reproches mutuos que les llenaban todo el tiempo como para poder ocuparse de ese extranjero rubio que creyó reivindicar a su clase con una bomba de percusión.

Pero bien valen unos párrafos para dar más detalles sobre el impacto que recibió el pueblo al enterarse de la muerte de Kurt Wilckens. Tal vez la muerte del preso que es baleado en el lecho y la simpatía subyacente que despierta todo aquel que solo, se rebela, se juega la vida y atenta contra un poderoso sin dañar a nadie más, haya hecho volar alto el sentimentalismo y la admiración de todo ese pueblo, de esa masa que nunca se queja pero que observa y es crítica de quien la manda.

Kurt Wilckens fue tema de payadores durante muchos años. De auténticos payadores. Fue tema de Luis Acosta García, uno de nuestros más auténticos payadores bonaerenses, nacido en Dorrego, y a quien esa ciudad lo ha hecho su figura más representativa.[81] Acosta García, que había ganado el concurso de payadores en el parque Goal, de Plaza Lorea, y que era el número más aplaudido de ese lugar tan porteño de la década del veinte, salió al escenario la noche del sábado 16 de junio de 1923 —a la madrugada se había consumado la agresión contra Wilckens— y en medio del silencio religioso del auditorio, entonó esta canción:

El edificio enorme, de oscuridad vestía,
en el mayor silencio, estaba la prisión,
más como una sentencia, de vez en vez se oía,
un centinela alerta y alerta repetía
una voz a lo lejos, que helaba el corazón.
De pronto un centinela, muy sigilosamente
se aproxima a una celda donde un enfermo está
¿Quién eres? le pregunta muy misteriosamente
KURT WILCKENS, le responde el preso mansamente

y un tiro gritó alerta a toda la ciudad.
Después del estampido, al descubrirse el hecho,
miedosos y confusos, los celadores van
y encuentran a Kurt Wilckens, atravesado el pecho
como un león herido, rugiendo junto al lecho,
y en la puerta triunfante está Pérez Millán.
¿Qué has hecho? le preguntaron al sin rival cretino
¿Qué has hecho? le repiten con toda indignación
Y el criminal responde, obré como argentino,
obré como soldado matando al asesino
que ayer mató a Varela, el coronel león.
Canalla, mal nacido, aborto del destino,
has profanado el nombre de nuestro pabellón,
al invocar la Patria donde nació Ameghino
donde nació Moreno y en donde Bernardino
dejó para los criollos cultura e instrucción.
Y qué dirán los hombres, de tierras extranjeras
que sueñan con América para la humanidad
ahora si se enteran que ni los prisioneros
son dignos de respeto habiendo carceleros
de apellidos ilustres en nuestra sociedad.
¡Verdugo! Ni sabiendo que el hombre estaba herido
tuviste repugnancia de hacerte criminal,
para matar a un hombre, indefenso y dormido
sólo una bestia sin alma, de corazón podrido
puede plasmar un hecho plus ultra natural.
Ni el criminal Enrique, que mutiló a Conrado,
ni el criminal Mateo, tan fiero como es,
ni Lauro ni Salvato jamás han realizado
un crimen tan inicuo cómo el que ha perpetrado
la fiera carcelaria del año veintitrés.[82]
Mataste a Kurt Wilckens; esa encendida tea
porque era apóstol mártir de una alta idealidad
sin ver que en otro siglo había en Galilea
un hombre como él rubio y de la misma idea
que ha honrado con su muerte toda la humanidad.
Y para más vergüenza tras de tu ensañamiento
has proclamado el nombre de la argentinidad
y yo como argentino, altivo te desmiento
por Juan Bautista Alberdi, en nombre de Sarmiento
¡Te proclamo un idiota, sin nacionalidad!

Lo valioso de estas estrofas es precisamente su espontaneidad, sus figuras y metáforas tan de época, su ingenuidad casi diáfana. No es nada más que un romance de ciegos, sin valor literario, pero con un profundo significado popular. Tal es así que en la década del veinte y todavía en la del treinta se cantaba en fogones y era tema preferido de obreritas o sirvientitas en patios de conventillos. Es decir, pasó los límites de los estrictamente anarquista para ser tema del pueblo.

Esa noche, en el parque Goal entró la policía. Luis Acosta García acostumbrado a ser desalojado muchas veces por los temas que él cantaba, continuó sin temor hasta que lo bajaron dos agentes y lo llevaron fuera.

El atentado de Kurt Wilckens contra Varela fue también tema para Martín Castro, famoso payador de la década del veinte.

Vamos a reproducir la poesía *El Héroe*, obligado recitado de cuanta reunión filodramática se hiciera. Fue escrita por Fernando Gualtieri en octubre de 1924 y tuvo vigencia durante más de una década. Es una curiosa pieza poética, tal vez sin valor literario alguno, pero con gran fuerza de reminiscencia de toda una forma de expresarse. Esta poesía fue recopilada verso a verso, por Huri Sosa de Portela, directora de la escuela primaria de Los Antiguos, Santa Cruz, quien la escuchó en boca del anciano Gabino Pérez, en 1972. El viejo criollo la recitaba y cantaba acompañándose de guitarra. Cincuenta años no habían hecho mella en su memoria.

EL HÉROE

I

Cuando un pueblo se ve sojuzgado
bajo injusta y brutal represión
surge entonces el bardo, y altivo
canta y grita su nueva canción.
Ved aquí lo que canta uno de ellos
que se siente zaherido a su vez
¡es un grito potente y salvaje
que condena y demuestra altivez!

II

En lejana región argentina,
—vasto y gran territorio del Sur—
en mil novecientos veintiuno
una huelga estalló en Santa Cruz.
Desde allí se extendió velozmente
como pólvora ardiendo sin par,
y bien pronto ese gran continente
convirtióse en Vanguardia Social.

Una sombra de miedo, de duda,
Delineóse en el campo burgués,
y con pánico alzaron el grito:
«¡Humillaron el patrio pavés!»
y fue cuando, con gestos airados
los eternos creadores del Mal,
congregaron sus huestes malditas
inspiradas en trágico plan.

III

Bajo el mando de Héctor Varela,
de esta hóspita y gran Capital,
mil soldados partieron ufanos
con un aire solemne y marcial.
Y llegaron allí donde muchos
proletarios repletos de afán,
con la huelga, que es arma potente,
defendían su mísero pan.
Emboscadas, traiciones, violencias,
—Que es la norma del buen militar—
fueron armas corrientes que usaron
los que iban el fuego a apagar.
Sin tener la noción de lo bello,
de lo grande, del grato vivir,
por contraste, por gusto malvado,
el soldado ya imita a Caín.
Y los *máuseres* pronto escupieron
su mortífero plomo infernal,
raleando las filas obreras
con cinismo y con saña bestial.
Muchos pechos velludos, valientes,
que albergaban un mundo de amor
fueron blanco del arma infamante
que el Estado al soldado le dio.
Y cayeron, cayeron a cientos,
a doscientos, quinientos, a mil,
de esos hijos de madres ancianas,
de esos padres de algún querubín.

IV

¡Cuánta infamia el Estado comete!

¡Cuánta sangre, sin fin, derramó,
¡Desde tiempos, remotos, lejanos,
de que el orbe a girar comenzó!
El milico es el ser más innoble,
más infame, vicioso y cruel,
y su escuela es escuela del crimen
y su cátedra, diaria, el cuartel.
No trabajan, no aman, no ríen,
no disfrutan de bella expansión
pues acatan (sumisos esclavos)
disciplinas que impone el mandón.
Y es por eso que todo soldado
se convierte en verdugo, en baldón,
en azote y tirano del pueblo,
¡en bombero de la rebelión!
Y es así que con mano de hierro,
cual herrero que forja una cruz,
sin piedad, intentaron, la Idea,
maniatar con el hombre, en el Sur.
¡Vano empeño de los mercenarios
que en la fuerza suponen razón!
Vano empeño, repito; la idea
no la mata la voz del cañón.
Puede el hombre morir fusilado,
como fue fusilado Ferrer,
¡mas la Idea, que es Dios impalpable,
no se anula ni muere con él!

V

Aquí cráneos hundidos, deshechos
allá pechos que daban pavor,
sangre y ayes, sollozos, quejidos,
¡por doquiera imperaba el dolor!
¿Quiénes fueron causantes del crimen
pavoroso, siniestro y brutal.
que allá lejos, bien lejos, ¡muy lejos!
tuvo escena con saña infernal?
La respuesta es concreta y sencilla:
todo aquel que ha mandado y poder,
es directo y real responsable
de ese bárbaro crimen de ayer.

Más de un año de lucha cruenta,
más de un año la caza duró,
y se sabe que el sable argentino
mil quinientas cabezas segó.

VI

¡Qué contraste! Mirad, ¡qué contraste!
un ejército que ha contendor,
¿es posible que anule al contrario,
sin que muera un soldado, señor?
¿Es posible que caigan mil hombres,
mil obreros en lid desigual,
sin herir ni siquiera un soldado
que responde a la fuerza estatal?
Es bien claro que lucha no hubo…
que hubo crímenes sólo a granel,
masacrando a indefensos hermanos
por mandato de un vil coronel.
Y es entonces que vuelven los héroes
triunfadores a la Capital,
coronadas de lauros sus sienes
y borrachos de instinto bestial.
Y recibe Varela, el teniente,
que lidió, por el patrio pavés,
los saludos y aplausos cordiales
de Yrigoyen, Elpidio y Carlés.

VII

Mas un Hombre, un Valiente, un Hermano,
un buen hijo de acrática fe,
se indignó por el crimen sin nombre
que sufrió todo un pueblo con él.
Y se dijo a sí mismo: el que mata
sin que causa para ello medió
¡no es posible que siga viviendo!
¡no es posible que viva entre nos!
Y así fue que una vez, y dos veces
y tres veces, y cuatro también,
apostado, paciente y tranquilo,
aguardaba al brutal coronel.

VIII

Veinticinco de enero. Mañana.
Una calle silente. El sol
majestuoso ya asoma. Varela,
comparece con vago temor.
Su conciencia le grita: ¡tirano!
¡asesino! ¡ladrón! ¡criminal!
Y temblando, temblando de miedo
ya no anda como antes, marcial.
Y de pronto, gallardo, elegante,
bulto esférico, el aire cruzó…
… ¡La justicia anhelada se ha hecho!
¡Kurt Wilckens la afrenta vengó!
Todo el pueblo argentino sintióse
libre al fin de una mancha tenaz,
que embargaba su espíritu noble
y humillaba su pálida faz.
Mas el héroe de aquella jornada
que cargóse a sí mismo la cruz,
cayó herido también por la bomba
que llenó el horizonte de luz.
Aguantó, como un Cristo, la befa,
el insulto y la mofa oficial,
y tranquilo, sereno y dichoso,
soportó todo el odio estatal.
Y la ley, esa ley del embudo
que no daña al que es dueño y señor,
cayó encima de quien mató a uno,
respetando al que a mil fusiló.
Internado en la cárcel, el héroe,
soportaba en su carne el dolor,
y esperaba, esperaba paciente
la condena inhumana y atroz.

IX

Diez y seis de junio. De noche.
Densas sombras. Sin luz la Prisión.
Un reptil ponzoñoso resbala
por las losas de aquella mansión.
Llega junto a la celda de un hombre
fatigado, tranquila la faz,

descansaba en segura tarima
transportado en un sueño de paz.
Trasponiendo el umbral de la celda,
se adelanta y retumba su voz:
«¿Eres tú, Kurt Wilckens, el reo,
que el honor nacional mancilló?»
«He vengado —responde el herido—
una infame y brutal represión…»
Y la frase se queda inconclusa,
pues un tiro en la celda sonó.
Y aquel Cristo, aquel héroe, aquel bravo,
otra vez su cabeza dobló,
pues la bala homicida y cobarde
destrozóle su gran corazón.
Un clamor pavoroso, en el pueblo,
despertóse al saber la verdad,
pues ansiaba tener en sus manos
a ese infame de Pérez Millán.

X

¿Quién armó a esa mano asesina
que tan bien su mandato cumplió?
¿Fue su propia intuición patriótica
o más bien de instrumento sirvió?
No. No hay dudas, Kurt Wilckens, con vida
para el pueblo era astral esplendor,
era emblema, bandera, justicia,
¡Era todo un calvario de amor!
Y es por eso que el Clero, el Estado,
Militar, inclusive el burgués,
¡conjuráronse y armaron la mano
de un imbécil e idiota a la vez!
Y así fue. Dos figuras nos quedan:
¡Kurt G. Wilckens y Pérez Millán!
¿Quién está con el noble altruista?
¿Quién se queda con Pérez, el can?

XI

¡Noble pueblo argentino! Tu frente
que bien limpio de afrentas quedó:
nunca olvides al héroe de Enero,

que con sangre su altruismo pagó!
¡No lo olvides! Medita en el gesto
de ese mártir que tuvo otro igual:
aquel noble Simón Radowitzky
que aún vegeta en la Tierra infernal.
Son dos héroes, dos grandes, dos nobles,
dos estrellas de claro esplendor,
que trazaron caminos felices,
con dos bombas cargadas de amor.

Si no hubiéramos recogido con nuestras manos los múltiples testimonios de todo el movimiento surgido de inmediato con motivo del asesinato de Kurt Wilckens nos parecería mentira que hasta en los más apartados rincones del país existiera gente que sintió la necesidad de expresar por medio de volantes, comunicados, actos, etc., su repudio al hecho y su reconocimiento al vindicador anarquista. Los ferroviarios de Añatuya, Santiago del Estero, por ejemplo, que explican en un volante la vida de Wilckens llamándolo «*símbolo de la Libertad y la Justicia*», o la agrupación «Pensamiento Anarquista» de Comodoro Rivadavia que lo califica del «hombre más valeroso que ha salido de las filas del pueblo». O el Sindicato de Oficios varios de Tamangueyú que promete a Wilckens que vengará su muerte. O el grupo anarquista de O'Brien (provincia de Buenos Aires) que hace una manifestación de protesta; o en la lejana Oran, donde su sindicato da a conocer una proclama, o en La Rioja, donde no había ningún sindicato organizado y sin embargo se reúne un grupo de obreros para expresar publicamente: «Que la sangre del estoico mártir aumente la fuerza dinámica y moral del rojo pabellón libertario». O en General Pico (La Pampa) donde el joven Jacobo Prince —quien luego fuera uno de los pensadores y orientadores fundamentales del movimiento libertario— fue encarcelado por querer llevar a cabo un mitin público en homenaje a Wilckens y de repudio a su asesinato.

Lo mismo en el exterior donde ninguna de las publicaciones anarquistas de Europa, América y Asia dejó de informar y protestar por el hecho. Pero donde hubo más repercusión, por supuesto, fue en Alemania. En Berlín, en la cervecería «Koenigsstadt», se hizo un acto de protesta «por el asesinato del revolucionario Kurt Wilckens en la prisión de Buenos Aires». En la reunión, organizada por la Bolsa de Trabajo de la Federación Anarco-Sindicalista Berlinesa, hablaron, entre otros, Rudolf Rocker y Augustin Souchy. Los carteles murales anunciadores del acto decían:

> Wilckens fue asesinado en la prisión sin proceso previo. Los reaccionarios argentinos temían que durante el proceso se descubrieran los métodos bestiales con que se reprime al proletariado. ¡Trabajadores, protestad contra el fascismo internacional mediante vuestra presencia!

También en Hamburgo hubo un acto público. Se realizó en la casa de reuniones «Vaterland» y concurrieron a la misma ochocientas personas. El periódico *Alarm*

dedica cinco páginas enteras a la vida de Wilckens y a la conferencia que se dio en la asamblea popular, que estuvo a cargo de C. Langer, director de esa publicación y amigo personal del obrero asesinado. El discurso de Langer es una hermosa despedida del compañero muerto en tierras tan distantes. Da los detalles de la masacre de obreros patagónicos, de la huelga general que se declara al conocerse el asesinato de Wilckens, del tiroteo frente al local de la FORA, y tiene palabras de censura por la negativa de las autoridades argentinas de entregar el cadáver del luchador asesinado. El orador terminará su discurso con las últimas palabras de uno de los mártires de Chicago, el alemán August Spiess antes de ser ahorcado: «*Llegará el tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que todos vuestros discursos*».

Además, los libertarios alemanes imprimieron 8 mil volantes que esclarecían acerca de la actitud de Wilckens y de la masacre patagónica. Y otros 2 mil, con el retrato de Wilckens, fueron remitidos a los grupos anarquistas de otros países de Europa.

Es de tener en cuenta que Alemania en esos años vivía el fantasma del hambre y de las continuas luchas políticas; fueron los peores años de miseria y de derramamiento de sangre. Por eso tiene tanta importancia que los anarquistas alemanes hayan tenido tiempo y atención todavía para un acontecimiento ocurrido a miles de kilómetros de distancia. Y hay un hecho que habla de la precisión germánica: al saber que en esos días estaba en Hamburgo la fragata escuela de la Marina de Guerra Argentina «Presidente Sarmiento», obreros anarquistas visitaron el buque y repartieron entre los cariacontecidos cadetes argentinos el siguiente volante que, por supuesto, había sido escrito en lengua castellana:

> ARGENTINOS: vuestro gobierno capitalista ha eliminado mediante un asesinato alevoso el 16 de junio de 1923 a nuestro camarada Kurt Wilckens, matador del sanguinario coronel Varela. Este Varela hizo fusilar en la Patagonia a 1500 trabajadores huelguistas. Kurt Wilckens libertó a vuestra tierra y a vuestro pueblo de esa bestia. Nosotros simpatizamos con los argentinos revolucionarios y enviamos al pueblo escarnecido nuestros saludos de hermanos. En cambio al gobierno y a la clase dominante de la Argentina les expresamos nuestro desprecio y nuestro aborrecimiento. LOS TRABAJADORES REVOLUCIONARIOS DE HAMBURGO (Federación Anarquista Libre).

Más tarde, esa Federación hará imprimir tarjetas postales con el retrato de Wilckens y las repartirá por toda Europa y América para que no se olvide el acto por él realizado.

También el periódico *Alarm* traerá en la tapa de uno de sus números el retrato dibujado de Wilckens.

Un tercer mitin de protesta harán los trabajadores alemanes por la muerte de Wilckens: lo organizará la Bolsa de Trabajo de la ciudad de Elberfeld y como resolución se aprobará una nota de protesta enviada al ministro argentino en Alemania.

El secretariado de la Asociación Internacional de Trabajadores, con sede en Berlín, dará a publicidad en varios idiomas un manifiesto de protesta titulado: «Kurt

Wilckens asesinado en las mazmorras de la Argentina». Ese manifiesto será publicado por diarios obreros de todo el mundo.

Pero no solamente en Alemania se hizo sentir la protesta. En Austria, en la asamblea general de la Federación de Socialistas Libertarios, Pierre Ramus pronuncia un discurso titulado «Kurt Wilckens y la reacción en la Argentina». El pensador antimilitarista austríaco dirá:

> El nombre de Kurt Wilckens, como el de August Reinsdorf, otro noble vengador, merecen vivir en la conciencia del proletariado alemán y estimularlo a libertarse de una vez por todas del idiotismo de los nacionalistas alemanes. En Wilckens venero un tesoro de nuestro movimiento internacional. Su autosacrificio en pro de los derechos de sus hermanos argentinos se ha convertido en un nimbo famoso para el proletariado alemán.

En Noruega, la Bolsa de Trabajo de Cristianía celebra el 4 de julio de ese año un acto de protesta por la muerte de Wilckens y por el fusilamiento de obreros patagónicos, y, en ese sentido, envían una nota al ministro argentino en la capital noruega.

En Chile repercutirá especialmente la muerte de Wilckens. Dentro de todo, el alemán había sido el vengador de tanto chilote fusilado en el sur. En Santiago se realizará, el domingo 24 de junio a las 4 —en la Alameda, al pie de la estatua de O'Higgins— un acto para preparar el paro de cuatro horas del martes 26 por la tarde. En el acto, los diversos oradores pondrán de manifiesto los «crímenes horrorosos cometidos por el nefasto coronel Varela en la región magallánica, crímenes que vengó el carácter y la mano de Wilckens, borrando de la tierra la vida repugnante del asesino uniformado Varela».

Hasta en Iquique, en el semanario *El Sembrador*, es saludado el gesto del anarquista Wilckens.

Antes de terminar con la recordación de Wilckens queremos, a modo de pequeña antología, publicar cuatro escritos que se hicieron sobre él.

El primero corresponde a una especie de estampa religiosa, con su retrato en el anverso y el siguiente epígrafe:

> KURT WILCKENS - Héroe y Mártir
> (Asesinado alevosamente por las huestes de la Patria en la Prisión Nacional, mientras dormía, en la madrugada del 16 de junio de 1923).

Y en el reverso, una oración pagana escrita en estos términos:

> ¡CANTA EL PUEBLO!
> ¡Wilckens! Y lo primero que florece, en la mente, es el corazón de Jesús, abierto al mundo.
> ¡Wilckens! Y vemos abiertas las entrañas del pueblo, librando a nuestro hermanito Simón.[83]
> ¡Wilckens! ¡Y entre las nebulosas del pasado insurgen radiantes, vigorosos, los grandes héroes ignorados u olvidados: Lingg,[84] rodeado de bombas en su cueva solitaria; Bresci[85] con su humeante revólver frente a Humberto. Caserio[86] sonriente, buscando el corazón de Sadi Carnot, con su puñal coronado de frescas flores; Angiolillo[87]; Orsini[88]; Ravachol!…[89]
> Canta el pueblo su canción de muerte, después de pujar indómito en las lides del progreso. ¡Canta! Y

cuando no es Jesús que cruza los siglos con su sangrante corazón de paria, es Wilckens soberanamente trágico, que se destroza él mismo, por liberar de su mortífero empuje vidas que empiezan; sueños que brotan; esperanzas que se irradian, en los bellos labios, en los ojos bellos de una niña.
Canta el pueblo su canción de muerte. Y sobre las lágrimas de las madres, las ilusiones de las novias y el ansia augural de los mancebos, lanza al mundo corazones de Jesús, bombas de Wilckens.
¡Salud a la Anarquía!

GRUPO CLARIDAD

La otra página es un «cartel» de González Pacheco:

LA MUERTE DE KURT WILCKENS

Y bien: Wilckens, a su vez, fue muerto. Parecería que esto debiera descontarse y que quizá él mismo lo descontó desde el primer momento: vida por vida, muerte por muerte. Pues sólo los asesinos, los perdidos en la sombra de su delito, se eluden, muerden y se agazapan, son una sola cosa con la noche de que parten, con la oscuridad a que vuelven. Hay que rastrearlos, como a las víboras, entre las grietas de sus instintos, como a las fieras, entre los matorrales de su conciencia…
Wilckens no era de éstos. Los compañeros saben que este hombre andaba en lo alto: que su mirada azul besaba toda cumbre, que su espíritu era como una gasa prendida a toda altura. Que era bueno, consciente y responsable. Y que lanzado al terrible trance de vengador del pueblo, seguramente, positivamente, descontó que, a su vez, iba a ser muerto.
Sí. Wilckens sabía eso. Todo grande siente la fatalidad como un ave guerrera enredada a sus entrañas. Sabe que, tarde o temprano, lo arrebatará en su vuelo, lo llevará a perderse, a estrellarse ya a los pies de un tirano, ya sobre una barricada. Y descuenta la muerte.
Wilckens sabía. El que no sabe nada, el que es un pobre inconsciente es su matador. Viscoso y pequeño, vedlo, ahora, queriendo pasar por loco, alegando torpes alucinaciones. Héroe de los militares, se les transforma de pronto en un vulgar chicanero irresponsable. Echa borda abajo el gesto, la dignidad, hasta el móvil de su crimen y se presenta a sus jueces tornado en un simple idiota. ¡Guardáoslo, señores!
Nuestra historia no precisa ni el recuerdo de ese maula alevoso. Le basta con su muerto, le sobra con su vivo. Kurt Wilckens y Simón Radowitzky. ¡He aquí la medalla grabada a nuestros corazones!
Si el pueblo tiene un rostro, una alma, una voluntad, estos hombres son el pueblo de la Argentina. Por ellos nos conocen y en ellos avanzamos. Juventud y madurez, fervor y pensamiento, ternura y fuerza: parecen uno sólo a través de dos edades, la marcha del ideal a lo largo de los años…
En cuanto a lo demás, Wilckens, como Radowitzky, descontaron la cárcel y la muerte. Fueron grandes. Y toda grandeza es fatal. ¡Adelante!

R. GONZÁLEZ PACHECO

Esta otra página fue escrita en el segundo aniversario de la muerte de Wilckens, en junio de 1925. Fue redactada en italiano por Severino Di Giovanni en su revista *Culmine*. Es el primer trabajo que el violento anarquista italiano hizo sobre Wilckens. Reproducimos este escrito, por el solo hecho de haber sido redactado por un anarquista expropiador, un hombre que pasó a la historia oficial como un pistolero, un delincuente común. La revista *Culmine* traerá un grabado de Wilckens realizado por Lluch, con la siguiente inscripción: «OFRENDAD FLORES AL REBELDE CAÍDO», y luego vendrá el artículo de Di Giovanni, una parte del cual expresa:

WILCKENS

Recordémoslo en todos los instantes de su laboriosa y heroica vida: recordémoslo como oscuro soldado en la lejana tierra germana, en el seno de las minas del Ruhr y revoltoso incitador a la rebelión en el estado de Virginia. Oscuro, sin nombre, en los trabajos de la demolición, iluminado, en la colosal obra realizada. Justiciero consciente y humano, desprecia su noble vida para salvar a una niña que, inocente, corre peligro, y a pesar de estar herido, en la obsesión constante de castigar al carnicero, luego de haberle arrojado una bomba le descarga además varios tiros de su arma.
Así, bello y terrible, bueno y vindicador, lo recordamos nuevamente en este segundo aniversario de su

desaparición.
¡Gloria, oh Kurt Wilckens, héroe valeroso!
También nosotros, falange rebelde de mineros que en el vientre lóbrego de la humanidad golpeamos las férreas paredes del prejuicio con los picos demoledores, a la luz débil de una lámpara que con ayuda del aumento de la mecha expande más radiante su luz, no podemos dejar de lanzar en ese antro pavoroso y negro nuestra voz metálica, para por lo menos hacer sonar el eco que lleve a todos a un despertar viril.
Y si este año, la protesta de plaza no ha atronado en los oídos de los carniceros sobrevivientes de los 1500 proletariados despedazados en las lejanas tierras de Santa Cruz, no por eso la innumerable columna de los sin nombre, que en esas regiones han vivido días de terror horripilante y que, salvados de la inmensa hecatombe ordenada por el coronel Héctor Varela a su gente borracha de odio, de vino y de sangre, olvidaron a su vengador, al generoso Wilckens.
Tiemblan todos los autores de aquélla orgía de sangre, ludibrio y vergüenza de esta tierra… democrática que debe su nacimiento a Bernardino Rivadavia. Ellos, los que se han salvado, espectros vivientes, reducidos por vuestro terror a la miseria más triste, en estos días, en homenaje al ajusticiador de Varela, se mezclarán con todos sus hermanos de pasión y harán flamear en alto, por encima de todos, la negra bandera de la revuelta humana.

El último de estos escritos sobre Wilckens que queremos citar fue publicado por el periódico *La Antorcha*, el viernes 14 de septiembre de 1923.

LA TUMBA DE KURT WILCKENS Calle 3, tablón 4, Sepultura 58
Durante varias horas, en compañía de un camarada joven, perseguimos la búsqueda de la tumba más pobre, desolada e inhospitalaria, seguros de encontrar en ella a la tumba de Kurt Wilckens. Por una asociación de lejanos hechos, recordábamos a la sazón la página que escribió Eugenio Noel con motivo de una visita a la tumba de Francisco Ferrer. En su oportunidad, también Noel persiguió en su busca, en compañía de un grupo de jóvenes republicanos, los lugares más desolados y misérrimos del cementerio civil. Esto contrariará muchos sentimientos humildes, mas es significadamente humano, y hasta necesario. Los hombres de la exaltación olvidarán prontamente la dura tierra que cubre a los hombres de acción. La vida imperiosa así lo exige. Por eso frente a una tumba fría sin flores y sin memoria estad seguros de hallaros ante la sepultura que fuera cavada para un hombre que sembró mucho, que dio y avanzó mucho a través de su sombra, la juventud, la libertad, la vida. Carecíamos para su encuentro de la certeza de una indicación exacta. Desdoblamos la única indicación, la página ya deteriorada y vieja del diario vibrante en que la exaltación de la refriega nos dejó, como un recuerdo para los trabajadores la guía de su tumba. Calle tercera… la calle tercera es el lugar de los pobres, los desahuciados, la carne del hospital y de la cárcel. Forzosamente había de serlo así: tan desolado y triste. Después de atravesar y recorrer un sin fin de caminos deteniéndonos ante innúmeras tumbas, las más sórdidas, dimos con una indicación. En lo más bajo del cementerio, cercana al paredón, a unos cien metros de la vía del ferrocarril que continuamente lleva la estridencia de sus pitadas a la paz de las tumbas, está situada la calle tercera. Aquí no hay la multiplicidad jovial e infantil de las lápidas blancas, enjambre albo de tumbas que se esparce y descansa al pie de la pequeña y ondulada loma. Esto es un yermo, un páramo. La vieja tierra, la tierra parda, amarilla, lo cubre todo. En lo alto, en las tumbas pagas, existe el cuidado religioso de los árboles funerarios. En la calle tercera no hay árboles. Pequeñas cruces rústicas que el viento abate, jardincillos descuidados que festonean piadosamente el trozo de tumba. Es la tierra gratis, la que llena las cuencas de los suicidas anónimos, la que donará paz al vagabundo, la piadosa fosa común, los terrones que han de cubrir a los exilados del hospital o de la cárcel. Calle tercera, tablón cuatro… Ya nos hallamos en el bajo. Ahora no desesperamos encontrar su tumba. Esta tierra inclemente ha de ser. El tablón cuatro se halla a unos veinte pasos de un camino que va a morir en lo más hondo, junto al viejo muro de cementerio. Daos a buscar en esta tierra igual, la fosa del camarada. Es el tablón cuarto una pequeña elevación rectangular de tierra de unos treinta metros de largo. A sus lados, en dos líneas paralelas, dando al borde de reducidos caminos, las tumbas. Cruces volteadas, flores marchitas, unos latones pintados en negro y garabateados en blanco que indican un nombre y una fecha. En el tablón cuatro se sepultan de a tres y cuatro por fosa. Cávase una fosa por día, al cerrar la noche será tapada. Calle tercera, tablón cuatro, sepultura cincuenta y ocho… De un extremo del tablón vemos destacarse de la tierra igual un pequeño jardincillo. A su cabecera, un latón con un soporte. Avanzamos en el reducido camino lateral, dificultosamente, asediados por un barro oscuro, formado por las últimas lluvias. Este jardincillo sin flores, con unas míseras matas sin savia y un tosco borde de ladrillos, a ras de la tierra parda es la sepultura cincuenta y ocho… Aquí vacía sus cuencas y disgrega sus carnes Kurt Wilckens. Lo

pasajero, lo que retorna a las savias eternas de la vida. Cuando la protesta obrera arreciaba en las calles, furtivamente, dos policías le dieron sepultura a su cuerpo. Durante diez días montó guardia un sayón armado al pie de su tumba. Luego, al correr de los días, cuando aveníase el sosiego y la paz, manos anónimas procuraron donarle la gracia de unas flores, el tosco jardín agostado que cubre su fosa. Leemos en el latón que indica su tumba «KURT WILCKENS. FALLECIÓ EL 18 DE JUNIO DE 1923 A CONSECUENCIA DE SU IDEAL. EN LA MENTE DE SUS COMPAÑEROS QUEDA GRABADA SU ACCIÓN». Quedamos un tiempo incontable, una o dos horas, silenciosamente ante la sepultura cincuenta y ocho. Un sin fin de ideas y de recuerdos se asocian a nuestros pensamientos. Estas manos anónimas, obreras, representan para nosotros una fuerza ideal que no perecerá jamás, que brotará permanentemente hacia la vida. Fueron las que procuraron flores en su tumba y esa recordación de que en la mente de sus compañeros quede grabada su acción.

¡Qué sencillo y hermoso es todo esto!

Es como aquel campesino ruso que a la muerte de Kropotkin cruzó a pie la inclemencia de la estepa para, a falta de un recuerdo en su tumba, ayudar a cavar la tierra helada y endurecida de su fosa. Él sabía que había muerto un santo y que la tumba de un santo debía ser cavada por los brazos toscos de un campesino. Nuestra presencia, la de los dos hombres jóvenes ante una tumba tan triste, despierta curiosidad en dos o tres visitantes. Uno de ellos, acercándose, lee el nombre de Kurt Wilckens. Silenciosamente, parte un pequeño ramo de violetas que lleva consigo y las posa en la tumba.

La mañana es fría, cortado el cielo en cenicientos nubarrones. Un viento tenaz nos azota continuamente. Los trenes pasan velozmente en la vía inmediata. El barro se adhiere a nuestros botines, trepa en los pantalones. Regresamos a la ciudad. En las palabras cambiadas, anudadas algo lenta y tristemente, flota la visión desolada de la calle tercera, cuya tierra parda, amarilla, se nutre de las savias fuertes del camarada que sintetizó su vida en la grandeza de dos fechas: 25 de enero de 1923 - 16 de junio de 1923. Volvemos a la ciudad algo intranquilos, con una fuerte esperanza, como en aquella mañana de sol en que Kurt hizo vibrar en los aires, cara a la fiera, la voz tonante y vindicadora de la dinamita.

H. AN. JOVER

Pero, a esto de las tumbas, los anarquistas nunca le dieron importancia. Siempre fueron partidarios de la cremación y la dispersión de las cenizas. El cuidado de las tumbas es para ellos algo sin sentido e irracional. El cuerpo muerto no tiene absolutamente nada que ver con el recuerdo o emulación de los héroes. Por eso nos sorprende la nota anterior y la que cinco años después se escribirá en *La Protesta*, aunque se ve que el autor redacta como si pidiera disculpas. Dice así en una nota recordatoria del asesinato:

Aún queremos decir algo más. Y esto de naturaleza más íntima: sin ser idólatras nos hubiera agradado, como única familia del vengador de los masacrados en la Patagonia, que se hubiera conservado la tumba del inolvidable compañero como se conserva en el cementerio de Waldheim de Chicago un pequeño monumento en memoria de los cinco ahorcados. Nadie ha pensado en este detalle, posiblemente, y a estas horas tal vez sea tarde pera conservar la sepultura de nuestro pobre amigo. No somos idólatras pero hubiera sido deseable que los anarquistas de la Argentina hubiesen conservado para el porvenir el lugar donde fueron enterrados un día, en el misterio de la noche, los restos de Wilckens. Las futuras generaciones no pasarían delante de aquella tumba modesta sin un pensamiento sobre la justicia social como no se pasa ante el cementerio de Waldheim sin crispar los puños al recuerdo del crimen judicial infame de Chicago.

La misma *La Protesta*, escribirá un año después:

En esta casa somos iconoclastas; no reconocemos ídolos de ninguna especie. Pero el compañero que llega, con lo primero que tropieza es con un retrato de Kurt Wilckens, en lugar bien visible, como para que sea visto por los mismos transeúntes. Tenemos motivo para estar orgullosos de ese héroe, por su vida privada, por su larga actuación revolucionaria, por su gesto altamente humano y reivindicador. A pesar de que Wilckens haya desaparecido hace tan poco de entre nosotros, nos parece como un símbolo, como una figura legendaria.

> Lo queríamos como a un hermano antes del 25 de enero de 1923, lo hemos admirado después de esa fecha memorable y casi lo veneramos desde el 16 de junio del mismo año.
> Nunca hemos encontrado un hombre de una pureza moral tan elevada; su vida era un continuo tormento porque los hombres no eran tan buenos y tan nobles como él y porque es tanto el dolor que nos rodea que un temperamento como el de Wilckens tiene que sentirse lacerado sin cesar. Era un hombre en cuyo trato podía uno hacerse la ilusión de vivir ya un trozo de la vida del porvenir. Su bondad, su honradez, su nobleza, rayaban casi en el misticismo; sin embargo, tras aquella suavidad evangélica había todo un carácter y una energía de hierro. Los que no lo conocían de cerca, apenas podían sospecharlo.

En el mismo número de *La Protesta* se consignará un hecho:

> Se nos dice que en el lejano sur, los parias del latifundio idolatran a Wilckens y que en una sierra, cuyo lugar no recordamos, una mano anónima grabó en la piedra, de forma bien visible, el nombre de nuestro pobre amigo: pasarán muchísimos años antes de que aquella inscripción pueda borrarse. Pero pasarán muchos más antes de que se borre de la memoria del proletariado el gesto vindicador y justiciero de Kurt Wilckens.

En esta galería digna de Edgar Allan Poe que nos entrega la historia de los años veinte de la Argentina, todavía no nos hemos ocupado suficientemente de la figura de Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley.

¿Qué hacía este muchacho de la aristocracia porteña, vestido de guardiacárcel, custodiando tan luego a Wilckens? ¿Es todo casualidad o hay aquí un extraño y no muy limpio juego? Pero antes, ¿qué hacía Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley en Santa Cruz, en 1920, disfrazado de gendarme?, ¿qué hacía Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley en el velorio del comandante Varela expulsando a los periodistas?

Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley merece ser estudiado de cerca porque es una típica figura de la derecha. Nos referimos a los miembros de esas fuerzas de «autodefensa» de los grupos ultraderechistas que casi siempre son el brazo civil de los cuadros represivos de las policías políticas y de las dictaduras militares.

El crimen de Pérez Millán es sólo comparable con el que cometen los torturadores o aquellos cazadores de animales que tienen a su víctima indefensa, atada y la hacen sufrir. Es igual que los cazadores de zorros en el sur, que les cazan y los despellejan vivos haciéndolos sufrir a propósito porque —como ellos dicen— son «animales ladrones» cuando, en realidad, gozan con ese acto porque arrastran una tradición sádica.

Pérez Millán fue sádico porque la estuvo «gozando» a su víctima. Omnipotente, sabiendo que estaba suficientemente resguardado y custodiado, que la víctima no tenía ni siquiera un cortaplumas ni un ventanuco para escaparse. Que lo iba a tener allí, acorralado y, más todavía, durmiendo.

Pérez Millán tiene que haberse regodeado mucho durante toda la preparación del complot. Saber que se lo iban a entregar a Wilckens así, para él solo, tiene que haberle resultado un placer especial.

Pérez Millán era hijo de Ernesto Pérez Millán y de Florencia Temperley. Cuando mató a Wilckens tenía 24 años de edad. Ya de adolescente creó problemas a sus

padres por su carácter díscolo. Abandonó los estudios y se escapó de la casa paterna. La policía lo devolvió al hogar, pero no tenía arreglo. Quería sobresalir de cualquier manera. Le interesaba por sobre todo el manejo de armas. Juntaba catálogos de toda clase de armas de fuego fabricadas en el mundo. En eso era un especialista. Profundamente católico —le gustaba madrugar para ir a misa de las 6.30, confesarse y comulgar— nacionalista y «antiliberal», se afilió a los 21 años al comité de la 18 de la Unión Cívica Radical. En ese lugar era un poco el hombre de la custodia. Tenía fama de «muchacho bien». Cuando se le ofrece al comité el enganche de gendarmes para el sur, Pérez Millán es uno de los primeros en anotarse, no por necesidad sino por sed de aventuras

Allí interviene en el encuentro de El Cerrito, donde tiene más bien un comportamiento oscuro. Es herido y se rinde de inmediato. Luego tendrá que compartir la suerte de los rehenes en poder de los huelguistas al mando de «El Toscano».

Liberado por el teniente coronel Varela cuando firma el convenio con los obreros en huelga, el gendarme Pérez Millán regresará a Buenos Aires. A principios de 1922, mientras Varela liquidaba a los últimos obreros alzados, Pérez Millán consigue ingresar —gracias a sus amigos radicales— como cadete guardacostas en la aduana de la capital. Le gusta llevar uniforme y pertenecer a un cuerpo militarizado. Once meses después es dejado cesante por inconducta —tuvo varios choques con superiores y compañeros— aunque él sostenía que su salida se había producido por renuncia.

Luego recurrirá nuevamente a sus amigos radicales, quienes le ofrecen el corretaje de avisos para el diario partidario *La Época*. Allí anduvo bastante bien aunque al poco tiempo ya no se sentía muy cómodo. Ahora tenía otro círculo de amigos: la Liga Patriótica Argentina. Se hizo un fanático seguidor del doctor Manuel Carlés.

Así, el 25 de enero de 1923, se produce la muerte del comandante Varela. Pérez Millán sentía un profundo agradecimiento por quien lo había rescatado de manos de los huelguistas en Santa Cruz. Además, se sentía más pariente de lo que era. Ya dijimos que era un parentesco político bastante lejano. Durante el velorio no se separó del ataúd y con gesto desencajado y palabra altisonante decía a todo quien se aproximaba que él iba a vengar la muerte del comandante.

Y aquí comienza una historia muy sucia. Porque el nombramiento de Pérez Millán como guardiacárcel está rubricado por el propio ministro de justicia, doctor Marcó y por el director de la cárcel. Y lo que es más, Pérez Millán ingresa como «agregado al cuerpo de guardiacárceles destacado en la penitenciaría» el 27 de enero, es decir, al día siguiente del entierro de Varela, a dos días del atentado. Está claro, entonces, que el complot se preparó «en caliente» y que luego alguien lo dejó para más adelante. El 9 de febrero, a Pérez Millán se le da el alta como guardia efectivo de la penitenciaría, justo allí donde está Wilckens. Pero algo tiene que haber ocurrido o

alguien tiene que haberse opuesto a los planes, ya que en la penitenciaría no podrá cumplirse el plan. Ocurre entonces el hecho curioso de que a Wilckens lo trasladan de la penitenciaría a la cárcel de la calle caseros y «por casualidad» dos semanas después, al guardiacárceles Pérez Millán lo trasladan también de la penitenciaría a la cárcel de encausados. Es evidente que en esto hay más de un implicado y quien mueve los hilos es alguien muy poderoso. Pérez Millán prestará servicios hasta el 2 de junio, fecha en la que se le dan diez días de licencia. Reaparece y el día 16 lo destinan a custodiar el piso donde se encuentra Wilckens. Y allí, con toda frialdad, atraviesa de un balazo a la víctima.

A Pérez Millán Temperley ya se iban a encargar de salvarlo. Para comenzar, el trato es de primera. No lo esposan. En la mañana del crimen se deja fotografiar arrogantemente, todavía con la bandolera y los cargadores, como para aparecer con más dignidad. Luego, acompañado por otro guardiacárcel caminando con paso marcial. Bien derecho, apuesto, pero siempre con su palidez y sus modales atildados. *Crítica* adelantará que Pérez Millán es homosexual. Lo que, de ser cierto, no califica en más o menos su crimen.

Ya en las primeras crónicas periodísticas de los diarios adictos se tratará de comprenderlo, de buscar atenuantes. *La Razón* señala que en momentos en que estaba custodiando a Wilckens, Pérez Millán tuvo una alucinación y creyó que las muletas del preso lo apuntaban horizontalmente mientras oía el canto del gallo y suspiraba por la novia ausente. Más o menos parecido —aunque no tan fantástico— es el texto de la declaración indagatoria de Pérez Millán. Declarará que

> hallándose de guardia sintió un ruido que parecía provenir de una de las primeras celdas y que aumentó la gran nerviosidad que la naturaleza del sitio en que se hallaba y los recuerdos de sus anteriores sufrimientos produjo en su ánimo desde que ocupó el puesto de centinela; al inquirir en la primera celda, que era la de Kurt Wilckens el origen o motivo del ruido que había oído vio que el procesado incorporándose en su tarima y mirándolo fijamente proyectó o dirigió hacia el declarante algo como una sombra en sentido horizontal por lo que, con un movimiento irreflexivo y automático, no podiendo decir si se sentía presa de grave peligro o víctima de una poderosa alucinación, cargó su mauser con la agilidad y destreza de un soldado veterano siendo sorprendido por el ruido de una detonación que no pudo discernir cómo se produjo; después supo que había herido a Kurt Wilckens y había proferido frases cuyo contenido le sorprende.

Pérez Millán comienza a hacerse el loco. Está bien aconsejado. Sus amigos saben que con un crimen así, con todos los agravantes, le cabe prisión perpetua. Por lo pronto, el dictamen del médico forense, doctor Vailatti, dice que

> Pérez Millán, sometido a un examen de sus características psíquicas acusa síntomas bien claros de hallarse bajo la acción de una ligera crisis nerviosa y en ciertos momentos de su interrogatorio presenta rasgos de perturbación de su memoria pues ciertos pasajes de su vida anterior los recuerda con alguna dificultad no encuadrando en la preparación que demuestra tener el reconocido.

Pérez Millán es llevado a la comisaría 28 y de allí a la Penitenciaría Nacional, y no a la cárcel de Caseros como le hubiera correspondido por encausado. En la penitenciaría no es alojado con los demás presos y su habitación está siempre

custodiada. Se tiene temor a una posible venganza.

Luego viene la sentencia del juez García Rams que lo condena a ocho años de prisión basándose para el fallo en

> las manifestaciones de Pérez Millán acerca de su vida anterior, sus aventuras, su idealismo, sus inclinaciones artísticas, la neurastenia que padecía, su intervención en las luchas que sostuvo en el sur con los huelguistas revolucionarios, las escenas de vandalismo que presenció, su pasión amorosa con su primera novia, su inclinación a la vida errante y la falta de armonía en las relaciones con su familia.

Como se ve, todos motivos muy idílicos para explicar el asesinato de un preso indefenso. El juez sentenciará señalando que «las anomalías psíquicas del prevenido como así también su conducta intachable anterior y su juventud lo colocan en la situación de aplicarle el mínimo de la pena: ocho años».

Este fallo de primera instancia se produjo 14 meses después del hecho. Un juicio tan simple, con un matador evidente, fue llevado a la larga para hacer olvidar a la opinión pública. La Cámara de Apelaciones confirmará la sentencia.

En abril de 1925, Pérez Millán será trasladado al hospicio de calle Vieytes. Sus amigos y familiares creen que allí podrá estar más seguro. Para hacer posible el traslado, el informe médico dirá que «Pérez Millán padece de delirio sistematizado de persecución de los degenerados». Con tamaño diagnóstico, es trasladado al hospicio, al pabellón de los enfermos tranquilos. Allí estará con los enfermos de categoría, en habitaciones duales. Su compañero de cuarto será otro joven de la sociedad: José Eugenio Zuloaga. El 8 de noviembre, Pérez Millán y Zuloaga se pelean a puñetazos y son separados. El primero será llevado a la celda de enfrente. Todas estas celdas duales tienen acceso a un pabellón donde habitan once enfermos de pocos recursos. Entre estos últimos está un yugoslavo llamado Esteban Lucich, nacido en Dubrovnik, de 26 años de edad. Es pequeño de estatura, un poco jorobado. Todos lo tienen como un loco manso aunque está precisamente allí por haber asesinado de un balazo al médico Francisco de la Vega, seis años antes. Lucich había sido mucamo del facultativo pero éste lo despidió porque notó signos de locura en su sirviente. La reacción del yugoslavo fue esperarlo y asesinarlo. Por eso fue condenado a 17 años y medio de presidio pero, a los pocos meses, fue trasladado de la penitenciaría al hospicio de la calle Vieytes por sus manifiestos signos de locura.

En el hospicio, Lucich es una figura simpática, a pesar de su aspecto. Se gana unas monedas haciendo de mucamo a los enfermos con recursos. Les lustra los zapatos, les tiende las camas, les barre el piso. Nunca se enoja, es para todos nada más que un «loquito bueno». Llegamos así a la mañana del 9 de noviembre de 1925.

En esa mañana de primavera, Pérez Millán ha dado signos de nerviosidad y desaliento. Muy temprano, sin tomar siquiera el desayuno, se ha sentado a la mesa de su cuarto y se ha puesto a escribir. Así continúa hasta la hora del almuerzo, en la que deja de escribir, ingiere, taciturno, pocos alimentos y continúa con su carta.

A las 12.30, el «loquito bueno» Lucich pide con su humildad característica pasar

al pabellón de los enfermos pudientes. Habitualmente no lo hace porque es su costumbre de todos los días pasar directamente. No tiene ningún inconveniente y llega a la celda tercera que ocupaba Pérez Millán hasta el día anterior. Pregunta por él. Zuloaga le contesta que a su excompañero lo han pasado enfrente, a la habitación cuarta. Lucich cruza el pasillo, se asoma a la puerta del cuarto de Pérez Millán y lo ve escribiendo sentado a la mesa. Lucich da un paso adelante, saca una pistola del bolsillo de su chaqueta de enfermo, apunta a Pérez Millán y le dice:

—¡Esto te lo manda Wilckens!

Pérez Millán se da vuelta sorprendido y recibe un balazo en el costado izquierdo del pecho. Como un gato, Pérez Millán se tira al suelo, cuerpo a tierra, y así se salva de que el segundo disparo lo alcance. La bala va a incrustarse en la pared. De un nuevo salto toma de los brazos al contrahecho Lucich y lo arroja al suelo. Éste dispara de nuevo y el proyectil hiere superficialmente en el pubis a Pérez Millán y va a alojarse en su muslo izquierdo. Pero ya domina la situación el atacado, arrebata el arma al yugoslavo y comienza a golpearlo. Entre los gritos histéricos de algunos enfermos llega un enfermero y libera a Lucich de los brazos de Pérez Millán.

Lucich es puesto en chaleco de fuerza mientras Pérez Millán es trasladado de urgencia a la enfermería. La herida que tiene en el pecho es de gravedad aunque los médicos que lo revisan tienen confianza en salvarlo. Luego de la operación, el médico dirá que Pérez Millán tendrá para treinta días en la cama.

Los balazos del hospicio de las Mercedes despiertan nuevamente toda una historia ya dormida, desagradable para el gobierno, para el ejército y para muchos políticos. Ya de por sí es un tema tabú porque nunca se explicará ni se investigará, y porque todos soslayan cuando algún ingenuo se atreve a preguntar ¿pero cuál es la verdad de lo ocurrido en la Patagonia?

Vuelven las imágenes de los fusilados en el lejano sur, la figura controvertida del teniente coronel Varela y la extraña imagen de un obrero nórdico vengando a sus compañeros de piel cobriza.

¿Pero cómo ha sido posible este nuevo episodio en esta historia de nunca acabar? ¿Cómo pudo atentarse contra Pérez Millán con todos los cuidados que se tomaron para que no lo alcance la mano larga de la venganza? ¿Acaso no estaba en el lugar más seguro?

¿Pero es que acaso a Lucich se le ocurrió espontáneamente disparar contra Pérez Millán? No. Aquí hay todo un complot de estos increíbles anarquistas que nunca se dan por vencidos por más escarmientos que se les propinen. ¿Es Lucich un anarquista? No. Ha sido afiliado a la FORA en sus tiempos de mozo, pero eso no es suficiente para encasillarlo ideológicamente. Es evidente que Lucich ha sido armado, es instrumento de alguien. El enchalecado Lucich es interrogado. Pero a pesar de los cachetazos que recibe, repite como un loro algo que parecía que le hubieran metido en la cabeza: «el revólver lo encontré en la mesa de Pérez Millán. Como él me atacó a puñetazos yo le disparé para defenderme».

No pueden continuar con el interrogatorio porque el alienado está en tal estado de excitación, que se hace imposible cualquier diálogo ordenado. Pero a cargo de la investigación está nada menos que el comisario inspector Santiago, jefe de la división Investigaciones de la Policía de la Capital. Es una cabeza lúcida, tiene rápida inteligencia y olfato de sabueso. Mentalidad porteña, despierto, sabe tirar y aflojar. Es un hombre del radicalismo que tiene su política especial; cuando un caudillejo de barrio le pide por un quinielero, él no se pone intransigente. Gran conocedor de hombres, a él no se le van a escapar así nomás las cosas ocurridas en el hospicio. A los dos minutos de interrogar a Lucich se da cuenta de que no ha obrado *motu propio*. Que detrás de él hay alguien muy inteligente y osado que ha logrado romper todas las barreras para llegar a cumplir la prometida venganza anarquista. Santiago se hace traer la lista de todos los internados y del personal. El policía lee rápidamente las listas y de repente pega un salto y dice como si todo ya estuviera esclarecido:

—¡Boris Wladimirovich!

Exactamente: Boris Wladimirovich. No podía ser de otra manera. Como si estuviéramos viviendo un relato de la revolución rusa, de los conjurados búlgaros o de la mano negra servia. En el hospicio de las Mercedes está internado nada menos que Boris Wladimirovich, traído desde el penal de Ushuaia hace apenas dos meses. Pero ¿cómo es posible que Boris Wladimirovich esté justamente en el loquero de la calle Vieytes?

Lo traen en vilo porque Boris está casi paralítico. Están frente a frente, el policía y el enigmático anarquista. El sabueso policial lo mira como queriéndoselo comer y Boris Wladimirovich le responde con una sonrisa como diciéndole: esta vez les gané la partida.

¿Quién es este Boris Wladimirovich? Es un anarquista «legítimo», «autóctono», importado, un ruso blanco con décadas de agitación y conspiración sobre sus espaldas. Parece una figura entresacada de un cuento de Hemingway, de Melville, de Jack London, de Joseph Conrad. Gran bigote negro, pelo ensortijado, ojos vivos.

El diario *La Prensa* lo describirá así:

> El agitador Germán Boris Wladimirovich, condenado a 25 años de prisión por haber asaltado la agencia de cambios Perazzo, no es un delincuente vulgar. Posee una vasta ilustración, ha escrito varios libros, ha desempeñado cátedras y participado en los más importantes congresos anarquistas realizados en Europa por los expatriados rusos años antes de la revolución, pero el alcoholismo y el abuso del tabaco lo degeneraron haciéndolo un abúlico en que llegó a nuestro país y luego casi un inconsciente. El asalto al agenciero Perazzo con objeto de proveerse de fondos para fundar un diario de agitación prueba un tanto su desequilibrio. Sin embargo, cuando esta bien, se revela al hombre culto, y gusta de exponer ideas con tono persuasivo para captar voluntades. Así ha estado en la Penitenciaría y en Ushuaia de donde se le trajo últimamente porque su equilibrio mental sigue faltando y además padece de contracción de los miembros inferiores. Está en tratamiento, la mayor parte de los días en cama porque camina con dificultad, y esto, en determinados momentos.

Bastante acertado el juicio de *La Prensa* pero se cometen varios errores que luego serán rectificados. Parece que Wladimirovich no es loco sino que «se hace el loco».

Que si asaltó a Perazzo no lo hizo por desequilibrio sino para cumplir con sus ideales. Que es un intelectual, sí, pero en él se da una cosa que es rara en otro intelectual: la acción. Wladimirovich es uno de los más avezados bombistas que han conocido las calles de Moscú, Leningrado, París y Barcelona.

Pero retrocedamos en el tiempo. Vamos a mayo de 1919 para inquirir más acerca de este alucinante personaje. En Chacarita se comete un asalto contra los agencieros Perazzo. El asalto fracasa. Sus tres autores tienen que huir. Uno, luego de defenderse hasta la última bala y matar a un policía y herir a otro, es capturado. Resulta ser Andrés Babby, nacido en la Bukovina rusa, de 30 años de edad, prontuariado como agitador anarquista. Babby dice desconocer la identidad de sus compañeros y calla, no habla. Por un anónimo se localiza el domicilio de Andrés Babby: una habitación en Corrientes 1970. Allí, el encargado da una serie de datos precisos: si señor, allí vive una persona de ese apellido que comparte su habitación con el profesor Germán Boris Wladimirovich. La policía pide hablar con el citado profesor. No. Imposible, el profesor se ha ausentado desde el 19 de mayo —justo el día del asalto— y salió con valijas.

Los asaltados reconocerán en la foto de Boris Wladimirovich a uno de los asaltantes. También él está catalogado como anarquista. Saben que es aficionado a la cosmografía y que hacía periódicas visitas al observatorio astronómico de La Plata, lugar donde tiene amigos. Buen hallazgo en el observatorio: allí están dos valijas de Boris Wladimirovich repletas de publicaciones anarquistas, libros, cartas y escritos. Un empleado del observatorio, amigo de Boris, que no sospechaba en qué cosas podía andar metido el herético ruso, indica a la policía que no sabe dónde puede encontrarse, pero bien lo puede saber Juan Matrichenko, un ucraniano que vive en Berisso. Los empleados de investigaciones buscan a Matrichenko y le señalan su preocupación acerca del paradero del buscado porque —dicen— temen que haya sido raptado. El ingenuo y preocupado Matrichenko los consuela rápidamente: no, él lo ha recomendado a un amigo en San Ignacio, Misiones, ya que el profesor Boris Wladimirovich le ha dicho que deseaba descansar. El que puede saber bien qué día salió es el chofer Luis Cheli, porque Wladimirovich usa siempre sus servicios.

Dos pájaros de un tiro. Mientras se allana el domicilio del chofer, se telegrafía a la policía de Posadas.

A Cheli le encuentran material anarquista en su habitación y es reconocido por los asaltados como el que conducía el coche que intervino en el asalto. Todo aclarado.

Pero faltaba el plato fuerte en este primer episodio del anarquismo expropiador: la personalidad del principal protagonista del episodio.

En San Ignacio, Misiones, detienen a Wladimirovich. A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, un intelectual. Maneras afables, mirada inteligente, rostro trabajado por algo que pareciera un íntimo sufrimiento. Allá, en Posadas, causa tanta sensación la captura que el propio gobernador de Misiones, doctor Barreiro, se hace llevar a la

comisaría y conversa durante horas enteras con el anarquista. Y cuando llega la comisión policial de Buenos Aires al mando del comisario Foppiano, el mismo gobernador decide acompañarla a llevar al preso de regreso a la capital en el largo viaje en tren.

Antes de partir, las autoridades policiales y provinciales se hacen sacar una fotografía para la posteridad. Todos sentados, en estirada acritud, y Boris Wladimirovich detrás de ellos, parado. El preso, de nitzscheano aspecto, aparece cavilando, ajeno a todo ese despliegue, mientras los importantes funcionarios miran, tensos, el aparato fotográfico.

En tanto, la policía ha averiguado bien la identidad de Wladimirovich. Es ruso, de 43 años de edad, viudo, de profesión escritor. *La Prensa* informa a sus lectores más detalladamente:

> Boris Wladimirovich presenta interesantes características. Es médico, biólogo y pintor, y ha tenido figuración entre los elementos de avanzada de Rusia. Está prontuariado en la policía como montenegrino y dibujante, pero es ruso, perteneciente a una familia de la nobleza. Boris contrajo enlace a los veinte años con una obrera revolucionaria y por esta causa renunció a su abolengo. Se sabe que ha sido un hombre de fortuna y la dilapidó por sus ideales. Es médico y biólogo pero salvo el desempeño temporario de una cátedra en Zurich, Suiza, nunca ejerció su profesión. El doctor Barreiro le ha escuchado en el viaje algunas disertaciones científicas que le han llamado mucho la atención. Boris ha sido socialdemócrata ruso y participó como delegado de esa nacionalidad en el congreso socialista de Ginebra, en 1904.

La policía sigue averiguando: Boris es autor de muchas publicaciones, entre ellas, tres libros de sociología. Habla a la perfección alemán, francés y ruso y la mayoría de los idiomas y dialectos usuales en su madre patria. En castellano se expresa relativamente bien. Tiene un *hobby* artístico, la pintura, y antes de su fuga dejó en Buenos Aires 24 telas, entre ellas un autorretrato. Últimamente, había dado conferencias libertarias en Berisso, Zarate y la Capital.

¿Pero por qué este hombre, miembro activo del movimiento revolucionario europeo, vino a dar a la Argentina?

Poco a poco se irán sabiendo más detalles. La muerte de su esposa y el tremendo fracaso de la revolución rusa de 1905 inciden en su ánimo. Su carácter, de por sí melancólico, comienza a encontrar consuelo en el vodka, bebida a la que se aficiona luego de sufrir un colapso cardíaco. Dona su casa en Ginebra a sus compañeros de ideas —ya se ha volcado a las ideas libertarias— y de allí se va a París donde decide hacer un largo viaje para descansar y levantar su espíritu. Un amigo tiene un hermano que posee una estancia en la provincia de Santa Fe, en la Argentina, y le recomienda que viaje allá. Boris Wladimirovich llega en 1909 a nuestro país, donde se vincula con los círculos obreros de nacionalidad rusa. Luego de descansar un tiempo en la estancia santafesina se va al Chaco donde permanece cuatro años y medio. Vive del poco dinero que le queda y se dedica al estudio de esa región recorriendo el Chaco desde el Paraná hasta Santiago del Estero y explora preferentemente el estero Patino. Vive frugalmente, aunque su afición a la bebida blanca sigue en aumento. En

Tucumán le llega la noticia del estallido de la guerra mundial. Entonces regresa a Buenos Aires. Dirá *La Razón*:

> En Buenos Aires será recibido con los brazos abiertos por los elementos avanzados que no podían olvidar a pesar de su larga ausencia, su actuación libertaria con respecto a su país de origen, que lo presentaba rodeado de una aureola de apóstol más luminosa aún después de su ostracismo. Y volvió a su tarea de propagandista dando conferencias, persuadiendo, predicando en los centros ya fueran numerosas o reducidas las asambleas, no importaba. Al estallar la huelga de Vasena, en enero de 1919, Boris fue a la Chacarita para organizar allí un comité revolucionario de ideas sobre una base seria pero se encontró allí con un montón de gente que no obedecían a plan alguno y que demostraban una absoluta incapacidad para ello, que se limitaban a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones. Su desaliento fue enorme.

Después de la Semana Trágica, Boris está obsesionado por la amenaza de los muchachos de Carlés de matar a «todos los rusos». «La caza del ruso» fue expresión popular entre los jóvenes de la alta y mediana burguesía porteña que se alistaron en la Guardia Cívica y en la Liga Patriótica Argentina en la sangrienta semana de enero, y se realizaron inicuos y criminales atentados contra los barrios de judíos porque, en general, en la Argentina, al judío se lo llamaba ruso.

Boris meditó largamente y se creyó en el deber de esclarecer a sus connacionales en la Argentina. Esclarecerlos, además, en lo que significaba la revolución de octubre, que él cree que llevará a la libertad integral del hombre, y por eso lo obsesiona tener una publicación. Para él es fundamental contar con un periódico porque, como le dirá a los periodistas, semanas después de su detención (cuando le levantan la incomunicación)

> lo que viene de Rusia a la Argentina es la hez del pueblo, sobre todo hebreos, que forman en conjunto una masa incoherente, incapaz de formar un plan serio de carácter revolucionario y mucho menos llevar a la realidad una gran teoría.

Pero, para publicar un periódico, hacen falta fondos. Hay dos posibilidades: contar con los centavitos de los obreros rusos y algún intelectual que deje de comer dos o tres días para ayudar a pagar la impresión del primer número, o, si no, ir a lo grande. Y Boris, por su origen familiar, está acostumbrado a no andarse con pequeñeces ni con mezquindades. Por ejemplo, él, que sólo vive de alguno de sus cuadros que puede vender o de alguna clase de enseñanza de idiomas, cuando tiene dinero se va a almorzar al restaurante alemán Marina-Keller, de la calle 25 de Mayo, donde se siente en típico ambiente europeo y, además, hay vodka ruso legítimo. Por eso, cuando piensa en su plan del periódico considera que es necesario contar con fondos reales. Y comienza a madurar un plan. Para ello conversa con el «negro» Cheli. Éste es un chofer anarquista que varias veces lo ha llevado a su habitación cuando el vodka le hacía perder el sentido de la orientación. Cheli es un hombre de acción que ha actuado con él en la semana huelguística de enero. De allí nace el plan, porque el chofer es quien tiene el dato del botín a asaltar.

Wladimirovich contará también con Babby, su compañero de pieza. Un anarquista que lo admira y lo tiene como su maestro. Es capaz de dar la cabeza por el

profesor.

Pero todo será en vano. Ahora los tres están presos. Cuando llega la comisión policial de Posadas trayendo a Wladimirovich, éste se declarará culpable de instigador del asalto y de único responsable. Lo hace para salvarlo a Babby a quien —por haber muerto a un policía y herido a otro— le corresponde la pena de muerte.

Involuntariamente, Boris originará un entredicho judicial. En efecto, su figura parece ser tan interesante que durante su incomunicación es visitado por el ministro del Interior y varios legisladores yrigoyenistas que quieren conocerlo de cerca. Y conversan largas horas con el intelectual anarquista. Al salir el ministro del Interior responderá a los periodistas que «el detenido contestó serenamente a las múltiples preguntas que le formularon». Esto hace hervir de indignación al juez interviniente que protesta por la visita del alto funcionario y de los diputados, a quienes recuerda que el reo «está incomunicado» y, por tanto, impedido de recibir visitas.

Los frustrados asaltantes las pasarán muy mal. Más que todo, Babby que ha matado a un agente de policía. El Jockey Club se ha apresurado a iniciar una colecta para la familia del «policía muerto por una banda antiargentina» y el primer día recauda 2010 pesos.

La Razón pone en duda la versión de Wladimirovich de que quería el dinero del asalto para propaganda escrita. Sostiene que se supone que sus propósitos eran adquirir sustancias explosivas para fabricar bombas. *Crítica*, por su parte, los califica de bandoleros tipo Bonnot, recordando a la banda de anarquistas franceses que asaltaban bancos en Francia y Bélgica en los primeros años del siglo.

En primera instancia, el fiscal doctor Costa solicitará la pena de muerte para Babby, 15 años para Germán Boris Wladimirovich y dos años para Cheli.

Luego de largos meses de reclusión en la Penitenciaría, el juez Martínez impone 25 años de prisión a Babby, diez a Boris Wladimirovich y uno a Cheli. En la apelación, el fiscal de Cámara solicita meramente la confirmación de la sentencia del juez Martínez. Y entonces ocurre lo insólito. Los jueces de la Cámara de Apelaciones son más papistas que el propio fiscal e imponen la pena de muerte no sólo a Babby sino también a Wladimirovich.[90]

(En esto se puede ver la balanza de la «Justicia»: a Wladimirovich, que cometió un asalto pero que no mató a nadie porque el tiroteo de Babby contra la policía ocurrió en otro lugar, lo condenan a muerte; a Pérez Millán Temperley que mató alevosamente y con premeditación a un hombre dormido, valiéndose de sus prerrogativas de tenerlo en custodia, sólo ocho años).

El fallo contra Wladimirovich fue largamente comentado y discutido. Los diarios anarquistas señalaron que se trataba de una «*venganza de clase*» de los jueces. En los círculos forenses no se dejaba de mostrar sorpresa por el fallo. Considerábase que el de Babby era justo. Pero Wladimirovich no había hecho uso de arma alguna. El juez de primera instancia así lo había comprendido, al señalar:

> Los autores deben responder ante la ley por las consecuencias de los hechos realizados por cada uno; por eso, a Boris no puede inculpársele lo acontecido posteriormente que protagonizó Babby —la muerte del agente Santillán y la herida del agente Varela— desde que no fueron concertados ni aquél —Boris Wladimirovich— aportó su cooperación.

En cambio, la Cámara saca a relucir el siguiente argumento:

> El tribunal señala que los acusados formaron un complot, asociación criminal castigada por el art. 25 del Código Penal. A Boris Wladimirovich aunque no participó en el asesinato del agente Santillán le corresponde la misma responsabilidad porque la ley considera que hay solidaridad absoluta en los delitos de los complotados, tanto que llega al extremo de equiparar a los cómplices con los autores.

Agrega:

> respecto al hecho de haber sido menor la pena pedida por el fiscal manifiesta la Cámara que es prerrogativa suya aplicar la ley según corresponda tanto en el caso de que el acusador recurra como en el caso de que el fiscal desista, pues ninguno de ellos puede limitar las facultades del tribunal.

Suscriben el fallo Ricardo Seeber, Daniel J. Frías, Sotero F. Vázquez, Octavio González Roura y Francisco Ramos Mejía.

La Liga Patriótica Argentina, en comunicado firmado por Manuel Carlés, el almirante Domecq García y los doctores Mariano Gabastou y Alfredo Grondona eructa de satisfacción y se pedorrea de entusiasmo por jueces tan argentinos que dan el ejemplo de cómo extirpar de raíz a la mala semilla.

Pero no se pudieron dar el gusto, ya que dos miembros de la Cámara —los doctores Eduardo Newton y Jorge H. Frías— eran o más justos o menos argentinos porque se niegan a firmar ese fallo. Esto salva a Babby como a Wladimirovich de ser ejecutados, ya que la Cámara tendrá que decir:

> En vista de no poder imponer la pena de muerte a los reos en virtud del artículo 11 del Código de Procedimientos Criminal que exige la unanimidad del Tribunal para hacerlo, condena a Babby y a Boris Wladimirovich a pena de presidio perpetuo.

En Ushuaia. Peor, mucho peor que la muerte. Castigo demasiado grande para lo que había hecho este emigrado ruso. En el mismo año hay antecedentes de asaltantes comunes que fueron condenados a dos o tres años y eso que tenían antecedentes. Wladimirovich no tenía antecedentes, salvo el de ser un luchador social.

Cuando le fue comunicada la pena de prisión perpetua, el profesor Boris Wladimirovich señaló sin la menor afectación:

> La vida de un propagandista de ideas como yo está expuesta a estas contingencias. Lo mismo hoy que mañana. Ya sé que no veré el triunfo de mis ideas pero vendrán detrás otros más pronto o más tarde.

Y deja un escrito para el periodismo en un castellano bastante claro. La policía lo censura y entrega solamente el último párrafo, escrito con rasgos firmes y claros:

> [al hecho] lo explicará el porvenir más que el proceso judicial… Necesitaba dinero con urgencia para

defender la vida de los rusos en Argentina contra el cometido de la Liga Patriótica… ¡Aquí todos los medios son buenos! Sin vacilar participé personalmente pues algún otro tal vez no supiera explicar su acto entre la humanidad…
Y tengo mi conciencia limpia.
(Fdo.) Germán B.

En la vida del exprofesor de biología de Zurich ya no habrá mañana. Meses después será conducido engrillado y esposado con un contingente de presos comunes a la lejana Ushuaia. Si alguna vez corrió peligro en su patria de ser enviado a Siberia, es posible que nunca soñara en que iría a parar con sus huesos a una región de igual desolación y al penal más cruel de un país tan distante.

Allá, su salud, ya quebrantada, se resintió rápidamente. Los que lo conocieron en un penal señalaron que siguió haciendo profesión de sus ideas entre los presidiarios. Su fin se acercaba, apresurado por la mala alimentación, el frío y las palizas, que era el pan diario de aquellos años oscuros del penal. Pero antes de morir iba a encarnar la mano larga de la venganza contra el héroe de la Liga Patriótica, el verdugo de Kurt Wilckens.

Otra vez la extraña figura del profesor Boris Wladimirovich iba a ocupar las columnas de los diarios (*La Razón* lo llamará «curiosa, siniestra, novelesca silueta»).

Y ahora, seis años después, Germán Boris Wladimirovich está allí, sonriendo delante del amenazador jefe de Investigaciones. Para un policía integral como el comisario inspector Santiago, la presencia del anarquista ruso en el hospicio de las Mercedes es mucha casualidad. ¿Cómo es que lo han traído? Comienzan a revisar el legajo. Wladimirovich comienza a estar «loco» en Ushuaia cuando Pérez Millán hace ya mes y medio que está en el manicomio de Vieytes. Es evidente que a Boris le han hecho llegar la noticia. Según el médico de Ushuaia, el anarquista da evidentes signos de enajenación: no come, se lo pasa cantando viejas canciones rusas, gesticula, no puede caminar y hasta aparece arrodillado orando, cosa que, evidentemente para un anarquista debe ser un signo de locura sin remedio…

Como, además de Wladimirovich, en Ushuaia está el «santo» Simón Radowitzky —lo que ya es explosivo para un penal— el director de la cárcel no encuentra ningún inconveniente en pedir el traslado del primero a Buenos Aires para que se lo trate en un manicomio. El único establecimiento donde mandan a los presos locos es el de Vieytes, cosa que sabe muy bien el informado Wladimirovich.

Es así como el anarquista —luego de largo papeleo— es trasladado al hospicio de las Mercedes. Ahí es metido en un pabellón donde se hallan recluidos 16 delincuentes dementes. Es desde donde lo sacan en vilo para llevarlo a la presencia del inspector Santiago. Se lo ponen delante. Parece una sombra. Ese hombre apenas tiene 49 años y parece que tuviera setenta.

Sólo le quedan sus ojos penetrantes, vivos. Los años de presidio lo han quebrado físicamente, pero en sus ojos todavía mantiene la antigua llama.

Aunque para el jefe policial el instigador del atentado contra Pérez Millán es

Wladimirovich, va a ser muy difícil probarlo. Más cuando el autor —Lucich— sólo sabe repetir que él sacó el arma de fuego de la mesa de la víctima. Por eso Wladimirovich sigue sonriendo. No podrán probarle nada.

Y la venganza por la muerte de Wilckens se ha cumplido.

Así es, se ha cumplido. La bala que penetró en el pecho de Pérez Millán se desvió hacia la cavidad del abdomen interesando el estómago e intestinos. Aunque la operación fue exitosa, el herido se va debilitando poco a poco. Al lado del lecho está su padre y el doctor Manuel Carlés. A medianoche, el corazón comienza a fallar. A las 5.35 de la mañana, Pérez Millán expira. La venganza se ha cobrado una nueva vida. Es el fin del cuarto acto del drama que comenzó en la lejana Santa Cruz.

Pérez Millán Temperley es sepultado en la Recoleta. El ataúd está literalmente cubierto de flores blancas unidas por una cinta con los colores argentinos. Es sacado del lugar del velatorio —Callao 418— en medio de roncos gritos de vivas al ejército argentino y a la Patria y mueras al anarquismo, al maximalismo y a los perturbadores. Durante toda la noche han hecho guardia junto al féretro grupos de jóvenes de la organización «Amigos del Orden», colateral de la Liga Patriótica.

En la Recoleta, además de muchos jóvenes, se nota la presencia de oficiales del ejército, de la policía y guardiacárceles, sacerdotes y parientes de la familia Pérez Millán. Hablará, en primer término, el doctor Manuel Carlés —quien llamará a Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley mártir de la defensa de las tradiciones patrias, de la familia y de Dios—, luego lo hará el coronel Oliveros Escola —quien repite varias veces que su muerte no quedará sin condigno castigo— y finalizará los discursos el sargento del ejército, Eduardo Romero.

Cuando todo termina los jóvenes abandonan el viejo cementerio apretando los dientes y con más odio aún a todos esos obreros que osaban levantarse contra el orden establecido.

A la policía —como siempre— le urgía el esclarecimiento de los hechos. Santiago contaba solamente con un magro as de triunfo: Wladimirovich, pero éste era un hueso duro de pelar. Lo estaba «haciendo pasear» por los calabozos de las comisarías próximas, en una tarea de ablande. Pero el anarquista, acostumbrado al frío, a los ayunos y a las palizas con porras de cabeza de plomo de Ushuaia, aguantaba bien todo este chicaneo de no dejarlo dormir, sacarlo a cualquier hora de algún calabozo para arrojarlo a otro, no darle de comer, tirarle agua al piso, recibir alguna que otra patada de botín policial.

Ya el inspector Santiago comenzaba a sudar tinta, cuando le llegó una importante ayuda. Un muchacho a quien en el hospicio llaman «el tanito» se presenta sonriente y hasta haciendo reverencias. Es Alejandro Orselli, italiano, de 20 años de edad, calificado como débil mental pero que a veces no parece serlo porque tiene buen ojo. Él ha visto todo y comienza su relato ante el predispuesto jefe policial:

El domingo, en horas de visita vi cómo un hombre que estaba junto con otros dos le entregaba una pistola a

Boris Wladimirovich quien, aprovechando la confusión, se dirigió hasta donde estaba Lucich y le dio el arma, metiéndosela en el bolsillo del pantalón.

Rápidamente, Santiago procede. No necesita más detalles. ¿Quiénes fueron los tres visitantes de Boris Wladimirovich? Allí está el libro de visitas. Se llaman Timofey Derevianka, ruso; Simón Bolkosky, ruso, y Eduardo Vázquez, español (dos nacionalidades realmente sospechosas).

Se organiza una gran acción para prenderlos. Sólo los antecedentes bastan para desde ya decir que son los complotados. Vean qué angelitos: Simón Bolkosky, domiciliado en Olaya 1894, ruso, soltero, nacido en 1894, conocido agitador anarquista, afiliado a la Federación Rusa Sudamericana. Fue uno de los que incendió la iglesia del Sagrado Corazón en la Semana Trágica. La policía le aplicó la ley de residencia en 1919 pero Yrigoyen dejó el decreto «en la gaveta».

Tímofey Derevianka, ruso, nacido en Kiev en 1892. En una asamblea anarquista durante la Semana Trágica (en la cual —cuándo no— la policía tenía un espía) dijo que su amigo Wladimirovich aconsejaba que debía procederse de inmediato a aplicar la violencia. Agregó en esa asamblea que Wladimirovich entendía de fórmulas de explosivos y que convenía que divulgara estos conocimientos en asambleas más numerosas. Derevianka estuvo detenido en 1921 por participar de una huelga. Cuando Wladimirovich estaba en Ushuaia, Derevianka había organizado una colecta para ayudar al compañero preso.

Eduardo Vázquez Aguirre vino al país en 1906 y también es un conocido agitador anarquista. Dirigió la Sociedad de Resistencia de la Unión Tranviarios y estuvo en el local de la Sociedad de *Chauffeurs* el 21 de mayo de 1921 cuando éste fue asaltado por un grupo de Jóvenes de la Liga Patriótica, hiriendo el anarquista Vázquez a uno de ellos en un brazo. Vázquez estuvo muchas veces preso. El 9 de mayo de 1923 por cuestiones de trabajo, agredió con un revólver al jefe de la estación Caballito de subtes y fue condenado a un año y dos meses de prisión. Había sido guarda del Anglo, pero fue despedido por participar en la huelga de la Semana Trágica. Es proveedor de explosivos y fue sorprendido arrojando tachuelas con el objeto de romper las llantas de las autos de alquiler en la huelga de *chauffeurs*.[91]

Los tres son detenidos e interrogados durante días enteros. Pero Santiago sabe que ninguno va a hablar. Los tres coinciden en que fueron a llevarle frutas a Wladimirovich y no revólveres. Pero el que comienza a hablar es ahora Lucich, el matador del asesino de Wilckens…

Cuando maté al médico —dice Lucich— me encerraron en el pabellón 15 de la cárcel de encausados donde estaba detenido Boris Wladimirovich. Allí lo conocí. Por eso vi con alegría cuando el 12 de septiembre lo trajeron a Boris al hospicio. Desde ese día nos hemos visto todas las mañanas pues se trata de un amigo ilustrado que posee varios idiomas.

Wladimirovich no podía pasar al pabellón donde estaba Pérez Millán. Lucich era el único que lo hacía gracias a su oficio de mucamo. La única posibilidad de que la

mano larga de la venganza alcanzara a Pérez Millán era a través de Lucich. Para los anarquistas era una cuestión de prestigio cobrarse la muerte de Kurt Wilckens. El primer paso era pasar el arma. Alguno de los tres visitantes se ocupó de ello. Luego Wladimirovich habló con el desequilibrado Lucich —sobre el cual tenía gran influencia— y le dio las instrucciones de cómo debía matar a Pérez Millán. Hasta le dijo la frase que tenía que pronunciar para que quedara bien en claro que se trataba de una venganza: «Esto te lo manda Wilckens». Y luego de consumado el hecho decir que Pérez Millán lo había agredido y que él reaccionó tomando un revólver de la mesa de éste.

No podía ser de otra manera. Lucich tenía una mentalidad tan infantil que —según los médicos— jamás pudo urdir por sí mismo todo el hecho. Pero a pesar de los indicios, el juicio contra Wladimirovich no prosperará. Los testigos son dos débiles mentales: el italianito Orselli y el propio Lucich. Sus declaraciones no valen para la justicia. Por otra parte, no hubo forma de quebrarlos a los tres anarquistas que habían introducido el arma.

Los días irán pasando. No hay nuevos indicios. Por otra parte, nadie le quería dar demasiada manija al asunto, ni el mismo Carlés. De cualquier manera, el asunto Pérez Millán era siempre espinoso, indefendible, desagradable, molesto.

Total, Wladimirovich ya no saldrá de la cárcel. Los nuevos malos tratos recibidos a raíz del episodio Pérez Millán, lo llevarán rápidamente a la muerte. Boris, en los últimos meses de su vida, estuvo paralítico de sus dos miembros inferiores, debiendo arrastrarse por el suelo para poder moverse en la celda, sucio de sus propios excrementos. Un final dostoiewskiano. Calcado de *La casa de los muertos*. Dios lo castigó, dirían las mujeres piadosas.

Epílogo: Las tumbas sin cruces

«En Santa Cruz, entre el mar y los montes yo he visto el pequeño cementerio de los huelguistas fusilados. Unos, mal enterrados en la fosa abierta por ellos asoma la punta del zapato con tierra y lagartijas».

(«El cementerio patagónico», de Raúl González Tuñón).

Hemos llegado al final después de siete años de continuo investigar volcados en estas páginas. Ojalá sirva para algo. Sospecho que sí. Creo que, por lo menos, quedó esclarecido para siempre el hecho más escondido de la historia del proletariado argentino de este siglo. La masacre de obreros rurales patagónicos en 1921 ya no es el tema tabú que se mentaba entre la nebulosa de la leyenda. Ahora ya sabemos qué ocurrió, quiénes fueron los responsables, por qué se hizo, el porqué de la crueldad, del terror impuesto. Al irse corriendo el telón sobre la tragedia, comenzaron a quedar desnudos los métodos, las triquiñuelas, las mentiras y los crímenes.

Fue una tarea abrumadora. Muchas las dificultades y las zancadillas. Pero más las ayudas y los hombres de buena voluntad. A éstos les agradezco; a aquéllos —principalmente a los que hicieron todo lo posible para mandarme a la cárcel— mi tolerancia y olvido.

Sostenemos que en los hechos patagónicos hubo dos crímenes: fusilar prisioneros y obligar —mandar es obligar— a jóvenes de 20 años —los soldados— matar vidas humanas, dejándoles una mancha en su conciencia para todas sus vidas. Este último tal vez sea el crimen más grande cometido por los gobernantes de ese tiempo y por los jefes militares que actuaron como ejecutores.

Los responsables fueron los gobernantes, pero no por eso podemos justificar a Varela. Si comenzáramos a justificarlo y siguiéramos por ese camino entonces terminaríamos por aceptar las razones de los carceleros de Auschwitz.

¿Conclusiones? No puede haber conclusiones, salvo mirar cada vez más azorados la ecuanimidad de Dios. Esa ecuanimidad que premia a los fuertes y prescinde de los débiles. Y si no es así, volvamos a las primeras páginas del libro, cuando tomamos, al azar, la vida de un hombre fuerte: Mauricio Braun, hijo de aquel Elías Braun venido de Rusia, que había levantado con su mano y su energía una de las dos grandes fortunas patagónicas.

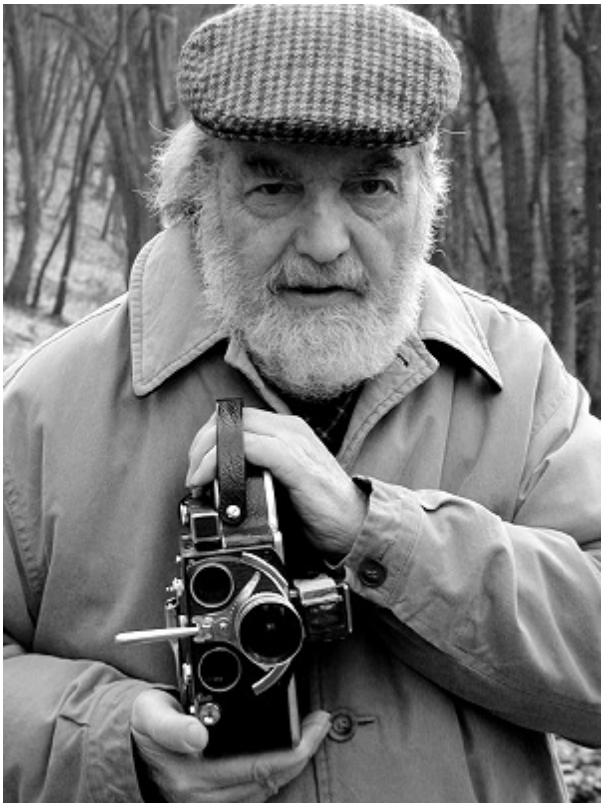
Cuando todo aquello de las huelgas patagónicas había sido olvidado, cuando ya nadie sabía quién era Wilckens o «Facón Grande», Outerelo o Wladimirovich, cuando el viento patagónico había borrado ya hasta la última tumba de los fusilados, un hombre fue reverenciado en todas las ciudades australes de la Argentina y de Chile. Fue en 1967. Se hicieron homenajes a su memoria, a los que concurrieron los empleados con sus mejores trajes, gobernadores, ministros, jefes de policía, jefes de regimientos, subprefectos, obispos, párrocos, familias con sus vestidos de domingo: en todas las sucursales de la Sociedad Anónima se recordó el centenario del nacimiento de Mauricio Braun. Centenares de artículos periodísticos se escribieron en su recordación y se oficiaron decenas de misas en todo el territorio patagónico en memoria del alma de Mauricio Braun.

Leamos estas líneas escritas nada menos que por el padre salesiano Raúl Entraigas, uno de los historiadores fundamentales de la Patagonia. Dice así, recordando al matrimonio Braun-Menéndez, síntesis de las dos fortunas patagónicas más grandes:

Ambos cónyuges derramaron el bien a la vera del largo camino que les tocó recorrer. Cuando cumplieron cincuenta años de feliz unión matrimonial me invitaron a mí para que les rezara la misa de oro. Y la rezaron con todo afecto y con toda emoción. La basílica de San Carlos estaba atestada de fieles. En esos días nacía el quincuagésimo nieto; rasgo delicado de la Providencia: cincuenta años de casados y cincuenta nietos que besaban sus frentes encanecidas… Terminada la misa, un obispo amigo de la familia impartió el sacramento de la confirmación a los nietos que aún no lo habían recibido. Por la tarde, en la casa solariega de la calle Ayacucho, en pleno barrio Norte de Buenos Aires, se hizo una función teatral en honor de don Mauricio Braun. Actuaron como artistas todos los nietos que reunían condiciones y pusieron en escena una obra francesa. Fue en la fiesta cuando doña Josefina Menéndez Behety, la esposa de don Mauricio Braun, confió al sacerdote que escribe estas líneas un secreto: terminadas las celebraciones de las Bodas de Oro, ese edificio, la residencia, sería derruido y en su lugar se levantaría un templo que sería como la concreción de la gratitud a Dios de dos almas igualmente piadosas por los beneficios recibidos en medio siglo de vida fecunda. Éste es el origen de la hermosa y devota iglesia del Patrocinio de San José. La señora Josefina Menéndez Behety de Braun quiso que estuviera dedicada a su santo patrono.[92] Después he visto a don Mauricio Braun varias veces: él, con su sonrisa tan suya que era como si su alma de hombre bondadoso se asomara a sus ojos. Él con toda justicia puede sobrenominarse don MAURICIO, EL BUENO.

Ésta es la realidad. Kurt Wilckens con una lápida de lata, y un nombre que ya nadie recuerda, absolutamente desconocido entre las jóvenes generaciones de trabajadores y estudiantes argentinos; Antonio Soto no tiene una sola línea en todas las ediciones de historia del sindicalismo argentino. El gallego Outerelo, el entrerriano «Facón Grande», el alemán Schulz, el chileno Fariña, Albino Argüelles… nombres sin eco en las soledades patagónicas, Germán Boris Wladimirovich, muerto encogido, como un perro de basural, con gusanos en la nariz. Nunca llegó la mano piadosa de algún fraile descalzo a ponerle a ninguno de ellos siquiera una cruz de palo. Ni un padrenuestro murmurado rápidamente para que Dios los perdone por la debilidad de pedir por los feos, los pobretes, la piojería.

Pero a José Menéndez y a Mauricio Braun los recuerda perennemente la capilla del Patrocinio de San José, en el solar de Ayacucho 1064, en pleno Barrio Norte de Buenos Aires.



Osvaldo Bayer, (Santa Fe, 1927) es un escritor, historiador y periodista argentino. Descendiente de alemanes, entre 1952 y 1956 cursó estudios de Historia en la Universidad de Hamburgo. A su regreso a Argentina, se dedicó a la investigación histórica, al periodismo y a la escritura de guiones para cine. Instalado en el sur argentino, en 1958 fundó el periódico *La Chispa* (al que calificó como «el primer periódico independiente de la Patagonia»). Claro que la independencia y la libertad no suele ser bien vista, por lo que, bajo la acusación de difundir información estratégica en zona de frontera, fue expulsado de Esquel. Esto no lo amedrentó y, de 1959 a 1962, pasó a desempeñarse como secretario general del Sindicato de Prensa.

Las presiones contra él se mantendrían durante el gobierno de Isabel Perón (1973-1976), recibiendo constantes amenazas por sus obras, en especial por el libro *Los vengadores de la Patagonia trágica* (conocido como *La Patagonia rebelde* por la película basada en el libro). Allí Bayer detalló la masacre de obreros durante las huelgas de 1921 y mostró la complicidad entre el poder político y los empresarios.

Perseguido, debió exiliarse en Berlín en 1975 y recién regresó a su país en 1983, tras el fin de la dictadura militar.

Habitual colaborador de medios como *Página/12*, el escritor ha publicado importantes libros de ensayo como *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos, Fútbol argentino, Rebeldía y esperanza* y *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. También incursionó en la novela, con *Rainer y Minou*.

Notas

[1] La niña que protagonizó este episodio se llamaba María Antonia Palazzo, de 10 años de edad, hija de Roque Palazzo, domiciliados en Santa Fe 4858, Buenos Aires. <<

[2] Todo el episodio ha sido reconstruido de acuerdo a las declaraciones de los testigos contenidas en la causa 3776 (Juzgado de Instrucción número 9. Secretaría Albarracin 64, ahora 126). Juez de Instrucción Manuel P. Malbrán, juez de Sentencia Carlos M. Martínez. También, para detalles subsidiarios, se tuvieron en cuenta las crónicas de los diarios *La Nación*, *La Prensa* y *Crítica*. <<

[3] Las cifras del Censo General de los Territorios Nacionales - 1920, Ministerio del Interior. Tomo II. pág. 227 - tomadas fríamente nos pueden llevar a un gran error. En efecto, de acuerdo a esas cifras, el 47 por ciento de la población santacruceña era argentina, el 20 por ciento española, y el 10,7 por ciento de origen chileno. Pero como bien dice Horacio Lafuente en su ensayo *Santa Cruz. 1920/21*: «Si analizamos la población económicamente activa podemos comprobar que el porcentaje argentino desciende al 30 por ciento. A medida que el número de argentinos disminuye con relación al aumento de años de edad, el de extranjeros aumenta y se acerca bruscamente entre los 20 a 40 años de edad para decrecer después». Por otra parte, para analizar quién trabajaba realmente la Patagonia habría que tener en cuenta principalmente la nacionalidad de los trabajadores adventicios o sesionales y no la de los habitantes con domicilio en territorio patagónico argentino. En ese sentido, la mejor estadística la dan los partes policiales y militares de las huelgas —desde 1915 — cuando se da la nacionalidad de los obreros. (Se puede ver en detalle en el cap. 2, «Pequeñas historias de locos e ilusos», en el tomo 1, «Los bandoleros», Editorial Planeta). Citamos otro párrafo de la excelente investigación de Lafuente: «La población activa del territorio de Santa Cruz se dividía por ocupaciones en 3297 jornaleros, 1178 en artes manuales, 1055 empleados particulares, 706 en comercios y 671 en ganadería. Extrañamente encontramos a 4432 en el rubro sin especificar; presumiblemente en esta clasificación se debe ubicar a los peones rurales». Lo mismo ocurre con los dueños de la tierra. Continuamos citando a Lafuente: «Para el año 1920, más de 20 millones de hectáreas se encontraban divididas en 619 establecimientos, de los cuales tan sólo 189 eran de argentinos, 110 de españoles, 81 de británicos, 53 de chilenos, 42 de franceses y 37 de alemanes». Consideramos que la distribución señalada no se ajusta enteramente a la realidad debido a la existencia de «palos blancos». Es decir, personas que figuraban como dueños oficialmente pero que en realidad eran meros representantes de sociedades anónimas o latifundistas individuales. El «palo blanco» fue una verdadera institución en toda la Patagonia. Todavía falta un trabajo investigativo sobre los verdaderos dueños de la tierra en el sur argentino. <<

[4] En honor de Elías Braun, su padre. <<

[5] Sólo masculino. <<

[6] La boina blanca es el símbolo de la Unión Cívica Radical. <<

[7] Fue esta dictadura militar la que oficializó la tortura con el célebre invento argentino de la «picana eléctrica». Su padre espiritual fue Leopoldo Lugones (h). <<

[8] La Liga Patriótica tuvo una importancia vital en la represión del movimiento obrero en la década del veinte, años en que —como consecuencia de la revolución rusa de octubre— se notó un auge tremendo del espíritu revolucionario en el mundo entero. Lo más importante de la Liga Patriótica fue, tal vez, su organización en los más alejados pueblos y el espíritu de cohesión que dio a patrones y propietarios, además de la influencia que tuvo en autoridades, en las fuerzas armadas y en la policía. <<

[9] Defendían el comunismo anárquico. <<

[10] Aunque socialistas y comunistas (Partido Socialista Internacional) participaban de esta central, los órganos de esos partidos —*La Vanguardia* y *La Internacional*— criticaban muchas medidas de la central obrera, que contaba con la mayoría de los llamados «sindicalistas puros», es decir, reformistas apolíticos. <<

[11] Nota faltante en el original (N. del E. D.).

[12] Este episodio es típicamente anarquista, si se piensa lo arriesgado que era hacer una huelga en ese medio donde las fuentes de trabajo eran contadísimas, donde los patrones se conocían todos y no daban trabajo a aquel que fuera díscolo. Y que esos hombres oscuros: peones, mozos, estibadores se jugaran así por una figura que hacía once años muriera fusilada en una tierra lejana. ¡Que esos proletarios —en su mayoría analfabetos— se jugaran por el recuerdo del creador de la escuela moderna! <<

[13] Opúsculo titulado *El espíritu obrero en la Patagonia*. Río Gallegos, 1921. <<

[14] Hotel «para chilenos». Típicas fondas con alojamiento que pululan en las ciudades de la Patagonia argentina. <<

[15] Camastros de madera, uno sobre otro, con cueros de oveja como colchón y como cobija, en habitaciones estrechas con muy poco espacio entre sí. Borrero, en su libro *La Patagonia trágica*, capítulo 9, los describe minuciosamente. <<

[16] Todos los detalles aquí descritos de la misión Micheri están especificados en el expediente judicial sobre los hechos de «El Cerrito» y las declaraciones del oficial Garay y el sargento Cancino (Expedientes del Superior Tribunal de Justicia. Santa Cruz). <<

[17] *Idem*, todos estos detalles y el relato que sigue. <<

[18] Expediente de «El Cerrito». Declaraciones de los sargentos Peralta y Montaña. <<

[19] De nada le iba a servir esta actitud a Camporro. En la segunda huelga fue fusilado por los militares. <<

[20] Evidentemente, Senecovich era policía. Hoy figura en la tabla de agentes muertos en acción en la Jefatura de Policía de Río Gallegos. <<

[21] Hasta el mismo juez Viñas que tan abiertamente había tomado partido por los obreros siente que la cosa se le está volviendo peligrosa y envía un telegrama al ministro de Justicia, doctor José Salinas, en el que presiona para el envío de fuerzas militares. <<

[22] Estaba refugiado en una casita de las afueras de Río Gallegos, donde vivía una gallega de armas llevar a quien la llamaban «doña Máxima Lista», es decir, máximalista, sinónimo de bolchevique porque ella, si bien también era anarquista, sin embargo, señalaba que había que apoyar a la revolución rusa y a Lenin. Pero pese a las diferencias ideológicas no dejaba de prestarle ayuda a los perseguidos. El escritor patagónico Alfredo Fiori ha descrito así a esa mujer proletaria: «De nacionalidad española, oriunda de la provincia gallega de La Coruña, esta mujer pequeñita. Que a la fecha del cuento, 1920, contaba cerca de ochenta años, era tan ágil y movediza que se la veía por todas partes del pueblo en el mismo día. Dondequiera que hubiese un enfermo, un herido o un preso, ella no podía faltar, llevando un paquete de yerba, queso y mortadela de regalo. ¿De dónde sacaba doña Carmen el dinero para tantas cosas? Pues de su trabajo, muy honesto, por cierto. Ella daba pensión sin cama a empleados y trabajaba ella sola por diez mujeres comunes. ¿De dónde había sacado esa señora tanta energía y espíritu intuitivo de justicia superior a la comprensión humana? Lo averigüé y supe que doña Carmen tenía dos hijos varones, ya hombres, y que uno de ellos, el mayor, había enloquecido. Como por ese entonces los medios sanitarios con que contaba Río Gallegos eran un tanto primitivos y dejaban mucho que desear, a los enfermos mentales se les guardaba en la comisaría; y claro está, que la policía no contaba con medios ni sitio adecuado como para tratarlos en una forma humana. Doña Carmen visitaba a su hijo en la comisaria constantemente, y hasta dos veces por día, y fue entonces que ella se formó un concepto personal balanceando la llamada justicia de los hombres. Así fue que doña Carmen, después de perder a su hijo mayor a causa de una intoxicación, se sintió de pronto madre de todos los desafortunados que por diversas causas caían presos, a los cuales consideraba tan inocentes como a su hijo perdido; tenía, a pesar de ser analfabeta, una predilección muy especial por los presos políticos.

Tanto los funcionarios policiales como carcelarios tenían en doña Carmen un terrible control de justicia, pues bastaba el menor desmán contra un preso para que ella les recordase a gritos estentóreos de que ellos también habían tenido una madre que podría arrepentirse de haber tenido un hijo injusto con los demás hombres. Demás está decir que para doña Carmen no podía quedar ignorada la menor injusticia porque ella entraba tanto en la cárcel como en la comisaria sin pedir permiso y pasando por sobre los centinelas, los que preferían correr el riesgo de un castigo corporal por faltar a sus deberes, al castigo verbal de las terribles verdades de la anciana, y justo es recordar que no conozco ningún caso de que se hubiese castigado a un centinela por tal causa, pues hasta los jueces temían verse enfrentados con su conciencia.

«Doña Carmen: si desde algún lugar del cielo donde te encuentres puedes leer mis

pensamientos, sabrás todo lo que agradezco tu heroísmo de divina paz, más, mucho más por lo que me ha servido de experiencia para no ser injusto con los demás hombres en la vida que por te que restañaste mis propias heridas». <<

[23] Informe del empleado policial Martín de Beguiristán al jefe de policía del territorio de Santa Cruz, 23 de marzo de 1921. <<

[24] El episodio está reconstruido de acuerdo al expediente de destitución del comisario Nicolía Jameson (Archivo Superior, Tribunal de Justicia de Santa Cruz). <<

[25] Relato del general Anaya al autor de este libro. <<

[26] Conferencia pronunciada el 29 de octubre y 2 de noviembre de 1965 en el Centro de Altos Estudios Militares por el general (E. D.). Elbio C. Anaya. <<

[27] El pliego de condiciones producido por el «laudo Yza» y luego homologado por el Departamento Nacional del Trabajo en Buenos Aires aceptaba tácitamente todas las mejoras económicas exigidas por los obreros rurales. Sólo en dos cosas se contradecía con respecto a la Sociedad Obrera, el pago de los días de huelga (se abonaban la mitad de los jornales caídos) y el problema de los delegados de estancia, que allí Yza no legisló sino que dejó en libertad de acción a las dos fuerzas. <<

[28] El original de este contrato está en el archivo del Superior Tribunal de Justicia de Santa Cruz. Por otra parte, este mismo texto fue reproducido fielmente por José María Borrero en *La Patagonia Trágica*. <<

[29] Relato del testigo presencial Antonio Fernández, Río Gallegos. <<

[30] En un segundo auto iban Pedro Mongilnitzky Kresanoscki (polaco, 29 años de edad, soltero, mecánico, vocal de la Federación Obrera); Luis Sambuceti Vernengo (argentino, 23 años, soltero, electricista, secretario de actas de la Federación); Zacarías González, delegado del campo, y Severino Fernández (español, 34 años, soltero, vocal de la Federación). <<

[31] Sin aportar absolutamente ninguna prueba documental o testimonial. <<

[32] Ocho días después del «combate» de Punta Alta se presenta a la policía de Río Gallegos el comerciante sirio Fortunato Nasif. Señala que el comisario Douglas le ha informado que su hermano Juan Nasif había muerto en Corrales Viejos. En efecto, el comisario Samuel Douglas Price señala por escrito que «el sujeto Juan Nasif» había sido muerto «en un alevoso ataque llevado contra las fuerzas nacionales» y que «su cadáver había quedado en el campo». El informe posterior de la policía dirá que el 24 de noviembre «se encontraron cinco cadáveres del sexo masculino a 50 metros de un galpón, a profundidad escasa, cubiertos de tierra. El comerciante Nasif reconoce a uno de esos cadáveres como el de su hermano Juan —sirio, de 23 años de edad, con ocho de residencia en el país, soltero— en cuyas ropas no se encuentra documento ni objeto alguno. Presenta tres heridas: en la carótida, en la región precordial y la tercera en el espacio intercostal derecho. En las ropas de los otros cuatro cadáveres no había documentos ni objetos y presentaban heridas en distintas partes del cuerpo. Fueron sepultados de inmediato y se retiran por el temor de ser copados». Obsérvese un detalle: la misma policía certifica que en las ropas de los caídos no había nada. Quiere decir que las víctimas habían sido despojadas de sus documentos —para no ser identificadas— y de sus objetos de valor. Ya veremos cómo serán acusados de esos despojos los militares y policías. <<

[33] En efecto, en la lista oficial de soldados del C. 10 Húsares de Pueyrredón figura el soldado clase 1900 Octavio Vallejos. <<

[34] Se trata del sargento Francisco Esperguín y del cabo 1° Eulalio Sosa. <<

[35] Juan Nasif. <<

[36] Este sistema se adoptó para hacer más difícil cualquier huida. <<

[37] Armando Camporro, que había actuado en los hechos de «El Cerrito». <<

[38] Veremos después la versión del estanciero Hospitaleche, según la cual la denuncia fue apresurada porque la violación no había sido cometida. <<

[39] Se llamaban José y Pendino Fernández García. <<

[40] El adjetivo «verde», en la Patagonia, ademas de novato, de no ser muy ducho en las tareas rurales, quiere expresar que se trata de un individuo tímido, algo apocado, inseguro. <<

[41] Entrevistado en diciembre de 1972 en su chacra de las afueras de Gobernador Gregores. <<

[42] Léase *Los degolladores*, de Juan M. Vigo. «El degüello de seres humanos fue una auténtica pasión argentina. *Todo es Historia*», núm. 3, julio de 1967. Publicación dirigida por Félix Luna. <<

[43] Pero en el telegrama reproducido por el diario *La Nación* dirá: «Arguelles, Jara y 18 más», es decir, veinte muertos. <<

[44] Este sentido de justicia le habrá servido —probablemente— de antecedentes al capitán Anaya quien, con el grado de general ocupó el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Publica luego del golpe militar de 1943. <<

[45] Esta tumba masiva sirvió para esconder posteriores asesinatos cometidos contra peones rurales. Uno de esos casos es el conocido como «Los crímenes de Valenciano». Este oficial de policía eligió un trámite sencillo para hacer dinero. Valenciano adquirió una libreta de tapas negras e hizo correr la voz entre las peonadas de las estancias que a esa libreta se la había dejado el teniente coronel Varela con la lista de los condenados a muerte por «huelguistas». Para ello contaba con la complicidad del sargento Ludovico Tjetjen. Éste iba a buscar al «señalado» y lo traía detenido a la comisaría. Allí el oficial Valenciano le mostraba la libreta negra y le decía que se preparara a bien morir. Cuando el hombre ya había rezado sus últimas oraciones, y lo llevaban al paseo de práctica, se le daba la «última oportunidad», es decir, ponerse con la mitad de lo ganado en la esquila o, si era mensual, con una cuota módica todos los meses. Los condenados no sólo pagaban sino que hasta agradecían la magnanimidad del oficial Valenciano y del sargento Tjetjen. Por supuesto que más de uno se retobó y no quiso poner un solo centavo por su propia vida y allí, los dos policías fueron estrictamente cumplidores de lo que les ordenaba «la libreta negra del comandante Varela». Fueron fusilados así el ovejero León Dehesa, el campañista Mateo Albarracín, y el esquilador Antonio Crocha. Sus cadáveres se llevaron a la tumba masiva de El Perro para hacerlos aparecer como «caídos en combate». Los dos asesinos no tuvieron castigo. Al contrario, muchos años después, Félix Valenciano fue nombrado por el gobernador Gregores juez de paz para toda la zona de Lago Buenos Aires. Y aquí nace una pregunta lógica: si el capitán Anaya llegó a ser ministro de Justicia de la Nación, ¿por qué el oficial Valenciano no podía llegar a juez de paz? Es la lógica de todo este episodio trágico y sucio. <<

[46] Estos «gallegos» eran casi todos asturianos. <<

[47] Alberto Francisco Lada (C. I. 2.175.097 y L. E. 48.432), de 64 años de edad en 1972, tenía 12 años en aquella época. Su madre, viuda, era propietaria en aquel entonces de una tropa de veinte carros en San Julián, para el transporte de lana. En esa tropa viajaba también Alberto Lada, niño todavía. En diciembre de 1921 los sorprende la huelga en «La Anita» y deben permanecer allí. Tiene vívidos recuerdos de los huelguistas, de sus asambleas y principalmente de Antonio Soto de quien dice era un orador fogoso y que los asambleístas lo escuchaban siempre en atento silencio. Nos relata que los huelguistas estaban bien organizados para las comidas y el abastecimiento. Durante todos los días que permanecieron allí, hasta la llegada de las tropas, no vio ningún acto vandálico ni saqueo ni reyertas. A los rehenes los tenían separados pero no los chicaneaban ni los maltrataban en ningún aspecto. Como dato curioso señala Lada que Antonio Soto jamás dormía con los huelguistas de «La Anita» y que desaparecía al anochecer. Probablemente se dirigía al grupo de La Leona. Una mañana, Soto regreso alborozado, reuniendo la asamblea y anunciando que el triunfo de la huelga se aproximaba. Había recibido la noticia de que Outerelo acababa de ocupar Paso Ibáñez. Hubo gran algarabía esos días entre la peonada, pero luego esa esperanza se fue diluyendo. <<

[48] Es posible que se haya llamado Otto Kulinnen. Es el único peón registrado con ese nombre. <<

[49] Vagabundo. <<

[50] El comisario Guadarrama nos explicó que Viñas Ibarra cuando tuvo frente a sí a los dos emisarios chilenos, sin que se le moviera un músculo, hizo un solo gesto dirigiéndose al suboficial más cercano: marcó «cuatro» con los dedos de la mano derecha. El suboficial comprendió enseguida ese lenguaje de militares en campaña: cuatro tiros. Y así se hizo; no se perdió una sola bala. <<

[51] Otra versión dice que fueron 47 o cincuenta. Es posible que antes o después de Soto huyeran otros grupos. Pero la partida de éste se compuso de doce hombres. <<

[52] Relato de Walter Knoll. <<

[53] Rober Ridell que había reemplazado en ese cargo a Angus Shaw. <<

[54] Habla de «cientos de hogares» cuando más atrás dice que liberó a cien rehenes. El número exacto de rehenes en «La Anita» era ochenta. <<

[55] No deja de ser importante aquí el testimonio de Alberto Lada: «Yo fui testigo de que se llevó al fusilamiento a cerca de 25 huelguistas (unos diez del primer grupo y unos trece del segundo). Luego, los estancieros fueron retirando a los peones que consideraban buenos. Después de eso se oyeron disparos aislados, principalmente cuando quedó el resto de la peonada que no fue retirada por los estancieros. Aquí sobrevino una gran confusión. Yo creo que ni Viñas Ibarra sabe bien el número de fusilados o muertos a tiros de revólver». <<

[56] En Río Gallegos no hay ningún parte de entrega de heridos, ni en la cárcel ni en la asistencia pública. En las listas de prisioneros que Viñas Ibarra envía a la gobernación y a la policía no figura absolutamente ningún herido. ¿Qué se hizo de los «heridos en combate»? Es evidente que no hubo ningún combate. Hubo fusilamientos. <<

[57] El último bastión de la Sociedad Obrera de Río Gallegos había caído el 25 de noviembre, es decir, muchos días después de la llegada de Varela. Era una imprenta clandestina que Luis Santamaría había instalado en una habitación de material de 8 por 8, en la calle Sarmiento casi esquina Mitre, domicilio de Isabel Purrúa viuda de Vidal. El «decreto» —así es llamado por la policía— de allanamiento señala que allí se encontraba el «centro o estado mayor del elemento refractario».

Además de una pequeña minerva y unas cajas de tipos, la policía secuestra las siguientes publicaciones de ideas disolventes: *La moral anarquista, Los hombres y las cárceles, Humanidad del porvenir, La materia eterna e inteligente, Los parásitos de la sociedad, Hacia una moral sin dogmas, Lo universal, origen y doctrina, Cómo será el porvenir, Maravillas de la vida, Fisiología de los seres, ejemplares de los diarios La Protesta, La Antorcha, El Trabajo* de Punta Arenas, etcétera.

Hallan los originales de un volante que no llegó a imprimirse y decía así: «Es necesario compañeros mantenernos firmes en huelga hasta obtener el triunfo. No desmintamos ahora lo que demostramos en el movimiento de enero. Confirmemos una vez más que supimos ser hombres y que sabremos serlo siempre, cueste lo que cueste. Que ningún explotado tenga jamás que avergonzarse de la sociedad obrera local. Y que tampoco pueda decirse que el látigo del polizonte ha cruzado impunemente nuestro rostro acallando así nuestra voz».

Luego fue encontrado un curioso original escrito a lápiz por Antonio Soto —se nota que es su letra— de un artículo contra el servicio militar obligatorio, del conde León Tolstoi. El informe final de la policía sobre este allanamiento dice textualmente: «De todo lo incautado apréciase entre otras cosas el régimen revolucionario ruso y sus beneficios en el universo, sobre todo en nuestro ambiente, ataques velados al gobierno federal y ultrajes al ejército». <<

[58] El estanciero Jenkins, de Deseado, me atestiguó en mayo de 1971, que en la estancia de su padre, frente mismo a Deseado, al sur del río, fueron fusilados y enterrados, por la Navidad de 1921, tres dirigentes huelguistas. <<

[59] Esta frase de Font indica que, equivocado o no, sentía que su patriada tenía otro significado que «aterrorizar» poblaciones, como señala Varela en su parte sobre la muerte de aquél. Esa frase, pensar en el futuro de los niños, muestra un principio de conciencia de que las cosas debían cambiar. <<

[60] El «Ruso Manchado» se llamaba Paulino Kapeluj y tenía 26 años de edad. Hacía once meses que había llegado a la Patagonia. Nació cerca de Moscú. Traía una tropilla de arreo cuando se adhirió a la huelga. Su sobrino trabajaba en 1974 en la estación ferroviaria de Puerto Deseado. Me fue presentado por el jefe de dicha estación, Carlos Gómez Wilson. <<

[61] Sin los informes de esta mujer tal vez el combate de Tehuelches no se hubiera realizado ya que Varela se atreve a sorprender a «Facón Grande» al recibir la información de dónde estaban acampados. Si esa mujer hubiera avisado a Font de que era el ejército el que se aproximaba tal vez todo el mal entendido se hubiese superado. Ella sabía que era el ejército ya que se lo había comunicado el jefe de la estación Fitz Roy. La señora Elsa Minucci de Gamarra vivía en Puerto Deseado. Quisimos que nos relatara sus recuerdos. Pero se negó reiteradamente. Fue el único testigo de toda la investigación que se negó a contar su actitud, la cual fue definitiva para la suerte de los huelguistas. Nosotros comprendimos ese silencio. Vaya a saber qué sensaciones influyen en su espíritu cuando piensa en ese episodio tan trágico en el que ella fue factor decisivo. También ella negó su testimonio de ese hecho al director del diario *El Orden*, de Puerto Deseado, señor Rodríguez Moro. La Liga Patriótica reconoció públicamente la acción de esta mujer que sirvió para eliminar a «Facón Grande» y sus compañeros. En un artículo de Josué Quesada —secretario de Manuel Carlés— titulado «Una muchacha heroica» dice, entre otras cosas: «Los bandoleros habían cortado las comunicaciones. La chica los reparó subiéndose al poste y estableciendo el contacto comunicando a Varela que allí estaba "Facón Grande". Debido a eso, Varela preparó sus tropas y marchó. Durante el combate ella marcó a Varela la posición de los huelguistas. Ella pidió un arma para combatir. La emoción llenó de lágrimas los ojos de los jefes, oficiales y conscriptos a cuya memoria debió acudir el recuerdo de la madre lejana, inquieta siempre por sus hijos para que cumplan el sagrado deber de combatir por la Patria» (Diario *El Nacional*, Río Gallegos, 21 de abril de 1922). <<

[62] Con respecto a los bienes de «Facón Grande» hubo un evidente aprovechamiento de los mismos por sus enemigos. Como vimos, el gaucho entrerriano poseía varias tropas de carros. El comisario Albornoz declara que sólo se han encontrado «cuatro chatas y unos ochenta caballos». Cuando se inicia el expediente (núm. 13/22, Juzgado Letrado, Santa Cruz) sólo quedan dos chatas y 25 caballos. Le reclaman al capitán Anaya las chatas faltantes y él contesta que el suboficial que estaba encargado de ellas «se halla ausente». Finalmente, el juez Viñas nombrará administrador de los bienes del fusilado al comisario Albornoz, miembro de la Liga Patriótica. Luego, el silencio. La última página del expediente informa que el comisario Albornoz ha llevado esos bienes a su estancia. <<

[63] En cuclillas, las manos —por la espalda— atadas junto a los pies, de manera que el cuerpo del reo está tenso hacia adelante y sólo se puede mover como si fuera una rueda. <<

[64] Otro diario, *El Orden* de Puerto Deseado, al informar sobre la fiesta de Gallegos agrega este detalle: «El señor Herbert Elbourne expresó a Varela el agradecimiento de la colonia inglesa y como para dar mayor prueba de la queja del comandante en cuanto a la falta de argentinismo pidió a sus connacionales el coro “For he is a jolly good fellow”, cuyo cántico juvenil fue coreado por la veintena de británicos presentes, a pulmón de fragua». <<

[65] Testimonio de su hermana, doña Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, destacada educadora. <<

[66] Véanse diarios *La Prensa* y *La Nación*, del 26 de enero de 1922. <<

[67] De Tomaso se refiere al petitorio de Outerelo en Puerto Santa Cruz. Las demás columnas se lanzaron a la huelga solamente por la libertad de los presos y el cumplimiento del laudo Yza. <<

[68] Se trata de uno de los crímenes del comisario Sotuyo, de Puerto Santa Cruz, que hubieran quedado ocultos si uno de ellos no hubiera sido observado por miembros de la Marina de Guerra. En el proceso respectivo (Expediente 4826, folio 478, Juzgado Letrado, 1921) y en la denuncia del capitán de fragata Dalmiro Sáenz (Ministerio del Interior, núm. 442, Letra Reservada —y Exp. 1-B— 24, 1922, Reservado del Ministerio de Marina) se pueden leer todos los detalles. En Puerto Santa Cruz habían quedado dos miembros de la Federación Obrera: Domingo Islas, español, y el delegado de los albañiles, Miguel Gesenko, ruso. Este último había desarmado al presidente de la Liga Patriótica, doctor Sicardi, durante la manifestación obrera del 1 de mayo del año anterior.

Cuando Sotuyo logró la captura de los dos obreros mencionados, invitó a la comisaría al doctor Sicardi. Los testigos declararan que oyen decir a Sicardi: «hay que liquidar a los federados» y dirigiéndose al obrero Islas le advierte: «vas a ser fusilado como tu compatriota Francisco Ferrer». Sotuyo a Gesenko le dirá: «a vos se te acaba la vida». Luego al obrero Islas le hacen pegar cincuenta latigazos con el sable. Islas aguantó 35 y cayó al suelo, donde le pegaron el resto. Luego el sargento Sánchez lo levantó a puntapiés y lo obligó a caminar hasta el calabozo donde lo metieron en la barra. A la madrugada cuando lo fueron a buscar para fusilarlo, notaron que estaba muerto. Llevaron entonces el cadáver de Islas hasta la playa y trajeron también al albañil Gesenko. A éste, amenazado con armas largas, lo obligaron a arrastrar el cadáver hasta el mar. Una vez que Gesenko estaba ya con el agua a la cintura y el cadáver de Islas comenzaba a boyar, los policías, por orden de Sotuyo empezaron a dar gritos de «¡se escapa!, ¡se escapa!». Y entre grito y grito lo fueron cazando a Gesenko que trataba de rehuir los balazos mientras se caía y se levantaba en el agua. Ocho balazos de armas largas fueron suficientes para terminar con el ruso anarquista. Devuelto el cuerpo todavía caliente de Gesenko a la playa, el sargento Sánchez lo despenó de un balazo en la nuca.

La mala suerte de Sotuyo fue que toda la escena fue observada por marinos de guerra. Pero el juicio que se inició sobreseyó al doctor Sicardi y al comisario Sotuyo se lo envió a Chubut para ser juzgado allí. Pero a veces no hay justicia mejor que la del pueblo. En el viaje en barco, Sotuyo, que iba absolutamente libre a bordo, fue tomado por tripulantes anarquistas y arrojado por la borda, ahogándose en el mar (Expediente 10.251. Juzgado Letrado, Santa Cruz). <<

[69] El informe judicial del comisario inspector Marcelo Pierucetti sobre lo ocurrido en Puerto Santa Cruz, durante la represión obrera, dice: «Los presos destinados a la extorsión eran entrenados haciéndoles presenciar todos los martirios infligidos a los demás detenidos, que después de las palizas, extenuados por el dolor y el hambre, proseguían en caravana doliente, como las trágicas procesiones de los cristianos bajo el látigo de los armenios, acarreando pedregullo en latas de querosene desde la playa a la comisaría». <<

[70] Relato al autor de este libro del general Elbio Carlos Anaya. <<

[71] Las intervenciones de los diputados de esta sesión y de la anterior están tomadas de las versiones taquigráficas correspondientes a la Cámara de Diputados de la Nación (año 1922). El ambiente fue descrito por el exsenador nacional Bartolomé Pérez, que presenció la sesión como espectador (en 1922 era dirigente radical, santacruceño). <<

[72] Con la eliminación de la pena de muerte. <<

[73] Relato del esquilador Virginio González, Puerto Natales. <<

[74] Aquí quisiéramos agregar algunos párrafos sobre la suerte posterior de Antonio Soto, el hombre que no quiso entregarse en «La Anita». Lo habíamos dejado en su huida cruzando rumbo a Chile por el paso del Centinela. Luego de cinco días de ser perseguido por los militares argentinos y por los carabineros chilenos, el grupo del «guatón» Luna entrará en Puerto Natales (Chile). Allí es escondido en una goleta y llega a Punta Arenas donde es refugiado por la Federación Obrera Magallánica. Intenta viajar a Buenos Aires escondido por la tripulación del vapor «Argentino» pero —ante una denuncia— se moviliza la policía patagónica y la de Buenos Aires a la espera del buque En un canasto de ropa huye en un barco desde Punta Arenas a Valparaíso. De allí partirá al norte chileno, a Iquique, donde trabajó como obrero en las salitreras. Pero se accidentó y sufrió graves quemaduras. Luego de una larga cura regresó a Valparaíso. Pero siempre su intención fue volver a Río Gallegos para explicar su actuación en la huelga de 1921. Lo conseguirá doce años después. Ese día atravesará la frontera y se hospedará en el hotel «Miramar» de la capital santacruceña. Desde allí toma contacto con antiguos compañeros y prepara un acto que fue un rotundo fracaso. Es que ya se vivían otros tiempos. El sindicalismo y las ideas de reivindicación social habían sido ahogadas en sangre por más de medio siglo en la Patagonia. A pesar que Soto dijo el mejor discurso de su vida, lo escucharon apenas un grupo de españoles que habían salvado milagrosamente su pellejo en 1921. Soto fue expulsado de inmediato por el gobernador Gregores, quien además dio órdenes de que no se lo dejara entrar más a territorio argentino. Soto, hasta su muerte, siguió fiel a sus ideas libertarias aunque ya no actuó públicamente. En sus últimos años poseyó un pequeño hotel en Punta Arenas, que fue lugar de encuentro de periodistas, artistas, librepensadores y españoles republicanos. El 11 de mayo de 1963 falleció en Punta Arenas, a los 65 años de edad. Una verdadera multitud acompañó sus restos, encabezando el cortejo las banderas del Centro Republicano Español, de la Cruz Roja —de la que era miembro—, y del Centro Gallego. Columnas de estudiantes les seguían ya que Soto había sido el inspirador de la primera huelga estudiantil en Punta Arenas, para lograr el aumento de los magros sueldos de los maestros. <<

[75] Relato personal del general Elbio Carlos Anaya al autor, en mayo de 1968. <<

[76] Ramón Silveyra, obrero panadero anarquista que se hizo famoso por sus audaces fugas de la prisión. <<

[77] Abad de Santillán viajó en 1922 a Europa. <<

[78] Relato de Emilio Uriondo, La Plata. <<

[79] Miguel Arcángel Roscigna, la figura máxima del anarquismo expropiador rioplatense —cuya semblanza fue hecha por el autor de este libro en *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Galerna, 1975— define con caracteres nítidos a Kurt Wilckens en su artículo «Siempre a propósito de la expropiación», publicado por Severino Di Giovanni en *Anarchia*. De esa nota —dirigida al teórico italiano Hugo Treni— extraemos el siguiente párrafo: «No te hablo de un Wilckens, expropiador y ajusticiador, no te hablo de un Nicolás Sacco, fiero y soberbio expropiador que alcanzó hasta atemorizar al bárbaro y poderoso yanqui cuando les declaró la guerra, ni del insuperado Ravachol. Te hablo de los miles de Ravacholes que tú no conoces y que al estilo de ese gran linyera que fue Kurt Wilckens, con su mono al hombro, insometibles, inadaptables a la esclavitud del salario, refractarios a la producción de un céntimo siquiera que pudiera consolidar lo que tú llamas *benessere di tutti*, recorren el mundo de punta a punta, atacando y desgarrando en mil formas el falso principio que somete a los pueblos: la autoridad».

Por su parte, Severino Di Giovanni, el anarquista expropiador fusilado por el general Uriburu en enero de 1931, tomó como arquetipo a Kurt Wilckens y en ese sentido dejó un trabajo inconcluso sobre él titulado: «Los anunciadores de la tempestad: Kurt Wilckens en la idea y en la acción». En ese artículo Di Giovanni señala que Wilckens: «fue el prototipo del anarquista expropiador, de acción, siempre pronto a afrontar las responsabilidades de sus acciones. Parco en el hablar, espíritu sereno y demoledor». <<

[80] El periódico *Alarm*, de Hamburgo, denunciará que en un primer momento las autoridades de la cárcel decidieron mantener en secreto el atentado hasta consultar con las autoridades superiores y poder así presentar una versión más o menos aceptable de los hechos. Pero no pudo esconderse por un hecho fortuito: a primera hora se presentó un dentista —que había obtenido el correspondiente permiso para tratar a Wilckens y era enviado por *La Protesta*— y al ser rechazado en un primer momento por las autoridades, éste insistió vehementemente. El director de la prisión, para no aparecer mezclado con la acción de Pérez Millán, tuvo que apresurarse y dar la información de lo sucedido. <<

[81] Atahualpa Yupanqui compuso una verdadera joya de arte menor llamada «Cantor del sur», donde recuerda a don Luis Acosta García, este payador de los humildes y de las cosas del campo. <<

[82] *Enrique que mutiló a Conrado*, se trata del famoso crimen de los lagos de Palermo. *Mateo*, Mateo Banks, que asesinó a toda su familia. *Lauro y Salvato*, autores de la muerte de Livingston. Es decir, todos criminales comunes. <<

[83] Por Simón Radowitzky, matador del coronel Falcón. <<

[84] Ludwig Lingg, alemán, uno de los mártires de Chicago. Antes de ser ahorcado se suicidó en su celda, haciéndose volar la cabeza con un cartucho de dinamita. <<

[85] El anarquista Gaetano Bresci mató en un atentado al rey Humberto I de Italia. Falleció en 1901, en la cárcel de San Stefano, en circunstancias misteriosas. <<

[86] Sante Caserio, matador del presidente francés Sadi Carnot. Fue guillotinado en Lyon, en 1894. <<

[87] Michele Angiolillo, matador del ministro Cánovas. Fue estrangulado con el garrote vil en 1897. <<

[88] Felice Orsini, con una bomba de su invención, realizó un atentado contra Napoleón III, en París en 1858. Semanas después fue guillotinado junto a su compañero Andrea Pieri. <<

[89] Ravachol, anarquista francés que realizó atentados de protesta. Fue guillotinado en Montbrisson, el 11 de julio de 1892. <<

[90] Hay que recordar que, en 1919, todavía no se había derogado la pena de muerte. <<

[91] Eduardo Vázquez (h) nos relató que su padre, poco antes de su muerte, le confió que de haber fracasado el plan urdido con Wladimirovich, los anarquistas estaban dispuestos a tomar por asalto el hospicio de las Mercedes, capturar a Pérez Millán Temperley y colgarlo en la Plaza de Mayo. <<

[92] San José, en recordación de José Menéndez, su padre. <<